

LA BIBLIA DEL DIABLO

RICHARD DÜBEL



Lectulandia

Bohemia, año 1572. En una abadía en ruinas, un niño de ocho años, Andrej, es testigo de un terrible baño de sangre: diez personas, entre ellas sus padres, son brutalmente asesinadas por un monje enloquecido. Nadie que no pertenezca a la comunidad puede enterarse de que esa matanza tuvo lugar; si se supiera, habría que explicar los motivos del monje: la biblioteca de la abadía oculta un preciado documento que supuestamente tiene el poder de anunciar el fin del mundo. Se trata del código Gigas, un compendio del mal, La Biblia del Diablo que, se afirma, éste escribió en apenas una noche. Este código parece llevarse por delante a quien se cruce en su camino.

Lectulandia

Richard Dübell

La Biblia del Diablo

ePUB r1.2

libra 21.11.13

Título original: *Die Teufels Bibel*

Richard Dübells, 2008

Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: libra

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para quienes todos los días de mi vida
vuelven a mostrarme qué es lo más sublime.

El precio de tu amor eres tú mismo.

SAN AGUSTÍN

Al principio, cuando los arqueólogos descubrieron los esqueletos se sorprendieron, pero al seguir excavando su sorpresa se convirtió en espanto. Lo que habían tomado por los restos mortales de unos monjes, en realidad eran los restos de mujeres... y de niños. Un día cualquiera, hace cientos de años, debía de haber ocurrido una catástrofe en el convento benedictino situado al sur de Bohemia, ahí donde ahora estaban excavando. Una catástrofe que, en contra de todas las reglas de su orden, llevó a los monjes a enterrar esos cadáveres al borde del cementerio, en una fosa común sin señalizar, y conservar el secreto hasta que el destino borró el convento de la faz de la tierra.

Tal vez sólo se hubiera tratado de una de las numerosas tragedias ignotas y jamás aclaradas de la historia si el enigma que la rodea no estuviera relacionado con otro aún más antiguo: el enigma que rodea uno de los manuscritos más misteriosos de la historia eclesiástica: el Codex Gigas. La Biblia del Diablo. El manuscrito más importante del mundo fue redactado en el siglo XIII e incluso su creación está rodeada de leyendas. Tanto los hombres de la Iglesia como los alquimistas procuraron que los condujera a la iluminación... o que les indicara el camino a las tinieblas.

El convento en el que fue descubierta la fosa común es el lugar donde se originó la Biblia del Diablo.

Esta historia narra lo que tal vez ocurrió.

Dramatis personae

Personajes de ficción

- **AGNES WIEGANT:** La hija de Niklas Wiegant ve su futuro junto a Cyprian Khlesl y también su pasado como una oscura tragedia.
- **YOLANTA MELNIKA:** Entregaría su alma al diablo para recuperar a su hijo, y descubrió que eso era precisamente lo que se le exigía.
- **JARMILA ANDEL:** El destino de su familia está tan indisolublemente unido al de Andrej von Langenfels como su corazón.
- **CYPRIAN KHLESL:** Es el repudiado hijo de un panadero, el agente de un obispo y el gran amor de Agnes Wiegant.
- **ANDREJ VON LANGENFELS:** Sabe una historia que le agrada al emperador, pero es una historia que a él no deja de romperle el corazón.
- **PADRE XAVIER ESPINOSA:** El hombre indicado en el lugar indicado: perfecto.
- **HERMANO PAVEL, HERMANO BUH:** Monjes benedictinos encargados de salvar al mundo.
- **THERESIA y NIKLAS WIEGANT:** Debido a un acto de amor, los padres de Agnes han olvidado el amor que los unía.
- **SEBASTIAN WILFING PADRE E HIJO:** Wilfing padre es amigo y socio de Niklas Wiegant, y Wilfing hijo es el candidato deseado por todas las futuras suegras.
- **HERMANO TOMÁS:** Monje benedictino empeñado en salvar al mundo de sus salvadores.

Personajes históricos

- **RODOLFO II DE HABSBURGO:** Emperador de la Alemania perteneciente al Sacro Imperio Romano, alquimista, coleccionista de arte y el hombre equivocado en el lugar equivocado.
- **MELCHIOR KHLESL:** Obispo de Wiener Neustadt y después obispo de Viena, cardenal a partir de 1616, apasionado patriota y protector de la unidad de la Iglesia católica.
- **MARTIN KORYTKO:** Abad del convento de Braunau de 1575 a 1602; su permiso para construir una nueva iglesia protestante en Braunau desencadenó los acontecimientos que acabarían por provocar la Guerra de los Treinta Años.
- **HERNANDO NIÑO DE GUEVARA:** Padre dominico, después cardenal y

Gran Inquisidor.

- **CARDENAL CERVANTES DE GAETE:** Arzobispo de Tarragona.
- **CARDENAL LUDOVICO MADRUZZO:** Cardenal de la Curia, candidato a Papa en 1590, 1591 y 1592.
- **PAPA URBANO VII:** Llamado Giovanni Battista Castagna, Papa del 15/9/1590 al 27/9/1590, antes Gran Inquisidor; la única acción de su papado fue la introducción de la denominación «Eminencia» para los cardenales.
- **PAPA GREGORIO XIV:** Llamado Niccoló Sfondrati, Papa del 5/12/1590 al 15/10/ 1591; introdujo la prohibición de apostar por quién sería el futuro Papa, por la duración de un pontificado y por la renovación de los cardenales.
- **PAPA INOCENCIO IX:** Llamado Giovanni Antonio Facchinetti, Papa del 29/10/ 1591 al 30/12/1591; conocido como moralista y asceta, reformó la Secretaría de Estado Papal.
- **PAPA CLEMENTE VIII:** Llamado Ippolito Aldobrandíni, Papa del 30/1/1592 al 5/3/1605; introdujo una nueva edición del índice de los libros expresamente prohibidos por la Iglesia, en 1600 proclamó una bula conmemorativa, el mismo año condenó al hereje Giordano Bruno a morir en la hoguera y fue el primer Papa que contrató a *castrati*.
- **GIOVANNI SCOTO (JOHN SCOTT, HIERONIMUS SCOTUS):** A principios de los años noventa del siglo XVI disfrutó de una breve y desafortunada carrera como alquimista y adúltero en Praga.
- **JOHN DEE, EDWARD KELLEY:** Alquimistas y astrólogos ingleses de la corte del emperador Rodolfo II.
- **DOCTOR BARTOLO MEO GUARINONI:** Médico de cabecera del emperador Maximiliano II y del emperador Rodolfo II.
- **LA BIBLIA DEL DIABLO:** El manuscrito medieval más importante del mundo; según dicen redactado en una única noche por el mismísimo diablo.

1572 - LA SIMIENTE DE LA TORMENTA

Cuando sopla el viento, apaga la vela y atiza el fuego

Dicho árabe

Andrej observaba la tormenta que se aproximaba en medio de la abrumadora oscuridad, una sombra de color índigo que se extendía por encima de la tierra parda, ondulada y marchita —encapotando el cielo, precedida por ráfagas heladas y el olor a nieve— hasta cubrir el amplio valle en cuyas lindes se alzaba el convento derruido y el pueblucho de mala muerte, cuyas chozas e iglesia parecían haber rodado por la ladera y aterrizado a su pie, sin interés alguno salvo para los fantasmas de los que habían muerto hacía siglos.

Andrej se acurrucó contra el muro detrás de la torre en ruinas, tratando de no perder de vista al grupo de mujeres y niños que se apretujaban entre sí ateridos de frío y cuyos contornos se perdían en medio de la granizada que, a principios de noviembre, ya anunciaba el invierno. A sus siete años, Andrej ignoraba dónde se encontraban; incluso si su padre o su madre se lo hubieran dicho, no habría reconocido el nombre del pueblo. Desde siempre, su padre había arrastrado a su pequeña familia de un extremo del país al otro y Andrej confundía los nombres de los pueblos y los detalles geográficos. El único dato que llevaba marcado a fuego en el cerebro era el año en el que se encontraban y sólo porque todos cuantos se cruzaban en su camino —y a quienes su padre consideraba dignos de una conversación— procuraban descifrar qué presagiaba ese año, desde que la noticia de las bodas de sangre en Francia había penetrado hasta ese remoto rincón del reino.

—Los católicos y los protestantes se masacran entre ellos —dijo su padre en voz baja, para que sólo lo oyeran Andrej y su madre, pero sin dejar de lanzar una sonrisa desafiante al grupo sentado en la posada, que escuchaba con expresión espantada el relato del viajero acerca de la masacre de los protestantes franceses.

—Era hora. Al menos ahora esos supersticiosos bastardos nos dejarán tranquilos y podremos dedicarnos a nuestra ciencia.

—¿La alquimia es una ciencia? —había preguntado Andrej.

—No sólo es una ciencia, hijo mío —contestó su padre—. ¡La alquimia es la única ciencia verdadera que existe!

La única ciencia verdadera los había conducido hasta allí, a ese convento en ruinas que ni siquiera poseía una pared entera, en el que la mayoría de los edificios eran poco más que un montón de piedras de los cuales las maderas podridas surgían como los huesos de un cadáver y cuya iglesia a duras penas se mantenía en pie. Por encima de las desnudas vigas de la nave el cielo amenazador lanzaba su granizada cuyo crepitar llegaba hasta el escondite de Andrej. La imagen de su madre se había confundido con la de las demás mujeres que estaban delante del único edificio intacto. Aunque antes su figura rechoncha se diferenciaba de las mujeres altas y delgadas entre las que se había mezclado siguiendo las órdenes de su padre, ahora

Andrej ya no la distinguía. Había visto cómo se desplazaba de una a otra mujer, gesticulando con manos y pies porque las otras hablaban una lengua diferente a la suya, cómo acariciaba la cabeza de los niños y cómo se detenía ante la mujer joven de vientre prominente, encorvada y de aspecto tan exhausto que a duras penas lograba mantenerse en pie. Entonces empezó a caer el granizo y todas se convirtieron en sombras confusas.

Andrej se removió inquieto y de repente sintió miedo, invadido por el presagio de una catástrofe inminente, como si algo imposible de detener hubiera empezado a rodar. Tal vez en ese momento barruntó que eso que se aproximaba también aplastaría a la pequeña familia Langenfels y la borraría de la faz de la tierra.

Súbitamente, por encima del crepitar del granizo, Andrej oyó un sordo bramido que provenía del interior intacto del convento. Era como el rugido de un toro, el gruñido de un lince, el aullido de un lobo, pero Andrej supo de inmediato que, aunque no parecía humano, surgía de una garganta humana. El miedo oprimía la garganta del niño oculto tras el muro del convento. Quiso advertir a su madre con un grito, pero permaneció mudo, quiso echar a correr en busca de su padre, pero las piernas se negaron a obedecerle; Las oscuras y empapadas figuras se quedaron inmóviles, aguzando los oídos.

El inhumano alarido no cesó, incluso cuando empezaron a resonar los primeros gritos del grupo de mujeres. Andrej apenas vislumbró lo que ocurría. Si hubiera sido mayor, las experiencias que en una época como ésta se habían vuelto familiares para todos le habrían proporcionado las imágenes correctas, así que fue su fantasía la que le ofreció las imágenes que sus ojos se negaban a contemplar, pero no logró reducir su horror.

Las sombras huyeron en todas direcciones, perseguidas por una sombra mayor que blandía algo que golpeó una de las delgadas figuras que huían; ésta se encogió y cayó al suelo. El ruido, los golpes y la oscuridad confundieron su percepción..., tal vez la figura que rogaba clemencia con los brazos en alto sólo fuera un espejismo.

Pitié, pitié, ne faites rien de mauvais...!

Y quizá la enorme sombra que volvió a golpear hasta que los brazos suplicantes cayeron sin vida sólo era una fantasmagoría, y puede que aquel sonido que llegó hasta Andrej por encima de la cacofonía de alaridos, gritos, golpes y el sonido de una hoja afilada que se clavaba en las carnes y los huesos hasta atravesarlos sólo fuera producto de su imaginación. La sombra extrajo su herramienta asesina y siguió corriendo. Las mujeres, presas del pánico, echaron a correr por el patio del convento chocando entre sí, arrastrando a sus hijos y cayendo al suelo para no volver a levantarse. Otro golpe de hacha... y luego una pequeña figura voló hacia un lado y desapareció.

Ayez pitié, épargnez mon enfant!

Las mujeres cayeron una tras otra, abatidas en su huida, asesinadas de rodillas mientras suplicaban por su vida, clavadas en el suelo y tratando de arrastrarse. En medio del pánico era imposible descubrir dónde se encontraba la madre de Andrej. Andrej no se dio cuenta de que se tapaba los oídos con las manos y chillaba su nombre como un poseso desde que presenciara el primer asesinato. Entonces la inmensa sombra —que se desplazaba entre sus víctimas como un lobo gigantesco y oscuro se desdibujó ante su vista, convirtiéndose en una figura envuelta en un hábito que blandía una guadaña y cercenaba sin piedad la mies humana acurrucada entre sus pies— volvió a convertirse como al principio en aquella sombra tenebrosa que había agarrado a una de sus presas de los cabellos, la arrojaba al suelo, alzaba el arma...

Alguien se abalanzó contra la espalda de la sombra y la golpeó. Ésta lanzó una mano hacia atrás y se lo quitó de encima, lo arrojó al suelo, lo pisoteó y le asestó innumerables golpes con su arma. El ruido de los golpes, de los huesos quebrados, la carne reventada, los gritos de dolor... Las manos que cubrían los oídos de Andrej resultaron inútiles.

El arma se elevó en el aire —Andrej creyó ver un rastro rojo en medio del fulgor— y se abatió sobre la primera presa que la sombra jamás había soltado, cuyos gritos y pataleos resultaron inútiles...

Andrej comprendió que había abandonado su escondite y se encontraba delante del muro cuando el granizo le azotó el rostro como los pinchazos de miles de agujas. Lanzó un grito con su aguda voz de niño, lloró y apretó los puños hasta hacerse sangre. La sombra asesina se dio la vuelta. Era lo único que permanecía en pie en el campo de batalla. Arrancó el arma del cuerpo de su última víctima y echó a correr hacia Andrej. Andrej no sabía si la sombra seguía rugiendo porque sus propios gritos apagaron el estruendo. Se quedó inmóvil, como si el hecho de salir de su escondite hubiera acabado definitivamente con sus fuerzas. La sombra se aproximaba a través del granizo y con cada paso que daba su tamaño se reducía hasta convertirse de un monstruo amorfo en un ser humano envuelto en un hábito ondulante y de un ser humano en un monje..., la supuesta guadaña en un hacha..., la imagen gigantesca en una figura enjuta envuelta en un hábito empapado en sangre e incrustado de partículas de hielo. El segador se convirtió en un joven monje que podría haber sido el hijo de algunas de las mujeres que acababa de cortar en pedazos. Andrej contempló el rostro del monje que se abalanzaba sobre él y, con la visión clara de los que están a punto de morir, comprendió que lo que veía era el cuerpo de un joven benedictino, pero que el alma que albergaba ya no estaba presente. Lo que habitaba el cuerpo y lo impulsaba hacia delante era un demonio, y el demonio se llamaba locura.

El monje casi lo había alcanzado: una figura manchada de sangre que escupía espumarajos, de cuyos ojos manaban lágrimas y que blandía el hacha. Andrej sabía que estaba a punto de morir. Su vejiga se vació, cerró los ojos y se rindió.

—Lo haremos como siempre —había dicho el padre de Andrej la noche anterior en la posada—. Me adelantaré y hablaré con los monjes. Les daré conversación para que me lleven a la biblioteca; cuando encuentre el Códice me apropiaré de él y si encuentro otra cosa que podamos convertir en dinero también me la llevaré. Después echaré a correr y chocaré contra tu madre, que simulará esconder algo, y mientras tanto... ¿Qué ocurrirá mientras tanto, hijo mío?

—Vos pasáis corriendo junto a mi escondite y me arrojáis el botín —recitó Andrej—. Después atravesáis la puerta y simuláis caer al suelo. Mientras los demás os registran a vos y a mi madre sin encontrar nada, me escabullo hasta nuestro campamento con el botín.

—El chico tiene un talento natural —dijo el padre de Andrej con una amplia sonrisa.

—Le enseñas a robar a tu propio hijo —dijo la madre—. Robar es un pecado y no tiene ninguna relación con la ciencia.

—¡Lo que es un pecado es que obliguen a investigadores como nosotros a robar para obtener los conocimientos necesarios! —replicó el padre de Andrej—. Una injusticia anula la otra. ¡Eso es un hecho científico!

—Lo que se anula son los opuestos —dijo la madre de Andrej—. El agua apaga al fuego. Un plato lleno llena un estómago vacío. El derecho vence a la injusticia.

—Tú no sabes nada de los secretos de la ciencia —dijo el padre de Andrej y empezó a calcular cuántas estrellas eran favorables a sus propósitos. Andrej oyó cómo murmuraba para sus adentros—: Si el Códice estuviera aquí... eso sería importante..., si lo encontrara mañana..., toda la sabiduría del mundo, toda la sabiduría del diablo...

—¿Padre?

—... los secretos que Moisés trajo del monte Sinaí y que no reveló...

—¿Padre?

—¿Qué?

—¿Qué es un código?

El padre de Andrej no era una mala persona; si lo fuera, haría años que habría abandonado a su mujer y su hijo, y hubiera perseguido sus sueños a solas. Puede que fuera un ladrón cuando no le daban voluntariamente lo que consideraba necesario, y puede que fuera un estafador cuando las personas eran lo bastante ingenuas como para dejarse estafar por él, pero sus actos sólo respondían a un sublime objetivo: el conocimiento científico.

Alzó la mirada y contempló a su hijo, y como siempre, fue incapaz de reprimir el orgullo que le despertaba.

—Un códice... son muchas hojas que han sido encuadernadas para poder pasarlas y leerlas una tras otra. Algo que uno puede llevar consigo sin tener que cargar con todo un baúl lleno de pergaminos.

—¿Por qué este códice es tan importante para nosotros?

De repente Langenfels sonrió y acarició el cabello de su hijo con la mano. Después se inclinó hacia atrás e inspiró profundamente.

—Es la historia de un monje que perdió la fe. Y que cargó con un terrible pecado. Andrej lo miró fijamente.

—Ocurrió hace cuatrocientos años. Cuatrocientos años suponen mucho tiempo, hijo mío, y de quienes vivían en aquel entonces sólo queda polvo..., polvo, una historia y un libro. El libro más poderoso de la Tierra. —Langenfels se inclinó hacia delante para evitar que su mujer escuchara sus palabras—. ¿Qué les proporciona a las personas el mayor poder?

Andrej sabía lo que habría contestado su madre si hubiera escuchado la conversación: la fe, pero también sabía lo que su padre quería oír:

—La sabiduría —susurró.

Langenfels asintió con la cabeza.

—El monje estaba dispuesto a hacer penitencia, una penitencia tan terrible como su pecado.

—¿Qué hizo? —susurró Andrej con los ojos como platos.

—La comunidad en la que servía aquel monje vivía en un convento célebre en todo el mundo por su biblioteca. Muchas de las obras que albergaba eran tan antiguas que nadie sabía de dónde provenían ni quién las había escrito, y sólo unos pocos tenían una idea aproximada de su contenido. Los tratados de los primeros Papas, las cartas de los Apóstoles, las obras de los filósofos griegos y romanos, de los sacerdotes egipcios, los pergaminos de los israelitas guardados en los cajones. La biblioteca contenía copias de todos ellos y el monje del cual hablamos era el único que las conocía todas.

—¿Las había leído todas?

—Las sabía de memoria, porque las estudió a fondo. Pero sabrás, hijo mío, que el saber no le cuadra a todas las almas. Hay que ser un científico para no amedrentarse ante los secretos ocultos tras las cosas, y ciertos saberes sólo deberían estar al alcance de aquellos que saben cómo manejarlos. Pero el monje era un hombre sencillo. Una vez estudiado todo lo que contenía la biblioteca emprendió la búsqueda de nuevos conocimientos. Dicen que por fin encontró un libro oculto en una cueva, emparedado en un nicho y escondido del mundo... y habría sido mejor para él que no lo hubiera encontrado. Mejor para él..., pero su perdición y la de los otros supusieron un gran regalo para el mundo.

—¿Su perdición?

—Para hacerse con el libro, asesinó a diez de sus cofrades.

La luz humosa de la posada pareció volverse más oscura y las sombras más pronunciadas. Andrej clavó la mirada en una figura que llevaba la cabeza cubierta por una capucha, como un monje, y que estaba sentado solo ante una mesa. Las sombras parecían aumentar de tamaño y Andrej tenía la boca seca. Entonces se acercó otra figura y, cuando la de la mesa se quitó la capucha, vio que era una mujer joven que le sonrió al recién llegado y le tendió la mano cuando éste se sentó a su lado.

—Un científico, hijo mío —dijo el viejo Langenfels—, considera que todos los conocimientos que adquiere son como una luz en la oscuridad de la ignorancia. Sin embargo, el monje, tras leer ese último libro, de repente comprendió lo que estaba escrito en todos los demás. Vio cómo se apagaba la última lucecita que ardía en las tinieblas de su propio mundo: la luz de la fe. Cuando se apagó, la oscuridad lo envolvió.

—Pero sólo era un libro, ¿verdad?

—¡Pues resulta que no sólo era un libro! ¿Quién sabe qué ponía en ese tratado que alguien había ocultado al mundo? Tal vez fuera aquello que Dios prohibió a Moisés que escribiera. A lo mejor eran los conocimientos que Adán conservó tras comer la fruta prohibida. ¡No menosprecies el poder de los libros, hijo mío!

—¿Por qué el monje asesinó a sus cofrades?

—Ellos notaron que había cambiado. Lo interrogaron y, cuando se negó a contestar, se dirigieron a la biblioteca para averiguar por qué sus estudios habían provocado un cambio tan profundo en él. Pero el monje no quería compartir el conocimiento adquirido e intentó detenerlos...

—Quizá sólo pretendía proteger a los demás, para evitar que ellos también perdieran la fe, ¿verdad, padre?

—Sí, hijo, ¿quién puede saberlo? Las buenas intenciones pueden provocar el mal, al igual que las malas. En todo caso hubo una lucha, una antorcha cayó al suelo, un cuenco con aceite se derramó, qué sé yo, y la biblioteca se incendió. De pronto todo empezó a arder. Cuando el monje vio que no podía salvar los libros huyó, cerró la puerta con llave y dejó que sus cofrades fueran pasto de las llamas. Todos murieron.

Andrej tragó saliva.

—Lograron salvar la mayor parte del convento, pero la biblioteca se quemó por completo. El monje le confesó todo a su abad y como penitencia suplicó que le permitieran apuntar todos sus conocimientos y así conservar los que había obtenido gracias a la biblioteca y que se habían perdido en el incendio. Cuando el abad le preguntó en qué consistía realmente la penitencia, el monje dijo que quería ser emparedado. Mientras moría lentamente de hambre y de sed redactaría la obra y escribiría la última palabra con su último suspiro. Después podrían abrir su celda, enterrar su cuerpo y conservar el libro.

—¡Qué horror! —murmuró Andrej.

—Sí —dijo su padre—, fue la penitencia más horrorosa impuesta por un pecado como el suyo que uno pudiera imaginar. El abad accedió, pero ya durante el anochecer del primer día el monje supo que jamás lograría concluir la obra antes de morir, y se desesperó.

—¿El abad lo dejó salir de la celda?

—No.

—¿Ni siquiera le dio de comer y de beber para que aguantara más tiempo?

—El hombre había sido emparedado, Andrej. Hiciera lo que hiciese en el interior de la celda o gritara cuanto gritase, nadie podía oírlo. Sólo volverían a abrir la celda cuando hubiera transcurrido el tiempo suficiente para asegurarse de que estaba muerto.

—Pero entonces, ¿qué podía hacer el pobre monje?

—Rezar —dijo el padre de Andrej con una sonrisa imperceptible.

—Pero...

—Precisamente. ¿Cómo podría rezar si había perdido la fe? Sabrás que para conservar la confianza en el bien necesitas la fe, aunque no para tener claro que el mal también existe: eso lo sabes aunque sólo conozcas un rincón del mundo.

—Eso significa que...

—Sí. El monje le rezó al diablo.

—Santa María Madre de Dios, protégenos de todos los malos espíritus —exclamó Andrej, con el mismo tono que habría empleado su madre. Su padre entornó los ojos.

—Dicen que el diablo acudió a la celda del monje. Pero el mal siempre acude con mayor rapidez que el bien, así que supongo que eso es lo que quizá sucedió. El diablo le ofreció ayuda y le dijo que él escribiría la obra, y por hacerlo ni siquiera le pidió una recompensa: el alma del monje ya le pertenecía y consideró que la mayoría de quienes leyeran la obra perderían su fe en Dios y se acercarían a él, y eso ya suponía una recompensa suficiente. El monje reveló sus conocimientos al diablo y el Señor del Averno se puso manos a la obra. Al día siguiente, cuando el monje despertó tras un sueño intranquilo, el libro terminado reposaba en un pupitre.

Andrej calló.

—Pero... —añadió su padre.

—Pero ¿qué?

—El monje había engañado al diablo.

Andrej jadeó, sorprendido.

—El monje sabía que el diablo retorcería todo lo que él le revelara y que su único propósito era sembrar la perdición difundiendo el conocimiento. Así que el monje ocultó en tres páginas del libro la clave que descifraba todas las palabras retorcidas y falsas escritas por el diablo y añadió una explicación para comprender ese legado de

Satanás. Después dibujó una imagen del diablo en las páginas centrales del libro para advertir a todos los lectores, se tendió en el suelo y murió. Cuando tras muchos días los otros monjes abrieron la celda, se espantaron. El libro estaba allí, como había prometido, pero el cadáver de su cofrade estaba tan quemado como los de los demás, esos a los cuales había condenado a morir entre las llamas.

Andrej soltó un grito de horror. Los ojos de su padre brillaban a la luz de las escasas velas que llameaban en la posada y que aumentaban el prevaleciente aroma a comida quemada que flotaba bajo el techo. Casi todos los demás huéspedes se habían retirado al dormitorio o roncaban tendidos encima de las mesas de la posada.

—Quienes eran especialmente dignos o sabios obtuvieron permiso para estudiar el libro —susurró el padre de Andrej—. ¿De dónde crees que provienen todos los avances, todas las nuevas ideas que siempre vuelven a resplandecer entre las tinieblas? ¿De dónde crees que salieron los primeros conocimientos sobre alquimia?

—¿Del libro?

—¿Y de dónde provienen todas las ideas horribles, las guerras, la intolerancia, las persecuciones, los asesinatos, los malos Papas y los malvados soberanos? Al final resultó cada vez más difícil acceder al libro y la existencia del libro cayó en el olvido.

—Y vos, ¿cómo sabéis todo eso, padre?

—Antes de conocer a tu madre, y antes de que tú nacieras, conocí a un viejo alquimista. —El padre de Andrej titubeó, pero sólo un instante—. Lo conocí en la cárcel, en Viena, si es que quieres saberlo con precisión. Fui a parar allí debido a la envidia de las malas personas. El destino del viejo era aún peor: lo habían condenado a morir en la hoguera. En la noche antes de su ejecución me narró esta historia.

—¿Y vos le creísteis?

—Claro que sí. Los científicos no se mienten los unos a los otros y el desdichado ya tenía un pie en la tumba —dijo Langenfels con una sonrisa crispada, pero sus ojos brillaban—. Tuve que jurarle que jamás se lo contaría a nadie, y no lo haré. Pero en cuanto el libro me pertenezca, todos los conocimientos y todos los secretos de la Creación también me pertenecerán, a mí, un científico, y no sólo encenderé una lucecita en la oscuridad, ¡iniciaré un incendio y empezará una nueva era en la que tanto la ignorancia como la superstición arderán en llamas y los hombres vivirán a la luz de la ciencia! ¡Y ésa será mi obra, la mía!

—¿Acaso sabéis dónde está ese código, padre?

—Aún está oculto en el convento en el que fue redactado.

—¿Y habéis descubierto qué convento es?

—¿Recuerdas aquel pueblo del norte, ese que se encuentra en el bosque, junto a la ciudad construida sobre las rocas?

—¿Ese de cuya posada huimos en medio de la noche sin pagar la cuenta?

—Bien, hijo mío, sólo quise ahorrarles a los buenos posaderos una discusión

sobre el dinero a la mañana siguiente.

—Pero vos también os llevasteis el jamón y un pequeño saco de harina de la despensa.

—También quise ahorrarles una discusión al respecto.

—Madre dice que los engañamos.

—¿Quieres saber dónde está el convento, o no?

—¿Está cerca de ese pueblo?

El padre de Andrej soltó un bufido y sacudió la cabeza.

—Ahí estaba aquel sacerdote de pueblo...

—¡Aquel individuo completamente borracho!

—No sé gran cosa acerca de la vida de un sacerdote de pueblo, sobre todo allí en lo alto, donde el zorro y la liebre se dan las buenas noches. Pero puedo imaginarme que un hombre está dispuesto a beber si le ofrecen una copa.

—Vos le ofrecisteis más de una, padre.

—Sí, el individuo no era nada tímido.

—Y también le ahorrasteis al posadero discutir por el precio del vino...

—Pero esa vieja barrica se merecía todas las copas de vino que derramé en su boca.

—¿Os reveló dónde se encuentra el convento?

El padre sonrió.

—¿Dónde está, padre?

En medio de la oscuridad de la helada noche de noviembre, el padre de Andrej señaló hacia la ventana. Ahora sus ojos reflejaban la luz de las velas y su sonrisa se volvió cada vez más amplia. Las sombras convertían su rostro en el de un desconocido.

—Mañana te ocultarás junto a la puerta, como convinimos, y aguardarás a que te arroje la Biblia del Diablo.

El prior Martin habría sido el primero en pisar el patio del convento si no se hubiera detenido junto al monje muerto que yacía delante de la entrada. Mientras se inclinaba hacia el bulto negro que formaba el hábito tirado en el suelo de piedra, los dos novicios que lo habían acompañado desde Braunau pasaron corriendo a su lado en dirección al patio. Martin agarró del hombro a la figura encogida, la giró y se sobresaltó: en vez de un rostro, sólo vio una herida. El cráneo estaba partido por la mitad. El prior reprimió un quejido y se le revolvieron las tripas. La cabeza del cadáver rodó a un lado y cayó sobre su pie antes de que pudiera retirarlo. Durante unos segundos, permaneció como clavado en el suelo; el espantoso tumulto exterior casi había enmudecido; habían tardado varios minutos en oírlo entre el chisporroteo del granizo y la violenta discusión mantenida en la sala capitular. Después transcurrieron varios minutos más en los que todos intercambiaron miradas, fijas y desconcertadas, hasta que Martin salió apresuradamente de la sala, seguido por los novicios. Lanzando un gemido, Martin retiró el pie de debajo de la cabeza del muerto y se estremeció cuando ésta siguió rodando por el suelo, desparramando sangre, fragmentos de hueso y dientes. El prior avanzó a lo largo de la pared, rodeó al muerto y casi no se percató de que movía los labios como si rezara. Cuando hubo dejado atrás el cadáver, recogió su hábito y siguió corriendo.

Una vez fuera chocó contra un muro de hábitos negros, de manos que intentaban detenerlo, pero él se abrió paso entre los custodios. Eran cinco, el muerto tirado en el pasillo era el sexto, y el séptimo...

Cuando comprendió que el séptimo custodio era el que había provocado el baño de sangre, la imagen del robusto novicio —a quien todos llamaban Buh y que ahora estaba arrodillado y vomitaba, mientras el enjuto novicio llamado Pavel permanecía de pie a su lado, su rostro convertido en una máscara del horror— se desvaneció ante sus ojos al igual que el campo de batalla cubierto de cuerpos despedazados. Era como si cayera en un precipicio; el granizo le azotó el rostro y Martin se secó la cara. En ese momento el séptimo custodio se encontraba casi en el otro extremo del patio del convento; arrancó un hacha de un cuerpo que yacía a sus pies, la elevó por encima de la cabeza y corrió hacia la puerta del patio lanzando un alarido. Martin estaba convencido de que trataba de salir del convento... y que cuando lo lograra y alcanzara el pueblo allende los campos, la masacre empezaría de verdad. El prior se dio la vuelta.

Los cinco custodios se apretujaban unos contra otros. El rostro de aquellos que se habían retirado la capucha de la cabeza reflejaba el espanto que también paralizaba al joven Pavel. El custodio armado con la ballesta había levantado el arma y apuntaba; el proyectil seguía la loca carrera del demente que blandía el hacha. Martin

comprendió inmediatamente que la flecha llevaba apuntando al desquiciado desde que los custodios que lo perseguían llegaron al patio, y que sólo el concepto de su propia intangibilidad —que les metían en la cabeza a martillazos— había impedido que disparara la ballesta, lo que hubiera puesto fin a la matanza. Martin soltó un gemido horrorizado. ¿Cómo pudo haber ocurrido tamaña tragedia tras todos esos años en los que los custodios habían demostrado su valor como guardianes de la cristiandad? Pero sabía perfectamente cómo pudo ocurrir: en todo ese tiempo, nadie había ordenado jamás a un custodio que matara a un hombre. Él, el prior Martin, sería el primero. El ballestero mantenía los ojos muy abiertos mientras el granizo le golpeaba la cara.

—¡Dispara! —gritó Martin.

El ballestero parpadeó y clavó la vista en el prior; la expresión de su mirada impresionó a Martin: el hombre sabía que destruiría otra alma y sabía que no tenía elección. El enajenado casi había alcanzado la puerta y blandía el hacha.

—¡Dispara!

La ballesta se disparó con un ruido seco. Martin giró la cabeza. El proyectil ya había alcanzado la meta antes de que pudiera enfocar la mirada. El perturbado cayó al suelo. Durante un instante, Martin creyó ver a un niño en el lugar hacia el cual había corrido el demente, pero cuando parpadeó el chiquillo había desaparecido. Era imposible ver con claridad en medio de la granizada. Al pensar que quizás había visto el alma del muerto antes de que emprendiera su camino, un escalofrío le recorrió la espalda. Se estremeció y se persignó. Y después se volvió lentamente.

El ballestero aún mantenía alzada su arma, sin dejar de parpadear; cuando Martin levantó la mano y depuso la ballesta, el monje parpadeó aún más y los ojos se le llenaron de lágrimas. La tormenta de granizo acabó tan abruptamente como había empezado. El silencio posterior parecía surgir del encharcado suelo del convento. Martin percibió las miradas de Pavel y de los custodios. El olor a frío y tierra mojada se mezclaba con el de la sangre fresca. Martin sabía que debía hacer algo si quería evitar que la institución de los custodios acabara en ese momento, pero tenía la impresión de que la orden que impartió supuso atravesar un precipicio del que era imposible regresar. Algo en su interior gritó espantado: «¡Ayúdame, Señor, sólo lo hice por Ti y para proteger a las personas!»

—¡Custodios! —gritó. Los cinco hombres envueltos en sus negros hábitos de monje se sobresaltaron—. ¡Custodios! ¿Cuál es vuestra tarea?

Los custodios lo miraron, moviendo los labios en silencio.

—¡Exacto! —gritó Martin—. Y en cambio, ¿qué hacéis?

El monje de la ballesta intentó decir algo. Señaló el campo de batalla.

—¿Para qué habéis sido elegidos?

El ballestero balbuceó unas palabras.

—Vuestra tarea consiste en proteger a la cristiandad. A éstos ya no podéis protegerlos, ¡están muertos! Dos de vuestros hermanos también han muerto. Vuestra comunidad se ha roto, la muralla protectora está destruida, desde aquí la perdición puede infiltrarse en el mundo. ¡Volved a vuestra tarea! ¡Recordad vuestro juramento!

Poco a poco, en los ojos vidriosos de los hombres apareció algo similar a una chispa de vida. Intercambiaron una mirada y después volvieron la vista hacia Martin.

—Que el Señor os cuide y os proteja —susurró el prior.

Todos regresaron al convento en silencio. Uno tras otro se confundieron con la oscuridad en el interior del edificio, una oscuridad que parecía aún mayor en cuanto el sol se asomó entre las nubes y la luz empezó a relumbrar. Una vez que los ojos de Martin se acostumbraron a la oscuridad, vio al hermano Tomás al otro lado del umbral. Su rostro surcado de arrugas estaba vuelto hacia él y Martin comprendió que observaba la escena de la masacre como si él fuera el responsable. «Y de algún modo lo soy —pensó—. Todas esas mujeres y niños fueron asesinados por un orate, pero cuando me encuentre ante el juez supremo, seré yo quien cargue con el peso de sus almas». Luchó contra el terror que amenazaba con invadirlo y procuró que nadie lo notara. El rostro de Tomás era como un hueso tallado, viejo y oscuro. Vio que el anciano monje movía los labios y, aunque no oía sus palabras, sabía que decía: «Su sangre se derrama sobre vos, padre Superior».

Martin se alejó tropezando, salió al patio y pasó junto a la primera víctima. Tragó saliva, procuró no ver el rostro destrozado y dirigió la mirada al bulto formado por el oscuro hábito tendido junto a la puerta. Los charcos de agua brillaban al sol, los de sangre eran opacos, como la tierra vejada. El hacha del custodio brillaba; el chaparrón había limpiado la hoja de sangre y era como si nunca hubiera sido utilizada. Martin la miró fijamente y se descubrió a sí mismo rezando, rogando que todo hubiera sido un espejismo, pero ni siquiera tuvo que darse la vuelta para saber que su esperanza era vana. Recordó la imagen del niño que creyó ver, ese que apareció en el punto donde el enloquecido monje se desplomó. El monje tenía los ojos abiertos y parecía mirar hacia donde Martin creyó ver al niño. Quiso agacharse para cerrar los ojos del muerto, pero las fuerzas le fallaron. Tenía un nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarlo.

—Que Cristo se apiade de ti —murmuró.

—Que el Señor se apiade de todos nosotros —dijo alguien en voz baja: el hermano Tomás estaba a su lado con la vista clavada en el muerto—. Realizamos la obra del diablo —dijo el anciano.

—No, protegemos al mundo de ella.

—¿Llamáis a esto proteger, padre Superior? ¿Por qué no protegimos a estas desdichadas mujeres?

—A veces el bien de todos pesa más que el bien de unos pocos —dijo el prior

Martin, pero él mismo no creía en sus palabras.

—El Señor le dijo a Lot: Ve y tráeme a diez inocentes, y por ellos perdonaré a todos los pecadores.

Martin guardó silencio. Contempló el desfigurado rostro del muerto tirado en el suelo y la punta de la flecha que surgía de su boca abierta. Las lágrimas le produjeron escozor en los ojos.

De pronto Tomá se inclinó y cerró los ojos del muerto, introdujo la mano debajo del hábito y extrajo una cadena brillante.

—El sello —dijo el prior Martin—. Lo ha perdido. Quizá fue el motivo por el cual...

Tomá alzó la mirada y lo contempló.

—Nada podría justificar esto. Ni su muerte ni la del hermano que intentó detenerlo, ni la de las mujeres y los niños. Y tampoco la de aquel hombre que yace bajo la bóveda —dijo, señalando el edificio del convento.

—Quería robar el Códice —dijo Martin.

—Nunca habría logrado llevárselo de aquí.

—El objetivo de la orden que di era proteger el Códice y también al mundo de su efecto.

Tomá sacudió la cabeza.

—Rezaré por vos, padre Superior.

Martin no logró reprimir un sollozo. De pronto se sintió condenado y se convenció de que su alma mortal iría al infierno. «Lo hice para servirte, Señor», volvió a pensar y su desconsuelo fue aún mayor. El rostro de Tomá expresaba dureza y compasión al mismo tiempo. Martin sabía que ahora había quedado definitivamente excluido de la comunidad. Puede que fuera su superior y que ellos le obedecieran como indicaban los reglamentos de la Orden, pero a partir de ahora sería un extraño.

«Me ha rozado —pensó, lleno de repugnancia por sí mismo—. Está profundamente escondido en todos esos arcones que lo ocultan y está encadenado, y sin embargo me ha rozado». Se preguntó si uno de sus antecesores habría albergado una idea semejante y recordó las crónicas que habían dejado. Ni rastro de duda, ni de algún indicio de que alguna vez uno de ellos se hubiera visto obligado a utilizar a los custodios tal como lo preveía su juramento. Los superiores del convento y los custodios habían envejecido y servido juntos, protegidos por la cada vez más reducida comunidad de los demás monjes, albergados en el convento en ruinas, allí, en el linde de la civilización cristiana. Incluso estaba separado de sus antecesores; un hombre completamente solo que al mismo tiempo sabía que no podría haber obrado de otro modo, pero que no dejaba de desear haber obrado de otro modo. Clavó la mirada en el hermano Tomá, sin saber que las lágrimas bañaban sus mejillas.

—Que Dios se apiade de vos —susurró el hermano Tomá.

De repente oyó el tartamudeo de Buh, que en general nadie comprendía excepto Pavel, y la clara voz de éste, más aguda que de costumbre.

—Hay uno que aún está con vida —balbuceó Pavel.

Entonces escuchó el llanto del recién nacido.

Los asistentes al servicio religioso estaban bajo el influjo de los acontecimientos de ese día. No todos los presentes temblaban debido al frío de la noche de noviembre que descendía de las desnudas vigas del techo sobre la pequeña congregación. Para iniciar la oración, el prior Martin había elegido los versículos «¡Ayúdame, Dios mío!». Su significado parecía mayor que en otras ocasiones... y se percibía una menor esperanza de que Dios respondiera a la llamada de socorro. Las palabras de los salmos que les siguieron pesaban más de lo acostumbrado: «Escúchame cuando te llamo, Dios, que me consuelas cuando siento temor». Y: «Alabad al señor, siervos que de noche estáis de pie en la casa del Señor», y: «Mi confianza y mi castillo, Dios mío, en quien deposito mis esperanzas». Uno o dos hermanos lloraban abiertamente y el rostro del prior pertenecía a un hombre que no cree poder escapar del fuego del infierno. Pavel rápidamente dejó de atisbar bajo las capuchas de los monjes que lo rodeaban, porque lo que vio le heló las entrañas. El prior Martin entonó las alabanzas pero su voz sonó desafinada y tras cantar una estrofa se interrumpió. Después abrió la Biblia, miró fijamente las páginas, volvió a cerrarla y carraspeó.

—Hagamos lo que nos manda el profeta —dijo—. *Custodiam vias meas, ut non deliquam in lingua mea*. Prestaré atención a mi camino para no errar con mi lengua. Pondré un guardia ante mi boca, enmudeceré, me humillaré y silenciaré incluso el bien.

—Amén —dijeron los hermanos.

Pavel recordó lo que había oído con mucha frecuencia al principio de su noviciado: *Regula Sancti Benedicti Caput VI: De taciturnitate*. Acerca de la taciturnidad.

—¿Qué nos muestra el Profeta? Que por amor al silencio a veces incluso hemos de renunciar a las buenas palabras. Y menos aún debemos pronunciar las malas. Tanto si se trata de las palabras buenas y constructivas como de las malas y funestas: al discípulo perfecto sólo se le permite hablar en contadas ocasiones, debido al significado del silencio. Pues está escrito: «¡Si hablas mucho, no escaparás del pecado!» Y: «¡La lengua tiene poder sobre la vida y la muerte!»

El prior pareció contemplar a cada uno de ellos. Durante el prolongado silencio, Pavel oyó los carraspeos y la respiración de la pequeña comunidad. Percibió la mirada del prior y trató de reunir el valor para sonreírle y asegurarle que —hubiera pasado lo que fuera, o aun lo que pudiera pasar— el prior Martin siempre ocuparía el lugar del hombre más sabio, pío y bueno del mundo en el corazón del novicio Pavel. Cuando por fin osó alzar la cabeza, hacía rato que la mirada del prior se había apartado de él.

El prior tomó aliento, pero en vez de cantar el *Nunc dimittis*, dijo:

—Ahora, Señor, deja partir a tu siervo en paz. Hoy mis ojos se vieron obligados a contemplar la obra de Satanás, pero conozco el Bien que has dispuesto ante todos los pueblos.

La comunidad se puso de pie y salió de la iglesia en silencio. Pavel la seguía arrastrando los pies, acompañado de Buh. Había recibido el mensaje del prior Martin con toda claridad: que había que guardar silencio acerca de la tragedia ocurrida ese día. Al no mencionar el acontecimiento y limitarse a recitar las reglas de la Orden, ya parecía haber corrido el primer tupido velo del olvido. La fosa común, excavada durante toda la tarde en un rincón del cementerio de los monjes, supondría otro escalón más en el olvido. Se preguntó si los monjes negros asesinados también serían enterrados allí y se desconcertó al comprender que el prior Martin también podría haber ordenado que enterraran al recién nacido vivo junto a su madre muerta. Cuando alzó la vista, vio el rostro furioso del hermano Tomás.

—El padre Superior desea hablar contigo —dijo—. Contigo y con tu amigo.

El temor le secó la boca. En todos esos meses el prior Martin jamás lo había tratado con descortesía, ni una sola vez desde que recompensó los muchos días de espera de dos muchachos jóvenes llamados Pavel y Petr (cuyo auténtico nombre Pavel ya había olvidado desde que adoptó el apodo de Buh) ante la puerta del convento de Braunau, aceptándolos como postulantes en la comunidad del convento y por fin entregándoles el hábito de novicio, pese a que Buh solía tartamudear tanto que ni su madre lo habría comprendido y aunque a Pavel la comprensión de los reglamentos benedictinos le supusiera un esfuerzo tan grande que se veía obligado a repetirlos de manera constante para no confundirlos. Pero ahora, dada la situación, la idea de que el prior Martin quería hablar con ellos le daba miedo. A lo mejor les diría que a tenor de las circunstancias ya no había lugar para ellos en el convento. Pavel sospechó que Buh no soportaría perder incluso este último hogar, y sabía que él tampoco. Decidió que si las cosas se desarrollaban de ese modo, en el peor de los casos suplicaría de rodillas, pero al mismo tiempo temía que aquel gesto supusiera una desobediencia y un mayor bochorno para el prior Martin. ¿Acaso albergar esa idea no era un indicio de un egoísmo pecaminoso, después de todo lo ocurrido en el patio del convento? Agarró a Buh de la mano; éste, como siempre, permanecía a su lado como un buey junto a su boyero.

Por fin se encontraron solos en la iglesia: el prior Martin, el hermano Tomás, Pavel y Buh. Buh intentaba esconderse detrás de su amigo, pero medía dos cabezas más que él y su cuerpo era dos veces más ancho que el del pequeño y esmirriado Pavel, así que fue en vano.

—Jamás deberíais haber dejado entrar a esas mujeres protestantes en nuestro claustro, padre Superior —dijo el hermano Tomás.

—Nunca debería haber confiado en que el deber del custodio no llegaría a

quebrantar a un hombre —replicó el prior.

—Ese deber repugna a Dios.

El prior lo miró fijamente y tras unos instantes de duelo silencioso, el anciano bajó la cabeza.

—¿El deber de proteger al mundo de la palabra de Lucifer? —preguntó el prior Martin—. ¿Acaso hay una tarea más importante para un cristiano creyente y un hermano *in benedicto*? Puede que yo sea responsable de los asesinatos, pero las almas de ambos custodios muertos serán reconocidas por Dios el Señor y da igual el horror que uno de ellos haya cometido hoy. El Perverso guió sus pasos, no él mismo.

—Deberíamos quemarlo —murmuró el hermano Tomás—. Ya sabéis lo que pienso de esa... cosa. Con toda humildad, padre Superior: aquello que amenaza la fe debe ser purificado por el fuego.

—Si su destino hubiera sido ser quemado, entonces nuestros antecesores ya lo habrían entregado a las llamas hace cuatrocientos años. Los caminos de Dios son maravillosos; al permitir que la palabra del diablo llegue a este mundo, quiere mostrarnos que la tarea de los hombres consiste en perturbar la obra de Lucifer. Podemos elegir entre el bien y el mal, y Dios también considera que nuestra tarea consiste en protegernos de Satanás.

El hermano Tomás guardó silencio. Pavel procuraba no respirar y no pensar, pero sus pensamientos se arremolinaban. Sólo comprendía una cosa, pero ya la había sabido en cuanto percibió el secreto especial de ese convento moribundo: para un benedictino no existía tarea más importante que aquella llevada a cabo por los monjes negros en las bóvedas debajo del edificio del convento.

—Los hermanos, ¿callarán? —preguntó el prior.

—Los hermanos obedecerán, padre Superior. —La voz del hermano Tomás no era amistosa.

—¿Y si algo de este asunto llega a oídos de la aldea?

—Todos callarán —dijo el guardián de la puerta.

—*Regula Sancti Benedicta Caput VI* —dijo el prior.

—¡Eso no fue lo que quiso decir san Benito!

—*Regula Sancti Benedicti, Caput V: De oboedientia* —dijo el prior Martin con una sonrisa triste.

El hermano Tomás frunció el ceño.

—Obediencia —susurró—. Conozco las reglas, padre Superior.

El prior se apartó abruptamente. Cuando se acercó a Pavel, éste le lanzó una mirada temerosa.

—Hoy te comportaste bien, mi joven hermano —dijo Martin, y sonrió. Pavel vio el sudor en su frente y los reflejos del crucifijo dorado que colgaba de su cuello lo deslumbraron, pero sobre todo vio la sonrisa y se la devolvió con mucha precaución.

—Conservaste la calma y fuiste el único que notó que la mujer aún respiraba.

—Si vos lo decís, padre Superior —balbuceó Pavel; después añadió—: Buh la vio primero; yo quería ayudarle a incorporarse y devolverle su dignidad, pero él no dejaba de señalarla y decir: «Allí, allí al otro lado, ¡está viva, está viva!»

—¿Quién es Buh? —preguntó el prior.

—El hermano Petr —dijo Pavel, señalando a sus espaldas.

—Hermano Petr —dijo el prior—. ¿Es verdad, hermano Petr? ¿Le confiaste tu corazón al hermano Pavel?

—Y... y... y... —tartamudeó Buh señalando al prior— ¡y... y... y...!

—¿Y a mí? —El prior sonrió—. Primero has de confiar en Jesucristo, hermano Petr, después en san Benito y después en los hermanos que te rodean. Ése es el orden correcto.

—Bnnn... —balbuceó Buh; asintiendo con la cabeza—, ¡bnnn...!

—Padre Superior —dijo el guardián de la puerta—, con todos mis respetos, ambos son novicios.

—El paso de novicio a hermano es un paso que supone fe y comprensión —dijo el abad—. No dudo que la fe de ambos es la correcta. Y hoy he visto que también poseen la suficiente comprensión.

—A ése —dijo el hermano Tomá señalando a Buh— aún se le nota que apenas es capaz de comprender.

—Tiene el caletre suficiente para confiar en su amigo, y ése comprende por dos, ¿verdad, hermano Pavel?

Pavel entendió lo suficiente para sacudir la cabeza y murmurar:

—Sólo soy un insignificante siervo del Señor.

—No podéis hacer eso, padre Superior —dijo el hermano Tomá.

—Mañana se celebrará la profesión —dijo el prior Martin—. Lo he decidido. Un momento especial exige medidas especiales. Escuchad, hermanos Pavel y Buh: os ofrezco que mañana os obliguéis a cumplir los votos. A diferencia de lo acostumbrado en el paso del noviciado a la hermandad, no será una profesión temporal. Sí mañana prestáis juramento, será para siempre. Disponéis de la noche para reflexionar.

—Pero... ¿por qué? —tartamudeó Pavel.

—Porque si lo decidís, inmediatamente después recibiréis el encargo de proteger al mundo del diablo. Ha de haber siete custodios que protejan el secreto de nuestra comunidad. Tras lo ocurrido hoy sólo quedan cinco, justo los suficientes para mantener a raya al malvado, pero no para sujetar el poder del Libro a largo plazo. ¿Has comprendido lo que he dicho, hermano Pavel?

Era la tarea más importante que un benedictino podía llevar a cabo en este mundo. La tarea más importante... la tarea más importante... Las ideas se

arremolinaban en la cabeza de Pavel. Oyó que alguien decía:

—Sí, lo he comprendido. —Y descubrió que era él mismo.

—Yo... yo... yo... yo... —balbuceó una voz profunda a sus espaldas.

El prior sonrió y se giró.

—Bien —dijo—, ocurrirá como he dicho.

—Obedezco —masculló el hermano Tomá.

—¿Y qué ocurrió con el niño, hermano Tomá?

El guardián de la puerta cerró los ojos.

—Una mujer de la aldea lo recogió. Perdió a su propio hijo hace dos semanas pero como ya tenía leche, lo amamantará. —El hermano Tomá titubeó un instante—. El niño no tiene padre, y la mujer no tiene marido.

—Has elegido bien, hermano Tomá. Quiero que hagas lo siguiente: busca a la mujer y quítale el niño. Entrégaselo a un labrador del pueblo, dile que lo lleve al bosque y lo deje librado a su destino. Mientras viva, alguien hará preguntas; mientras alguien haga preguntas nuestro secreto peligra. Te daré dinero para la mujer y el labrador. Será una suma importante que les permitirá vivir con comodidad y evitará que hablen. Has de llevarlo a cabo antes de la próxima Prima. ¿Me has comprendido también tú?

El rostro del prior permaneció impasible, pero Pavel hubiera jurado que había envejecido muchos años en un instante. En los ojos del anciano monje relumbraba el odio.

—Obedezco —dijo por fin y salió.

El prior se volvió hacia Pavel y Buh.

—Idos y buscad consejo en vuestro interior y mediante el diálogo con Dios —dijo—. Mañana durante la Prima quiero saber qué habéis decidido.

Pavel y Buh atravesaron la iglesia arrastrando los pies y abrieron el portal que el hermano Tomá había cerrado de un portazo. Pavel se volvió. El prior Martin estaba arrodillado ante el altar. Se cubría la cara con las manos y sus hombros se agitaban.

Pavel cerró el portal sin hacer ruido y se deslizó junto a Buh en la oscuridad de la noche.

1579 - EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Porque tú has librado mi vida de la muerte,
mis ojos de las lágrimas y mis pies de la caída.

SALMO 116,8

Agnes Wiegant echó un precavido vistazo en torno. No había nadie: bien. O mal, según se mirara. Bien porque no había nadie que pudiera fastidiar un experimento científico desde el principio prohibiendo que se llevara a cabo. Y mal porque así nadie podría acudir en su ayuda en el caso de que el experimento se le fuera de las manos. Agnes contempló el tubo del desagüe. A veces la vida resultaba complicada para una chica de dieciséis años.

El año anterior, el invierno ya se había instalado en Viena a principios de noviembre. Ya había pasado la fiesta de la Candelaria pero el frío parecía seguir aumentando. En opinión de Agnes, para quien todos los días transcurridos dentro de su casa eran como un día en el calabozo, el invierno no tenía derecho a seguir tiranizándola. Como el invierno era incapaz de comprenderlo por sí mismo, Agnes decidió castigarlo con el desprecio y hacer como si no existiera. Se había enfundado su abrigo corto y delgado y había salido a la Kärntner Strasse. Su huida fue propiciada por una circunstancia: los criados tenían vacaciones debido a la Candelaria y los suplentes contratados por su madre cumplían con sus tareas de un modo aún peor que los criados fijos, quienes, según Theresia, la madre de Agnes, ya eran lo último de lo último y que en el caso de un amo menos bondadoso que Niklas Wiegant haría años que estarían en la calle. Por consiguiente, Theresia Wiegant había ocupado el puesto de mando en la cocina, reinaba allí con mano de hierro y estaba tan sumida en sus actividades que olvidó por completo la existencia de su hija.

Resultó sencillísimo escabullirse de la niñera, que, convencida de que Agnes dormía plácidamente en su habitación, se había dormido encima de un banco delante de ésta. Agnes descubrió el tubo de desagüe en el exterior de la casa y sintió el impulso irrefrenable de llevar a cabo una investigación con el fin de descubrir el único motivo que justificaba la continuada existencia del invierno: ¿era dulce o salado?

En la Kärntner Strasse la nieve y la escarcha cubrían el empedrado con una capa grisácea, y los caballos y los carruajes habían dejado huellas profundas, duras y congeladas en medio de la calle. El permanente viento del oeste había revestido Viena de una coraza de hielo que podría haber paralizado la vida social, aunque en los últimos años esa parálisis también se había dejado notar durante las demás estaciones: peticiones al emperador que no obtenían respuesta porque Rodolfo de Habsburgo ya sólo reconocía las peticiones del mundo con gran dificultad; asuntos eclesiásticos no solucionados durante años porque el obispado estaba vacante debido a la renuncia del obispo Urbano; procesiones anuladas debido a las temidas incursiones protestantes..., cosas que para una chica de dieciséis años habrían sido de escaso interés si no fuera por el molesto hecho de que desde 1570 no se celebraban más procesiones de Corpus Christi y además, hacía algunos años que las procesiones rogatorias de la Candelaria habían sido suspendidas. Agnes había oído decir que

durante la última procesión de Corpus Christi un ayudante de panadería protestante había profanado la hostia y que después dicho ayudante había sido transportado a través del aire por el diablo en persona. Agnes había ansiado ser testigo de semejante escena y aguardado con nostalgia la siguiente procesión de la Candelaria. Y su decepción fue aún mayor cuando, tras esperar durante horas detrás de la ventana de la casa de sus padres, su padre le informó amablemente de que el actual obispo Christoph Andreas ese año tampoco había reunido el valor para enfrentarse al empeño protestante.

Y como si eso no fuera suficiente, en primer lugar el año pasado para Todos los Santos había aparecido una pequeña comunidad que, pese al inicio temprano del invierno se atrevió a ir al cementerio y encender velas para las pobres almas, pero los niños no obtuvieron permiso para ir de casa en casa con los bollos de Todos los Santos, lo que en última instancia daba igual porque ningún panadero católico se mostró dispuesto a hornear los bollos, excepto el maestro panadero Khlesl, cuya tahona estaba frente a la casa de los Wiegant, pero al que ningún católico de la Kärntner Strasse le compraba su mercadería porque era protestante y en cualquier caso, un alma perdida.

¿Qué podría hacer un niño cuando no había festividades religiosas que contemplar? Por ejemplo uno podría plantearse la siguiente pregunta: el revestimiento blanco que cuando helaba cubría el tubo de desagüe como una piel densa, ¿era dulce o salado?

Agnes se volvió y simuló no haber visto que un hombre se aproximaba a su casa. Lo conocía: era Sebastian Wilfing, que visitaba a sus padres al menos una vez por semana. Cuando se presentaba la oportunidad, Agnes siempre trataba de escuchar la conversación de los hombres, no tanto por interés sino porque Sebastian Wilfing tenía una voz muy interesante: cuanto más se excitaba él, tanto más su voz se quebraba y tanto más aguda se volvía, acabando por parecerse sospechosamente al chillido de un cerdo. Cada vez que ocurría, Sebastian carraspeaba y repetía la última sílaba en un tono grave, y ésta sonaba como el gruñido de un jabalí, un interminable placer para la escuchona secreta, aumentado por la figura poco agraciada de Wilfing. Cuando Wilfing se indignaba asegurando que tarde o temprano todos los mercaderes de Viena se convertirían en esclavos de los «faquires francófonos», su voz solía quebrarse con mucha frecuencia. La réplica confiada de Niklas Wiegant en el sentido de que los mercaderes vieneses tenían la culpa, de que entretanto sus colegas de Nürenberg, Augsburgo, Hungría o Italia constituían las tres cuartas partes de los ciudadanos dedicados al comercio y que era hora de tomar el toro por los cuernos, hacía que la voz de Sebastian Wilfing alcanzara una agudeza tan extrema que incluso abochornaría a un cerdito. Por otra parte, Wilfing era un hombre simpático que llamaba a Agnes «Escarabajito de la suerte» y nunca olvidaba guiñarle el ojo. Agnes

le tenía afecto, pero también sabía que Wilfing delataría su estancia en la calle, así que le volvió la espalda y permaneció inmóvil hasta que el visitante desapareció en la casa quitándose la nieve de las botas; no cabía duda de que era un buen amigo y socio, pero sin embargo no era bienvenido por Theresia ahora que el personal estaba de vacaciones, ya que su visita la obligaba a emprender una nueva batalla contra la pereza de los criados. Objetivo táctico: servirle lo antes posible un plato de sopa caliente a Sebastian Wilfing, algo que a éste no le apetecía en absoluto.

Agnes echó otro vistazo en torno; era hora de llevar a cabo su plan. El frío que invadía su torso empezaba a unirse al que ascendía desde sus pies y Agnes sintió que pronto empezaría a tiritar. Así que manos a la obra: ¿dulce o salado?

Tras los gritos de dolor que duraron unos minutos, las primeras personas se reunieron alrededor de la niña cuya lengua había quedado pegada al tubo del desagüe. Después siguieron las habituales preguntas inútiles.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—¡Ayyyyyy!

—¿Es ésa la casa de tus padres?

—¡Ayyyyyy!

—¿Necesitas ayuda?

—¡Ayyyyyy!

—¿Te duele?

Nadie salió de la casa de los padres de Agnes. Su padre acababa de regresar de su último viaje y era de suponer que se había retirado a la sala trasera, que, en vez de dar a la estrecha y ruidosa Kärntner Strasse, daba al amplio Neumarkt; su madre libraba la batalla de los cucharones y las ollas; la niñera de Agnes seguía durmiendo sin sospechar nada, soñando con jubilarse para la próxima Candelaria. La multitud empezó a proferir inútiles consejos, que al principio culminaron con la sugerencia de esperar hasta que se derritiera la escarcha; mientras tanto habría que alimentar a la niña con sopa hasta que la lengua se despegara por sí sola del tubo de desagüe.

Por fin un chico se abrió paso entre la multitud y el parloteo enmudeció. Agnes, a quien la lengua le ardía y en cuyas mejillas se congelaban las lágrimas, desvió la mirada hacia el recién llegado, que permanecía junto a ella y la contemplaba. Vio a un chico de diez años cuidadosamente vestido para resistir una tormenta de nieve. Después clavó la mirada en un jarro de agua que el chico sostenía en la mano y del que surgía vapor. Ambos niños intercambiaron una mirada, después el chiquillo desconocido asintió con la cabeza y sonrió. Luego derramó un poco de agua caliente por encima de la lengua de la pequeña, que se despegó del tubo de desagüe.

Los espectadores aplaudieron y declararon que el salvador era un héroe y que de todos modos a ellos también se les había ocurrido aquella solución. Agnes se agarró involuntariamente del tubo de desagüe pero retrocedió de golpe cuando el frío quemó

sus manos desnudas y reunió la fuerza suficiente para balbucear «¡Brabias!» sin echarse a llorar.

—De nada —dijo el salvador de Agnes.

Ésta tragó saliva. Mientras la multitud se alejaba lentamente, riendo y sacudiendo la cabeza («Hay que ser tonto para lamer un tubo de desagüe en pleno invierno». «Sí, pero ¿ha visto la reacción del hijo del maestro panadero? ¡Le aseguro que ese chico llegará lejos!» «¿Así que ése era el hijo del panadero, ese que...?» «¡Chitón!»). Los chicos volvieron a mirarse.

—Be bamo Abneb Biebanb —balbuceó Agnes y se secó las lágrimas que volvían a brotar de sus ojos. Su lengua era como un trapo áspero.

—Lo sé. Me llamo Cyprian —dijo el chico, señalando hacia atrás con el pulgar—. Mi padre es el maestro panadero Khlesl.

—¡Bois bobentantes! —dijo Agnes.

—No. Éramos protestantes. Ahora somos católicos, desde que mi tío Melchior nos convirtió a todos.

—¿Bobo dibes?

Cyprian se encogió de hombros.

—Bueno, al principio todos éramos protestantes, pero después mi tío trabó amistad con un predicador católico e insistió con tanto ahínco en que mis abuelos y mi padre se convirtieran al catolicismo que al final todos nos hicimos católicos. Total, da igual.

Agnes trató de informarle de que en su casa natal ignoraban esta novedad acerca del maestro panadero y que seguían hablando con mucha desconfianza de él porque era protestante, y que nadie animaba a los miembros de la familia Wiegant a entrar en contacto con los habitantes de la acera de enfrente.

—Hasta el año pasado éramos protestantes. Puedes decirle a tu padre que ahora somos ortodoxos, signifique eso lo que signifique —dijo Cyprian—. Quizá signifique que podrás comer el bollo que te regale —añadió sonriendo despreocupadamente.

—Bo —dijo Agnes con expresión seria—. ¡Bibnibica be abora bobob abibob!

1590 - MUERTE DE UN PONTÍFICE

Ahora vemos en un espejo, en enigma.

CORINTIOS I, 13, 12

En la pulida superficie metálica aparecía una imagen desfigurada. Los pómulos sobresalían aún más que de costumbre, la nariz parecía más larga, profundas arrugas surcaban la frente, los ojos eran enormes y brillantes, y la barba, una rala máscara gris. Antaño la llevaba más corta para destacar su abnegación por Jesucristo, pero ahora había adoptado el aspecto del fieltro y colgaba de su barbilla formando mechas. La imagen reflejada parecía el retrato de un muerto.

Había pasado los últimos doce días en cama, entre gemidos y calambres; después hizo que le trajeran el pergamino del archivo, el mismo que ya había sostenido en las manos hacía media vida, confirmando el recuerdo del motivo por el cual a última hora no intentó obtener aquel cargo. La fiebre había desaparecido; lo que le quitó en fortaleza física lo recuperó en fortaleza espiritual gracias a lo que acababa de confirmar.

El hombre inspiró profundamente, giró la cabeza de un lado a otro y contempló su imagen desde todos los ángulos. La elección se había celebrado hacía doce días, pero hoy sería el primero en el que tomaba conciencia de su nuevo cargo. Y él cambiaría la historia.

El ardor de la fiebre había consumido al hombre que había sido: el cardenal Giovanni Battista Castagna, arzobispo de Rossano, nuncio apostólico en Venecia, legado papal en Colonia, consultor del Santo Oficio, Gran Inquisidor. Esa mañana se sentía dichoso de contemplar ese rostro que de repente le resultaba ajeno y decir:

—Has cumplido con tu deber. Te lo agradezco.

Cierta sabiduría afirmaba que en el nuevo cargo no había que tomar decisiones hasta pasados los primeros cien días, porque de lo contrario se aplicaban las palabras del Señor: «No saben lo que hacen». Siempre se había atendido a ello en sus cargos anteriores. Ahora por primera vez sentía que no debía esperar. La misericordia del Señor y su propia perseverancia se habían combinado y le presentaban el arma con la cual podría derrotar la maldad, la estupidez y la superstición para siempre, con la que lograría atrapar al diablo, el adversario de Dios, en sus propios lazos. Antes hubo ocasiones en las que a veces titubeó porque su decisión le infundía temor, pero esa mañana sólo había existido la certeza de ser el elegido.

Sintió que lo embargaba un profundo respeto que lo dejó sin aliento e hizo que su corazón latiera apresuradamente. De repente parecía imposible desprenderse de los últimos setenta años vividos, pero era necesario. Ahora Giovanni Battista Castagna desaparecería para siempre y nacería un hombre nuevo.

—¿De verdad quieres hacerlo? —le preguntó a su imagen reflejada.

»¿Cuánto hace que esperas hacerlo?

»¿Con cuánta intensidad lo has ansiado?

»¿Estás seguro de que no te devorará?

La imagen reflejada no respondió a ninguna de las preguntas.

Se encasquetó el gorro rojo orlado de piel blanca. El calor de septiembre pesaba sobre Roma e incluso había penetrado a través de los gruesos muros que lo rodeaban, pero el *camauro* le daba seguridad.

—Entonces que Dios lo ampare, Santidad —le susurró a la imagen reflejada.

El papa Urbano VII se dio la vuelta y salió de la habitación para establecer contacto con el diablo.

* * *

El cardenal archivero Arnaldo Uccello hizo una reverencia y trató de colocarse ante la entrada de la sala Sixtina de la biblioteca vaticana. El papa Urbano se detuvo y le devolvió el saludo. Observó que la mirada del cardenal archivero se dirigía a los dos guardias suizos que lo acompañaban y se fijaba en las alabardas que ambos jóvenes llevaban en las manos.

—Doy gracias a Dios por volver a veros con buena salud, Santo Padre. Por desgracia, nadie me anunció vuestra llegada —dijo Uccello en voz baja—. Por favor, disculpad la omisión.

—No hubo tal omisión —respondió Urbano y echó un vistazo en torno a la biblioteca. Le costaba reprimir los acelerados latidos de su corazón. Estaba convencido de que incluso el cardenal archivero los oiría—. Hace mucho que no hemos estado aquí.

—Es un honor que el Santo Padre nos visite tan temprano.

—Estos jóvenes —dijo el Papa—, ¿son estudiantes?

Uccello asintió, desconcertado.

—Tienen autorización especial para examinar ciertos documentos, con el fin de realizar sus estudios o informarse acerca de un tema determinado...

—Tened la amabilidad de decirles que se marchen —dijo el papa Urbano.

Uccello parpadeó sin saber qué hacer.

—¿Decirles que se marchen, Santo Padre...?

—Sí. No queremos que nadie permanezca aquí. —El Papa lanzó una sonrisa a los jóvenes; casi todos se habían girado en sus pupitres y lo observaban con disimulo. La conversación entre el Papa y el cardenal archivero se desarrollaba en voz tan baja que ninguno de los estudiantes podría haber oído una sola palabra. Uno de ellos le devolvió una sonrisa tímida. La del papa Urbano se volvió más amplia y asintió con la cabeza. El joven se ruborizó orgulloso y se santiguó.

—Decídselo, ahora mismo.

Urbano observó cómo el cardenal archivero regresaba a su pupitre, se aferraba a éste, intentaba recuperar la serenidad y acababa por tartamudear:

—El Santo Padre desea permanecer a solas con sus pensamientos. Por favor,

dirigíos a la biblioteca latina y tomad asiento...

—No —dijo el papa Urbano alzando la voz. Todas las cabezas se giraron hacia él y volvió a sonreír—. Hijos nuestros, os rogamos que por hoy abandonéis Sant'Angelo. Acabad con vuestros estudios. Os agradecemos y os encomendamos, a vosotros y a vuestra tarea cotidiana, a la misericordia divina.

Los estudiantes intercambiaron miradas. Urbano vio que titubeaban, que con los ojos pedían una explicación al cardenal archivero Uccello —que parecía el más perplejo de todos— y que por fin reunían sus pertenencias y salían en silencio. Al ver entrar a otros dos guardias suizos los esquivaron y empezaron a cuchichear entre ellos. Urbano aguardó sin moverse hasta que ambos guardias llegaron a su lado.

—Coronel Segesser, deseamos que vos y vuestro capitán os encarguéis personalmente de que nadie pueda penetrar en este edificio. Vuestros dos guardias nos ayudarán en nuestra tarea en la biblioteca secreta. ¿Ya se han confesado, como hemos ordenado?

El comandante de la guardia asintió con la cabeza. Urbano comprobó con satisfacción que el coronel no dejaba traslucir ninguna curiosidad acerca de por qué a él y a sus oficiales se les había encomendado ese servicio. El Papa lo agarró del brazo y lo apartó unos pasos. Arnaldo Uccello los observó atentamente desde su pupitre.

—Es importante que los hombres no estén en pecado. Después les pagaréis a ambos un sueldo equivalente a veinticinco años de servicio, los despediréis y los enviaréis a sus casas. Encargaos de que ambos reciban las condecoraciones más elevadas otorgadas al valor y a la fiabilidad. Deseamos que emprendan viaje a su hogar en Suiza esta misma noche.

Los ojos del coronel lo contemplaron bajo la sombra de su casco; Urbano no desvió la mirada.

—Como mande el Santo Padre.

—Podemos confiar en usted, coronel Segesser. ¿También podemos confiar en su capitán?

—Es mi hijo —dijo el coronel, que, después de llevarse tres dedos al corazón, se volvió y salió. Su hijo lo siguió en silencio. Urbano le indicó al cardenal archivero Uccello que se aproximara. Éste procuraba inútilmente borrar la expresión de su rostro y disimular que hacía un instante su mundo se había derrumbado y que temía que también el universo se derrumbara.

—Por favor, acompañadnos, mi respetable amigo —dijo Urbano—. Queremos mostraros algo.

La sala Sixtina se arqueaba ante él como un inmenso cofre del tesoro y se difuminaba en la oscuridad producida por su elevada arquitectura. Papas, santos y figuras alegóricas miraban fijamente desde la columnata central, los frescos de la bóveda de crucero resplandecían con un oscuro color azul o lanzaban destellos

dorados. Olía a pintura, a mortero húmedo y a la madera fresca del armarito que el antecesor de Urbano había hecho instalar para guardar documentos. La sala no recordaba en absoluto al antiguo archivo, a su división en biblioteca latina, griega, papal y secreta, a los lóbregos recintos que incluso de día requerían la iluminación de antorchas. El papa Sixto V había hecho bien en mandar construir el nuevo edificio, pero al igual que Urbano, había pasado un tiempo suficiente en las salas de la biblioteca para comprender que el más maravilloso archivo de la cristiandad requería un edificio más amplio.

Los dos habían estado juntos, tanto él, Urbano, que en aquel entonces era arzobispo de Rossano, como Felice Peretti, en aquel entonces consultor de la Inquisición romana, que finalmente se convirtió en el papa Sixto V antes que él. Un joven dominico recibió el encargo de redactar un nuevo reglamento para el uso de la biblioteca, y mientras que Felice Peretti no dejaba de mirar por encima del hombro del joven y ante cualquier agudización del reglamento de uso exigía limitaciones aún más drásticas, Urbano se paseó por las salas, aquí agarrando algo de los estantes, acullá leyendo un escrito, sin dejar de curiosear y dejándose arrastrar por la extraña sensación de que entre todos esos folios, códices, pergaminos y cofres sellados algo lo llamaba. El papa Sixto sólo aprovechó aquellos meses para cumplir con el objetivo de su pontificado e imponer los nuevos reglamentos de uso; en cambio Urbano, su sucesor, se consideró elegido para la tarea de imponer un nuevo orden al mundo.

En el otro extremo de la larga sala resplandecía una puerta guarnecida de hierro en medio de la oscuridad.

—Por favor, abrid, querido amigo —dijo el papa Urbano.

Arnaldo Uccello tragó saliva, extrajo un manojo de llaves y se dispuso a abrir las cerraduras.

—Este es el archivo prohibido —exclamó.

—Lo sabemos —dijo el papa Urbano, asintiendo con la cabeza.

Las cerraduras funcionaban tan mal como si consideraran que su tarea consistía en impedir el paso al archivo prohibido. Por fin se encontraron en una reproducción más pequeña y menos ornada de la sala Sixtina, una estancia carente de color y de frescos y a través de cuyas diminutas ventanas apenas penetraba la suficiente luz para orientarse entre las columnas. El único fresco ocupaba la cara delantera de la gran columna junto a la entrada; el arcángel Miguel mantenía la vista clavada en quienes entraban, con la espada flamígera en alto y la otra mano estirada en un gesto de rechazo. Urbano se persignó y pasó a su lado.

Entre las columnas se apretujaban los armarios, las librerías y los estantes, aún más numerosos que fuera, en la sala Sixtina. Olía a moho porque la sala casi nunca estaba ocupada y Urbano sabía que si uno permanecía allí el tiempo suficiente, el conocimiento de los innumerables enigmas, horrorosos escándalos y acontecimientos

no aptos para la luz del mundo empezaba a afectar la mente y uno acababa mirando hacia atrás por encima del hombro, oyendo ruidos y viendo sombras con una frecuencia cada vez mayor. Cuando antaño había descubierto el indicio de la existencia del Códice, pero sin tener la oportunidad de buscar el escondite y hacerse con él, el hecho de saber lo que albergaba la biblioteca lo había conducido por el largo camino que lleva al trono de san Pedro. Estaba convencido de que, tras todos estos años, nadie conocía la existencia del libro y también de que Dios lo llevó a ocupar el cargo más elevado de la cristiandad con el fin de que aplicara los conocimientos que albergaba el libro y aprovechara el poder papal para encargarse de que la cristiandad volviera a ser una sola... o acabara con todos los herejes para siempre. Lo que estaba oculto en el archivo prohibido eran las herramientas del demonio y sólo había una persona capaz de usarlas para hacer el bien. Al penetrar en el oscuro archivo flanqueado por ambos guardias suizos y seguido por el cardenal archivero Uccello, el papa Urbano sintió que su corazón latía agudamente. El armario se encontraba en un rincón, detrás de una columna. Era viejo y negro, estaba cubierto de arañazos y era sólido como un baluarte. En su interior se apilaban cientos de tubos de arcilla que ocupaban todo el espacio. El papa Urbano tomó aliento.

—Santidad, ¿puedo preguntar...?

El Papa hizo un gesto negativo. Arnaldo Uccello enmudeció. Urbano se arremangó la sotana y agitó los hombros hasta que la *mozzetta* se deslizó hacia atrás proporcionándole una mayor libertad de movimiento. Después extendió las dos manos y agarró uno de los tubos de arcilla y lo extrajo. Pero temblaba tan violentamente que el tubo, después de chocar contra sus vecinos, se inclinó hacia delante, se escapó de sus manos, cayó al suelo y se rompió en pedazos.

El cardenal archivero soltó un grito de espanto. Mientras los trozos del tubo de arcilla se deslizaban por el suelo, el estallido reverberaba entre las columnas y enmudecía detrás de las librerías.

—Por amor de Dios, Santo Padre —gimió Arnaldo Uccello, y se dispuso a dar un paso hacia delante para recoger el pergamino tirado entre los trozos de arcilla.

—¡Alejaos! —dijo Urbano en tono seco apartando el pergamino con el pie. Al hacerlo pisó un sello que se había desprendido y que reventó bajo la suela de su zapato como si fuera un huevo crudo. Luego agarró el siguiente tubo.

Sus manos seguían temblando. Clavó la vista en el tubo y de repente se arrancó el anillo del Pescador del dedo, lo guardó bajo la sotana, se quitó los guantes blancos y los dejó caer. Cuando alcanzó el siguiente tubo con las manos desnudas y percibió la frialdad de la arcilla y la rugosa superficie, dejó de temblar. Extrajo el tubo y se lo entregó a uno de los guardias suizos; pero el cardenal archivero se lo arrancó de las manos al guardia y se alejó unos pasos para depositarlo cuidadosamente en un estante. Aunque el papa Urbano oyó el gemido espantado de Uccello, volvió a

olvidarlo de inmediato. Agarró el siguiente tubo, y el que le seguía... y empezó a sudar y a toser al inspirar el polvo; cuando se limpió las manos en la sotana dejó una raya negra en la tela blanca. Los guardias suizos se turnaban para trasladar los tubos y el cardenal archivero corría de un lado a otro con el rostro rojo, jadeando y gimiendo, hasta que el armario quedó vacío.

—No... hay... nada... dentro —tartamudeó Arnaldo Uccello, tratando de recuperar el aliento.

Urbano le lanzó una mirada llena de desprecio. Se apoderó de una de las largas alabardas de los guardias suizos, apoyó la punta en la base de uno de los estantes y la empujó hacia el fondo. Cuando la punta chocó contra la pared posterior, sólo sobresalía un palmo de la lanza.

Asiendo la parte del asta que sobresalía, Urbano volvió a extraer el arma y empujó el hierro hacia el fondo a lo largo de la pared lateral del armario. El hierro se deslizó junto a la madera negra, acompañado de un sonido hueco. El arma que el Papa sostenía se deslizó más allá del borde delantero del armario y se introdujo más profundamente. No fue necesario que Urbano lo viera: él ya lo sabía. Por fin la punta chocó contra la pared de la sala, allí donde acababa la parte trasera del armario. Ni un centímetro de la alabarda sobresalía: al contrario, faltaban dos palmos.

—El exterior es más grande que el interior... —dijo Arnaldo Uccello.

El papa Urbano asintió con la cabeza y les tendió la lanza a los guardias suizos.

—Empujadla hacia delante y quitad la pared posterior —dijo.

* * *

Cuando las tablas negras yacieron reventadas en el suelo, ambos guardias retrocedieron. El papa Urbano se acercó flanqueado por el cardenal archivero. Arnaldo Uccello carraspeó. En el oscuro hueco de la doble pared trasera reposaba un objeto informe envuelto en cuero, sujetado con cuerdas, lazos y una cadena. Podría ser un cofre del tesoro o el ataúd de un niño. Casi llegaba hasta la altura del cinturón de ambos hombres. Urbano lo miró fijamente. Había supuesto que su cuerpo lo percibiría, que vibraría en respuesta al poder que irradiaba el objeto, pero nada de eso ocurrió. Quiso tocarlo, pero su brazo permaneció inmóvil.

—¿Qué es? —susurró Uccello.

—Sacadlo y quitadle las cadenas —dijo Urbano a los guardias. Después se dirigió a Uccello.

—¿Estáis libre de pecado, cardenal archivero? Si no es así, retroceded para no caer bajo su hechizo una vez que lo hayamos liberado de las ataduras.

El coronel Segesser y su hijo vigilaban el último tramo de la escalera que antes separaba el Cortile del Belvedere del Cortile della Pigna, y que ahora conducía a la biblioteca. Cuando oyeron un aullido que surgió del interior del archivo, ambos intercambiaron una mirada.

—¿Qué ocurre allí dentro, padre? —preguntó el capitán.

—¿Cuál es vuestro deber, capitán?

—Servir al Santo Padre con fidelidad, honradez y honor, y también a sus legítimos sucesores, dedicarme a protegerlos con todas mis fuerzas y, si fuera necesario, incluso sacrificar mi vida por ellos —respondió el joven.

—¿Acaso eso incluye las preguntas curiosas, capitán?

—No, coronel.

—Bien. —El coronel Segesser dirigió la vista hacia delante y el capitán Segesser lo imitó. El aullido proseguía, acompañado por retumbos y tintineos, como si alguien hiciera estragos en las salas de las bibliotecas. Ambos volvieron a intercambiar una mirada.

—No tengo ni idea de lo que ocurre, hijo —dijo el coronel.

—¿Y si el Santo Padre estuviera en peligro?

—Lo acompañan dos alabarderos.

Algo se rompió con gran estrépito, como si un orate despedazara un mueble grande.

—Por otra parte... —dijo el coronel.

Ambos volvieron a mirarse y después se giraron, y blandiendo sus espadas remontaron la escalera hasta la sala Sixtina. Cuando irrumpieron en la sala de estudios, la puerta de la biblioteca secreta se abrió y por ella salieron el Papa, el cardenal archivero y los dos guardias suizos. El rostro de Urbano estaba empapado en sudor, crispado y grisáceo; su sotana estaba mugrienta, sus cabellos despeinados y su *mozzetta* desgarrada. El cardenal archivero lo sostenía, pálido y con los labios temblorosos.

—Es una falsificación —balbuceó el Papa—. Una falsificación. Falta la clave..., no tiene valor... El diablo nos ha engañado a todos..., la cristiandad está perdida.

—Por favor, Santo Padre, tranquilizaos —tartamudeó Uccello.

—¿Necesitáis ayuda, Santo Padre? —preguntó el coronel Segesser al tiempo que lanzaba una mirada aguda a ambos alabarderos, que se encogieron de hombros y entornaron los ojos.

El Papa alzó la vista y la clavó en el coronel. De repente soltó el brazo de Arnaldo Uccello, se tambaleó hacia los guardias y los agarró del jubón. Con una reacción instintiva, el coronel sostuvo la temblorosa figura —que no parecía pesar nada— por

los sobacos. El calor que irradiaba el cuerpo enjuto lo sorprendió: era como si el papa Urbano ardiera. El Papa apoyó la frente sobre el pecho de Segesser.

—¿No lo comprendéis? Faltan las tres páginas en las que figura la clave —murmuró el Papa—. El falsificador no las copió. Están en alguna parte, allí fuera. Y también el original, en vez de estar guardado en el archivo secreto. Si todo ello cayera en las manos equivocadas... supondría el inicio del dominio del diablo.

La voz del Papa se volvió casi inaudible y por fin enmudeció.

—Llamad al camarlengo y al médico de cabecera de Su Santidad —dijo el cardenal archivero—. Ignoro de qué habla el Santo Padre, pero que Dios se apiade de todos nosotros.

El coronel Segesser abrazó el frágil cuerpo del Papa y con mucha suavidad desplazó la mano derecha de la axila y palpó el pecho del Santo Padre.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo—. Aquí ya no queda nada por hacer para el médico de cabecera.

El padre Xavier Espinosa estaba irritado. No lograba desprenderse de la sensación de que alguien lo observaba en secreto. Era algo distinto de la mirada curiosa de los cientos de ojos que lo contemplaban.

Ya había examinado repetidas veces a la multitud reunida en el quemadero en el exterior de las murallas de Toledo, pero no logró descubrir al que lo observaba. Los rostros de la turba detrás de la valla eran informes, al igual que los de los Grandes y de la Infanta instalados en el podio, o los de los Inquisidores sentados en hileras alrededor del trono de Santo Domingo. El Gran Inquisidor, cardenal Gaspar de Quiroga, había tomado asiento en el trono. El padre Xavier vio el brillo de unos anteojos y supo que el joven Hernando Niño de Guevara estaba presente; era el hermano del padre Xavier *in dominico* y la mano derecha del Gran Inquisidor. El padre Hernando se había preparado para presidir el Auto de fe, puesto que en agosto el cardenal de Quiroga había sido invitado al cónclave para elegir al nuevo Papa. Pero el cardenal de Quiroga había rechazado la invitación diciendo que como de todos modos no sería elegido, sus hermanos cardenales sabrían qué hacer en su ausencia, y además la exterminación de los herejes en la ultracatólica España resultaba más importante que la elección del Santo Padre de Roma. De hecho, el cardenal tuvo razón en al menos dos aspectos: no lo habían elegido en la primera votación y los cardenales no tuvieron ninguna dificultad para elegir al anodino Giovanni Battista Castagna como Papa.

El padre Xavier sintió que le invadía el enfado: no debería haberse permitido semejante distracción. Lo único que no impedía su concentración eran los lamentos de los condenados que se retorcían aprisionados por las cadenas que les rodeaban la cintura y las muñecas; tras presenciar un número suficiente de quemas de herejes, uno aprendía a hacer oídos sordos ante esas súplicas humanas tan desgarradoras. Ni siquiera los gritos de la joven llamando a su madre conmovían su indiferencia profesional, más bien se concentraba en calcular cuánto tiempo los soportaría el vicario general García Loayasa.

—¡Acabaré con esto ahora mismo! —masculló Loayasa.

—Una sabia decisión —susurró el padre Xavier.

—Tengo el poder de concederle indulgencia a la joven, ¿verdad, padre Xavier?

Éste echó un breve vistazo al rostro caballuno, enjuto y torturado del vicario general. Había previsto que esa noche García Loayasa tomaría esta decisión en cuanto viera a los condenados. Se decía que el vicario general tenía hijas repartidas por todo Toledo y que estaba desesperado por obtener un obispado, porque el dinero para mantener, educar y proveer de dote a su pequeño ejército de hijas enjutas de cara caballuna no le alcanzaba.

—Su Ilustrísima es el representante del arzobispo de Toledo —dijo el padre Xavier—. El Gran Inquisidor tiene el poder de impartir justicia; su Ilustrísima tiene el poder de ser misericordioso.

Loayasa se mordió el labio.

—Podría volver a mostrarle la cruz; si se desdice de sus falsas convicciones y la besa, podré ahorrarle la hoguera, ¿verdad?

—Podéis hacerlo, Ilustrísima.

—Sería un acto cristiano, ¿no lo creéis así, padre Xavier?

—Por supuesto. El cardenal de Quiroga, el Gran Inquisidor, intentó por todos los medios convencer a la joven de que se desdijera, incluso durante los primeros interrogatorios. Es lamentable que la desdichada endureciera su corazón y se negara tozudamente.

—Ya —dijo el vicario general Loayasa en tono lastimero, sin despegar la mirada de la tribuna.

La joven tiraba de las cadenas y se retorció como loca. De tanto gritar, su voz se había vuelto ronca. La cabeza afeitada y el obsceno atuendo amarillo de la vergüenza la hacían parecer aún más joven de lo que era. No podía tener más de catorce años. El padre Xavier aborrecía la idea de que una vida tan joven acabara de manera tan espantosa y a la vista de todos, y también aborrecía al Gran Inquisidor de Quiroga por no haber elegido el camino más fácil: dar muerte a la condenada durante el interrogatorio. Siempre había que contar con que la repugnancia de los espectadores ante las falsas enseñanzas de los protestantes se convirtiera en compasión por un único condenado cuando éste era casi una niña de aspecto delicado, y que llamaba a su madre con gritos que partían el corazón mientras el fuego abrasaba sus carnes.

—No lo soporto más —dijo el vicario general, y se puso en movimiento.

—Permaneceré a vuestro lado, Ilustrísima —dijo rápidamente el padre Xavier.

—Gracias, padre.

Cuando se encontraron ante la joven y alzaron la vista para mirarla, un murmullo recorrió la multitud. García Loayasa se volvió, repentinamente intimidado por la atención de los espectadores. El padre Xavier vio que el Gran Inquisidor cardenal de Quiroga se inclinaba hacia delante. El vicario general le quitó la larga vara al sacerdote apostado delante de la hoguera y sostuvo la cruz clavada en el extremo ante el rostro de la joven.

—Desdícete, alma desdichada, y obtendrás la misericordia de Cristo —murmuró. La joven se debatía entre las cadenas y gritaba. Tenía los tobillos y las muñecas ensangrentadas. Gracias al pataleo, había alejado los leños de la hoguera y era imposible que el humo la asfixiara antes de que el fuego la alcanzara.

—Por todos los santos, ¿dónde está su madre? —exclamó García Loayasa.

Fue la mismísima madre de la joven quien la entregó a los jueces. El padre Xavier

había asistido al último interrogatorio. Los verdugos tuvieron que emplearse a fondo para conseguir que confesara e incluso el padre Xavier jamás había visto brotar una denuncia de un cuerpo tan torturado y contorsionado.

—Dios el Señor sabrá dónde está, su Ilustrísima —dijo el padre Xavier.

—Desdícete —murmuró el vicario general y alzó la cruz, que se balanceó ante la condenada, que agitaba la cabeza de un modo salvaje—. Desdícete, niña, desdícete, no querrás arder, desdícete y regresa al seno de la verdadera Iglesia, desdícete...

El verdugo, que aguardaba detrás del poste de la hoguera a que en el último segundo alguien disimuladamente le diera la orden de utilizar la cuerda para ahorcar a la desdichada con disimulo mientras encendían la hoguera, mantenía su perpleja mirada clavada en el vicario general. En una mano sostenía la cuerda, en la otra la mordaza que impediría que la condenada lanzara una maldición.

—Estoy impresionado, Ilustrísima —dijo el padre Xavier—. La actitud cristiana de su Ilustrísima no tiene límite. Incluso frente a la amenaza de su propia ruina, su Ilustrísima hace lo que considera su deber como cristiano.

La cruz detuvo su balanceo.

—¿Qué? —preguntó el vicario general.

—Dios el Señor y su hijo Jesucristo contemplan a su Ilustrísima y ven cómo intenta ahorrarle el justo castigo a una pecadora. También nuestro señor Jesucristo perdonó a los pecadores, aunque san Pedro, su representante, consideró justo abatir a Ananías y a Safira debido a su traición a la comunidad.

—No pretendo llevar a cabo las decisiones del Señor —exclamó García Loayasa—. Y tampoco contradecir a san Pedro. —El padre Xavier oyó la pregunta no formulada detrás de las palabras del vicario general y sonrió.

El vicario general bajó la cruz y el padre Xavier vio que la joven clavaba la mirada en el crucifijo.

—Pero puedo ser misericordioso, ¿verdad, padre Xavier?

—Por supuesto, Ilustrísima. Y si su Ilustrísima me lo permite, deseo volver a expresar mi gran admiración por el valor con el cual Ilustrísima se arriesga a exponer su propia alma al peligro de la condenación para ahorrarle a esta desorientada y pecadora hija del diablo la tortura del fuego purificador.

La joven dejó de gritar. Tenía la cara cubierta de mocos y lágrimas. Bizqueaba mirando la cruz y un gemido brotó de su garganta.

—¿La condenación? —repitió Loayasa.

—Por no hablar del coraje de su Ilustrísima frente a todos los fariseos que se negarían a elevar al trono del obispo a un hombre que mostrara demasiada compasión por una hereje y que tal vez tenga alguna relación con el maldito pecado de la herejía...

—La herejía —repitió el vicario general Loayasa.

—Pero estoy convencido de que cuando su Ilustrísima se encuentre ante el Juez Supremo y sea sopesado, entonces el hecho de que actuara movido por la compasión casi eliminará el pecado que supone que haya impedido la purificación de un alma mal encaminada.

—Casi eliminará —repitió Loayasa.

La joven empezó a susurrar.

—Perdóname Señor, perdóname Señor, perdóname Señor —oyó el padre Xavier; el susurro se convirtió en un gemido—. ¡Perdóname Señor soytusierva, perdóname SeñormedesdigomedesdigomeDESDIGO!

—Nunca he visto a nadie cuya nobleza sea mayor que la de su Ilustrísima —dijo el padre Xavier en voz alta y agarró a Loayasa de la mano, le hizo dar media vuelta y se arrodilló para besarle la mano. La cruz se balanceó hacia un lado y el vicario general casi deja caer la vara. El sacerdote apostado junto a la hoguera reaccionó con rapidez.

—¡No! —gimió la joven—. ¡No, no, NO!

—¡Ella sigue rechazando el consuelo de la cruz, Ilustrísima! —dijo el padre Xavier.

—¡Dios mío! —balbuceó el vicario general—. ¡Condenación! ¡Herejía! ¡Mi alma inmortal! ¡El obispado! ¿Qué he estado a punto de hacer, padre Xavier?

—No es demasiado tarde para abandonar el camino del error —dijo el padre Xavier, que empezó a alejarlo de la hoguera. García Loayasa trastabilló tras él; el padre Xavier le hizo una señal al verdugo.

—¡NO! —gritó la joven—. ¡No! Yo...

La mordaza asfixió sus palabras y la joven empezó a patallar y gemir. La turba murmuraba.

—¡Su Ilustrísima García Loayasa ha hecho un último intento para hacer cambiar de opinión a la condenada! —gritó el padre Xavier dirigiéndose a la tribuna—. ¡Ella HA RECHAZADO la misericordia! ¡Ella HA NEGADO el amor del Señor! ¡Ella HA ESCUPIDO al crucifijo!

—¡Que arda! —aulló una voz en medio de la multitud.

El Gran Inquisidor se puso de pie, plegó las manos en el pecho e hizo un gesto afirmativo. El padre Xavier arrastró al vicario general, alejándolo aún más.

—Cuánto valor, Ilustrísima —no dejaba de murmurar—. Y cuánta sabiduría supone comprender la inutilidad de vuestra compasión. Habéis actuado de un modo auténticamente cristiano, de verdad...

Ahora las mordazas ahogaban los gritos de terror de todos los condenados, convirtiéndolos en gemidos cuando el verdugo encendió la hoguera. El padre Xavier arrastró al vicario general detrás de la empalizada, se hizo con la primera copa de vino apoyada en la rústica mesa y se la tendió a García Loayasa. El fuego crepitaba y

la resina de las ramas empezó a estallar. Cuando el vicario general se disponía a volverse hacia la hoguera, el padre le dijo que bebiera y Loayasa vació la copa de un solo trago. El padre Xavier soltó un suspiro casi inaudible, dio un paso atrás y se apartó.

Al toparse con la mirada del hombre vestido de negro de la cabeza a los pies que de pronto apareció a sus espaldas se sobresaltó y comprendió que eran esos ojos los que no habían dejado de observarlo durante todo el tiempo.

* * *

—Estoy impresionado, padre —dijo el desconocido, imitando el tono frío del padre Xavier y caminando apresuradamente a su lado en medio de la oscuridad mientras sus pasos resonaban en las estrechas callejuelas.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó el dominico.

Atravesaron la ciudad, no en dirección a la catedral sino hacia abajo, hacia el río. El olor a carne abrasada que invadía las callejuelas y ascendía con lentitud quedó atrás, al igual que los gritos de los condenados a los cuales, como la joven, el humo no había asfixiado y ahora eran consumidos por las llamas. Los cánticos y las oraciones de los sacerdotes —que celebraban misa durante la incineración— eran incapaces de apagar esos sonidos, y los sacos de tela llenos de claveles o manzanas tampoco lograban disimular el olor de los cuerpos asados.

Nadie los detuvo cuando se deslizaron a través de una grieta de la muralla hasta la orilla del río. El padre Xavier percibía el aroma del agua; la superficie del agua, su negrura absoluta y los jirones de niebla que relumbraban en la oscuridad lo hicieron estremecer. Recorrían una de las grandes canteras de guijarros que descendían desde la ciudad hasta el Tajo. La luz de la luna, reflejada por los jirones de niebla, iluminaba el camino. El saliente de la cantera apagaba los ruidos de la ciudad, al igual que todos los que surgían de ahí abajo. La empinada ladera se arqueaba por encima de ellos como una calavera.

De repente una sombra situada más adelante se puso de pie. El padre Xavier creyó ver el brillo de un cuchillo bajo el oscuro manto.

—¿Don Manuel? —preguntó la sombra.

—Yo mismo acarrearía la leña para encender una hoguera y quemar a mi hijo, si él fuera tan perverso como un protestante —dijo el hombre de negro.

—Podéis pasar, don Manuel.

El padre Xavier vio que en el otro extremo de la cantera había un grupo de chozas y al aproximarse divisó a un segundo centinela. Esta vez la contraseña no fue necesaria, pero lo obligaron a detenerse, lo cachearon y lo revisaron. El centinela procedía con desapasionada grosería y el padre procuró permanecer inmóvil cuando la mano que lo palpaba por debajo de la sotana ascendió por su pierna y se cerró sobre sus partes.

—Está limpio, don Manuel.

—Sigo estando impresionado, padre —dijo éste—. ¿Así que un hombre al que todos los protestantes de España le desean la muerte circula sin un puñal oculto?

—Mi arma es mi fe.

—¿Veis la entrada a la choza central? —preguntó el hombre de negro.

El padre asintió.

—Allí os esperan.

—¿Y vos?

—Seguiré disfrutando del buen aire nocturno —contestó el otro.

«Estoy muerto —pensó el padre Xavier. Sea quien sea que me espera allí dentro, me matarán y no quieren testigos. Al menos no me quemarán: el fuego se vería desde la otra orilla». Intentó consolarse con la idea de que se ahorraría el tipo de muerte más temida por él, pero al encaminarse hacia la choza, su expresión permaneció impasible.

—Cuidado con las irregularidades del suelo, padre —dijo el hombre de negro—. Procurad no caer.

Ante la puerta de la choza, el padre Xavier titubeó un instante, pero después la abrió y entró. Vio rostros a la luz de una vela que se apagó cuando la puerta se cerró. Ante sus ojos danzaron las imágenes de las figuras vislumbradas en sus colores complementarios.

Durante un segundo, reinó el silencio.

—Bien, padre Xavier —dijo una voz seca en medio de la oscuridad—. Ahora sé que aún poseéis la fuerza suficiente. Aunque hace tiempo que oigo vuestro nombre, siempre pensé que erais un anciano débil y tembloroso.

—A nosotros los clérigos, la fe en la Iglesia católica nos mantiene jóvenes —dijo el padre Xavier. Oyó el clic de los pedernales, vio chispas y después una llama que encendió la vela. Un rostro muy semejante al de una gran tortuga se asomó a la luz y lo contempló con mirada brillante.

—No es verdad —dijo la tortuga en el mismo tono seco anterior. A mí me proporcionó larga vida, pero no me mantuvo joven.

El padre Xavier se arrodilló.

—Eminencia —dijo y se santiguó. Mantuvo la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo de la choza, porque le pareció que era la mejor manera de que el otro no se percatara de su sorpresa.

—Está bien, padre Xavier —dijo el cardenal Cervantes de Gaete, y su arrugado rostro de tortuga esbozó una sonrisa—. El taburete desocupado es para vos. Tomad asiento y no me llaméis Eminencia. Ese título es ridículo, aunque lo haya introducido el papa Urbano.

El padre Xavier volvió a santiguarse, retiró el taburete, se alisó la sotana y tomó

asiento. Sólo entonces se permitió alzar la mirada. Los otros tres rostros también le eran familiares: el cardenal Giovanni Facchinetti, patriarca titular de la archidiócesis de Jerusalén, el cardenal Ludovico Madruzzo, legado papal en España y Portugal (ambos debían de haber llegado allí directamente del cónclave y quizás aún trataban de hacerse a la idea de no haber sido elegidos); y por fin el último, que lo observaba con una curiosidad más sincera que la de los demás. El hombre se había quitado las gafas y jugueteaba con ellas.

—¿Qué se propone el vicario general Loayasa? —preguntó.

—Hizo un último intento para convertir a un alma hereje, padre Hernando —dijo el padre Xavier—. El vicario general es un auténtico héroe cristiano.

—A mí más bien me pareció que quería impedir que la ajusticiaran; a lo mejor le recordaba a su hija, ¿qué opináis, padre Xavier?

El padre Hernando y el padre Xavier, los dos dominicos, se contemplaron por encima de la llama de la vela.

—Puede que debido a la distancia y al humo vuestra percepción se haya distorsionado, padre Hernando.

—Quizá debería aconsejarle al Gran Inquisidor que someta al vicario general a un exhaustivo interrogatorio, ¿verdad?

—Como vos y yo estamos absolutamente convencidos de que no encontraríamos nada erróneo en el vicario general García Loayasa y que la reputación de la Iglesia católica española no se vería afectada, estoy de acuerdo con vos, padre Hernando.

Hernando de Guevara asintió con la cabeza, pero entrecerró los ojos. Después se inclinó hacia atrás y volvió a ponerse los anteojos. El padre Xavier se preguntó cómo se las había arreglado para llegar a la choza antes que él. Cuando él mismo abandonó el lugar de la ejecución junto al hombre de negro, el ayudante del Gran Inquisidor aún estaba sentado en el podio. La respuesta era que el hombre de negro había dado un rodeo y que el padre Hernando había tomado un atajo. El padre Xavier decidió que no se dejaría impresionar por semejantes triquiñuelas, pero al mismo tiempo comprendió que subestimaría peligrosamente a su cofrade si sólo lo creía capaz de hacer triquiñuelas.

—Padre Xavier Espinosa —dijo el cardenal de Gaete—. Nacido en Lisboa, depositado en la lactancia como *puer oblat* al cuidado del convento dominico de Ávila en el año del Señor y dedicado a incorporar el antiguo reino de los incas a las provincias españolas de ultramar en 1532. Magníficas referencias en cuanto a la solidez de vuestra fe, vuestro conocimiento de las escrituras y de la retórica. Ninguna referencia a la obediencia, la humildad y el amor al prójimo.

El padre Xavier hizo un gesto, pero el cardenal lo detuvo con la mano.

—Cada uno sirve al Señor a su manera, padre —dijo—. De 1555 a 1560 realizasteis estudios intensivos de los archivos secretos de la Biblioteca Apostólica

Vaticana, donde os destacasteis por desarrollar los reglamentos para acceder a los archivos secretos, que concretamente consisten en que excepto el Papa y los cardenales, nadie pueda entrar. El papa Sixto V, tras acabar la reconstrucción de la biblioteca, se ocupó de los reglamentos y los reforzó aún más.

El cardenal alzó la vista.

—Unos reglamentos con los que estoy completamente de acuerdo, querido padre Xavier. En consecuencia, significa que casi nadie conoce los escritos allí albergados tan bien como vos. En los años que van de 1560 a 1566, fuisteis ayudante del arzobispo de Madrid... ¿No hubo allí un pequeño escándalo debido a que el hermano del arzobispo hizo negocios en beneficio de la corte del rey con un mercader vienés, pese a que el rey Felipe ordenó que sólo los proveedores españoles podían abastecer a la corte?

—Su Ilustrísima descubrió que un contable de su hermano había hecho negocios en secreto; el contable fue castigado —dijo el padre Xavier en tono suave.

—Correcto, el contable de su hermano. Es asombroso que un mero contable averiguara qué mercaderías eran necesarias, por ciertos motivos que sólo conocían el arzobispo y el rey Felipe.

El padre Xavier sonrió e inclinó la cabeza, indicando que efectivamente resultaba asombroso que un mero contable fuera capaz de averiguarlo.

—¿Acaso ese hombre no se quitó la vida en el calabozo de un modo bastante extraño, antes de que el asunto llegara a juicio? Bien, da igual. De 1567 a 1568 fuisteis el confesor de don Carlos, el Infante de España; tras el lamentable accidente que provocó la muerte del Infante, fuisteis el confesor del joven archiduque Rodolfo de Austria durante su estancia en la corte de Madrid de nuestro muy católico rey Felipe, y después en Viena hasta el año 1576, en el que el archiduque Rodolfo se convirtió en el emperador Rodolfo. Tras regresar de Viena, fuisteis el ayudante del obispo de Espiritu Santo en México y corresponsable de los éxitos del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en aquel lugar, hasta 1585. Después vuestro nombre siempre vuelve a aparecer en diversas crónicas de España. En aquella época, ayudasteis al vicario general de Toledo a llevar la pesada carga que suponía cumplir con la función de arzobispo.

El cardenal de Gaete se inclinó hacia atrás; no tuvo que detenerse ni una sola vez para recordar los hechos.

—¿La consideraréis una crónica correcta, padre Xavier?

—Los conocimientos de Vuestra Eminencia son completos —dijo el padre Xavier y empleó el aborrecido título con absoluta conciencia.

—Un hombre de vuestra experiencia y edad debería ocupar un rango clerical elevado, y no limitarse a ser un consejero de obispos y cardenales.

—Mi deber es servir a la Iglesia católica.

El cardenal de Gaete contempló el rostro del padre Xavier durante un buen rato.

—Debéis regresar a la corte del emperador Rodolfo —dijo—, en Praga.

El padre Xavier vio ante sí la cara pálida y de mejillas hundidas del archiduque Rodolfo, que a diario le había impresionado por la expresión del odio terco y reprimido de un espíritu débil e inseguro, un odio tras el cual intentaba ocultarse un sentimiento aún más poderoso: el temor. Ahora hacía casi quince años que Rodolfo era emperador del Sacro Imperio Romano. Desde que el padre Xavier lo viera por última vez, se decía que Rodolfo de Habsburgo había emprendido un viaje a las tinieblas de la superstición, a la demencia de la alquimia y que estaba perdiendo el juicio. Bajo su mandato, el reino se tambaleaba entre la fe y la herejía, acercándose al precipicio. Después del primer encuentro, el padre Xavier supo que los demonios del poder, la responsabilidad y la insuficiencia destrozaban a Rodolfo. Era casi asombroso que no se hubiera vuelto loco hacía diez años.

—El hombre me aborrece —dijo el padre Xavier en tono inesperadamente directo.

—El emperador Rodolfo aborrece todo lo relacionado con la Iglesia católica —siseó el cardenal Madruzzo—. Y también lo relacionado con los protestantes, al igual que con los musulmanes. Lo único que ama es la alquimia y su colección de curiosidades; a los únicos que escucha es a los astrólogos que pululan en su corte como las moscas en un montón de mierda.

Ante la violencia de esas palabras, el cardenal de Gaete se estremeció, pero no lo contradijo.

—Vuestra servidumbre para con la Iglesia católica os conduce a Praga, padre Xavier, os guste o no os guste.

Este sé encogió de hombros.

—Actuaré allí donde Dios el Señor y el Santo Padre lo deseen—dijo.

La mirada del cardenal de Gaete se volvió brillante.

—Actuaréis donde nosotros deseamos que lo hagáis —dijo. El padre Xavier disimuló que ésa era la respuesta que quiso provocar. Ahora sabía a qué atenerse.

—Tenemos tres novedades que comunicaros —dijo el padre Hernando—. El emperador Rodolfo ha querido zafarse de las exigencias que nuestro muy católico rey le ha planteado debido a su boda, de las noticias de las incursiones de los turcos y de sus deberes como defensor de la fe, declarándose enfermo. Apenas se deja ver fuera de su gabinete de curiosidades. En vez de estudiar los mensajes provenientes del reino, lee las obras de ese astrólogo danés que hizo imprimir en contra de la voluntad del Papa. El emperador Rodolfo no notará que os encontráis en su corte.

—¿Qué cargo he de ocupar allí?

—Ninguno oficial. Desde que el emperador trasladó la corte de Viena a Praga, impera una gran confusión, como en los mejores tiempos del reino. Un ejército de

saqueadores turcos podría corretear por allí durante semanas sin llamar la atención, a menos que robaran alguna nuez exótica de la colección del emperador. Os proporcionaremos el dinero suficiente como para que podáis vivir de manera independiente.

—¿Cuál es mi tarea?

—¿Creéis que en el archivo secreto existe un libro que no conocéis?

El padre Xavier no respondió. El cardenal Facchinetti se removió inquieto e hizo una mueca al notar que la mirada del padre Xavier se dirigía hacia él. Luego permaneció inmóvil, encogiendo los hombros.

—Ésa es la segunda novedad, padre Xavier —dijo el cardenal de Gaete—. Hay un libro que no conocéis.

—¿Quién lo escribió?

De Gaete y el padre Hernando intercambiaron una mirada. El viejo cardenal esbozó una sonrisa.

—Habéis planteado la pregunta precisa.

El padre Xavier sólo reflexionó un instante.

—Su Eminencia comentó que el libro dudoso fue falsificado.

—Es el Testamento del Diablo —graznó el cardenal Facchinetti de pronto—. Lo escribió el mismísimo demonio y sólo está en el mundo para causar desgracias.

—Lo escribió algún monje, Eminencia —dijo el padre Hernando—. En todo caso el ejemplar albergado en la biblioteca del Vaticano.

—¿Qué tiene de particular el hecho de que se trate de una copia? —preguntó el padre Xavier.

—No es una copia exacta. Faltan tres páginas.

El padre Xavier aguardó. Los hombres sentados alrededor de la mesa intercambiaron una mirada muda. El padre Xavier no se movió de su asiento, pese a que debido al frío y la humedad que reinaban en la choza sus pies ligeramente calzados y sus manos empezaban a entumecerse. Una parte de su espíritu le ordenó a sus carnes que obedecieran a sus deseos y volvieran a entrar en calor. Si uno de los hombres rozara su mano, aunque fuera por casualidad, no debía estar fría. El frío suponía debilidad. El calor, fuerza. Sabía que todos los demás estaban tan muertos de frío como él y que era muy probable que sus manos y pies estuvieran helados, por tanto se esforzó aún más por entrar en calor.

—Esas tres páginas son la clave de toda la obra —dijo el padre Hernando por fin.

—¿Se trata de un código?

El padre Hernando asintió con la cabeza y el padre Xavier aguardó que alguien volviera a romper el silencio.

—A quien posea el código y sea capaz de leer el libro se le revelará la sabiduría del diablo —dijo el cardenal de Gaete—, y quien la posea, poseerá el mundo.

—Es inimaginable que estos conocimientos caigan en manos de herejes y protestantes —dijo el padre Xavier con expresión sumamente neutral.

—La herejía de la Reforma quiebra la cristiandad desde dentro —dijo el cardenal de Gaete—. La amenaza turca la devora desde el exterior. La generalizada impiedad de los hombres debilita el poder del Redentor. Lo que todos ansiamos es un arma que nos permita reconquistar la unidad de la Iglesia. Ésta es la meta más elevada y para alcanzarla se requieren las herramientas más poderosas.

—Y eso es lo único que nos importa —dijo el padre Hernando. Detrás de sus lentes, sus ojos parpadeaban como los de los inculpadados durante el interrogatorio, cuando aseguraban que hacía tiempo que habían abjurado del protestantismo.

El padre Xavier permaneció inmóvil mientras su mirada recorría a los presentes. Los cuatro hombres perseguían el sublime objetivo de proteger la cristiandad... y por eso consideraban necesario conjurarse y jugar al escondite en una fría y húmeda choza junto a la orilla del río. Contempló a Ludovico Madruzzo, cuya frustración por haber recibido numerosos votos en la primera ronda de los pasados cónclaves, y en las siguientes ninguno, había deslucido su mirada. Le resultaba imposible valorar al cardenal de Gaete; tal vez la vieja tortuga hablaba en serio. El cardenal Facchinetti era demasiado anodino como para que el padre Xavier comprendiera por qué formaba parte de ese círculo, excepto que si él fuera de Gaete, no hubiera querido que estuviera presente. Era evidente que el padre Hernando albergaba la esperanza de convertirse en Gran Inquisidor.

—Al menos hemos de evitar que otros hagan uso de la Biblia del Diablo. En el peor de los casos, debéis destruirla —dijo el cardenal Facchinetti.

—Soy demasiado débil para destruir un libro escrito por el mismísimo Satanás —dijo el padre Xavier—. Pero lo encontraré y os lo entregaré, para que vosotros lo destruyáis. —«Y para que el menos escrupuloso de vosotros destruya a los demás», añadió mentalmente. Se sentía animado y cómodo frente al resto del grupo—. ¿Dónde se supone que se encuentra?

—Fue escrito en un convento, eso es lo que sabemos con seguridad. Hemos intentado averiguar en cuál, pero no tuvimos suerte. La información acerca del lugar se perdió o bien fue eliminada de los archivos adrede —dijo de Gaete—. Pero os situaremos en el centro del reino, como una araña en su red. Debéis proceder con precaución, y más lenta que rápidamente. Ignoramos quién, excepto nosotros y nuestro informador en Roma, conoce la existencia del libro, pero todos cuantos la conozcan querrán apropiárselo. Si procedéis con demasiadas prisas, nos arriesgamos a que vos y vuestra busca despierten el interés de otros grupos interesados. Antes o después, descubriréis algún indicio.

—Otros grupos interesados... de Roma —dijo el padre Xavier e hizo una pausa—, me refiero a herejes protestantes influyentes. —Por supuesto que se refería a algo

absolutamente diferente; por ejemplo los otros sesenta y siete cardenales.

—Exacto —dijo de Gaete tras un titubeo tan prolongado que el silencio que reinaba en la choza se hizo notable. Después volvió a intercambiar una mirada con el padre Hernando—. Otros grupos romanos influyentes.

—¿Cuál es la tercera novedad?

El padre Hernando bajó la cabeza e hizo la señal de la cruz, los demás lo imitaron. Después dirigió su mirada al padre Xavier. Los anteojos convertían su rostro en una máscara y el reflejo de la vela hizo arder dos llamas en sus ojos.

—El papa Urbano está muerto —dijo—. El decimosegundo día de su pontificado, Dios lo llamó a su seno.

—Es una señal, si no hay otra —dijo Madruzzo.

—Que el Señor se apiade de su alma —dijo de Gaete.

El padre Xavier asintió lentamente. La noticia debía ser nueva. El papa Urbano había muerto incluso antes de que la noticia de su elección hubiera penetrado hasta el último rincón de la cristiandad. Quizás había numerosas regiones que ni siquiera sabían que el antecesor de Sixto había muerto. «*Sic transit gloria mundi*», pensó. Los *papabili* solían pensar a largo plazo para alcanzar sus metas. Por lo visto el papa Urbano había alargado el plazo en exceso. El padre Xavier percibió que el calor había regresado a sus manos y sus pies.

—Camino de Praga pasaré por Viena. Allí tengo contactos que llegan hasta Praga, y éstos me permitirán formarme una idea de la situación.

—¿Contactos de los viejos tiempos en la corte imperial? —preguntó el cardenal Madruzzo en tono malévolo.

—Más bien de los viejos tiempos en Madrid, Eminencia —contestó el padre Xavier sin parpadear.

—Entonces eso es todo, padre Xavier —dijo el cardenal de Gaete.

El padre Xavier se puso en pie y después hizo lo que había planeado desde que sus miembros recuperaran el calor. Se arrodilló ante el cardenal de Gaete, estiró las manos y las plegó.

—Benedicidme, Eminencia, para que pueda cumplir con mi deber.

El viejo cardenal dudó unos segundos, después rodeó las manos del padre Xavier con las suyas. Éste sintió que tocaba la piel fría como el hielo de un muerto. Clavó la mirada en la del cardenal el tiempo suficiente para percatarse de su expresión de sorpresa e inseguridad, después bajó la cabeza.

—Id con Dios, padre Xavier —dijo el cardenal de Gaete.

1591 - ENTRADA EN EL REINO DE LOS MUERTOS

Sólo es necesario un principio para que lo demás se resuelva

SALUSTIO, *Bellum Catilinae*

Niklas Wiegant y su mujer se habían enfadado. No fue ninguna bagatela: se trataba de un conflicto profundo y de años de duración. Desde su existencia jamás había reinado la paz: en el mejor de los casos, una tregua; y ahora tampoco llegó a su fin, sino que continuaría, esa noche, el día siguiente, y el siguiente..., cada vez que ocurría algo que abría la herida que generó el conflicto. El padre Xavier lo comprendió en un instante, cuando la criada lo condujo a la sala situada en la segunda planta del hogar de los Wiegant. Ignoraba el motivo de la pelea, pero sospechaba que la herida de la dueña de la casa era mayor que la del dueño, y que éste nunca comprendería por qué pese a todos sus esfuerzos no cicatrizaba. Alguien estaba convencido de haber sido engañado y que sus sentimientos eran pisoteados. «El cielo no conoce una ira como la del amor convertido en odio —pensó el padre Xavier— ni el infierno cólera como la de la mujer engañada».

Nunca había visto a Theresia Wiegant y la contempló con la misma atención que les prodigaba a todos aquellos en cuyos rostros reconocía la cualidad de ser una palanca que él podría aprovechar en el momento oportuno. Niklas Wiegant había cambiado; su rostro se había vuelto más arrugado y demacrado en los quince años pasados desde su último encuentro, su vientre era más prominente y su pelo, más gris que negro. Con sorpresa, comprobó que éste ya no era el hombre con el cual antaño había montado la cadena de suministros con la que todos habían ganado: los supuestamente sobornados proveedores españoles, el mercader alemán que les hacía de testaferro, el arzobispo de Madrid y su hermano. Algo se había perdido; el padre Xavier se lo habría pensado dos veces antes de organizar la venta de agua en el desierto con el hombre que tenía ante sí.

—Ha venido a veros un monje dominico, señor —dijo la criada haciendo una reverencia.

Niklas Wiegant se volvió y al principio sólo lo escudriñó con los ojos entrecerrados, pero después recorrió la sala a grandes pasos, abrió los brazos, se detuvo de pronto y los dejó caer.

—Es imposible —exclamó—. ¿Padre Xavier? ¡No lo puedo creer! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Y juro que no habéis envejecido ni un día! Dios mío, ¿qué os trae a Viena? ¿Cuántos años han pasado? —Niklas Wiegant volvió a alzar las manos y fue a agarrar al otro de los hombros como hacía antaño, para después estrecharle con fuerza la mano, pero en el último instante retrocedió, con los brazos colgando.

»Tenéis un aspecto tan... digno. Y sin embargo seguís llevando el hábito blanco y negro, como antes.

El padre Xavier puso fin a la embarazosa situación cruzando las manos detrás de la espalda e inclinando la cabeza.

—Han pasado quince años, señor Wiegant —dijo y se enorgulleció de poder hablar casi sin acento—. Y soy lo que siempre he sido y quise ser: un sencillo seguidor de san Domingo.

—La barba —dijo Niklas Wiegant—. Por eso no os reconocí.

El otro asintió con la cabeza. La barba y el bigote que le cubrían la cara también le resultaban desacostumbrados a él. Se había dejado un bigote estrecho cuyos extremos acababan en punta, mientras que desde el labio inferior a la barbilla crecía una barbita del ancho de un pulgar, de la cual la mayoría de quienes la llevaban tiraban nerviosamente volviéndola tiesa. El padre Xavier, que no tendía al nerviosismo pero que desde cualquier punto de vista era un buen observador, había logrado el mismo efecto aplicándose grasa. Sabía que nada resultaba más desusado en el rostro de un dominico que ese tipo de barba y que nueve de cada diez personas la recordarían mucho más que el rostro. En última instancia, sólo se la había dejado crecer para un único hombre: el que ocupaba el trono del emperador en Praga, cuyo intermediario ante Dios antaño había sido el padre Xavier. Albergaba la esperanza de engañarlo.

Nunca se había preguntado por qué el emperador le infundía temor. Él no preguntaba, él analizaba, y como el análisis no lo llevó a ninguna conclusión, había apartado el problema. Tal vez se debía a que el emperador Rodolfo lo temía a él, al padre Xavier —y que por eso lo aborrecía— más que a ningún otro hombre del mundo. ¿Con qué medios se podría intimidar a un hombre semejante? ¿Cuánto podría aumentar su temor? El padre Xavier sospechaba que, en lo tocante a su elevada persona, el emperador Rodolfo —que a veces huía chillando de los niños y las mujeres, y se ocultaba en sus aposentos— era un animal acorralado. Hasta un ratón lucha si no le queda más remedio. Pero esta conducta le resultaba tan extraña e incomprensible al padre Xavier que volvía a considerar lo siguiente: el hombre siente mayor temor por lo que le es más desconocido.

—Espero no ser inoportuno.

—Claro que no, vos jamás podríais ser inoportuno. Echad un vistazo en torno: ¿acaso no es una casa grande y bonita? ¿Sabéis con qué moneda ha sido pagada? Con doblones, amigo mío, doblones españoles. Venid, quiero presentaros a mi esposa.

Theresia Wiegant había compuesto su expresión y se mostró como una anfitriona amablemente interesada. Asintió dignamente con la cabeza y le lanzó un vistazo rápido y hambriento. El padre Xavier sonrió para sus adentros.

—El sol se está levantado —dijo, esbozando una reverencia—. He oído hablar de vos, pero las palabras de vuestro esposo no os hacen justicia, pese a lo floridas que sean.

—¿Es verdad que sois un monje dominico? —preguntó Theresia Wiegant. El padre Xavier ni siquiera reacciona frente a la descortesía.

—De cuerpo, corazón y alma, querida señora.

—Dios sea loado. Padre Xavier, sed bienvenido en esta casa. Un hombre del Señor es tan necesario aquí como el agua para los nabos —dijo, hecho lo cual le agarró de la mano y la besó, y el padre Xavier supo cómo interpretar el hambre de su mirada.

—Parece que Viena se ha entregado a las opiniones herejes de los así llamados reformistas —dijo el padre.

—Gracias a su presencia, la casa de los Wiegant será el granero en el que protegeremos la simiente de la vera fe.

—Me temo que no podré quedarme durante mucho tiempo.

—Cada día que permanecéis aquí supone una cálida lluvia de verano para nuestros campos.

La mirada de Niklas Wiegant se posaba ora en su mujer ora en el padre Xavier. Este recordó que antaño el mercader le había contado que su esposa provenía del hogar de un terrateniente enriquecido gracias al trigo turco. Si se esforzaba, un campesino podía desprenderse de su olor, pero no de su habla.

—¿Cómo se encuentra vuestro hijo, amigo mío? —preguntó el padre Xavier, lanzándole una sonrisa a Theresia Wiegant—. En aquel entonces me contó que Dios le bendijo con un niño. Seguro que a ése le siguieron muchos más, ¿o acaso fue una niña, señor Wiegant?

Un vistazo al rostro de ambos bastó para comprender la mitad de la catástrofe que había irrumpido en el hogar de su antiguo socio. Adoptó una expresión consternada, pero en el ábaco de su corazón las bolas empezaron a desplazarse de un lado a otro con rapidez.

—Perdonad, ignoraba que...

—Murió —dijo Niklas Wiegant—. El niño murió al nacer. Hoy sería un hombre joven que ya estaría pensando en sus propios hijos.

—Yo misma casi muero durante el parto —murmuró Theresia Wiegant—. No es como si su muerte fuera culpa mía.

—Jamás dije eso —afirmó Niklas Wiegant.

—Después no pude tener más hijos —dijo su esposa, mirando fijamente al padre Xavier.

—Theresia, los caminos de Dios son...

—¡Nunca me quejé de los caminos de Dios, ni durante un minuto!

—No, de los caminos de Dios, no —suspiró Niklas Wiegant.

—No me corresponde juzgar, y aún menos siendo vuestro huésped —dijo el padre Xavier. Theresia Wiegant seguía mirándolo fijamente.

—Sí —dijo—. ¡Juzgad! Conocéis a mi esposo desde antiguo. Siempre se ha referido a vos con mucho respeto. Juzgad, decidle que lo que hizo fue un error.

—¡Theresia, te lo ruego! El padre Xavier está cansado tras el viaje.

—Tenéis razón, amigo mío. La modestia me impide nombrarme a mí mismo confidente vuestro, por eso...

—Yo siempre os he considerado como mi...

—¡Endosarme una mocosa, a mí! —exclamó Theresia Wiegant.

—¡La niña tiene un nombre, Theresia!

—¡Eso no impide que sea una mocosa!

Ambos se contemplaron fijamente, habían llegado a un punto que sin duda ya habían alcanzado muchas veces.

—Intento evaluar cuán difícil resulta para una mujer a la que Dios no le concedió hijos propios criar el fruto del vientre de otra mujer —dijo el padre Xavier y puso cara de circunstancias.

Theresia Wiegant se dio la vuelta, lo miró, palideció y abrió los ojos como platos.

—Sin embargo, es su deber aceptar al niño —continuó el padre Xavier—. Dios el Señor ha guiado los pasos de su esposo.

—¡Dios el Señor! —balbuceó Theresia—. ¡Fue el diablo, padre, el diablo!

El rostro de Niklas Wiegant se crispó. Parecía que en cualquier momento iba a echarse a llorar o a soltar un rugido, o a propinarle un puñetazo a alguien.

—¿El diablo, Theresia? Agnes es nuestra hija, ¿y tú hablas del diablo? —gimió.

—¿Acaso debo decirme que me has engañado sin que el diablo tuviera que inducirte a hacerlo? —chilló Theresia.

—Jamás te he engañado, jamás te he...

—Es esa maldita ciudad —jadeó Theresia—, que contagió a mi esposo. Siempre me opuse a la sucursal comercial en Praga, padre. Praga es la ciudad del mismísimo diablo. Por eso él también lo atrajo hasta allí, ese Belcebú sentado en el trono imperial. Por eso abandonó Viena y se trasladó a ese condenado cenagal, que el obispo Johannes von Nepomuk maldijo con su último aliento. Primero intentó pervertir Viena cuando regresó tras todos esos años; todos afirmaron que el emperador Maximiliano había enviado a su hijo mayor a España, pero lo que le devolvieron fue un diablo negro y pronto su alma podrida apestará en Viena. Pero Viena le ofreció demasiada resistencia y por eso se dirigió allí, donde se encuentra entre los suyos: ¡a Praga!

«Dices la verdad, mujer —pensó el padre Xavier—. España cambió a Rodolfo de Habsburgo, pero no como tú crees. España sólo quebró un espíritu débil porque España sólo ama a los de espíritu fuerte. No tienes ni idea, lo único que te embarga es la cólera de una mujer engañada».

—Praga es como cualquier otra ciudad —dijo Niklas—, sólo que más bonita.

—Mientras ese hechicero estuvo en Viena, ningún obispo católico decente quiso desempeñar su cargo, ¿lo sabíais, padre Xavier? ¡El trono del obispo está

desocupado! Cuando regresó de España, los herejes luteranos y calvinistas empezaron a infestar Viena hasta que su número fue mayor que el de los católicos ortodoxos, y las cosas llegaron a un punto tal que los herejes osaron profanar la hostia durante la procesión de Corpus Christi y la única reacción del Consejo Interior fue anular la procesión... ¡en vez de cortarle la lengua y las manos al delincuente!

—¡No debes hablar del emperador de ese modo, Theresia!

—El emperador trajo el pecado a Viena, ¡y tú lo has traído a nuestro hogar!

—¡Una niña pequeña no es la encarnación del pecado! —gritó Niklas Wiegant.

—¡No me grites, Niklas Wiegant! ¡No me lo merezco! Cuido de tu casa y de tu fortuna mientras estás de viaje y evito que ocurra una desgracia. ¿Y qué haces tú? ¡Te revuelcas en la pecaminosa carne y esperas que yo alimente a la mocosa! Y encima pretendes que la quiera. ¿Por qué aquella puta no tuvo el sentido común de deshacerse de la cría? ¿Acaso aquí en Viena no hay los suficientes pozos ciegos? ¿No podría haberla asfixiado como lo hacen otras madres solteras? Oh no, señor Wiegant, no me cuentes cuentos: había dinero en juego, de lo contrario lo habría hecho... ¡y el dinero provenía de tu talego! ¿Quién era, Niklas? Me contó una patraña horrible sobre un asilo, padre, ¡pero cuando exigí que me llevara allí, se negó!

—No quise que vieras lo que allí...

—¿Era una puta? ¿Estoy criando la mocosa de una mujer caída con la que te satisfaciste? ¿No te avergüenza acudir a otra, cuando yo estoy en casa y puedo cumplir con mi deber?

—No he...

—Señor, acudo a ti en mi desconcierto: hay tantos niños ilegítimos que mueren en los hospitales..., ¿no podrías haber recogido a ésta en tu seno? Me quitaste mi único hijo legítimo..., ¿por qué dejas con vida a uno ilegítimo?

—Dejad que los niños vengan a mí, dijo Jesucristo.

—¡No tienes derecho a pronunciar las palabras de nuestro Señor, Niklas Wiegant! ¡Estás sucio y has traído la suciedad a nuestra casa! ¡Decidle que ha pecado, padre Xavier!

Éste, cuya fascinación iba en aumento con cada palabra de Theresia, guardó silencio. Theresia pateó el sucio.

—He callado, Niklas Wiegant, he callado durante dieciocho años porque no quería que la podredumbre que trajiste a nuestra casa surja al exterior. Pero ahora ya no callaré. ¡No permitiré que tu pecado se vuelva público! Has destruido nuestro hogar, Niklas..., ¡y yo impediré que encima destruyas el de un amigo! —dijo Theresia, y retrocedió un paso. Su rostro ardía—. Padre Xavier, si sois su amigo hacedlo entrar en razón. Y si no lo hiciera, entonces..., ¡entonces sed mi amigo y excomulgadlo! ¡Prefiero ver cómo lo matan a palos delante de las murallas de la ciudad a ver cómo entrega su alma al infierno!

—¡Theresia! —exclamó Niklas Wiegant; parecía estar a punto de vomitar.

Theresia abandonó la sala con pasos rígidos: como una reina que acababa de ordenar que quemaran su propia tierra ante el avance del enemigo. Su pasión impresionó al padre Xavier. «Mujer —pensó—, ¿qué no podrías llevar a cabo con ese fuego si no hubieras decidido quemar tu vida y la de tu esposo con su ayuda?» El silencio reinó en la habitación y la crispada respiración de Niklas Wiegant denotaba su esfuerzo por recuperar el dominio de sí mismo.

—Lamento no haber tenido la presencia de ánimo para abandonar la estancia —dijo el padre Xavier por fin—. Esto no estaba destinado a mis oídos.

—Las cosas nunca habían llegado hasta este punto. Se volvió completamente loca cuando le anuncié mis planes de boda para Agnes.

—Como siempre, pensáis en el futuro de vuestro hogar y el de vuestros seres queridos, amigo mío —dijo el padre Xavier con una sonrisa.

—¡La joven no es una bastarda! ¡Debéis creerme, padre!

—Eso no es asunto mío, amigo mío. No me debéis una explicación. Mis conocimientos acerca de los procesos que impulsan a un hombre a desear a una mujer son escasos y hace tiempo que se han convertido en cenizas en mi corazón, pero creo saber con cuánto poder actúan en los corazones de otros hombres.

—Ella es... yo la he... —Niklas Wiegant contempló el rostro del padre Xavier. De pronto alzó la mano, la dejó caer, se sentó en un arcón y clavó la vista en el suelo.

—La niña era huérfana. Sospeché que moriría si no acudía en su ayuda. Sólo tenía un par de semanas y estaba tan débil que parecía una anciana. Tenía los ojos abiertos, pero ignoro si veía algo y en ese caso, qué. Sus grandes ojos no dejaron de mirarme fijamente, sin pestañear. ¡Ocho de cada diez niños mueren en el asilo, padre! ¿Queréis saber cómo lo sé? —dijo Niklas. Y sin esperar la respuesta del otro, prosiguió—: Porque no era la primera vez que acariciaba la idea de salvar a un niño expósito y acogerlo en nuestra familia. Creedme, padre Xavier: mi mujer no siempre fue así como la visteis hoy. La falta de hijos la amargó. No había una compañera mejor para cuidar de mi casa y mi negocio, y en todo Viena no hay nadie que le llegue a la suela de los zapatos, y sin embargo cree que ha fracasado... porque no pudo regalarle la vida a ningún niño. A menudo consideré que ésa sería la solución: adoptar un niño. Nunca me atreví a hacerlo hasta esa única vez, cuando esa niña me miró con sus grandes ojos y me dio a entender lo siguiente: «Tú tienes la capacidad de salvarme. Sálvame, Niklas Wiegant».

—Tranquilizaos, amigo mío. Conozco la grandeza de vuestro corazón. Creísteis que Dios estaba de acuerdo con lo que hacíais.

—¡Lo hice de acuerdo con Dios, aunque eso suene a blasfemia! ¿Conocéis las condiciones de los asilos? Son cuevas de asesinos. Cuando entré, avanzaron hacia mí cargando con un cajón; dentro había al menos tres cadáveres de niños, se limitaron a

arrojarlos allí y al minuto ya los habían cubierto de cal viva. No pude... no pude dejar de pensar en ello al mirar a la niña a los ojos.

—Que Dios se apiade de vuestra pobre alma —dijo el padre Xavier, porque sabía que era lo correcto.

Observó cómo Niklas Wiegant se restregaba los ojos y sintió la certidumbre de que éste nunca había visto mentalmente a esos tres niños muertos dentro del cajón, ni ahora ni hacía dieciocho años, sino sólo a uno, el suyo, ese de cuyo nacimiento no había dejado de alegrarse en Madrid y al que quizá ni siquiera enterraron en un cajón sino envuelto en un paño, un bulto silencioso que respiró una única vez y después nunca más.

—Hice un donativo y me llevé a la niña. Contraté a una nodriza que la crío y la alimentó durante seis u ocho semanas, no lo recuerdo con exactitud. La niña prosperó. No murió, ni siquiera enfermó y cada vez que la visitaba no dejaba de contemplarme con sus grandes ojos, y me pregunto y me sigo preguntando si Dios nuestro Señor no habrá enviado el alma de nuestro hijo al mundo una vez más para proporcionarle una segunda oportunidad, y si el Ángel del Señor no se las arregló para que yo la encontrara.

Niklas Wiegant tanteó su jubón y por fin encontró un pañuelo en la manga, lo extrajo y se sonó.

—Disculpadme, padre Xavier —dijo.

—No hay de qué, amigo mío —respondió el otro haciendo una mueca.

—Después comprendí que debería haber puesto al corriente a Theresia desde el principio, pero en aquel entonces temí que desechara mi plan. Fui incapaz de sospechar hasta qué punto tenía razón. En aquella ocasión creí que si mi mujer rechazaba a la niña incluso antes de que estuviera en casa, yo no podría atravesar el umbral con ella, así que primero debía llevarla a casa y, cuando ella la viera, al poco tiempo llegaría a quererla como la quiero yo.

Niklas Wiegant sacudió la cabeza y volvió a usar el pañuelo. El padre Xavier observó el gordo cuerpo del mercader desplomado encima del arcón. Con el rabillo del ojo percibió un movimiento junto a la puerta y, sin alzar la mirada, reconoció la figura de una joven alta, delgada, ya casi una mujer, de melena oscura y rizada, frente amplia, cejas arqueadas, ojos brillantes, pómulos altos: una belleza que se revelaba incluso ante sus débiles ojos, que aún no había florecido del todo y que no guardaba ningún parecido con Niklas o Theresia Wiegant. Era un ser creado por el diablo para seducir a los hombres, si el diablo no hubiera empleado métodos completamente diferentes. La joven se detuvo en el umbral, sorprendida. Sus movimientos tenían la elegancia de quienes se sienten a gusto en su cuerpo. Niklas Wiegant se sonó la nariz. Estaba sentado de espaldas a la puerta. El padre Xavier reflexionó un instante.

—Y así resultó que vuestra hija Agnes en realidad no es hija vuestra —dijo en

voz alta.

—No en el sentido habitual, padre, pero...

—Porque la sacasteis de un asilo y la llevasteis a casa.

—Sí, así es.

El padre Xavier le lanzó una sonrisa a Niklas. La figura en el umbral se quedó paralizada. El padre Xavier casi percibía el horror que irradiaba.

—¿Y nunca se lo dijisteis?

—¡No!, pensé decírselo antes de la boda. Pese a todas las palabras que se le escaparon a Theresia hace un momento, nunca le dijo la verdad a Agnes. Le rogué que no lo hiciera y ella se atuvo a mi ruego.

—Tal vez se debiera más a la aversión por la niña y su origen que a la obediencia de una esposa. —El padre Xavier vio cómo la joven tenía que aferrarse al marco de la puerta.

—No debéis juzgar a Theresia por lo que ha dicho hoy.

—¿Y esos planes de boda? —El padre Xavier lamentó no poder salir de su propio cuerpo y observarse a sí mismo haciendo uso de sus armas: las palabras. Cuando analizaba las conversaciones, lo hacía de atrás hacia delante, como un duelista: parada, finta, acometida. La táctica del padre consistía en un par de paradas seguidas de una larga serie de acometidas calculadas e implacables y cada una afectaba a un órgano vital.

—Tengo un socio llamado Sebastian Wilfing —dijo Niklas Wiegant—. Además es mi mejor amigo. Su hijo mayor tiene diecisiete años; Sebastian y yo hemos decidido hacer público el compromiso inmediatamente después del ayuno.

—Dios mío —exclamó la figura en el umbral.

Niklas Wiegant se giró y el padre Xavier simuló una sorpresa absoluta.

—Agnes —tartamudeó Niklas.

—Dios mío, padre —dijo Agnes—. ¡Dios mío, Dios mío, DIOS MÍO!

Se giró bruscamente y corrió hacia el pasillo. Niklas se puso de pie, tambaleándose.

—¡Agnes! —gritó y echó a correr tras ella—. ¡Agnes, hija mía, espera! ¿Cuánto hace que... cuánto hace que...? —Su voz resonaba histérica desde el estrecho pasillo.

Durante unos segundos, el padre Xavier permaneció en la habitación vacía. «¡Qué historia, amigo mío! —pensó—. E incluso te creo cada palabra, desde las espantosas condiciones del asilo hasta tus intentos siempre frustrados de sacar un niño de allí y adoptarlo. Sólo me mentiste en un aspecto: no encontraste a esta niña en un asilo de Viena. No sé dónde la encontraste y no sé por qué me mentiste, pero no olvidaré esa mentira».

Después se puso en marcha para llegar hasta su socio de los viejos tiempos en Madrid e impedir que alcanzara a su hija adoptiva a tiempo para aclarar la situación

antes de que la fractura entre todos los habitantes de la casa se convirtiera en definitiva. No dejó de sonreír mientras descendía la escalera.

Cuando sus piernas flaquearon y tuvo que sentarse en el suelo como una muñeca de trapo, Agnes recuperó el oremus. Respiraba tan entrecortadamente que vio puntos rojos flotando ante sus ojos; sentía que estaba a punto de asfixiarse. Poco a poco recordó por qué había huido. El zumbido desapareció de sus oídos y volvió a escuchar las palabras:

«Que vuestra hija Agnes en realidad no es hija vuestra». «Así es». «¿Nunca se lo dijisteis?» «Debido a su aversión por la niña y su origen». Volvió a sentir el mismo horror pero ya no le quedaban fuerzas para huir. Sabía que las palabras no suponían una broma de mal gusto porque su padre no solía hacerlas, y tampoco eran una mentira, porque no existía ningún motivo para inventar esa historia. Así que era verdad: su padre no era su padre y su madre no era su madre, su vida entera era una comedia en la que, de un modo inconsciente, había interpretado el papel principal. Agnes ignoraba qué le causaba más dolor: la historia en sí, la velocidad con la cual se la creyó, la circunstancia de que convertía cierta conducta extraña, ciertas miradas de soslayo y ciertos rápidos comentarios de su madre en totalmente plausibles, el descubrimiento de que un completo extraño se enteraba de la verdad mientras que Agnes fue alimentada con mentiras..., o el sencillo hecho de que las palabras fueran pronunciadas por la persona que poseía todo su afecto puro e inocente y por cuya integridad hubiera jurado, incluso en la hoguera: su padre. Durante dieciocho años sólo le había contado mentiras.

Agnes se echó a llorar y ya no pudo parar. Se encogió, hundió la cara entre las manos y, mientras en su cabeza ardía el recuerdo del desconocido que, de pie en la habitación, llameaba como una antorcha invisible de desprecio y de maldad llenando su propia alma con una mezcla de desencanto, cólera y tristeza, sollozó de dolor en medio del polvo de la calle.

Agnes Wiegant acababa de morir, y sin embargo vivía. Agnes Wiegant acababa de perder a su familia y sin embargo tenía madre y padre. Agnes Wiegant acababa de descubrir que era nada, menos que nada, menos que la más humilde de las criadas de su casa que, aunque también eran nada, al menos conocían su origen.

Sus hombros se agitaban, los sollozos sacudían todo su cuerpo. Percibió el sabor de la mugre de la calle, de sus lágrimas y los mocos. Era un alma que flotaba en medio del océano de una humanidad de la que de repente ya no sentía formar parte, una hoja solitaria desprendida del árbol. Era todo eso y muchas cosas más que le arrancaban el corazón de cuajo, oprimían su alma y la hacían gemir como un lobeño, pero en realidad sólo era una niña que de pronto comprobaba que estaba sola en el bosque y que ni siquiera osaba pedir ayuda porque estaba convencida de que nadie la oiría.

* * *

Después de un rato el agotamiento la hizo enmudecer. Alzó la cabeza, se restregó la cara con una mano pringada de arena, humedad y mocos, se estremeció y por fin se incorporó. Todo el cuerpo le dolía como si la hubieran pisoteado y, cuando se le ocurrió esa comparación, soltó un bufido. ¿Acaso no era exactamente así?

Las lágrimas brotaron una vez más, pero las reprimió. Se sentía hueca, como si toda su existencia fuera un huevo hinchado de cascara quebradiza que tiembla en el viento. Sentía frío; el suelo estaba seco pero aún conservaba el frío del invierno. Agnes clavó la vista en sus manos: bajo la mugre vio que estaban azules y suspiró.

—Agnes Wiegant —susurró. Su voz sonaba forzada y ronca. De sus ojos aún brotaban las lágrimas—. No eres nadie.

—Dante se daría la vuelta en la tumba —dijo una voz a su lado.

Agnes se volvió. Por primera vez se dio cuenta de dónde estaba. La calle ascendía a lo largo de una empinada ladera hasta llegar a un puente de madera. Bajo la pálida luz de marzo, la madera parecía negra, el terreno ondulado detrás del puente, gris y exhausto; las montañas ostentaban un tono azulado que parecía desteñido porque la nieve que cubría las laderas era del mismo color del cielo. No veía el río que fluía bajo el puente, pero a la derecha había casas, chozas y destartalados tenderetes; la profunda hondonada que los flanqueaba debía de ser el brazo del río. Junto a Agnes, tan próximo que podría haberlo rozado con el brazo estirado, había un hombre en cuclillas. Llevaba el pelo casi tan corto como los campesinos, sus hombros tenían un aspecto redondeado y fuerte, sus brazos eran fornidos y todo su cuerpo estaba tenso. Mantenía la vista orientada al oeste, contemplando los cansados rayos de sol. Agnes vio la sombra de la barba en sus mejillas y ésta lo hacía parecer un bribón y mucho más viejo. Por fin él giró la cabeza y la miró; la luz sesgada dulcificó su rostro que de repente pareció juvenil. Sonreía y una mancha de sol danzaba en sus ojos.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

Agnes se secó las lágrimas.

—¿De dónde has salido tú? —murmuró.

El hombre miró por encima del hombro sin cambiar de posición. Ella siguió su mirada de un modo automático: uno de los talentos de él consistía en lograr que ella siempre siguiera su mirada, como si cualquier escena que él contemplara siempre fuera más interesante que todo lo demás. Los techos y las torres de Viena relumbraban contra el fondo verde grisáceo del bosque; los sólidos baluartes de la ciudad proyectaban sombras sobre la llanura cubierta de guijarros y hierba que rodeaba la ciudad.

—De allí —dijo él y volvió a dirigirle la mirada. La sonrisa de sus labios se reflejaba en sus ojos pero sin ocultar la preocupación que expresaban.

—¿Y adónde te diriges? —dijo Agnes, lanzando un suspiro.

—Hacia aquí —dijo, señalándola.

Agnes se sorprendió devolviéndole la sonrisa, y la misma sorpresa hizo que sus lágrimas volvieran a brotar.

—¿Por qué? —preguntó con voz ahogada.

Él la contempló con expresión sosegada.

—¿Que por qué estoy aquí? Delante de tu casa se ha producido un pequeño alboroto: el señor Wiegant gritaba «¡Soltadme! ¡He de encontrar a mi hija!» Un desagradable dominico con cara de pez lo aferraba y decía: «¡Lo estáis empeorando todo, amigo mío!» Había un montón de mirones que hacían comentarios estúpidos y ocupaban la calle, y no pude dejar de ir a ver qué ocurría.

Agnes se cubrió la cara con las manos y lloró en silencio.

—¡Es un diablo! —susurró—. ¡Es un diablo!

Después entreoyó la voz de Cyprian que decía:

—Ese dominico... creo que le interesaría al tío Melchior.

Agnes sintió un escalofrío. Melchior Khlesl, el obispo de Wiener Neustadt, el tío de Cyprian, era un hombre sobre el cual circulaba todo tipo de rumores. Un vicario general, un oficial y un canciller dirigían su obispado, situado al sudoeste de Viena, mientras que el obispo vivía en Viena ocupándose de sus negocios. Muchos le adjudicaban la suficiente influencia en la corte como para apoyar o derribar al emperador; algunos murmuraban —con cierta esperanza— que el obispo ya consideraba esto último para liberar al reino de la ociosidad del emperador Rodolfo. En cuanto a Cyprian, Agnes sospechaba que su vínculo con su tío iba más allá de lo que sabía: que el obispo era el único miembro de la familia Khlesl en el que Cyprian tenía una confianza sin límites. El vínculo se remontaba a aquel día en que la diferencia de opinión entre Cyprian y su padre alcanzó un punto álgido y el único que lo defendió fue su tío. Para Agnes, el obispo Khlesl era una sombra gris al que no podía valorar y con respecto al que a veces sentía que bastaría con darse la vuelta para encontrárselo a sus espaldas. Las palabras de Cyprian la atemorizaron, como si el interés del obispo por el inquietante dominico abriera una puerta tras la cual reinaba el caos, y ella sería la primera en perecer.

—¿Qué quería ese individuo de tu padre?

«Y resulta que en realidad vuestra hija Agnes no es hija vuestra...»

—Revivir el pasado —susurró y sus palabras le supieron a hiel.

—Si te encuentras mejor, deberíamos regresar.

—¿Regresar? —preguntó amargamente—. ¿Adónde?

Cyprian no dijo nada. Agnes levantó la vista.

—¿A casa? —siseó—. ¿Quieres decir a casa?

—¿Tienes algo en contra?

Agnes tragó saliva, la garganta le dolía como si hubiera tragado astillas de cristal.

—Antes no he querido saber cómo descubriste que me había escapado de casa.

Agnes percibía su mirada; el rostro del joven no delataba sus pensamientos, pero sus ojos revelaban aquella preocupación que ya había visto la primera vez que se encontraron: si podría ayudarle a ella en algo, si tendría la fuerza suficiente para hacerlo. Agnes sabía mejor que él que siempre dispondría de la fuerza suficiente.

—Ahora quisiera saber por qué consideras que merecía la pena seguirme. —La autocompasión de sus palabras la asqueó y al mismo tiempo le provocó un nuevo acceso de llanto.

Él se encogió de hombros y no le respondió de inmediato.

—Es lo que hacen los amigos —dijo por fin.

—No me lo merezco.

Cyprian guardó silencio. Aunque ella sabía que consideraba que sus palabras eran tan absurdas que ni siquiera requerían una respuesta, durante una fracción de segundo lo aborreció por lo que callaba: «mereces todo el esfuerzo del mundo».

—¿Sabes qué he descubierto hoy? —dijo Agnes, dispuesta a darse el golpe de gracia.

—Lo que sé es que ahora debemos regresar.

El tono de su voz hizo que Agnes alzara la mirada. El había vuelto a entrecerrar los ojos. De repente vio que en la calle que se alejaba del puente trazando una curva entre las casuchas miserables había unos objetos en el suelo entre los oscuros charcos de agua. Al aguzar la vista distinguió trozos de loza, un zapato, fragmentos dorados y brillantes que parecían formar parte de un dosel, jirones de ropa, un montón de piedras en su mayoría del tamaño de un puño, como si en un tramo de la calle hubiera caído una extraña granizada. De repente se sobresaltó; los charcos no eran de agua sino de sangre y después, como si un truco de magia hubiera acercado las piedras, percibió que éstas estaban pegoteadas de cabellos y sangre...

Al otro lado del cruce había algunas figuras. Sostenían piedras en las manos y ese hecho hizo que el frío de principios de marzo fuera reemplazado por otro interior que la invadió y trocó la autocompasión en temor.

—¡Cyprian! —llamó en tono apagado.

Cyprian Khlesl se puso de pie.

—Ven conmigo —dijo—. Regresamos a Viena.

—¿Dónde estamos?

—Ésos son los palafitos edificadas a orillas del río —dijo, observando cómo Agnes se ponía de pie con torpeza—. Allí se encuentra el antiguo cementerio, delante de la puerta de Kärntner. La calle que atraviesa el puente continúa hasta el viejo patíbulo y a la hilandera al pie de la cruz. —Echó un vistazo a las figuras que sospesaban sus piedras y ocupaban toda la calle. Ella siguió su mirada y soltó un grito ahogado. El miedo le doblegaba las rodillas. Trastabilló y él la agarró de los codos

evitando que cayera.

—Has recorrido un largo camino.

—Esas personas allí delante..., ¿qué quieren, y qué ha ocurrido aquí?

—¿Conoces la historia de la hilandera al pie de la cruz? Era la novia de un caballero que se unió al ejército de peregrinos que querían liberar Jerusalén. Lo esperó un mes tras otro y cuando las noticias llegadas de Tierra Santa se volvieron cada vez peores hizo un juramento: día tras día se sentaría junto a la gran encrucijada al pie de la vieja cruz de madera e hilaría lana y tejería las mantas que regalaría a todos los que regresaban del peregrinaje hasta que su amor volviera a casa. Pero tras una larga espera, en vez de su amado apareció uno de sus compañeros de armas y le informó de que su galán había sido hecho prisionero por el enemigo y que quizá ya lo hubieran ajusticiado. Entonces ella dejó de hacer mantas, se confeccionó ropas sólidas, le dijo a su viejo criado que le comprara una cota de malla, un casco y una espada y emprendió el camino para liberar a su amado. Juró por la vieja cruz de madera, a cuyos pies había estado sentada durante tanto tiempo, que no regresaría antes de haber liberado a su amor o de haberlo seguido a la muerte. Nunca se supo nada más de ambos. Puede que él fuera ajusticiado y ella naufragara durante la travesía en barco y se ahogara, y también es posible que siga buscándolo. Yo prefiero creer que lo encontró y que ambos permanecieron juntos en Tierra Santa, fundaron una familia y envejecieron el uno junto al Otro.

Agnes lo miró de soslayo; él sonreía y ella sintió que no había comprendido un mensaje oculto en la historia. Pero sintió otra cosa con mayor intensidad.

—No es necesario que me cuentes un cuento de hadas para distraerme —dijo en tono áspero—. Estamos en dificultades, ¿verdad? ¿Qué es esto, lo que queda de un campo de batalla? —Barruntó que él percibía los acelerados latidos de su corazón. Los hombres situados más allá proyectaban largas sombras que apuntaban hacia ellos como puntas de lanzas.

—El santo patrono de las hijas fugitivas te ha protegido —suspiró Cyprian—. Aquí, esta mañana, un montón de testarudos hilanderos católicos ha intentado celebrar la procesión de la Candelaria prohibida en la ciudad, convocados por el párroco de Gumpendorf. Pero otro montón de hilanderos testarudos, en este caso protestantes, ha acabado con la procesión antes de tiempo. —Apartó una piedra con el pie y al rodar, ésta mostró una cara oscura y pringosa y después otra clara.

»Al final, las tropas de las murallas superiores han acabado con todo: la procesión, la contraprosesión, la lapidación y la batalla callejera. Llegaste justo cuando todo había terminado.

—¿Y esos de allí delante?

—Ésos son los lobos que siempre pululan a través de las ruinas tras un acontecimiento semejante.

—Pero si no les hemos hecho nada...

—Pues harán generosamente caso omiso de ello —dijo Cyprian en tono relajado.

Agnes se esforzó por seguir sus pasos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó y al mismo tiempo se despreció por hablar en tono tan temeroso. Podía ver las caras de aquellos hombres calle arriba. Habían adoptado una expresión de rechazo, como un mal comediante que intentara simular indignación. Agnes sabía que era el preludio de una danza que se iniciaría con la siguiente pregunta: ¿Qué hacéis aquí? A los lobos callejeros les divertía inventar un pretexto, sobre todo cuando tenían el monopolio absoluto de la violencia y podrían haberlos atacado.

—No temas —dijo Cyprian—, lo tengo todo calculado. —Y entonces trastabilló, se encogió, cayó de rodillas, se llevó las manos al pecho y empezó a toser y a escupir.

Andrej von Langenfels miró a través de la ventana la cloaca que separaba la parte trasera de la casa de la orilla del río Moldava. Primero tuvo que limpiar el grueso cristal con la manga; un movimiento que realizó automáticamente porque durante los últimos meses esto había formado parte del repertorio cada vez mayor de servicios prestados.

«*Ecco, Andrea*, limpia la *finestra*, ¡la *scientia* requiere luz! ¡Limpia la chimenea, la *scientia* requiere lumbre! ¡Limpia la cama, *monna* Lobkowicza necesita sábanas limpias!» Esto último acompañado de un guiño de los ojos de párpados gruesos y de una última advertencia; «Y después desaparece. ¡Mientras *monna* Lobkowicza está aquí no necesito público al follar!»

La apestosa capa de hollín que cubría todas las superficies de la casita en la callejuela sin nombre del barrio húmedo y pringoso situado al oeste de Santa María bajo la Cadena era difícil de eliminar. La zona estaba impregnada de una atmósfera de fracaso, y Andrej era lo bastante sensible como para percibirla. Allí los sanjuanistas construyeron antaño una comunidad de la Orden que protegió la Karlsbrücke como si fuera una fortaleza; se construyeron viviendas cuyos habitantes estaban bajo la jurisdicción de los caballeros de la Orden de Malta; la iglesia de Santa María bajo la Cadena fue planificada como uno de los edificios más grandes de Praga. Pero las constantes batallas contra los turcos en el Mediterráneo y la gran flota protectora que sostenía a la sede central de la Orden, trasladada desde Malta hacía más de medio siglo, habían diezmado la fortuna de los caballeros. Lepanto supuso una victoria muy cara para la Orden, tanto en sangre como en monedas, y ni siquiera tuvo un efecto duradero. Ahora la iglesia se encontraba en el centro de un terreno ocupado por ruinas, muros medio derrumbados y esperanzas perdidas, había nacido muerta con su fachada destrozada y los muñones de sus torres, y estaba rodeada de andamios podridos y jirones de tejido basto, como una desgastada mortaja.

Andrej volvió a limpiar el cristal con el puño de la manga. La luz incierta de finales de marzo intentaba penetrar, pero renunciaba debido a la estrechez de la callejuela. Allí, en los olvidados rincones de Praga, todo desaparecía a la sombra de las ruinosas paredes de las casas o se asfixiaba en la niebla, y a veces, o así le parecía a Andrej, allí, en ese apartado barrio de la ciudad, todo se sumía a su vez en la locura del hombre que ocupaba el castillo: el emperador Rodolfo de Habsburgo.

Ya era el cuarto día que Andrej pasaba solo en la pequeña morada. Sospechaba que su amo y señor ya no volvería. Sentía una extraña lástima y bastante autocompasión. Parecía destinado a ser abandonado por aquellos en quienes confiaba, justo cuando podría pensar que lo peor había pasado, y asimismo parecía estar destinado a ir tirando en solitario. En todo caso, la semana pasada Giovanni Scoto

todavía había murmurado que el emperador Rodolfo se había sentido tan satisfecho con sus trucos mágicos que a partir de ahora ocuparían una casa nueva y lujosa en la Goldmachergasse del castillo. De momento lo único que seguía demostrando la existencia de Giovanni Scoto eran los grasientos precipitados de sus experimentos alquimistas pegados a las paredes. Estuviera donde estuviese, Scoto había desaparecido y con él todo el dinero, la ropa e incluso el pan medio enmohecido que durante días les sirvió de alimento y que era tan duro que habría valido para edificar los cimientos de una fortaleza.

Pero más que en su amo huido y su destino sumamente incierto, Andrej pensaba en su pasado. Había sufrido una pesadilla que ya había creído superada. Durante los primeros años, la pesadilla lo acompañaba sólo de vez en cuando, era un visitante que aparecía al menos una vez al mes y que lo afectaba en mayor o menor grado. Hubo casos en los cuales había mojado la cama debido al terror, como cuando era un niño muy pequeño. Porque en realidad el sueño no era un sueño: era un recuerdo que no perdía actualidad, que de algún modo había cobrado vida propia y lo aterrorizaba. Últimamente había empezado a atormentarle menos a menudo y Andrej casi había perdido el miedo que le provocaba su aparición, pero la noche anterior había vuelto a hacerse presente, lo abrumó con los ruidos y las imágenes, y hubiera dado su brazo derecho para poder olvidarlos.

Una y otra vez veía el rostro crispado del monje que se acercaba a él a través del patio del convento para matarlo con el hacha, como había matado a las mujeres y los niños ante la entrada del convento, como había matado a la madre de Andrej. Y entonces la punta desnuda de un proyectil de ballesta de pronto se asomó a la boca abierta y aullante del monje, y éste se desplomó como una sotana vacía justo delante de los pies de Andrej. De su sotana algo parecido a una gran moneda salió rodando, rebotó en el suelo y chocó contra la pierna del niño. El golpe fue suave, pero lo despertó de su parálisis.

Se había girado y lanzado varias veces contra la puerta medio podrida del convento hasta que las hojas saltaron de los goznes, y arrastrándose por encima de éstas se había deslizado al exterior. Entre las casas de los campesinos que se extendían a una distancia respetuosa del convento al pie de la ladera, la granizada ya había cesado y cuando sintió un pinchazo en las costillas el sol volvía a brillar. Andrej corrió y corrió hasta que cayó al suelo y vomitó la cena de la noche anterior... y con ella cada una de las palabras fascinantes del relato de su padre, de monjes quemados y horrorosas penitencias y libros destinados a hacer el bien que causaban el mal. La moneda caída de la sotana del monje brillaba entre el vómito, aunque Andrej no recordaba haberla recogido. La tomó, la examinó con mirada inexpresiva, la limpió y la guardó; después se puso de pie y siguió corriendo en cualquier dirección. Nadie lo persiguió. Puede que nadie lo viera excepto el asesino, y ése estaba muerto.

Corrió y corrió hasta que en algún momento fue recogido por el carro de un mercader que lo tomó por un chiflado y que quería realizar una buena obra. Llevó al niño deficiente mental a su ciudad natal y lo dejó al cuidado de los misericordiosos Hermanos. Cuando tras muchas semanas Andrej recuperó el juicio, se encontró entre dementes de todas las edades y en manos de unos monjes, y eso casi bastó para arrojar su alma al precipicio para siempre. Pero después del primer ataque de pánico recuperó el control de sí mismo y, pasadas unas noches, logró huir a través de la puerta mal cerrada del convento, y el bullicio de la gran ciudad en la que había aterrizado se lo tragó. Transcurrió cierto tiempo hasta que alguien le dijo que se trataba de Praga.

Nunca volvió a ver a su padre ni a su madre; no cabía duda de que estaban muertos. Andrej no sabía cómo se llamaba el convento en el que la búsqueda de su padre sufrió un final tan inesperado, y tampoco trató de averiguarlo jamás.

El destino consideró correcto —tras el largo desvío que implicó la vida en la callejuela, la mendicidad y el robo de talegos de los señores acaudalados— depositarlo en manos de un hombre que había convertido el engaño en un arte: el alquimista Giovanni Scoto.

Scoto no proporcionó mucha información acerca de su persona; en cierto momento, Andrej notó que parecía haber salido de la nada y que él, Andrej, oía más chismorreos sobre su amo en las callejuelas y posadas que de su propia boca... Oyó hablar de espectáculos públicos de prestidigitación, de cambios de imagen e invisibilidad, del poder implacable ejercido sobre príncipes y reyes, y de la sospecha de que Scoto era un demonio que el diablo del infierno había quemado porque le temía. En esa ocasión decidió tantear a Scoto, pero por algún motivo nunca lo logró. En el último momento, ante los incomprensibles murmullos del alquimista y su permanente expresión irónica, Andrej olvidaba lo que pretendía preguntarle. A lo mejor en eso consistía el talento de Giovanni Scoto: lograr que la gente olvidara que en realidad deseaba plantearle algunas preguntas incómodas.

El mismo Andrej había guardado silencio ante todos los rumores. Había visto a su señor comiendo, bebiendo y yendo al excusado, había oído su respiración cuando follaba a una de las numerosas mujeres que se arrojaban a sus pies a montones, y observado sus ataques de ira cuando sus experimentos de alquimia fracasaban, y eso hizo que llegara a la conclusión de que en el fondo Scoto era un hombre normal. Y una vez más, este hombre se había vuelto invisible, huyendo silenciosamente como un gato en medio de la noche.

Andrej apartó la vista del melancólico paisaje y salió de la pequeña habitación. Cuando llegó al único otro recinto de la casa, clavó la vista en la oscuridad. Tal vez lo mejor sería que él también desapareciera. En algún momento alguien llamaría a la puerta, aunque sólo fuera el propietario de la vivienda, que hasta entonces se había

visto obligado a extraer cada moneda del alquiler de su inquilino mediante amenazas. Andrej sospechó que, además de los esposos cornudos, los hermanos estafados y los engañados padres de las compañeras de cama de Scoto, había otros acreedores que tenían una cuenta abierta con su amo, y sabía que los demás alquimistas de Praga eran enemigos de Scoto, sobre todo los dos ingleses de la corte del emperador. Nadie aborrece más a un charlatán que sus colegas. En Praga había muchas personas que en cualquier momento podrían entrar por la puerta, encontrarse con Andrej en vez de Scoto y desahogar su furia con él. Durante los últimos dieciocho años, Andrej siempre había logrado mantenerse lejos de la cárcel y no tenía intención de encontrarse entre rejas en sustitución del orejas cortadas que lo había acogido, y aún menos recibir una paliza por su culpa. Sin embargo titubeó. El regreso inesperado de la pesadilla lo había afectado; entonces extrajo la moneda de su camisa, lo único que le quedaba del pasado además de las espantosas imágenes oníricas. Incluso en épocas de gran pobreza, siempre había logrado encontrar algo para comer y beber sin tener que empeñar la moneda. En determinado momento descubrió que en realidad era un medallón que se abría mediante un resorte secreto. El medallón albergaba un trozo de tela basta del tamaño de una uña, un fragmento deshilachado de una pluma gris y una pizca de ceniza que había empolvado todo lo demás. No supo interpretar el simbolismo. Ahora sostenía el medallón en la mano, preguntándose si tras todos esos años habría llegado el momento de convertirlo en dinero, cuando de repente la puerta saltó de sus goznes, cayó al suelo y un grupo de hombres armados penetró en la habitación.

Uno de ellos atrapó a Andrej cuando éste se disponía a escapar a través de una ventana de la estancia trasera. El instinto de la rata, agudizado en Andrej gracias a su existencia en las callejuelas y que no había perdido tras un par de meses de vida regular, hizo que se debatiera y tratara de emprender la huida mientras los soldados seguían parpadeando y tratando de acostumbrarse a la falta de luz. El soldado arrastró a Andrej hasta volver a introducirlo en la habitación, lo agarró de los cabellos, lo levantó y le pegó un puñetazo en la cara que casi le hizo perder la conciencia; después lo llevó a rastras hasta la otra habitación.

Andrej sintió que le apoyaban los pies en el suelo e intentó mantenerse erecto. Vislumbró la figura de un hombre pequeño de cabellos blancos cuyo caro atuendo parecía iluminar el interior de la casa.

—Está sangrando —dijo el hombre.

—Me ha atacado, Señoría —dijo el soldado.

—Entonces habéis tenido suerte al haber escapado con vida, ¿verdad, capitán?

—¡Señoría! —Andrej percibió que el soldado que le aferraba el brazo se ponía rígido. Sabía que él pagaría su enfado por los comentarios sarcásticos del anciano, y esperó que éste no lo dejara a solas con los soldados. La mandíbula, antes

entumecida, empezó a palparle y el dolor le perforaba el cráneo. Parpadeó y se pasó la lengua por el interior de la boca para comprobar si se le había aflojado algún diente.

El anciano caminó en círculo alrededor de Andrej.

—Un muchacho guapo —dijo—. Si tenemos en cuenta el éxito de maese Scoto con las mujeres, podríamos suponer que nos encontramos en su presencia. Pero no eres Scoto, ¿verdad?

Andrej se sorbió los mocos; ignoraba qué esperaban que contestase y gracias a la experiencia de años, que le indicó que en la mayoría de los casos nadie esperaba una respuesta de alguien como él, no dijo nada.

—¿Dónde está maese Scoto? —preguntó el anciano.

Andrej abrió la boca, y después volvió a cerrarla.

—Quizá no me he expresado con claridad —dijo el anciano—. Bien, ¿dónde está el viscoso reptil que le debe doce mil granos de oro y mil gramos de plata a la caja de la corte imperial y a quien, según órdenes de Su Majestad, colgaremos de los huevos en una jaula en el foso de los ciervos, y no a causa del oro sino a causa de la nuez exótica que robó del gabinete de curiosidades de Su Majestad?

El anciano hizo una mueca como si tuviera dolor de muelas, pero sin apartar la vista de Andrej. Andrej le devolvió la mirada. Volvió a abrir la boca, quiso decir algo, pero no pudo. Una voz jadeaba dentro de su cabeza. «¡Mierda!»

—Bien —dijo el anciano—. Lleváoslo. Cuatro hombres registrarán la casa, cada rincón, cada piedra, y si después el edificio sigue en pie, creeré que no buscasteis a fondo.

—La casa pertenece al mercader Vojtech, Señoría —dijo el capitán.

—¿Acaso creéis que tiene más valor que doce mil granos de oro, mil gramos de plata y una condenada nuez del Nuevo Mundo?

—¡No, Señoría!

—Pues entonces ordenad a vuestros hombres que busquen. Éste viene conmigo.

* * *

Andrej, que durante todos aquellos años nunca había estado tan próximo al castillo de Hradschin como en los últimos meses mientras había vivido bajo sus murallas en una casa que parecía un agujero, se habría asombrado al ver el esplendor de los edificios que se alzaban tras el segundo patio del castillo si el pánico no lo hubiera cegado. Todavía sentía el puñetazo del capitán en el rostro y el cráneo se le partía de dolor. Durante el breve trayecto hasta el centro del Sacro Imperio Romano, el diminuto anciano no había dicho ni una palabra y los soldados, más que empujar a Andrej, lo habían llevado en brazos.

Otro anciano se acercó corriendo. Iba retorciéndose las manos y su abultada panza parecía precederle.

—Ése no es Giovanni Scoto, juez superior regional Lobkowicz —jadeó el recién llegado.

—Eso también lo sé yo, barón Rozmberka —dijo el juez. Andrej creyó recordar el nombre del juez y también que entre ambos personajes no reinaba precisamente la amistad—. Me parece que el pájaro ha volado.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Rozmberka.

—¿Acaso creéis que habríamos logrado extraer el dinero de ese cerdo, incluso si lo hubiéramos encontrado? —El juez pareció reflexionar unos instantes—. ¿O esa estúpida nuez?

—¡El emperador está desesperado!

—Santo Cielo, ¡debe de haber otra nuez de mierda en su gabinete a la que pueda adorar! Todas las semanas le birlan un objeto de su colección, ¡y precisamente esa nuez es la que quiere recuperar! ¡Pues no habérsela mostrado a ese italiano asqueroso!

—No, no se trata de la nuez.

—Pero si me dijeron expresamente...

—Ya no se trata de la nuez. Ahora quiere a Giovanni Scoto en persona.

—Si eso le da placer, que cuelgue al criado de Giovanni Scoto de los huevos —dijo el juez, señalando a Andrej con el pulgar—. Scoto ha desaparecido y apuesto a que no desapareció ayer. Si no lo hubierais advertido sobre el oro, a lo mejor no habría puesto pies en polvorosa, ¿verdad, querido Rozmberka?

—¡Ya no quiere colgarlo de los huevos! —exclamó Rozmberka.

—¿Ah, no?

—No, quiere ver uno de sus trucos de magia.

El juez guardó silencio durante un buen rato.

—¿QUÉÉÉ? —exclamó después.

—Su Majestad Imperial ha perdonado al alquimista —gimió Rozmberka—. Y como Su Majestad Imperial cayó en una melancolía aún más profunda debido a las palabras de enfado que él mismo pronunció, quiere que el alquimista acuda para que lo anime con sus prestidigitaciones.

—¿Y qué opina el doctor Guarinoni al respecto? —preguntó Lobkowicz, evidentemente perplejo.

—El médico de cabecera imperial ha dicho: «Traigan al alquimista, condenados imbéciles, o no les garantizo nada».

Ambos funcionarios del reino intercambiaron una mirada. Después miraron fijamente a Andrej. Si durante los últimos tres días éste no se hubiera alimentado exclusivamente de agua, se hubiera cagado en los pantalones.

—¿Ni siquiera una conjura de un demonio de poca importancia?

—¿Ni siquiera una vaga visión del futuro en un espejo?

Rozmberka y Lobkowicz arrastraron a Andrej por los pasillos del Hradschin, esos que Andrej jamás soñó con pisar. A su paso, los centinelas se ponían firmes, los criados hacían reverencias y se apartaban; sus imágenes se reflejaban en las columnas espejadas, las pilastras pulidas y las preciosas fuentes de cristal. La cabeza magullada de Andrej palpitaba al ritmo de sus pasos apresurados.

—No —gimió.

—¿Algún truco?

—No hace falta que sea magia auténtica.

Andrej sintió que la realidad se desprendía de su cuerpo a trozos y quedaba atrás, en los aposentos recubiertos de mármol, enlosados, revestidos de madera o dorados que atravesaban. Rozmberka y Lobkowicz lo arrastraban a toda velocidad al centro de la locura. Estaba demasiado espantado para defenderse.

—Sé jugar a «Tres putas para una verga» —balbuceó.

Lobkowicz frenó tan de repente que Rozmberka y Andrej casi caen al suelo. El hombrecillo se enderezó y agarró a Andrej del cuello de la camisa.

—¿Pretendes organizar una orgía ante los ojos del emperador, so cabrón?

—No, no, no —gimoteó Andrej—, sólo lo llamábamos así. Si nosotros dijéramos «Tres sombreritos para un bolo», nadie nos haría caso.

—¿Quiénes son «nosotros»? —le espetó Lobkowicz.

—Nosotros. Los caballeros del empedrado. Quiero decir las ratas de las callejuelas, quiero decir...

—Es la chusma que pulula por las callejuelas, que no tiene padres, hogar, pan ni decencia y que procura robar y engañar a los ciudadanos honorables —dijo Rozmberka.

Lobkowicz parpadeó.

—Así que ese juego —dijo—. Yo lo conozco bajo el nombre de «Tres monjas y el padre abad». —De repente cerró la boca y se ruborizó.

—Yo no conozco ese juego —afirmó Rozmberka.

Lobkowicz siguió arrastrando a Andrej.

—¡Avanza, avanza! —le apremió—. No puedes jugar a esos juegos de suerte con el emperador.

—Sobre todo ninguno tan engañoso —comentó el barón.

—Creí que no conocíais ese juego, querido Rozmberka.

—Sólo he oído hablar de él —dijo Rozmberka, lanzándole una mirada asesina a Lobkowicz por encima del hombro de Andrej.

—¿Qué más? ¿Qué más? No habrás pasado todos esos años como ayudante de maese Scoto en vano, ¿verdad?

—¿Todos esos años? —chilló Andrej—. ¡Hace poco que me recogió aquí, en Praga! ¡Y sólo limpiaba para él, nada más!

Lobkowicz se golpeó la frente y maldijo sin dejar de avanzar a pasos apresurados. Entonces llegaron a una sala cuya anchura parecía aún mayor que la largura de toda la callejuela en donde se encontraba la casa de Scoto, y que era tan enorme que dejaba oír el eco de sus pisadas; el cielorraso parecía tan alto como el cielo exterior. La atravesaron al galope; a la izquierda se abría una puerta; el barón y el juez empujaron a Andrej en esa dirección hasta una escalera cuyos peldaños eran más amplios que la sala de estar de la casa a orillas del río Moldava. Los dos viejos funcionarios del reino la subieron sin titubear. La respiración del gordo Rozmberka silbaba junto al oído del muchacho como una olla hirviendo.

—¿Y si le arrancamos las entrañas ante la mirada del emperador? —propuso Rozmberka tras tratar de recuperar el aliento en lo alto de la escalera—. Entonces no haría falta que sepa hacer ningún truco.

—No —dijo Lobkowicz—. Este canalla me resulta indiferente, pero contemplar entrañas desparramadas por el suelo no me quitaría la melancolía.

Las palabras de los ancianos resonaban en los oídos de Andrej. Avanzaba a trompicones junto a ellos porque su pánico era demasiado grande para pensar en una huida. Le pareció que en esa planta estaban recorriendo en sentido inverso la misma distancia que habían avanzado en la planta inferior. Si Andrej no hubiera estado tan aterrado, tal vez habría calculado que no lo descubrirían durante años si escapaba y se ocultaba en algún lugar del palacio. Incluso sus instintos de rata callejera estaban bloqueados; veía mentalmente la pared hacia la cual se precipitaba su vida y contra la que se estrellaría, y el pavor le dejaba paralizado.

—El emperador reclamará sangre si nos limitamos a presentarle a este fracasado —gimió Rozmberka—. Vaya más despacio, Lobkowicz, mis venas están a punto de reventar.

—Mejor que reclame la sangre de éste que la nuestra, ¿no? —replicó Lobkowicz con voz ahogada.

Franquearon una puerta guardada por dos centinelas que se pusieron firmes y se adelantaron para abrir las hojas de la siguiente puerta situada en la pared de enfrente. Cuando los tres hubieron penetrado en la sala, los centinelas cerraron tras ellos la puerta. Los dos ancianos se detuvieron abruptamente. Andrej luchó por no perder el equilibrio. Rozmberka se desplomó encima de un arcón tratando de recuperar el aliento y abanicándose el rostro enrojecido con ambas manos. Lobkowicz apoyó las manos en las rodillas y resolló.

—¡Todo por una condenada nuez! ¡Estoy demasiado viejo para este maldito jaleo!

La estancia estaba ocupada por cuatro hombres. Uno era flaco, alto y vestía completamente de negro, como un español, aunque no con la misma elegancia marcial. Alrededor de la cabeza calva llevaba una tira de cuero de la que colgaban diversos objetos: ganchos largos y delgados, espátulas de metal, una tijera diminuta. Justo delante de su nariz se balanceaba un disco de metal pulido que le hacía bizquear. Su larga perilla parecía otro artilugio artificial destinado a una función médica indefinida. El aspecto de los otros dos era totalmente insignificante, a condición de hacer caso omiso del odio evidente que no ocultaba la sorpresa con la cual contemplaron a Andrej. Este los conocía: se habían ocupado de que su amo, que había llegado a Praga con tres carruajes revestidos de terciopelo, huyera al cabo de escasos meses dejando una montaña de deudas. Edward Kelley y John Dee eran los alquimistas encargados de cuidar el cuerpo y el estómago del emperador, y en un breve lapso de tiempo lograron desacreditar y arruinar al rival recién llegado de Italia; Andrej sabía que Giovanni Scoto se había vengado en secreto acostándose con las mujeres de ambos alquimistas ingleses y después con sus amantes: «¡Limpia las camas, Andrea!» El cuarto personaje era un enano que llevaba un gorro de bufón y absurdos zapatos de punta curva: estaba sentado en el suelo junto a la única puerta de la pared trasera, contemplando a los recién llegados con sus saltones ojos de sapo.

—¿Es éste el alquimista? —preguntó el hombre vestido de negro.

—Debo protestar —gruñó Edward Kelley—. El honorable caballero italiano no puede ser denominado alquimista. ¡La alquimia es una ciencia! Y además, este hombre definitivamente no es...

—No, doctor Guarinoni —jadeó Lobkowitz y se incorporó haciendo un esfuerzo—. Éste es el que entrará en la habitación en lugar del otro. El alquimista ya puso pies en polvorosa.

Kelley y Dee intercambiaron una mirada. El médico de cabecera imperial examinó a Andrej bizqueando más allá del disco pulido de metal. Sacudió la cabeza y dijo:

—*Merda!*

—¿Y bien? —preguntó Lobkowitz.

El médico se encogió de hombros.

—Que entre.

Lobkowitz empujó a Andrej hacia la puerta, el médico hizo ademán de abrirla, pero sólo la entreabrió. El enano los siguió con su mirada de ojos saltones. Cuando Andrej fijó en él la vista, el enano alzó un dedo gordo y se tocó la nariz.

—Mucha suerte, compañero —dijo.

De pronto Andrej se encontró en un aposento en el que la noche ya había caído o que estaba en unas tinieblas constantes. Olía a cuerpos sin lavar, materia fecal, comida mohosa y placeres rancios. Algunas velas intentaban dispersar la oscuridad y

los olores, porque unas lámparas de aceite tal vez habrían hecho estallar la habitación. La puerta se cerró suave y definitivamente detrás de Andrej.

—¿Maese Scoto? —preguntó una voz que parecía surgir de una tumba. Andrej tuvo que esforzarse por no gritar.

—¿Maese Scoto?

Andrej cayó de rodillas.

—No, Majestad —exclamó. «Sólo soy el lacayo —pensó— del hombre que alivió la caja de Su Majestad llevándose un arca llena de oro y plata, por no hablar de una valiosísima... esto... nuez. El hombre que Su Majestad deseaba ver ha puesto pies en polvorosa, pero yo estoy aquí, y Su Majestad puede arrancarme las entrañas porque no dispongo de nada que podría divertir a Su Majestad, excepto "Tres putas para una verga", pero es una engañifa y seguro que Su Majestad no lo considerará divertido si primero el amo y después su criado lo engañan». Los pensamientos de Andrej se interrumpieron bruscamente. Todo su cuerpo temblaba.

»No, Majestad —repitió.

Entre las sombras bajo el dosel de la cama situada en el centro de la habitación se removía una figura aún más oscura. Los cortinajes de cuero de la cama chirriaron. Un bulto voluminoso se quitó las mantas y se puso de pie lanzando un quejido. Andrej percibió que el entarimado del suelo se hundía bajo el peso de la sombra puesta en pie. El emperador se acercó a Andrej portando una vela, irradiando el olor de un hombre que había estado tendido entre los efluvios de su cuerpo sin preocuparse por ello. Andrej oyó un ruido metálico, después la vela se acercó a sus ojos y un objeto helado le rozó la garganta. Soltó una especie de maullido y creyó desfallecer.

—¿Qué quieres? —preguntó el emperador, y sus palabras parecieron brotar de una cloaca.

La presión de la espada contra su garganta era como el roce de la guadaña de la Gran Segadora. Casi enceguecido por la llama de la vela, Andrej clavó la mirada en el rostro que apareció ante el suyo y vio unos ojos opacos cuyos párpados inferiores colgaban dejando ver su interior rojizo, unas mejillas flácidas, gordas y grasientas en las que la barba de tres días brotaba como el moho, una larga nariz ganchuda y un grueso y baboso labio inferior colgando hacia el mentón. De pronto Andrej sintió que lo invadía una sensación de vacío, como aquel día en que el monje abatido por la flecha se había desplomado a sus pies y los actos reflejos habían regido momentáneamente su cuerpo, porque su cerebro había dejado de funcionar.

—Quiero relatarle una historia a Su Majestad —se oyó susurrar a sí mismo—. Me llamo Andrej von Langenfels, no soy nada ni nadie y no puedo convocar demonios ni mostrar imágenes en los espejos. Pero puedo narrarle una historia a Su Majestad, una historia que alberga un enigma y si Su Majestad puede resolver el enigma, también redimirá mi alma.

—Ni siquiera los sacerdotes pueden redimir un alma —dijo el emperador Rodolfo—. Lo único que ofrecen son mentiras.

—Yo ofrezco una historia —dijo Andrej—. Y ofrezco la redención de mi alma. —Se llevó las manos al jubón y la presión de la espada aumentó, pero Andrej ya había extraído el medallón y lo sostenía a la luz de la vela.

—Con esto acaba mi historia —dijo—, pero estoy convencido de que también empieza con esto. Y ése es el enigma. ¿Desea escuchar mi historia, Majestad?

El rostro del emperador se retiró del círculo luminoso. La espada seguía presionando la garganta de Andrej. Su vacío interior volvió a llenarse de vida y le pareció que en un instante iba a comprender lo que había hecho. Su mano sostenía el medallón en la oscuridad. Después empezó a temblar.

De repente la presión de la espada desapareció. El entarimado crujió. La luz de la vela retrocedió hasta la cama y algo cayó al suelo: sonaba como una espada. La cama rechinó.

—Acércate, hijo mío —dijo la voz que surgía de las sombras bajo el dosel—. Quiero oír tu historia.

* * *

Una hora después, Andrej abrió la puerta que mediaba entre el aposento del emperador y la antecámara. Cinco pares de ojos lo miraron fijamente. Andrej bajó la vista y buscó el último par de ojos, los saltones. El enano asintió con la cabeza y el muchacho lo imitó. Se deslizó hacia fuera y cerró la puerta a sus espaldas.

—Su Majestad duerme —dijo; su voz era un ronco susurro—. Su Majestad desea ser despertado dentro de dos horas. Mientras tanto desea que se prepare un baño caliente y que el bañador imperial se ponga a su disposición, que las criadas retiren las cortinas y las sábanas y las quemén. Después Su Majestad desea comer.

Lobkowicz sacudió la cabeza. Los demás abrían la boca como los peces.

—No sé qué has hecho, hijo mío, pero todos te estamos agradecidos —dijo Lobkowicz.

—Yo tampoco lo sé —dijo Andrej. Miró a Lobkowicz e intentó sonreír, pero los músculos de su rostro no respondieron—. Pero ahora no debéis llamarme «hijo mío» sino *fabulator principatus*.

El juez superior regional lo miró fijamente. Andrej recordó cómo él y el barón habían comentado despreocupadamente si debían despanzurrarlo ante la mirada del emperador para entretenerlo. De pronto los músculos de su rostro volvieron a funcionar y sonrió, dirigiéndose a Rozmberka.

—Después de comer, Su Majestad desea que le traigan una puta servicial. O mejor que sean tres putas, ¿verdad, querido Rozmberka?

Después le arrojó a Lobkowicz un objeto negro del tamaño de un huevo de paloma que sostenía en la mano. El juez superior regional lo agarró de manera

automática.

—Pues sí, la nuez ha aparecido —dijo Andrej—. Estaba debajo de la almohada de Su Majestad. Os encargaréis de ello, ¿verdad, querido Lobkowicz?

Cuando Cyprian se puso de pie casi pierde el equilibrio.

—No te preocupes —dijo con voz entrecortada. Agarró a Agnes de la mano y la arrastró por el prado tropezando con las piedras y los restos del quebrado orgullo católico—. No te preocupes —repitió y volvió a toser.

Agnes a duras penas lograba seguirlo. Volvía a ver el instante en el que Cyprian se había desplomado. El terror casi la hizo caer de rodillas y un pensamiento la atravesó; «¡Si está enfermo, no podrá defenderme de esos individuos de allí delante!», pero de inmediato la traspasó otro pensamiento mucho más apremiante: «Sí está enfermo, ¿cómo puedo ayudarle?» A continuación un tercer pensamiento reemplazó a los dos anteriores: «No puede estar enfermo, jamás lo he visto débil, sólo se le ha metido un poco de polvo en la garganta, y eso, junto con el viento frío, sólo debe...»

Los salteadores apostados en el camino los miraban boquiabiertos. Ya no sostenían piedras en las manos; que no hubieran dicho una palabra le pareció a Agnes una señal de inseguridad. Cyprian se cubrió la boca con la mano y volvió a toser, atrayendo la atención de los hombres. Agnes y Cyprian casi se encontraban delante de ellos. Horrorizada, Agnes descubrió que si ella no lo hubiera detenido, Cyprian habría seguido avanzando a trompicones. Oyó sus gemidos y resuellos y vio que procuraba ponerse derecho.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo el cabecilla en tono de duda. Tanto él como la mayoría de sus camaradas llevaban capotes cortos con un cordón en el hombro, como solían llevar los estudiantes. Los demás vestían ropas más desgastadas. Los estudiantes eran tal vez uno o dos años mayores que Cyprian y Agnes, los otros eran más jóvenes.

Cyprian no dijo nada. Respirar parecía costarle un esfuerzo. La mirada de Agnes iba de un estudiante a otro y su corazón latía aún más apresuradamente que antes junto al puente.

—¿Llegasteis demasiado tarde para nuestra procesión? —se burló uno—. ¡Cerdos católicos de mierda!

—Dejadnos pasar —dijo Agnes; su voz temblaba.

—Sí, dejadnos pasar —susurró Cyprian.

—¡Ohhhh, por favor, por favor, por favor, dejadnos pasar! —repitió el cabecilla con una sonrisa desagradable—. Primero tenéis que cumplir ciertas condiciones.

—Vosotros no sois quienes para obligarme a cumplir condiciones —dijo Agnes, aferrándose con desesperación al principio de que no había que mostrarse débil frente a los lobos de cuatro patas ni frente a los de dos.

Al mismo tiempo, Cyprian preguntó con voz jadeante:

—¿Qué condiciones?

Gran parte de la respuesta del cabecilla quedó ahogada bajo un nuevo ataque de tos de Cyprian, que se encogió y casi cayó al suelo. Aun así, Agnes comprendió lo siguiente:

—Maldecir al Papa... afirmar que la así llamada Virgen era una puta... que la así llamada Santa Iglesia católica es un montón de mierda... y tú putilla... —Esto último le resultó incomprensible pero los gestos que le dirigía el cabecilla eran tan obscenos que comprendió el significado aunque era de suponer que ignoraba a qué tipo de actividad se referían las groseras palabras. Un escalofrío le recorrió cuerpo.

Cyprian se enderezó con dificultad y les tendió la mano derecha.

—No queremos problemas —dijo en tono débil.

Los salteadores clavaron la vista en la mano de Cyprian. Algunos retrocedieron unos pasos. Cyprian se miró la mano y Agnes se estremeció al ver que estaba ensangrentada. Cyprian ocultó la mano tras la espalda pero todos habían visto, la sangre. Intentó decir algo, pero no pudo.

—¿Es esto todo de lo que sois capaces? —preguntó Agnes y se dio cuenta que se había colocado delante de Cyprian—. ¿Cuánto valor hace falta para amenazar a una mujer y a un enfermo? ¿Qué clase de individuos sois?

—¡Protege a su navajero! —exclamó el cabecilla de los salteadores—. Ten cuidado de que no te vomite en la raja cuando te la lama —y soltó una carcajada, pero los demás no lo imitaron con el mismo entusiasmo.

—Hombre, Ferdl, ¿has visto que tiene la mano ensangrentada? —dijo uno—, quiero decir...

—Déjame hablar con ellos, Agnes —dijo Cyprian. Sin darse la vuelta, ella tendió la mano hacia atrás y lo detuvo. Su miedo ya no podía aumentar más y empezó a convertirse en cólera.

—Desapareced —dijo—. ¡Largaos, chusma! —Había oído las mismas palabras pronunciadas por su madre cuando, una vez más, los criados no cumplían con las exigencias del hogar de los Wiegant; los reprendidos jamás se habían rebelado.

—¡Ahora sé de dónde conozco a esta guarra! —gritó uno de los muchachos pobremente vestidos—. Ya me lo parecía...

—¿Qué quieres decir, imbécil? —preguntó el cabecilla.

—Mi madre trabajó en su casa cuando yo era un niño —barbotó el muchacho—. En la casa de sus padres, quiero decir. ¡Su madre despidió a la mía! ¡Son condenados cerdos católicos, Ferdl, los peores de todos! Mi madre sólo fue despedida porque la mala pécora de su madre —dijo, señalando a Agnes con la cara crispada por el odio— descubrió que la mía había asistido a un sermón protestante.

—¿Acaso eras un bastardo Católico? —preguntó otro.

—Mi madre y yo somos conversos, ¡así que no me pongas nervioso, estúpido!

Ocupaos de la guarra, no de mí.

El cabecilla contempló a Agnes. Ella le devolvió la mirada con los dientes apretados y, cuando los ojos del malhechor le recorrieron el cuerpo, tuvo que tragar saliva: era como si la recorriera una lengua ancha y viscosa.

—Eso huele a indemnización —dijo él—. Mi amigo es pobre desde que tu madre despidió a su madre. Las mujeres no les hacen caso a los pobres. Propongo que en compensación, dejes que te manosee un poco.

—¿Acaso no somos todos pobres? —dijo otro. Los demás rieron. Parecían haber olvidado a Cyprian.

—A eso iba —dijo el cabecilla y se giró para guiñarle un ojo a sus compinches.

Cyprian apartó a Agnes y dio un paso hacia delante.

—¡Ya basta! —exclamó—. Largaos de una buena vez, de lo contrario... —De repente soltó un grito, cayó de rodillas y se llevó una mano a la axila.

—¡Maldita sea, cómo duele! —gritó, cayó de lado y, ante la mirada aterrada de Agnes, empezó a retorcerse y gemir—: ¡El bubón ha reventado, hijos de puta! Santo Cielo, ¡cómo duele! ¡Id a buscar un médico, maldito sea Dios, id a buscar un médico, no aguanto más! ¡El bubón, el maldito bubón!

El cabecilla de los salteadores empujó a sus hombres hacia atrás. Estaba pálido.

—Joder, el cerdo está apeestado —susurró uno.

El primer salteador se giró y echó a correr sin decir palabra. El cabecilla boqueaba. Una imagen de Cyprian agonizando, gritando de dolor y retorciéndose en el lecho surgió ante los ojos de Agnes. Se le aparecieron imágenes de Cyprian muerto tirado en un carro, cubierto de cal, imágenes de un cadáver arrojado a un foso lleno de apestados, una imagen de sí misma asomada a la Kärntner Strasse desde la ventana de su casa, sabiendo que nunca volvería a ver la figura robusta de su amigo cruzando la calle con su habitual expresión curiosa, atenta y un poco irónica, que nunca más volvería a sentir el suave roce en el hombro cuando de repente aparecía a sus espaldas en medio de la multitud y hacía un comentario en voz baja que la hacía reír; sabía que no volvería a sentir esa curiosa sensación al notar que la miraba de soslayo; comprendió que siempre había valorado sus sentimientos por Cyprian de manera equivocada y que había menospreciado totalmente los de él.

«¡HUYE!», gritó su espíritu de supervivencia.

«Quédate», dijo su corazón.

Las emociones contradictorias la paralizaron. El grito del salteador resonaba en sus oídos: «¡La peste! ¡La peste! ¡LA PESTE!»

«¡ESTÁ PERDIDO! ¡CORRE LO MÁS RÁPIDO QUE PUEDAS!»

«¡Quédate!»

Ambas voces imaginarias eran igual de poderosas. Agnes clavó la vista en la figura que gemía; jamás pensó que vería a Cyprian en semejante estado.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó el cabecilla y se giró con violencia. Los demás echaron a correr.

De pronto Agnes eligió con el corazón. Cayó de rodillas junto a Cyprian; éste se había vuelto boca abajo y se encogía.

—¡Alto! —gritó el muchacho cuya madre fue despedida del hogar de los Wiegant—. ¡Es un truco!

—¡Me cago en el truco! —rugió el cabecilla que ya se había alejado considerablemente.

Cyprian gimio y Agnes le apoyó una mano en el hombro. El muchacho que no se había marchado soltó una maldición, se acercó a Agnes, la agarró del pelo y la apartó de Cyprian. Agnes gritó y cayó al suelo con los ojos llenos de lágrimas. El muchacho siguió tirándole de los cabellos.

—¡Es un truco! —aulló—. También conozco a este individuo. Vive enfrente de ella. —La calle estaba vacía. Además del dolor en el cráneo, Agnes percibía la rabia y el desconcierto de su torturador. Era como si sus compinches nunca hubieran estado allí. En algún lugar resonaban pasos acelerados.

—¡El cerdo está lleno de trucos, maldita sea!

—Llevas razón, amiguito —dijo la voz sonora de Cyprian.

Agnes abrió los ojos. Cyprian estaba de pie junto a ellos, sonriendo como siempre. Le lanzó una mirada al muchacho que la aferraba del pelo.

—¡Lo sabía! —gritó éste—. ¡Pero esta vez has calculado mal, hijo de puta! ¡Te mataré!

Cyprian le pegó un puñetazo en pleno rostro y algo crujió y se quebró. La mano que la aferraba de los cabellos se abrió. El muchacho soltó un aullido. Cyprian le propinó otro puñetazo y pareció golpear contra algo húmedo. Apartó a Agnes y el salteador soltó un aullido todavía más sonoro. Agnes se volvió. El muchacho se había tambaleado hacia atrás, cubriéndose la cara. La sangre brotaba entre sus dedos y goteaba en el suelo.

—¡Maldito cerdo! —graznó y alzó los brazos: la parte inferior de su rostro estaba bañada en sangre, la nariz se había vuelto de un color violáceo y estaba aplastada, y dio un extraño brinco levantando el pie; Cyprian le pegó otro puñetazo en la mandíbula, le agarró el pie con las dos manos, y se lo retorció.

El muchacho cayó al suelo, gritando de rabia y dolor, y revolcándose en medio de una nube de polvo. Después logró levantarse, se llevó la mano al cinturón y sacó un cuchillo. Cyprian le golpeó la muñeca, el cuchillo salió volando y el otro puño de Cyprian se hundió en el estómago de su adversario, que cayó al suelo y se encogió.

—Acabaré... contigo... —gimoteó, tratando de agarrar una piedra y de ponerse de pie. El aire silbaba a través de la nariz quebrada.

—Pues ahora se acabó —dijo Cyprian, cerró los puños y asestó un tremendo

golpe en la sien de su adversario. Éste se desplomó, se giró de espaldas y soltó un gemido; estaba medio desmayado. Sus piernas se agitaron pero ya no trató de seguir luchando, Cyprian sacudió la cabeza y se volvió hacia Agnes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Por desgracia no he podido evitar que te agarrara de los cabellos...

—Creí que la peste acababa contigo —dijo Agnes. Fue lo primero que se le ocurrió.

—Lo siento. Se trataba de que ellos lo creyeran. No he podido advertirte, lo siento.

—Creí que agonizabas —dijo ella, tratando de no llorar.

—Lo siento —dijo él por tercera vez.

Agnes se echó a llorar.

—Creí... —balbuceó— y de repente supe... ¡y me dolió muchísimo!

—Chitón —dijo Cyprian acercándose un paso a ella; luego se detuvo—. No quiero asustarte, pero no habría logrado acabar con todos ellos juntos.

—Tu mano... el esputo sanguinolento...

Cyprian se miró la mano. Los nudillos estaban en carne viva. Giró la mano con la palma hacia arriba.

—Cuando caí de rodillas por primera vez, restregué la mano contra una piedra ensangrentada. Al toser, sólo tuve que escupir en la mano y el esputo pareció auténtico. —Se limpió la mano en el pantalón y examinó sus nudillos—. Esto es de verdad —dijo, y se chupó los nudillos.

—Maldita sea, Cyprian, pedazo de idiota —le espetó ella—. ¿Cómo has podido hacerme creer que estabas a punto de morir? ¡Eso no se hace, no entre amigos!

Cyprian se encogió de hombros y dejó de chuparse los nudillos. Agnes se acercó a él; en su interior se arremolinaban el alivio, la alegría, la rabia y el miedo soportado. Sabía que sólo existía un modo de superarlo: tocar a Cyprian. Agarró su mano herida y la examinó.

—¡Dios mío, qué mal aspecto tiene! —sollozó y después se dejó caer en brazos de Cyprian, que la apretó contra su pecho y la acunó.

Mientras la joven le empapaba el jubón de lágrimas, él le acarició el cabello hasta que se tranquilizó. Por fin Agnes alzó la mirada y contempló sus ojos brillantes, su rostro ancho y juvenil bajo los cabellos cortos, las muescas en las comisuras de sus labios y entonces sintió que todo estaría bien mientras ese rostro se inclinara sobre ella y mientras esos brazos la sostuvieran.

—¿Por qué corriste hacia aquí? —preguntó él.

Al recordar las frías palabras del hombre en la sala de su casa y las respuestas de su padre, una tenaza de hielo le apretó el corazón que poco antes brincaba de alegría. Percibió las manos de Cyprian, su olor a polvo de la calle y a sudor, y trató de decirle

que en realidad era una bastarda y su vida una mentira, y que había huido ante la revelación de algo que siempre había sospechado, y que no fue tanto la sorpresa lo que la impulsó a huir como la confirmación de lo que había temido en el fondo de su alma. Pero su corazón se adelantó a sus pensamientos y exclamó:

—¡Dios mío, Cyprian, mi padre quiere casarme!

Era una fresca mañana de julio y de las montañas llegaba una suave brisa, pero no obstante, todo Pamplona olía a meada de toro. El padre Hernando hizo una mueca y procuró alcanzar a los peregrinos que recorrían el camino de Santiago y que se aproximaban lentamente desde la puerta de los Francos a la catedral, cargados con los pecados de los que esperaban deshacerse durante la peregrinación, en los cuales apenas habían pensado antes del inicio de ella y que ahora pesaban aun más cuanto más se acercaban a Santiago de Compostela. El aroma a santidad de las ciudades españolas al pie de las montañas parecía duplicar la carga; pero en el caso del padre Hernando lo que le agobiaba era el tufo que surgía de los sudados abrigo y se combinaba con el intenso olor a toro. Se quitó los anteojos, los ocultó en una mano y se abrió paso entre la multitud, ahora convertida en borrosos contornos de bordes dobles o triples; en general, los lentes le permitían ver con mayor claridad aunque ahora tampoco lograban eliminar del todo los borrosos contornos. El camino a la Cuesta de Santo Domingo le era tan familiar que habría podido encontrarlo a ciegas. «Tal vez pronto tendrás que encontrarlo a ciegas —murmuró una voz en su interior—, hace apenas un año que volviste a hacerte corregir los anteojos».

Ante la estatua de san Fermín habían montado un altar; la misa ya había sido celebrada, pero todavía había gente charlando a su alrededor. Tenían los rostros acalorados, era el tercer día de los sanfermines y nueve días más de festividades y sangre de toros esperaban a los pamplonicas, pero las callejuelas de su ciudad ya apestaban como la tienda de una prostituta en un campamento militar alemán. El padre Hernando se puso las gafas y echó un vistazo en torno. Tras unos instantes vio los birretes de color púrpura y el círculo de cascos metálicos. Se abrió paso hasta ellos, se arrodilló y besó los dos anillos que le tendieron.

—¿Qué se dice por ahí? —preguntó el cardenal de Gaete.

—Que algunos jóvenes de diversos barrios de la ciudad han hecho apuestas sobre el último día de los sanfermines: ¿quién logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logre llegar hasta el ruedo le esperan una corona de laureles y diversos premios de un monto considerable. En su mayoría, la *camera de comptos* lo considera un sacrilegio, pero no dispone de información precisa y no se pone de acuerdo con respecto a cómo proceder y si cabe proceder. Por eso es probable que el asunto se lleve a cabo y después todos se pelearán aún más por no haberlo impedido de inmediato.

—Nos referimos al otro asunto —dijo el cardenal Madruzzo.

—Sabe exactamente a qué nos referimos —dijo el cardenal de Gaete—, y creo que tengo claro qué pretende decirnos con su historia.

—El Santo Padre de Roma sigue intentando averiguar de qué murió su antecesor.

Sus Santidades Gregorio XIV y Urbano VII eran amigos cuando todavía eran cardenales. Pese a sus numerosas dolencias y su mala salud, el Santo Padre se esforzó por descubrir la causa.

—¿Además de sus esfuerzos por prohibir las apuestas acerca de los resultados de la elección de cardenales y del Papa, y de dotarles de nuevos birretes de cardenal a algunos de sus favoritos? —le espetó el cardenal Madruzzo.

—Tranquilizaos, Madruzzo —dijo de Gaete—. Ya es suficiente con que nuestro amigo Facchinetti obstruya nuestros esfuerzos y albergue miles de escrúpulos. No permitáis que una envidia mezquina os aleje de nuestros planes importantes y reduzca vuestra capacidad de opinar. Todos hemos de tirar de la misma cuerda.

El padre Hernando extrajo un delgado rollo de pergamino de su sotana.

—Estos son los mensajes de las tres últimas palomas mensajeras; llegaron a Madrid hace unos dos meses y proceden de Viena. No hay noticias más frescas, pero tampoco acordamos que el padre Xavier se comunicara en determinadas fechas o que nos informara acerca de su viaje a Praga —dijo, y le tendió el rollo de papel a de Gaete.

El anciano cardenal rozó el sello con el dedo como sin querer y el padre Hernando procuró no sonreír. «Benditos sean mi destreza, la llama de una vela y un cuchillo delgado como una hoja», pensó. No había podido leer el mensaje cifrado, pero dispuso del tiempo suficiente para copiarlo durante el trayecto de Madrid a Pamplona, donde debido a los sanfermines la reunión entre tres cardenales y el ayudante del Gran Inquisidor en el transcurso de las festividades no llamó la atención. Era evidente que Cervantes de Gaete y Ludovico Madruzzo serían puntuales, pero el padre Hernando sentía cierta preocupación por la ausencia de Giovanni Facchinetti. Consideraba que el cardenal era el candidato menos seguro de todo el grupo, y la advertencia recién manifestada por de Gaete le daba la razón.

El cardenal Madruzzo agarró el rollo, rompió el sello, miró en torno como un ladrón en una oscura callejuela y lo examinó con los ojos entrecerrados.

El cardenal de Gaete suspiró.

—Dádmelo, Madruzzo, sois ciego como un topo.

—Soy veinte años menor que vos —protestó el legado.

—¿Y qué? A pesar de ello, mi vista es mejor que la vuestra.

El anciano cardenal acercó su rostro de tortuga al rollo de papel y lo leyó sin torcer el gesto. El padre Hernando lo observó con disimulo, pero el arrugado rostro del cardenal permaneció inexpresivo, sin revelar si el texto albergaba novedades interesantes. Por fin volvió a enrollarlo.

—Hacemos lo correcto —dijo como para sus adentros—. La humanidad nunca ha estado tan cerca del precipicio como en estos días. Dentro de poco el mundo estallará en llamas y habrá una guerra que durará toda una generación. El diablo ríe

taimadamente. Hemos de derrotarlo con sus propias armas y, gracias a la sabiduría del Señor, nos ha dejado esta arma: su legado.

El cardenal de Gaete enrolló el papel aún más hasta convertirlo en un bastón de color rojo y del grosor de un dedo en sus manos manchadas por la edad. Después lo dobló y el rollo se deformó como si lo estrangularan y se rompió. De Gaete estrujó el resto con dedos temblorosos.

—¿Pero ni rastro de ese Códice! Nuestro agente no nos ha escrito ni una palabra y no nos ha dicho si ha descubierto algo. Parece tener excelentes contactos y nos ha enviado un magnífico análisis de la situación en el corazón del reino, ¡pero del Códice, nada!

—¿Creéis que nos hemos equivocado de caballo? —preguntó el padre Hernando. El cardenal de Gaete alzó la vista y lo contempló.

—No hay ningún indicio de que se haya apartado del buen camino.

—Vos enviasteis un hombre a vigilarlo, ¿verdad?

Los cardenales intercambiaron una mirada.

—Nosotros no —dijo de Gaete—. Fue nuestro amigo el cardenal Facchinetti. Por supuesto que ignora que su espía también nos informa a nosotros.

—Antes de informar al cardenal Facchinetti —dijo el cardenal Madruzzo con una amplia sonrisa.

—Sólo el destino bondadoso ha evitado que el papa Urbano encontrara el Códice antes que nosotros —dijo de Gaete—. Un hombre sólo es incapaz de resistirse a su poder.

El padre Hernando intentó adivinar lo que expresaba el rostro del cardenal de Gaete, pero la cara de tortuga era tan inexpresiva como una piedra. Por lo visto, ambos cardenales aguardaban que Hernando hablara acerca de cómo enfrentarse al peligro, que gracias a las investigaciones sobre el Códice de su antecesor podría llamar la atención del papa Gregorio. Con repentina amargura, el padre Hernando comprendió que haría precisamente eso. ¿Qué otra opción había? Ninguna; lo que contaba era ganar la batalla por las almas de los hombres, porque Jesús no había muerto en la cruz sólo para que los representantes de su Iglesia se entregaran a su archienemigo. Pero jugaría el papel del diablo y se arriesgaría a hacer una sugerencia directa.

—Dicen que los sacerdotes paganos del Nuevo Mundo obtuvieron de una resina un zumo que daban de beber a los desgraciados elegidos para el sacrificio humano —dijo—. El placer producido por el zumo hacía que las víctimas se enfrentasen a su suerte con indiferencia; su corazón latía más lentamente, su respiración era menos agitada y el movimiento de sus miembros era más apático. Me han dicho que obtener la mezcla correcta no resultaba nada fácil: si consumían demasiado zumo, las víctimas podían morir envenenadas.

—¡Qué interesante lo que dicen por ahí! —dijo de Gaete.

—¿Sería posible darle de beber ese zumo a alguien sin que lo notara, digamos a alguien del que uno desea deshacerse sin que nadie lo note? —preguntó el cardenal Madruzzo simulando indiferencia—. ¿Digamos que a cierto hombre en Roma?

De Gaete y Hernando intercambiaron una breve mirada. Durante un instante, este último creyó ver que el anciano cardenal entornaba los ojos.

—Claro que no —dijeron ambos casi al unísono.

El cardenal Madruzzo reflexionó.

—El catador —dijo finalmente—. El condenado catador.

—He oído hablar de un rey que siempre estaba enfermo —dijo el padre Hernando—. Sus catadores morían uno tras otro porque debían probar sus medicinas: lo que debería ayudarle al enfermo acababa por matar a los sanos. El último catador recurrió al truco de simular que cataba. Eso le salvó la vida y de todos modos, el rey estaba condenado a morir.

—Eso... —empezó a decir Madruzzo.

—... también es interesante —añadió de Gaete, y después de bajar la vista se quitó el polvo de la túnica púrpura—. Padre Hernando, considero que sería correcto que fuerais a Roma. Es importante que alguien de nuestro círculo vigile los progresos del Santo Padre... y su estado de salud.

—Os agradezco la confianza que depositáis en mí —dijo Hernando y besó los anillos de ambos cardenales. Después le pareció sentir un sabor amargo en los labios.

Agnes se arrodilló ante el altar. Trató de rezar pero las únicas oraciones que se le ocurrieron resonaban en su cabeza como una lengua extranjera. No encontraba palabras propias, lo único que clamaba en su interior era una pregunta: «¿Por qué?»

El padre dominico —entretanto había averiguado que se llamaba padre Xavier, que su vínculo con Niklas Wiegant se remontaba al pasado más remoto y que su padre estaba convencido de que le debía su bienestar— había partido hacía rato, pero en vez de mejorar, la situación había empeorado todavía más. Él había llevado la discordia a su hogar y la había dejado tras de sí como un olor desagradable. Niklas y Theresia Wiegant adoptaron la costumbre de comer por separado; Niklas y Agnes comían a solas mientras que Theresia aparentemente no se alimentaba y salía del comedor en cuanto servían los platos. En cierta ocasión, Agnes descubrió a su madre despachando a toda prisa unos alimentos en la cocina justo antes de la comida. La visión le provocó tanto temor como repugnancia y le recordó a un perro callejero devorando basura. Por supuesto que Theresia alzó la vista y vio a Agnes junto a la escalera, y la mirada de odio que le lanzó casi la hizo vomitar. Al menos después Theresia dejó de difundir la mentira de que hacía semanas que no lograba tragar nada porque su garganta se había cerrado tras observar la falsedad y las mentiras existentes bajo su techo.

La iglesia de Heiligenstadt se encontraba lejos del hogar paterno; había que caminar más de una hora a través de la ciudad, salir por la Neutor y llegar a Heiligenstadt a lo largo de senderos abruptos y llenos de curvas. Allí algunas casas estaban definitivamente abandonadas y otras aún mostraban las oscuras heridas provocadas por las grandes inundaciones de los años inmediatos al nacimiento de Agnes, así como las marcas causadas por inundaciones posteriores menos dramáticas. No siempre resultaba fácil encontrar un peón de establo o algún otro miembro de la servidumbre dispuesto a acompañarlas a ella y su criada hasta allí y aguardarlas pacientemente delante de la iglesia hasta que Agnes pusiera fin a sus vanos intentos de encontrar la paz espiritual en sus oraciones. Sobre todo debía ser alguien que se conformara con las escasas monedas que Agnes podía darle y que no le contara a todo el mundo nada de las extrañas expediciones emprendidas por la hija de los amos. Agnes prefería no pensar en la profunda desconfianza hacia todos los criados que le había provocado lo ocurrido después de la procesión de Gumpendorf. En todo caso, dirigirse a uno de los jóvenes que visitaban su casa le suponía un esfuerzo enorme.

Podría haberle pedido a Cyprian que la acompañara, pero no quería que éste viera su desgarró y su desesperación, más allá de lo que él ya se imaginaba. El hecho de que, entre todas las iglesias Agnes hubiera elegido precisamente la de Heiligenstadt en vez de cualquier otra de la ciudad, por no hablar de su iglesia parroquial, también

estaba relacionado con Cyprian... y con la inquisitiva mirada del párroco de San Juan, su parroquia, que había empezado a fijarse en ella, sin duda debido al hecho de que su madre le había confesado la verdad acerca de su supuesta hija hacía tiempo.

Sintió que la cólera invadía sus pensamientos, cólera frente a su padre, quien, desde la visita del padre Xavier ya no parecía el mismo, cólera frente a su madre, que la castigaba por existir, algo que Agnes no había pedido. Abrió los ojos, suspiró, oyó el frufrú de su propio vestido y los suaves pasos del sacerdote joven y delgado que parecía hallarse menos cómodo en su propia iglesia que su desconcertada visitante y que nunca había reunido el valor para dirigirle la palabra a la joven desconocida y preguntarle por su pena. El sacerdote joven y delgado era culto y sabía que el rey del Santo Grial fue redimido mediante una pregunta compasiva, y también sabía que él no tenía el valor de ser Parsifal, ni siquiera con respecto a lo concerniente a esta desdichada damisela. La primera vez que Agnes acudió a la iglesia, el sacerdote era otro; el suelo de la iglesia aún estaba levantado debido a la inundación y los escasos años pasados tras ésta no lograron disipar el olor a agua, limo y fango podrido que se había introducido en los adornos y que aún ahora creía percibir. Había encontrado abierta la puerta detrás del altar: una auténtica invitación...

* * *

A los diez años, Agnes Wiegant —cobijada por el amor de su padre y sometida a los cuidados eficaces y siempre fríos de su madre, y estimulada por la amistad con Cyprian— oyó por primera vez la historia acerca de cómo un pecado cometido a impulsos de un santo fervor provocó la catástrofe que un día acabaría por devorar la iglesia de Heiligenstadt.

—Pero si la inundación no se la tragó —había dicho Agnes.

—Lo sé —contestó Cyprian—, pero fue por muy poco. Además, numerosas casas de Heiligenstadt, Hütteldorf y Penzing se inundaron y la cifra de los ahogados fue tan inmensa que los cadáveres incluso aparecieron en Pressburg. Por eso todos creyeron que la iglesia se hundiría y los habitantes de Heiligenstadt tardaron meses en atreverse a regresar. Algunos no han regresado hasta hoy.

—¿Alguien vio los peces negros, esos de ojos centelleantes?

Cyprian se encogió de hombros.

—¿Y la malvada mujer convertida en piedra?

—Agnes, sólo fue una inundación normal y ni siquiera ocurrió en Pentecostés. Si el lago negro se traga la iglesia, ocurrirá el domingo de Pentecostés.

—¡Cuéntame la historia una vez más!

Ésta era la historia: donde se encuentran Viena y las comunidades vecinas, en épocas paganas había un gran asentamiento instalado alrededor de un importante santuario, una fuente en la que los paganos veían a una diosa a la que veneraban y que estaba protegida por una gran roca. San Severo mandó tapar la fuente y derribar

la roca, aunque los paganos le suplicaron que no destruyera el santuario; si no cometía sacrilegio, se convertirían a la nueva fe traída por el misionero. Severo, que conocía el poder de los símbolos, se negó a las súplicas y mandó edificar una iglesia cristiana encima de las ruinas del santuario.

Pero la fuente siguió brotando, bajo tierra y en las cabezas de los conversos. Sin quererlo, Severo había creado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado pese al transcurrir del tiempo, y que se salvaría del fuego, de las guerras y de los terremotos porque se encontraba en la mente y en el corazón de los hombres. La fuente formó un inmenso lago negro en el que nadaban peces negros cuyos ojos centelleantes parecían mirar directamente al infierno.

—Detrás del altar de la iglesia había una puerta cerrada con llave que conducía al lago negro —dijo Cyprian—. Sólo el párroco tenía la llave, pero un día olvidó echar el cerrojo. Durante la misa, una mujer rica lo notó y, como era curiosa y la misa la aburría, se deslizó hasta la puerta y la atravesó cuando el párroco inició la transubstanciación y la comunidad bajó la cabeza para orar.

—¡El lago negro existía! —susurró Agnes.

—El lago negro existía. Y a sus orillas había una barca negra. La mujer se subió a la barca y atravesó el lago; pero después de un rato se sintió inquieta, los peces negros se acercaban cada vez más a la barca y la miraban fijamente, así que regresó remando hasta la orilla para bajarse.

—No pudo abandonar la barca —dijo Agnes con los ojos brillantes—. Estaba maldita.

—¿Quién cuenta la historia? ¿Tú o yo? —preguntó Cyprian, pero sin dejar de sonreír.

—La mujer malvada empezó a gritar —dijo Agnes—. Gritaba ¡AAAYYY!

Cyprian se tapó las orejas y se giró. La niñera de Agnes no tardaría en entrar por la puerta y soltarle un sermón, pero sin que Cyprian lo supiera, en ese mismo instante la niñera recibía una reprimenda por algún error cometido que había llegado a oídos de Theresia Wiegant. De momento, nadie vigilaba a ambos niños.

—El párroco y la comunidad oyeron los gritos y se miraron. Todos los fieles sabían lo que pensaba su vecino: «¡Ahora el lago negro nos devorará a todos!» Cuando después de un rato nada ocurrió y los gritos se volvieron cada vez más débiles, el párroco se armó de valor, y alzando la hostia descendió por la larga escalera, seguido de la comunidad. Iban rezando y entonando cánticos...

—... pero era demasiado tarde...

Agnes y Cyprian intercambiaron una mirada. Cyprian ya había contado la historia al menos cinco veces. Los niños se echaron a reír.

—¡SE HABÍA CONVERTIDO EN PIEDRA! —gritaron los dos al unísono—. ¡AAAAAH!

Cyprian permaneció inmóvil, su rostro había adoptado una mueca horrorosa. Agnes le dio un golpecito en la nariz, en las costillas, intentó empujarlo, pero Cyprian, que se esforzaba por no sonreír, no se movió. Sólo entornó los ojos. Agnes reía como una loca.

—¡Socorro! —gritó—, ¡socorro!, se ha convertido en piedra, acabará por atravesar el suelo y caer a la planta inferior, ¡ayudadme!

Nunca se preguntó por qué ese chico cuatro años mayor que ella jugaba con ella tan a menudo en vez de recorrer las callejuelas con sus coetáneos. Había estado a su lado cuando ella tenía ganas de reír y también cuando tenía ganas de llorar, y cada vez que se marchaba le prometía que regresaría. Agnes se inclinó hacia atrás y observó cómo el chico intentaba mantener su postura. Pero entonces entró la niñera; las lágrimas habían enrojecido sus ojos y el rubor teñía sus mejillas.

—¿Qué barullo es éste? —exclamó—. No asustéis a la niña, señorito. Creo que será mejor que regreséis a casa. Mirad, ¡está toda sudada!

—Es por la risa —protestó Agnes, pero Cyprian ya se había puesto en pie y se disponía a salir. En el umbral se giró y volvió a adoptar su expresión pétrea, después salió, acompañado de las carcajadas de Agnes...

* * *

Unas semanas más tarde Agnes atravesó la puerta detrás del altar de la iglesia de Heiligenstadt. La puerta estaba abierta... El párroco joven y silencioso creyó su afirmación de que sus padres llegarían de inmediato y se deslizó dentro de la sacristía sin pronunciar palabra, como una sombra, como si no perteneciera a ese lugar. Junto al altar ardían velas de sebo que decían: «Llévanos contigo» y Agnes fue en busca del lago negro y de la mujer convertida en piedra.

No se le ocurrió pensar que en casa de sus padres todos iban de cabeza y que media Kärntner Strasse la estaba buscando. No se dio cuenta de que había recorrido un camino larguísimo para una niña y que tras preguntar constantemente dónde estaba el camino correcto para ir a Heiligenstadt sólo había recibido respuestas correctas gracias a la suerte. Bajó las escaleras con mucha precaución, la luz procedente de la puerta abierta apenas iluminaba los peldaños y con cada paso se volvía más débil. Desde abajo subía un frío que la sorprendió y un olor a moho que la hizo tragar saliva. Creyó oír el chapoteo del agua y de los pesados peces negros que salían a la superficie para clavar sus ojos centelleantes en la oscuridad. El frío le envolvía las piernas y ascendía bajo su vestido. La vela parpadeaba pero su mano la protegía de la corriente de aire. Los peldaños de piedra eran de color claro y relumbraban en las tinieblas, como un dedo que la atraía. Agnes carraspeó y el sonido reverberó en medio de las sombras; echó un vistazo por encima del hombro: la abertura ancha y clara de la puerta estaba sorprendentemente próxima, podría haberla alcanzado con dos o tres brincos. Volvió a mirar hacia las profundidades, por fin hizo

de tripas corazón y siguió bajando.

Cuando llegó al pie de la escalera —que desembocaba en un pasillo empedrado de paredes secas, frías y agrietadas— la oscuridad era casi total. Agnes se estremeció. Más allá no se veía absolutamente nada. Levantó la vela, la llama seguía parpadeando y de las profundidades surgía una brisa rancia. Agnes echó otro vistazo a la puerta: el hueco iluminado seguía allí. Quizás había descendido una distancia equivalente a la altura de una planta, aunque le había parecido más y el frío indicaba que se encontraba bajo tierra, a una gran profundidad; pero la sensatez despertada en ella por Cyprian hizo que recordara que la iglesia se encontraba encima de una pequeña colina y que tal vez estaba debajo de la callejuela que rodeaba el asentamiento.

Entonces algo parecido a unas grandes alas se agitó delante de la puerta proyectando una larga sombra. Cualquier resto de sensatez se esfumó de su mente y la puerta se cerró. Agnes soltó un grito. La llama de la vela se inclinó y casi se apagó —Agnes la miraba fijamente y olvidó seguir gritando—, pero después volvió a brillar, aunque apenas iluminaba la lobreguez circundante. Agnes encogió los dedos de los pies y gimoteó; la vejiga se le contrajo y soltó unas gotitas de orina que se deslizaron por sus piernas.

—No —susurró—, no, no, no. —Entonces oyó un sonido aún más aterrador que el de la puerta que se cerraba: el girar de una llave en la cerradura.

Estaba encerrada.

El eco del chirrido de la llave surgió de las profundidades: era como el chillido de la mujer que se convirtió en piedra en el lago.

Agnes retrocedió sin darse cuenta, respirando agitadamente. Había estado mirando la escalera, ahora se internaba todavía más en el pasillo. Tanteó la pared con la mano izquierda mientras aferraba la vela de sebo con la derecha. Los dedos de la izquierda rozaron surcos y protuberancias que parecían un paisaje. Cuando iluminó la pared con la vela vio un rostro deforme.

Retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared opuesta. El rostro deforme se convirtió en tres: tres bocas dentadas, tres narices, tres pares de ojos de expresión malvada, piel erizada, grandes garras y una cola cubierta de escamas: tres cabezas de monstruo coronando un cuerpo de perro grande como un toro. Las cabezas parecían oscilar de un lado a otro y los ojos fulguraban a la luz de la vela.

Agnes soltó un chillido, se giró y huyó por el pasillo. La vela pugnaba por mantenerse encendida. Las paredes del pasillo se ensancharon formando una cueva, un inmenso recinto repleto de sombras y nichos oscuros, de gigantescos sarcófagos de tapas caídas de los cuales colgaban jirones de tela ajada por los años: parecían grandes telarañas dispuestas a atraparla. Los nichos eran cuencas, fauces y gargantas en los que algo que no lograba ver con precisión se agitaba y parecía arrastrarse hacia ella por el suelo. El pasillo se prolongaba al otro lado de la cueva, la oscuridad era

absoluta, el tufo a moho y podredumbre invadía la negrura centenaria, era una entrada olvidada al infierno encima de la cual no figuraban esas palabras acerca de la vana esperanza porque nadie que la viera la albergaría. El pie de Agnes chocó contra algo en el suelo y bajó la vista.

Nunca había visto una calavera, excepto en los frescos o los bajorrelieves. No estaba preparada para la mirada penetrante de las cuencas vacías, para los dientes ni para los huesos de un desteñido color pardusco. Su corazón pareció estallar y retiró el pie. La calavera rodó a un lado, trazó un semicírculo y fue a golpear contra su otro pie; las cuencas vacías parecían recriminarla.

Agnes soltó un grito. Sólo su cuerpo reaccionó, porque su mente estaba paralizada: alejó la calavera de una patada y el movimiento apagó la vela. En medio de la oscuridad que se cernía sobre ella oyó cómo la calavera chocaba contra la pared y se rompía en pedazos, oyó el tintineo de los huesos astillados que parecían arrastrarse hacia ella para castigarla por el sacrilegio.

Se quedó rígida. Aferró la vela, ésta se rompió y el sebo caliente le quemó los dedos sin que se diera cuenta. Quería chillar, pero no podía, quería pedir ayuda, pero de su garganta sólo surgía un débil resuello. Oyó el chapoteo del lago negro y el rumor de los peces negros que surgían de la entrada al infierno, oyó los gemidos de la mujer convertida en piedra («Ven, niña, ayúdame, ven, ven, ven»), cerró los ojos y vio el centelleo de aquellos ojos ardientes detrás de los párpados, oyó las súplicas del alma prisionera en la piedra que rogaba ser redimida y que al mismo tiempo intentaba atraer otra alma a la perdición, un alma que susurraba, gemía, lloraba y amenazaba, y ella misma sintió también que empezaba a quedarse entumecida y sin vida.

* * *

—¿Puedo ayudarte, hija mía? —preguntó el párroco, que de algún modo había reunido el valor para dirigirle la palabra a la desconocida arrodillada ante el altar. Estaba tan tenso que cualquier rechazo lo habría hecho retroceder varios metros.

Agnes se sacudió el sopor en el que se había sumido y parpadeó. Ante sus ojos oscilaba el rostro preocupado, pálido, enjuto y juvenil del párroco; después se volvió borroso. Se sorprendió al comprender que había llorado. Algo en su interior se alzaba contra las palabras «hija mía» y quiso gritar llena de odio: «¡No soy la hija de nadie!», pero el deseo de que eso no fuera cierto y la llamada del pasado eran demasiado poderosos.

* * *

En algún momento tras todas esas horripilantes horas en las que cuando era una niña pequeña permaneció en la oscuridad y creyó morir, una mano le sacudió el hombro. Había abierto los ojos y visto la claridad de una lámpara de sebo que iluminaba el rostro de Cyprian. Estaba en el suelo, encogida como un animal moribundo, apretando la vela rota contra su cuerpo.

—La mujer de piedra estaba aquí —susurró—. Me llamó, Cyprian, y oí los peces y el lago negro y...

—Sí —dijo él mirando en torno—. Sí, claro.

—Dijo que no debía estar aquí —susurró, y lo agarró del brazo—. Que estoy viva aunque debería estar muerta, y que me espera un hombre negro para llevarme al infierno.

—Qué cosas dicen esas ancianas convertidas en piedra —dijo Cyprian, pero Agnes percibió el escalofrío que le recorrió el cuerpo.

La expresión del párroco era de desaprobación combinada con preocupación. Con cierta sorpresa, Agnes comprobó que era viejo y robusto, y que no se parecía en absoluto al hombre que creyó ver en la iglesia.

—En general suelo cerrar la puerta con llave para que nadie perturbe el descanso de los muertos —dijo.

—Bien —dijo Cyprian—. Ven, Agnes, vayamos a casa.

Le tendió una mano, ella la agarró y dejó que le ayudara a ponerse de pie. En la otra mano sostenía la vela, se la tendió al párroco y comprobó con sorpresa que el sebo aún estaba blando.

—Cuando no logramos encontrarte en ninguna parte, recordé la historia que tan a menudo querías escuchar —explicó Cyprian—. Eché a correr hasta aquí. El reverendo estaba saliendo de la iglesia.

—Tu ángel de la guarda me indicó el camino, pequeña —dijo el párroco—. Estaba a punto de dar un paseo por la comunidad; en ese caso tu amigo no hubiera encontrado a nadie durante horas. Me rogó que fuera a la sacristía en busca de la llave y entonces recordé que acababa de cerrar la puerta con llave y que no recordaba haberla dejado abierta. Menos mal que no lograste traspasar la segunda puerta: detrás empieza un laberinto en el que jamás te habríamos encontrado.

—No había una segunda puerta —dijo Agnes.

—Esa puerta de ahí enfrente —dijo el párroco, señalando la oscuridad—. Menos mal que no la descubriste.

—Estaba abierta.

—Ahora está cerrada —dijo Cyprian—, míralo tú misma. Iluminó con la vela: una puerta que no desentonaría en la entrada a una fortaleza impedía el paso. Agnes la miró fijamente.

—Estaba abierta —susurró—. Oí cómo la mujer petrificada me llamaba desde el pasillo. Durante horas...

—No estuviste allí abajo durante más de diez minutos —dijo Cyprian con una sonrisa, y la condujo escaleras arriba.

—... la mujer petrificada me llamó.

—Es el viento —dijo el párroco—. Aquí abajo no deja de soplar. Por eso los

restos de esos pobres diablos están tan bien conservados. Hace años que saquearon las tumbas, pero aún quedan algunos huesos y todos los párrocos de la iglesia de Heiligenstadt consideraron que es su deber vigilar que nadie perturbe el descanso de los muertos. No soy un hombre culto, pero supongo que los muertos se remontan a la época de los césares romanos. Paganos, si sabéis lo que quiero decir, pero hace tanto tiempo que yacen allí abajo y hace tanto tiempo que la iglesia se eleva encima de sus osamentas que no cabe duda de que Dios el Señor les habrá perdonado.

* * *

—¿Hija mía? —La mano del joven párroco flotaba encima de su hombro, pero no tenía el valor de tocarla.

Agnes jamás perdió el tiempo pensando en que se casaría con otro hombre que no fuera Cyprian Khlesl. Parecía algo predestinado, tan predestinado que nunca había reflexionado con claridad acerca de sus sentimientos hacia él. Lo tenía tan claro que ni siquiera lo había comentado con sus padres, y como ellos tampoco hicieron el menor comentario creyó que pensaban lo mismo que ella. Y ahora... ¿cómo era posible que su padre y su madre opinaran que Cyprian no era ni remotamente quien estaba destinado a ser su marido? Cyprian, que siempre había estado allí cuando ella tenía un problema, desde aquel asunto de la lengua congelada hasta la excursión a las catacumbas debajo de la iglesia de Heiligenstadt, incluidos innumerables episodios como el último, cuando simuló estar apestado para salvarla de los salteadores protestantes. ¡Era imposible que lo que había hecho por Agnes durante todos aquellos años les fuera indiferente! Sin tener en cuenta que Niklas y Theresia Wiegant nunca se enteraron de la mayoría de los acontecimientos, porque Agnes no consideró necesario informarles de ellos. Cyprian la había ayudado y salvado, y eso bastaba.

No era una ingenua: sabía que las cosas solían suceder a la inversa, primero venía la boda y con el tiempo también el amor, o al menos el afecto, o al menos la indiferencia y el esfuerzo común para aumentar las ganancias. Y por eso deseaba con intensidad todavía mayor que ellos dos resultaran ser la excepción que confirma la regla. En su fuero interno sospechaba que también en el vínculo entre sus padres las emociones habían jugado un papel más importante que el interés económico; Niklas Wiegant era el heredero de una empresa comercial ya exitosa en época de su abuelo; Theresia era la tercera hija de un terrateniente bastante menos adinerado... Si fuera verdad que tras el primer niño nacido muerto no tuvieron más hijos, para Niklas no habría supuesto un problema expulsar a su mujer del hogar.

Sin embargo permaneció a su lado, incluso cuando se convirtió en una tirana —a lo mejor no siempre le había sido fiel, la mera existencia de Agnes parecía demostrarlo, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!—, y si eso no indicaba la persistencia del amor, ¿entonces, qué? ¿Por qué hacían oídos tan sordos frente a los sentimientos de Agnes?

De repente se le ocurrió la solución. Si en los acuerdos matrimoniales habituales

lo primordial era el interés económico y los sentimientos ocupaban un segundo lugar, ¿por qué no podría darle la vuelta a la tortilla y aprovechar el interés económico para lograr que sus sentimientos salieran victoriosos?

Puede que desde un punto de vista social el padre de Cyprian, el maestro panadero, fuera inferior a los Wiegant, pero al fin y al cabo hacía un par de años que su hermano era el administrador de la diócesis vienesa de Wiener Neustadt y acababa de ser nombrado capellán de la corte, y al menos para la madre de Agnes debería tener una gran importancia que un dignatario eclesiástico formara parte de la familia. Y en cuanto a su padre, ¿quién podría presumir de ser el cuñado del hombre que, gracias a su vínculo con el archiduque Matthias, el hermano del emperador, tenía una relación directa con la corte imperial? ¿Quién sería el primero en recibir encargos: Niklas Wiegant, el desconocido mercader que luchaba por la existencia de su empresa, o Niklas Wiegant, el proveedor de la corte?

Al recordar que Cyprian la había conducido escaleras arriba, fuera de las catacumbas y de vuelta a la luz, de pronto sintió lo mismo por él que en aquel entonces, sólo que con una intensidad muchísimo mayor. A punto estuvo de darse la vuelta, y no se habría asombrado de verlo de pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión.

Agnes se puso de pie. El joven párroco retrocedió. Agnes señaló la puerta detrás del altar y se enjugó las lágrimas.

—¿Permitís que vea las viejas tumbas, reverendo padre?

El joven párroco tragó saliva.

—¿Qué tumbas?

—Las que están en las catacumbas detrás de esa puerta. Las de los héroes romanos.

La mirada del párroco iba y venía entre ella y la puerta. Sus labios estaban temblorosos y trataba desesperadamente de encontrar una salida para no tener que negarle la entrada, pero nada se le ocurrió.

—Aquí no hay catacumbas —exclamó.

—Tonterías —dijo Agnes, sin pensar en el tratamiento de respeto debido a un párroco—. Las vi con mis propios ojos cuando era una niña.

—Aquí no hay catacumbas —gimió el párroco.

Agnes pasó junto al altar y se dirigió a la puerta. El párroco corría a su lado. Agnes bajó el pesado picaporte, la puerta crujió y se abrió un poco. Agnes siguió tirando hasta abrirla del todo, después se asomó y miró hacia abajo.

La escalera descendía un par de metros y acababa en un suelo fangoso de color gris oscuro. Si uno se agachaba podía avanzar unos pasos antes de chocar contra la pared. En un rincón había un pequeño tonel y un cajón lleno de coles y remolachas. Agnes parpadeó, pero siguió viendo lo mismo.

—Aquí está fresco y por eso se pueden almacenar... —tartamudeó el párroco—. Cuando mis parroquianos me hacen un donativo...

—La escalera conduce mucho más abajo —dijo Agnes como si soñara.

—Sólo hace un año que estoy aquí —explicó el párroco—. Cuando llegué, mi antecesor ya había muerto. No sé nada de catacumbas y nadie me dijo nada al respecto. Pero sé que hace un par de años volvió a producirse una gran inundación, en la primavera después del deshielo, y que en algunos puntos de la ciudad el barro llegaba hasta las rodillas. Tal vez... si allí abajo hubo algo, entonces ahora estará...

... «Definitivamente enterrado», pensó Agnes. Esos pobres diablos, los paganos muertos, por fin descansaban en paz. Por lo visto era verdad que Dios nuestro Señor les había perdonado. Agnes miró hacia abajo; era como si el camino de regreso a la luz, a lo largo del cual Cyprian la había conducido, jamás hubiera existido.

Niklas Wiegant contempló a su hija en silencio durante tanto tiempo que Agnes temió que sencillamente no la había comprendido. Su ímpetu se apagó bajo esa interminable mirada; si su padre hubiera expresado enfado o rabia, habría sabido qué hacer. Incluso se había preparado para la incompreensión indignada, pero en la mirada paterna había algo que la desanimó; creyó ver lástima, comprensión y un afecto tan grande que le causó dolor, pero sobre todo una especie de fatalismo: «Conozco tus argumentos, los comprendo, yo no habría dicho otra cosa... y sin embargo no haré caso de ninguno».

Agnes se sintió invadida por un temor asfixiante. Comprendió que en sus planes no había contado con una negativa a su propuesta.

Niklas Wiegant se puso de pie y abrió la puerta.

—Quisiera que tu madre estuviera presente —dijo.

Agnes clavó la mirada en la mesa y escuchó los pasos de su padre que se alejaban. Reprimió su temor y procuró albergar esperanzas. Cuando la puerta se abrió, lo primero que vio fue el rostro pétreo de su madre.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. Me hubieras sido útil en la cocina.

—Tenía que aclarar mis ideas.

—No me digas. Ojalá hubieras tenido claro que tu madre podría necesitar tu ayuda.

—Bien —dijo Niklas Wiegant en tono reposado, e hizo entrar a su mujer a la sala.

—Tengo mucho que hacer. En esta casa las cosas no avanzan a menos que yo me encargue de ello. ¿Qué quieres de mí, Niklas?

—Se trata del futuro de nuestra hija.

—¿Hemos de hablar de ello precisamente ahora? La cena se está quemando.

—Bien, Theresia, pues que se queme. En el peor de los casos la tiramos a la basura y ayunamos una noche, en recuerdo de los padecimientos de nuestro Señor.

—¿Así que de pronto has decidido ayunar? Hace unos días, cuando afirmaste que la carne estaba en mal estado y te negaste a que la sirvieran y tuvimos que comer pan con queso, no dejaste de protestar toda la noche.

—Protesté porque hiciste preparar la carne aunque ya te había dicho que estaba en mal estado.

—¿Ahora también me echas la culpa de que nuestros criados sean unos inútiles y que la carne que trajiste ya estaba estropeada antes de que te la vendieran?

—La carne estaba perfectamente, era un cabrito joven, pero la conservamos durante demasiado tiempo.

—¿Desde cuándo has adquirido conocimientos de carnicero, Niklas Wiegant? ¿Quién se pasa el día en la cocina, tú o yo?

—El cabrito me lo dio el cazador de la corte, el hermano de Sebastian Wilfing.

—¿Y qué? ¿Qué más quieres? ¡Eso demuestra que nuestros criados son unos inútiles! Incluso dejan que se pudra un buen trozo de carne, ¡son unos holgazanes! Pero si de ti dependiera, entonces el día de la Candelaria todos encontrarían un ducado más debajo del plato en vez de ir a parar a la calle, que es lo que se merecen.

—¿Cómo quieres tener buenos criados cuando todos los años despides a la mayoría? Para tener buenos criados, es necesario que confíen en que sus amos los protegerán.

—¿Adónde quieres ir a parar con eso? ¿Insinúas que no soy capaz de dirigir la servidumbre? Gran parte del año estás de viaje y soy yo quien ha de encargarse de todo. ¿Acaso alguna vez te encontraste con algo que no fuera de tu conformidad al regresar? ¿Estaba sucia la casa o la chimenea llena de hollín o el techo tenía goteras? Dime, Niklas Wiegant, ¿fue así?

—¡BASTA! —gritó Agnes.

Sus padres la miraron con los ojos como platos. Niklas Wiegant carraspeó y se ruborizó. Theresia tomó aliento.

—¿A quién crees que tienes delante, jovencita?

Agnes apretó los dientes. Gritarles a sus padres no era precisamente la mejor manera de iniciar la conversación. Pero el grito se había abierto paso incluso antes de que comprendiera lo que bullía en su interior.

—Lo siento —dijo—. Padre, madre, por favor, sentaos junto a mí. He de deciros algo importante.

—Puedo escucharte de pie... —empezó a decir Theresia, pero Niklas se levantó de la mesa y dijo:

—Siéntate, querida mía, escuchemos lo que quiere decirnos.

—Lo único que faltaba: que la jovencita nos invite a tomar asiento, como si aquí mandara ella y no nosotros —dijo Theresia, lanzándole una mirada hostil.

Agnes intentó recordar la táctica que había preparado, pero la había olvidado. Lo único que sentía era un terror ciego.

—¡No puedo casarme con Sebastian Wilfing! —les espetó.

Theresia le lanzó una mirada a su esposo. Niklas se encogió de hombros: eso ya lo había oído.

—Madre... —De pronto Agnes recordó que antes siempre la había agarrado de la mano cuando se trataba de confesar un pecado. «Madre, he sido yo quien ha roto la tapa del tarro de miel, no la hija de la cocinera; madre, ¿no podría volver a acogerlas a ambas? Ellas no han hecho nada». La mano de su madre permanecía insensible, como un trozo de madera, se sometía a las caricias nerviosas de la mano infantil pero sin devolverlas y era tan fría como su respuesta: «No, Agnes, no iré a buscarlas; si el hecho de que otro pague por tu error te hace sentir culpable, piensa que en última

instancia tú también pagarás cuando te encuentres ante tu Juez». En retrospectiva, Agnes consideró que no sólo había aferrado la mano de su madre para obtener su respaldo sino también para impedir que durante la confesión se pusiera de pie y se marchara.

»Madre, a que sería bonito tener al obispo como pariente, ¿verdad? Pensad en que vos y padre ocuparíais un lugar de honor en la procesión, y después de la misa, el obispo quizá se detendría junto a vosotros y os bendeciría especialmente, y...

—¿De qué hablas, niña? —la interrumpió Theresia.

—... y padre, ¿acaso no dijisteis que ahora resulta muy difícil hacer negocios? El capellán de la corte podría encargarse de que os convirtierais en uno de los proveedores, y entonces tampoco os veríais obligado a viajar tan lejos...

Agnes comprendió que sus palabras dejaban traslucir que quería casarse con Melchior Khlesl y no con su sobrino, y enmudeció. Quería decir que durante todos esos días y meses que su padre estuvo ausente y su madre la trató con una frialdad aún mayor, Cyprian había estado a su lado. Pero no pudo porque sonaba a recriminación frente a sus progenitores y porque sabía que su madre vería en ello un reproche y reaccionaría de un modo agresivo, mientras que su padre —que también lo interpretaría así— se encogería de hombros sin saber qué hacer. Quería decir que amaba a Cyprian pero comprendió que sería decir demasiado, y también demasiado poco. «Hace que me sienta completa —susurró para sus adentros—, me toma como soy. Ríe conmigo. No supongo una carga para él, sino una alegría». Pero todo eso habría supuesto una recriminación disimulada, así que calló.

—¿Adónde quiere ir a parar, Niklas? —preguntó Theresia.

—Quiere casarse con Cyprian, el segundo hijo del maestro panadero que vive enfrente —dijo Niklas con expresión apesadumbrada.

—Jovencita, si tu padre elige un novio para ti, no tienes por qué proponer otro... —Theresia cerró la boca y entrecerró los ojos.

—Pero madre, vos misma dijisteis que estabais en contra de la boda con...

—¿Con Cyprian KHLESL? —dijo Theresia.

»¿El hijo del hereje?

—Se convirtieron cuando Cyprian aún era un niño...

—¿Antiguos PROTESTANTES?

—Pero madre, ¡su tío es capellán de la corte y obispo de Neustadt! ¡Son conversos!

—¡Los conversos no existen! —chilló Theresia—. ¡Quien ha sido protestante lo es para siempre! ¡No se deja la fe en la que has sido bautizado. Quienes lo hacen, sólo lo hacen para sacar ventaja y no para honrar a Dios!

—Ni siquiera el Papa tiene un punto de vista tan severo, Theresia —dijo Niklas.

La madre de Agnes le lanzó a su marido una mirada centelleante que no dejaba

lugar a dudas de que el Papa podría merecer una lección por parte de Theresia Wiegant en cuanto a la solidez de la fe.

—¡Ni hablar! —siseó—. No pienso convertirme en la suegra de un hereje, se haya disfrazado de oveja o no.

—Pero madre...

—Niklas, ¿quieres hacer el favor de hablar y hacer entrar en razón a esta díscola..., a nuestra hija, en vez de explicarme el punto de vista del Santo Padre?

«Mocosa —pensó Agnes—. A esta díscola mocosa, quisiste decir». Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y algo parecido a un lanzazo ardiente en las entrañas. Miró a su padre con las mejillas bañadas en llanto. Su padre era una figura borrosa, encogida y desgraciada que no tenía rostro.

—No puedo darte mi permiso, Agnes —dijo Niklas Wiegant—. Te casarás con el joven Sebastian Wilfing.

—¡NO! —gritó Agnes.

—Acordamos que anunciaríamos el compromiso en cuanto Sebastian y Sebastian hijo hayan regresado de Portugal...

—¡NO!

—... y que la boda se celebrará el año que viene después de Pascua.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! Por favor, padre, escuchadme, ¡no!

—¡DEJA DE GRITAR! —rugió Theresia, poniéndose de pie e inclinándose por encima de la mesa. Agnes se estremeció—. ¡DEJA DE GRITAR EN MI CASA! ¡AQUÍ NO TIENES DERECHO A ALZAR LA VOZ!

Agnes también se puso y de pie y comprobó sorprendida que medía media cabeza más que su madre. Nunca lo había notado. Lo veía todo confuso, excepto las manos de Theresia apoyadas en la mesa. Agnes vio los anillos que llevaba en los dedos, la piel bronceada —porque Theresia también se inmiscuía en las tareas de arrancar las malezas de la huerta, tender la ropa y fregar los peldaños de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la mano, las incipientes manchas de la edad. Pero sobre todo vio el temblor que recorría los dedos y sabía que no era la excitación lo que lo provocaba sino el rechazo. Fue la gota que colmó el vaso.

—¿Que no tengo derecho? —gritó—. ¿Porque no soy vuestra hija? ¿Porque sólo soy una mocosa que el señor de la casa trajo de alguna parte y que ha de sentirse agradecida por tener un techo bajo el que cobijarse? ¿Que no puede llamar padre o madre a nadie, porque no tiene ni madre ni padre, y a quien Dios debería haber dejado morir mil veces en vez de los otros niños de este mundo, los niños legítimos a los que Dios les quitó a sus padres?

Theresia le devolvió la mirada, centelleante de ira. Agnes vio que el rostro de su padre se volvía gris —«No lo llames padre», se advirtió a sí misma, «estas personas

no son tus padres, tus padres son figuras anónimas que desaparecieron en la oscuridad y a quienes tú y tu destino les importaron una mierda»— y que alzaba la mano para impedir que siguiera hablando. Pero Agnes no se dejó detener. El padre Xavier se había encargado de que el secreto de la casa Wiegant dejara de serlo, aunque nadie lo mencionara durante todas las semanas transcurridas desde su partida. Niklas Wiegant había evitado la mirada de su hija cuando se encontraban y Agnes no había reunido el valor de manifestar lo que ahora ambos sabían. ¿Acaso no lo había silenciado incluso ante Cyprian, que por otra parte conocía todos sus secretos? Llena de repugnancia por sí misma, comprendió que se había ocultado como un animal pequeño y temeroso, como la niña pequeña que se tapa con la manta, cierra los ojos, se cubre los oídos y trata de convencerse de que la tormenta ha pasado.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me trajisteis aquí, señor Wiegant? ¿Por qué no me dejasteis morir allí donde me encontrasteis? ¿Acaso creísteis que podríais comprar mi alma, señor Wiegant? ¿Alguna vez intentasteis averiguar quiénes eran mis auténticos padres? ¿De dónde vengo, señor Wiegant? ¿Alguna vez investigasteis, alguna vez os preguntasteis si a lo mejor mis padres querían quedarse conmigo y no dejarme en un asilo de expósitos? ¿Tuvisteis en cuenta que le quitaron la hija a una madre y a un padre sólo porque vos no podíais tener hijos? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es el origen de la niña que llevasteis a vuestra casa?

—Déjalo, Agnes —dijo Niklas en tono ahogado. Agnes, presa del miedo, notó que estaba llorando—. Deja de llamarme «señor Wiegant», me rompes el corazón.

—¿Y vos, señora Wiegant? Os preguntasteis todos los días de dónde proviene la niña, ¿verdad? ¿Proviene del demonio, señora Wiegant? ¿Acaso vuestro esposo os trajo una maldita mocosa? ¿Os parasteis ante la cuna y pensasteis: «Sólo he de cubrirle la cabeza con un cojín y en un par de instantes se habrá acabado la pesadilla»?

—¡Cállate, Agnes, por amor de Dios, cállate! —sollozó Niklas.

—¡No pienso soportarlo! —dijo Theresia, se volvió, se dirigió a la puerta y pasó junto a Niklas como si fuera un mueble.

—¿Sentisteis que esa niña suponía una ofensa para la voluntad divina? —le gritó Agnes mientras se alejaba—. ¿Considerasteis que su presencia en esta casa, a la que Dios decidió no conceder hijos, era un sacrilegio? ¿Cuántas veces mirasteis a la niña y os preguntasteis: «¿Por qué vives tú, cuando mis propios hijos no pudieron vivir?»? ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo?

Theresia se había detenido junto a la puerta. Mantenía la espalda recta, como siempre, y no se giró.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué? —gritó Agnes. La ira y la tristeza le acalabraban el cuerpo, tanto que creyó que el más mínimo movimiento la quebraría en pedazos.

»¿Por qué os preocupáis por mi futuro cuando no dedicasteis ni un instante en averiguar mis orígenes? ¿O acaso sólo soy un sustituto de algo que alguien no puede tener? ¿La hija para Niklas y Theresia Wiegant, que no son fértiles? ¿La mujer de Sebastian Wilfing, que es demasiado feo y demasiado ridículo para conseguir una por su cuenta?

Sabía que era injusta con Sebastian Wilfing hijo, pero le daba igual. Y que sus palabras fueran como sablazos que golpeaban las costillas de Niklas y Theresia también le daba igual. Mantuvo la vista fija en la espalda de su madre y en los ojos de su padre.

—¿Has acabado? —preguntó Theresia con frialdad—. Estoy muy ocupada. —Abandonó la sala sin darse la vuelta y la mirada de Agnes volvió a clavarse en su padre.

—¿Por qué? —preguntó y se echó a llorar una vez más—. ¿Por qué no dejasteis que muriera durante mis primeras semanas de vida?

—Porque te quiero, Agnes —dijo Niklas.

—¡Y yo quiero a Cyprian! —chilló—. ¿Acaso mi amor vale menos que el vuestro?

—El amor es el máximo bien...

—¿Por qué me lo negáis? ¿Por qué me lo niega mi madre desde siempre? ¿Por qué ahora de pronto no permitís que encuentre satisfacción en él? ¡Concededme el amor! ¡Desposadme con Cyprian Khlesl!

El rostro de su padre estaba pálido.

—No —dijo—, no, es imposible. No lo comprendes, Agnes, y Dios quiera que nunca tengas que comprenderlo. Lo que hago es lo mejor para ti. Te casarás con Sebastian Wilfing y olvidarás a la familia Khlesl.

Cuando las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos, Niklas se apartó y salió de la sala. Agnes lo miró, muda. Lo que había visto en su mirada hizo que toda su ira se desvaneciera de golpe y el frío se apoderó de su cuerpo como si su corazón hubiera bombeado un chorro de sangre helada. Comprendió que Niklas había decidido casar a su hija con el hijo de su amigo y socio no por un cálculo económico ni por amistad, y también que su negativa a que se casara con Cyprian Khlesl no se debía a la terquedad. Era la certidumbre, total e incomprensible, de que la familia de su mejor amigo supondría la perdición para ella. Lo que impulsaba a Niklas Wiegant era el temor por su mujer, por sí mismo y sobre todo por su hija adoptiva.

El voladizo de la puerta de Augusto sobresalía por encima del plateado campo de trigo segado. Detrás se elevaba la segunda muralla de la ciudad, cuyos flancos sin duda parecían aún más macizos que de día. El Hradschin situado a la izquierda era una montaña envuelta en sombras donde brillaban algunas luces: el emperador Rodolfo y los alquimistas también trabajaban de noche en sus antinaturales experimentos.

El padre Xavier inhaló el aroma y se detuvo: a principios de septiembre, en su patria castellana de elección flotaba el aroma de los campos secos y el polvo, y de las rocas que se agrietaban bajo el calor del verano; allí, en la Bohemia profunda ante las murallas de Praga, lo que prevalecía era el aroma a hierba segada, heno humedecido y secado al sol, a tierra fértil y a los efluvios picantes de los bosques que cubrían las colinas que rodeaban Praga, combinado con el olor a aceite, hollín, grasa quemada, río y musgo, a lumbre de hogar y de turba, azufre y salsa de asado, cloacas y jardines, sudor, colonia, incienso y hierbas. Si el olor a azufre hubiera sido más intenso, habría sido el olor del infierno, pero el padre Xavier no dudaba de que éste estuviera próximo. Suponía que el infierno no era feo sino bonito, que el observador sólo percibiría su horror bajo la superficie, al igual que el olor a azufre provocado por los experimentos de los brujos de la Goldmachergasse, que sólo se dejaba adivinar. Si el infierno fuera feo, nadie se habría dejado seducir por el diablo. Allí la belleza también era tangible: los contornos alternativamente oscuros e iluminados de las torres, las almenas, los ornamentados tejados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las banderas, las veletas de cobre en las cimas de los tejados, las cabezas de dragón de bronce de los canalones, las ventanas, los relojes y las adornadas fachadas que lanzaban destellos forados.

—Deberíamos darnos prisa, hermano —dijo el padre Stefano—. Se ha hecho tan de noche que sería un milagro que nos abrieran la puerta. Ahora cada minuto cuenta. —El joven jesuita miró en todas direcciones—. Esas personas al borde del camino junto a las que pasamos hace una hora ya se han detenido. No nos seguirán. Puede que sepan más que nosotros.

—Sólo gana quien osa, amigo mío —dijo el padre Xavier.

—¿Los conocías?

—¿Conocerlos? —preguntó el padre Xavier arqueando las cejas—. No, ¿por qué?

—Creí que uno de ellos te había saludado.

—¿Que me había saludado? Querido amigo, ¿cómo quieres que conozca a unas personas sentadas al borde del camino en alguna parte de Bohemia? Acabo de llegar directamente de España.

—Es verdad —dijo el padre Stefano.

—En todo caso, te habrán saludado a ti. En esta tierra de herejes, la Compañía de Jesús goza de un gran respeto y es muy temida.

El padre Stefano se llevó la mano a su capucha de cuatro puntas.

—Bueno, sí —dijo, procurando no sonreír—. Logramos mantener a raya a los herejes.

La Compañía de Jesús tenía fama de elegir sólo a los hombres más inteligentes para después dejarlos salir al mundo. «Éste —pensó el padre Xavier— parece ser la excepción que confirma la regla». Sabía que las cualidades del padre Stefano eran otras y que al menos para los jesuitas, lo que valía era lo que —al contrario del resto del mundo— podía ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría servir. Puede que el padre Stefano perdiera el hilo de una conversación con mucha facilidad y que se pusiera nervioso si el día no transcurría según lo planificado, pero el padre Xavier estaba convencido de que era capaz de describir cada trecho del camino, cada circunstancia, el contenido de cada conversación de los dos días que viajaron juntos —e incluso el aspecto de todos los viajeros que habían visto— en detalle y sin reflexionar. «Cada hombre debe ocupar su lugar», pensó el padre Xavier.

—Lamento haberte demorado —dijo el padre Xavier—. Aún me avergüenzo de la bondad y del amor al prójimo que me demostraste cuando me recogiste en el camino.

—Cualquiera habría actuado igual.

—No, amigo mío. Antes de que llegaras tú, dos hombres pasaron a mi lado y oí que decían: «Bastardo católico, ojalá te pises los pies».

El padre Stefano apretó los labios y entrecerró los ojos, y el padre Xavier luchó contra la tentación de darle una forma aún más astuta a su mentira. Por fin agachó la cabeza como alguien que no comprende la injusticia que ha sufrido, pero que la ha perdonado hace rato.

—Este final de verano es realmente muy caluroso, pero que el calor afecte precisamente a alguien que viene de España... —El padre Stefano sonrió; de haber sido una persona más mundana quizá le hubiera dado un codazo y guiñado un ojo al padre Xavier.

—Como ya he dicho, amigo mío, España es el país del calor y del sol, pero El Escorial es profundo y oscuro, y durante los últimos años mis deberes no me permitieron salir al exterior. Me he desacostumbrado al clima cálido.

El padre Xavier, que el día anterior a mediodía se había acurrucado a la vera del camino y se había cubierto la cabeza con la capucha, tras media hora de sudar por fin sintió el roce de una mano en el hombro que lo hizo girar, y la boquilla de una bota de cuero llena de agua que presionaba sus labios y los lavaba. El trago de agua fue muy bienvenido; se había embadurnado los labios con polvo del camino para que el efecto

resultara más convincente y también había tragado un poco de ese polvo. Después se maldijo a sí mismo por tomar esas medidas de precaución que casi lo vuelven loco de sed durante la espera, porque el padre Stefano se había indignado tanto que no habría notado si de la boca del hombre supuestamente afectado por un ataque de debilidad hubiera surgido una pata de pollo recién asada.

—¿Qué planeas hacer aquí, en Praga? —preguntó el padre Stefano.

—Primero iré en busca de la comunidad de Brevnov para recuperar fuerzas —dijo el padre Xavier en tono sincero—. Después... —Hizo un gesto con la mano que pretendía expresar que se negaba a respetar la regla benedictina que impedía contarle a un extraño los detalles de una misión. El otro asintió con la cabeza.

—Si requieres más ayuda, házmelo saber.

—Ya has hecho demasiado por mí.

—¿Seguimos adelante?

—Un momento —dijo el padre Xavier y estiró los brazos—. Necesito recuperar el aliento. Una bajada abrupta puede ser peor que una subida cuando la carne no desea lo mismo que el espíritu.

—Sólo que... aún hemos de caminar un rato y este sitio es tan solitario como el desierto.

El padre Xavier se desperezó y simuló tomar aliento. Tras cojear, tambalearse y trastabillar aferrado al brazo del otro le dolían todos los músculos y realmente parecía agotado. «Esta charada me ha costado un día entero —pensó—, incluso con la cabeza debajo del brazo ya habría recorrido el trecho hasta Praga ayer por la noche. Pero el día perdido ha sido una buena inversión». Miró al padre Stefano de soslayo. *Iesum Habemus Socium*: tenemos a Jesús como compañero. «Hoy no —pensó—, hoy Jesús te ha abandonado».

—Alguien viene —dijo el padre Stefano en tono de sorpresa.

—¿Ah, sí? —dijo el otro, pero sin volverse.

El padre Stefano trató de ver en medio de la oscuridad.

—Al menos media docena de personas —dijo. De repente sonrió—. ¡Son los que dejamos atrás hace un rato!

El padre Xavier ya había oído los pasos mientras el padre Stefano seguía parloteando. A lo mejor no veía con la misma claridad, pero su oído seguía siendo muy agudo. Si el padre Stefano poseyera un poco más de la astucia adjudicada a sus cofrades, se habría preguntado por qué los viajeros caminaban en absoluto silencio y por qué ocupaban todo el camino.

—¿Habéis decidido tentar a la suerte? —les preguntó el padre Stefano—. Tal vez os dejen entrar en la ciudad si estáis en nuestra compañía. Intercederé por vosotros —dijo, y dándose la vuelta les lanzó una sonrisa a los hombres que formaban un círculo a su alrededor. El padre Xavier guardó silencio y observó a los recién llegados por

entre los párpados entrecerrados.

—Muy amable —dijo uno de los hombres. Llevaba una gorra de fieltro negro adornada por una cadena de piedras blancas. Si se miraba más de cerca, se veía que las piedras eran dientes humanos. El padre Stefano esbozó una sonrisa nerviosa.

—Aquí el río está más cerca del camino —dijo el hombre al que le gustaban las cadenas de adorno, dirigiéndose al padre Xavier—. No creí que lograríais llegar y deteneros justo aquí. Mis respetos, reverendo padre.

El padre Xavier se encogió de hombros. El hombre hablaba con rapidez y excitación, pero él comprendió lo que decía. Su plan había dado resultado: consistió en hacerse, durante todo el tramo desde Viena hasta allí, con cada vez más ayudantes que le enseñaran el idioma, el idioma hablado y no la lengua muerta de los libros.

—Lo que acordamos vale, ¿verdad?

—Mantengo mi palabra —dijo el padre Xavier—. Una mitad antes, la otra después.

—Primero me gustaría ver si aún os queda esa suma.

—Tendrás que confiar en mi palabra, amigo mío.

El padre Stefano giraba la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Una arruga le marcaba la frente.

—¿Así que conoces a estos hombres, hermano? —preguntó—. Creí que dijiste que no los conocías.

—De acuerdo —dijo el hombre de la cadena de dientes.

—Agarradlo con guantes de terciopelo —dijo el padre Xavier—. No quiero huesos rotos, dientes flojos o miembros arrancados ni cuchilladas, ojos reventados, orejas descuajadas, mordiscos, costillas magulladas ni dedos aplastados. Tiene que parecer que cayó al río y se ahogó.

—Eso ya lo comprendimos —dijo el hombre de la cadena y entornó los ojos con expresión aburrida.

—¡Eh! —exclamó el padre Stefano—. ¿Qué está ocurriendo aquí, hermano? ¿Qué significa esa cháchara?

—¿Cómo pretendéis llevarlo hasta la orilla sin que sus gritos se oigan en Praga?

El hombre de la cadena chasqueó los dedos y otro alzó algo que parecía un saco.

—Eso no apagará los gritos —dijo el padre Xavier—. Mala idea, amigo mío.

El padre Stefano jadeó, se volvió y trató de echar a correr. Los hombres lo atraparon sin esfuerzo. El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo arrojaron al suelo. El padre soltó un grito sonoro, el hombre de la cadena de dientes golpeó el extremo del saco con una piedra, justo donde estaba la cabeza del jesuita. La figura encapuchada se estremeció y después se relajó. El hombre de la cadena sopesó la piedra.

—Cuando alguien cae al agua, en general logra volver a salir. El Moldava no es

un río muy profundo y en esta época el agua tampoco está muy fría, pero sí al caer se golpea el cráneo contra una piedra, no vuelve a la superficie.

—De acuerdo —dijo el padre Xavier—. Levantad el saco. —Se inclinó, palmeó la mejilla del padre Stefano y el jesuita recuperó el conocimiento. Gimió, tratando de enfocar al padre Xavier. Sus manos y sus pies se agitaban débilmente.

—¿Por qué? —balbuceó—. Te he ayudado, hermano Xavier. ¿Hermano Xavier?

El padre Xavier le hizo la señal de la cruz en la frente.

—*Ego te absolvo* —murmuró—. *Omnia ad maiorem Dei gloriam*. Consuélate con la idea de que ocurre en honor a Dios. —Introdujo la mano bajo la sotana del jesuita y le arrancó la pequeña cruz de madera colgada de una tira de cuero. Después se incorporó. El padre Stefano gimió y siguió balbuceando. Su rostro se había vuelto pálido y frío, parecido al de un muerto.

—Lleváoslo —dijo el padre Xavier.

Volvieron a atar la boca del saco mientras el jesuita se debatía. El padre Xavier oyó un suave gemido: el jesuita semiinconsciente no era capaz de gritar.

—¿Hermano Xavier? ¡Por amor de Dios, hermano Xavier! —oyó que decía. Tres hombres lo agarraron y lo arrastraron a través del campo segado.

—¿Hermano Xavier?

El padre Xavier sacó su talego y depositó cinco monedas en la palma del hombre de la cadena de dientes. Éste se había quitado el gorro y lo apretaba contra su pecho.

—Sólo mencioné el dinero para que los otros se creyeran aquello de la mitad —murmuró—. No quiero que creáis que no os respeto, reverendo.

—Por lo que a mí se refiere, amigo mío, anoche te di tres peniques y ahora otros tres. Es lo único que sé.

El hombre de la cadena sonrió e hizo desaparecer las monedas en diversos bolsillos.

—Os beso la mano, reverendo —dijo, haciendo una genuflexión.

El padre Xavier le indicó que se marchara. El hombre se alejó apresuradamente, encasquetándose la gorra y procurando alcanzar a sus compinches. El padre Stefano seguía semiinconsciente y apenas pataleaba. Los hombres se apresuraron a arrastrar el saco y el padre Xavier creyó oír un último «¿Hermano Xavier?», pero quizá sólo fuera la voz de un ave nocturna.

Si la topografía de Praga no lo engañaba, era probable que el cadáver del padre Stefano apareciera en la orilla allí donde el río trazaba una amplia curva una vez pasado el castillo de Hradschin. Si no fuera así, y el Moldava lo arrastraba más allá de Praga o hasta el Elba, el padre Xavier estaría conforme. Pero de lo contrario —y según su aspecto, el padre Stefano realmente había sufrido un accidente— también se daría por satisfecho. Y en caso de que el hombre de la cadena de dientes y sus compinches cayeran en la tentación de asestarle unos golpes de despedida, los

detalles que él mismo proporcionaría a los guardias junto a la puerta de Augusto (en el sentido de que después del último descanso de su caminata un jesuita había partido un poco antes que él, pero que había desaparecido sin dejar rastro) también le resultarían útiles.

«Tuve oportunidad de hablar con él —diría—. Dijo que pasó mucho tiempo en España y yo provengo de allí, así que conversamos. Incluso llevaba doblones españoles en el talego. Y esto —añadiría, mostrándoles la pequeña cruz de madera—, lo encontré por casualidad junto al camino, allí atrás en la linde del bosque».

No pasaría mucho tiempo antes de que seis individuos desastrados llamaran la atención al pretender pagar con doblones españoles, los doblones que el padre Xavier había entregado a su cabecilla. Pero su declaración de que un padre dominico los indujo a cometer un asesinato resultaría ridícula, y en el mejor de los casos supondría una pena más elevada: ahorcarlos con una cadena en vez de con una soga resultaría un ajusticiamiento en comparación menos doloroso.

El padre Xavier emprendió el camino. Se sentía tranquilo porque todo había salido perfectamente. El hombre indicado en el lugar indicado. ¡Perfecto!

—No lograrás hacerlo cambiar de idea —dijo Agnes.

—No quiero pasarme el resto de la vida preguntándome si tal vez lo habría logrado —contestó Cyprian.

—Esta vez él y mi madre incluso están de acuerdo. Si hubieran tenido opiniones diversas..., pero no es así...

—Jamás hubiera intentado enfrentar a tu madre con tu padre por este asunto.

Agnes le lanzó una mirada.

—¿Ni siquiera por mí?

Cyprian sospechó que trataba de hablar en broma, pero el tono de su voz era desesperado. Procuró sonreír.

—No hay nada que no haría por ti —dijo—. Excepto revelarle un secreto a tu padre. —Pero su intento de bromear fracasó. Cyprian se maldijo en silencio. Al igual que todos los demás, Agnes había comprendido lo ocurrido en aquel entonces.

—No tenemos ninguna posibilidad, Cyprian —dijo Agnes—. En una o dos semanas darán a conocer mi compromiso con Sebastian Wilfing, y entonces todo habrá acabado.

—Una o dos semanas es mucho tiempo para encontrar una solución.

Cyprian descubrió que simular optimismo suponía un esfuerzo y se esforzó por que Agnes no lo notara. En las últimas semanas había hecho varios intentos para hablar con Niklas Wiegant, pero el mercader siempre se negó a recibirlo; era como si el hombre —que solía estar abierto a las propuestas— temiera que alguien le explicara que estaba condenando a su hija a la desdicha. Gracias a lo que le contó Agnes, Cyprian había comprendido que tras la negativa de dar su consentimiento a un vínculo entre la familia Khlesl y la familia Wiegant se ocultaba algo más que una mera promesa entre socios o la razón de ser de dos empresas que luchaban por sobrevivir. Agnes había vislumbrado un gran temor en la mirada de su padre. Cyprian no lograba imaginar lo que impulsaba a Niklas Wiegant, pero sospechaba que una conversación con él al menos le proporcionaría un indicio. A lo mejor la negativa de Niklas Wiegant también estaba relacionada con ese misterio; sin sobrevalorarse en absoluto, Cyprian sabía —gracias a sus anteriores encuentros con el padre de Agnes— que éste confiaba en él, y por eso resultaba aún más incomprensible que insistiera en casar a Agnes con Sebastian Wilfing hijo.

—Sebastian es una albóndiga de grasa —murmuró Agnes consumida por el odio. Hacía mucho tiempo que Cyprian no le prestaba atención cuando los pensamientos de ambos seguían el mismo derrotero—. Regresó del viaje tres semanas antes que su padre, supuestamente para prepararse para la fiesta de compromiso, pero me contaron que la travesía en barco de Lisboa a Madeira le daba tanto miedo que el viejo Wilfing

lo envió a casa antes de tiempo.

Sebastian Wilfing y Cyprian eran de la misma edad. En su infancia habían jugado juntos en la calle: el compacto y robusto Cyprian, al que ya de niño se le notaba que nunca tendría un aspecto ágil, fibroso ni nervudo..., aunque un buen observador también hubiera notado que sin embargo, oculta bajo una capa de supuesta indolencia, sí tendría esa constitución; y Sebastian Wilfing, cuya figura era similar..., excepto que el menos observador de los hombres habría notado que Sebastian hijo era exactamente lo que parecía. Al crecer, ambos perdieron la gordura infantil, que en el caso de Cyprian fue reemplazada por músculos y en el de Sebastian por la grasa de un adulto. Hasta ese día, las carencias de su antiguo compañero de juegos habían dejado indiferente a Cyprian.

—¿Por qué fue a verte? —preguntó Agnes.

—¿Cómo sabes que vino a visitarme?

—De vez en cuando echo un vistazo por la ventana.

Oyeron pasos que se acercaban: era uno de los guardias de la ciudad haciendo su ronda. De día y en tiempos de paz, nadie se oponía a que los ciudadanos de Viena subieran a las murallas; no suponía ningún perjuicio el hecho de que muchos de ellos se familiarizaran con ese lugar, en caso de que la permanente amenaza turca culminara con una nueva ofensiva contra Viena. La puerta Kärntner era la más expuesta a las acometidas y casi fue minada; desde entonces había media docena de galerías vigiladas y reforzadas que conducían desde la parte interior de la puerta hasta bajo suelo, con el fin de poder repeler un ataque instalando más minas, pero casi ningún habitante de la Kärntnergasse sabía dónde estaban las palas o a qué grupo debían acudir si se trataba de cavar a mayor velocidad que el enemigo. El guardia lanzó una mirada al cielo occidental cada vez más rojo.

—El sol se aleja, y la gente también —canturreó.

—Ahora mismo nos marchamos —dijo Agnes en voz baja—. Aquí arriba todo es tan bonito...

El guardia vio que algo brillaba en la mano de Cyprian. Cuando éste se lo arrojó, lo recogió con facilidad, miró a Agnes de arriba abajo, le guiñó un ojo a Cyprian y siguió caminando con expresión aprobatoria.

—Ahí tendrías otro pretendiente, en caso de que no te decidieras por mí o por Sebastian Wilfing.

Agnes no sonrió.

—Ese pomposo bastardo te dijo que me dejaras en paz. —Cyprian consideró que no merecía la pena responder.

—¿Te amenazó?

—Da igual, Agnes, no pienses en él.

—¿Cómo quieres que no piense en él cuando debo casarme con él después de

Pascua?

—Volveré a hablar con tu padre.

Agnes alzó las manos y volvió a dejarlas caer, soltando un gemido de desesperanza. Al apartarse y mirar por encima de las murallas, la luz del sol que se ponía iluminó su rostro, otorgándole vida y color. Cyprian le acarició la mejilla.

—Huyamos juntos —susurró Agnes.

—¿Adónde?

—¡A Virginia! —exclamó, agarrándolo de la mano—. ¡Ven conmigo a Virginia! Mi padre me habló de ello. Uno de los buques corsarios ingleses fundó una colonia en el Nuevo Mundo. Al principio sólo fue un escondrijo para los piratas pero ahora quieren que la gente se establezca allí. Mi padre ya se ha preguntado si resultaría posible asegurarse unos derechos comerciales exclusivos.

—Sir Walter Raleigh le dio el nombre de Virginia en honor a la virginidad de la reina Isabel —dijo Cyprian—. Yo también he oído hablar de la colonia. El nombre provocó algunas burlas. Son todos protestantes, Agnes.

—¡Eso me resulta tan indiferente como a ti, Cyprian!

—A lo mejor a éstos no les es indiferente que seamos católicos.

—¡Entonces nos convertiremos! ¡Creo en el amor, Cyprian, no en una confesión!

—¡Agnes! —Cyprian se desprendió de su mano y contempló las medialunas sangrientas que las uñas de Agnes habían dejado en su palma—. Ya me convertí una vez, no pienso volver a convertirme. Mi tío no persuadió a mi familia: nos convenció.

—¡Pero hazlo por mí!

—Por ti iría hasta el fin del mundo, sobre todo contigo. ¿Virginia? —dijo, la agarró de la mano y la apretó—. Si no nos quieren como católicos, que se vayan al diablo.

—¿Lo harás?

—Sí, como tu esposo.

Agnes lo miró fijamente. Cyprian sintió una punzada al ver que sus ojos dejaban de centellear.

—Pero sabes bien que...

—No pienso huir —dijo él—. Toda nuestra vida sería una huida y la idea de que aquí cometimos una injusticia se interpondría entre nosotros. Después de un año, sólo recordarías vagamente que aborrecías a tus padres; después de dos, me echarías la culpa por haberlos abandonado sin una palabra de despedida; después de tres habrías dejado de aborrecerlos y me aborrecerías a mí.

—¡No! —exclamó ella y separó sus manos de las suyas—. ¡No, jamás haría eso!

Su mirada buscó la del joven. Cyprian no la esquivó, sabía que era la primera vez que él se oponía a uno de sus deseos. En realidad, nunca había sabido qué veía Agnes en él o por qué le resultaba atractivo, al margen de las veces que la había salvado,

algo que también habría hecho otro si hubiera acudido con la misma rapidez que Cyprian. Pero sabía lo que ella vería si ahora cedía..., lo que vería dentro de un par de años: el hombre que había destruido su familia.

Agnes bajó la cabeza, Cyprian sintió cómo las manos de la joven se volvían frías y sin vida; las soltó y Agnes las dejó caer.

—No tenemos ninguna posibilidad —dijo ella y volvió a mirar hacia el ocaso—. Ninguna.

El se acercó y la abrazó de espaldas. Olió la fragancia de sus cabellos y percibió el peso de su cuerpo cuando ella se apoyó contra él. Ambos eran casi de la misma estatura: Agnes no era una paloma delicada —jamás lo había sido— sino una joven que quería enfrentarse a las tormentas aunque los ojos se le llenaran de lágrimas. Cyprian se sorprendió al comprender que era la primera vez que esa proximidad, ese abrazo, no suponía un juego alegre y que había pasado mucho tiempo desde la última vez que forcejearon. En algún momento de aquellos años la inocencia innata de esos roces había quedado atrás, reemplazada por algo diferente y casi amenazador, porque hablaba de sentimientos mucho más importantes que los juegos y la camaradería de los años pasados. Y su sorpresa fue aún mayor al comprender que esos sentimientos se despertaban en él pese a la situación sin salida. Quería abrazarla aún más intensamente, quería que se diera la vuelta y le devolviera el abrazo y, presa de la confusión, se imaginó que la mano de Agnes acariciaba su mejilla y que sus labios buscaban los suyos para compartir un beso. Sintió que la sensación descendía hasta su entrepierna y se apartó de la muchacha. Cuando retrocedió un paso, Agnes permaneció inmóvil y él se alegró de que no se volviera. A saber qué habría visto ella en su rostro.

—Todo saldrá bien —dijo Cyprian, con la oscura sensación de que rara vez había dicho nada tan insensato.

—Antes del último intento para hacer cambiar de opinión a mi padre, fui a la iglesia de Heiligenstadt —dijo Agnes.

Cyprian sintió que su excitación anterior se convertía en ceniza. Contempló la espalda de la joven, sus hombros encogidos. La luz del sol proyectaba un halo dorado en torno a sus cabellos oscuros, el viento —que como siempre soplaba desde el este y se elevaba por encima de los muros de la puerta Kärntner— lo despeinaba y lo convertía en un velo alrededor de su cabeza. Ni siquiera veía el contorno de sus mejillas.

—Fui allí varias veces desde el día que me encontraste en las catacumbas —dijo Agnes—. No lo sabías, ¿verdad? Nunca te lo dije.

—Puedes ir adonde quieras, por supuesto —dijo él con una ligereza que no sentía.

—¿No quieres saber por qué fui?

—¿Por qué?

Agnes miró por encima de su hombro. Una mecha de pelo le cubría los ojos. Cuando la apartó, Cyprian había recuperado el control.

—Siempre he ido allí cuando tenía que reflexionar sobre algo que no parecía tener solución. Después de aquella primera ocasión, siempre sentí que existía un vínculo entre esa iglesia y yo; a veces incluso creí que siempre había existido —dijo, riendo nerviosa—. Cuando estaba allí y reflexionaba acerca de mis problemas, sólo había de recordar que antaño tampoco parecía existir una salida, pero entonces viniste tú y me condujiste de nuevo a la luz.

Agnes lo miró, esbozando una sonrisa.

—Parece que el recuerdo te resulta desagradable —añadió.

—No —dijo él—. No, no es así. —Se sintió aliviado cuando ella volvió a apartar la mirada.

—A veces me pregunto qué habría ocurrido si la puerta que da a la bóveda también hubiera estado abierta, como la que está detrás del altar. ¿En qué tinieblas me hubiera metido? ¿Habría existido una salida también desde allí? ¿Habría caído al lago y me hubiera ahogado? ¿Hubiera muerto de hambre en el laberinto del que habló el viejo párroco?

—¡Pero si ese lago no existe! —exclamó Cyprian; su voz había enronquecido—. ¡Y ese laberinto bien puede ser un cuento de hadas!

—Tal vez habría sido mejor si hubiera logrado atravesar esa puerta. Entonces quizás habría estado preparada para saber que existe una oscuridad todavía peor que aquella en la que me encontré la primera vez —dijo ella, y se echó a llorar. Cyprian se encontró tan mal que sintió como si una garra le apretara el estómago—. ¡La oscuridad de un amor que no puedo satisfacer!

Él le apoyó las manos en los hombros. El sudor le bañó la piel y creyó que ella también lo percibiría, pero Agnes volvió a apoyarse contra él, con el cuerpo sacudido por los sollozos.

—Volveremos a encontrar el camino a la luz —susurró Cyprian.

Ella negó con la cabeza.

—Quise volver a verlo —sollozó—. Le rogué al párroco que me abriera la puerta. Quería asegurarme de que ese camino hacia la luz realmente existía.

Cyprian contuvo el aliento.

—¡Ha desaparecido! —gritó Agnes—. ¡La última inundación lo cubrió todo de fango y éste se volvió duro como la piedra!

Cyprian percibió su dolor y se aborreció por sentirse aliviado.

—Sólo era un símbolo —se oyó decir—. Que haya dejado de existir no significa nada. —Pero las lágrimas de la joven le dijeron que no le creía.

Agnes se acurrucó entre sus brazos y él la apretó contra su pecho. El viento los azotó y la puesta de sol los bañó con su cálida luz, pero no bastó para iluminar sus

almas. El guardia volvió a pasar, le sonrió a Cyprian y le guiñó el ojo una vez más.

—No la sueltes, muchacho —murmuró. Era un anciano de barba gris—. Nada es tan pasajero como el amor.

Cyprian le devolvió la sonrisa; pero tenía el rostro pálido como el yeso y los latidos de su corazón resonaban como en un agrietado cuenco de barro.

El doctor Melchior Khlesl, capellán de la corte y honorable obispo de Wiener Neustadt, había cambiado, y no todos los cambios suponen una ventaja: su rostro se había vuelto tan demacrado que su nariz sobresalía como un cuerpo extraño y su barbilla era tan puntiaguda que la barba que llevaba parecía la de un macho cabrío. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas, oscuras canicas que reflejaban las sombras de debajo, tan sumergidos en sus órbitas que no mostraban ni un punto de luz. Su casaca española de terciopelo negro —en la que todos los adornos, las borlas, los galones y los bordados también eran negros— colgaba de sus hombros como de una percha. Un resfriado acompañado de fiebre lo había dejado todavía más delgado y la pelliza que cubría la casaca era de un color tan pálido como el de su rostro. Excepto por la mirada tranquila e intensa, no guardaba ningún parecido con su sobrino Cyprian. Los ojos de Cyprian eran azules, los de su tío, negros..., aunque cualquier observador superficial habría apostado que el color de los ojos de ambos era el mismo. En el sacerdote que en aquel entonces se había despedido con tanta prisa en la iglesia de Heiligenstadt —y que había parecido un extraño en aquella santa casa— Agnes Wiegant no hubiera reconocido al hombre sentado detrás del gran escritorio.

—Has mandado rellenar la cueva debajo de la iglesia de Heiligenstadt —dijo Cyprian después de saludarlo. Para él resultaba sencillo acceder al obispo de Neustadt: el obispo le había concedido el derecho de visitarlo durante las veinticuatro horas del día y los únicos obstáculos que se interponían entre Cyprian y Melchior Khlesl solían ser los criados que se apresuraban a abrirle las puertas al joven.

Melchior Khlesl alzó la mirada.

—Un día volverás a irrumpir igual que ahora, yo alzaré la vista sin sospechar nada, me clavarás un puñal en el corazón y lo último que diré será: «¿*Tu quoque, fili?*»

—En caso de que César realmente le dijera algo a Brutus, más bien sería «¿*Kai su, teknon?*» —replicó Cyprian—. Los señores romanos hablaban en griego entre ellos, me lo enseñaste tú mismo, tío.

—El alumno supone un honor para el maestro.

—Creí que dijiste que el libro debería estar en algún lugar allí abajo.

—Dije que no sabía si se trataba de un libro. Nosotros lo habríamos convertido en un libro; puede que los paganos utilizaran cualquier medio para conservar el saber, incluso dibujos en las paredes de las cuevas. —Melchior Khlesl dudó unos instantes—. En su origen fueron dibujos en las paredes de las cuevas, de eso estoy seguro. El diablo mora entre nosotros desde que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso y los hombres vivieron como los animales.

—¿Y ahora has abandonado la búsqueda?

—Si allí abajo hay algo, está tan bien camuflado que ni siquiera yo logré encontrarlo. Como fui incapaz de apoderarme de él y destruirlo, preferí enterrarlo allí mismo. La vacante en la iglesia tras la muerte del viejo párroco me proporcionó el tiempo necesario para hacerlo y los destrozos causados por la última inundación me ayudaron.

—Bien —dijo Cyprian—. Menos mal que se ha acabado. Entonces ya no requieres mi ayuda y podré seguir mi propio camino.

El obispo pareció escuchar las palabras de su sobrino, pero en el caso de Melchior Khlesl nunca se sabía con precisión. Éste mantuvo la mirada clavada en el montón de documentos posados encima de su escritorio.

—En realidad, me temo que de todos modos llegamos demasiado tarde —murmuró.

—¿Demasiado tarde? Pero si tú buscaste allí abajo desde que la gran inundación dejó el antiguo santuario al descubierto. ¡Durante casi veinte años!

—Cuando digo «demasiado tarde», Cyprian, quiero decir siglos demasiado tarde. Los supersticiosos siempre supieron que allí abajo había algo inquietante, incluso el hecho de que las cuevas se comunicaran con el río y que realmente existiera un pequeño lago que, según la época del año, contenía más o menos agua. La mujer convertida en piedra, los peces negros de ojos centelleantes, todo ello representa el mal que moraba allí abajo y que las personas no lograban explicarse. ¿Por qué crees que el antiguo santuario fue destruido y rellenado? San Severo recibió la orden de cumplir con esa misión, pero estoy convencido de que fueron los mismos hombres que vivían aquí en aquella época quienes trataron de encerrar el poder del diablo bajo tierra.

Cyprian apartó las listas y los pergaminos y se sentó en el borde del escritorio. Su tío se inclinó hacia atrás y Cyprian le lanzó una mirada.

—Tío —dijo por fin—, la búsqueda ha terminado. Y me alegro de ello. Nunca quise hacer otra cosa que ayudarte durante todos estos años, pero ahora deseo dedicarme a mi propia búsqueda. Has consagrado media vida a buscar un libro que creías oculto delante de tu nariz... en las catacumbas debajo de la iglesia de Heiligenstadt. Durante casi el mismo tiempo, el único amor que he ansiado también estaba delante de mi nariz, y ahora alguien quiere quitármelo. Te agradezco que me hayas sacado del fango, tío, pero ahora te ruego que me dejes marchar.

—He descubierto algo que indica que alguien se me ha adelantado —suspiró Melchior Khlesl.

—¿Qué es?

—Un crucifijo pintado con hollín, en un nicho sellado con una piedra. Si un anillo de fango no se hubiera destacado entre las grietas, jamás habría visto el nicho. Aflojé la piedra y la extraje. El nicho estaba vacío, excepto por la cruz pintada.

Cyprian no quería aceptar las palabras de su tío, sin embargo se oyó preguntar:

—¿Cuán vieja era la cruz?

Melchior Khlesl se encogió de hombros.

—Hasta antes de la última inundación, el lugar estaba bajo las aguas del lago. Después el nivel debe de haber bajado, tal vez porque los sedimentos acumulados obstruyeron algo..., no lo sé.

—Así que la cruz puede tener una antigüedad de un par de siglos... o de sólo veinte años.

El obispo no contestó.

—Por lo visto lo que había en el nicho no era una pintura rupestre, sino algo que podías llevar contigo —dijo Cyprian.

—Tablillas de cera, de barro, trozos de lino sellados con cera...

—¿De qué servirían?

—Alguien puede haberlas traducido —dijo Melchior Khlesl con la vista clavada en el vacío—. El origen del santuario era romano, así que las escrituras deberían ser latinas o griegas.

—Cualquier párroco o monje medianamente culto...

Melchior Khlesl rio de mala gana.

—... como los que aún existían hace un par de siglos... —añadió Cyprian.

—La cultura ya no da para mucho —dijo el obispo—. Lo único que saben hacer es maldecir la herejía o caer en ella, a veces en ese orden. Y tramar asesinatos.

—¿Otra vez?

El obispo se levantó y se acercó a la ventana. Cyprian se puso a su lado. Dos plantas más abajo, en el patio empedrado del palacio obispal, se veía una mancha de color rojo pardusco; Cyprian creyó ver piedra molida y astillas en la superficie.

—Anteayer, y por casualidad, cayeron al patio dos tejas que deben de haberse aflojado hace años, justo en el lugar que yo ocupaba.

—Una estúpida casualidad —dijo su sobrino y lo miró.

—Oí el rumor y me arrojé a un lado. —Melchior Khlesl se llevó la mano al pómulo donde bajo la luz de la ventana se veía un pequeño corte—. Sólo me hirió un fragmento, eso es todo.

—¿Autores?

—No fueron descubiertos. Por supuesto que no cabe duda de que fue un miembro de la servidumbre, y tampoco de quién le pagó.

Cyprian seguía observándolo.

—¿Has vuelto a enviarle una carta de acusación al Papa? —preguntó finalmente con una leve sonrisa—. Sabes que leen tus cartas.

—A veces hay que desfogarse —gruñó el obispo en tono malhumorado.

—¿Has vuelto a inculpar a todos los consejeros de la corte imperial como fuente

de todo mal, como apoyo de prelados impíos e inductores de las revueltas en contra del honor del obispado? ¿Los has tachado de parásitos y has llamado a la corte un estercolero?

—Aún peor —dijo Melchior Khlesl, sin detallar qué sería aún peor.

Cyprian se apartó de la ventana y contempló el sobrecargado escritorio de su tío.

—Tablillas de cera y trozos de lino. ¿Dónde crees que los escritos se encuentran ahora?

—Como sin duda te he explicado cientos de veces, Cyprian...

—... las tablillas y el trozo de lino ya no están, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas de cera, al igual que ya no existen las grafías egipcias que copiaron los griegos.

—Y así sucesivamente —dijo el obispo—. Retrocediendo hasta Sodoma y Gomorra, hasta el Diluvio, hasta el asesinato de Caín por Abel, si eso es lo que quieres.

—Y tú te crees capaz de romper una cadena tan larga destruyendo la última edición de este legado del diablo.

—Lo que personalmente creo es que la posibilidad de fracasar es muy grande —dijo el obispo, lanzándole una mirada de soslayo—. Pero también creo que estamos obligados a intentarlo, porque el diablo siempre se vuelve invencible si nadie tan siquiera intenta enfrentarse a él.

Cyprian sonrió. Melchior Khlesl tosió, se arrebujo en la pelliza y se estremeció. Cyprian le acomodó la pelliza alrededor de los hombros. Ambos se miraron a los ojos. En ese instante, y pese a las diferencias, parecían padre e hijo: el obispo flaco y envejecido de rostro cansado y el sobrino robusto de cabellos cortos que lo hacían parecer un campesino empobrecido de puños relajados. Desde un principio, Cyprian había sido el protegido de su tío —de quien los hermanos mayores y las hermanas menores de Cyprian siempre hicieron caso omiso— y había aceptado los regalos del ambicioso clérigo —en su mayoría enseñanzas, viajes, invitaciones a comer con doctores, profesores y otros eclesiásticos de gran cultura—, los había disfrutado, asimilado y en realidad, había superado las expectativas de su tío. A la edad en la que los hijos primogénitos de los príncipes se trasladaban a otras cortes para formarse y cumplir con su condición de rehenes, y en la que los primogénitos de los mercaderes hacían su aprendizaje en las empresas de los socios de sus padres, Melchior Khlesl lo puso al corriente de la búsqueda a la que había dedicado toda su propia vida.

—Tu catador, ¿aún sigue con vida? —preguntó Cyprian.

El obispo hizo una mueca.

—Lo único que me pasa es que estoy constipado. Si hubieran intentado envenenarme, ahora habría un par de cadáveres en este palacio.

—Los catadores también pueden ser sobornados.

—Hablo de mis perros. Ésos prueban todo antes de que yo lo coma. Hace tiempo que no me fío de mi catador. Sólo lo hago catar para que al menos él también se envenene si tratan de envenenarme a mí —dijo el obispo y arqueó una ceja. Después su sonrisa se apagó.

»Algún día no me arrojaré a un lado a tiempo, Cyprian, y entonces las tejas acertarán. Quiero nombrarte mi heredero. Oficialmente. Quiero adoptarte como hijo, quiero que emprendas una carrera eclesiástica. Quiero presentarte en la corte y conectarte con todas las relaciones que he establecido durante todos estos años en Roma y en el colegio de cardenales. Quiero que prosigas mi tarea cuando haya muerto, y sólo lo lograrás si ocupas cierta posición de poder en esta manada de lobos que se autodenomina Sacro Imperio Romano. Pagaré tu formación, tus estudios y todo el dinero necesario de los sobornos, y me encargaré de que sostengas el báculo de obispo más rápidamente que cualquier otro. ¿Aceptas mi propuesta?

Cyprian contempló a su tío. Sintiera lo que sintiese por ese hombre, no se alejaba mucho del amor incondicional.

—No, de todo corazón —contestó.

El obispo sacudió la cabeza.

—Precisamente por eso eres el indicado —dijo, lanzando un suspiro—. En tu posición y a tu edad, cualquier otro habría vendido su alma al diablo si yo le hiciera semejante propuesta. Tu hermano heredará la panadería; tus hermanas necesitan dinero para la dote. ¿Qué te quedará a ti? Nada. No te hago esta propuesta para comprar tu lealtad; ambos sabemos que nos somos leales. Mi único objetivo es que puedas proseguir mi búsqueda si es que no logro acabarla antes de morir. Si el testamento del diablo cae en manos humanas se producirá una catástrofe inimaginable. Piensa en el castigo que Dios impuso a Sodoma; piensa en el Diluvio, recuerda la caída del Imperio Romano. Nuestro mundo estallará en llamas.

—Quizás antes no me expresé con claridad; he venido porque quería rogarte que me dejaras marchar —dijo Cyprian tras una pausa.

—Te expresaste con mucha claridad.

A través de la ventana, Cyprian vio el cielo ennegrecido del ocaso.

—Sé que no necesito rogarte que me dejes marchar. No eres mi amo, y yo no soy tu siervo, pero estoy en deuda contigo. Permite que me marche, tío, alguien me espera.

—Lo peor de todo esto —dijo el obispo como si no lo hubiera oído— es que cada vez hay más personas que están al tanto. Es como si el testamento del diablo hubiera decidido por cuenta propia que ya ha descansado el tiempo suficiente. Y la mayoría de quienes se enteran de su existencia quieren utilizarlo por una buena causa: acabar con la Reforma, unir al mundo bajo el poder de Jesucristo, echar al diablo del infierno para siempre, qué se yo. No comprenden que no se puede utilizar el mal para hacer el

bien, porque sólo provocará males mayores. Quienes intentan apoderarse de los escritos por motivos oscuros son los adversarios menos peligrosos, porque se los reconoce desde lejos. Los otros, los que están convencidos de que hacen lo correcto..., a éstos hemos de temerles. —El obispo miró a su sobrino, y éste quedó consternado al ver las manchas rojizas que cubrían el rostro de su tío.

—No puedo librar esta batalla a solas —continuó el obispo—. Soy demasiado débil.

—No te dejarás corromper.

—No soy menos corrompible que los demás. Si cae en mis manos, quemaré el libro sin leerlo, pero a solas no tengo ninguna posibilidad de encontrarlo.

Cyprian no le contestó. Melchior Khlesl volvía a tirar de su pelliza. Cyprian lo contempló de soslayo y de repente el obispo volvió a sonreír.

—Así que alguien te espera, ¿verdad? El amor que todo el tiempo estaba delante de tu nariz, al igual que mi certeza de que la iglesia de Heiligenstadt no sólo alberga una vieja leyenda bajo sus muros.

—La espera ha llegado a su fin.

—He oído que hay otros planes para Agnes Wiegant.

Cyprian no se sorprendió de que su tío estuviera informado y comprobó que así le resultaba más fácil. Melchior Khlesl no tenía fama de ser una persona que construye puentes para sus congéneres. Hacía excepciones en el caso de su sobrino Cyprian cuando albergaba la sensación de que de lo contrario al joven le resultaría demasiado difícil salir del cascarón, y Cyprian lo sabía. Había numerosos motivos por los cuales, después de Agnes, su tío era la persona que más le importaba.

—Agnes es ilegítima. ¿Lo sabías?

Su tío volvió a arquear las cejas.

—No —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo ella. Uno de esos viscosos padres dominicos, que el padre de Agnes conoce desde hace tiempo y que vino de visita a principios de año, se fue de la lengua.

—¿Y?

—Su padre dice que la rescató de una casa de expósitos de Viena.

—Pues eso es una buena acción, ¿no?

—¿Por qué no se lo dijo hasta ahora?

—A veces uno prefiere evitarle los golpes a sus seres queridos y no arrancarlos de sus sueños..., y a veces uno no quiere arrancarse de sus propios sueños...

—En todo caso, no le supone ningún trastorno casarla con alguien a quien ella no ama.

Melchior Khlesl se alejó de la ventana y tomó asiento detrás del escritorio.

—Te ayudaría si pudiera. Pero no creo que el jefe de la familia Wiegant me

escuchara. Y no me refiero al bueno del viejo Niklas —dijo, haciendo una mueca.

Cyprian calló, procurando que su expresión fuera neutral.

—No —dijo el obispo finalmente—. En primer lugar, no sabría qué hacer; en segundo lugar, un amor no conquistado por uno mismo no tiene valor.

—*Ite, missa est* —dijo Cyprian.

El obispo esbozó una sonrisa cansina.

—El amor ha roto nuestra bonita camaradería.

Cyprian guardó silencio durante tanto tiempo que éste se volvió notable.

—No —dijo por fin—. Pero el sermón era superfluo.

—No era un sermón.

Cyprian se encogió de hombros, sin despegar la mirada de su tío.

—¿Con quién quieren casarla?

—Con Sebastian Wilfing hijo.

—No es una mala elección —dijo el obispo.

—Tampoco supongo que Niklas Wiegant quiera torturar a su hija adrede.

—¿No erais amigos, tú y Sebastian Wilfing?

—Eso supondría desvalorizar el concepto de la amistad. Pero tampoco éramos enemigos.

Melchior Khlesl asintió con la cabeza. En caso de haber oído que su sobrino había hablado en pasado, simuló no haberlo notado.

—Agnes no recuerda lo que vio en las catacumbas debajo de la iglesia —dijo su sobrino, recordando lo que ella le había confesado esa mañana—. Ha olvidado la iglesia y todo lo relacionado con ésta —mintió, sin saber por qué lo hacía.

—En cuanto a ese asunto, Cyprian, todo está relacionado entre sí de algún modo y para saberlo no necesito la piedra de la sabiduría, el elixir del conocimiento o alguna otra tontería de los alquimistas. Me lo dice mi olfato y mi olfato jamás me ha engañado.

—Así que tu olfato, ¿no? ¿Acaso no te informó también de que sería inteligente unirse al archiduque Matthias, y por eso te granjeaste la enemistad de los consejeros imperiales?

—Eso no significa que mi olfato me haya engañado. Por favor, Cyprian, no me dejes en la estacada. No podrás evitar que Agnes se case con el hombre que su padre ha elegido para ella. No es necesario que te presente mi propuesta por segunda vez.

—Mi carrera en la iglesia.

—No se trata de la carrera. Se trata de proseguir la obra iniciada por Jesucristo: proteger a la humanidad frente a la seducción del Maligno, se trata de que las personas como tú son necesarias para llevar a cabo la tarea.

—Mi respuesta sigue siendo la misma.

El obispo tamborileó con los dedos en el escritorio.

—Cyprian, ayúdame a encontrar ese condenado manifiesto. Me encargaré de que puedas continuar tus estudios aquí. Ni siquiera tendrás que abandonar Viena y siempre estarás en comunicación con Agnes porque, de algún modo, ella forma parte de esta historia, de lo contrario no habría sucumbido a la llamada de las catacumbas bajo la iglesia de Heiligenstadt. Que se convierta en la mujer de Sebastian Wilfing no significa que no pueda convertirse en tu amante. La iglesia requiere toda la dedicación de tu alma, no la de tu masculinidad.

—Hace demasiado tiempo que eres obispo, tío, ya piensas como un clérigo romano.

—Lo dije con buena intención —murmuró Khlesl. Parecía perplejo.

—Si me prestara a semejante cosa, no sólo no sería el hombre idóneo para Agnes sino tampoco para mi tarea. Si Agnes y yo nos unimos, no será mediante el engaño y los secretos, y me es absolutamente indiferente que la circunstancia que me has sugerido sea la solución para la mitad de los que se quieren. Para nosotros sería errónea.

—Sólo te pido que me ayudes con una cosa más —dijo el obispo—. Han surgido contingencias nuevas y quiero que las oigas conmigo.

—¿Qué contingencias nuevas?

—Te mandaré llamar en cuanto las conozca.

—Ya no eres el único que sigue la pista de la Biblia del Diablo —concluyó Cyprian.

—Ya te lo he dicho: el asunto ha vuelto a despertar.

—Vendré en cuanto me llames.

—Gracias.

Cyprian se dispuso a marcharse.

—¿Cómo descubriste que la entrada a las catacumbas bajo la iglesia ha dejado de existir? —preguntó el obispo.

—Porque estuve allí. No me prohibiste que echara un vistazo.

—No importa —dijo el obispo.

Cyprian no sabía si su tío había descubierto su mentira, o no. Ocultarle la verdad le daba dolor de estómago, pero sentía que lo hacía para proteger a Agnes. Empujó la puerta y un criado entró corriendo desde la habitación contigua y la sostuvo abierta. Cyprian se giró. El obispo Khlesl, que había vuelto a sumirse en sus documentos, se acomodó la pelliza y tosió. El criado cerró la puerta.

—Cuídate —murmuró Cyprian, antes de alejarse.

Una vez que Cyprian se hubo marchado, el obispo Khlesl no despegó la vista de la puerta cerrada durante un buen rato. Por fin extrajo un pergamino muy desgastado de una carpeta de cuero y lo alisó. Una cajita de madera contenía trocitos de carbón tallado del tamaño de una uña. Con uno de ellos el obispo dibujó un círculo en el centro del pergamino, después tres círculos más pequeños que parecían flotar como cuervos por encima del anterior.

En éstos dibujó iniciales y junto a ellas algo parecido a un birrete: con un poco de práctica, el obispo podría haberse ganado la vida como dibujante, al igual que Giuseppe Arcimboldo, que hasta hacía pocos años había trabajado para el emperador Rodolfo.

Debajo del círculo mayor y separado de los otros tres dibujó dos más. Al obispo se le escapó una leve sonrisa cuando añadió a uno de ellos una gran nariz pegada y al otro unos cabellos cortos. El carboncillo corría por encima del pergamino, garabateando en el silencio y la oscuridad cada vez mayores de la habitación, pero el obispo no lo notó. Junto a ambos círculos trazó un tercero; tras dudar unos instantes, el obispo dibujó una «A» en el centro y después unió mediante unas líneas el círculo mayor con todos los demás; los tres círculos quedaron vinculados entre sí, al igual que los círculos que representaban al obispo y a Cyprian. A un lado dibujó otro círculo pequeño, alejado de los anteriores, situado al este si uno tomaba al círculo mayor como centro; los otros tres estaban ubicados al sur y al oeste de los demás.

Una línea de puntos unía el círculo adornado con el birrete con el círculo más reciente, y junto a éste apareció un signo de interrogación.

El obispo Khlesl se inclinó hacia atrás. El gran círculo central parecía estar dotado de una docena de tentáculos que se aferraban a los más pequeños, y ahora el círculo central encogía los tentáculos y recogía su botín. Khlesl trazó una circunferencia de puntos alrededor del círculo central: una muralla, un límite poroso cuyos débiles rasgos parecían indicar que su creador tenía menos información al respecto que con respecto a todo lo demás.

Finalmente trazó una línea entre los círculos que representaban a Agnes y a Cyprian, pero tras un breve titubeo, la borró con el pulgar. Aún seguía visible, una sombra que se resistía a desaparecer. El obispo sonrió y sacudió la cabeza; después se dio la vuelta, como si sólo en ese momento percibiera que la habitación estaba a oscuras. Recogió el pergamino, lo llevó hasta la ventana, lo dejó en el antepecho, retrocedió y lo contempló, arqueando las cejas.

A unos pasos de distancia se veía que una de las líneas, la que unía el círculo central con los círculos más pequeños, era más gruesa que todas las demás.

El obispo entrecerró los ojos. Alzó la mano derecha y la examinó, observó el

polvillo de carbón que le manchaba las puntas de los dedos como buscando un indicio de que su mano había sido dirigida por un poder invisible. Después se limpió la mano en la sotana y volvió a contemplar el dibujo.

El trazo más sólido era el que conducía al círculo de Agnes Wiegant.

El obispo agarró el dibujo con mucho cuidado, lo llevó hasta la chimenea y contempló cómo las llamas consumían el pergamino hasta que el último trozo carbonizado se convirtió en ceniza.

Después tocó la campanilla para llamar al criado. Su sonrisa había desaparecido.

Cuando sonó la campana llamando a Laudes, hacía dos horas que el padre Xavier estaba despierto. Se había desconectado de todos los ruidos del dormitorio de los monjes; sólo la costumbre de toda una vida hizo que la llamada a la oración penetrara en sus oídos. Había mantenido los ojos abiertos, pero sin percibir la lenta entrada de la luz del amanecer a través de las grandes ventanas y tampoco el incipiente frío otoñal que se volvía más intenso a esa hora anterior a la salida del sol y que penetraba a través de los cristales rotos como un hálito. El padre Xavier estaba solo en el espacio personal creado por su concentración, ocupado exclusivamente en sí mismo y en la pregunta a la que intentaba hallar una respuesta desde su llegada a Praga hacía siete días.

A su alrededor, los monjes de Breznov se levantaban del catre, algunos saludando la llegada del nuevo día con alegría, la mayoría quejándose y bufando, como si la vida en el convento, medio en ruinas desde las guerras de los hussitas, hubiera penetrado en sus huesos convirtiéndolos también a ellos en restos carcomidos antaño sólidos.

El padre Xavier se bajó del catre, saludó a los benedictinos inclinando la cabeza, simuló la humildad y la reserva apropiada para un miembro de otra orden que había sido acogido como huésped y salió del dormitorio detrás del grupo de monjes arrastrando los pies. La misa de Laudes le proporcionaría otra oportunidad de reflexionar sobre la pregunta, pero en el fondo ya conocía la respuesta. La respuesta era «no».

—¿La oyes, la hueles, la sientes..., la ciudad de los cientos de campanas y coros, de aromas de países extranjeros e infernales olores, del empedrado bajo tus pies y las encantadoras manos que rozan tu piel desnuda? ¡Esto es PRAGA! ¿Ves la ciudad de las cien torres, la blanca y la negra, la de Daliborka, la de Mihulka, la de Enrique y la de Nicolás, las de María de Teyn, de San Vito, la del ayuntamiento? ¡Esto es PRAGA! ¿La ves? ¿La oyes? ¿La hueles? ¿Ves el castillo en la colina, oyes el rugido de los leones en el foso del Ciervo, hueles los miasmas y las casas de las brujas de la Goldmachergasse? ¡Esto es PRAGA! ¿Ves a la princesa Libue que le ordena a su caballero que se arrodille ante el umbral de Pemysl y funde la ciudad de Praga? ¿Oyes el violín de Dalibor, que no dejó de tocar cuando lo llevaron ante el verdugo y que sólo enmudeció cuando su cabeza cayó bajo la espada? ¿Hueles a la podrida Brigitta cuyo espíritu recorre las callejuelas en las noches de invierno besando a todos los transeúntes porque espera saborear los labios de su amado que los cuervos picotearon cuando colgaba de la horca? Esto es Praga, forastero, esto es el paraíso del diablo, la ciudad de los ángeles, ¿la hueles, la oyes, la VES? Considérate afortunado, forastero, ¡porque yo no puedo! ¡Una limosna, buena gente, una limosna para el ciego, una limosna para el ciego!

El padre Xavier clavó la mirada en el mendigo acurrucado en el suelo junto a la iglesia de María, con un gorro de cuero a sus pies. Su torso se balanceaba de un lado a otro, el trozo de tela que le rodeaba la cabeza estaba sucio y, allí donde habían estado sus ojos, se veía una mancha de un líquido rojo y aguanoso. El hombre gritaba con voz ronca y sonora. Había un par de monedas en su gorro de cuero, un puñado de granos de centeno, un bollo a medio comer y una talla de madera de un hombrecillo del que se habría desprendido un niño compasivo. El padre Xavier esbozó una sonrisa. El ciego dejó de balancearse, olisqueó echando la cabeza hacia atrás y dirigió el rostro hacia el padre Xavier.

—¿Cómo te encuentras, forastero? —preguntó con voz profunda y sosegada.

—Muy bien, hijo mío —dijo el padre—. Dios te bendiga, hijo mío.

—Doy gracias a Dios el Señor, hermano. Que os bendiga también a vos.

El padre Xavier se sintió liviano, una liviandad que no había sentido durante los siete días de clausura en el convento benedictino. Era la liviandad del cazador que aún no sabe dónde se oculta su presa pero que por fin se ha decidido a ir en busca de su rastro. El cazador sabe que la presa puede atacarlo antes de haberse preparado, aunque sólo sea por temor. Ésa era la respuesta a la pregunta que se había planteado durante tanto tiempo, la misma que se tuvo que plantear Dios para crear el mundo: ¿sería capaz de cumplir su misión sin alojarse en el Hradschin, en el centro de la telaraña, en el punto central del poder, de los rumores, de las medias verdades y los

hechos distorsionados, en el núcleo magnético de todo aquello que deambulaba más allá de los límites de la fe católica? ¿Acaso podía albergar una esperanza de encontrar el rastro que lo llevara hasta su objetivo en otro lugar que no fuera el reino del emperador alquimista?

La respuesta había sido «no».

—Bien —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

—La voz, hermano. La voz de los hombres lo dice todo. Sólo hay que querer escuchar. Y lo mejor que sabe hacer un ciego es escuchar. ¡Una limosna, buena gente, una limosna para el ciego!

El padre Xavier se apartó cuando un hombre se inclinó, dejó caer una moneda en el gorro de cuero, se persignó y siguió caminando. El ciego asintió con la cabeza.

—¿Y qué te dijo mi voz?

—Es suave, hermano. Un hombre de Dios no necesita alzar la voz, sabe que lo escuchan. Tiene un deje, hermano, y en ella creo oír llanuras secas, piedras ardientes y el azul de un mar gélido. Pronuncia las palabras de Dios, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios.

—Bien, bien —dijo el padre Xavier—. Casi se podría envidiar a alguien con un oído tan fino.

—Oh no, hermano, no me envidiéis. Dios me ha quitado la luz de los ojos porque fui un pobre pecador. Me arrepentí y acepté mi castigo, pero no me envidiéis, hermano, de verdad.

—¿Provienes de Praga?

—Treinta años en el empedrado, en las callejuelas y bajo las torres..., ése soy yo, padre, sí señor. Treinta años con el beso de los ángeles en la frente y la mordedura del diablo en el culo, con perdón, padre.

—¿Conoces bien la ciudad?

—Le he puesto nombre a todos los adoquines de todas las callejuelas, padre. Ése... —las manos del mendigo aletearon por encima del suelo—, ese que sobresale es Horymir, y el ancho a su lado es emík, el caballo de Horymir que salta por encima del muro del castillo y se desliza por la ladera para salvar a su amo de la ejecución que lo amenaza.

—¿Y el castillo?

—Oh, hermano, ¿cómo queréis que no conozca bien el castillo de Hradschin tras pasar los años benditos de mi vida allí? Era un criado, hermano, dormía caliente y todos los días comía y bebía lo suficiente, y eso me volvió presumido e irresponsable. Sí, hoy puedo admitirlo porque soy un pecador arrepentido y a éstos pertenece el amor de Jesucristo, nuestro Señor. Robé, hermano, y me descubrieron, me quitaron la luz de los ojos y me arrojaron a la calle. No les guardo rencor, hermano, porque el castigo fue justo, y... —El padre Xavier asintió con la cabeza. Sacó una moneda de

su talego y la dejó caer—. A cambio de eso la indulgencia de nuestro Señor me proporcionó otros sentidos.

La moneda cayó en el empedrado junto al gorro de cuero y rebotó. El padre Xavier lanzó el pie hacia delante y pisó la moneda y también la mano del ciego, que se había apresurado a recogerla.

—¡Ay! —dijo el ciego—, ¡maldición! —Intentó retirar la mano de debajo del pie del padre Xavier, pero el dominico apoyó en ella todo su peso. El ciego gimió y abandonó sus esfuerzos. Tendido a los pies del padre Xavier, alzó el rostro crispado.

—Así que otros sentidos —dijo el padre Xavier.

—¿Adónde queréis ir a parar, padre? ¡Mierda!

—Existen dos opciones. Opción número uno: te quito la ridícula venda de la cabeza, la que teñiste de rojo con zumo de bayas, para que vean cuán delgada es en los puntos a través de los cuales miras; después empiezo a dar voces, llamo a Dios por testigo de que eres un tramposo y aprieto tu mano bajo mi pie hasta que acudan los guardias y te lleven preso; y si se te ocurriera la idea de atacarme con la otra mano, recuerda que la avaricia por agarrar la moneda hizo que encogieras los dedos, y que puedo rompértelos apretando un poco más...

Algo crujió bajo la sandalia del padre Xavier.

—¡Ay! —exclamó el mendigo—. ¡Está bien, elijo la segunda opción!

—¿Cuánto hay de verdad en esa historia de que eras un criado en el Hradschin?

—¡Todo, excepto que no me dejaron ciego! —aulló el mendigo—. ¡Deteneos, hermano, seguiré vuestro juego!

El padre Xavier alzó el pie, el mendigo retiró la mano y la examinó a través de la venda. Los dedos estaban magullados.

—¡Ay, me duele mucho! —gimió.

—No estás gravemente herido, así que deja de lamentarte.

—Dios os bendiga, hermano, y si alguna vez se os cae la cabeza, ¡espero que Dios se cague en vos!

—¿Cómo hago para entrar en el Hradschin?

El rostro que la venda volvía medio irreconocible se volvió hacia él con expresión sorprendida y después una sonrisa se dibujó en las hirsutas mejillas del mendigo.

—Recién llegado a la ciudad, pero ya os habéis enterado de que en el reino de su cristianísima majestad Hermes Trismegisto las sotanas no son bienvenidas, ¿no?

—¿Hermes Trismegisto?

—El emperador no sólo está sentado en su trono, también ocupa el asiento del hechicero. ¿No lo sabíais, padre? El emperador dispone de todo lo necesario para la magia: alrunes, fetos secos, piedras con signos diabólicos, demonios encerrados en un cristal, bezoares, piedras caídas del cielo. Hace experimentos con polvo de momias y grasa de cadáver, y trata de crear un homúnculo; estudia con los rabinos judíos y mete

la nariz en sus fórmulas mágicas con mayor frecuencia que en la Biblia. Por eso lo llaman Hermes Trismegisto, el tres veces grande...

—El dios del fuego del averno, el dios de la muerte, el dios de la fertilidad —murmuró el padre Xavier.

—¿Tenéis miedo, padre? —El mendigo le lanzó una sonrisa malvada y al mismo tiempo ocultó su mano herida junto a su cuerpo. El padre Xavier hizo caso omiso de él.

—¿Cómo hago para entrar en el Hradschin? —repitió el dominico.

—El emperador no tolera sotanas a su alrededor, a menos que conozca personalmente al que la lleva. La entrada principal y las laterales están vigiladas por una escolta que acompañó al emperador desde Viena. A los forasteros les niegan la entrada —dijo el mendigo, soltando una risita—. Si deseáis esperar, padre, al menos os encontráis en buena compañía: diplomáticos extranjeros, barones del reino, legados papales, enviados del rey..., en Hradschin todo el mundo espera.

—No quiero esperar —dijo el padre con suavidad. La risita del mendigo se interrumpió.

—Decid que habéis sido llamado por los doctores Maier y Ruland para resolver una disputa. Cuando se trata de curar, Maier cree en esas tonterías de los rosacruces y Ruland sólo cree en los baños, el sangrado y las ventosas, pero ambos suelen dedicarse a discutir con eruditos eclesiásticos para demostrar sus teorías. Vos parecéis un erudito, padre. Intentad poner cara de inteligente y tal vez os franqueen el paso.

El dominico se agachó y recogió la moneda.

—Yo también elijo la segunda opción —dijo y arrojó la moneda en el gorro de cuero. Después se incorporó y contempló el rostro enmascarado, observando una gota de sudor que se deslizaba por debajo de la venda y desaparecía bajo el cuello de su interlocutor. El rumor de unas botas irrumpió en el silencio matutino de la plaza.

—¿Hay algo más que casi olvidaste contarme y que se te acaba de ocurrir? —preguntó.

—Evitad el ala de los criados —dijo el mendigo. El padre Xavier estaba convencido de que, de quitarle la venda, lo habría visto parpadear.

—¿Algo más?

—Idos al diablo, padre.

—Que Dios te bendiga, hijo mío. —El padre Xavier se alejó tranquilamente.

—¿Cuál hubiera sido vuestra primera opción, padre? —gritó el mendigo a sus espaldas.

El dominico señaló el grupo de guardias armados con lanzas y ballestas que recorrían la plaza y de cuyas botas provenía el rumor, pero no se giró y no volvió a mirar al mendigo. Al entrar en una de las oscuras callejuelas, comprobó con satisfacción que volvía a oír aquello de «¡Una limosna, una limosna para el ciego!».

Durante un tiempo, el castillo de Viena había sido la morada del padre Xavier. Cuando atravesó el puente levadizo y la puerta principal vigilada —pero no asegurada— y entró en el primer patio del castillo de Hradschin, los guardias lo observaron con escaso interés y entonces supo que el emperador Rodolfo se sentía como en casa en ese lugar. En Viena, el emperador —que en aquel entonces sólo era el archiduque de Austria— no había dejado de lamentarse de la estructura irregular y asimétrica del centro del poder imperial: el estrecho castillo, el patio con soportales completamente separado del castillo al que sólo se llegaba a través de un trecho al aire libre y que acabó destinado a albergar las caballerizas. Incluso empezó a aborrecer su propio intento de hacerse construir un edificio adecuado a su persona al este del viejo castillo en cuanto vio la extraña planta en forma de trapecio. Tres edificios repartidos en una inmensa llanura entre chozas, cuadras y casas destinadas a la servidumbre y sin ninguna muralla protectora, contruidos en la planicie vienesa con la manifiesta intención de alcanzar una solución intermedia siguiendo el dictado del pragmatismo estético. Y allí en Praga ocurría exactamente lo contrario: un castillo cerrado, apartado de la ciudad circundante por profundos terraplenes naturales, al oeste por un foso artificial y al este protegido por la escarpada ladera de una montaña. El Hradschin se extendía de oeste a este por encima del lomo de la gran roca, como la corona de espuma de una ola pétrea formada por sillares, tejados, almenas y torres eternamente asomados a la ciudad de Praga y, junto con las sombras proyectadas por la ola a lo largo del día, la enfermedad de su habitante imperial y la corrupción de su corte también se derramaban en la ciudad.

Estar al corriente de ello no impedía que uno se impresionara, que al pasar del segundo al tercer patio del castillo reconociera que la inmensa catedral de San Vito sólo era una ruina, un edificio iniciado por muchos hombres geniales y que ninguno de ellos acabó, y tampoco impedía inclinar la cabeza hacia atrás y maravillarse; uno podía cerrar los ojos y percibir los monumentos preñados de grandeza arquitectónica y seguridad en sí mismos sin dejar de sentirse pequeño y al mismo tiempo protegido. Aquello que tuvo el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder de adelantarse a la cristiandad e impulsar al observador hacia la beatitud.

El padre Xavier, que tenía una idea bastante precisa del poder del imperio y de las intenciones del actual emperador, no sintió nada parecido. Deambuló hasta la entrada del palacio real, expresó sorpresa cuando los guardias lo detuvieron, recitó la cantinela acerca de los doctores Maier y Ruland, y aquéllos, tras un mínimo titubeo, le franquearon la entrada. La manía del emperador de convertir el Hradschin en una fortaleza cerrada a cal y canto también era al mismo tiempo su punto débil.

Si se consideraba que la esperanza de no lograr nada durante el primer día no suponía un plan concreto, entonces el dominico había acudido al castillo sin un plan

concreto. Incluso en el interior de un inmenso edificio como el Hradschin, las lenguas sueltas no solían susurrarle secretos al primero que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontrar a aquellas a quienes dirigir las preguntas correctas y aparentemente inocentes. Puede que incluso emprendiera la búsqueda de los dos hombres que utilizó como coartada y entablara una discusión con ellos. Tras un par de días, los guardias lo reconocerían y lo dejarían pasar sin hacerle preguntas; tras un par de días más, ya habrían olvidado su cara y si se topaban con él en un archivo o una biblioteca, su presencia no les parecería ilegal y no se les ocurriría que se encontraban frente a un espía dedicado a su tarea.

El padre Xavier bajó por una estrecha escalera de caracol que conducía a la muralla del castillo y que según su experiencia era lo bastante oscura como para llevarlo hasta las dependencias de servicio. Los criados circulaban por todas partes y eran los más fáciles de dejarse impresionar por el hábito del dominico; buscaría a sus primeros aliados entre ellos y, al igual que en Viena, trataría de informarse de los pecados no confesados del emperador. Cuando era archiduque, Rodolfo había demostrado una afición por la carne no conforme a su rango: todas las criadas, tanto las jóvenes como las viejas, corrían peligro. El padre Xavier se permitió una sonrisa despectiva en medio de la oscuridad y la soledad de la larga escalera de caracol, y aún sonreía cuando chocó contra un hombre muy gordo a la altura de la pequeña ventana en forma de tronera.

Tras el choque, el dominico se vio envuelto en un olor a sudor, pescado y carne asada, y percibió el roce viscoso y pringoso de la seda y el brocado. Se detuvo y el gordo retrocedió un paso, permitiendo que el padre recuperara el aliento.

El hombre era el hermano mellizo de Leviatán: más alto que el padre Xavier, rechoncho y fofo, una bola de grasa de mejillas rojas como manzanas y un cuerpo en forma de barrica. El esfuerzo y la sorpresa hicieron que mantuviera la boca abierta y revelara unos dientes que el monje dominico —que poseía una dentadura perfecta— hubiera preferido no ver. Por encima de esa boca pendía la punta carnosa de una gran nariz ganchuda que se acercaba al labio inferior, húmedo en medio de la barba rubia y hendido por un profundo hoyuelo. Si no se hubiera visto sorprendido por el inesperado encontronazo puede que los ojos del individuo hubiesen permanecido ocultos en medio de pliegues grasientos, pero estaban muy abiertos. En ese rostro poco agraciado, el inmaculado azul de los ojos enmarcados por largas pestañas, perfectamente iluminados por la luz que penetraba a través de la ventana, eran lo único bello. Parpadearon —como los de los herejes cuyos brazos dislocados colgaban a sus lados mientras gemían y abjuraban del protestantismo y sus herejías—, pero su mirada los traicionaba. El padre Xavier clavó la vista en esos ojos y, con la conmoción que a ambos les produjo el cruce de miradas, reconoció la culpa

permanente, el miedo perpetuo y la mala conciencia. Los ojos eran los mismos que recordaba el padre Xavier, pero el rostro se había convertido en una desfigurada mueca del desenfreno más absoluto. El alquimista había llevado a cabo la transmutación en su propio cuerpo y, como siempre, la mierda había aumentado y el oro no había aparecido.

El padre Xavier bajó la cabeza, pero era demasiado tarde. ¿Cómo pudo haber creído que la ridícula barba evitaría que lo descubrieran, incluso durante un segundo? El emperador Rodolfo siempre lo había contemplado con el corazón, no con los ojos, como la liebre que no ve la cara triangular del zorro sino dos hileras de dientes afilados. El corazón del dominico latía tan apresuradamente que durante un minuto se quedó sin aliento. El cerebro no le respondía. ¿Qué debía hacer? El mendigo se lo había advertido, su propio recuerdo también: el emperador Rodolfo el amigo de las criadas. ¿Por qué habría de haber modificado sus costumbres, allí, en Praga, en su propio reino y rodeado de todo su poder?

Rodolfo de Habsburgo soltó un gruñido. Las mejillas como manzanas se habían convertido en flácidas y pálidas bolsas de piel. Del labio inferior colgaba un hilillo de saliva que se enredaba en la barba. Acto seguido fue como si medio castillo se desplomara encima del padre Xavier y lo aplastara contra la pared, un monstruo pasó aullando a su lado haciendo retemblar la escalera, y después se quedó solo. El retumbo de la huida del emperador del Sacro Imperio Romano resonó por los escalones junto con sus agudos chillidos. A sus espaldas quedaba el aroma a falta de higiene corporal y al coito apresurado en una cocina sobrecalentada, mezclados con el pestazo del miedo y de una vejiga débil.

El padre Xavier se apartó de la pared contra la que lo había lanzado el emperador. Alzó una mano y vio que temblaba. La miro hasta que el temblor desapareció y después procuró controlar su respiración. Por fin se quedó completamente inmóvil. Nadie que lo viera habría imaginado que tras su frente se arremolinaban las ideas. Los aullidos del emperador Rodolfo se perdieron en las profundidades del palacio real, y también el rumor de sus pasos.

El padre Xavier golpeó la pared con el puño, una vez, dos... el tercer golpe le reventó la piel de los nudillos y el cuarto dejó cuatro marcas rojas en forma de estrella en la pared. El dominico abrió el puño, contempló los rastros de sangre en la pared y sintió el dolor que aquietó el remolino de sus ideas; después alzó la mano y se lamió la sangre del dorso, se giró y remontó la escalera detrás de su antiguo confesante.

Seguir el rastro del emperador era fácil; el palacio real era un hormiguero y Rodolfo había trazado un sendero, como un niño que clava su bastón entre las hormigas. Los criados, funcionarios y cortesanos apiñados en grupos tenían una expresión de espanto y la mirada fija en el pasillo o la habitación a través de los que Rodolfo había emprendido la huida.

El padre Xavier atravesó el tumulto con toda la gracia real que el hábito otorgaba a su delgada figura. La desigual persecución acabó ante una puerta cerrada, frente a la cual se agolpaba al menos media docena de hombres vestidos con variados y costosos atuendos, que hablaban entre sí en tono desconcertado. El padre Xavier se mantuvo al borde del grupo, saludando con la cabeza cuando lo miraban y adoptando la postura de un humilde monje que por casualidad se encuentra en el escenario de un accidente, ignora qué ha ocurrido pero empieza a rezar por todos los presentes movido por la compasión y la fe. Cada vez aparecían más personas que obstruían el pasillo y aumentaban la confusión. Ningún sonido surgía de detrás de la puerta y los que apoyaban la oreja contra ella sacudían la cabeza y ponían cara de preocupación.

Por fin un hombrecillo de cabellos blancos se abrió paso a través de la multitud y echó un vistazo a su alrededor. Más adelante se topó con la mirada de un tipo gordo que no debía de ser mucho más joven que él y que le hizo señas de que se acercara.

—¡Menos mal que ya estáis aquí! —dijo el gordo. El padre Xavier, acostumbrado a las disonancias, escuchó las palabras no dichas: «¿Dónde diablos estabais?»

—Me alivia comprobar que tenéis todo bajo control —replicó el recién llegado, y el dominico volvió a oír las palabras no dichas: «¡Si mis ocupaciones fueran tan escasas como las vuestras, yo también habría sido el primero en llegar!»

—¿Qué ha ocurrido?

—Dicen que su cristianísima Majestad atravesó corriendo los salones presa de los nervios y que acabó por parapetarse en esa habitación.

—La que alberga su colección, claro.

—¿Y si no dónde, mi querido Lobkowicz?

El padre Xavier observó la mirada que intercambiaron ambos hombres. La multitud había retrocedido y ambos estaban justo delante de la puerta cerrada con llave. Lobkowicz intentó abrirla.

—¿Majestad? —exclamó—. Majestad, soy yo, el juez superior regional. Me acompaña el barón Rozmberka y muchas personas más preocupadas por el bienestar de Su Majestad. No hay ningún peligro, Majestad.

No recibió respuesta y quienquiera que se ocultara detrás de la puerta también guardó silencio. Lobkowicz soltó el picaporte y cerró el puño.

—¿Nadie sabe qué le ha ocurrido? Últimamente estaba muy tranquilo..., debe de

haber ocurrido algo —dijo el juez; su mirada rozó la figura del dominico pero sin prestarle atención.

—A lo mejor ha vuelto a perder una nuez —gruñó Rozmberka.

—No podemos esperar que salga por sí solo —dijo Lobkowicz—. El legado ruso aguarda, el legado del patriarca de Constantinopla aguarda, el nuncio papal, los generales, toda la cristiandad aguarda a que el emperador acabe por tomar la decisión de vengar la masacre del año pasado en Constantinopla y acabar con los turcos. No puede ocultarse en su cámara del tesoro... ¡Debe gobernar!

—No es necesario que me lo digáis a mí, querido Lobkowicz.

—Creí que todo se había tranquilizado tras su último ataque, cuando descubrió los engaños de Edward Kelley y lo mandó encerrar. ¡Y ahora esto!

—No nos quedará otro remedio.

—¡Maldita sea, Rozmberka!

—¿Acaso creéis que esto me hace gracia? —El gordo barón hizo una mueca e imitó la manera de hablar de otro hombre—: «Os encargaráis de ello, ¿verdad, querido Rozmberka?» ¡Aunque sólo sea por eso, no dejo de desear que aquel día le hubiéramos arrancado las entrañas!

Lobkowicz bajó la cabeza. Después le hizo señas a uno de los demás.

—Enviad a alguien a la Goldmachergässechen para que vaya en busca del *fabulator principatus*. Decidle que el emperador necesita que le vuelva a contar la historia.

El hombre se abrió paso entre la multitud y se alejó. El juez contempló con expresión adusta los rostros de quienes lo rodeaban y su mirada volvió a recaer en el padre Xavier. Este desplegó una sonrisa a fin de confundirse con los demás. Detrás de la puerta cerrada aún reinaba el silencio.

—Aborrezco esta situación —murmuró el anciano juez—. ¡Maldito sea lo que haya visto o haya creído ver, o se haya imaginado!

—¿Y si atenta contra su propia vida? —susurró Rozmberka—. Imagináoslo..., mientras nosotros nos quedamos aquí papando moscas.

—¿Acaso pretendéis que derribe la puerta de la muy privada cámara del tesoro del emperador? —se indignó el juez superior regional—. ¿Bajo mi responsabilidad? ¿Acaso tengo pinta de querer pudrirme en una jaula en el foso del Ciervo? ¡Dad la orden, querido Rozmberka, si eso es lo que queréis!

—Estamos todos condenados —dijo el barón.

* * *

Después de un rato apareció un joven acompañado de varios guardias que le abrían paso con brusquedad. Ambos funcionarios del reino lo saludaron con frialdad.

—¡Os toca a vos! —gruñó el juez.

—¿Qué le ha ocurrido al emperador?

—Ni idea —dijo el barón—. Pero quizá sea algo tan grave que esta vez vuestra ridícula historieta no tendrá efecto, y entonces... —El gordo se indicó el vientre con el dedo, como si enrollara algo.

El joven renunció a tratar de bajar el picaporte, lo que le valió la aprobación del dominico, y dirigió la mirada a la multitud. Tenía un rostro estrecho, ojos oscuros y sobre todo arrugas cansadas en las comisuras de la boca: alguien que empezaba a hartarse de su vida.

—Debéis dar la orden de derribar la puerta —dijo Lobkowicz—. De lo contrario no podréis entrar. Hemos intentado establecer contacto con Su Majestad, pero no nos ha hecho caso.

—Retroceded todos —dijo el joven—. Su Majestad está justo detrás de la puerta.

Se puso en cuclillas y empezó a hablar en voz baja junto a la hendidura entre la hoja de la puerta y la pared. Ambos funcionarios y todos los mirones retrocedieron. El padre Xavier no logró percibir lo que decía pero de repente oyó el ruido de una llave que giraba dentro de una complicada cerradura; la hendidura se volvió más ancha y el joven se deslizó dentro de la habitación. La puerta volvió a cerrarse de golpe y la llave volvió a girar. Los que esperaban intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

El juez superior regional Lobkowicz bufó, después se giró con aire marcial y se alejó sin mirar a nadie. El barón Rozmberka permaneció inmóvil, su cara redonda reflejaba tanto cólera como alivio, pero sobre todo procuró disimular sus sentimientos. El padre Xavier se acercó a él.

—Señor —dijo en tono suave—, ¿cómo estáis? Me alegro de encontrar a un hombre como vos en esta inquietante situación.

Rozmberka le lanzó una mirada inexpresiva.

—Pertenezco al legado papal —dijo el padre Xavier haciendo un gesto vago—. Me han otorgado el honor de presentarme a vos. ¿No sabéis quién...?

—Sí, claro —dijo Rozmberka—. Sí, claro, ahora lo recuerdo. Esto..., lamento que presenciara este asunto..., por supuesto...

—... por supuesto que Su Excelencia el nuncio papal no debe enterarse de lo ocurrido —dijo el dominico—. Lo que por otra parte es una pena, puesto que él, al igual que yo, estaría impresionado por la manera en la que habéis resuelto esta situación.

—Ya —dijo Rozmberka y reprimió una sonrisa tonta.

—Ese joven —dijo el padre Xavier con una sonrisa—, ¿quién es? ¿Y qué es esa historia con la que logra tranquilizar a Su Majestad?

El hombre parecía un hermano mucho mayor del obispo Melchior, pero Cyprian conocía a todos sus tíos y sabía que el flaco Melchior no era un buen representante del aspecto de la familia Khlesl, y comprendió que el parecido entre los dos personajes que se encontraban en el estudio del obispo, más que genético debía de ser de carácter espiritual. Puede que el visitante fuese todavía más delgado que el obispo, y el bigote y la perilla alargaban su rostro aún más. Llevaba un atuendo desgastado. El obispo alzó la vista, contempló a Cyprian y arqueó una ceja. Cyprian descubrió otro parecido entre ambos hombres: sus rostros tenían un tono gris, como si acabaran de sufrir una conmoción moral.

Cyprian apartó el rollo de pergamino apoyado en el escritorio de su tío y se sentó en el borde del tablero. La mirada del visitante iba y venía entre Cyprian y Melchior Khlesl.

—Mi sobrino es de confianza —dijo el obispo en latín. Cyprian disimuló su sorpresa, pero conocía la lengua tan bien como la suya propia.

—¿Cuánto sabe? —preguntó el otro, también en latín.

—Lo mismo que yo.

Era obvio que sólo podía tratarse de un asunto. El empeño secular de Melchior Khlesl estaba dedicado a dos proyectos: el libro al que llamaba el legado del diablo y la coronación como emperador de un hombre que pareciera más indicado para evitar la destrucción de la cristiandad que el que actualmente ejercía el cargo. Cyprian no desempeñaba ningún papel en cuanto al segundo proyecto.

—Mi abuelo —dijo Cyprian—, el padre del obispo Melchior y del mío, era panadero. Éramos protestantes. Mi abuelo solicitó permiso para ofrecerles la última comida a los protestantes condenados a muerte. El obispo Melchior, su segundo hijo, recibió el encargo de llevarles el pan a los malhechores encerrados en prisión antes de su ejecución.

—En aquel entonces yo tenía quince años —dijo el obispo—. Vi ciertas cosas que habría preferido no ver. Si un padre jesuita no se hubiera encargado de mí y no me hubiera explicado que todo ese dolor era necesario para salvar almas, quién sabe qué habría sido de mí. Hoy ese padre es el rector de la casa de la *Societas Jesu* de Viena. Ya no es el hombre que fue. Si me lo encontrara hoy, ni diez caballos conseguirían que me convirtiera a la auténtica fe.

Ambos hombres miraron a Cyprian y éste comprendió que lo estaban sometiendo a una prueba y que su tío la consideraba innecesaria.

—En aquel entonces, el padre acababa de ser ordenado y había puesto en marcha los primeros procesos en contra de los herejes. También logró que condenaran a muerte a un viejo tonto que se presentó como alquimista y que por error envenenó a

la familia de un mercader mediante un elixir de vida preparado por él mismo. El viejo le rogó a mi tío que se quedara junto a él la noche de su ajusticiamiento y que le ayudara a prepararse para enfrentarse al último día...

—... y me contó una historia absolutamente asombrosa acerca de un libro —añadió el obispo.

—Y vos, ¿cómo encajáis en esto, Eminencia? —le preguntó Cyprian al visitante.

El visitante contempló a Cyprian entrecerrando los ojos; éste se quedó tranquilamente sentado en el escritorio de su tío y señaló el dedo medio de su mano izquierda. El visitante dirigió la mirada al anillo con la piedra de color violeta que resaltaba en su dedo medio.

—Supongo que olvidasteis quitároslo, Eminencia —dijo Cyprian.

Melchior Khlesl sonrió.

—Este es Giovanni Antonio Facchinetti, Cyprian, cardenal de *Santissimi Quattro Coronati*. Ambos compartimos un objetivo vital: eliminar el testamento del diablo de este mundo.

El cardenal Facchinetti hizo un esfuerzo visible.

—Confío en ti, hijo mío —dijo—. Confío en ti porque mi amigo Melchior confía en ti. Por lo demás, tengo pocos motivos para confiar en alguien en cuanto a este asunto. ¿Tienes claro qué buscamos y a qué poderes nos enfrentamos?

—El mal, disfrazado de bien. El poder del exterminio, disfrazado del poder del saber. La palabra de Lucifer. La Biblia del Diablo —bufó Cyprian—. Un par de hormigas decidieron hacer caer al elefante.

—Un elefante muy grande —dijo el cardenal Facchinetti con expresión grave—. Hablamos de un saber que ya existía cuando el mundo estaba yermo y vacío; hablamos de las palabras pronunciadas por la serpiente cuando tentó a Eva incitándola a arrancar la manzana. Hablamos del saber que indujo a los egipcios a sentar a sus faraones junto a Dios; hablamos del sexto y del séptimo libro de Moisés. Esas palabras no cejan en su intento de penetrar en el mundo bajo una nueva forma, para pervertir a la humanidad. Cuando los misioneros cristianos empezaron a destruir los santuarios paganos, los mejores no lo hicieron por fanatismo sino porque esperaban que con ello también lograrían destruir la Biblia del Diablo, aunque fuera por casualidad. Has de comprender, hijo mío, que ese saber por sí solo no tiene ningún poder, pero es capaz de buscar a un hombre débil que intente hacer uso de él y, como a fin de cuentas proporciona poder, el débil se convierte en un poderoso; somete al que cree dominarlo y engaña al que cree que podrá emplearlo para hacer el bien. El diablo siempre necesitó la colaboración de los hombres para sembrar su simiente y con eso que denominamos su legado logró dar el mayor golpe de todos. En todas las obras de Satanás se huele el azufre y se ve su pata de macho cabrío. En cambio en su testamento, a primera vista sólo se reconoce el brillo sublime del saber.

—Existe la historia de Prometeo... —dijo Cyprian.

El cardenal Facchinetti se persignó.

—¡Claro que existe! —dijo—. ¿Y cuál crees que fue su origen? La verdad es que el saber jamás puede ser un regalo, ¿lo comprendes? Estoy convencido de que Dios quiso que sus criaturas participaran de su sabiduría, poco a poco, pero hemos de esforzarnos para alcanzarla. Sólo tenemos derecho a poseerla cuando estamos preparados. Eso es precisamente lo que convierte la herencia del diablo en un veneno tan terrible: que consideremos la sabiduría un regalo y creamos poder emplearla para hacer el bien, ¡cuando sólo quiere destruirnos!

—Me pregunto por qué no eliminaron el libro en cuanto fue escrito.

El cardenal Facchinetti soltó una carcajada amarga.

—Porque su naturaleza supone que no se reconozca su influencia de inmediato. Al principio incluso se podía estudiar ese libro. El emperador Federico von Hohenstaufen fue uno de sus estudiosos más aplicados, ¿por qué crees que lo llamaban «El asombro del mundo»? Pero también fue quien comprendió lo que el libro era capaz de hacer. Entretanto se ha descubierto que pensó destruirlo. Creo que habría tenido el poder de hacerlo; en aquel entonces, muchos creían, y aún lo creen hoy, que fue uno de los pocos elegidos que llevó la corona del Sacro Imperio Romano.

—¿Por qué no lo destruyó?

—¡Porque también él sólo era un hombre y porque el poder del diablo es muy grande! ¡No pudo, le faltó valor! Pese a toda su sabiduría, él también lo consideró un regalo para la humanidad. ¿Sabes que el auténtico texto está escrito en clave?

Cyprian asintió con la cabeza.

—El emperador Federico hizo confeccionar una copia en la que faltaba la clave del código para que el saber no se perdiera y al mismo tiempo evitar que se descubriera. Esa copia fue a parar al convento de Brevnov, que se encuentra cerca de Praga, porque de allí era el monje que en su momento fue inducido a redactar la Biblia del Diablo.

—¡Inducido! —dijo Cyprian—. Lo que cayó en manos de aquel individuo fue una antigua versión romana, aquí, en Viena, en un antiguo santuario pagano. Él se limitó a traducirlo.

—Esa es mi teoría personal —dijo Melchior Khlesl encogiéndose de hombros.

—La inducción seductora ocurre de muchas maneras —dijo el cardenal.

—¿Qué se hizo de la copia? —preguntó Cyprian, para quien esta versión de la historia era nueva—. ¿Aún está en Brevnov?

—Lo que deberías preguntar es qué ocurrió con el original.

Cyprian le siguió el juego.

—¿Qué ocurrió con el original?

El cardenal y el obispo lo miraron.

—¿Juras por todo lo que te es sagrado que conservarás el secreto?

—Eminencia —dijo Cyprian—, estoy tan metido en este asunto que resulta casi irrelevante que sepa algo más. Además, hoy es la última vez que me ocupo de este asunto. Mi tío me ha permitido que me marche, así que confiad en mí, o no lo hagáis: un juramento resulta innecesario.

—Uno de los primeros deberes de todo Papa recién elegido consiste en leer los informes sellados dejados por su antecesor. Estos incluyen todos los secretos del Vaticano que, a excepción del Santo Padre, nadie puede conocer, y todos los documentos del archivo secreto que nadie puede leer jamás. Uno de los secretos (los demás los ignoro) se refiere a la Biblia del Diablo. En el documento pone que el máximo deber del Santo Padre consiste en mantener el libro encerrado bajo llave en el archivo secreto, y no permitir que nadie le eche un vistazo, incluido él mismo. —Facchinetti se quitó el birrete y se pasó la mano por el pelo.

—Docenas de Papas se atuvieron a esa norma —suspiró.

—Excepto uno —dijo Cyprian.

—Excepto uno —confirmó el cardenal—. El cardenal Giovanni Battista Castagna, Gran Inquisidor del Santo Oficio, el papa Urbano VII. Creyó ser el hombre elegido para poner fin a la escisión de la cristiandad. Creyó que la herramienta dispuesta para cumplir su tarea era la Biblia del Diablo. Estaba convencido de que lograría usarla para hacer el bien.

—El papa Urbano murió el año pasado —comentó Cyprian.

—Encontró la copia —dijo Facchinetti.

Cyprian intercambió una mirada con su tío. Vio un rostro marchito en el que una ceja se arqueaba con dificultad.

—¿Qué se hizo del original? —preguntó Cyprian.

El cardenal y el obispo se miraron y se encogieron de hombros.

—¿Pretendes que crea que durante todo ese tiempo pensaron que el original estaba a buen resguardo en el archivo secreto del Vaticano y en realidad sólo era una copia que hizo confeccionar el emperador Federico hace cuatrocientos años? —siseó Cyprian—. ¿Y que un par de buitres de alto rango de la Iglesia lo descubrieron y se dijeron que lo que puede hacer el Papa, nosotros también lo podemos hacer? ¿Que el cardenal Facchinetti en realidad pertenece a ese círculo, pero que se echó atrás porque comprendió que sus compinches no querían eliminar la Biblia del Diablo sino utilizarla para sus propios fines?

El obispo Khlesl echó un vistazo por encima del hombro al cardenal Facchinetti sentado ante su escritorio y sumido en sus pensamientos. A Cyprian le pareció que estaba a punto de quedarse dormido y morir. El cardenal no había protestado cuando Cyprian le dijo a su tío que quería hablarle en privado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Cyprian—. No me digas que el viaje desde Roma lo dejó en semejante estado. Tú tampoco tienes mejor aspecto y hace días que no sales de tu estudio. ¿Para qué ha venido?

—Vino a pedirme ayuda.

—¿Por qué a ti?

—Porque siguió el rastro de la Biblia del Diablo hasta aquí, hasta Viena. Igual que yo.

—¿Y qué pretende de ti?

—¿Eminencia? —dijo el obispo y se giró.

Cyprian agarró a su tío del brazo.

—¿Qué es lo que ambos me habéis ocultado? ¿Qué es lo que no debo saber?

Melchior Khlesl se desprendió del brazo la mano de su sobrino y Cyprian quedó consternado al percibir el frío de sus dedos.

—¿Giovanni?

El cardenal Facchinetti alzó la mirada. Melchior asintió. El cardenal inspiró y espiró profunda y lentamente. Su tórax se hundió.

—Un hombre fue enviado desde España —dijo; su voz era casi inaudible—. El padre Xavier Espinosa. Un dominico. Dispone de toda la libertad necesaria para encontrar el Libro del Diablo y volver a llevarlo a España. Cuando digo toda la libertad, quiero decir eso, precisamente. Le dieron la absolución por anticipado. Perdí su rastro antes de llegar a Praga.

—¿Lo hicisteis seguir? —Cyprian clavó la mirada en el cardenal.

—Mi espía desapareció sin dejar rastro. Me temo que Espinosa lo descubrió y lo eliminó.

—¿Y quieres que yo me encargue de ello?

—Sólo quiero impedir que la Biblia del Diablo sea encontrada y caiga en las manos equivocadas. Si alguien me dijera que se quemó, daría mi alma por ello. Tu tío te propuso a ti.

—¿Por qué no os encargáis vos mismo? Aquí en Viena, o en Praga. ¡Sois un cardenal! Si queréis, podéis disponer de los cerebros más inteligentes ocultos detrás del muro de cualquier convento.

Facchinetti y Khlesl volvieron a intercambiar otra mirada. El obispo asintió de nuevo.

—Debo ir a Roma —dijo Facchinetti—. Llegué esta mañana temprano y mañana a primera hora vuelvo a emprender el viaje de regreso.

—¿Qué pasa? —dijo Cyprian y, aunque procuró hablar en tono neutro, no pudo reprimir el cinismo de su voz—. ¿Acaso el papa Gregorio también está agonizando? —Pero se arrepintió en cuanto hubo pronunciado esas palabras.

—Sí —dijo Melchior Khlesl.

—Habr  un nuevo cónclave —murmuró el cardenal Facchinetti—. Quiero que sepas que el papa Gregorio y yo somos amigos íntimos. No le informó de los auténticos acontecimientos relacionados con la Biblia del Diablo porque no os  involucrarlo. Quizá por eso me siento culpable. No lo sé. Sólo s  que jams llegó a tiempo a Roma para despedirme de él y pedirle perdón.

—Me desentiendo de este asunto —dijo Cyprian mirando a su tío—. La última vez que hablamos hab  en serio.

—He realizado investigaciones acerca de Agnes —dijo el obispo—. Niklas Wiegant mintió.

—No le dijo nada sobre sus orígenes por no agobiarla... o porque quer  mantener intacta su familia, qué se yo. No tiene importancia.

—No, mintió en cuanto a sus orígenes.

Cyprian sólo tardó un instante en digerir la información.

— Y qué?  Aunque sea una bastarda! La amar  aunque Niklas la haya engendrado con una puta que la pari  en el arroyo.

—Eso es perfectamente posible.

Cyprian se tragó la cólera que lo asfixiaba.

—Explícate con más claridad, t o —dijo.

—He hecho investigar todas las casas de expósitos de Viena...

— Para qué?  Por qué lo has hecho?

—Y puedo afirmar que Niklas Wiegant jams se llevó una niñita de una casa de expósitos de Viena —concluyó el obispo.

Cyprian guardó silencio. Le lanzó una mirada al cardenal Facchinetti, pero la expresión del anciano era compasiva y compasión era lo último que Cyprian deseaba. Comprendió que su tío había informado al cardenal de los resultados de su investigación acerca de Agnes. Intent  sentir ira hacia su tío, pero la oscura sospecha que lo invadió lo volvió imposible.

—En la parroquia de Niklas debe de haber un certificado.

—Así es. Niklas Wiegant lo firm . Es una mentira; el testigo que le ayudó a convertir esa mentira en verdad fue Sebastian Wilfing, su socio.

—Al diablo con él —susurró Cyprian.

—Todos nos iremos al diablo —murmuró el obispo Melchior—. He investigado dónde estuvo Niklas antes de regresar a casa con una criatura en brazos que no le pertenecía.

—Estuvo en Praga —dijo Cyprian—. No me contar as todo esto si no hubiera estado en Praga.

—Un secreto rodea a Agnes Wiegant —dijo el obispo—. No puedo descifrar qué es, pero estoy seguro de que Niklas Wiegant no regres  de Praga con una niña y que cometió perjurio por ella justo en la época en la que la Biblia del Diablo amenaza con

volver a aparecer entre los hombres.

—¿Y si en Praga encontrara un indicio sobre los auténticos orígenes de Agnes, acaso tendría la posibilidad de impedir su boda con Sebastian Wilfing hijo? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¿Con el hijo del hombre que cometió perjurio junto con Niklas Wiegant?

—Si te quedas aquí, hijo mío, tus posibilidades serán nulas —dijo el anciano cardenal.

Cyprian se volvió abruptamente. Estaba a punto de responder pero el rostro del cardenal hizo que enmudeciera. Este sonrió, aunque dos lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—Quizá no logres impedir que la mujer que amas pertenezca a otro, pero podrías impedir que, cuando seas un anciano, te arrepientas de no haber aprovechado la oportunidad de hacer lo correcto.

—Como vos —dijo Cyprian—, como vos emprendéis esta última persecución porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que vuestros amigos conjurados son responsables de su muerte y que la culpa también recae sobre vos.

—Todos tenemos un motivo para hacer lo que hacemos —dijo el cardenal Facchinetti—. Tu tío vio cómo el hombre que impidió que pereciera sucumbió víctima del odio y del fanatismo, y quiere impedir que todo el mundo perezca cuando la palabra del diablo sea conocida.

—En este momento, el mundo me importa una mierda —dijo Cyprian.

—Lo que hacemos por amor no es lo peor —dijo el cardenal con una breve sonrisa.

Cyprian contempló a ambos ancianos. El rostro del obispo permanecía inmutable; era tan capaz de disimular sus sentimientos como el mismo Cyprian, que sintió que algo se rebelaba en su interior y gritaba: «¿Ves cómo te han manipulado? ¡Son todos iguales!» Sabía que era injusto con su tío, pero eso no disminuyó su cólera.

—Sólo planteo la pregunta para que todo quede claro —dijo Cyprian—. Supongo que alguien ya ha comprobado que la Biblia del Diablo no se encuentra efectivamente en Brevnov y que el prior no la utiliza para evitar las corrientes de aire en su celda, ¿verdad?

El cardenal y el obispo lo miraron en silencio. Cyprian se encogió de hombros, irritado.

—Nadie tiene ni la más mínima idea de dónde se oculta el legado del diablo. Sólo sabemos una única cosa.

—Que puede ser encontrado en cualquier momento —dijo el cardenal Facchinetti.

Cyprian pudo vencer la oposición del criado que le abrió la puerta y la de la vieja niñera que entretanto se había convertido en la criada de Agnes, pero no pudo con Niklas Wiegant.

—Sólo quiero hablar con Agnes —dijo.

—Lo siento —dijo Niklas Wiegant, negando con la cabeza.

—Niklas —Cyprian apretó los puños y procuró no perder la calma—, comprendo los motivos por los que queréis casar a Agnes con Sebastian Wilfing, pero creedme...

—No lograrás convencerme, Cyprian. Es inútil. Te tengo afecto, hijo mío, pero vete a casa y olvida a Agnes.

—De momento sólo quiero hablar con ella —masculló Cyprian.

Niklas miró los puños del muchacho. De repente, éste recordó que Wiegant había sido uno de los testigos presenciales. Le pareció reconocer esa mirada que reposaba sobre sus puños cerrados y casi creyó oír cómo el padre de Agnes sopesaba la posibilidad de que Cyprian se abalanzara sobre él.

—Siempre un paso después de otro, ¿verdad, Cyprian Khlesl? Y de repente te encuentras allí donde querías estar.

—Si ni siquiera tenéis la suficiente confianza en vuestra hija...

—Sólo quiero ahorrarle el dolor, eso es todo.

—Podréis estar presente y escuchar, si eso os hace sentir más seguro.

—Que te vaya bien, Cyprian. Presenta mis respetos a tu familia.

«No permitas que te oiga tu mujer», pensó Cyprian, pero no dijo nada. Niklas esbozó una débil sonrisa. El joven vio que el criado que le había abierto la puerta, y otro más, se ponían firmes. Hacerse echar por ambos no conduciría a nada y tampoco molerlos a golpes entre la puerta de entrada y la escalera, aunque eso fuera lo que deseaban los puños de Cyprian; desde que abandonó el palacio obispal, lo invadía una cólera infinita y ni siquiera sabía si se debía a que el obispo Khlesl había dado por hecho que emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata acerca de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprender un nuevo camino». Cyprian inspiró lentamente y trató de oír lo que murmuraba uno de los criados en tono burlón:

—Qué, ¿vamos a casa?

Niklas Wiegant lo acompañó hasta la calle. Cyprian le lanzó una mirada.

—Así no recuperaréis su afecto —dijo en voz baja.

Niklas achicó los ojos y se dispuso a responder, pero cerró la boca y Cyprian lo oyó suspirar. Niklas sacudió la cabeza y volvió a entrar. Los criados sonrieron maliciosamente y cruzaron los brazos. La mirada del muchacho se detuvo en el rostro de la niñera, su vieja conocida. Esta desvió la mirada hacia la derecha, pero después

se la devolvió. Los labios le temblaban.

Cyprian bajó la cabeza y se dispuso a marcharse. La puerta se cerró. Después miró en la misma dirección que la niñera. Por encima de la cabeza de los transeúntes de la Kärntner Strasse y de los blasones y los carteles indicadores de las casas, se elevaba el contorno de la torre de la puerta Kärntner.

* * *

Una de las criadas de los Wiegant estaba aguardando junto a la entrada que daba a las murallas. Cuando vio a Cyprian desvió la mirada para no tener que mentir si en algún momento le preguntaban si había visto al joven señor Khlesl, repentinamente caído en desgracia. Los guardias de las murallas hicieron caso omiso de Agnes, ya estaban acostumbrados a verla. Al verla, Cyprian empezó a sonreír aunque era lo último que le venía en gana. Era trágico: durante todos los años pasados apenas hubo un momento en el que no habían estado juntos y ahora de pronto unos pocos segundos se habían vuelto preciosos. Agnes no le devolvió la sonrisa. Estaba pálida.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó la joven; tenía los ojos llorosos. Él hubiera querido abrazarla, pero sus manos colgaban a sus costados, inmóviles como piedras.

—¿Qué he hecho? —preguntó.

—¿Por qué me dejaste en la estacada? ¿Acaso ya has abandonado?

Cyprian la contempló. Era como si sus palabras rebotaran en su cabeza, como el eco en una cueva estrecha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó lentamente.

—¡No te hagas el tonto! Tu tío es el mayor secretista del mundo y a mí me han encerrado en una jaula dorada... ¡Cuando las noticias que salen de una ostra tan cerrada como el obispo Khlesl llegan no obstante hasta mis oídos, es de suponer que ya se ha enterado todo el mundo!

Uno de los guardias les lanzó una mirada; Cyprian la tomó del brazo y la apartó. Ella se soltó. Cyprian se sentía completamente indefenso frente a su ira y al mismo tiempo percibía cómo la suya propia, que lo había acompañado durante el encuentro con su tío y después con Niklas Wiegant, amenazaba con hacerse notar.

—¿De qué hablas? —preguntó con voz ronca—. ¿De Praga?

—¡Claro que de Praga! ¿De qué si no?

—Pero ¡si hace sólo una hora que he descubierto lo que se proponía mi tío...!

—¡Tonterías! ¿Desde hace una hora? ¡A una hora tan larga como ésa se le suele llamar días!

—Oye, Agnes, estuve con el obispo y lo que allí... —Cyprian se interrumpió. ¿Acaso no le había dicho al cardenal Facchinetti que ya estaba tan metido en el asunto que daba igual lo que acabara descubriendo? En cambio Agnes no estaba metida en ello e involucrarla sería una maldad.

—¿Lo que allí... qué? ¿Negociaste el dinero que te daría para que sobrevivieras y

te divirtieras en esa ciudad? ¿En esa Praga tan maravillosa que incluso mi padre la pone por las nubes, y en la que mi madre cree que el diablo en persona escupe su bilis en todas las callejuelas?

Cyprian calló. Ella le lanzó una mirada enfadada y cuando él no le contestó, apartó el rostro.

—De acuerdo, guarda silencio —acabó diciendo en tono amargo.

—¿Quién te dijo todo eso? —preguntó Cyprian.

—Sí, claro, ¿cómo lo sé, si tú no me lo contaste?

—Agnes...

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me ocultas cosas? ¿Por qué aceptas ir a Praga cuando aquí todo se ha conjurado en contra de nuestro amor?

—¿Cómo lo sabes, Agnes?

—Me lo contó mi madre.

—¿Qué?

—¡Tu amigo, ese que antes era protestante, es más listo que tú! —dijo Agnes, y aunque no simuló la voz de su madre, por el tono Cyprian comprendió que la citaba literalmente; ese desprecio oculto tras cada palabra era una especialidad de Theresia Wiegant.

»Se dio cuenta de que seguir persiguiéndote era un objetivo inútil —bufó Agnes—. Eso fue lo que dijo. ¿Te das cuenta a qué me sonaron sus palabras? Cyprian Khlesl te ha abandonado, porque comprendió que eres una bastarda inútil que ni siquiera es bienvenida en la casa de un antiguo hereje. A eso me sonaron —dijo, se cubrió la cara con las manos y sollozó. Todos los guardias de la muralla los miraron. Uno sacudió la cabeza con expresión medio compasiva y medio desaprobatoria. Cyprian sintió que lo invadía una cólera ciega y tuvo que esforzarse por no apretar los puños. Sabía que debería abrazar a Agnes para evitar que su amor se precipitara al vacío, pero se quedó paralizado.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo lo sé yo? ¿Cómo lo sabe ella? —gritó Agnes—. ¡Eso da igual! ¿Que cómo lo sabe? ¡Porque fue a ver a tu maldito tío, imbécil!

—¿Cuándo?

En los ojos de la joven, anegados en lágrimas, brilló el odio.

—Por cierto, fui a ver a Su Excelencia el obispo, querida mía —dijo Agnes, imitando el tono de su madre—. Puesto que tú destacaste sus excelentes relaciones con la corte, me presenté allí para aclararle que una boda entre tú y su sobrino no resulta necesaria para que ambas partes hagan beneficiosos negocios.

—Maldición —exclamó Cyprian, casi en contra de su voluntad—. Esa vieja bruja...

—Tu tío ni siquiera la hizo esperar, Cyprian. Debe de haberla tratado con mucha

amabilidad: estimada señora Wiegant esto y estimada señora Wiegant aquello, todo ha sido exagerado por ambos jóvenes, no se preocupe, señora Wiegant, de todos modos, en los próximos días mi sobrino viajará a Praga y permanecerá allí durante bastante tiempo.

—Ése... intrigante... —murmuró Cyprian y se tragó lo demás—. Lo había planeado hace rato. El cardenal se limitó a confirmar sus planes.

—¿Por qué no me dijiste nada, Cyprian?

—¡Porque no iré, maldita sea! —rugió el joven.

Los guardias aferraron sus lanzas y uno se aproximó a ellos.

—Deja de gritarle a la señorita, amiguito, de lo contrario te las verás con nosotros —dijo.

Haciendo un esfuerzo digno de convertir a un pecador en un santo, Cyprian se contuvo y se limitó a murmurar:

—Conforme, no pasa nada.

Agnes se enjugó las lágrimas; sus manos dejaron un rastro blanco en su rostro, después agachó la cabeza, Cyprian sintió una gran pena. Se aproximó y era como abrirse paso en el fango. «La amo —pensó—, ¿por qué es tan difícil acercarse a ella?» Le acarició el antebrazo y sintió que se ponía rígida, pero después la joven se relajó.

—¿Qué dices? —susurró ella.

—Que no iré. Mi tío contó con ello, pero me negué a obedecerlo.

—Te negaste..., pero si él... él te ha...

—Él me ha salvado, es verdad. Y en agradecimiento, hoy lo he dejado en la estacada. Tenía que elegir entre tú y él.

—No quiero que hagas eso por mí —dijo Agnes en tono casi inaudible—. Pero tampoco quiero que te marches. ¿A quién tengo, salvo a ti?

Cada vez que Cyprian comprendía que Agnes había empezado a sentirse como una extraña en su propia casa, volvía a desconcertarse. Sabía que Niklas Wiegant la trataba como siempre: con afecto y cierta timidez; cualquiera que lo notara habría descubierto algunas cosas. Y en el fondo, la conducta de Theresia Wiegant tampoco se había modificado, como mucho se había agudizado. Sin embargo, todo era distinto porque Agnes lo percibía de otra manera. «¿A quién tengo, salvo a ti?» Cyprian procuró que no lo notara, pero comentarios como ésos le oprimían el corazón. Entonces abrazó a Agnes.

—Te amo —susurró—, pase lo que pase y vaya adonde vaya, te amo y eso jamás cambiará. Todo saldrá bien.

Los guardias silbaron y aplaudieron; el capitán trató de conservar la expresión adusta pero acabó por sonreír. «Idiotas —pensó Cyprian—, no comprendéis nada», pero al final también él sonrió. Agnes se apretujó contra él y Cyprian volvió a sentir

el deseo que le provocaba el roce de su cuerpo. Aunque debido a su aspecto audaz siempre le habían adjudicado el papel de aquel que en una fiesta pueblerina, entre los matorrales y mediante dos jarras de vino, convierte en mujeres a todas las vírgenes del pueblo y que después, sin demostrar el más mínimo cansancio, se dedica a comer el asado, el amor físico le era casi tan desconocido como a Agnes. Sintió vergüenza cuando ella retrocedió frente a la dureza despertada en su entrepierna, pero al intentar apartarse, de pronto notó que, bajo las capas de tela del vestido, la enagua y la camisola de Agnes, una pierna se deslizaba entre sus muslos y le devolvía la presión. Tragó saliva y miró en torno, pero hacía rato que los guardias habían reanudado su tarea de vigilar Viena frente a la amenaza de los turcos.

Agnes alzó la cabeza. Cyprian vio su nariz enrojecida, los ojos hinchados, los rastros de suciedad dejados por sus manos, que al secarse las lágrimas emborronaron el colorete siempre aplicado descuidadamente en sus mejillas; no vio nada que no habría cubierto de besos, que no hubiera contemplado gustoso durante toda la vida y por lo que estaría dispuesto a morir. Los labios de Agnes se abrieron. No podría existir ningún lugar más público que la puerta Kärntner coronada por las murallas de Viena y sin embargo, durante un instante, estuvieron completamente solos, él y ella, Cyprian Khlesl y Agnes Wiegant. El corazón del joven latía con fuerza y, si ella hubiera vuelto a pedirle que escapara con ella habría salido corriendo a través de la puerta sin tan siquiera llevarse un panecillo; si le hubiera rogado que la deshonrara y también se deshonrara a sí mismo, que cediera al deseo de la joven aunque después los expulsaran a latigazos de la ciudad, entonces al menos los expulsarían juntos... Habría cedido al deseo de Agnes.

—Yo... —empezó a decir, y quiso añadir: «No puedo abandonarte, no puedo entregarte, eres mi vida, ocupas mis sueños desde la primera vez que intercambiamos una palabra».

—Yo... —dijo ella.

Ambos se miraron fijamente.

—Virginia —se oyó decir él.

Ella parpadeó, desconcertada.

—Una nueva vida. Un mundo virgen. Un nuevo principio. Tú y yo.

—¿Qué? Pero...

—Sí, sé lo que dije. Eran tonterías. Prefiero estar contigo en el infierno que solo en el paraíso.

—Pero, ¿cómo...?

—Ni idea. Podría obligar a mi hermano a saldar cuentas, pero eso lo arruinaría. A lo mejor me presta algo de dinero si le aprieto el cuello durante el tiempo suficiente —dijo, y sonrió—. No puedo contar con una gran dote por tu parte, ¿verdad?

Los sollozos la sacudían.

—Ahora mismo —sollozó—. Marchémonos ahora mismo.

—No, hemos de planearlo con tranquilidad. Si lo hacemos, será una huida y una huida se planea con cuidado, de lo contrario te atrapan.

—Tu tío..., la panadería..., deberás dejarlo todo.

—Tú también.

—¿Cómo es posible que algo tan doloroso al mismo tiempo sea un regalo? —dijo Agnes, acurrucándose contra él—. Abrázame, Cyprian.

Ella cerró los ojos y él se inclinó para besarla.

Alguien carraspeó junto a su oído.

—¿Señorita Wiegant?

Cyprian se detuvo. La criada de Agnes procuró no ver al señor entre cuyos brazos su ama casi desaparecía. Cyprian sintió como si alguien le hubiera golpeado la cabeza con una piedra, justo cuando estaba a punto de echar a volar.

—Señorita Wiegant..., esto...

—¿Qué pasa? —preguntó Agnes.

—No quisiera molestaros mientras estáis aquí, en las murallas, sola y sumida en vuestros pensamientos..., pero..., esto... pensé que os gustaría saber que vuestro señor padre y vuestro señor prometido están de camino.

Agnes volvió a la realidad y miró a Cyprian.

—Justo ahora —dijo éste.

—¡Sebastian no es mi prometido!

Cyprian la soltó y ella se alisó el vestido. La criada miró en torno, nerviosa.

—No tenemos por qué ocultarnos ni huir, ¿verdad? —dijo Agnes, lanzando una mirada interrogadora al joven.

—No —dijo éste—, iremos a su encuentro. —Aún no había recuperado el sentido de la realidad pero su cerebro volvía a funcionar—. Pero por separado.

Agnes comprendió; agarró a la criada del brazo y la empujó hacia la escalera. Después se volvió. Su mirada expresaba temor.

—Mañana —susurró Cyprian y corrió hacia la escalera situada al otro lado de la puerta.

Oculto tras las tablas del techo de la escalera de madera vio que Agnes había llegado abajo y se acercaba con mucha tranquilidad a cuatro hombres: Niklas Wiegant, Sebastian Wilfing hijo y dos individuos más de la misma edad que éste, que tal vez había traído para parecer un señor con séquito. Cyprian no oyó lo que decían, pero vio que Agnes se encogía de hombros y que Niklas Wiegant examinaba el entorno de la puerta con aire suspicaz. Cyprian se ocultó en la sombra de la escalera. No temía el encuentro con Niklas ni con los demás, pero de momento ya había bastantes problemas: el penoso encuentro del novio con su rival era innecesario. Además era evidente que, durante los próximos días, Niklas Wiegant no perdería de

vista a su hija y la presencia de Cyprian en el hogar de los Wiegant hacía media hora tampoco había servido para relajar la situación.

Sin embargo se sentía casi eufórico. Prácticamente había quemado todos los puentes. El tío Melchior y el cardenal Facchinetti se habían quedado mudos cuando Cyprian, tras una última disculpa amable, se puso de pie y abandonó el estudio del obispo... en medio de un argumento muy razonado del anciano cardenal.

Aún tenía que recorrer el camino que acababa de describirle a Agnes. Era obvio que las palabras pronunciadas la última vez habían sido las correctas: que no podían edificar su futuro sobre una mentira. Y también era obvio que las pronunciadas hacía un momento eran asimismo las correctas: que no se imaginaba una vida sin Agnes. Y al menos fue lo bastante sincero como para no mentirle a su tío. También podría haber aceptado la suma —seguramente considerable— para el viaje a Praga y emplearla para desaparecer con Agnes. No es que nunca lo hubiera considerado en serio, pero sin embargo... A lo mejor no supondría un engaño el que ambos huyeran a Virginia, sino que sólo significaría emprender el camino que les estaba destinado, hasta sus últimas consecuencias.

Recordó la última vez que sintió esa euforia y al mismo tiempo ese miedo ante el futuro. Fue cuando agarró a su padre del cuello del jubón y lo arrojó contra los sacos de harina con tanta violencia que una nube de polvo harinoso se elevó y salió en un remolino a través de las ventanas del sótano a la Kärntner Strasse, como después de una explosión. Su padre no sufrió heridas graves, sólo quedó cubierto de harina como un hombrecillo de masa listo para ir al horno, y sin embargo permaneció tendido, inmóvil entre los sacos reventados.

Cyprian supo que jamás volvería a oír que suponía una carga para la familia Khlesl, ni que en la vejez su hermano mayor seguiría viéndose obligado a mantenerlo y cuán desagradecido era un segundo hijo que no aceptaba que su padre quisiera financiarle su formación en un convento en vez de ponerlo de patitas en la calle, y que todo lo que tocaba se torcía; que Dios nuestro Señor sólo le había sonreído una única vez al maestro panadero Khlesl, a saber el día que fue engendrado su primogénito, después de lo cual Dios empezó a reírse de él regalándole un segundo hijo completamente incapaz y después un gallinero repleto de hijas; que el en otras ocasiones tan inteligente Melchior Khlesl era un estúpido al dedicarle un solo pensamiento a su sobrino Cyprian y que tal vez sería mejor interrumpir el contacto entre tío y sobrino para evitar que el muchacho creyera que servía para algo, únicamente porque el sacerdote de la familia se ocupaba de él; que en ese contexto también habría que prohibir que la hija de los pretenciosos Wiegant de la casa de enfrente se juntara con el estúpido de su hijo..., quien al final quizá fuera lo bastante imbécil como para hacerle un hijo y entonces las cosas que habría que oír de esos presumidos Wiegant... y... El breve vuelo del maestro panadero Khlesl a través de la

panadería y su espectacular aterrizaje entre los sacos de harina habían interrumpido cualquier otra afirmación.

Cyprian había alzado la mano contra su propio padre y cuando Cyprian —de catorce años y con un cuerpo como el de un tragafuegos en el estrado de los saltimbanquis— se lanzó a la Kärntner Strasse, sintió euforia por lo hecho. En aquel momento la pregunta de si su padre le permitiría volver a traspasar el umbral y de cómo se las arreglaría para sobrevivir en la calle no lo había preocupado. El temor sólo lo invadió unos minutos después.

Los cuatro hombres rodeaban a Agnes y a la criada. Se marcharon juntos, un padre que pasea con sus amigos y que se encuentra con su hija por casualidad y la acompaña a casa. Nadie notaría que el estado de ánimo prevaleciente entre ambas mujeres y los hombres era más distante de lo acostumbrado en esos casos. La euforia de Cyprian se disipó. ¿Qué quiso insinuar el obispo Khlesl con sus oscuros comentarios sobre el falso origen de Agnes en una casa de expósitos de Viena y el rastro que conducía a Praga? «Nada —pensó—, sólo trató de manipularte para que cumplas con sus deseos». Pero aunque su tío también hubiera intentado manipularlo durante los años pasados, jamás le había mentado. Si decía que Niklas Wiegant había ocultado el origen de Agnes con la ayuda de Sebastian Wilfing, entonces eso se correspondía con la verdad.

El grupo formado por cuatro hombres y dos mujeres había desaparecido de su vista. Por si acaso, Cyprian aguardó un par de minutos y después se puso en marcha para preparar la huida al Nuevo Mundo junto con Agnes.

* * *

—Lo sabía —dijo una voz a sus espaldas en cuanto se alejó unos pasos de la puerta Kärntner y giró alrededor de una esquina. Cyprian se detuvo.

—¿Qué casualidad! —dijo, sin darse la vuelta—. Mi viejo amigo. ¿Regresaste a hurtadillas a través del Neumarkt?

—Haz el favor de mirarme cuando te hablo.

Cyprian se volvió. La cara de Sebastian Wilfing estaba roja.

—Te lo advertí la última vez: deja a mi novia en paz. Te dije que no volvería a advertirte.

—Te comprendí perfectamente.

Sebastian Wilfing dio un paso hacia delante. Cyprian percibió el calor de su ira.

—Pero por lo visto no fui lo bastante claro.

—Que sí —dijo Cyprian y contempló a su adversario con expresión neutra—. Me quedó muy claro que no querías que molestara a tu novia.

—¿Y entonces? —gruñó Sebastian.

—Agnes no es tu novia.

—Enfréntate a la realidad, Khlesl. Agnes es mi novia y me casaré con ella. Y si

eso te causa tanta pena como para que te ahorques, entonces te diré que, si me topara con tu cadáver colgaría de él el ramo de novia.

—Muy decorativo —dijo Cyprian.

—¿Y bien?

Cyprian mantuvo la vista clavada en el otro hasta que el joven mercader desvió la suya. Cyprian se giró e hizo ademán de alejarse.

—¡Un momento! —gritó Sebastian, agarrando del brazo Cyprian—. Ya te lo dije: no volveré a advertirte, pero por lo visto eres lento de entendederas. Tu viejo tenía razón cuando te gritó aquello, aquel día en la calle.

—Suéltame —dijo Cyprian.

—Me casaré con Agnes el año que viene, inmediatamente después de Pascua. ¡Y si le ayudas a tu hermano a regalar los huevos sobrantes, piensa que en ese mismo momento tu amada Agnes estará acariciando los míos y rogándome que vuelva a follarla!

Era como si el aire vibrara: deformó el rostro de Sebastian, volviéndolo borroso. Cyprian oyó las carcajadas de sus acompañantes.

—¿De qué huevos hablamos? ¿De los de codorniz o de los de gorrión? —se oyó preguntar.

—¡Pedazo de mastuerzo! —Soltando el brazo de Cyprian Sebastian lo agarró de la camisa y alzó la otra mano para golpearlo.

Cyprian (aún envuelto en la vibración y alejado de todo, sobre todo de sí mismo) lo agarró de la muñeca, y haciéndole soltar la camisa, le torció el brazo hacia atrás y lo hizo girar sobre sí mismo. Bajando la otra mano, aún dispuesta a propinarle una teatral bofetada, Wilfing se encogió, soltó un grito y se inclinó hacia delante. Cyprian le dobló el brazo detrás de la espalda y le obligó a encorvarse todavía más. Después le soltó el brazo retorcido, levantó el pie y le pegó una patada en el trasero. Wilfing aterrizó en el suelo boca abajo, levantando una nube de polvo menos espectacular que la de harina que había inundado el sótano de la panadería. Sebastian emitió un chillido. Sus amigos observaban la escena, perplejos. Todo había ocurrido con mucha rapidez.

—¡Eres un cerdo! —gimió Sebastian alejándose a cuatro patas—. ¿Qué esperáis, chicos? ¡A por él!

Cuando éstos se acercaron, Cyprian sacudió la cabeza.

—Basta —dijo—. No quiero pelear. —Trató de alejarse, pero sus piernas no le obedecieron.

—Pero a lo mejor nosotros sí—replicó uno de los individuos en un tono tan afectado como el de un experimentado lameculos de la corte imperial.

—Entonces peleaos entre vosotros. A fin de cuentas sois dos —dijo Cyprian.

—Preferimos pelearnos contigo —jadeó el muchacho, pero el brillo traicionero de

sus ojos delató sus intenciones; antes de pronunciar la última palabra levantó el puño y se dispuso a pegarle un tremendo golpe en el estómago.

Cuando un dolor incomprensible le atenazó los dedos bajó la mirada, comprobó que su mano estaba atenazada por la de Cyprian en lugar de estar incrustada en las tripas de su adversario... Oyó un crujido. Entonces comprendió que lo que crujía eran sus nudillos.

—¡Ayyy! —gritó el joven cayendo de rodillas—. ¡Suéltame, suéltame, SUÉLTAME!

—¿Acaso te resulta tan difícil comprender que no quiero pelear con vosotros? —preguntó Cyprian, soltando la mano de su enemigo, que permaneció colgada en el aire como una hoja marchita. Después el atacante la ocultó en su pecho.

—¡Me has roto la mano! —lloriqueó.

—No —dijo Cyprian—, sólo lo parece.

El otro joven titubeó y paseó la mirada entre su compinche arrodillado y Cyprian. Sebastian Wilfing había logrado ponerse de pie, prácticamente asfixiado de ira.

—¡Sois unos cobardes! —chilló—. ¡Vosotros sois dos!

El que no estaba herido giró lentamente alrededor de su amigo arrodillado. Cyprian lo imitó, pero comprendió que había cometido un error en cuanto vio el gesto minúsculo de su adversario.

El joven de la mano lastimada era tan veloz con la izquierda como con la derecha, sólo que esta vez blandía un puñal. Cyprian vio el brillo de la hoja y supo que su error era todavía más grave: no se trataba de la clase de arma que una persona normal llevara en su jubón para cortar un trozo de asado. Esquivó la cuchillada y el puñal le rasgó la camisa. Era tan afilado que casi oyó el silbido de la hoja; Cyprian sintió que un tajo ardiente le atravesaba las costillas. Entonces el cuerpo del atacante chocó contra el suyo tratando de hacerlo caer. La mirada de Cyprian se nubló y de repente se sintió invadido por la ira que había tratado de reprimir durante todo el día. Bajando el brazo derecho atrapó el brazo izquierdo de su adversario, le pegó un puñetazo en la sien con el puño izquierdo y el muchacho se desplomó.

Cyprian volvió a alzar el brazo derecho y, sin mirar, golpeó con el codo la barbilla de su segundo adversario, que se había abalanzado hacia él. Agarró la muñeca de la mano que sostenía el puñal y la hizo girar; algo volvió a crujir y el muchacho medio desmayado y con el brazo colgando lanzó un aullido de dolor y soltó el puñal. Cyprian lo recogió.

El segundo atacante estaba sentado en el suelo y trataba de ponerse de pie apoyándose en los brazos. Tenía la boca ensangrentada. De un empujón, Cyprian hizo girar al primer atacante. Sólo veía dos figuras incandescentes, sin rostro, llamas humanas. Ambas figuras llameantes chocaron entre sí y rodaron por el suelo. La hoja del puñal sobresalía del puño de Cyprian y se dio la vuelta. A unos metros de

distancia, una tercera figura incandescente había alzado las manos. Cyprian se lanzó contra ella y levantó el puñal. Oyó un grito de espanto y sintió satisfacción. Lanzó el puñal hacia el rostro de la figura en llamas..., pero en el último instante, giró el puño y asestó un tremendo puñetazo, impulsado por una ira ciega, en el rostro de Sebastian Wilfing. Era un golpe propinado con un saco de arena cargado de plomo. Sebastian Wilfing hizo una pirueta y cayó al suelo sin conocimiento.

—Suelta el puñal o estás muerto —gruñó una voz.

Cyprian se giró. En la esquina se agrupaban otras figuras incandescentes. Una le apuntaba. La imagen se volvió borrosa, dejó de arder y perdió el tono rojizo. Cyprian parpadeó. Estaba de pie entre tres hombres: uno se retorció entre gemidos y se sostenía la muñeca; la mano formaba un ángulo extraño con el brazo, de la boca del otro brotaban glóbulos sanguinolentos y parecía haberse mordido la lengua; el tercero yacía en el suelo, inmóvil. La mano de Cyprian sostenía un puñal manchado de sangre. Cyprian volvió a parpadear.

—¡Suelta el puñal, ahora! —le ordenó el capitán de los guardias de la puerta de Kärntner, que no dejaba de apuntarle con la ballesta. Cyprian soltó el puñal y éste cayó al suelo con un tintineo.

—Tiéndete boca abajo, abre los brazos y las piernas —dijo el capitán.

Cyprian obedeció.

—Supongo que será inútil que diga que puedo explicarlo —murmuró con la cara apoyada en el suelo.

—Así es —oyó que decía el capitán y no se sorprendió cuando la primera patada de una pesada bota le golpeó las costillas.

—Eres un idiota total —dijo el hermano de Cyprian.

Cyprian alzó la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que las palabras de su hermano lo hubieran despertado de su desvanecimiento era harina de otro costal.

—Hace veinte años, el tío Melchior me hubiera alcanzado un trozo de pan viejo —gruñó. Cuando la herida del labio empezó a sangrar, se sobresaltó—. Supongo que tú no pensaste en traerme un trozo de pan, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Olvidalo.

—¡Mírate! ¡Cubierto de moraduras! Madre no te reconocería, incluso si estuvieras sentado junto a ella en la sala de estar. ¿Qué creías que estabas haciendo?

—Sí, ¿qué habré creído que hacía cuando me dejé apalizar hasta quedar inconsciente por los guardias de la puerta de Kärntner?

—Atacaste a Sebastian Wilfing por la espalda cuando paseaba junto con dos amigos sin sospechar ningún peligro.

Cyprian se restregó el labio ensangrentado y se incorporó en el suelo cubierto de paja. Le dolían las costillas y el verdugón que le atravesaba el vientre ardía. Cuando quiso palparse con la otra mano, una cadena se lo impidió y soltó un gruñido.

—¿Qué hora es?

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que atacué a Sebastian Wilfing por la espalda?

—Eso fue ayer —dijo su hermano—. Ahora es de madrugada, falta un buen rato para la tercia.

—¡Maldición! —dijo Cyprian.

—Espero que hoy no tuvieras nada importante que hacer, como ayudarme en la panadería, por ejemplo. Porque aún estarás aquí un buen rato. ¡Estamos en la cárcel de malhechores, so condenado idiota!

—Sé dónde estamos. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha enviado el tío Melchior?

—¿El tío Melchior? No. Hace una hora un guardia llamó a la puerta y nos informó de que ayer te habían llevado preso. ¿Te imaginas cómo se lo tomó madre?

—He de salir de aquí. Díselo al tío Melchior.

—No sabes la que has montado, ¿verdad?

—Debo salir de aquí de inmediato. Que envíen a alguien para avisar al tío Melchior. Si fuera necesario, soborna a uno de los guardias. El tío Melchior te devolverá el dinero. Si acude aquí en persona y da su palabra, pronto podré salir —dijo, tirando de la cadena que le aprisionaba la muñeca.

—¿Acaso sabes con quién te has metido?

—Si crees que de verdad atacué a Sebastian y a sus dos gallitos eres un idiota todavía mayor que yo.

—¡Haz el favor de escucharme de una buena vez, Cyprian!

Cyprian dejó de tirar de la cadena y clavó la vista en su hermano. Este estaba sentado en un taburete, inclinado hacia delante y con las manos colgando entre las rodillas. Irradiaba el aroma del horno y del pan fresco, suplantando el tufo a calabozo, paja podrida y charcos de orina en los rincones. El parecido con su padre era impresionante.

—Igual que en aquella ocasión —murmuró—, con padre. En aquel entonces también te atrapó la guardia a la que alguien llamó debido a tus gritos. Y después tenías el mismo aspecto que ahora. Puede que incluso ocuparas el mismo calabozo —dijo, echando un vistazo en torno.

—He de salir de aquí lo antes posible. ¿Alguien ha informado al tío Melchior, o no?

—Estás metido en un buen lío —dijo su hermano—, y la herida del vientre se ha vuelto a abrir. Vuelve a sangrar. ¿Cómo te la hiciste?

—Me la hizo uno de los compinches de Sebastian, mientras lo atacaba por la espalda... —Cyprian hizo un gesto cansino—. ¡No tiene importancia! ¿Dónde está el tío Melchior?

—Por lo visto no tienes ni idea de quiénes eran esos dos individuos.

—¡Pues dímelo, maldita sea! —exclamó Cyprian—. ¿Quiénes son? ¿Los lameculos máximos de la corte del emperador Rodolfo?

—No, sus hijos.

Ambos jóvenes intercambiaron una mirada.

—Mierda —dijo Cyprian.

—Sebastian Wilfing pasó la mayor parte del año pasado en Praga, donde su padre y Niklas Wiegant dirigen una sucursal. Ambos están aquí de visita.

—Estás muy enterado.

—Todo el mundo comenta lo que has hecho.

—Así que se trata de su palabra contra la mía, ¿verdad? —dijo Cyprian dejando colgar la cabeza.

Su hermano no contestó. En medio del silencio, la cerradura de la puerta de la celda chirrió un par de veces. El último que la había cerrado se había asegurado de que Cyprian no pudiera abrirla. Cyprian alzó la vista.

—Bueno, por fin —dijo—, tío Melchior.

Era un guardia, y estaba solo.

—La entrevista se ha acabado —gruñó—. Fuera.

—Creí que con el medio penique había comprado una hora —dijo el hermano de

Cyprian en tono colérico.

—La hora ha pasado.

—¡No es verdad!

—La hora ha pasado cuando yo digo que ha pasado. Y digo que ha pasado.

El hermano de Cyprian se puso de pie apretando las mandíbulas, pero dejó de contradecirlo. Se acomodó el jubón desparramando nubecillas de harina.

—Eh, hermano —dijo Cyprian—. ¿Así que pagaste para hablar conmigo? Gracias.

—Madre lo quiso. Yo no lo habría hecho.

—Date prisa —gruñó el guardia.

—¿Dónde está el tío Melchior? —preguntó Cyprian apresuradamente—. Bastará una palabra suya para que me suelten si doy mi palabra de honor. Le has avisado, ¿verdad?

Su hermano desvió la mirada.

—El tío Melchior abandonó la ciudad al amanecer. Dicen que acompañará a su visitante hasta Roma. Dicen que era un cardenal.

—¡Maldición! —exclamó Cyprian—. ¡Precisamente hoy! ¡Tardará semanas en volver! El cardenal bien podría haber sufrido un ataque de gota, ¿no?, y haber pasado unos días en cama. ¡El viejo parecía un despojo, al igual que la puerta de Kärntner después del último ataque de los turcos!

Su hermano sacudió la cabeza.

—Tratas con esos señores tan importantes como si fueran tus iguales, y eso no te ha cambiado ni un ápice.

—Debo salir de aquí. Le prometí a Agnes... Oye, has de sacarme de aquí. Ve al palacio obispal. El tío Melchior habrá dejado un encargado y éste tal vez pueda interceder por mí. —Cyprian calló al darse cuenta que su voz empezaba a traslucir el pánico que sentía. Apretó los dientes y clavó la vista en su hermano.

El guardia se acercó y, sin mediar palabra, le asestó al hermano de Cyprian un golpe en la barriga con el pesado garrote que sostenía. El joven jadeó, sorprendido, y el guardia volvió a alzar el arma.

—¡Vete de una buena vez! —gritó.

Cyprian logró agarrar la punta del garrote y tiró. El guardia se tambaleó hacia atrás. Cyprian aferró la estaca con la otra mano, la cadena tintineó y se tensó, y de pronto el garrote aprisionó la garganta del guardia que, tumbado entre los brazos de Cyprian, como un amante, lo contemplaba con el rostro repentinamente pálido. Cyprian aumentó la presión.

—Si vuelves a pegarle, asegúrate de estar fuera de mi alcance mientras yo permanezca aquí.

El guardia tosió.

—Suéltalo —tartamudeó su hermano—. ¡Por amor de Dios, sólo empeoras las cosas!

—A mi hermano le gustaría recuperar su medio penique —dijo Cyprian—. Los presos pueden recibir visitas de sus familiares en cualquier momento, sin tener que sobornar a los guardias.

—¡Cyprian!

El guardia carraspeó, extrajo el medio penique del bolsillo y lo dejó caer. El hermano de Cyprian lo miró fijamente.

—Recógelo, o lo haré yo —dijo Cyprian.

Su hermano se agachó y recogió la moneda. Cyprian apartó al guardia de un empujón. Este salió tropezando y después se volvió y contempló a Cyprian rechinando los dientes y frotándose el cuello.

—Ahora te toca a ti —dijo Cyprian, que aún sostenía el garrote en las manos. El rostro del guardia se contrajo de ira.

—¡GUARDIAAAA! —gritó y salió corriendo de la celda—. ¡GUARDIAAAA!

Cyprian dejó caer el garrote.

—¡Debes informar a Agnes de lo sucedido! —insistió—. Dile la verdad. Por favor. Dile que saldré de aquí cuanto antes.

—¿Qué es la verdad?

—¡Maldita sea! —dijo Cyprian.

Su hermano suspiró y sacudió la cabeza con expresión melancólica.

—Dile que esto no cambiará nuestros planes. —Desde fuera se oía el rumor de pasos y de maldiciones airadas. Su hermano tragó saliva y su mirada fue alternativamente de la puerta a Cyprian.

—¡Por favor! —Cyprian tendió la mano, pero la cadena estaba demasiado tensa y no logró tocar el brazo de su hermano—. ¡Por favor!

—Sean cuales sean vuestros planes, tú los has desbaratado —dijo su hermano. Los demás guardias irrumpieron en la celda blandiendo los garrotes y apretando los puños. Apartaron al hermano de Cyprian y se abalanzaron sobre éste, que cayó al suelo bajo el peso de media docena de cuerpos. Sintió los puñetazos y las manos que le aprisionaron la muñeca libre con otro grillete, pero volvió a liberarse pataleando.

Su hermano estaba junto a la puerta.

—Los Wiegant también se han ido esta mañana —dijo en voz baja, pero Cyprian lo oyó pese a las maldiciones y el tumulto. Una mano le aplastó la cabeza contra el suelo y la vista se le nubló.

—¿Adónde? —gritó, tratando de incorporarse. El cráneo se le partía de dolor. La mano volvió a apoyarse en su frente, pero Cyprian apartó la cabeza y la mordió. En medio de la confusión de brazos, piernas y puños, el dueño de la mano soltó un chillido.

—¿Adónde? —rugió Cyprian y escupió la sangre de la herida—. ¿ADÓNDE?

Entonces los guardias se lanzaron encima de él, le golpearon y patearon hasta que dejó de resistirse.

El padre Xavier enrolló el mensaje destinado a la paloma mensajera. Debido a su vista debilitada le había costado escribirlo, pero no tenía a nadie a quien confiarle esa tarea.

«Recibida indicación respecto al objetivo —había escrito—. Detalles poco claros. ¿Existe información acerca de una masacre de mujeres y niños?»

¿Qué respuesta esperaba de los hombres a quienes informaba? ¿Se encontraba «él» en el lugar de los hechos, o no? Entretanto, ya conocía la historia de la Biblia del Diablo tan bien como los demás y en todo caso, mejor de lo que ellos creían. La había redactado un monje, con ayuda del diablo según la tradición. El emperador Federico, el Anticristo, se había apoderado de ella. El Códice no llegó hasta el archivo secreto: allí fue a parar la copia. ¿Qué impedía que en cambio el original hubiera vuelto al mismo lugar donde había sido creado? Y ¿dónde estaba ese lugar?

El padre Xavier formó una bolita con el papel y la dejó caer sobre la vela que ardía encima de su mesa. Un segundo después el papel ardió y en la vela se formaron dos llamas, que se reflejaron en los ojos negros del padre Xavier.

Había un segundo mensaje que debería haberles enviado a quienes les encomendaron la tarea, relacionado con el cardenal Facchinetti. Era acerca de un hombre con el que el cardenal se había encontrado en Viena mientras los otros conjurados creían que estaba en Praga. El padre Xavier había descubierto que el interlocutor de Facchinetti era Melchior Khlesl, el obispo de Wiener Neustadt. No logró averiguar de qué hablaron, pero le dijeron que en Viena el obispo se informó minuciosamente sobre cierta persona. La persona se llamaba Agnes Wiegant. Las llamas reflejadas en los ojos del padre se agitaron, después volvieron a arder tranquilamente. El padre Xavier tenía la intención de guardarse esa información para sí. Sonrió para sus adentros.

Después se dedicó a pensar en el joven al que todos evitaban como si fuera un leproso, y que vivía en los vastos terrenos del Hradshin, solo, en una casa de la Goldmachergasse, un lobo solitario que se abría paso a través del desprecio general. Pensó en la historia que quería oír el emperador Rodolfo mientras se apretujaba temblando detrás de la puerta que daba a su cámara de curiosidades y procuraba convencerse de que sólo había visto un fantasma en la escalera de servicio..., un fantasma..., sólo un fantasma. Pensó en la torpe versión de esa historia que le relató el barón Rozmberka, junto con otra abundante información que el barón había jurado que jamás revelaría. Pensó que algunas personas eran la clave de importantes acontecimientos y que todo el mundo tiene un precio. El padre Stefano, por ejemplo, se dejó engañar y creyó que el padre Xavier se había dejado ayudar por él. El precio de la mayoría de las personas era asombrosamente bajo.

El padre Xavier clavó la mirada en la llama de la vela hasta que la bolita se quemó por completo. Después se humedeció el dedo y apagó la mecha. La oscuridad envolvió su delgada figura, inundó la habitación, se arrastró por encima de todas las sombras y las absorbió. Los ojos del padre Xavier brillaban en la oscuridad, como si las llamas reflejadas en ellos aún no se hubieran extinguido.

El padre Hernando se preparó para soportar un cónclave prolongado. Durante el Segundo Concilio de Lyon, el papa Gregorio X había establecido en su bula *Ubi periculum* que el inicio de la elección del Papa debía fijarse de manera que la Sede permaneciera vacante durante un mínimo de quince días y un máximo de veinte. Eso había ocurrido hacía más de trescientos años y desde entonces *Ubi periculum* y sus sucesoras *Licet, ne romani*, *Licet in constitutione*, *Periculis et detrimentis* y todas las demás habían dispuesto del tiempo suficiente para grabarse en los muros del Vaticano, como los Diez Mandamientos en las tablas de piedra de Moisés. Esta vez el cónclave no pudo empezar puntualmente. El quince de octubre, el papa Gregorio fue llamado a Roma y obedeció a la llamada gimiendo y vomitando diariamente un líquido verdoso, un procedimiento observado por el padre Hernando desde lejos y con un horror apenas reprimido, mientras el criado que había sobornado lo mantenía al corriente de las noticias obtenidas de quinta o sexta mano. Más de una vez, el padre Hernando se vio obligado a pasar varias horas rezando a solas, para asegurarse de que lo que le había hecho al Santo Padre era imprescindible para que la cristiandad no marchara rumbo a la catástrofe.

Era el veintisiete de octubre de MDXCI, el año del Señor 1591. El último aliento del Papa ya estaba acompañado por los golpes de martillo de los carpinteros que dividían dos salas y dos capillas del palacio del Quirinal mediante tablas. El pueblo y los miembros de las jerarquías inferiores del clero —entre ellos el padre Hernando— estaban apostados ante las puertas del Vaticano asistiendo al desfile de los cardenales. La llovizna apagaba las ganas de chillar, aplaudir y gritar de la plebe; según pudo comprobar el padre Hernando, sólo los vítores destinados al cardenal Girolamo Simoncelli tenían una causa natural. Ya era la séptima vez que el cardenal participaba en una elección de Papa e incluso los escaldados romanos lo consideraban un coetáneo especial. En cambio los aplausos y los llores dedicados al cardenal Facchinetti estaban orquestados. El padre Hernando lo sabía perfectamente, porque quien los había orquestado era él. Las indicaciones del cardenal de Gaete al respecto habían sido precisas. Facchinetti pertenecía a su círculo y debía recibir la tiara: el padre Hernando estaba seguro de que el cardenal de Gaete —y todo el grupo formado por españoles e italianos que había puesto de su parte— votaría conforme a la situación, y que la tarea de convencer a los demás la llevarían a cabo los cardenales dentro del cónclave.

Cuando el cardenal Facchinetti se abrió paso entre la multitud su rostro estaba tan gris y tan consternado que era como si se dirigiera a su propio entierro. Sólo alzó la vista una vez, al pasar junto a un hombre que llevaba los distintivos episcopales, que lo saludó con la cabeza y le sonrió. El padre Hernando no conocía a ese hombre

delgado de barba hirsuta.

Faltaban algunos cardenales; algunos llegarían demasiado tarde debido a las dificultades surgidas durante el viaje, otros porque no querían someterse al insoportable proceso que siempre volvía a causar víctimas entre los cardenales más ancianos, que eran evacuados discretamente por la puerta trasera, mientras un colega más afortunado proclamaba: «¡*Habemus papam!*» Por supuesto que el cardenal Gaspar de Quiroga, el Gran Inquisidor, volvía a estar ausente. Pese a todos sus esfuerzos, en España aún quedaban herejes con vida cuya exterminación tenía prioridad sobre cualquier elección papal, en nombre de Dios y de la misericordia.

El padre dominico observó los cuerpos encorvados bajo el peso de la edad, engalanados con ricas telas y joyas, en cuyas manos reposaba la elección del próximo líder de la cristiandad y de cuyas filas éste saldría. No pudo evitar una sensación de agobio. Una velada pasada en compañía del cardenal de Gaete le reveló hasta qué punto todo este evento propendía a la corrupción y al chantaje, y cuan escasamente santa sería la conducta del Santo Colegio durante los días siguientes. El padre Hernando se había considerado un cínico, pero en comparación con el cardenal de Gaete y la mayoría de los demás hombres a cuyas espaldas se cerraban las puertas vigiladas por la guardia suiza, era prácticamente un creyente ingenuo. Tenía la esperanza de que de todo aquel sarcasmo y de todos los tejemanejes políticos al final surgiría lo que era más necesario que nunca: la elección de un Papa capaz de utilizar el arma más importante jamás caída en sus manos en contra del diablo y la herejía.

«Aún no la hemos encontrado», pensó el padre Hernando lanzando un suspiro. Pero el padre Xavier encontraría la herencia de Satanás. Hernando no dudó ni un instante de que su hermano *in dominico* no permitiría que el principio básico que afirma que la Iglesia aborrece la sangre le impidiera aniquilar cualquier obstáculo que se interpusiera entre él y su objetivo. Tantos actos perversos para lograr que el bien venciera... El padre Hernando no estaba seguro de que algunas de las palabras de Jesucristo hablaran de la necesidad de hacer uso de la violencia para conservar la fe.

La multitud permaneció delante de las puertas a través de las cuales había desaparecido el Santo Colegio, como si contara con poder aguardar allí hasta el final del cónclave. El padre Hernando se abrió paso a través de la muchedumbre. Hasta entonces jamás le había incomodado escuchar las súplicas de misericordia de los herejes durante los dolorosos interrogatorios y hacerle una señal al verdugo para que intensificara el suplicio; los alaridos de los quemados vivos y la vista de los trozos de carne consumidos por las llamas y colgados de las argollas al final de los Autos de fe jamás lo habían afligido. Había cumplido con su deber con la conciencia limpia, después había rezado por las almas de los ajusticiados y más tarde había revisado las actas de los siguientes delincuentes. Ahora sin embargo, se sentía invadido por un temor y una inseguridad desconocidos. Se imaginó al padre Xavier llegando a Roma

con la Biblia del Diablo y, aunque era incapaz de imaginarse el aspecto del legado de Satanás, no dejaba de ver con toda claridad la sombra que se cernía sobre la ciudad tras su llegada. El padre Hernando se estremeció.

La catedral de San Pedro estaba abierta y permanecería abierta hasta la elección del nuevo Papa.

El padre Hernando avanzó a trompicones a través de los andamios y los sacos y entró en la obra eterna y, tras adelantarse unos pasos, cayó de rodillas, plegó las manos y cerró los ojos. En la inmensa catedral, sus murmullos resonaban como el aleteo de pequeñas alas. «Aunque camine por un valle de sombras de muerte, no temeré mal alguno; porque tú estarás conmigo: tu vara me infundirá aliento..., por eso confían en ti quienes conocen tu nombre; porque tú no abandonaste, Señor, a quienes te buscan..., muéstrame el camino que he de recorrer; porque hacia ti elevo mi alma...»

El padre Hernando abrió los ojos y dirigió la mirada a la figura del Crucificado en el altar. Como si fuera un monje simplón y no uno de los más eximios de su orden, albergó la esperanza de recibir una señal: que la figura de la cruz lo saludara con la cabeza o le sonriera, pero Jesucristo tenía la cabeza gacha y su mirada se perdía en el vacío. Pese a la oscuridad de la iglesia y la distancia, el padre Hernando creyó ver una expresión de repugnancia en el rostro tallado.

Cuando cayó la noche del primer día, la catedral se vació, pero como aún quedaban suficientes personas ávidas de sensacionalismos y otras que rezaban o buscaban consejo, nadie prestó atención a la figura blanca y negra tendida junto a una columna, agitada por sueños inquietos. Durante la noche, un solitario feligrés se acercó al durmiente, sostuvo una mano delante de su nariz y su boca y, cuando éste no despertó, le revisó los bolsillos del hábito. Los dominicos tenían fama de recibir una buena paga por cumplir su tarea de perros guardianes del Señor, y si uno de ellos era lo bastante tonto para quedarse dormido en una iglesia, entonces era voluntad de Dios que le aligeraran los bolsillos. Pero el ladrón sólo encontró unos lentes y un crucifijo plateado que no se atrevió a arrancarle del cuello. Enfadado por lo inútil de su empeño y por su propia cobardía, le volvió la espalda al crucifijo para que el Salvador no viera lo que hacía, se extrajo el miembro y se orinó en el hábito del dominico.

El padre Hernando dedicó el segundo día del cónclave a sus afiebradas oraciones sin darse cuenta de que su hábito apestaba a orina. El rostro del Crucificado se parecía cada vez más al del papa Gregorio, la sangre que le manchaba el rostro estaba negra debido al veneno que el padre Hernando le había administrado. ¿Qué había hecho..., qué había hecho? «Jesucristo, Nuestro Señor, Abraham quiso sacrificar a su único hijo por ti; yo también sacrifiqué a un inocente por ti, y para proteger a la cristiandad». No percibió cómo con el transcurso del día la luz que penetraba a través

de los vitrales de la iglesia iba impulsando las sombras sin lograr eliminarlas de la casa de Dios, ya que éstas volvían a ocupar los lugares abandonados por la luz.

En determinado momento, un griterío, unos vítores y una mano que se posó en su hombro lo arrancaron de su ensimismamiento. Salió fuera junto con los demás. Las callejuelas estaban repletas de personas que bailaban, aplaudían y gritaban un nombre que no alcanzó a entender. La multitud lo arrastró a través de la misma puerta que había atravesado el Santo Colegio al entrar en el cónclave y que a la sazón estaba abierta. Detrás de los vistosos uniformes de la guardia suiza, el padre Hernando vio las figuras envueltas en la púrpura cardenalicia que, en la sombra, parecía sangre derramada. Los causantes del griterío y los vítores se alejaron de la sede del cónclave en pos de un pequeño grupo de guardias suizos que se abría paso entre la multitud mientras escoltaba a su precioso protegido. El nuevo Papa se dirigía a la capilla Sixtina, donde se revestiría de su atuendo pontifical antes de regresar al cónclave. El padre Hernando permaneció de pie entre la gente que lo empujaba o lo apartaba; estaba tan obnubilado como alguien que acaba de despertar y no sabe si la realidad es peor que su pesadilla. Un guardia suizo se aproximó y le dijo unas palabras y, sin haberlas comprendido, lo siguió. El guardia lo condujo hasta el cardenal de Gaete y el cardenal Madruzzo.

El rostro de tortuga de Cervantes de Gaete estaba rígido. Madruzzo se había quitado un guante y se mordisqueaba las uñas. Cuando el padre Hernando se acercó, frunció la nariz y se la tapó con el perfumado guante.

—Inocencio IX —susurró de Gaete—. Esperaba que se llamara Julio. ¡Necesitamos un Papa guerrero, no uno cuyo emblema es la inocencia! ¿Qué os pasa, Hernando? ¿Acaso no sabéis que *habemus Papam*?

—Lo sé —dijo Hernando con voz ronca.

—¿Sabéis dónde se encuentra vuestro hermano dominico, el padre Xavier? —le espetó el cardenal Madruzzo.

—En Praga.

—¿Dónde, exactamente?

—Yo...

—¡No tenemos la menor intención de hacerlo regresar! —dijo el cardenal de Gaete—. Que no os venga el pánico, Madruzzo: ¡comparado con vos, una anciana lavandera es como la roca de Gibraltar, por amor de Dios!

—¿Qué decís? ¡Todo ha acabado!

—Nada ha acabado. Nuestras filas sólo han perdido a uno de sus soldados, eso es todo. Encontraremos a otro que ocupe su puesto. ¿Acaso creéis que abandonaré, justo ahora que estamos tan cerca?

—¿Pero qué pretendéis hacer? —dijo Madruzzo, haciendo un gesto de resignación—. Cualquier otro Papa hubiera sido mejor que éste. ¿Por qué no

insististeis en que me votaran a mí? A fin de cuentas, obtuve ocho votos en la primera votación.

La mirada del padre Hernando iba de uno a otro. En el rostro surcado de arrugas de Cervantes de Gaete, los ojos refulgían como canicas.

—Padre Hernando... —empezó a decir el anciano cardenal.

Este en el fondo lo había sabido. Aunque había sido incapaz de sospechar lo que ocurriría y ahora sólo comprendía una fracción de lo acontecido y de lo que el nuevo Papa había ordenado a ambos cardenales. El mundo se tambaleaba a su alrededor. Oyó cómo el griterío de la multitud aumentaba de volumen y se dio la vuelta. Encabezando un desfile de manos agitadas, sombreros lanzados al aire y una oleada de gritos de «¡Papa, Papa!», se acercaba un contingente de guardias suizos. En el centro, el padre Hernando divisó una figura vestida de blanco. Los cristales mal pulidos de sus lentes y la lluvia deberían haber impedido que distinguiera el rostro, y sin embargo vio el semblante delgado y de barba gris de Giovanni Facchinetti con toda claridad: el papa Inocencio IX. Por lo visto, las intrigas, los sobornos y las negociaciones del cardenal de Gaete habían obtenido el resultado deseado por él y todo su círculo: el tercer cardenal que formaba parte de éste era el nuevo Papa. Y sin embargo..., el padre Hernando parpadeó. ¿Acaso un Papa que adoptó el nombre de Inocencio echaría mano de un arma forjada por el mismísimo diablo para luchar por la unidad de la cristiandad?

—¿Padre Hernando?

El monje dominico se apartó. El cardenal de Gaete lo miró fijamente.

—Debéis iros. Me habéis comprendido, padre Hernando, ¿verdad?

Este cerró los ojos y dio un paso hacia el gran abismo. «Y aunque atravesase el valle del temor...»

—Por supuesto —susurró.

1592 - LA CIUDAD DE ORO

El amor todo lo vence, el dinero todo lo alcanza, todo acaba con la muerte.

Dicho español

En enero Praga era un dechado negro y gris, un conjunto de sombras, un bosque de columnas de humo que se elevaban al gélido cielo invernal, un pantano humoso y pestilente cuando el viento del este diseminaba el vapor de las chimeneas por las callejuelas. El padre Xavier tenía frío. Estaba acostumbrado al frío de Castilla, que era seco y sereno; el frío de Praga era ventoso y, pese a la baja temperatura, húmedo y siempre agobiante. En Castilla, la nieve blanca empolvaba el paisaje de color ocre; cuando lucía el sol, el ocre parecía oro y el cielo, más profundo que el océano. En Praga el cielo parecía estar al alcance de la mano, más allá de las puntas de las torres. Bajo la nieve, la vegetación que cubría las colinas que rodeaban la ciudad era gris o de ese color indescriptible de la rigidez y la muerte. Castilla en invierno era la época de la meditación, la tranquilidad y el aire transparente; Praga en invierno yacía en una especie de rigidez mortal y el padre Xavier tuvo que luchar contra la sensación de que la ciudad jamás despertaría de aquel estado.

Entre noviembre del año anterior y Reyes no había recibido ninguna noticia de sus patronos. El último mensaje estaba formado por sólo tres palabras; *Subsiste in votum*. Persevera en la oración. El padre sabía lo que significaba: su encargo estaba en suspenso. Algo debía de haber ocurrido, algo que impidió o detuvo el desarrollo normal de los acontecimientos.

Poco a poco, las noticias oficiales llegaron a Praga. Había un nuevo Papa, se llamaba Inocencio IX. Era el cardenal Facchinetti, tal como lo habían planeado, y sin embargo algo había salido mal.

Durante las semanas de silencio, el padre Xavier estuvo procurando recordar el rostro del cardenal, que sólo había visto en la reunión en la choza a orillas del Tajo. Ante sus ojos veía una mueca distorsionada, la rigidez del hombre cuando su mirada —la del padre Xavier— se había posado sobre su rostro. Nadie tuvo que decirle que el giro inesperado estaba relacionado con el papa Inocencio.

¿Acaso el acuerdo entre los conjurados del círculo del cardenal Cervantes de Gaete era menor de lo que parecía? Tal vez el nuevo Papa había sucumbido al temor... o a la codicia. El padre Xavier albergaba ideas propias acerca del breve pontificado de Gregorio XIV, pero jamás las había dejado traslucir. Cuando al principio del nuevo año eclesiástico, el primer domingo de Adviento, aún no había recibido ninguna noticia, empezó a preguntarse cuánto duraría el pontificado de Inocencio IX.

Claro que durante ese período, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después se desprendieron de su atuendo festivo y adoptaron un matiz gris y mohoso para acabar por envolverse en la sucia mortaja de la nieve, no sólo había perseverado en la oración. No había vuelto al Hradschin, pero

existían numerosas oportunidades para enterarse del ir y venir de cierta persona sin tener que estar presente. En cualquier momento, el padre Xavier podría haber desempeñado el papel del joven que, tras el encuentro del emperador Rodolfo con cierto, fantasma en la escalera de servicio, había logrado tranquilizarlo, porque ahora ya lo conocía muy bien.

Andrej von Langenfels vivía completamente solo en una de las casitas de la Goldmachergasse y parecía que tras instalarse allí, había caído en la pasividad en la que había insistido la última comunicación dirigida al padre Xavier con respecto a él mismo. Sólo abandonaba su escondrijo cuando el emperador lo mandaba llamar o cuando visitaba un prostíbulo.

Estaba aquella historia del baile celebrado por el emperador Rodolfo en honor al retrato que lo mostraba como Vertumnus, una repugnante y obscena máscara, formada por verduras y frutos del campo, que complació al extraño espíritu del emperador. Rodolfo había invitado a su *fabulator principatus*, pero el joven no participó en ninguno de los bailes. El emperador Rodolfo parecía haberlo olvidado y nadie se tomó la molestia de presentarle a una de las damas de la corte, que habría sido lo correcto incluso si ya las conocía. Cada vez que Andrej le lanzaba una sonrisa a alguna, ésta se volvía y se dirigía al otro extremo del salón. Se dio la extraña circunstancia de que mientras que a un lado del salón numerosas mujeres aguardaban a un compañero de baile, al otro lado Andrej von Langenfels permanecía completamente solo, sin abordar a ninguna de las bellezas por falta de valor, o porque era demasiado inteligente como para no resignarse. Al final, alguien afirmó haberlo visto en una de las salas contiguas, bailando con una anciana criada al ritmo de las melodías que resonaban apagadas desde el otro salón; la criada, avergonzada y ruborizada, no huyó porque en su error creyó que Andrej era alguien al que resistirse podría provocar consecuencias desagradables.

Y estaba la historia de que Andrej von Langenfels no había follado ni una sola vez en el burdel con la chica de su elección, sino que había charlado con ella, la había abrumado con un discurso desesperado que ella soportó con la misma expresión aburrida que habría adoptado si, en vez de conjurarlo con palabras, él hubiera tratado de expulsar el demonio de la soledad tendido encima de su cuerpo.

Todas las otras historias seguían la misma pauta. El padre Xavier las unió en su memoria insobornable y formó una imagen. Cuando por fin llegaron nuevas noticias, ya podía convertir a Andrej von Langenfels en su marioneta, sin que ambos se hubieran encontrado jamás y sin que Andrej fuera consciente de la existencia del otro. El padre Xavier lo sostenía en una mano y aún no había empezado a darle forma.

El padre Xavier observó cómo las llamas consumían la bolita en la que había convertido el mensaje. Después abandonó su celda.

Las callejuelas de Praga estaban sumidas en el silencio de una tarde de enero, al igual que las campanas de todas las iglesias. El padre sabía que a más tardar, ese silencio acabaría al día siguiente; era demasiado realista como para ignorar que no era el único de la ciudad al que las palomas traían mensajes secretos, aunque partía de la idea de que tal vez las recibía antes que todos los demás. Se abrió paso a través de la nieve derretida que se formaba allí donde el sol iluminaba las callejuelas. El rumor de sus pies calzados con sandalias resonaba entre las casas, entre las cuales el día siguiente resonaría el eco de las campanas durante horas, celebrando la ascensión al cielo del alma del cardenal Giovanni Antonio Facchinetti, el papa Inocencio IX.

El mensaje, del que sólo quedaba un punto negro en la cera de su vela, era breve: «El martillito ha hablado. Despierta». El martillito era el instrumento con el cual, según la antigua tradición, el chambelán del Papa golpeaba en la frente del Papa muerto y preguntaba tres veces: «¿Dormís?», para luego proclamar que el pontífice realmente estaba muerto. El nuevo cónclave se reuniría de inmediato. No sabía qué estrategia pondrían en marcha de Gaete y su círculo de conjurados, pero barruntaba que sería un cónclave difícil que duraría unos cuantos días. Pues tanto mejor. El padre Xavier sabía exactamente qué debía hacer, pero de cuanto más tiempo dispusiera, tanto mejor. En cuanto eligieran al nuevo Papa, recibiría otro mensaje en el que se le preguntaría por los progresos de su tarea, y quería poder contestarlo. Contempló su mano derecha y cerró el puño, como si ya hubiera empezado a darle forma a su marioneta.

El convento de Santa Agnes se encontraba al nordeste de la ciudad vieja, al final de la curva casi en ángulo recto trazada por el río Moldava para esquivar la colina coronada por el Hradschin. Más allá de los muros del convento sólo había una estrecha orilla en la que —durante las otras tres estaciones del año— reposaban botes y balsas. El convento ocupaba un amplio terreno en el laberinto de callejuelas entre las iglesias de San Cástulo y de San Simón y Judas, y en gran parte estaba en ruinas. Como en todo Bohemia, también allí las guerras de los hussitas habían dejado su rastro y parecían demostrar lo que ocurriría con todo el reino si no se combatía la herejía. Al final del conflicto el convento fue abandonado; hacía cuarenta años los dominicos habían empezado a ocuparlo tras verse obligados a abandonar, a favor de los jesuitas, su convento original situado junto a la Karlsbrücke.

Ese era uno de los motivos por los cuales el padre Xavier había elegido el convento de Santa Agnes: porque lo dirigían los hermanos de su propia orden. El otro era que, junto con los dominicos también habían regresado las clarisas, que eran quienes edificaron el convento junto con los vecinos minoritas. Formaban un grupo pequeño y se limitaban a servir a la sociedad en lo que consideraban lo más necesario: el cuidado de las mujeres perdidas. Las clarisas ocupaban el ala sur del convento que antes perteneció a los minoritas. Decían que el nivel de mortalidad

entre las pupilas de las clarisas sólo era un poco más elevado que el de la campana turca.

«La madre superiora parece un pajarito, más semejante a un gorrión que a un halcón», pensó el padre Xavier. En ella había conocido una crueldad que hasta entonces le era desconocida: la crueldad de los misericordiosos. La madre superiora sabía que sólo podía ayudar a un porcentaje mínimo de las chicas que acogía; en cuanto a las otras, se limitaba a observar cómo las enfermedades, la pena y las heridas que algún pretendiente brutal les había infligido en cualquier callejuela acababan con ellas, cómo se desangraban internamente a causa de los oxidados ganchos de hierro utilizados por las abortistas clandestinas aún clavados en sus entrañas.

—Os agradezco las noticias, hermana superiora —dijo el padre Xavier con una sonrisa.

—La pobrecita se lo ha ganado —dijo la superiora—. No os sentiréis defraudado.

Las primeras veces que hablaron, sólo había vislumbrado la figura de la superiora oculta tras la pequeña ventana enrejada de su celda a través de la cual se comunicaban. Por fin logró convencerla de que lo dejara entrar en los recintos exteriores del convento para hablar con ella cara a cara.

—¿Cumple con los requisitos?

—Es joven y bonita —dijo la superiora torciendo el gesto—. Si no estuviera convencida de vuestra rectitud y piedad, padre Xavier, consideraría esta exigencia como algo repugnante.

—La joven cantará ante las cabezas coronadas de la cristiandad —dijo el padre—. Vos y yo sabemos que la auténtica belleza es interior..., pero sabéis tan bien como yo lo que piensan fuera, en el mundo pecador.

La superiora, que fue depositada de niña en un convento de las clarisas cerca de Praga y que del mundo exterior sólo había visto lo que alcanzaba a ver tendida de espaldas en el claustro con la vista clavada en el cielo azul, asintió con la cabeza y suspiró.

—¿Y haréis lo que sea necesario para que regrese aquí sana y salva?

—Todos nuestros caminos reposan en las manos de Dios —afirmó el padre Xavier, que al decir esto logró parecer alguien cuyo consejo Dios escucharía.

—Amén, padre Xavier.

—Amén, hermana superiora.

La superiora lo condujo a través del claustro cuya ala derecha se había derrumbado y que por lo tanto era inutilizable, después a través de la antigua iglesia conventual de los minoritas entre cuyas vigas se veía el cielo y a través de un descuidado patio en el que crecían la hierba y las malezas secas y amarillas, que ahora crujían bajo sus pies envueltas en la blanca escarcha.

—Siempre creí que formar a alguien como cantante no era nada sencillo —dijo la

superiora.

—Estoy seguro de que la joven cumplirá con todas las expectativas.

—¡Pero si ni siquiera la habéis visto, padre!

—Hemos de trabajar con los materiales que Dios nos da, ¿verdad, hermana? Si no lo hacemos, al final esos seres horrorosamente mutilados, que suben a escena para dar placer a los gobernantes, acabarían cantando alabanzas a Dios en nuestras iglesias.

Al pensar en los castrados, la madre superiora palideció y apresuró el paso.

—Quisiera verla antes de que ella me vea a mí —dijo el padre Xavier—. No quisiera despertarle esperanzas inútiles a esa pobre criatura.

El ala en ruinas de la parte sur del convento, que se extendía a lo largo del muro exterior, había sido provista de un agujereado techo: los peores daños habían sido reparados. Las mejoras le daban el aspecto de un cadáver con la cara pintada para simular que aún vivía. El padre Xavier siguió a la superiora hasta el ala en la que solían albergar a los visitantes seculares del convento. Justo detrás del agujero —que antes había sido un portón de hojas valiosas— se extendía una hilera de puertas bajas que daban a las celdas de los monjes y se perdían en la oscuridad apenas iluminada por una vela de sebo. Allí dentro el ambiente parecía aún más gélido y húmedo que en el exterior. Antiguamente, los minoritas se habían encargado de que los visitantes percibieran el juramento de pobreza de Francisco de Asís; ahora que el lugar estaba vacío y deteriorado, sólo tenía un aspecto triste y mísero.

La superiora recorrió el resquebrajado suelo de piedra y, agarrando la vela, le señaló al padre Xavier que se detuviera y abrió la puerta de una celda. No estaba cerrada con llave.

—Permaneced aquí, en la sombra —le indicó. Luego asomó la cabeza y dijo en tono amable:

—Yolanta, hija mía, sal.

Tras unos instantes, una figura envuelta en jirones y de cabellos desgreñados salió al pasillo y clavó la mirada en la llama de la vela. La superiora la asió del hombro y la hizo girar con suavidad; la luz de la vela iluminó un rostro cubierto de mugre.

—¿Quién está ahí? —preguntó la figura, que volvió la cabeza y apagó la vela antes de que la superiora pudiera reaccionar. Su imagen contorneada por un halo blanco danzó ante los ojos del padre Xavier; éste oyó cómo volvía a entrar en la celda, no sin antes murmurar:

—¿Queréis presentarme, madre superiora? ¿Qué significa esto?

—Sólo quiero ayudarte, hija mía.

El padre Xavier sonrió. Bajo la mugre, el rostro de la joven era inmaculado. Si uno se lo imaginaba con mejillas un poco más redondas y un aspecto menos penoso, era un diamante que bastaba con pulir para que volviera a brillar. El nombre de Yolanta encajaba: significaba delicada y bella en griego antiguo. Quien fuera el que

eligió ese nombre para ella o bien lo hizo al azar, o bien había albergado muchas esperanzas. Las esperanzas se habían cumplido en cuanto a su apariencia, pero en cuanto a la vida que le tocó en suerte..., bien, la combinación de ambas circunstancias era exactamente lo que el padre Xavier andaba buscando.

—Perfecto —murmuró.

La madre superiora avanzó a tientas junto al padre, que la agarró del brazo y la condujo hacia el exterior. Ella sostenía la vela apagada y había enmudecido de vergüenza.

—Era..., no debéis creer..., sólo la hemos sorprendido...

—¿Qué la retiene aquí? ¿Por qué no abre la puerta y se marcha?

La madre superiora suspiró.

—Porque tiene esperanzas —dijo—. Sólo las jóvenes que aún albergan esperanzas tienen una oportunidad de salvarse.

—¿Y qué espera?

—Que pueda reunirse con su hijo una vez que se haya desprendido de su mácula.

—¿Tiene un hijo?

—Hace falta muy poco para convertirse en una mujer perdida, padre Xavier. En esta ciudad, sólo una línea muy delgada separa el pecado de la seguridad.

—¿Dónde está su hijo?

—En una casa de expósitos. Puedo daros la dirección.

—Perfecto —dijo el padre Xavier.

* * *

La dirección que le dio la madre superiora se encontraba en la Kleinseite; era una oscura casona junto a la muralla occidental de la ciudad, dirigida por las carmelitas. Allí el padre Xavier se topó con una crueldad similar a la ejercida en Santa Agnes, sólo que en este lugar la dureza no estaba mitigada por ninguna esperanza. Las niñas que sobrevivían estarían condenadas a llevar en el mundo una vida que les conduciría a tener más niños, que a su vez volverían a ingresar en el convento y, si alguna de las antiguas reclusas lograba escapar de ese círculo infernal, las carmelitas jamás lo sabrían. La madre superiora de Santa Agnes al menos disfrutaba de la satisfacción de saber que de vez en cuando lograba salvar a una de sus ovejas, pero las carmelitas, no. La tez de la priora era del color de una moribunda, su rostro expresaba el cansancio de alguien que hace rato ha abandonado la búsqueda de un supuesto diamante entre las cenizas de su vida. Condujo al padre Xavier a un cobertizo que resultó ser su celda y el escritorio de la casa de expósitos.

—Aquí tenemos al hijo de una mujer llamada Yolanta Melnika^[1], cuyo apellido sólo significa que tal vez ella viviera cerca de un molino, que fuera un molinero quien la embarazó o que fue lo primero que se le ocurrió al ser preguntada.

—¿Cuándo fue traído aquí?

—Hace casi tres meses.

—¿Cómo se llama?

—Doce de Noviembre —dijo la priora y se encogió de hombros—. Si aquel día hubieran traído dos niños, su nombre incluiría una cifra más. ¿A quién le importan sus nombres? Incluso si las madres se tomaron la molestia de ponerle un nombre a estas criaturas, no lo sabríamos. No son ellas quienes nos dejan esos bultos llorones en el umbral, sino los ministriles que detuvieron a la madre.

—¿Qué edad tenía cuando lo dejaron aquí?

La priora examinó una lista.

—Tres o cuatro semanas, no lo sé con exactitud. Estos niños nacidos en otoño son como gatitos, siempre demasiado pequeños y flacos. La mayoría no llega a ver las Navidades.

—Ese es el niño que estoy buscando. ¿Ha visto pues las Navidades?

La priora recorrió con el índice la línea del folio atado con cordeles.

—No —respondió—. Ni siquiera vio Santa Bárbara, murió dos semanas después de ser depositado.

El padre Xavier guardó silencio durante un momento.

—¿Dónde está enterrado?

La priora señaló en una dirección; el padre Xavier sabía que allí estaban las murallas y más allá había una fosa común siempre abierta, vigilada por los peones del verdugo. Los peones arrojaban todos los cadáveres en la fosa y los cubrían con tierra y cal. Eran barqueros del reino de los muertos de un tipo muy especial, a quienes no hacía falta entregar un óbolo porque los que les traían a sus muertos en realidad no poseían nada. El padre Xavier se imaginó un pequeño saco sin forma que no habría supuesto ningún esfuerzo para los peones.

—Era un varón —dijo el padre Xavier.

La priora consultó la lista.

—En efecto —dijo.

—Se llamaba Wenceslao.

—Muy inapropiado —dijo la priora, encogiéndose de hombros.

—La madre albergaba esperanzas.

—Muy inapropiado —repitió la priora.

* * *

Cuando el padre Xavier volvió a Santa Agnes y tomó asiento en la celda frente a la joven que había elegido, ya era de noche.

—Yolanta Melnika —dijo, sin esforzarse por esbozar una sonrisa—. Soy el padre Xavier.

—Un perro de Dios —dijo Yolanta.

El padre Xavier inclinó la cabeza.

—Cuando acaba la jornada todos somos el perro de alguien. Te propongo un trato y mi parte consiste en sacarte de aquí.

—¿Y cuál es la mía?

—Nada que no conozcas. En contrapartida te dejarás montar y simularás que te produce el máximo placer. Harás lo que te pidan, sea lo que sea, con la frecuencia que sea y de la manera que sea. —En el camino de regreso de la casa de expósitos había reflexionado acerca de las palabras que emplearía; no se le ocurrió ningún motivo para disfrazar su propuesta con frases bonitas. Si la joven aceptaba el trato, se convertiría en su herramienta y era importante que no hubiera malentendidos entre una herramienta y quien hacía uso de ella. Tal vez la humedad y el frío endurecieran su voz más de lo habitual. Eso no le preocupaba, porque sabía que ella ya había mordido el anzuelo.

—¿Por qué no os dirigís al prostíbulo más próximo, padre? Allí encontraréis a muchos de vuestros semejantes.

El padre Xavier no pestañeó. Le devolvió la mirada hasta que ella desvió la suya, tragó saliva y guardó silencio. El padre Xavier esperó. Casi se dio por satisfecho cuando ella siguió hablando y cambió de tema. No la había subestimado. No sólo necesitaba una persona desesperada sino también una inteligente, porque más adelante una tonta habría podido olvidar de qué se trataba y que sólo era una marioneta cuyos hilos él manejaba a placer. Ya sabía que Yolanta estaba desesperada, pero tras algunos minutos de conversación también supo que era tan inteligente como había confiado. La madre superiora no le habría adjudicado la posibilidad de sobrevivir si fuera tonta.

—¿Cómo es que sabéis mi nombre completo? Ni siquiera se lo dije a la madre superiora.

El padre Xavier sonrió.

—¿Fuisteis a ver a las carmelitas? —Era la primera vez que hablaba en tono temeroso y no rudo y áspero.

—Allí lo conocen bajo el nombre de Doce de Noviembre.

—Pero si no les dije su nombre a los ministriles... —manifestó, y el padre Xavier oyó que reprimía un sollozo.

—Fue el único que entregaron aquel día, de lo contrario le habrían añadido una cifra —dijo el padre Xavier.

Yolanta se echó a llorar. Él no la consoló. Sentado en uno de los destartalados taburetes, apoyó las manos en las rodillas y contempló la sombra sollozante. Creyó ver que luchaba para recuperar el control sin lograrlo, hasta que por fin se enderezó y se restregó la cara con las manos.

—El pequeño ¿se encuentra bien? —dijo por fin.

—Está enfermo.

—Dios mío, san Wenceslao, ayuda a tu apadrinado, sólo es un niño inocente.

—Es hora de que alguien lo saque de allí.

—¿Puedo verlo? ¿Puedo estar con él? Por favor, padre, ¿puedo verlo?

—Hemos de seguir hablando de nuestro trato.

—Por favor, padre..., mi hijo..., es mi hijo..., por favor, dejadme verlo.

El padre Xavier guardó silencio y esperó. Casi se había apresurado demasiado y volvió a recordar cuán bajo era el precio que los hombres pedían por su alma si uno sabía manejarlos. Ella volvió a llorar. Durante un segundo se preguntó si creería que con eso lograría conmoverlo y sintió la tentación de decirle que era una empresa inútil, pero guardó silencio. Había estado en una situación semejante demasiadas veces como para ignorar que cada palabra dicha debilitaría la propia situación. Quien reaccionaba frente al dolor ajeno y, aunque sólo fuera con grosería, delataba que lo reconocía, perdía fuerza, y el padre Xavier no tenía intención de mostrar ese punto débil.

—¿Qué queréis de mí, padre?

—Lo descubrirás a su debido tiempo —dijo, volviendo a sonreír.

—¿Cuántos hombres son?

—No te preocupes. Creo que ya has cometido pecados mayores.

—¿Lo cuidan bien las hermanas carmelitas? Era tan pequeño... Creí morir durante el parto, y creí que él también moriría, pero se aferró a la vida. Lo quiero mucho, padre. Sólo lo tuve conmigo durante poco tiempo, y lo quiero tanto...

El padre Xavier no contestó. No sabía cuánto veía ella en la penumbra, pero por si acaso había vuelto a adoptar la sonrisa. Era la misma sonrisa que a veces se vislumbra en las estatuas de los santos y que se desvanece al contemplar la mirada pétrea de la figura. Entonces ella lo sorprendió.

—Estoy hablando de algo que vos no comprendéis, ¿verdad, padre? Del amor.

El padre Xavier se alegró de que estuvieran a oscuras y que su parte de la conversación hubiera consistido sobre todo en pausas. Era de esperar que ella no notara que su silencio se debía a que se había quedado sin habla.

—¿Qué ocurrirá cuando ya no me necesitéis?

—Una vez que hayas cumplido con tu deber, te dejaré ir.

—¿Cuándo podré ver a mi hijo?

—Cuando hayas cumplido con tu deber.

—Dijisteis que Wenceslao estaba enfermo. Si lleva demasiado tiempo...

—El tiempo que lleve está en tus manos.

—Oídmeme, padre —dijo ella—. Sé leer, escribir, sumar y restar. Comprendo un poco de latín y conozco algunas letras griegas. Sé cocinar y coser, tocar el arpa y cantar. Sé que me tomáis por una puta lo bastante tonta para dejarse hacer un hijo por un pretendiente, pero os equivocáis.

«En efecto —pensó el padre—. Me equivoqué». Durante un instante dudó si no sería mejor marcharse sin mediar palabra, pero en su fuero interno casi soltó un grito de alegría. Había deseado encontrar una herramienta inteligente pero abúlica que le serviría para llevar a cabo sus planes, y en cambio el destino le ofrecía una persona inteligente que casi era capaz de pensar con la misma velocidad que él mismo y que tras escasos minutos había logrado algo que otros mejor situados no lograron en años: dejarlo mudo durante unos instantes.

—Sigue hablando —dijo. Sólo quienes lo conocían muy bien habrían oído que su voz había enronquecido ligeramente.

—Soy Yolanta Melnika, provengo de Strahov. Mi bisabuelo era uno de los molineros del convento de Strahov, mi abuelo era el amo de todos los molinos que molían para el convento, mi padre es un mercader que comercia con cereales y licencias de molienda. Toda mi familia es católica. El padre de mi hijo no lo era. Nos amábamos. Cuando descubrimos que sus padres y los míos jamás aceptarían que nos casáramos, decidimos presentarles los hechos consumados. Yacimos juntos hasta que quedé embarazada.

Yolanta hizo una pausa. El padre creyó que esperaba que él hiciera un comentario acerca de su decisión de pecar adrede y se preguntó si al final no la habría sobreestimado. Después comprendió que la joven había callado porque era incapaz de controlar su voz.

—Cuando se lo dije a mis padres, me echaron de casa. Tengo dos hermanas mayores y tres hermanos, así que podréis imaginaros el valor que me adjudica mi familia. Durante un tiempo dormí en la callejuela en la que viven mis padres, porque creí que se apiadarían de mí y volverían a acogerme. Cuando llegó el otoño y tras noches de acurrucarme junto a la pared, empapada por la lluvia y sin que me abrieran la puerta, acabé por llamar, pedir perdón y misericordia por la vida que llevaba en mi seno.

El padre Xavier aguardó a que volviera hablar. Entretanto la celda se había vuelto completamente oscura. La luz de la vela que ardía en el pasillo dibujaba un contorno luminoso alrededor de la puerta.

—Mi padre llamó a los ministriles para que me echaran. En mi desesperación, me dirigí a los padres de mi amado y entonces descubrí que mi padre lo había denunciado por haberme deshonorado, y que...

Luchó contra las lágrimas y volvió a perder la batalla. El padre Xavier apenas comprendía sus farfulleos, pero sabía qué intentaba decir porque conocía el castigo impuesto a los violadores: los ahogaban. En Praga, esta costumbre gozaba de cierta tradición, iniciada por el obispo Johannes Nepomuk. Sospechó lo ocurrido después, tras el intento de Yolanta de obtener la ayuda de los padres de su amante: la echaron de su casa, ellos también, ya sea porque la consideraban culpable de la muerte de su

propio hijo o por temor a nuevos problemas. Lo que siguió era lo de siempre: pobreza, hambre, mendigar sin licencia, robo de comida. El padre Xavier estaba seguro de que no se había prostituido. No había muchos hombres interesados en una embarazada porque te las encontrabas por todas partes, tanto en la propia alcoba como en las casas de lenocinio, donde siempre había numerosas putas preñadas. Pero aunque le hubiera resultado fácil vender su cuerpo, sospechó que no lo habría hecho, ni por salvar su propia vida. Él había descubierto lo único por lo cual estaba dispuesta a venderse... Estaba más allá de las murallas, enterrado bajo tres meses de invierno, tierra, cal y rodeado de otros pequeños cadáveres.

—El pequeño Wenceslao es lo único que me ha quedado de mi amor —susurró Yolanta—. Acepto vuestro trato, padre, pero no por sumisión a vuestro hábito o por temor a la mirada negra de vuestros ojos muertos, lo acepto porque es la única posibilidad de volver a ver a mi hijo y sacarlo de esa horrorosa casa.

—Bien —dijo el padre Xavier en tono neutro.

—Juradme que volveré a ver a mi hijo.

El padre Xavier sabía que debía ceder.

—Lo juro —dijo.

—Juradme que cuidaréis de él mientras permanezca allí, y que os ocuparéis de su bienestar.

—No le faltará nada.

—Deposito mi alma en vuestras manos, padre.

El padre Xavier se puso de pie.

—Sígueme —dijo.

«Si no estás seguro de hacer lo correcto, pero tampoco sabes si debes dejar de hacerlo, entonces siéntate y haz una lista», era lo que siempre había dicho el padre de Andrej. «Apunta las ventajas y las desventajas, y después haz aquello en lo que las ventajas superen las desventajas». Andrej recordaba la cara sonriente de su padre. Por supuesto que el viejo jamás había seguido su propio consejo; más allá de la lista, siempre había existido un motivo sentimental que justificaba la decisión del anciano Langenfels. Andrej recordó los acontecimientos ocurridos hacía veinte años, que ahora siempre tenía presentes porque el emperador Rodolfo no dejaba de pedirle que le contara la historia una y otra vez: las sombras que intentaban huir en medio de la niebla y caían bajo el hacha, el griterío, el monje enloquecido chillando con la boca abierta de la que de repente surgió la punta de la flecha lanzada por la ballesta... Andrej no podía dejar de considerar que quizás el truco de la lista resultara más prometedor que confiar en sus sentimientos. En todo caso, no podría empeorar las cosas.

El frío del mes de febrero en el interior de su casita era tan agudo que incluso el agua de la jarra estaba cubierta por una gruesa capa de hielo. El humo de las chimeneas —algunas tan bajas que un hombre alto podría haberlas tapado con la mano— llenaba la estrecha callejuela, detrás de la cual el terraplén descendía abruptamente al foso del Ciervo. Andrej se sentía demasiado apático como para ponerse de pie y avivar el fuego de la chimenea y demasiado nervioso para quedarse quieto. No dejaba de recorrer la superficie de la mesa con las manos, agitaba las rodillas con ritmo incesante y no era consciente de morderse el labio inferior hasta hacerse sangre. La casa consistía en una sola habitación; hasta la vivienda que compartía con Giovanni Scoto había sido más amplia, y sin embargo, el fuego de la chimenea no bastaba para derretir el hielo de la jarra de agua. Además, Andrej casi nunca podía permitirse el lujo de comprar bastante leña para que el fuego durara hasta la mañana siguiente. El nicho entre la chimenea y la pared estaba ocupado por una cama que ya estaba allí cuando Andrej ocupó la casa. Junto con la cama, su antecesor le había dejado una colección de matraces, redomas, morteros y botellas de contenido imposible de definir, que Andrej vendió para poder comprarse dos sillas y una mesa. También podría haber adquirido una única silla y ahorrarse parte del dinero obtenido de la venta de los utensilios del alquimista, pero consideró que se sentiría menos solo si al menos ese asiento sobrante indicara que en algún momento tal vez alguien vendría a ocuparlo. Además, su antecesor había dejado una misteriosa mancha de color marrón en forma de estrella en una de las sucias paredes y Andrej no dejaba de sospechar que éste no había hecho las maletas y huido apresuradamente de Praga durante la noche, sino que aún permanecía en la ciudad. Hasta ese momento,

Andrej se había negado a eliminar la mancha con agua y un trapo; no tenía ganas de descubrir que la mancha podría convertirse en un líquido rojo. Había colocado la mesa junto a la puerta de entrada, debajo de una de las dos ventanas y situado las sillas una frente a la otra. Pasadas unas semanas, le molestó el aspecto de la silla vacía e hizo girar la ocupada por él para poder mirar por la ventana. No es que allí fuera hubiera algo más interesante para ver que el humo y la niebla, las desconchadas fachadas de las casas de enfrente y alguna figura que atravesaba apresuradamente el empedrado. Todos los que circulaban por la Goldmachergasse parecían andar agazapados y tener prisa; la conducta de los habitantes aumentaba la sensación de encontrarse en un reino sólo real a medias y en el que los vivos jugaban a los fantasmas con los espíritus de los muertos.

«Real a medias —pensó Andrej—, sólo real a medias. Aquí todos viven gracias a la misericordia del emperador... o mejor dicho, gracias a su locura. Mañana quizá se le ocurra hacer derribar toda la callejuela o enjaular a todos los astrónomos y sus inútiles especulaciones, a todos los alquimistas y sus inútiles investigaciones, a todos los charlatanes dedicados a la oniromancia, los coleccionistas falsificadores de curiosidades y a mi propia miserable persona, para colgarnos en el Jardín de los Ciervos y contemplar cómo nos pudrimos».

Pensó en el hombre al que había ido a ver en su cámara de curiosidades, por primera vez tras semanas de abstinencia. Durante la temporada cálida, había semanas en las que estaba más cerca del emperador y lo veía con mayor frecuencia que cualquiera de sus cortesanos, incluso que su familia o su prometida española, resignada hacía años a la soledad. No es que esa proximidad hubiera hecho que Andrej perdiera el miedo, al contrario. En ciertos días, veía al prisionero encerrado dentro del cuerpo cada vez más grotesco del emperador atisbando a través de las ventanas enrejadas de sus ojos, veía a Rodolfo de Habsburgo deformado por la represión y el adiestramiento inmisericorde, encadenado por los reflejos provocados por su educación española e incompreso desde un principio, impopular, ocupando el lugar equivocado y al que se le había encomendado la tarea equivocada. Y veía cómo la desesperación alcanzada por el espíritu del emperador del Sacro Imperio Romano se asomaba a sus llorosas pupilas. En esos días, Andrej creía que de pronto el monstruo deforme tendido entre cojines se abalanzaría aullando sobre él y lo devoraría; tenía que esforzarse al máximo para que no le temblara la voz y que su expresión permaneciera neutra. Durante tres de cada siete días, el emperador Rodolfo no estaba en posesión de sus facultades mentales, pero con la astucia de los dementes inmediatamente descubría los sentimientos que dominaban a sus interlocutores, a menos que fueran muy precavidos. Andrej ignoraba qué habría hecho el emperador si hubiera percibido el terror de su *fabulator principatus*, y no quería averiguarlo.

Ese día el emperador Rodolfo no se encontraba en su cámara de curiosidades sino

que yacía en el lecho de su aposento. Parecía estar tranquilo porque incluso permitió que lo examinara su médico de cabecera. Tras varias semanas, su negativa absoluta a someterse a cualquier higiene corporal había llegado a su fin, las criadas habían quemado las mantas, los cortinajes y las alfombras, y los reemplazaron por otros nuevos, abrieron las ventanas y, al cabo de dos días de ingentes esfuerzos, lograron eliminar el hedor a mierda podrida, piel gangrenada, pústulas y órganos sexuales infectados que hasta entonces invadía cada rincón del palacio. Cuando Andrej entró en el dormitorio del emperador olía a limpio, en el aire sólo flotaba un cierto aroma a hierbas cocidas y alcohol, y un tufillo casi imperceptible —que sólo se intensificaba al acercarse a la cama del emperador— a pelo quemado o cuerno, más agudo en la garganta que en la nariz y que provocaría el vómito si fuera más intenso. El doctor Guarinoni trataba a Andrej con el más absoluto desprecio, pero como se comportaba igual con todos excepto con su paciente, en su presencia Andrej casi se sentía al lado de un amigo. El médico le entregó una bolsa cerrada helada al tacto.

—Su Majestad se queja de calor y de dolor en la mandíbula inferior —gruñó Guarinoni—. Apretad la bolsa contra su mentón cuando os lo pida, pero tened cuidado: si apretáis mucho le causaréis dolor.

—¿Qué le pasa? —murmuró Andrej.

El médico le lanzó un vistazo que expresaba que, por sencilla que fuera la explicación, él no la comprendería. Andrej sabía que Bartolomeo Guarinoni coleccionaba todo tipo de anfibios e insectos y los conservaba en botellas llenas de alcohol; se imaginó que le lanzaría la misma mirada a una rana que tuviera la osadía de croar una pregunta mientras el médico le preparaba su tumba.

—Algo está devorando sus huesos —dijo Guarinoni por fin y puso la mano debajo de la nariz del joven. De la mano surgía un olor a cuerno estropeado, el mismo que flotaba en el aire. Andrej se apartó violentamente.

—No os preocupéis, después vos apestaréis igual —dijo el médico—. Por más que procuréis agarrar la bolsa con la punta de los dedos, el hedor penetrará en vuestra piel. Debéis frotaros las manos con ceniza hasta casi lastimaros para eliminarlo. Que os divirtáis con las narraciones y contened el aliento cuando os pida que le susurréis al oído.

El médico sonrió con frialdad y salió de la habitación.

Después Andrej narró por centésima vez la historia de su padre y su búsqueda de un libro que albergaba la sabiduría del diablo y que le había costado la vida a él y a su mujer, mientras que su hijito sólo logró escapar debido a una casualidad propicia. Se preguntó por milésima vez si al emperador jamás se le ocurría que a su primer narrador de cuentos le causaba dolor relatar cómo se había convertido en un huérfano.

Y ahora volvía a estar sentado en su casa, ese diminuto calabozo, mirando la lenta

danza del humo y muerto de frío. Ese intervalo constituía un eslabón más de la cadena de mudo suplicio, soledad y aburrimiento que suponía su vida. De vez en cuando hubiera preferido pararse en medio de la callejuela, taparse los oídos, abrir la boca y los ojos y gritar, gritar, gritar hasta que le reventara la carótida o su corazón dejara de latir. El emperador no había dicho ni una sola palabra, se había limitado a quedarse tendido con la boca entreabierta, babeando y de vez en cuando soltando un sonido que podría haber sido un gemido. La mano de Andrej se había quedado tiesa de tanto sostener la bolsa de hielo y durante todo el tiempo mantuvo su respiración tan superficial que casi creyó asfixiarse, pese a que el hedor junto al cuerpo del emperador no era más intenso que junto a la puerta. Tras abandonar el dormitorio, se había olisqueado la mano, pero no percibió ningún olor. El médico le había mentido o había tocado al paciente con menos renuencia que Andrej y por eso el hedor había penetrado en su piel. Andrej regresó a casa con la sensación de haber vuelto a ser un tonto.

De repente se dio cuenta de que los pasos que hacía un rato se acercaban desde el palacio no habían pasado junto a su puerta y tampoco había oído que se abrieran las puertas de los vecinos, y el sudor le bañó el cuerpo. Ése era el momento que había temido desde aquel día en el que el juez superior regional Lobkowicz lo había hecho arrastrar fuera de la choza de Giovanni Scoto: o el emperador Rodolfo había perdido interés por su historia o bien había muerto. En todo caso lo había dejado a merced de los chacales que lo aborrecían porque no había ascendido en la corte tras décadas de humillaciones y que ahora llevarían a cabo la sentencia sólo postergada desde aquel entonces: lo atarían a una escalera y lo transportarían por encima de las cabezas del pueblo, mientras él observaba cómo el verdugo le rajaba el vientre, introducía un gancho en sus entrañas y hacía girar el cabrestante conectado al gancho mediante una cadena de matarife. Andrej permaneció inmóvil. Los oídos le zumbaban, como si ya oyera sus propios alaridos de dolor.

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta y se dejó llevar por el instinto. Arrojó la silla al suelo, se arrastró por encima de la mesa y trató de abrir la ventana. La jarra se estrelló en el suelo, el agua se derramó y la capa de hielo rodó hasta la chimenea y cayó de lado.

El hielo había sellado las hojas de la ventana. Andrej tiró del pomo, la mesa se tambaleó y la otra silla también cayó al suelo. La puerta se abrió, Andrej soltó un gemido aterrado y se puso de pie encima de la mesa, tratando de arrancar la ventana de la pared. ¡Tenía que escapar! Ni siquiera se le ocurrió que, como su única ventana daba a la callejuela, caería en manos de sus perseguidores. La ventana permaneció cerrada, resistiéndose a sus esfuerzos.

—¡Diososcondenemalditoscerdos! —aulló Andrej.

Se dio cuenta de que alguien había entrado. «Se acabó», pensó. Con el rabillo del

ojo creyó ver el mechón blanco del juez superior regional Lobkowicz y la robusta figura del barón Rozmberka, seguida de media docena de soldados. Sus manos perdieron fuerza; en vez de tratar de abrirlas, de pronto tuvo que agarrarse a las hojas de la ventana. Giró la cabeza y miró por encima del hombro.

En el umbral de la puerta aún abierta había una pequeña figura con la cabeza cubierta por una capucha guarnecida de piel y envuelta en un largo y vistoso abrigo. La figura estaba sola. Alzó las manos y se quitó la capucha: era una joven de rostro delgado en forma de corazón, nariz recta, grandes ojos y cejas arqueadas. Llevaba los cabellos severamente peinados hacia arriba y hacia atrás, como las españolas, y un pequeño sombrero trataba de impedir que se soltaran. Un rizo rubio se había escapado y le caía sobre la frente. Contempló a Andrej y de repente empezó a sonreír.

—Esto... —dijo Andrej, consciente de que estaba agazapado encima de la mesa como un luchador, de que estaba aferrado a la ventana, de que las sillas estaban en el suelo como adversarios caídos y de que una capa de hielo empezaba a cubrir el agua acumulada en los trozos de la jarra. Soltó las hojas de la ventana y las señaló con un gesto torpe.

—¿Está atascada? —preguntó la joven desconocida.

Andrej agitó las manos, incapaz de proporcionar una respuesta razonable. Ella alzó la vista y lo miró, y su sonrisa se volvió aún más amplia. Andrej no sabía si había enmudecido porque la intrusa no era Lobkowicz ni Rozmberka, porque era la primera vez que alguien entraba en su casa por error o porque estaba encima de la mesa como un espantapájaros y su elocuencia era nula. Al darse cuenta de que aún tenía las rodillas flexionadas, se enderezó abruptamente y se golpeó la cabeza contra el techo. Su visitante soltó una carcajada.

—Si eso es lo que siempre hacéis para divertir a vuestras visitas, entonces espero que en bien de vuestra salud, no os visiten a menudo.

Andrej se frotó la cabeza, agarró la hoja de la ventana y ésta se abrió. Hacia fuera. En el último instante, logró aferrarse a una viga. La joven se cubrió la cara con las manos y rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Instintivamente, Andrej comprendió que debía hacerse cargo de la situación hasta que ambos recuperaran el juicio y bajó de la mesa. Ella apenas le llegaba a la altura de la clavícula e, incluso envuelta en su elaborado atuendo español, parecía joven y delicada.

—¡Ejem! —dijo él.

Ella dejó de reír, las comisuras de su boca temblaban pero se quedó seria.

—¿Queríais salir por la ventana? —preguntó.

—No, yo... sólo quería dejar entrar un poco de aire fresco...

—Me parece que aquí dentro hace más frío que fuera.

—Pues...

—Parecía que estuvierais luchando. ¿Pretendíais abrir la ventana? Se abre hacia

fuera, como la puerta.

—Ayer todavía no —dijo Andrej.

Ella volvió a reír. Oír ese sonido en esa casa, que era como una tumba helada, le resultó desconcertante.

—Reíd también, por favor. No me río de vos, sino por vos.

—Bueno —dijo Andrej, esforzándose por sonreír. La miró como un tonto: los ojos de la joven expresaban diversión y los extremos de sus cejas se alzaban como las alas de una gaviota.

—¿Sois Andrej von Langenfels?

—Sí —contestó apresuradamente, tras comprender que había permanecido en silencio durante un buen rato, mirándola como un estúpido—. Sí, ése soy yo.

Ella le tendió una mano envuelta en un guante de cuero de color claro y él se la estrechó agitándola arriba y abajo como si estuviera bombeando agua, hasta que una voz interior le susurró que ésa no era manera de saludar a una dama. Entonces se inclinó hacia delante para besarle la mano y su frente chocó contra la de la joven, que se tambaleó pero volvió a reír.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Andrej. Levantó una silla, la empujó debajo del trasero de la joven y ella cayó sentada; después fue en busca de la jarra de agua y pisó los trozos.

—Me parece que hace años que no me reía tanto... —dijo ella, frotándose la cabeza.

—Perdonadme, no quería... Lo siento muchísimo. Quería..., en general no soy...

—Andrej enmudeció y lanzó un suspiro. Después agarró la otra silla, la acercó a la mesa e hizo una reverencia, como había visto hacer a los demás en el salón de baile.

—Me llamo Andrej von Langenfels. ¿En qué puedo servirlos?

Ella le sonrió, pero después la sonrisa se desvaneció y Andrej vio, consternado, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Podrías decirme qué se hizo de mi madre —dijo, sollozando.

—¿Cómo podría hacer eso?

—Sentaos, sentaos. Sois..., he de... No, debo empezar de otra manera.

Metió la mano en el abrigo y extrajo un pequeño cofre; al abrirlo, Andrej vio un anillo de sello en el que cabrían tres de sus dedos. El sello estaba formado por volutas y runas. Contempló a la joven con desconcierto; ella cerró el cofre y lo guardó.

—Me llamo Jarmila Andl —dijo—. Mi bisabuelo era Achylles Andl, oriundo de Opotcno.

Andrej se encogió de hombros.

—No conocéis a mi familia. No es de extrañar. —La expresión de la joven se volvió adusta—. Éramos los terratenientes de Opotcno y Olessna, pero mi bisabuelo se endeudó hasta tal punto que hace casi setenta años lo vendió todo por un par de

kopeks. Desde entonces somos pobres.

Andrej intentó inútilmente comprender lo que decía. Ella pareció notarlo y se arrebujo en el abrigo. Después sacó un pañuelo y limpió la mesa.

—Decidme —preguntó—. ¿Es verdad esa historia?

—¿Qué historia?

—Esa que Su Majestad siempre os pide que le contéis.

Andrej se inclinó hacia atrás y la desconfianza le endureció la voz.

—¿Cómo lo sabéis?

—He vuelto a empezar mal —dijo la joven, bajando la vista—. Lo siento..., estoy tan nerviosa y soy tan torpe...

—Muy pocos conocen esa historia —dijo Andrej.

—Más de los que vos creéis. Incluso yo la he oído.

—¿En Olessna?

—Ya no vivimos en Olessna desde que mi familia lo perdió todo. Gozo de la misericordia de una tía lejana que tiene una propiedad cerca de Praga.

—¿Vos sola? ¿Y qué pasa con vuestros padres?

—He abordado este asunto de manera completamente errónea. Permitid que empiece de nuevo.

—¡Hacedlo, os lo ruego!

—Señor Langenfels, perdonad, no quisiera ser descortés y tal vez sólo sea una blandengue, pero aquí hace muchísimo frío. Me estoy congelando.

—Esperad, encenderé el fuego. —Ambos dirigieron la mirada a la chimenea, donde sólo reposaban tres ramitas—. Bueno...

—¿Permitís que os invite a mi casa? No os preocupéis, es correcto. Dispongo de criados.

—¿A la casa de vuestra... tía?

—No —dijo, soltando una carcajada—, ésa está lejos de la ciudad. Mi tía abuela estuvo de acuerdo cuando le dije que había oído hablar de vos y que intentaría averiguar el destino de mi madre. Me proporcionó un pequeño subsidio para poder alquilar una casa aquí en Praga, durante un par de semanas. Se encuentra en la Kleinseite, cerca del Hradschin.

—¿El destino de vuestra madre?

Jarmila se puso de pie y volvió a calzarse el guante.

—Venid —dijo—. Mi carruaje aguarda en el primer patio del palacio. Después os traerá de vuelta, no os preocupéis por el viaje de regreso.

—¿Disponéis de un carruaje?

—Me lo prestó mi tía abuela.

—Os seguiré con mucho placer, señora —dijo Andrej.

* * *

Dos figuras envueltas en abrigos —que no se dignaron dirigirle la mirada a Andrej— ocupaban el pescante. Jarmila trepó al carruaje y le indicó que la siguiera.

En el interior hacía frío y olía a cuero viejo y mohoso. Jarmila tiró del cordel y el cochero agitó las riendas para que los caballos se pusieran en marcha. El carruaje avanzó por el irregular empedrado del primer patio del castillo. Andrej se apartó de la ventanilla.

—No podemos correr las cortinas —dijo la joven—. No si estamos juntos. No sería correcto.

—No os preocupéis —contestó Andrej y se arrebujó en su delgado abrigo. Jarmila, sentada frente a él, lo contempló.

—Lamento haber interrumpido vuestra cotidianidad..., soy muy egoísta.

—Una pequeña pausa no me hará daño, dado todo lo que tengo que hacer en casa.

—Lo siento mucho. No lo parecía y por eso creí que... Podríais haberos negado en cualquier momento, lo sabéis.

—Era un comentario irónico —dijo Andrej, sonriendo.

Ella parpadeó, confusa, y después le devolvió la sonrisa.

—¡Oh, comprendo! —exclamó—. De acuerdo.

—¿Por qué hay dos cocheros en el pescante? ¿Acaso teméis un ataque... aquí, en las callejuelas de la ciudad?

—No lo sé, ¿debería temerlo?

—A condición de evitar ciertos barrios durante la noche, no.

—¿Y qué barrios serían éstos?

—Todos.

Ella lo miró fijamente. Andrej se sentía mareado, no podía dejar de sonreír.

—Eso vuelve a ser un comentario irónico.

—No.

—Intentáis asustarme. Hace poco que he llegado a la ciudad.

—Intentaría asustaros si os dijera que habría que evitar ciertos barrios también de día.

—¿Y es así?

—Claro —dijo él y rio. Ella lo imitó, aunque frunció el ceño.

—¿Todos?

—Casi todos.

—Qué bien que me acompañéis.

—Me temo que no sería un gran luchador.

—No, me refería a deshacerme del lastre. Si os arrojo del carruaje, podremos huir con mayor rapidez.

Andrej se quedó boquiabierto y ella soltó una alegre carcajada.

—Ahora estamos igualados.

—Pero...

—Con vos puedo reír. Es muy bonito.

—En ese caso, ¿qué hace el segundo hombre en el pescante?

—No le hagáis caso. Mi tía abuela me impuso su presencia. Es nuestro capellán. Es muy cascarrabias y seguramente intentará convenceros de que emprendáis una vida ascética y casta.

«En eso soy un experto —pensó Andrej. Sin embargo en presencia de Jarmila la idea no resultaba atractiva. Pese a que el carruaje avanzaba a trompicones y una corriente helada atravesaba las ventanillas, se sentía casi a gusto—. Pero no estamos albergando ninguna fantástica esperanza, ¿verdad? —se preguntó, sonriendo para sus adentros—. No —se contestó a sí mismo—. Sólo se limita a ser una persona que no huye de mi presencia. Cierra el pico y disfrútalo».

—Podríamos arrojarlo por la borda a él si nos persiguen —dijo Andrej.

—Volverían a arrojárnoslo —dijo ella. Ambos se miraron y prorrumpieron en carcajadas.

El carruaje descendía por el empinado camino del Hradschin en medio del ocaso. Los caballos se encabritaban y resoplaban cada vez que tomaban una curva. Desde el interior resonaba la risa cristalina de dos jóvenes. Las figuras envueltas en abrigo del pescante permanecían inmóviles. Frente a la alegría que reinaba en el interior del carruaje, la oscuridad y el frío exterior parecían aumentar, como si se negaran a concederles unos momentos preciosos de luz y de calor a ambos ocupantes.

* * *

Jarmila Andl había exagerado en cuanto al personal. Además del cochero, que parecía formar parte del carruaje o al menos vivir en él, estaba una rechoncha mujer mayor de expresión fría y el capellán, un pájaro flaco que se sentó en el rincón más alejado de la salita que ocupaba la planta superior de la casa de Jarmila sin decir una palabra. A diferencia de la casa de Andrej, allí ardía un fuego en la chimenea. Aunque seguía haciendo tanto frío que no hacía falta quitarse el abrigo, en comparación a Andrej le pareció un ambiente muy cálido. Se volvió con aire indeciso.

—He mandado traer vino caliente —dijo Jarmila—. Nos descongelará.

Andrej asintió con la cabeza. Durante el trayecto se había sentido curiosamente próximo a ella; ahora, en su casa, se sentía intimidado. Jarmila pareció notarlo, agarró un taburete y se lo acercó a Andrej; después se agachó para agarrar otro.

—Pongámoslos junto a la ventana —dijo ella.

Cuando el calor de las llamas le encendió las mejillas, Andrej se concentró en su interlocutora. Su rostro resplandecía a la luz de las llamas, en sus ojos danzaban motas doradas. Había dejado caer el abrigo de sus hombros y ahora estaba sentada como una muñeca, envuelta en su vestido español de amplia falda y rígido corpiño

aballenado que le oprimía el pecho, proporcionándole un aspecto casi varonil; el talle era tan delgado que Andrej podría haberlo rodeado con ambas manos. En vez de la gorguera rizada llevaba un cuello cuyas puntas se alzaban a derecha e izquierda; al principio Andrej creyó que formaba parte del abrigo. Cuando ella se movía, algo no dejaba de crujir. Frente a todas esas capas de tela, Andrej se sentía casi desnudo. Sus miradas se cruzaron y ella se ruborizó aún más. Juntó las rodillas y plegó las manos en el regazo.

—Este vestido me afea —susurró.

—Nada podría afearos —susurró Andrej.

Ella esbozó una sonrisa fugaz y clavó la mirada en las llamas. Los ojos de ambos volvieron a encontrarse cuando trajeron el vino y brindaron. El vino estaba muy especiado y la anciana parecía desconfiar del agua de la ciudad, porque lo había calentado sin diluirlo. El calor inundó el estómago del joven, que dejó la copa a un lado.

—¿Qué queríais contarme? —preguntó.

Ella titubeó, jugueteando con los cordones de su corpiño.

—Mi padre murió hace dos años. Hasta entonces creí que mi madre había muerto debido a una enfermedad cuando yo todavía era una niña de pecho. En su lecho de muerte, mi padre me dijo que era mentira. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me había querido tanto que no quiso que pasara el resto de la vida preguntándome de qué había muerto mi madre. Por eso me mintió: por amor.

Andrej carraspeó. Jarmila tardó unos momentos en serenarse. Con el rabillo del ojo, Andrej vio que el capellán los espiaba, pero después éste volvió a sumirse en la Biblia apoyada en sus rodillas.

—¿Sois protestante o católico? —preguntó Jarmila.

—No me interesan las preguntas acerca de la religión —contestó, encogiéndose de hombros.

—Tenéis que declararos a favor de una o de otra.

—¿Ante vos?

—Ante Dios.

—¿De verdad creéis que Dios se interesa por las religiones?

—Mi familia siempre fue católica —dijo Jarmila en voz baja—. Pero según lo que contaba mi padre, mi madre pensaba igual que vos. Es verdad que perdimos nuestra fortuna, pero en toda la región al nordeste de Praga, nuestro apellido gozaba de buena fama. Mi madre lo aprovechó para interceder entre católicos y protestantes. Convenció a numerosas damas y se trasladó junto con ellas a todos los conventos conocidos para hablar con los abades y los priores y suplicar apoyo para las familias en apuros, lo que más le importaba eran los niños cuyos padres habían muerto o habían sido asesinados. Mi padre dijo que ella siempre afirmó que para los niños no

existe la religión ni la herejía, sino sólo la pureza de su alma creada por Dios.

Algo resonó en su interior y Andrej se esforzó por reprimir el dolor despertado por sus palabras. Para los niños, sólo existe la pureza de su alma y su inmenso amor por los miembros de la familia de la cual forman parte, y nadie percibía la inmensidad de ese afecto con mayor intensidad que aquel que los había perdido a todos. Contempló los ojos bañados en lágrimas de la joven y sintió que los suyos también estaban húmedos. En cuanto al destino, el de ambos era similar: todos aquellos a quienes habían amado estaban muertos.

—Aquel otoño, mi madre ya no regresó —dijo ella—. Era el otoño del año en el que tuvo lugar la horrorosa masacre de los hugonotes, en París. Ella viajaba junto con casi una docena de mujeres, algunas acompañadas de niños, propios o huérfanos, que habían adoptado. Mi padre la esperó hasta poco antes de Navidad, después supo que algo había ocurrido. Creo que yo era demasiado pequeña, apenas tenía un año, pero mi padre dijo que yo también la esperaba. En primavera, cuando los caminos volvieron a ser transitables, mi padre fue en su busca. No encontró nada, ni rastros, ni rumores, nada, ni de ella ni de las otras mujeres. Cuando tuve la edad suficiente para comprenderlo, aunque fuera a medias, mi padre me dijo que mi madre había muerto debido a una enfermedad, pero en realidad, desapareció. Desapareció hace veinte años, y... y... —Jarmila se encogió y prorrumpió en sollozos. Andrej procuró reprimir el dolor que le atenazaba la garganta, pero no logró articular palabra. Tendió la mano para rozarle el hombro, pero no se atrevió. De repente ella le aferró la mano con sus dedos húmedos y la apretó.

El capellán alzó la vista y los miró fijamente. Andrej hizo una mueca y se encogió de hombros. El capellán permaneció inmóvil pero no retomó la lectura, observándolos desde el otro extremo de la sala. No ofreció ni una palabra de consuelo, ni siquiera de comprensión, y Andrej se sintió invadido por un profundo desprecio por aquel hombre reservado.

—Hace veinte años —sollozó Jarmila—, y ahora me han hablado de vos y de vuestra espantosa historia, de cómo perdisteis a vuestros padres. Y entonces... pensé..., me dije...

—Y ahora creéis que mi historia es la solución a la vuestra, que lo que presencié fue la muerte de vuestra madre y sus acompañantes, a quienes mi madre y mi padre también siguieron a la muerte.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Sabéis —dijo él—, sabéis que mis padres han desaparecido, también para mí? Sé que han muerto, pero no lo presencié. Mi madre era una sombra entre sombras y la última vez que vi a mi padre entraba en un convento en ruinas con su acostumbrado paso ligero, como si el mundo fuera un árbol frutal al que sólo había que sacudir.

Ella le apretó la mano con más fuerza, después la acercó a su mejilla y la aferró

con ambas manos. Andrej percibió su aliento y la humedad de sus mejillas, las lágrimas que recorrían el dorso de sus manos. Tragó saliva sin saber qué decir, sospechando que a ella le ocurría lo mismo: nadie ajeno a ese dolor podría haber dicho una palabra.

Cuando alzó la vista, el capellán estaba a su lado.

—Es tarde —dijo—, debes marcharte, hijo mío.

Andrej gesticuló con la otra mano, furioso y sin saber qué hacer.

—Ahora no puedo dejarla sola.

—No hay nada que puedas hacer por ella, hijo mío.

—¡Ambos podríamos tratar de encontrar el convento en el que su madre y mis padres perdieron la vida! —exclamó Andrej—. Yo estuve allí, sólo que no sé dónde se encuentra.

—Buenas noches, hijo mío —dijo el capellán, mirándolo fijamente.

Andrej sintió que la mano de Jarmila reducía la presión. Se volvió y la miró. Tenía el rostro mojado, el maquillaje corrido y la nariz y las mejillas rojas e hinchadas. A Andrej se le cortó la respiración al ver su belleza, que ni la pérdida, el dolor y el miedo conseguían afear.

—Me las arreglaré —dijo y le soltó la mano—. El dolor todavía es... —Carraspeó—. Su Reverencia lo sabe, ¿verdad?

El capellán asintió en silencio.

—Debéis iros, Andrej —dijo ella.

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo el capellán.

Presa de la confusión, Andrej siguió al delgado clérigo. Justo antes de llegar a la puerta recordó sus modales y se volvió. Jarmila estaba sentada junto al fuego, moralmente destrozada, envuelta en su magnífico vestido como si fuera una armadura, y lo miraba marchar. Andrej se inclinó y ella esbozó una sonrisa.

—Por aquí —dijo el capellán.

El cochero estaba sentado en el pescante como si jamás se hubiera movido de allí. Ningún gesto reveló que reconocía a Andrej ni lo que pensaba al tener que regresar al Hradschin en medio de la noche y la niebla.

—Mi pupila alberga muchas esperanzas —dijo el capellán cuando Andrej se giró para despedirse.

—A lo mejor puedo ayudarla, y también a mí mismo —murmuró Andrej.

—Ve con Dios, hijo mío —dijo el capellán y, para sorpresa del joven, desapareció dentro de la oscura casa sin decir palabra.

Andrej trepó al carruaje. Estaba tan confuso y desorientado que no notó el frío que hacía. Cuando se dejó caer sobre la banqueta tapizada de cuero, el carruaje se balanceó y él tensó los músculos esperando el tirón con el que el carruaje se pondría en marcha, pero éste no se movió. Aguardó unos segundos con indecisión. ¿Acaso el

hombre sentado en el pescante había olvidado adonde debía llevarlo? Andrej se asomó a la ventanilla.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La oscura figura del cochero se inclinó hacia él y señaló hacia arriba con el pulgar.

En la planta superior se había abierto una ventana; Andrej vio el agujero iluminado por las rojas llamas de la chimenea y a Jarmila, asomada a la ventana. Sus miradas se encontraron.

Jarmila se llevó un dedo a los labios y le hizo señales con la otra mano.

Andrej abrió la portezuela y bajó del carruaje.

En cuanto hubo apoyado un pie en el suelo el carruaje arrancó entre un tintineo de cadenas y resonar de cascos, y el cochero, sin dignarse mirarlo, hizo restallar las riendas en el lomo de los caballos y partió en dirección al Hradschin.

Volvió a alzar la vista. Jarmila lo miraba, inmóvil. Andrej creyó ver que un segundo rizo se había desprendido de su peinado y danzaba en el aire. Remontó las escaleras a toda prisa con el corazón latiéndole aceleradamente.

Cuando Andrej empezó a vivir en la calle se acostumbró a pagar por todo. Tuvo que pagarle al cabecilla de los mendigos para que éste lo introdujera de contrabando entre los suyos y no lo delatara ante las autoridades; el pago consistió en entregarle todo lo obtenido en vez de quedarse con la mitad, y lo que éste le devolvía para que pudiera sobrevivir dependía de la misericordia del cabecilla. Tuvo que pagarles a otros golfillos para que lo acogieran entre ellos y en este caso también tuvo que entregarles la décima parte de lo conseguido mendigando, una suma tan digna de un usurero como la exigida por el cabecilla de los mendigos.

Con los años, tanto la deuda como la forma de pago se fueron modificando. Después de que Andrej hubiera demostrado que era un miembro fiable de la comunidad de mendigos, el cabecilla se conformó con la mitad de todos sus ingresos, pero entre sus camaradas la recaudación rápidamente se convirtió en un asunto jerárquico. Había lugares donde merecía la pena mendigar y otros en los que uno se veía obligado a robar para sobrevivir. Los muchachos mayores y más fuertes reinaban en los primeros, pero por una compensación estaban dispuestos a cederle el puesto a un miembro menor del grupo de golfillos durante medio día. Después de la primera vez que Andrej se metió en una de las callejuelas casi tenebrosas y se dejó manosear en la hedionda oscuridad por uno de los adolescentes de un modo desconocido y repugnante; después de cumplir con las indicaciones siseadas por su joven amo y señor que lo sobaba y toqueteaba; después de que éste lo empujara contra la pared, le bajara los pantalones, le metiera algo duro y caliente entre las piernas y tratara dolorosamente de penetrarlo; después de que un líquido caliente y pringoso le empapara las piernas y un cuerpo pesado se apoyara contra él jadeando y

gimiendo..., después de todo eso y después de que su violador lo dejara solo, se había dejado caer en medio de la mugre y la basura de la callejuela, llorando e incapaz de aprovechar ese tiempo que le había salido tan caro. Pero por fin el hambre superó la repugnancia y recorrió el cuadrante que le había sido adjudicado y obtuvo lo que hasta entonces supuso el ingreso más elevado de su vida como mendigo.

Más adelante sólo hizo un único intento por abandonar los lugares correspondientes a su rango. Al buscar a uno de los muchachos mayores acabó en otra callejuela y se guió por los ruidos que surgían de detrás de una pequeña curva. Más allá de un retrete —de cuya abertura inferior colgaban estalactitas de heces— la callejuela se ensanchaba y vio al muchacho que estaba buscando. Llevaba los pantalones alrededor de los tobillos, estaba arrodillado en el suelo mugriento y tenía la cabeza hundida en el regazo de un hombre. Éste lo aferraba del pelo, jadeando y gimiendo, unos jadeos y unos gemidos iguales a los que Andrej había oído junto a su oreja hacía unos meses. Las lágrimas se derramaban de los ojos del muchacho, que procuraba no asfixiarse. Ninguno de los dos lo vio y Andrej se retiró en silencio. Había reconocido al hombre: era uno de los concejales, el responsable de los mendigos.

Más adelante tuvo que realizar otros pagos: por ejemplo a la viuda que recibía dinero del ayuntamiento para albergar a algunos de los niños y adolescentes huérfanos bajo su techo durante los meses más fríos del invierno. El pago se realizaba directamente a la viuda o a los hombres que se introducían sigilosamente en su casa al anochecer, por lo que una vez más el pago consistía en el sacrificio de unas almas jóvenes. La norma no cambió hasta la llegada de Giovanni Scoto, que en pago no había exigido el cuerpo de Andrej sino su sumisión, y la del emperador Rodolfo, cuya protección Andrej pagó con el único recuerdo que le parecía de algún valor.

Todos esos recuerdos se arremolinaron en su cabeza en segundos, mientras cruzaba a trompicones el salón de la planta superior de la casa de Jarmila y ella salía a su encuentro y lo abrazaba. Después lo besó tan apasionadamente que Andrej se quedó sin aliento y olvidó todas aquellas repugnantes experiencias de estar con los pies en la mierda de una estrecha y apestosa callejuela o en la cama empapada de sudor de una anciana fofa y jadeante, y surgió la chispa, la chispa de la vida que se manifiesta afirmando que también el cuerpo ansía la unión cuando dos almas se encuentran.

Andrej y Jarmila entraron en el dormitorio estrechamente abrazados y cayeron en un lecho cálido y blando, entre plumas y sábanas perfumadas.

* * *

El arrebató provocado por el roce del ansiado cuerpo, incrementado porque éste resulta casi intangible a través de la coraza dictada por la estricta moda española... El sabor de los labios y la lengua de su pareja, y el aliento compartido... El frufrú de

todas esas telas y sedas con las que podrían haberse vestido medio centenar de criadas... El intento de palpar una redondez debajo del brocado, del hilo plisado y de la jaula de ballenas y varillas metálicas, el cuerpo humano que se retuerce gimiendo en su interior... Dos manos que tironean de cierres, botones, ganchos y cintas, ayudadas por otras manos que imposibilitan todo el empeño y que con el roce mutuo se estremecen y revolotean como cuatro mariposas aleteando en vuelo nupcial..., que se unen, se sueltan y se acarician, y que parecen intercambiar chispas... Las palabras susurradas, por una parte más bien parecidas a gemidos y por la otra, a sollozos, acompañadas por el crujido de los aros de la falda...

—Aquí, aquí... no, tira de aquí..., bésame, por favor, bésame..., no, yo te diré cómo..., has de tirar así...

—Jarka, ¡oh, Jarka!, eres tan hermosa, eres tan..., creí que..., eres tan hermosa...

—¡Bésame!

Los botones ceden, una costura revienta...

* * *

De pronto los lazos del estrecho corsé se soltaron. Jarmila tomó aliento y la abertura triangular del corpiño que descendía desde el cuello hasta la cintura se abrió. Jarmila se arrancó el cuello rizado de los hombros; otros botones se desprendieron, algunos rodaron hasta la pared opuesta y ella tiró de las cintas de la enagua y Andrej, cuyas manos temblorosas recorrían su torso y en cuyo cerebro ardía una hoguera que habría derretido las piedras, de pronto vio un trozo de piel blanca, el principio del canalillo entre los pechos cruelmente oprimidos. Jarmila tiró del corpiño y de la falda, y Andrej vio las marcas rojas dejadas por los lazos, vio dos pechos que surgían del vestido coronados por dos pezones irritados por el roce. Entonces ella apretó la cabeza de él contra su pecho y él besó la piel lastimada, saboreó la sal de su sudor, recorrió una suave curva con la lengua y después se topó con un nudo, lo agarró con los dientes y oyó cómo ella contenía el aliento. Sus manos se introdujeron en la abertura que habían creado, palparon la piel ardiente, se cerraron sobre la blandura de sus pechos y apretaron, palparon, amasaron, acariciaron y encendieron...

Nadie le había enseñado a darle placer a una mujer. Nadie le había hablado de la posibilidad de sentir placer uno mismo. Había estado con la viuda vieja y gorda que prefería las embestidas rápidas y violentas, para quien el auténtico placer consistía en la idea de que alguien que era casi un niño se esforzara presa del asco encima de su cuerpo; mucho después conoció a las putas que, por motivos completamente diferentes también preferían las embestidas duras y rápidas, y cuya mayor expresión de ternura consistía en meterle la mano en la entrepierna cuando el tiempo pagado estaba a punto de acabar pero el amante aún no había derramado su simiente. Excepto la semiviolación en la callejuela, nunca hubo otro hombre, y tampoco uno que se hubiera hecho cargo de él con afecto. Andrej era un ciego, un sordo y un paralítico

que penetraba en un mundo nuevo del que ni siquiera poseía una descripción, y sus actos estaban dirigidos por los susurros del bondadoso dios del amor... o los adivinaba gracias a los movimientos de Jarmila. La desconfianza que se había convertido en su manera de ser, desapareció: se sumió en Jarmila. La precaución que le había permitido sobrevivir entre tiburones durante todos esos años se había adormecido: se entregó a Jarmila. Esa voz que jamás enmudecía y que no había dejado de susurrarle al oído mientras estaba sentado frente a ella junto a la chimenea, se convirtió en un murmullo aún más suave que parecía decir: «¿Qué más da?»

Apenas percibió el escalofrío que le recorría el cuerpo cuando ella le quitó la camisa, y cuando le acarició la espalda desnuda con las manos no pudo evitar un estremecimiento. Las uñas de Jarmila trazaron suaves surcos en su piel. Andrej soltó un gemido.

Ella pataleaba y se retorció bajo su cuerpo y gracias a sus esfuerzos, casi había logrado quitarse el corsé. Cuando logró arrancárselo del todo, le rodeó el cuello con los brazos; él abrazó su torso desnudo y jadeó, el roce de la piel contra la piel lo hizo estallar; cuando ella se restregó contra él, sus pezones eran dos puntos duros que percibió en su propio pecho. La falda de aros la envolvía como una fortaleza de fieltro y pelo de caballo, una muralla de aros rígidos. Andrej intentó apartarla porque quería contemplarla, pero ella se aferró a él. Sus manos trazaban huellas de chispas en su espalda, se introdujeron bajo las calzas baratas que le cubrían los muslos, soltaron los lazos que sujetaban los calzones y la ridícula prenda cayó al suelo.

Andrej sintió ganas de reír —o de gritar— mientras trataba de desatar las cintas que sostenían la falda y volvió a estremecerse cuando las manos de Jarmila descubrieron su trasero. La bragueta había caído junto con las calzas y la tumescencia había apartado la delgada tela que cubría la abertura. Cuando las manos de Jarmila lo tocaron creyó desfallecer y todos sus sentidos se concentraron en eso que ahora temblaba entre las manos de ella. Era como si todo su ser se hubiera convertido en un único estremecimiento que le recorría la piel y se centraba en su bajo vientre. Su corazón estaba a punto de estallar y se quedó sin aliento, quiso detener lo que ocurría y al mismo tiempo su único deseo era que ocurriera; entonces ese estremecimiento surgió de él, palpité y brotó arrastrando todo su ser, vaciándolo y derramándose en las manos de Jarmila y en su piel, dejando atrás su cuerpo moribundo... que inmediatamente después volvió a cobrar vida, cálido y ardiente, inundando sus sentidos como golpes de tambor y relámpagos. Le pareció que estallaba en todas las direcciones como una lluvia de cometas, para después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpar disminuyó...

Cuando comprendió lo que había ocurrido, su euforia desapareció. La vergüenza le retorció las tripas, pero entonces Jarmila empezó a reír y se reclinó contra él, sin soltarlo. Andrej sintió la humedad que fundía los dedos de ella con su piel, percibió

que no había dejado de mover la mano y que cada movimiento y cada roce eran dolorosos y lujuriosos a la vez, y entonces supo que la risa estaba provocada por la más pura alegría. Abrió la boca pero ella la cerró con los labios y era como si quisiera rellenarla con su lengua.

—Ahora yo —jadeó ella—. Sé cómo va. Yo también quiero lo mismo... Te mostraré cómo...

Él se tendió junto a ella y la contempló mientras ella se quitaba la falda y se desnudaba, porque él era incapaz de ayudarle; disfrutó observándola a medida que ella le desvelaba sus últimos secretos y sintió que ella también disfrutaba haciéndolo.

Que él también estuviera tendido junto a ella, desnudo excepto por las medias, no lo avergonzó; que ella ni siquiera se hubiera limpiado las manos antes de quitarse la ropa, que manchas de humedad brillaran entre los pechos de ella y en su propio vientre, y que eso no la repugnara, volvió a excitarlo.

Cuando ella se entregó a él, por primera vez se olvidó de sus padres, de los años transcurridos en la calle, del emperador Rodolfo y de la historia que éste siempre quería volver a escuchar y se sintió dichoso.

Más tarde se despertó porque la oyó llorar y la abrazó, medio dormido. Ella se apretó contra su cuerpo como si tratara de meterse dentro de él. Antes de volver a dormirse, Andrej oyó el murmullo de la voz cuyos consejos le habían permitido sobrevivir durante tanto tiempo..., pero ahora estaba demasiado cansado y agotado para dejar que lo entristeciera.

No se habían atrevido a matarlo. Con el tiempo, empezaron a acostumbrarse a su presencia y Cyprian se avergonzó al descubrir que aceptar la normalización del trato con los guardias de la prisión de malhechores no sólo se debía al puro pragmatismo sino que suponía un considerable alivio. El dolor de las palizas lo habían desmoralizado menos que el odio que cada vez surgía con mayor violencia en su interior y del que sospechaba que se extendería a todo el mundo y que lo dominaría para siempre si las brutalidades no cesaban, pero cesaron a tiempo. Los guardias simulaban que nada había pasado y de un día para otro empezaron a gastarle bromas, al igual que a todos los otros prisioneros de larga duración, con los que pasaban más tiempo que con sus familias.

Cyprian se había observado a sí mismo al compartir las bromas de los guardias, feliz porque las palizas habían llegado a su fin. ¿Acaso era una señal de debilidad? ¿Les habría lamido el culo? Él, que no acostumbraba a eludir las preguntas, se observó a sí mismo eludiéndolas un día tras otro. Sabía que su conducta era la adecuada si pretendía salir de allí algún día, y al mismo tiempo tenía claro que incluso un toro como él nunca saldría completamente indemne del encarcelamiento. Cuando uno pasa mucho tiempo encadenado a una pared, dependiendo del humor de otros, algo se quiebra en su interior. No era una cuestión de fuerza, sencillamente ocurría. Sí era una cuestión de fuerza la capacidad de retomar la vida anterior tras semejante quebranto y poder confiar en Dios, en el transcurso de las cosas y en el resto de la humanidad.

—Venga —dijo el guardia al traerle la sopa de la cena—, tal vez no lo comprendas, pero si se lo pides al comandante con amabilidad, seguro que dice que sí. Aquí todos somos hombres, ¿no?

—Muy amable de tu parte, Pancraz, pero pierdes el tiempo.

—A lo mejor ni siquiera te pide dinero. Hace rato que se pregunta cómo lo aguantas.

—Dile que supone una ayuda que de noche las ratas te corroteen por la barriga.

—¿Sabes una cosa? —dijo Pancraz y se acercó a Cyprian. Poseía la sinceridad de aquel que durante muchos años ha visto cómo las personas que entraban erguidas en la celda cuya puerta se cerraba a sus espaldas, al cabo de cierto tiempo empezaban a arrastrarse—. Una vez hubo uno que se la cascaba cinco veces al día como un loco. Cinco o seis veces al día, era increíble. Ése se la agarraba más veces para cascársela que para mear. «En algún momento ése se mata, el muy idiota, porque en algún momento lo único que saldrá es sangre», dijo el comandante y entonces le envió una hembra a la celda para que le echara una mano, por así decir.

—Conmovedor —dijo Cyprian.

—Pues no —dijo Pancraz y soltó una risita. Estaba acurrucado junto a Cyprian y le pegó un golpe amistoso en el hombro.

»El muy idiota se empalmó tanto que cuando le mandamos la hembra le dio un ataque al corazón. ¡Recta como un palo! Ni siquiera se la pudo meter. A que no te imaginas lo que sudó el comandante cuando tuvo que informar a la viuda. ¿Cómo le dices algo así?

—La vida tiene aspectos trágicos —dijo Cyprian.

—Y por eso el comandante está preocupado por ti. Porque ni siquiera te la cascás de noche, ni una vez. Dice que no es normal. La cosa acaba por asfixiarte.

—Me alegro de que os preocupéis por mí. Supongo que todas las noches me observáis por turno a través de la mirilla, para aseguráros de que no tengo la mano metida en la bragueta.

—No hace falta que te espiemos —dijo Pancraz y se puso de pie, suspirando—. ¿Cuánto tiempo crees que me dedico a esto? Notas todo lo que hacen tus pupilos.

—Te enviaré un regalo cuando esté fuera y tú aún estés aquí.

—¡Venga ya! —soltó el guardia y salió arrastrando los pies—. Sería un mal negocio para mí, Cyprian, porque estoy seguro de que saldré antes que tú.

—Claro, claro —dijo Cyprian y lo saludó con la mano cuando el otro cerró la puerta. Oyó sus pasos alejándose por el pasillo. La celda quedó en silencio. Después los pasos volvieron a acercarse a la puerta, la llave giró y Pancraz regresó. Sostenía el casco en una mano y se rascaba la cabeza con la boca abierta. Cyprian lo miró fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Un ataque al corazón en la celda vecina?

Pancraz negó con la cabeza.

—No —tartamudeó—. Que vengas. Acaban de dejarte en libertad.

La casa de Praga apenas se diferenciaba de la casa de Viena: dos plantas superiores encima de una planta baja de doble altura apoyada sobre el depósito, el sótano y la sala de ventas, y coronada por un desván; entremedio, habitaciones pequeñas y oscuras dispuestas alrededor de una ancha y presuntuosa escalera, menos acogedoras que repletas de valiosas mesas, armarios, ornadas repisas de chimeneas y relojes de péndulo, relojes giratorios, relojes que producían un zumbido y relojes que no dejaban de hacer tic tac, y que competían con las aves cantoras de las jaulas en su afán de destrozarle los nervios a los habitantes de la casa. En los rincones más oscuros de las habitaciones ardían velas que tiznaban las paredes de negro. Allí Agnes disponía de una libertad aún mayor: en la vivienda de la Kärntner Strasse había dormido junto con su criada y dos jóvenes ayudantes de cocina, y también había compartido la habitación con la hermana viuda de su padre cuando ésta venía de visita.

Allí, en la casa junto a la Fuente Dorada, a un tiro de piedra de la inmensa obra en construcción del convento de jesuitas y en una de las zonas más antiguas de toda la ciudad, Agnes disponía de una habitación en la planta superior sólo para ella y su criada. El resto de la servidumbre ocupaba el desván o el sótano, y la cama de la habitación de Agnes era tan ancha que resultaba difícil imaginársela ocupada por una sola persona..., y también si uno hacía caso omiso de la costumbre de su criada de girarse por la noche y abrazar a Agnes porque entre sueños olvidaba que ésta ya no era una niña pequeña que buscaba protección.

Y sin embargo, para Agnes toda la casa era una prisión. Cuando miraba por la ventana y contemplaba la fuente encima de la cual habían colgado una jaula de hierro forjado, era como si ella misma estuviera enjaulada.

Agnes dirigió la mirada a la oscuridad. A finales de febrero la luz era escasa, sobre todo en Praga. Oyó la respiración tranquila de la envejecida mujer que dormía a su lado y el murmullo indescifrable que surgía de la gran sala de la primera planta. Una vez más, había huido de esa sala en la que todos los actores de la tragedia representada en esa casa se encontraban durante las dos comidas principales del día, una tragedia titulada «El camino de Agnes Wiegant a la oscuridad. Una tragedia en tres actos».

La oscuridad era su futuro, el camino que conducía hasta allí pasaba por su boda con Sebastian Wilfing, y ya había recorrido un buen trecho. Para ser exactos, se encontraba al final del segundo acto. La traición del amado ya había tenido lugar, el rapto de la heroína también. Aún faltaba la pompa de las festividades de la boda que tendría lugar después de Pascua y el anticlímax supondría la lenta extinción de la heroína en la aborrecida unión con un esposo no amado, mientras sus pensamientos

giraban en torno al hombre que había amado y que la había condenado a la ruina.

Las comidas le resultaban insoportables. Permanecía sentada entre el parloteo de unas personas que sabían que el alma de una de ellas estaba sumida en las tinieblas y que sin embargo se esforzaban por simular que no lo notaban. ¿Cuál había sido el tema de conversación de ese día? Que la primavera tardaba en llegar. Que en Viena ya aparecerían las primeras campanillas. Que el frío no desaparecía debido a que Praga se encontraba en una hondonada. Que la ventaja consistía en que al menos uno no se hundía en la nieve derretida de las callejuelas; corría la voz de que todas las primaveras, en Viena desaparecían carros tirados por bueyes junto con los bueyes, la carga y el cochero en medio del fango. Que cuando llegaba la primera brisa cálida, las florecillas blancas temblaban y uno sabía que por fin había llegado la primavera. Que inmediatamente después, las campanillas se ahogaban en el fango, junto con los carros. ¡Ja, ja, ja! ¿Eh? ¿Qué te pasa, Agnes? Come un poco, hija mía.

La primavera nunca llegaría al corazón de Agnes. En él reinaba el invierno desde que abandonaron Viena a toda prisa y llegaron allí, a Praga; y lo invadía un frío helado cuando recordaba la traición de Cyprian y el quebranto de su promesa. «¿Virginia? ¿Qué importa lo que dije ayer?» Y lo peor de todo: «No hemos de escondernos ni huir. No: nos enfrentaremos a ellos». En vez de enfrentarse a su padre y a los demás, Cyprian había puesto pies en polvorosa. No es que ella le echara en cara que lo hubiera hecho por cobardía. No, fue su cabezonería, su implacable testarudez cuando consideraba que una conducta era correcta y honorable; en tal caso jamás se comportaría de otra manera, ni siquiera si todos los santos resucitaran para convencerlo de lo contrario. Lo único que había hecho fue sosegarla, calmarla, engañarla con sus proclamaciones de que había cambiado de opinión y que huiría con ella. En realidad, seguía teniendo validez lo que había dicho antes: que consideraba que huir juntos en vez de partir con la bendición de su familia era un error. Y cuando el señor Khlesl consideraba que algo era un error, entonces tenía que serlo, ¡y para todo el mundo! Claro que no le había mentado por maldad, sino sólo para protegerla, para atenuar el hecho de que su amor era un sinsentido. Por eso lo aborrecía aún más. ¿Cómo logró él controlarse hasta el punto de limitarse a sonreír mientras juraba en falso, cuando sabía que el resultado supondría la condena a muerte de su amor? Agnes no dudaba ni un instante de que Cyprian la amaba, y eso sólo lo empeoraba más. No sólo le había clavado un puñal en el corazón a ella sino a sí mismo. Ahora lo aborrecía, lo ABORRECÍA y al mismo tiempo el día que no estaba junto a ella era un día oscuro y ceniciento en el que las horas pasaban sin sentido.

Pensó en el ritual que acompañaba todas las comidas, en las que casi no probaba alimento (la mayoría): alguien le presentaba un plato, casi siempre su prometido. Su rostro rubicundo de barba rubia expresaba preocupación.

—Come alguna cosa, Agnes —decía casi siempre—. Estás muy delgada.

—No tengo hambre.

—Has de comer más, de lo contrario este frío repugnante acabará contigo. Me preocupas, querida.

¡Querida!

Desde su llegada a Praga, Sebastian le había demostrado la máxima cortesía y gentileza. Soportó que se encerrara en su habitación durante días; no se impacientó cuando se negó a dirigirle la palabra ni cuando alguna vez arrojó al suelo el contenido de un plato que le ofrecía sin mediar palabra. Cuando Theresia Wiegant reprendía a su hija con dureza y todos creían que la temperatura se volvería aún más gélida, Sebastian la defendía; cuando Niklas Wiegant intentaba hablarle, le rogaba a éste que la dejara en paz. Era un hombre cuyo vientre era demasiado abultado para su edad, de piernas arqueadas, hombros caídos y cabeza tosca, al que se le notaba que podría haber tenido un aspecto más o menos aceptable si no estuviera tan gordo; sólo al sonreír se traslucía un poco del encanto que sus rasgos habían tenido en el pasado.

Con el tiempo, Agnes descubrió que estaba más enfadada con Cyprian que con Sebastian, y eso la horrorizó aún más que todo lo demás. Descubrió que hacer caso omiso de él la hacía sentir culpable. El nunca se le había acercado demasiado, ni siquiera había apoyado la mano en el respaldo de su silla. Si en todo Praga uno hubiera buscado un hombre que se comportara de manera intachable, caballeresca y amable con su prometida, habría que dirigirse a la casa de la familia Wilfing y preguntar por el señorito.

Cuando el murmullo de voces que surgía de la planta inferior se interrumpió abruptamente, Agnes creyó oír la vibración del silencio. Entonces una silla cayó al suelo, el ruido resonó por la escalera y la sobresaltó.

—¡No! —oyó exclamar a Sebastian Wilfing padre; la voz penetró a través de dos ciellorrasos de tablas, paja y entarimado como si no existieran—. Eso es asunto nuestro, somos los amos de casa... —La voz se quebró.

Los dueños de la casa eran el padre de Sebastian y el de Agnes. Habían comprado dos casas anexas en un terreno triangular cuyo centro ocupaba la Fuente Dorada, las habían reformado convirtiéndolas en una especie de fortaleza inspirada por el sentido comercial y societario, en la que habrían cabido ambas familias junto con la servidumbre y los empleados, incluso si en el hogar de los Wiegant hubiera habido otros niños y si Sebastian Wilfing padre no hubiera dejado a sus hijos menores en Viena al cuidado de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de casa, Sebastian padre y Niklas Wiegant le dejaban las riendas, Theresia Wiegant lo observaba con una expresión de furia indignada y Agnes desempeñaba el papel de la arena que atascaba la maquinaria de ese artificio artificial. Agnes oyó los pasos de ambos hombres en la escalera y se quedó paralizada pensando que subirían, pero

después comprendió que bajaban.

Lo ocurrido era tan distinto de la comedia interpretada durante las últimas semanas que Agnes sintió una repentina curiosidad. Bajó de la cama, atravesó el frío suelo de madera y miró por la ventana. Estaba oscuro, pero logró ver la callejuela justo delante de la puerta de entrada. Reconoció las sombras alargadas proyectadas por las tres figuras ante la puerta iluminada. Dos pertenecían a la servidumbre, la tercera estaba de pie ante la puerta y las otras dos parecían retenerla. El grueso cristal de la ventana se empañó y lo limpió con el puño.

La tercera figura permanecía inmóvil en la callejuela, una amplia capucha acabada en tres puntas le cubría la cabeza y un largo manto de magistrado con un gran cuello de piel ocultaba el rostro. Se sorprendió al comprender que lo que le cubría la cabeza era un birrete de sacerdote.

Cuando su padre y Sebastian Wilfing padre salieron a la calle y se detuvieron justo delante del sacerdote, descorrió el pasador y entreabrió la ventana. El frío exterior hizo que recordara que sólo llevaba una camisola.

—No puedes entrar aquí —oyó decir a su padre y de repente recordó al padre dominico que hacía casi una vida apareció en su casa vienesa y saludó cordialmente a su padre.

Entonces retrocedió unos pasos, pero después volvió a la ventana. La tentación de agarrar el primer objeto pesado que estuviera a mano y dejarlo caer sobre el birrete era casi irresistible. Recordó la mirada insensible que le había lanzado el dominico en la sala de su padre en Viena, y se estremeció de ira y de temor.

El sacerdote murmuró unas palabras.

—No —dijo Niklas Wiegant—. El respeto por tu hábito no llega a tanto.

—¿Cómo nos has encontrado? —chilló Sebastian Wilfing, y carraspeó.

—Eso no tiene importancia, Sebastian. No puede entrar. Ya no. Han ocurrido demasiadas cosas desde su última visita.

El intercambio de palabras sorprendió a Agnes. Jamás habría esperado que su padre se opusiera a su antiguo compañero de la época española, pero ahora oía que lo estaba haciendo. Y Sebastian Wilfing lo apoyaba. Agnes sintió algo indescriptible; hasta hacía unos meses, siempre había confiado en el afecto de su padre por ella y ahora de pronto parecía que tal vez podía volver a confiar en él. El dominico había destrozado su vida y ahora el padre de Agnes se lo echaba en cara y le negaba la entrada. El corazón le latía con fuerza y no notó que la voz que últimamente siempre protestaba cuando pensaba en Niklas Wiegant como su padre, ahora callaba.

El sacerdote dio un paso adelante como si pretendiera abrirse paso entre ambos hombres. Pero éstos se tomaron de la mano y le cerraron el paso. Agnes contuvo el aliento. Ambos ancianos daban la impresión de que preferían dejarse matar antes que franquearle el paso al oscuro sacerdote.

Entonces vio que la cabeza bajo el birrete asentía. Lo que más le hubiera gustado era sacar el puño por la ventana y gritar: «¡Vete, so demonio!», pero se limitó a aferrar el pasador de la ventana como si quisiera arrancarlo.

El hombre oscuro se dispuso a alejarse sin decir una sola palabra más. Su negro atuendo se confundió con su sombra y ésta con la oscuridad más allá del círculo iluminado de la entrada. Después giró la cabeza y miró hacia arriba por encima del hombro... como si hubiera percibido la presencia de Agnes junto a la ventana. Ella quiso retroceder, pero la mirada de él la descubrió y se detuvo. Las piernas se negaban a sostenerla y que su alma no pereciera en ese mismo instante sólo se debía al hechizo de la mirada del oscuro sacerdote. Únicamente veía esa mirada, sólo oía los latidos de su propio corazón que resonaban como si palpitara en medio de una enorme catedral vacía. Después se preguntó si el hombre de la callejuela realmente la había visto, pero en aquel instante no dudó que la había reconocido, puesto que ella también lo había reconocido a él.

El oscuro sacerdote era Cyprian Khlesl.

* * *

La casa no recuperó la tranquilidad hasta que los serenos empezaron a hacer su ronda: «¡Todo está bien!», pero nada estaba bien. Agnes, tendida en su lado de la cama, procuraba sosegar su respiración para que los latidos de su corazón no la asfixiaran. Hubo gritos. Por primera vez, Agnes tomó conciencia de que, cuando se ponía nervioso, la voz de Sebastian hijo era tan chillona como la de su padre. Había comprendido cada una de sus palabras; desde la perorata más bien enigmática que afirmaba que no se podía confiar en nadie y que todos los jueces de Viena izaban su bandera al viento que soplaba con más fuerza en vez de plegarse a la constante brisa de la justicia, hasta la erupción asombrosamente variada de insultos lanzados contra el joven señor Khlesl, que habría deslucido la aureola del joven señor Wilfing en cuanto a su carácter de yerno ideal y ejemplar, en caso de que lo hubieran oído otras personas que aquellas que ya lo conocían. Cuando la situación se calmó por fin, el odio liberado en la sala de la primera planta siguió resonando por toda la casa.

La criada roncaba y resoplaba. Agnes escuchó el crujido de las vigas cuando el frío del mes de febrero derrotó la débil calidez interior, el rumor de la carcoma en la madera y los ruidos de la casa que indicaban que algunos aún estaban despiertos.

Cuando se incorporó, Agnes sintió una palpitación en la garganta. Nunca había notado cuánto se movía la cama si uno no se quedaba quieto. La criada empezó a respirar entrecortadamente y Agnes no se atrevió ni siquiera a tragar saliva. Después la criada siguió roncando y Agnes bajó de la cama buscando sus zapatos. No volvió a respirar hasta que sus pies rozaron el frío cuero.

Cuando se puso de pie el suelo de madera crujió. Lo maldijo y al mismo tiempo estaba tan tensa que podría haberse echado a llorar. Llegar hasta la puerta le llevó una

eternidad y tuvo que evitar varios obstáculos: las tablas irregulares que amenazaban con hacerla tropezar, el suelo que crujía y las oquedades debajo de las tablas que habrían delatado hasta la leve pisada de un gato. Cuando llegó hasta la puerta, dejó de sentir frío; las mejillas le ardían. Abrió la puerta y cada chirrido la hacía cerrar los ojos presa del espanto. Cuando por fin alcanzó la escalera y nadie se había despertado, la más asombrada fue ella.

En el extremo superior de la escalera ardía una llamita azul en un candil que tal vez seguiría encendido durante otro cuarto de hora; antes de que se apagara, un criado medio dormido se quemaría los dedos al rellenarlo con aceite. Los señores Wiegant y Wilfing se permitían el lujo de reducir el peligro de romperse el cuello durante una visita nocturna al retrete, situado junto a la escalera. En el descansillo de la primera planta ardía otro candil, y había un tercero en la planta baja. Agnes descendió la escalera con mucha precaución.

La puerta de entrada tenía dos hojas y habría resistido un ataque de los turcos durante un buen rato. Apenas se vislumbraba la madera bajo los numerosos clavos de hierro; el cerrojo era un artilugio formado por planchas de hierro, ganchos y barras de metal que debía de haber supuesto el sustento anual de un cerrajero, junto con su mujer, sus hijos y un cuñado aprovechado. Agnes lo aferró y después titubeó. De pronto comprendió que si salía de la casa algo habría llegado a su fin, un final que empezó cuando se separó de Cyprian en la puerta de Kärntner. Los meses pasados sólo habían constituido un retraso. Y al mismo tiempo se iniciaría algo diferente. Su mano se detuvo cuando el traidor que habita en todos nosotros —y que aguarda el momento preciso para hacer acto de presencia— le preguntó si la comodidad que suponía una gran casa, un marido rico y un futuro asegurado era algo que imprescindiblemente había que arriesgar. ¿Y para qué? Además hacía frío e iba ligera de ropa, por no hablar del vigilante que con toda seguridad pasaría justo en el momento en el que ella saldría a la callejuela sólo vestida con una camisola. Y vete a explicarle este escándalo a la familia a la que hasta ahora sólo le ofreciste melancolía, mutismo, ataques de cabezonería y una expresión siempre adusta.

Agnes mantuvo la mano apoyada en el cerrojo y de repente se convenció de que daba igual hiciera lo que hiciese, porque todo acabaría en catástrofe y que lo único correcto habría sido quedarse en la cama y repetirse a sí misma: «No-conozco-a-ningún-Cyprian-Khlesl». Entonces una mano se apoyó sobre la suya y, si le hubieran quedado fuerzas, el susto la habría hecho chillar como una loca.

—El condenado cerrojo dispone de un mecanismo de resorte —dijo una voz a sus espaldas—. Si no lo trabas, te quedarás encerrada fuera.

Agnes se volvió; las piernas le temblaban. A la luz de la farola vio el rostro de su criada a quien la oscuridad convertía en la joven que Agnes conoció de niña, después de que su antecesora provocara el desagrado de Theresia Wiegant. Quince años eran

muchos. El rostro esbozó una sonrisa melancólica, se arrugó y volvió a ser el de la anciana que cada noche roncaba junto a Agnes. Ésta podía confiar en que en el último momento la atraparía junto a la puerta y la obligaría a ponerse un abrigo porque fuera hacía frío y porque todas las niñeras que comparten la vida de sus pupilas durante las veinticuatro horas del día poseen un sexto sentido que les informa cuándo su protegida abre la puerta para cometer una estupidez.

—Te he traído una capa —dijo la criada y se la puso.

—Es Cyprian. Ha vuelto.

—Lo sé, niña. Desde ayer. Preguntó por ti, pero no pude decírtelo. Ahora es un reverendo.

Cada latido de su corazón le llenaba los ojos de lágrimas. Había creído que lo había perdido. Ahora lo sabía de cierto.

—Reverendo —susurró.

—Te aconsejaría que no salieras —dijo la criada—. Pero sé que irás de todas maneras, así que no pienso tomarme la molestia. Yo en tu lugar no iría. Tal vez ése sea el motivo por el cual he vivido tu vida y no la mía. Te quiero mucho, niña, lo sabes. Si sales, es probable que seas desgraciada, si te quedas, lo serás en cualquier caso. —Para gran sorpresa de Agnes, la sonrisa de la criada se volvió más amplia—. Pero sea lo que sea él ahora, y seas lo que seas tú, quizá sólo dispondréis de una sola hora para estar juntos. A veces uno puede aferrarse a una única hora durante toda la vida. Haz lo que Dios nuestro Señor te inspire.

La criada descorrió el pestillo que se deslizó silenciosamente. La puerta se entreabrió y un frío helado penetró a través del hueco. Agnes empezó a tiritar.

—Te esperaré aquí y volveré a abrirte la puerta.

Agnes salió, la puerta se cerró sin hacer ruido, la oscuridad era casi absoluta y el frío, mortal; sus lágrimas borronearon los contornos de las cosas.

Una sombra se desprendió del abismo negro de una puerta y se deslizó hacia ella, y si en ese instante la sombra le hubiera pedido que muriera junto a ella, lo habría hecho.

* * *

En el interior del gran carruaje el frío no era menor que fuera; no había corriente de aire y era como si una gélida campana envolviera el carruaje. Agnes empezó a tiritar en cuanto se sentó. El cuero del asiento parecía un bloque de hielo. La oscura figura de Cyprian se sentó frente a ella, la miró fijamente en silencio, se quitó el abrigo y la envolvió en éste antes de que pudiera protestar. Agnes podría haberle dicho que era inútil, porque el frío provenía de su interior. El abrigo de Cyprian conservaba su olor y el aroma se clavó como un carámbano en su corazón.

—Agnes —dijo Cyprian sin que apenas se le quebrara la voz.

Fue la última gota que derramó el vaso. El corazón de Agnes le dio un vuelco y el

dolor fue tan intenso que se le saltaron las lágrimas.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —sollozó.

—No quería dejarte sola.

—Me prometiste...

—Lo sé. Mi promesa aún sigue en pie.

Ella apenas lo oyó, pues sus propios sollozos apagaron sus palabras.

—¿Dónde has estado? ¿Dónde HAS ESTADO? —gritó.

Cuando percibió la mirada tranquila de Cyprian, una tormenta se arremolinó en su cabeza, amenazando con asfixiarla.

—¡Te he ESPERADO! —gritó—. ¡Esperado! Con el corazón rebosante de esperanza y la boca llena de mentiras cada vez que me topaba con alguien de la familia o de la servidumbre. Todo el día aguardé que cumplieras tu promesa y vinieras a buscarme..., incluso seguí esperando cuando mis padres me obligaron a acompañarlos a Praga. ¡Jamás creí que me dejarías en la estacada! ¡Incluso seguí esperando cuando llegamos aquí!

—¿Has dejado de esperar? —preguntó Cyprian.

Ella parpadeó, confusa. No podía responderle.

—¿Dónde has estado? —preguntó, ya más tranquila.

El siguió contemplándola con esa expresión sosegada que tanto la irritaba. Agnes vio su aliento, que inmediatamente se convertía en vapor. Un pequeño farol medio cerrado reposaba en el fondo del carruaje; desde fuera no se veía ni un rayo de luz. En medio de las tinieblas, ella vio en los ojos de Cyprian el brillo de dos lucecitas y de repente le pareció que el frío no era tan intenso. Se arrebujó en su abrigo.

—Estaba en prisión —dijo él por fin.

Agnes comprobó que no estaba sorprendida.

—Sebastian —dijo.

Recordó que aquel día en el que esperó inútilmente a Cyprian haciendo caso omiso de los preparativos de viaje de las familias Wiegant y Wilfing, Sebastian fue a su casa y, al esquivar a un criado cargado de bultos, chocó contra una viga. Se había frotado la mandíbula hinchada sin dejar de reír y de gemir y lanzándole miradas de soslayo. Recordó que en aquel momento el accidente de Sebastian le había parecido bastante ficticio. Creyó que había representado el numerito para alegrarla, pero después de ver su cara hinchada y arañada consideró que se trataba de un numerito bastante autodestructivo. Sin embargo lo olvidó con rapidez porque Cyprian no aparecía y ella estaba ya sentada en el carruaje que la llevaría a Praga y las ruedas rodaban rápidamente por encima del empedrado y de la mugre apisonada.

—Confié en que tío Melchior me sacara de allí —relató él—, pero tío Melchior permaneció en Roma hasta pasadas las navidades. Quería darle su apoyo al papa Inocencio. ¿Sabes que ha muerto?

Ella asintió.

—Era el tercer Papa en menos de dos años. Tío Melchior está convencido de que el fin del mundo está próximo.

—Mi mundo se derrumbó cuando tú no apareciste —dijo ella. Ahora su voz no contenía ningún reproche. Él no respondió.

Agnes sintió un intenso deseo de tocarlo, de abrazarlo, tan intenso como la cólera que la había invadido. La cólera había desaparecido dejando en su lugar ese deseo de tocarlo, un deseo doloroso porque no se cumplía. Cyprian permaneció inmóvil y ella también. No dejaba de verlo ante la entrada, un sacerdote de la oscuridad, un reverendo...

—¿Qué ocurrió? —susurró.

—Tío Melchior me sacó del calabozo en cuanto se enteró de lo ocurrido. Al principio lo intentó mi hermano, pero después abandonó. Los guardias me sacaron de la celda y entonces lo vi, Melchior Khlesl, más flaco y más pálido que nunca. «Encantado de haber vuelto», dijo. Y yo dije: «Opino lo mismo». Después me llevó a su palacio y fue la primera vez que tomé un baño en tres meses. Mientras uno de sus criados me afeitaba, me contó lo sucedido en Roma.

—¿Qué me importa Roma? —preguntó ella—. ¿Qué ha pasado contigo? —dijo señalando su atuendo. El calor acumulado bajo los dos abrigo volvió a disiparse. Tenía los pies helados.

—Tío Melchior me impuso una condición —contestó él, tironeando su hábito.

—¡Dios mío, Cyprian...!

Cyprian asintió con la cabeza, pero de repente sonrió, agarró el birrete apoyado a su lado y se lo tendió. Entonces Agnes vio que sólo era la parte superior de un sombrero completamente normal, plegado en los lugares correspondientes y carente de ala. Cyprian se reclinó y ella vio que su atuendo no era el de un sacerdote sino sólo de color oscuro y sin adornos; eso que bajo el abrigo parecía una sotana era una delgada capa y en vez de los calzones abullonados llevaba estrechos pantalones hasta la rodilla. Agnes dijo lo primero que se le cruzó por la cabeza.

—Has mentido.

—No. Me limité a no contradecirlos cuando tu padre y el viejo Wilfing creyeron que había prestado el juramento.

Agnes depositó el falso birrete a su lado. Si uno sabía lo que era, parecía increíble dejarse engañar. Recordó lo que sintió cuando la criada dijo «Ilustrísima».

—Dejaste que lo creyeran.

—La influencia de tío Melchior no llega hasta Praga. Si tu familia y los Wilfing creen que soy un sacerdote y que sólo me someto al derecho eclesiástico, entonces no volverán a inventarse esas acusaciones. Y ni siquiera he cometido un pecado. Lo único que he hecho ha sido abollar un viejo sombrero y aprovecharme de la

oscuridad.

—Dejaste que yo lo creyera —dijo Agnes.

—No soy un sacerdote. Y aún quiero cumplir con mi promesa.

Ella alzó la mirada; durante los últimos segundos no había podido mirarle a los ojos, temiendo que él vería su desconcierto. Había creído ser muy listo, y quizá lo fuese, pero lo que no tuvo en cuenta fue la puñalada que le supuso su aspecto.

—¿Qué condiciones te impuso el obispo? —preguntó en tono apagado.

—¿Aún recuerdas lo que te dije el otoño pasado junto a la puerta de Kärntner?

—Cada una de las palabras.

—Repítelas.

—«Una nueva vida. Un mundo virgen. Un nuevo principio. Tú y yo».

—También dije que prefería estar junto a ti en el infierno que solo en el paraíso.

—Los últimos tres meses he estado en el infierno —susurró ella—. Sola.

Cyprian tardó mucho tiempo en responder. Ella sabía que su conducta le resultaba inesperada, pero no pudo evitarla. Quería reposar en sus brazos y al mismo tiempo quería darle de bofetadas; quería besarlo y al mismo tiempo lanzarle insultos a la cara. El atuendo de sacerdote resultó ser un engaño, pero su poder seguía presente, aunque lo que les separaba quizá fuera otro poder, el poder de haber pasado tres meses en el infierno, en el caso de él la prisión de malhechores, en el caso de ella, el hogar familiar en Praga. O puede que fuera el poder ejercido por una promesa rota, por las esperanzas agriadas y por un sueño quebrado que se interponía entre ambos e impedía que ella tan siquiera lo rozara con la punta de los dedos.

—Estoy aquí —dijo él—. No estabas sola. Mis pensamientos siempre te acompañaron.

—No los percibí.

Agnes se dio cuenta de que él intentaba comprender.

—¿Acaso he venido en vano? —preguntó finalmente.

Algo en el interior de Agnes se agarrotó, pese a que había contado con esa pregunta. Una parte de ella se observó a sí misma demoler los débiles cimientos que su amor había construido hasta ese momento y que debían sostener toda su vida, y se gritó: «¡Déjalo, déjalo, deja de destruirte a ti misma y a él!» Pero la otra parte, impulsada por una combinación de miedo, pérdida y desencanto, golpeaba y sacudía cada uno de los pequeños muros, cada columna y cada puntal de su alma.

—No has venido por mí. ¿Qué condiciones te impuso el obispo Khlesl?

—Vine a Praga por ti y si hubieras estado en el otro extremo del mundo, hubiera ido hasta allí.

—Y tu tío, ¿también te ayudó prestándote su carruaje?

Cyprian no contestó. Ella se encogió de hombros. La capa se deslizó hacia sus brazos y Cyprian volvió a acomodársela. Después apoyó un dedo en su mejilla. Lo

que más ansiaba Agnes era agarrarle la mano, atraerlo hacia sí y por fin caer en sus brazos, pero permaneció inmóvil. Cyprian titubeó y a continuación volvió a reclinarse hacia atrás. Su rostro permanecía en sombras y Agnes sospechó que, aunque lo hubiera visto, él no le permitiría descubrir cuánto lo hería. Pero ella lo percibió, percibió cómo las últimas columnas y cimientos se tambaleaban.

—¿Qué te exigió que hicieras?

—He vuelto a ponerme a su servicio.

—¿Y por casualidad, la tarea que te encomendó te condujo a Praga? ¡Qué suerte la mía!

—Agnes, estoy aquí. Eso es lo más importante, lo demás da igual.

—Tu cochero, ¿es de confianza?

—Sí —contestó, sorprendido.

—Bien. —Algo en su interior gritaba: «¡No lo hagas, no lo hagas, dale una oportunidad!», pero ella hizo caso omiso de la advertencia.

»Dile que se ponga en marcha de inmediato. Ahora. No abandonaremos el carruaje hasta que nos embarquemos en una nave que zarpe hacia el Nuevo Mundo. Ahora mismo. Díselo.

Él permaneció inmóvil. Agnes soltó un bufido.

—Me lo suponía —dijo, y las lágrimas volvieron a asfixiarla.

—Cumpliré lo prometido —dijo él lentamente—. No lo cumplo por obligación sino porque es mi voluntad. Lo cumplo porque eres la persona con la que quiero compartir mi vida. Lo cumplo porque te amo. Pero antes debo liquidar un asunto.

—Porque también lo has prometido.

El asintió.

—Eres una cornucopia de promesas —siseó Agnes—. Siempre hay una más. ¿Cuándo quedará enterrada la que me hiciste a mí bajo todas las demás?

—Lamento haberte herido —dijo él.

—Sólo somos juguetes —dijo ella—. Juguetes con los que juegan hombres vestidos de negro con sotanas o birretes. Yo, porque mi padre permitió que ocurriera, tú, porque te rendiste.

Cyprian intentó decir algo, pero ella lo interrumpió.

—¿Dónde está la diferencia? —preguntó Agnes—. ¿En qué se diferencia el obispo Khlesl de ese padre dominico? Ellos tiran de los hilos y nosotros bailamos. ¿Sabes lo que creí cuando te vi delante de mi casa y mi padre y Sebastian Wilfing no te dejaron entrar? Creí que eras ese padre, ¡esa serpiente fría y desalmada! ¡Porque has empezado a parecerte mucho a aquellos que te manejan!

Agnes se echó a llorar. El abrigo volvió a deslizarse de sus hombros, pero no sentía frío. Sólo sentía dolor, el propio y el que le había causado a Cyprian. En su interior, la voz seguía chillando: «¡Ahora has acabado definitivamente con el único

amor que significaba algo para ti!»

El padre Xavier estaba tendido en su catre y escuchaba con atención.

«... creí que eras ese padre, esa serpiente fría y desalmada..., ese tirano sinvergüenza, ese explotador, esa escoria del infierno que el diablo vomitó para el desayuno, ese depravado total...»

El padre Xavier estiró la pierna y le pegó una patada al mendigo.

—¡Ay! ¡No tengo la culpa, eso fue lo que ella dijo! Literalmente.

—Pasemos por alto los detalles —dijo el padre Xavier—. ¿Has averiguado cuál es la misión de Cyprian Khlesl?

—No, reverendo padre, no dijo nada al respecto.

—¿Qué pasó después?

—Ella lloró, saltó del carruaje y echó a correr. No sabía si debía seguirla o quedarme junto al carruaje. Pero después él también salió y corrió unos pasos y decidí mantenerme oculto antes de que me descubriera.

—Sé dónde se encuentra la casa en la que vive Niklas Wiegant, mi antiguo socio. Decidiste lo correcto.

El mendigo sacó pecho.

—¿Y él qué hizo?

—Volvió a subirse al carruaje y le indicó al cochero que se pusiera en marcha, pero sólo fue a su casa, no fue a ninguna otra parte.

—Me resulta imposible evaluar al obispo Khlesl —dijo el padre Xavier para sus adentros—. Sé que apoyó al cardenal Facchinetti. Que haya enviado a un agente a Praga sólo puede significar que Facchinetti se fue de la lengua y que Khlesl está al tanto.

—¿Al tanto de qué, Reverencia?

—Quiero que me informes de cada uno de los pasos de Cyprian Khlesl. Lleva el mismo apellido que el obispo, así que deben de estar emparentados. El obispo intenta que todo quede en familia, es un individuo precavido.

—Sería más sencillo si supiera de qué se trata —dijo el mendigo.

«Y lo primero que hace su agente es encontrarse aquí, en Praga, con Agnes Wiegant», pensó el padre Xavier. Todos los hombres tienen un precio. Sería bueno que el precio de Cyprian Khlesl estuviera encarnado en alguien que vivía en casa de Niklas Wiegant. Tendría que vigilar a la joven.

—Me refiero a que podría pasar por alto eso que resulta importante para Reverencia —dijo el mendigo.

—Si te revelo lo que está en juego, después tendría que matarte —dijo el padre en tono indiferente.

El mendigo tragó saliva.

—Bueno, pensándolo bien, también me las arreglaré así.

El padre asintió con la cabeza.

—No pierdas de vista a Agnes Wiegant. Puede que sólo participe en este asunto por casualidad, pero el otoño pasado en Viena el obispo Khlesl realizó una investigación minuciosa acerca de esa joven. No creo en las casualidades, cuando son tan numerosas.

—Hace un frío de muerte, Reverencia —dijo el mendigo—. Creí que se me congelaban los brazos y las piernas mientras colgaba debajo de aquel carruaje.

—Pues la próxima vez que te dediques a observar deberás llevar ropa más abrigada.

—Sólo poseo lo que lleve puesto.

—Tienes la venda con la que simulas estar ciego —dijo el padre Xavier.

El mendigo clavó la mirada en la magra figura tendida en el catre. Tenía muy claro a qué se refería el dominico.

—Idos al diablo, Reverencia.

—Que Dios te acompañe, hijo mío.

Si la descripción de la situación geográfica del siguiente objetivo era «en algún lugar al este de Praga», el asunto ya resultaba bastante complicado.

—¿Al nordeste, al sudeste o sólo al oeste?

—Ni idea.

—¿A qué distancia de Praga?

—A dos días de viaje como mínimo.

—¿Pero podrían ser más?

—Ni idea.

—India también se encuentra al oeste de Praga, al menos a dos días de viaje de distancia.

—Ja, ja, Cyprian. Había olvidado cómo se ríe.

—Yo también, tío.

La situación no se volvía más sencilla si además uno se veía obligado a averiguar datos más precisos con mucha precaución y en secreto en cuanto hubiera llegado a Praga. Y la situación se complicaba todavía más si uno se pasaba el día pensando en que había cometido un error y que la reacción de la mujer amada frente a ese amor — la mujer por la cual uno había aceptado participar en todo el asunto— eran la cólera, el dolor y el odio.

El tío Melchior no se había quedado de brazos cruzados durante aquellas semanas en Roma en las que Giovanni Facchinetti tomó las primeras medidas de su nuevo cargo, durante las cuales el obispo fue su hombre de confianza. Pero el resultado de sus investigaciones sólo fueron unos vagos indicios: huellas medio borradas que conducían a antiguos conventos benedictinos, a antiguos centros eclesiásticos que sucumbieron bajo la furia destructora de las guerras hussitas. La pista más clara conducía a Brevnov, cerca de Praga, pero Brevnov era demasiado insignificante y evidente como para ser el lugar donde se ocultaba la Biblia del Diablo. Brevnov sólo era un pequeño convento, un establecimiento de creación más tardía cuyas raíces se encontraban mucho más al este, en un lugar que sólo provocaba el encogimiento de hombros de todos aquellos a quienes se les preguntaba: Podlaschitz...

Cyprian estaba sentado en el carruaje que ostentaba el escudo del obispo de Wiener Neustadt, balanceándose de un lado a otro bajo el sombrío cielo de febrero, con la vista clavada en el ondulado paisaje donde los bosques y las aldeas interrumpían el gris de la nieve, pero sin verlo, un trayecto hacia la melancolía.

Tres días: sabía que la velocidad con la que avanzaba era la mínima posible y quien se planteara preguntas al respecto podría llegar a la conclusión de que Cyprian —además del frío invernal— no quería exponer al cochero sentado en el pescante al viento helado y por eso no le metía prisa, o que a sus espaldas, en Praga, había algo

que lo retenía con voz inaudible.

Tres días más los dos que dedicó a averiguar que su destino debía de encontrarse cerca de la ciudad de Chrudim sumaban cinco, durante los cuales hizo los movimientos correctos y las preguntas correctas..., pero sin dejar de pensar en Agnes Wiegant y preguntándose si no habría sido mejor quedarse en la prisión y al menos poder aferrarse a la esperanza.

El coche se detuvo con una suave sacudida y Cyprian se asomó a la ventanilla.

—Veo un vehículo más adelante —dijo el cochero—. Parece haber sufrido una avería, *baas*.

—¿Qué le pasa?

—Está atascado. Estropeado. Roto —dijo el cochero—. Encallado, como decimos en el mar, *baas*.

El tío Melchior le había indicado en qué lugar de Praga debía elegir a su personal. En última instancia, Cyprian sólo necesitaba a alguien que conociera bien la región, dominara el idioma de Cyprian y pudiera reemplazar al cochero que condujo a Cyprian hasta Praga. Lo había encontrado entre los pescadores del río Moldava, un hombre que parecía un curtido tronco de árbol, que sólo tenía una pierna y que, según dijo, había sido marinero y dejado su otra pierna en el mar, tras lo cual regresó a su patria y sacrificó su antebrazo al líquido elemento, en este caso bajo la forma de los ríos Moldava, Beraun y Elba. Había reemplazado los miembros ausentes por muñones de madera y, al menos en presencia de Cyprian, jamás había revelado que ello le suponía un impedimento.

En realidad, el que se sentía impedido era Cyprian, que sólo comprendía la mitad de las expresiones empleadas por el viejo lobo de mar. Hacía rato que suponía que *baas*, el término con el que se dirigía a él, significaba tanto como «amo», y no se hubiera sorprendido si significara «idiota rematado», porque así se refería a sí mismo en su fuero interno.

—¿Fondeamos aquí, *baas*? —preguntó el cochero, y después añadió—: Nos detenemos, quiero decir.

Cyprian bajó del carruaje y entrecerró los ojos. El camino era casi recto y subía y bajaba según el perfil del paisaje. Tras la última ondulación del terreno asomaban las ramas desnudas de una hilera de árboles. Cyprian sabía que ello indicaba la presencia de un río o al menos de un arroyo y que como mínimo les aguardaba un cruce por encima de troncos torcidos o la búsqueda de un balsero, que no tendría ganas de meterse en las heladas aguas del río por un único vehículo. Hasta ahora se habían encontrado con tres balseros. La primera vez esperaron amablemente ante su choza hasta que dejaron de resonar unos quejidos y unas protestas y el hombre salió tropezando y atándose los pantalones; la segunda vez discutieron por el precio hasta que el cochero de Cyprian le pegó en la cabeza con la prótesis del antebrazo; el

tercero estaba tan borracho que Cyprian decidió confiar en los conocimientos marineros de su cochero, con la esperanza de que sirvieran para atravesar un río medio congelado mediante una tabla y unas cuerdas. Delante del contorno impreciso de las ramas, Cyprian vislumbró un pequeño coche atravesado en medio del camino.

—Parece un bloqueo montado por salteadores —dijo Cyprian.

—¿Qué, con semejante carrito? No, *baas*, no os preocupéis. Cinglaremos con nuestro cachucho y lo acostaremos hasta hacerlo embarrancar, y ni siquiera se nos caerá el mástil.

—Bien —dijo Cyprian—. No he comprendido ni una sola palabra, pero por tu tono, supongo que puedo quedarme tranquilo.

—Además, ya he visto a ese coche. Nos adelantó esta mañana, en el cruce detrás de Tschaslau.

—Yo no lo vi.

—No importa, *baas*.

—¿Antes o después del cruce?

El cochero lo miró sin comprender.

—¿Nos adelantó antes o después del cruce?

—A sotavento, *baas*. —Pausa—. Quiero decir después.

Cyprian asintió con la cabeza.

—Entonces veamos quiénes son éstos. ¡Soltad amarras!

El cochero, agradablemente sorprendido, le lanzó una amplia sonrisa.

—¡Ah del barco, *baas*!

* * *

Los ocupantes del otro carruaje resultaron ser una joven pareja a la cual, si no hubieran viajado solos con su cochero, Cyprian habría tomado por unos recién casados que se dirigían a su nuevo domicilio. Se trataban con el cuidado y la ternura de las personas que aún han de conocerse mejor, pero que albergan el sentimiento de que el otro es un alma gemela. La joven parecía más reservada que el joven, como si todavía conservara cierta desconfianza; en cambio cualquier observador agudo notaría que él ya estaba completamente entregado a ella. Habrían provocado la sonrisa de Cyprian si no hubieran supuesto el vivo ejemplo de aquello que él no compartía con Agnes, y que quizá jamás compartiría. Ella era de estatura media y aspecto delicado, al menos era lo que se adivinaba tras la coraza de su vestido de estilo español; parecía una niña, pero su mirada revelaba que aunque no hubiera vivido muchos años, ya había tenido suficientes experiencias como para ser considerada una mujer. El joven tenía aproximadamente la misma edad que Cyprian; era delgado, de movimientos graciosos pero rayando en lo cómico, y si adelgazaba un par de kilos más, parecería una cigüeña. Era de rasgos atractivos y tras observarlo durante un rato, Cyprian creyó reconocerlo. Esa sospecha le desconcertó: él nunca

había estado en Praga, el joven había oído hablar de Viena pero tampoco había estado allí. Fuera lo que fuese lo que creía reconocer, en todo caso no era desagradable.

Ambos cocheros se entendieron de inmediato: tendidos bajo el coche inclinado, los dos expertos discutían si era mejor reparar el eje roto o reemplazarlo.

—Sea lo que sea, *baas* —dijo el cochero de Cyprian en un aparte—. Esta chalupa está completamente encallada y creo que alguien quiso que ocurriera —añadió en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

El cochero movió el brazo como si serrara. Cyprian arqueó las cejas.

—No estoy seguro, *baas*, pero una parte del corte parece demasiado limpia. Ésos pueden agradecerle a la suerte el que hayamos pasado por aquí. De lo contrario, quién sabe qué piratas los habrían apresado como botín.

—¿Un sabotaje, para detenerlos en el camino y desvalijarlos?

El cochero se encogió de hombros.

—¿Por qué creéis que cada noche que anclamos en alguna ciudad he dormido en nuestra barca?

—¿El cochero?

—No puedo poner la mano en el fuego por cualquiera, *baas*.

Cyprian reflexionó unos instantes y después se dirigió a la joven pareja.

—Nuestros cocheros creen que vuestro carruaje tardará en ponerse en marcha. —Una voz interior le susurró que debería cumplir con su misión lo antes posible y no cargar con otros pasajeros, pero hizo caso omiso de ella—. Puedo llevaros hasta la próxima ciudad; allí podréis disponer que busquen vuestro carruaje y lo reparen.

—No podemos aceptarlo —dijo el joven.

Cyprian miró en torno. Debían de ser las dos de la tarde y el anochecer ya parecía próximo. Más adelante la nieve se arremolinaba en el camino. Un segundo después, el viento que la arremolinaba los azotó.

—¿Acaso la otra opción os parece mejor? —preguntó Cyprian con una débil sonrisa.

—Sois muy amable —suspiró el joven.

—Me llamo Cyprian Khlesl. —Y al notar que el joven echaba un vistazo al escudo de su carruaje, añadió—: Me lo prestó mi tío, que es el obispo de Wiener Neustadt.

—Nuestro coche también es prestado —dijo el joven—. Por eso me preocupan los daños. ¿Permitís que me presente? Ella es Jarmila Andl, yo me llamo Andrej von Langenfels.

—Creí que erais... —dijo Cyprian y se mordió la lengua.

—¿Sí? —De repente el joven se ruborizó—. ¡Oh, no, no! Sólo soy..., cómo decirlo..., el maestro de la joven dama.

—Por supuesto —dijo Cyprian—. Perdonadme. —Y pensó: «Pobrecitos, se os nota nada más miraros, ¿habéis robado un par de días o estáis huyendo?» Y una voz desagradable en su interior añadió: «¿A Virginia?»

—¿Adónde vais?

—No querer suponer una carga para vos —chapurreó la joven.

—No os preocupéis. Mi camino pasa por la ciudad de... esto... Grudim. Seguro que allí encontraréis alojamiento y un cochero. ¿O es que os dirigís a otro lugar?

—Chrudim —lo corrigió la joven con una sonrisa.

—Grudim —dijo Cyprian, y se encogió de hombros.

—Os estaremos muy agradecidos si nos lleváis hasta Chrudim —dijo el joven.

—Bien. Señora Andl, señor Von Langenfels, disfrutad de la hospitalidad del obispo Melchior Khlesl.

—Andrej —dijo Andrej, y le tendió la mano.

Cyprian se la estrechó.

—Me llamo Cyprian. Y ahora desensillemos vuestros caballos y empujemos el coche a un lado para dejar libre el camino.

Cuando hubieron terminado, Cyprian le cedió el paso a su nuevo conocido. Le lanzó una mirada a su cochero, que ya ocupaba el pescante y le había dejado espacio a su compañero. El viejo lobo de mar se la devolvió con expresión tranquila. Después aflojó algo con la mano sana, algo envuelto en una tira de cuero y que parecía una larga porra si uno no lo examinaba de cerca y veía el mango envuelto en cuero y la punta de hierro. Cyprian asintió con la cabeza y montó en el carruaje.

* * *

Chrudim se encontraba en una colina que se elevaba en medio del paisaje, coronada por dos torres gemelas y una muralla con atalayas por encima de las cuales se alzaba una gran puerta que daba al oeste. Poco antes el cielo se había despejado y el sol iluminaba la fachada occidental de los edificios de piedras grises y pardas, repentinamente teñidas de oro contra el oscuro cielo oriental. Después las nubes volvieron a cerrarse y era como si las casas y las murallas hubieran sido arrancadas de la tierra y olvidadas en medio de la sucia nieve. El carruaje volvió a detenerse.

—¡Veo guardias, *baas*! —exclamó el cochero de Cyprian—. Quiero decir...

—Sí, ya me lo imagino —gruñó Cyprian, que, después de intercambiar una mirada con Andrej, bajó del coche. Andrej lo siguió y ambos se apartaron unos pasos. En el camino, lejos de los primeros palafitos agrupados delante de las murallas de Chrudim, cuatro hombres estaban apostados. Llevaban lanzas y ballestas y habían atravesado un tronco en el camino.

—¿Qué significa eso? —preguntó Cyprian.

Andrej se encogió de hombros. Parecía preocupado.

—¿Acaso he de saber algo más acerca de vosotros dos para no irme de la lengua?

—preguntó Cyprian, enfrentándose a la mirada sorprendida del otro. Éste negó con la cabeza.

—Sigamos la corriente —le dijo Cyprian al cochero.

—¿Eh?

—Continuemos.

—Ah, comprendo. Claro, *baas*.

El viaje acabó cuando llegaron ante los guardias apostados. Cyprian, que caminaba junto al coche acompañado por Andrej, había esperado que el escudo y su actitud segura de sí mismo hicieran que los soldados apartaran el obstáculo, pero al aproximarse comprobó que la actitud de éstos era más temerosa que enfadada. Se pasaron las lanzas de una mano a la otra y alzaron ligeramente algunas ballestas, pero apuntaban al suelo entre las piernas de ambos jóvenes.

Andrej probó suerte y recibió una respuesta monosilábica a su pregunta.

—Todos han de bajar del coche —tradujo. Parecía tan nervioso que habría despertado las sospechas de hasta el más tonto de los centinelas. Cyprian maldijo en silencio.

—Estáis bajo la protección del obispo de Wiener Neustadt —dijo—. Tranquilizaos.

—¿Acaso creéis que éstos saben dónde está Neustadt, por no hablar de Viena?

Andrej ayudó a su compañera a bajar del carruaje. Los cocheros descendieron torpemente del pescante, mientras el viejo lobo de mar hacía ostentación de sus prótesis. Los centinelas intercambiaron miradas cuando todos se pusieron en fila. Cyprian comprendió que estaban aún más nerviosos que Andrej. Su corazón empezó a latir aceleradamente. Entonces uno de los hombres dio un paso hacia delante y un escalofrío recorrió la espalda de Cyprian al ver que el hombre se tapaba la boca y la nariz con un trapo. Su mirada expresaba terror.

—Maldición —dijo Cyprian.

—¡Oh, Dios mío, éstos están...! —dijo Andrej.

—No lo están. Callaos —dijo Cyprian.

El centinela se acercó con la misma precaución con la que uno se acerca a una serpiente y los contempló a uno tras otro con los ojos muy abiertos; se aproximó tanto que Cyprian vio que sudaba de miedo. El centinela clavó la mirada en las prótesis del cochero, extrajo un puñal y lo dirigió contra el anciano. La punta del puñal temblaba.

Cyprian oyó un gemido. Era Jarmila. Vio que Andrej la agarraba de la mano. Otro de los centinelas apuntó su ballesta contra Andrej. Con el rabillo del ojo, Cyprian vio que Andrej forzaba una sonrisa y saludaba al centinela con la cabeza. Este bajó lentamente la ballesta.

La punta del puñal se acercó al mutilado brazo del cochero, allí donde la desflecada manga cubría el primer trozo de la prótesis, y levantó la manga. Cyprian

oyó su respiración entrecortada. El anciano se arremangó con la mano sana. Por encima de su antebrazo se destacaban unas cintas de cuero que sostenían la prótesis. La punta del puñal se agitó. El anciano se soltó la prótesis y le mostró el muñón. El puñal tembló por encima de los trozos de piel cosida y las marcas rojas dejadas por la prótesis en la carne, y después se retiró. Las miradas de los centinelas se clavaron en la prótesis de la pierna. El viejo entornó los ojos y el centinela miró a sus camaradas.

—Preguntadle dónde ha aparecido —le dijo Cyprian a Andrej.

—Dónde ha aparecido... ¿el qué?

—La lepra —murmuró Cyprian.

—Queréis decir que... ¡Oh, Dios mío!

—Preguntad de una buena vez —dijo el viejo cochero y se sentó soltando un gemido—. Antes de que nos corten en pedazos a todos.

Andrej carraspeó y dijo algo en el idioma que, desde su llegada, seguía siendo un libro cerrado para Cyprian. Tras dudar unos instantes, el comandante de la guardia respondió.

—En el sudeste —dijo Andrej en voz baja.

—Preguntadle si sabe de dónde proviene este camino.

El comandante lo miró; incluso a veinte pasos de distancia, Cyprian pudo ver que su rostro revelaba el deseo de hacer lo correcto y el temor de cometer un error que supondría exponer su ciudad natal a la lepra.

—Del oeste.

—Preguntadle si cree que hemos venido de esa dirección.

—Pero si hemos venido del oeste.

—Preguntadle.

Entonces se generó una discusión prolongada. Por lo visto, Andrej había comprendido adonde quería ir a parar Cyprian. El centinela que se cubría el rostro con un trapo aprovechó la ocasión para retroceder unos pasos; el viejo lobo de mar volvió a ajustarse la prótesis. El comandante apretó las mandíbulas y volvió a contemplar a Cyprian, que le lanzó una sonrisa.

—Ése es el escudo del obispo de Wiener Neustadt —dijo, señalando el escudo—. Esta mañana salimos de Tschaslau. Venimos directamente del oeste. Sea lo que sea que está ocurriendo al sudeste de vuestra ciudad, no hemos estado allí. No suponemos ningún peligro.

—Por algún motivo ya no tengo tantas ganas de ir a Chrudim —dijo Andrej.

—Si la lepra ya hubiera llegado a la ciudad, no habrían tomado semejantes medidas de protección. Estoy convencido de que la ciudad es un lugar seguro.

—Temo por Jarka —dijo Andrej sencillamente.

—Lo comprendo —dijo Cyprian; ambos intercambiaron una mirada y Andrej bajó la suya.

El comandante parecía haber tomado una decisión. Dos de sus hombres apartaron el tronco para que el coche pudiera pasar. Cyprian lo saludó con la cabeza y el comandante lo imitó, aunque las dudas seguían carcomiéndolo. Cyprian no lo envidiaba: los buenos centinelas siempre dudan y el comandante era un excelente centinela.

Cuando volvieron a ocupar el coche, Jarmila estaba pálida. Le susurró algo a Andrej, que lanzó un suspiro. Jarmila negó con la cabeza e insistió. Cyprian los observó hasta que Andrej se reclinó en el asiento con expresión dichosa. El coche arrancó.

—¿Qué os lleva a Chrudim? —preguntó Cyprian.

Los otros dos intercambiaron una mirada.

—Jarka busca rastros de su madre —dijo Andrej finalmente; a Cyprian le pareció que eso no era toda la verdad—. Desapareció cuando Jarka era una niña pequeña, nadie sabe exactamente dónde.

—Y queréis convencerla para que interrumpa el viaje, pero las mujeres son así: siempre insisten en seguir.

Andrej lo miró fijamente.

—Bueno —dijo Cyprian—. Tendréis que pasar la noche en algún lugar si no queréis hacerlo en vuestro carruaje estropeado. —Se asomó a la ventanilla y miró a los guardias parados junto al camino, que observaban cómo el cochero esquivaba el tronco igual que si pilotara una frágil embarcación alrededor de un arrecife.

—Andrej, preguntadle al comandante qué lugares situados al sudeste se han visto afectados por la lepra.

El comandante contestó en tono malhumorado.

—Sólo se trata de una zona reducida y ya la han cercado —dijo Andrej—. Dice que no hay nada que temer.

—Bien.

El comandante los siguió con la mirada y Cyprian se la devolvió. No tenía la intención de enojarlo; el hombre se limitaba a cumplir con su deber. Cyprian le lanzó una sonrisa y el comandante dijo unas cuantas palabras que parecían insultos.

—¿Qué ha dicho?

—Los nombres de los lugares afectados —contestó Andrej.

—¿Y cuáles son?

—Chrast, Rositz, Horka, Chacholitz, Skala y Podlaschitz.

Los buenos burgueses de Chrudim habían trazado un círculo alrededor de una comarca de un tamaño similar a Viena y todos sus suburbios, habían apostado centinelas en todas las calles, caminos y senderos, y junto a la carretera principal habían erigido una horca para demostrarles a todos lo que les esperaba a quienes no comprendían por qué debían permanecer dentro del círculo cerrado. Nadie colgaba de la horca, pero eso sólo indicaba que todos los ahorcados eran retirados de inmediato y enterrados, porque tal vez difundieran la enfermedad incluso muertos. Quienes se encontraban en el interior del círculo eran leprosos o habían de aceptar ser tomados por tales. Quien hubiera tenido la mala suerte de encontrarse de visita, de pronto había adquirido la ciudadanía de este cementerio viviente; quien hubiera tenido la suerte de estar de visita en otra parte mientras los concejales deliberaban ya no insistía en la validez de sus derechos como ciudadano de Chrast, Rositz, Horka, Chacholitz o Podlaschitz y, cuando le preguntaban si provenía de allí, respondía indignado:

—¿Quién, yooo?

La zona a la que habían prohibido el acceso no valía gran cosa, no la atravesaba ningún camino importante y tampoco proporcionaba una cantidad suficiente de alimentos como para resultarle primordial al emperador o al duque, y también bien carecía de interés estratégico. Nadie se había interesado por los habitantes de los pueblos en cuestión antes de verse afectados por la maldición de la lepra; sin embargo, ahora sus nombres estaban en boca de todos, pero sus destinos seguían sin despertar interés alguno. Incluso en pleno verano, en el mejor de los casos era una región tranquila; en febrero y de madrugada resultaba desolada. Sus superficies pardas y blancas daban la impresión de que incluso la tierra estaba afectada por la enfermedad. No era de extrañar que la ubicación del pueblo en el que fue creado el legado de Satanás hubiera caído en el olvido. Alguien más impresionable que Cyprian se habría angustiado frente al hecho de que en ese lugar donde antaño un monje de clausura y el diablo intentaron engañarse el uno al otro la lepra hubiera caído sobre sus gentes.

En cambio Cyprian se preguntó cómo se las arreglaría para volver a salir del encierro. Entrar fue más fácil de lo que había imaginado. De madrugada, la vigilancia de los guardias era mínima. Le bastó con salir de Chrudim a hurtadillas antes de que cerraran las puertas, emprender el camino a Chrast y sus alrededores a pie, no perder el rumbo durante la noche y después ocultarse cerca de un puesto de vigilancia. Cuando empezó a despuntar el alba y los centinelas, agotados tras la guardia nocturna y muertos de frío, estaban más atentos a su relevo que a otra cosa, se había abierto paso a través de un terreno poblado de pinos bajos y había penetrado en la tierra de la

Biblia del Diablo.

Chrast era un montón informe de casas, situado en la ladera de una colina orientada al sudeste. Desde allí se divisaban perfectamente los otros asentamientos: yacían a los pies de Chrast como los terneros muertos de hambre y de sed de una vaca muerta. Era evidente que en cierta época Podlaschitz había sido el punto central de esa región, antes de que la Biblia del Diablo, las guerras de los hussitas —o ambas— afectaran a la región y a sus habitantes. Desde Chrast era visible la iglesia conventual con sus dos torres semidestruidas elevadas hacia el cielo gris, situada entre muros reventados y parecida al esqueleto medio devorado de un inmenso cadáver. De las casas de los que decidieron morir de hambre en vez de frío surgían columnas de humo difundiendo el olor a leña húmeda en medio de la fría madrugada. Al contrario de lo que creía la opinión general, nadie moría de lepra tan fácilmente, aunque a la mayoría de quienes se habían contagiado se los diera por muertos, y sin duda era lo que deseaban. En muy pocas casas había signos de vida. Cyprian prefería no pensar en el aspecto interior de aquellas viviendas que permanecían inmóviles bajo la capa de nubes.

De camino a Podlaschitz, Cyprian aprovechó los matorrales, los pajares y las ondulaciones del terreno para ocultarse, aunque no vio a nadie. Trataba de evitar todos los elementos elaborados por la mano del hombre: muros de piedra, montones de leña, postes de madera de refugios... y procuraba convencerse de que se debía al frío. Aunque no dejara de repetirse que nadie se contagia de lepra por tocar algo expuesto durante años al viento y la lluvia en una zona afectada por la enfermedad, el cuerpo albergaba su propia sabiduría y lo obligaba a retirar la mano antes de que el cerebro controlara el reflejo. Cuando Cyprian se deslizó por el terraplén que bordeaba el arroyo medio congelado que rodeaba el convento en ruinas, estaba sudando. Desde su escondite observó la zona que se extendía ante sus ojos, por encima de la cual se alzaba el esqueleto de la iglesia. Se la había imaginado de mayor tamaño. Considerar que la maldad y la perdición requerían un gran espacio para prosperar era una estupidez, pero era lo que uno esperaba.

El portalón se había derrumbado y suponía un obstáculo perfecto que impediría el paso de cualquiera; sólo quedaba el arco que se alzaba por encima de un campo de ruinas. La pared derrumbada junto al arco suponía una nueva entrada: las piedras caídas formaban una especie de escalera. Cyprian respiraba entrecortadamente y su aliento se convertía en vapor. Allí, en ese monumento a la destrucción donde se concentraba la podredumbre humana, nada se movía, ni siquiera los cuervos que se reunían en los lugares donde había algo que picotear. Cualquiera podía percibir la podredumbre que aún exhalaban los muros entre los que antaño un monje había redactado el testamento de Satanás. Aunque Cyprian procuraba evitarlo, aun así creyó percibirla. Cuanto más contemplaba el panorama en ruinas, tanto más se le erizaban

los cabellos.

—Esto es una mierda —susurró en medio del silencio sepulcral.

—Estoy de acuerdo con vos —contestó una voz.

Cyprian se volvió bruscamente. No estaba armado, como de costumbre. Cerró los puños y vio un rostro pálido asomado tras la curva del arroyo, cuyas mejillas y nariz rojas parecían pintadas.

—Os he seguido —dijo el hombre—. Parecíaís saber lo que hacíaís y a decir verdad, mi única experiencia consiste en escapar de los guardias.

Cyprian le clavó la mirada. El hombre se encogió de hombros.

—En cambio vos os movíaís como si hubierais dedicado toda la vida a esquivar centinelas.

—Sois un mendigo o un ladrón —dijo Cyprian.

—El pequeño Andrej lo era. Y vos... vos sois un espía, ¿verdad?

—Todo aquello en lo que el pequeño Cyprian jamás quiso convertirse —dijo Cyprian.

Ambos hombres se contemplaron. Cyprian se maldijo en silencio por limitarse a procurar que no lo descubrieran en vez de tratar de ver si alguien le seguía los pasos. Tras la delgada figura de Andrej parecía ocultarse algo más, ya que había logrado sorprenderlo. Cyprian soltó el aliento.

—Venid aquí —siseó.

Andrej von Langenfels se acercó arrastrándose a cuatro patas, procurando no asomar la cabeza por encima del terraplén. Cuando se dejó caer junto a Cyprian sobre la fría tierra, éste comprobó que el otro también estaba bañado en sudor y esbozó una sonrisa.

—Mi madre siempre me dijo que no me tendiera en la nieve si estaba sudado —dijo.

—Eso podría haber dicho la mía —dijo Andrej, pero no le devolvió la sonrisa y desvió la mirada.

—¿Qué se os ha perdido por aquí?

—Lo dicho: Jarka busca rastros de su madre. Tengo motivos para creer que pereció en este convento.

—¿Entre estas ruinas dejadas de la mano de Dios?

Andrej atisbo por encima del borde del terraplén y volvió a agachar la cabeza. Le lanzó una mirada de soslayo a Cyprian.

—Ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí.

—¿Ya habéis estado aquí?

—De niño. Cuando aún no reinaba la enfermedad. Cuando aún había un portalón bajo aquel arco.

—¿Con vuestra madre?

Andrej se quedó paralizado y Cyprian se desconcertó al ver que todo su cuerpo se ponía rígido. El otro le lanzó una mirada torturada.

—¿Cómo decís? —preguntó.

—Alguien me enseñó a prestar atención a ciertas cosas. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—¿Ese para quien espiáis?

Cyprian esbozó una leve sonrisa.

—¿Qué buscáis aquí, Cyprian?

—¿Qué le ocurrió a vuestra madre, y a la de Jarka? ¿Os referías a Jarmila, no? La llamáis Jarka.

—Sé qué os trae aquí —dijo Andrej.

—¿De veras?

—Conozco a individuos como vos. Mi padre buscaba lo mismo en este lugar. Pero lo único que encontró fue la muerte.

—Creo que deberíamos sincerarnos —dijo Cyprian muy lentamente.

—Empezad vos.

Cyprian alzó la mano y desvió la mirada.

—¿Qué...?

—¡Callad! —siseó Cyprian. Andrej se aplastó contra el terraplén; él también lo había oído.

Cyprian alzó la cabeza con el mismo cuidado con que un soldado atisba alrededor de una esquina en una ciudad sitiada. Las ruinas permanecían tan muertas y silenciosas como antes. Andrej se deslizó hasta lo alto del terraplén junto a él. Cuando Cyprian empezaba a creer que se había equivocado, volvió a oírlo: un rumor, el sonido de algo que se arrastra. Cuando el rumor se apagó, oyó una especie de soplido y Cyprian tragó saliva al comprender que se trataba de la respiración de alguien. Entonces apareció una figura de gran estatura en el hueco que hacía las veces de nueva entrada. Llevaba una sotana desastrada y una capucha le cubría la cabeza.

Andrej ahogó un grito y Cyprian apoyó una mano encima de la del joven: éste la había sumergido en el barro medio congelado. La negra figura se balanceaba de un lado a otro, como una serpiente que cree ventear a su presa.

Cyprian se deslizó por el barranco, arrastrando a Andrej consigo. El corazón le latía apresuradamente y de pronto percibió la humedad y el frío de la tierra encima de la cual estaba tendido. Antes de ocultarse, había logrado echarle un vistazo al rostro bajo la capucha.

Lo que vio no parecía humano y en las cuencas de los ojos había vislumbrado algo a lo cual el dolor, el odio y la soledad habían desprovisto de cualquier rasgo de humanidad.

—Vuestra historia es incompleta —dijo Cyprian. Él y Andrej se habían retirado entre las chozas totalmente abandonadas del pueblo que rodeaba el convento en ruinas. Del cielo caía una mezcla de cristales de hielo y copos de nieve, y ambos buscaron la protección de un agujereado voladizo.

—Igual que antaño —gruñó Andrej—. En esta región siempre es invierno.

Cyprian observó la solitaria figura negra, casi invisible entre los copos de nieve: parecía un hueco borroso en la realidad. Ésta se arrastró alrededor del convento, se detuvo aquí y allá rascando entre las piedras y en el suelo con sus dedos envueltos en harapos y después se alejó tambaleándose. No había aparecido ninguna otra figura. Algo en la mente de Cyprian se negaba a aceptar que el ser bajo la capucha fuera humano.

—¿Qué se hizo de vuestros padres?

Andrej alzó la mirada.

—Eso es lo que relaciona mi historia con la de Jarka. No lo sé con seguridad, al igual que ella, que tampoco sabe qué se hizo de su madre, excepto que debe de estar muerta. Pero fui testigo del asesinato de una docena de mujeres a manos de un demonio, y eso encaja con lo que ella sabe de su madre.

—El demonio era un monje, y éstos suelen ser humanos —dijo Cyprian, Sin mirarla, Andrej indicó la sombra que se arrastraba.

—¿Cómo eso?

Cyprian calló. Andrej le lanzó una torcida sonrisa.

—¿Decís que había dos tipos de monjes? ¿Los habituales y los vestidos de negro?

Andrej asintió con la cabeza.

—¿Creéis que los primeros se dedicaban a vigilar el libro?

—En lo que a mí respecta —dijo el otro—, ni siquiera creo que el libro exista. Mi padre no dejaba de repetir historias semejantes y el Códice que alberga la sabiduría del diablo sólo era una de sus fantasías. Si vos también perseguís esa quimera, me dais pena.

Cyprian se encogió de hombros, renunciando a señalarle que su padre jamás volvió a salir del convento y que él mismo fue testigo de la masacre de mujeres y niños perpetrada por un demente con un hacha.

—¿Cuánto le habéis contado a Jarmila?

—Le he contado toda la historia. ¿Por qué?

—Siento curiosidad.

—Oídmeme, Cyprian, he relatado esta historia miles de veces a un hombre que viste las ropas del emperador y ocupa su palacio, donde lleva la vida de un sapo ponzoñoso temido por todos, y cuyo tesoro dorado despierta la codicia de todos. ¿Por qué no

habría de contársela a la mujer a la que...?

—Sí, ¿por qué? —dijo Cyprian.

—Le adjudicáis motivos turbios a Jarka sólo porque ella y yo...

—Sólo deseo lo mejor para vuestro amor, de todo corazón —dijo Cyprian en un tono que obligó a Andrej a mirarlo.

»Andrej: me resulta indiferente que os quedéis aquí esperándome hasta que vuelva a salir de esta inmensa ratonera en ruinas o que intentéis regresar a Chrudim por vuestra cuenta. Pero si pretendéis perseguir vuestro objetivo y averiguar lo que realmente les ocurrió a vuestros padres y a la madre de Jarmila, entonces vuestra única oportunidad supone acompañarme al convento. Y si lo hacéis, os atenderéis a mis reglas, ¿lo habéis entendido?

—¡No simuléis saberlo todo! ¡Jamás hubierais sobrevivido a la vida que yo llevé de niño!

—Esta historia os involucra personalmente —contestó Cyprian en tono sosegado—. Yo me limito a cumplir un encargo y quiero acabar con él cuanto antes. ¿Quién de los dos se enfrenta a este asunto con mayor frialdad?

—Vuestra frialdad no es tan grande como desearíais.

Cyprian guardó silencio. Andrej hizo un gesto despectivo con la mano.

—Maldita sea —dijo—. De acuerdo. Puesto que insistís en ser el cabecilla... os acompañaré. —Rebuscó en el bolso que colgaba de su cinturón y, para sorpresa de Cyprian, extrajo un delgado cuchillo. Lo sopesó y le lanzó una mirada al otro.

»Os dije que no hubierais sobrevivido a mi infancia, ¿no?

—Dejad el cuchillo aquí —dijo Cyprian—. Quien dispone de un arma, acaba por utilizarla. No buscamos venganza ni trataremos de obtener algo mediante la violencia.

—Os preocupáis por la vida de los muertos que caminan —dijo Andrej, pero dejó el cuchillo debajo de una tabla podrida.

—Más me preocupa la vida de dos idiotas que pretenden penetrar en el reino de los muertos —dijo Cyprian.

Ambos intercambiaron una sonrisa; Cyprian vio que el otro se esforzaba por reprimir las lágrimas, se apartó y salió bajo la lluvia.

El abad Martin permanecía de pie entre las sombras que rodeaban el exterior de la celda, observando el arcón. Las cadenas lanzaban tenues destellos a la luz de las velas. Podía oírla, encerrada dentro de varios sarcófagos formados por arcones cada vez más pequeños, cada uno de ellos rociado con agua bendita y cubierto de rosarios y crucifijos, podía oírla envuelta en su mortaja de arpillera en el centro de su mazmorra: la Biblia del Diablo. Vibraba y zumbaba. Palpitaba. Sospechó que los sonidos resonaban en su corazón y no en sus oídos, pero no cabía duda de que existían. La Biblia del Diablo estaba viva. No llamaba, no tendía trampas, no amenazaba. Se limitaba a estar ahí, esperando. Sabía que en algún momento alguien acudiría y abriría el arcón, otorgándole el poder por el cual había sido creada, y hasta entonces podía esperar. El abad Martin percibió la impaciencia desapasionada del libro en su mazmorra y se estremeció.

—¿Venerable padre?

El abad Martin se giró lentamente. Bajo la capucha, Pavel era una silueta delgada que se desprendió de la oscuridad junto al abad. Ambos clavaron la vista en el interior de la celda, como ya lo habían hecho numerosas veces durante los años pasados.

—Los tiempos de paz han llegado a su fin —dijo Martin.

—Nunca hubo un tiempo de paz —dijo Pavel.

—No en el mundo, pero sí aquí dentro.

—La paz del temor. La paz de la espera de que algo ocurra.

—Sin embargo, era la paz.

—La paz se acabó aquel día hace veinte años.

Martin asintió.

—Lo sé. Desde entonces, todos los días posteriores fueron días regalados.

—Para mí —dijo Pavel—, todos los días a partir de aquél fueron días santos. Y también para Buh, aunque él no podría expresarlo así.

—Su problema con el habla nunca mejoró, ¿verdad?

—¡Gnnnn! —gruñó Pavel con una sonrisa, y el abad Martin lo imitó. Nadie excepto Pavel tenía derecho a burlarse de Buh, y nadie lo había hecho; sus burlas expresaban afecto y calidez por aquel hombre tosco y robusto del que se hizo cargo cuando era un novicio, y estaban tan libres de maldad y cinismo que resultaban conmovedoras. Eran dos almas que se habían encontrado.

Pavel desvió la mirada del arcón y retrocedió. Martin lo siguió a lo largo del oscuro foso. Cada vez que se alejaba del hechizo irradiado por el libro, sentía alivio y el deseo de no regresar jamás. En general, el deseo se desvanecía en cuanto salía a la superficie y se sentía libre de la obligación de regresar para asegurarse de que el libro

seguía a buen recaudo. Hacía tiempo que se limitaba a comprobarlo sólo una vez a la semana. Los demás días suponían su penitencia personal; había monjes que se azotaban todas las noches en su celda hasta hacerse sangre. El abad Martin había renunciado a comprobar que las cadenas no se habían roto seis de cada siete días. Envidiaba a los flagelantes por el dolor comparativamente menor que debían soportar. Albergaba la vaga sospecha de que un día se encontraría ante el arcón, quitaría las cadenas, abriría cada uno de los sarcófagos y retiraría la arpillera que envolvía el libro, sólo para asegurarse de que... Así liberaría el manuscrito y llevaría el mal al mundo. Era una sospecha que entre la medianoche y el amanecer lo hacía arrodillarse en el suelo de su celda, rezando como un niño con las manos apretadas y los ojos cerrados: «Señor, ayúdame».

—¿Qué se ve ahí fuera? —preguntó Pavel.

—Sombras que se tambalean entre los muros aguardando que la muerte se las lleve —dijo Martin—. ¿Quién hubiera dicho que un día nos asediaría la enfermedad y la perdición?

—¿Y la compasión? —preguntó Pavel.

—Cada vez resulta más difícil convencer a los hermanos de que proporcionen consuelo y calor. No quiero obligarlos a hacerlo. Todos tienen demasiado miedo de contagiarse de la plaga.

—Nosotros no tenemos miedo. Haríamos... —empezó a decir Pavel.

El abad Martin se detuvo en la escalera de piedra que conducía al exterior. Por encima de su cabeza brillaba una luz: el hueco de la puerta que solía estar cerrada con llave, a través de la que Pavel y sus seis cofrades se comunicaban con el exterior. Martin apoyó una mano en el hombro del monje pequeño y delgado.

—Lo sé —dijo suavemente—, pero no es la tarea de los custodios.

—Nuestra tarea consiste en proteger a la comunidad del convento y al mundo. Nosotros no tenemos miedo, venerable padre. ¿Acaso uno no podría suponer que esa tarea también incluye ayudar a los hermanos y a las personas que se encuentran allí fuera? —Pavel también era un experto en expresarse con medias palabras. En este caso, lo que se callaba era lo que realmente quería decir: «ayudaros a vos, venerable padre».

El abad Martin sabía perfectamente que el joven monje lo veneraba y se habría dejado crucificar si hubiera creído que eso le serviría de apoyo. La veneración de Pavel le provocaba tanto afecto como espanto; no consideraba que él —un hombre débil y temeroso que cometía errores— se merecía que alguien lo venerara y menos aún un cofrade recto y leal como Pavel. Martin carraspeó.

—Sabes cuál es tu deber, hermano Pavel —dijo.

Pavel asintió y se encogió de hombros, y ambos remontaron la escalera.

—Alguien vendrá —dijo el abad.

—¿A vernos?

—A verla —contestó Martin, señalando la oscuridad de la cual emergían.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo percibo. Lo oigo. Cuando estoy ante su escondite, siento que está esperando. Es como si me hablara; su voz no llega a mis oídos pero sin embargo la oigo. La Biblia espera. Y alguien acabará por acudir junto al que espera.

—Venerable padre... —dijo Pavel.

—Alguien vendrá —repitió el abad—. Los tiempos de paz han llegado a su fin —repitió—. Yo lo sé. Ella lo sabe.

—Venerable padre...

—¿No lo percibes, Pavel? Estás cerca de ella de día y de noche. ¿No te habla a ti?

—Debo regresar, venerable padre.

Martin alzó la vista y vio que habían llegado ante la puerta. Automáticamente agarró el manojó de llaves. La luz iluminaba el rostro joven, pálido y delgado de Pavel. La capucha sombreaba sus ojos, pero Martin sabía que el joven custodio lo contemplaba e intentó sonreír.

—Hemos de estar preparados —dijo y volvió a apoyar una mano en el hombro de Pavel. Pavel la tomó y la besó.

—Que Dios el Señor nos bendiga y nos proteja —dijo.

—Sí —dijo Martin—. Amén.

Observó cómo Pavel bajaba por la escalera hasta que la oscuridad lo devoró junto con su hábito negro. Entonces abrió la puerta, salió al exterior y volvió a cerrarla con llave cuidadosamente. En cuanto se hubo apartado, la inquietud empezó a roerle el corazón: ¿realmente había comprobado que las cadenas seguían sujetando el arcón?

—¿Qué ha dicho?

El Santo Padre estaba un poco distraído. La figura de anchos hombros de Ippolito Aldobrandini —el papa Clemente VIII— permanecía inmóvil sentado en su sillón contemplando a sus peticionarios, pero no dejaba de inclinar la cabeza de tupida barba blanca hacia un lado, arqueando las cejas y escuchando los susurros de los sacerdotes apostados a derecha e izquierda de su sillón. Susurros... El papa Clemente, el sucesor de todos esos ancianos débiles que le habían precedido, por fin era un hombre que, a juzgar por su aspecto, estaba lleno de fuerza y de vida. Sin embargo, era sordo como una tapia y el frufrú de las *vittae* —las dos cintas sueltas de la tiara que deberían colgar sobre sus espaldas pero que no dejaban de cubrirle las orejas— apagaban los susurros.

El padre Hernando era el siguiente de la fila de quienes habían sido admitidos a la audiencia privada del Papa y aunque eso significaba que estaba a veinte pasos de distancia, captaba cada palabra que el papa Clemente dirigía al hombre arrodillado a sus pies. Y también percibía cada palabra formulada por el arrodillado, no porque éste hablara en voz alta sino porque uno de los sacerdotes apostados junto a Papa las repetía en un susurro atronador para que el Santo Padre las oyera.

—¿Despachos? —contestó el Papa con un susurro igual de sonoro.

—Muchachos, Santo Padre. Se trata de los muchachos —dijo el segundo sacerdote, indicando algo que a él le llegaría a la altura del esternón—. Niños varones, Santo Padre.

El papa Clemente se inclinó hacia el sacerdote situado al otro lado.

—Un excelente indicio —susurró a todo volumen. El sacerdote junto a cuya oreja susurraba se encogió dolorosamente—. Casi olvidamos preguntártelo. ¿Cuántos has seleccionado, hijo mío?

—Apenas dos docenas, Santo Padre.

—Dos docenas. —El Papa asintió con la cabeza.

El hombre arrodillado pronunció unas palabras. El padre Hernando vio que le ardían las orejas.

—¿Eh?

—Dice que son tres, Santo Padre. Sólo tres, no obstante...

El papa Clemente le sonrió al hombre arrodillado ante su trono.

—¿Así que nos has traído tres de esas divinas criaturas, hijo mío? Que el Señor te bendiga.

—No es del todo así, Santo Padre —dijo el segundo sacerdote en tono indiferente—. No ha traído a ningún muchacho. En realidad, se trata de que el sacerdote del pueblo cuyo superior es un buen cristiano, se interesó por...

—Exacto. Sería una idea realmente cristiana que cada comunidad enviara sus muchachos prometedores a Roma —dijo el Papa, inclinándose hacia el otro sacerdote—. Toma nota, hijo mío. Publicaremos un decreto.

—Muy bien, Santo Padre.

El papa Clemente se dirigió al peticionario y volvió a sonreír.

—Tres es una buena cifra, hijo mío. Claro que cuatro sería mejor, por no hablar de dos docenas.

—Santo Padre —dijo el traductor—, permitid que vuelva a llamaros la atención sobre el hecho de que este hombre ha presentado una queja contra el sacerdote de su pueblo y lo acusa de actividades absolutamente monstruosas, a saber: que hace años que abusa de tres muchachos...

—Dios ama la música —dijo el Santo Padre sin dejar de sonreír—. Dios ama los sonidos agudos. Los oye mucho mejor que los graves.

«Dios —pensó el padre Hernando—. Ningún otro. Nos escucha y se alegra de los tonos agudos. No cabe duda». Cada frase pronunciada por el Papa agobiaba su corazón.

—¡Música! —dijo el Papa—. ¿Alguna vez has echado un vistazo en torno a las iglesias de Roma, hijo mío? ¿Has escuchado el júbilo? ¡Sólo se ven monjas cantando! Ni un alma masculina que cante el Kyrie, y si hubiera alguna, lo único que se oye es *brummm-brummm-brummm*, ¡como si Dios lograra oír semejante cosa! —El papa Clemente agitó la cabeza haciendo volar las *vittae*—. Un oso es capaz de cantar mejor —dijo, dirigiéndose al sacerdote apostado a su izquierda—. ¿Has dicho dos docenas, hijo mío?

—No exactamente, Santo Padre.

—¿Cómo de exactamente? Dios el Señor nos contempla con agrado.

—En cuanto a las acusaciones de este hombre... —dijo el segundo sacerdote—, ya se ha dirigido al obispo de su diócesis, pero no obtuvo ayuda. Viajó hasta aquí convencido de que encontraría la comprensión y la ayuda del Santo Padre.

—Exacto —dijo el papa Clemente—. Sólo los muchachos poseen esa voz cuyos cantos Dios desea oír. Muchachos... —dijo y sonrió, encogiéndose de hombros—. Pero los muchachos se convierten en hombres, ¿verdad? La clara voz de la campana se convierte en el gruñido de un oso. No obstante nosotros sabemos como impedirlo, hijo mío, y te lo agradecemos en nombre de las tres criaturas que desees enviarnos, y también que evites que sufran el destino al que de otra manera estarían expuestos. —El Papa sonrió bondadosamente, unió el pulgar y los dedos índices y medio de la mano derecha como si sostuviera una herramienta delicada e hizo un movimiento circular, como si cortara algo.

»Una intervención muy pequeña, ¡que supone la misericordia de Dios y una vida dedicada a alabar al Señor!

Cuando el padre Hernando observó los movimientos del Papa, sus testículos se encogieron y los músculos de su vientre se tensaron dolorosamente. Tuvo que esforzarse por mantener una expresión neutral y oyó el involuntario gemido que escapó de la boca del hombre arrodillado ante el trono papal.

—Esas tres criaturas —prosiguió el Pontífice— ¿están esperando fuera, hijo mío? Hazlos pasar. Estoy seguro —añadió, lanzándole una mirada amistosa al padre Hernando— de que todos están dispuestos a esperar si se trata de saludar a quienes en el futuro proclamarán las alabanzas al Señor.

—¡Santo Padre! —dijo el sacerdote traductor, y nadie podría haber afirmado que susurraba—. ¡Santo Padre, este hombre solicita consejo y ayuda porque tres muchachos de su pueblo acusan al sacerdote de abusar de ellos durante años!

El papa Clemente alzó la vista. Sus cejas arqueadas rozaron la tiara y su mirada osciló entre el peticionario y el sacerdote.

—Si eso es así —dijo con una amplia sonrisa—, será mucho mejor que nos envíes a esas tres criaturas. Nuestros cirujanos se harán cargo de ellos y después ya no habrá nada que les recuerde que sedujeron (¡sin quererlo, de eso estoy seguro, los muchachos son inocentes hijos de Dios!) a un sacerdote. Lo único que quedará es la música y el sonido de campanas de la más maravillosa de las melodías. Ve en paz, hijo mío, que Dios te acompañe.

El peticionario pasó junto al padre Hernando con paso inseguro; era un hombre encorvado de cabellos grises y barba sin afeitar que irradiaba el olor del largo camino recorrido y que aún llevaba las botas y el abrigo. Hernando vio las lágrimas que brillaban en sus ojos; salió tropezando sin mirar a nadie. El padre Hernando tragó saliva. Al alzar la mirada vio el rostro expectante y amistoso del Papa y la expresión indiferente de los sacerdotes a derecha e izquierda. Le había llegado el turno.

Había decidido lo que diría con mucha precisión. Había ensayado las palabras en su celda, susurrando y gesticulando, sopesando cada vocablo. Partió de la base de que sólo disponía de poco tiempo y que tendría que acabar lo que quería relatarle al Papa antes de que sus consejeros lo interrumpieran o distrajeran al Santo Padre. Cuando el papa Clemente todavía era el cardenal Ippolito Aldobrandini, lo había observado en diversas ocasiones y, a partir de su silencio, sus gestos sosegados y sus miradas prolongadas y directas, había concluido que se trataba de un hombre sensato y tranquilo. No supo que el silencio se debía a que el cardenal Aldobrandini lo ignoraba todo acerca del tema de la conversación, que la tranquilidad se debía a que no había oído las cancioncillas burlonas entonadas por quienes lo rodeaban y que las miradas prolongadas y directas se limitaban a significar que Su Eminencia se preguntaba si su interlocutor le dirigía la palabra o sólo trataba de quitarse un trozo de carne de entre los dientes. «Perdonadme, Eminencia, ¿habéis dicho algo? No, Eminencia, sólo estoy masticando».

«La Biblia, Santo Padre —el padre Hernando había decidido que diría—, es el libro sobre el que se apoya la existencia de nuestra fe. ¿Me permitís, Santo Padre, que os llame la atención sobre un libro que se convertirá en la extinción de nuestra fe?»

¡Oh, sí! Eso habría despertado al papa Clemente... al menos en teoría. Pero en la práctica, así se lo imaginó el padre Hernando en la fracción de un segundo, las cosas se desarrollarían de un modo muy diferente.

«¿Eh?»

«Un libro, Santo Padre».

«Ah, sí, te has enterado de la nueva edición del *Index Librorum Prohibitorium*, hijo mío. Nos alegramos de que un íntegro hermano de santo Domingo quiera apoyarnos en la tarea de divulgar la nueva edición».

«No, Santo Padre, me refiero a otro libro...»

«Precisamente, hijo mío, el *Index* de los libros prohibidos. Nunca habrá demasiados ejemplares de éste, ¿verdad?»

«A eso me refería, Santo Padre, y por eso quisiera...»

«Exacto. Nuestro secretario privado te asignará un lugar en el archivo, hijo mío. Vemos que estás impaciente por bajar a las catacumbas. El Señor sea contigo».

El padre Hernando tembló. Desde que tomó la decisión, nunca había tenido tan claro que estaba solo. Había renegado de su vida anterior y de sus antiguos compañeros por los pecados mortales cometidos por él mismo, pero sus nuevos compañeros —y los planes de éstos— lo llenaron de espanto cuando comprendió hasta qué punto habían abusado de él. El los había puesto en contacto con el padre Xavier. El tenía la culpa. El les había proporcionado la herramienta con la cual lograrían arrancar el Libro del Diablo del olvido y difundirlo entre la humanidad. *Mea culpa, mea máxima culpa*. No había nadie que pudiera susurrarle un *Ego te absolvo* al oído, porque no había nadie que le perdonaría.

La sonrisa amistosa del Papa aún no se había convertido en una expresión de asombro cuando, en vez de avanzar, el padre Hernando se quedó clavado en su sitio. Después se giró, agachó la cabeza y echó a correr entre las largas hileras de peticionarios hacia el exterior.

Una vez que lograron abrirse paso a través del muro en ruinas junto al portalón, Andrej se detuvo.

—Creo que no podré hacerlo —dijo en voz baja.

—¡Controlaos! —exclamó Cyprian.

—Lo veo todo tal cual fue..., el portalón..., el patio del convento... Yo estaba allí... y el demente se abalanzó sobre mí. Es como si hubiera sucedido ayer.

—Bien, entonces podréis indicarme el camino.

Andrej lo miró fijamente. Cyprian suspiró.

Incluso a alguien familiarizado con la arquitectura conventual le habría resultado difícil orientarse entre ese campo sembrado de ruinas. El terreno estaba cubierto por los muros derruidos entre los que sobresalían sillares y vigas formando túneles. Entre los escombros se habían formado senderos, bandas más claras en medio del gris desprovistas de líquenes, cosa que indicaba que alguien los atravesaba con regularidad. Muchos de ellos desembocaban en cuevas, como si fueran el camino a una morada.

El convento no era muy grande —en Viena había otros mayores que no despertaban la admiración de nadie—, pero dada su devastación parecía extenderse en todas direcciones e impedir el paso.

Cyprian recordó un día de finales de enero en su ciudad natal, en el que tras una dura helada de pronto llegó el deshielo en forma de un pequeño raudal que quebró el hielo del río que aprisionaba Viena y acumuló los témpanos en la amplia curva junto al Ochsengries. La gélida aglomeración se había alzado durante varios días por encima del abrupto talud del río. Una multitud de mirones se apretujó en la puerta de Stuben y el baluarte de Braun; los más osados se dedicaron a trepar por encima de los témpanos, entre ellos Cyprian, claro está. Aunque la ciudad sólo se encontraba a dos tiros de piedra, recordó la desolación que le provocó la visión de los témpanos astillados y de agudas aristas acumulados bajo el sombrío cielo de enero. A la sombra del talud que impedía el paso de los rayos del sol y bajo las placas de hielo que sobresalían de la orilla, lo azotó un hálito helado; un viento permanente recorría las grietas, los pasadizos y los túneles. También ahora percibió el mismo hálito helado.

La iglesia se alzaba detrás de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las torres sólo empeoraban su aspecto. Era casi imposible llegar hasta allí; el montón de escombros que se elevaba justo delante era casi tan alto como una casa de una planta. Andrej lo indicó con el mentón.

—La entrada al interior del convento estaba allí —dijo en tono irritado—. Espero haberos sido de ayuda.

Oyeron un rumor y se agacharon detrás de un lienzo de muro. Era imposible que

la figura negra carente de rostro hubiera dado la vuelta al convento antes que ellos, porque no se habían puesto en marcha hasta verla desaparecer tras la esquina del antiguo convento, pero aun así ambos miraron en torno para ver si la descubrían. Pero el rumor provenía de más adelante, allí donde los numerosos senderos atravesaban los escombros. Entonces vieron un montón de cascotes que avanzaba hacia ellos. Cyprian creyó soñar y entrecerró los ojos.

—Quizás uno se vuelva del color del polvo si ha permanecido aquí el tiempo suficiente —dijo Andrej.

El montón de cascotes resultó ser otra figura desharrapada y encorvada, encogida sobre sí misma y cubierta de jirones de color gris pardusco que no se destacaban del paisaje. Vieron que se arrastraba lentamente hasta la boca de una cueva y desaparecía en la oscuridad.

—Vuestras ropas os otorgan un aspecto tan discreto como el de una mosca en un tazón de leche —dijo Cyprian, lanzándole una mirada.

—Vos también deberíais revolearos en la mugre durante media hora para pareceros a éstos —replicó Andrej—. Aunque van vestidos de negro, es un negro peculiar, si es que me entendéis.

Cyprian hizo caso omiso de la hostilidad del otro. Se puso de pie y avanzó entre los escombros. Los sonidos a sus espaldas le indicaron que Andrej lo seguía.

—Allí... Usemos esas mantas para camuflarnos —dijo Cyprian indicando un pequeño bulto junto a la entrada a una cueva.

—¿Estáis loco? ¿Creéis que quiero contagiarme? —Andrej tocó el bulto con la punta del pie; la manta se desplazó revelando un rostro donde se abrían dos agujeros irregulares: una boca y la ventana de una nariz. Los ojos estaban cerrados, la piel era de color amarillo, como la cera derretida. En el interior de los agujeros se agitaban los gusanos. Andrej retrocedió.

—Maldita sea —murmuró.

Cyprian calló. Sabía que su voz expresaría el mismo horror que la de Andrej y no volvió a sugerirle que se camuflaran con las mantas. Se acercaron al edificio derruido del convento trepando por un sendero que podría haber sido de alta montaña. A ambos les suponía un esfuerzo apoyar las manos en los lados, pues sabían que otras manos contagiosas quizá se habrían posado allí.

Cyprian se giró y vio que Andrej se había bajado las mangas para cubrirse las manos. Andrej le devolvió la mirada, con la vista fija en el pecho del otro. Cyprian bajó los ojos y comprendió que ya se había limpiado las manos en su jubón varias veces, pues el jubón estaba manchado.

Vistas desde cerca, las ruinas del convento no parecían tan inaccesibles como antes. Un tramo de la pared exterior se había combado hacia fuera bajo el peso del techo derrumbado, pero el lienzo principal parecía indemne; lo que se había

desplomado contra los muros eran otros edificios.

* * *

El convento poseía una entrada intacta, cerrada por una deformada puerta de madera. El primer impulso de Cyprian fue abrirla, pero después dudó: la idea de tocar la madera le producía rechazo; había varias zonas desgastadas que demostraban que otras manos la habían tocado. Cyprian apretó los dientes y trató de encontrar un punto que pareciera intacto. Entonces empujó, consciente de que Andrej lo observaba, pero la puerta no se movió.

—Está cerrada con llave —murmuró y se alegró de poder retirar la mano.

—¿Dónde están todos? —susurró Andrej, mirando en torno.

Cyprian se encogió de hombros.

—Creo... Aquí ha de haber alguien, ¿verdad? Las huellas entre los escombros..., las figuras que vimos..., el muerto...

—Todos están metidos en sus agujeros —dijo Cyprian.

—¿Queréis decir... muertos?

—No, ocultos.

—Claro —dijo Andrej sonriendo sin ganas—. Porque nos temen, supongo. Qué os parece: ¿les decimos que nosotros los tememos más a ellos?

—¿Que nos temen, decís? —dijo Cyprian, mirándolo de soslayo.

—Es evidente que ven que estamos sanos. ¿Qué creéis que creen esos desgraciados? ¡Consideran que venimos de Chrudim para averiguar si este cementerio ardería si lo rocían con la suficiente cantidad de aceite!

—*Incendium purgat* —dijo Cyprian—. El fuego limpia.

—Amén.

Cyprian miró a su alrededor; parecía olfatear el aire.

—No —dijo—. No. Si los buenos ciudadanos de Chrudim se hubieran propuesto semejante cosa, hace tiempo que lo habrían hecho... y esos pobres cerdos lo saben perfectamente.

—Entonces, según vuestra opinión, ¿qué le ocurre a esta gente?

—Tienen miedo del fin del mundo —dijo Cyprian sin reflexionar ni un instante y mirando a Andrej—. Del fin de su pequeño mundo infernal y desgraciado.

Andrej guardó silencio. Cyprian ignoraba por qué había dicho eso, pero estaba convencido que se trataba de la verdad. Flotaba en el aire... como el hálito a podredumbre por encima de una fosa común, y Cyprian no se refería al hedor pegado al montón de escombros.

—¿Cómo era este lugar la primera vez que lo visteis? —preguntó.

—No estaba tan destruido —dijo Andrej tras una larga pausa—. En aquella época el convento ya estaba en ruinas pero desde entonces... No sé qué ocurrió aquí, pero es como si la ira de Dios lo hubiera arrasado. Mi padre entró en este edificio y de este

edificio también salieron el orate y los demás cofrades, y el monje negro con la ballesta que acabó con la vida del orate.

—¿Por qué creéis que en medio de estas ruinas hay una puerta cerrada con llave?

—¿Porque alguien tiene algo que ocultar?

Cyprian se dispuso a abrirla puerta de una patada, pero Andrej lo agarró del brazo.

—Vos queréis averiguar qué se hizo de vuestros padres y de la madre de Jarmila. Yo sólo quiero el libro. Vos ni siquiera creéis que exista. ¿Acaso creéis que allí dentro hay alguien que os dará la respuesta que queréis oír?

—¿Creéis que encontraréis el libro?

—Al menos puedo ponerlo todo patas arriba.

—No lograréis deshaceros de mí. Entraré con vos.

Cyprian lo miró. Recordó que el padre de Andrej había entrado allí y jamás había vuelto a salir e intentó imaginarse qué sentiría si se tratara de su propio padre. Volvió a ver al maestro panadero Khlesl tumbado encima del saco de harina, la nube de polvo blanco que lo envolvió y casi lo asfixió, en la misma medida que la indescriptible ira lo asfixiaba a él, provocada por aquel hombre robusto tumbado entre sus sacos de harina y medio aturdido. Recordó que no había estado presente cuando su padre murió; al entrar en la habitación, sólo se encontró con un frío cadáver tendido en la cama. Su padre parecía sorprendentemente pequeño y viejo, como si un artista torpe hubiera intentado crear una imagen de cera de su progenitor. Resultaba difícil imaginarse que ése era el hombre a quien había amado con tanta intensidad que, al no ser correspondido, su amor se convirtió en odio. Sí, podía comprender a Andrej.

—Venga, vamos —dijo Cyprian—. ¿Acaso creéis que tengo ganas de hacerlo todo yo solo?

Juntos, le pegaron una patada a la puerta, que se abrió y golpeó contra la pared. El eco resonó por encima del panorama de escombros y en el interior del edificio, donde se apagó. Andrej se aferró a Cyprian, sacudiendo la pierna.

—Maldición —gruñó—. ¡Me duele! Vos tenéis práctica, ¿verdad?

Cyprian no contestó. Mantenía la vista fija en la oscuridad que se abría ante ellos. Una oscuridad poblada de vida.

* * *

—Bien —dijo Andrej—. Bien. Todavía sois el amo de la situación, ¿no?

—Ni idea —gruñó Cyprian—. ¡Cuidado con la cabeza!

Pero fue demasiado tarde. La planta superior del edificio se derrumbó y fue un milagro que las vigas dobladas hacia abajo y medio quebradas soportaran el peso de los cascotes sin acabar de partirse. Pero quedaron tan combadas que incluso el bajo y fornido Cyprian tuvo que agachar la cabeza para pasar por debajo. Pero la elevada

estatura de Andrej... Cyprian entornó los ojos cuando el choque resonó en el pasillo: era como si el duro cráneo de Andrej le hubiera dado el golpe de gracia al techo; un crujido y un crepitar recorrieron las vigas destrozadas, como los pasos de ratones que huyen en todas las direcciones. Quizás en efecto se tratara de ratones que se apresuraban para salvar sus vidas; en todo caso, esos acompañantes mudos de ambos jóvenes también corrieron en direcciones opuestas, como un ovillo de arañas espantadas. Cyprian permaneció inmóvil, escuchando el crujido de la ruina que se negaba a desmoronarse.

Las figuras encapuchadas volvieron a arrastrarse hacia ellos. Andrej gimió y se frotó la frente.

—Dejad de simular y seguid avanzando —dijo Cyprian.

—¿Tenéis idea de lo que éstos quieren de nosotros? —preguntó Andrej.

—¿El desayuno? —sugirió Cyprian.

—¿Nos han invitado?

—No, somos el primer plato.

Andrej guardó silencio.

—¿Qué creéis en realidad?

—Que quieren mostrarnos algo.

—No creo que tenga ganas de verlo.

—Aquí hay algo que no encaja, y no me refiero a la circunstancia de que estos pobres diablos han sido reunidos aquí para pudrirse en vida. —Cyprian intentó penetrar la oscuridad con la mirada; estaba convencido de que eso tan extraño que percibía superaba el límite de aquello que para los desdichados enfermos hacía rato que se había convertido en lo normal. Recordó lo que le había dicho a Andrej en el exterior: que sentía miedo, miedo del final. Uno también se aferraba a una vida como ésa, si era la única que existía.

Nadie los había amenazado; nadie los había obligado a nada; nadie les había dirigido la palabra. El muro formado por los encapuchados cuerpos podridos en vida apostados detrás de la puerta abierta a patadas se había dividido ante ellos, los había acogido para después ponerse en movimiento en silencio. Cyprian y Andrej habían obedecido a la muda exhortación porque sospechaban que de lo contrario aquellos seres se habrían pegado a sus talones. Y pese a la cortesía y al intento de no perder los nervios, la idea de convertirse en un obstáculo para a un montón de cuerpos envueltos en jirones mugrientos no resultaba precisamente atractiva.

Avanzaron a lo largo de la curva de un pasillo y después descendieron. La escasa luz provenía de los agujeros del techo de la primera planta, a través de los cuales se veía el entramado del tejado. Cyprian aún no sabía qué habría provocado semejante destrucción; era como si los cimientos de los edificios hubieran sido de arena y que al cabo de los años se hubieran desmoronado. Bajaron por una escalera que alguien

había dejado libre de escombros, evitando así que uno se rompiera el cuello.

—Es un recorrido habitual —dijo Cyprian.

Andrej soltó un gruñido incomprensible; avanzaba encogido y sin dejar de mirar hacia arriba, aunque el techo de la escalera estaba intacto. No resultaba sencillo bajar por unos peldaños cuyos extremos estaban cubiertos de piedras y trozos de mampostería, y donde la luz se hacía más débil a medida que avanzaban, y al mismo tiempo evitar que la cabeza golpeará contra el techo. Cyprian esperaba que en cualquier momento su involuntario acompañante soltara un grito y rodara por la escalera, con sus vistosos ropajes de cortesano convertidos en un remolino de colores y brillos sedosos.

—Mi padre me habló de una bóveda —murmuró Andrej.

—¿Un escondite para el libro?

—Suponía que estaría oculto en las profundidades, en algún lugar oscuro que, en caso de emergencia, se podría sellar provocando un derrumbe.

Cyprian recordó las catacumbas medio derruidas de los santuarios paganos debajo de la iglesia de Heiligenstadt. El concepto era el mismo. De repente se vio a sí mismo —una versión mucho más joven de sí mismo— recorriendo los pasillos con una antorcha en la mano mientras los seres fabulosos pintados en las paredes trataban de atraparlo y se agitaban bajo la luz fugaz, se vio alzando una delicada figura tendida en el suelo y cargando con ella hasta la salida del laberinto subterráneo. Rememoró cómo se había apresurado para que el sacerdote no descubriera hasta dónde había logrado avanzar y cómo la había tendido al pie de los escalones, donde Agnes empezó a despertar y él albergó la esperanza de que ella no recordaría dónde había estado.

—Es allí abajo —dijo Andrej.

Cyprian meneó la cabeza, pero no estaba convencido. Nunca se había considerado una persona especialmente sensible, pero allí... allí algo estaba vibrando. Algo le dijo que no podía ser tan sencillo, que era imposible que el objetivo de cuatrocientos años de conjuras y una búsqueda que había convertido en víctimas a varios Papas se encontrara entre las ruinas de un convento. Y sin embargo...

—Moriremos —dijo Andrej.

Habían alcanzado el pie de la escalera. La luz diurna no llegaba hasta allí, pero más adelante llameaba una antorcha. Cyprian olfateó: se percibía el tufo habitual pero no era lo bastante intenso: la antorcha había sido encendida sólo para ellos. Se detuvo. La sensación —la misma que había experimentado por primera vez en el laberinto bajo la iglesia de Heiligenstadt— era tan intensa que lo paralizó. Las paredes apenas iluminadas por la antorcha parecían toscas, compuestas de esa mezcla de arcilla y piedras que también formaba la base del terreno. No era un material idóneo para construir una bóveda. La sospecha de que millones de toneladas de

escombros podrían derrumbarse y aplastarlo era más fuerte que nunca. Los pelos de la nuca se le erizaron.

—Seguid caminando —susurró Andrej, que se le acercó por detrás, impulsado por el avance de sus acompañantes. Cyprian notó que el pánico le afectaba la voz y esperó que no perdiera los nervios: debería haberlo dejado fuera. Barruntó que si el otro se dejaba llevar por el espanto, él también perdería la calma.

Siguieron avanzando. El pasillo era bajo, el techo irregular. El suelo estaba seco, aunque el lecho del arroyo debía de estar próximo. Si el terreno fuera menos impermeable, haría tiempo que el pasillo se habría derrumbado. Cyprian creyó oír un quejido. Tenía los pies helados. Alguien no dejaba de susurrar fragmentos de latín corrupto y frases casi comprensibles. De repente todas aquellas historias acerca de aquel saber maldito por el que los hombres estaban dispuestos a matar y morir ya no parecían tan desacertadas, y la leyenda del monje emparedado a quien el diablo ayudaba en su tarea perdió su ingenuidad. ¿Quién había dicho que para venerar al diablo bastaba con rezar el Padrenuestro al revés? Los susurros se agitaban en la oscuridad como los conjuros llenos de odio de todos los demonios del infierno.

Se acercaron a dos o tres aberturas bajas en medio de la oscuridad absoluta. El aire que surgía de éstas era totalmente inanimado; habría resecado a un gusano y asfixiado a una rata. Las dejaron atrás y Cyprian notó que había cerrado los puños ante la idea de que sus acompañantes los empujaran dentro de aquellos agujeros. ¿Realmente le había dicho a Andrej que no llevara ningún arma? ¿Por qué siempre decía cosas de las que poco después se arrepentía? Pero en el fondo sabía que tal vez, al pasar junto a las aberturas, en lugar de apretar los puños habría esgrimido el cuchillo, y que entonces el derramamiento de sangre habría sido casi inevitable.

Cyprian oyó que alguien carraspeaba: era Andrej, que procuraba reprimir un gemido. Estuvo a punto de agarrarlo de la mano, pero no lo hizo. Le pareció comprender a su compañero; quizás éste se preguntaba si a su padre también lo habrían obligado a avanzar por ese corredor antes de desaparecer para siempre. Tal vez su cadáver yacía en una de las cámaras a las que daban las aberturas, momificado, reseco y negro. A lo mejor no eran cámaras sino salas que se extendían hacia abajo y que albergaban cientos de muertos, hombres que un instante antes se habían creído amos de la situación.

De pronto apareció una figura vestida con una cogulla negra. Cyprian se detuvo y Andrej chocó contra él. La figura no dijo ni una palabra. Desde detrás de ambos jóvenes se acercó una luz que destacó el contorno de la oscura figura y le proporcionó una sombra alargada. Cyprian se sintió mareado. Un bulto envuelto en jirones se arrastró a su lado y él se apartó violentamente. Los roncossusurros envolvían la figura como el olor a azufre... *confiteor Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis... credo in unum Deum, patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae,*

visibilium omnium et invisibilium... domine Deus, miserere nobis, miserere nobis...
apiádate de nosotros, apiádate de nosotros...

La persona cubierta por la capucha de la cogulla tendió una mano y agarró la antorcha. Era una mano blanca e inmaculada. Cyprian vio que la cogulla no era negra sino de todos los matices del gris y del marrón, vieja y sucia, y que más que una cogulla de monje parecía una túnica anticuada sin cinturón. La capucha no era un escapulario sino lo que quedaba de un manto. Al contemplar el rostro en sombras, vio que pertenecía a una mujer.

Como si respondiera a su expresión de asombro, la mujer se acercó la antorcha a la cara. Tendría treinta o sesenta años, nadie podría haberlo precisado. Su cutis era muy pálido y sus rasgos eran regulares. Bajo el sol y mediante afeites, podría haber sido bonita. Bajo el sol, y sin la lepra. El lado izquierdo de la boca era una masa gris oscuro de carne muerta que se había encogido hacia arriba y ascendía hasta los agujeros de la nariz, una única herida supurante entre la que brillaban los restos de los dientes carcomidos, rodeada de pústulas que se extendían por la mejilla izquierda y el mentón para proseguir con la destrucción. Lo único que Cyprian logró hacer fue permanecer inmóvil y no retroceder violentamente. Rogó que la repugnancia no se reflejara en su cara; cuando el rostro desfigurado se volvió borroso, se dio cuenta de que su visión estaba dificultada por las lágrimas.

La mujer lo miraba fijamente con sus grandes ojos sobre los que se arqueaban elegantes cejas. Movi6 los labios y Cyprian no supo si la carne de la parte inferior de su rostro ya estaba muerta o si sentía dolor al hablar cuando la herida se abrió supurando líquido. A duras penas comprendió sus palabras, pero su cerebro tradujo lo que sus oídos se negaban a escuchar.

—Gracias a Dios que habéis venido —dijo.

* * *

El anciano monje estaba tendido en un lecho de piedra; habían tratado de hacerlo más confortable con trapos y hierba seca, pero todo había caído al suelo y ahora yacía sobre la piedra desnuda. Su boca marchita susurraba plegarias, la saliva seca le manchaba las comisuras. Cyprian se acercó con precaución, preparándose para el hedor a putrefacción y excrementos, pero lo único que percibió fue el polvoriento olor de la arpillera viejísima y de un cuerpo aún más viejo y seco. Las manos y los pies del monje estaban desnudos, casi descarnados, sólo piel y huesos. Su cabeza no estaba oculta por la capucha, sino que reposaba sobre ella.

Cyprian iluminó al anciano levantando la antorcha. Cuando la mujer apestada se la había entregado, él había apretado los dientes y procurado no protegerse las manos con las mangas, por respeto. No sabía si ella había apreciado su gesto. El anciano parpadeó y Cyprian se aproximó un poco más.

—No está apestado —exclamó la mujer—. Durante todos estos años nunca se

contagió.

—¿Quién es?

—El que nos sostiene en este mundo.

—Se ha ocupado de la..., de vosotros.

—¿Ocupado? —jadeó la mujer; tal vez intentaba reír—. ¿Ocupado? No, se limitaba a estar. Casi nunca salía de aquí y, si uno le hacía una pregunta, sólo excepcionalmente obtenía una respuesta. Pero el hecho de que existiera, de que no huyera ni enfermara, nos daba ánimos. No creo que lo comprendas.

—No —dijo Cyprian.

—Agoniza —dijo la mujer—. Vosotros debéis ayudarle.

—¿Cómo?

—No lo sé. Entrasteis aquí..., seguro que descubristeis la manera de salir. Llevadlo con vosotros. Aquí no podemos hacer nada por él. Y aunque sólo se trate de morir, no queremos que muera aquí abajo. Siempre nos proporcionó un poco de luz y queremos que vuelva a ver la luz antes de abandonar este mundo.

—¿Eso es todo?

—¿Que si es todo? —repitió Andrej y agarró a Cyprian del brazo—. ¿Qué pretendéis?

Cyprian devolvió la mirada de los bellos ojos.

—Espero que no creáis que ése es el único motivo por el cual estamos aquí.

—Creo que Dios ha guiado vuestros pasos.

—No podemos llevarlo con nosotros.

—¿Por qué no?

—Porque... porque... —Avergonzado, Cyprian comprendió que el primer motivo que se le ocurría supondría una bofetada para la mujer y los otros enfermos. Calló y desvió la mirada. Andrej se removía, inquieto.

—Bien —dijo la mujer—. En ese caso vosotros tampoco volveréis a salir.

Cyprian se sorprendió. Ella se encogió de hombros.

—Si él es capaz de contagiar al mundo exterior si lo lleváis con vosotros, entonces vosotros también.

—No hemos permanecido aquí el tiempo suficiente...

—¿Y eso cuánto es? ¿Cuánto tiempo crees que permanecí junto a otros apestados antes de contagiarme?

Cyprian carraspeó.

—¿Cuánto? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Que yo sepa, jamás entré en contacto con un apestado, ni de lejos. Pero un día me salieron unas llagas junto a la boca, que no sanaban.

Cyprian oyó el gemido ahogado de Andrej; él también tuvo ganas de gemir, pero se contuvo.

—¿Por qué no preguntáis a qué hemos venido?

Ella guardó silencio; Cyprian, que hasta ese momento creyó poder manejar la conversación mediante el silencio, comprendió que llevaba las de perder. La situación, el entorno irreal, el aspecto de esa mujer cuyo bello rostro estaba maculado por la horrenda herida leprosa...

—Se trata de... —dijo.

—Mis padres fueron asesinados en este lugar —lo interrumpió Andrej.

La mujer lo contempló con los ojos entrecerrados y Cyprian notó que su acompañante se estremecía.

—Hace veinte años, mientras yo aún estaba aquí, en el convento y no...

—Hace doscientos años que este convento dejó de funcionar como tal —dijo la mujer.

—Estuve aquí cuando ocurrió.

—Y yo siempre he vivido en Chrast. Desde la guerra de los hussitas, el convento de Podlaschitz ha sido una ruina. Sólo recuerdo uno o dos claustreros que trataban de sobrevivir aquí.

—Vi a los monjes negros.

—No había monjes negros.

—¿Con cuánta frecuencia acudisteis aquí, a Podlaschitz, antes de que se declarara la lepra? —preguntó Andrej en tono hostil.

—Nunca —dijo ella por fin—. Por algún motivo, casi nadie acudía aquí. Veían la ruina desde lejos y creían... —Se encogió de hombros y añadió—: No lo sé.

Andrej asintió con expresión furiosa.

—Los monjes negros estaban aquí —afirmó—. Vi cómo uno de ellos asesinaba a un grupo de mujeres y niños, entre ellos a mi madre; mi padre también perdió la vida en este lugar. Nunca vi sus cadáveres, pero desde entonces han desaparecido, ¡y vi al orate correr entre esos desgraciados blandiendo el hacha!

El susurro del anciano monje se apagó. Cyprian lo contempló: tenía la mirada fija y sus labios marchitos temblaban.

—Mi madre formaba parte del grupo de mujeres cuando el loco las atacó —dijo Andrej—. Las otras mujeres no eran de aquí, recuerdo que vestían de manera diferente y su aspecto también era distinto. Hace cierto tiempo descubrí que se trataba de un grupo de damas aristócratas encabezadas por la condesa de Andl. Vine aquí para averiguar qué se hizo de ellas... y de mis padres.

La mujer calló, contemplando a Andrej con expresión pensativa.

—Hay una historia —dijo finalmente.

El anciano tendido en el lecho giró la cabeza. Su mirada se clavó en la de Cyprian y éste vio que la vida, que casi había abandonado el cuerpo caduco, regresaba a él.

—Es poco más que un rumor. Dicen que un grupo de refugiados llegó a esta

comarca. Todos eran mujeres y niños que hablaban en una lengua extranjera. Nadie les comprendía, nadie quería saber nada de ellos. Alguien afirmó que provenían de Inglaterra y que eran católicos expulsados; otros decían que eran hugonotes franceses huidos tras la masacre del día de san Bartolomé. Fueran quienes fuesen, según el rumor fueron enviados a los claustreros de Podlaschitz con la esperanza de que ellos supieran qué hacer. Pero mientras iban de camino, de pronto se abrió la tierra y apareció el demonio montado en un caballo de fuego que arrastraba un carruaje en llamas. Las mujeres se subieron al carruaje y fueron al infierno acompañadas por el demonio, lo que demostraría que eran herejes —dijo, haciendo un gesto de desconcierto con la mano—. Lo único verdadero es que los detalles de esta curiosa historia se limitan al aspecto del diablo y de su carruaje. Nadie que estuviera en su sano juicio la tomó en serio. Yo casi la había olvidado; sólo es una de las numerosas historias que cuenta la gente cuando no sabe qué ha visto en realidad.

»La tormenta —gimió el anciano moribundo de repente. Cyprian se sobresaltó. Había comprendido sus palabras, lo mismo que había comprendido las de la mujer, que hablaba con un deje parecido al de Andrej.

»La tormenta..., el hálito de Satanás...

La mujer se inclinó hacia el anciano.

—Callad, hermano —dijo. Sus manos hicieron amago de acariciarle la mejilla, pero las retiró—. Callad.

El anciano se incorporó violentamente.

—¡La TORMENTA! —gritó—. ¡Vino después del pecado! ¡En cuanto excavamos la tumba, el hálito del dragón nos abrasó! ¡Perdónanos, Señor, hemos pecado! ¡*Kyrie eleison, kyrie eleison!*

—¡Dios mío! —musitó la mujer—. ¡La tormenta! Cuando uno está prisionero aquí, lo olvida todo.

La tormenta se había abatido sobre Podlaschitz hacía casi veinte años. Mientras el anciano monje suplicaba el perdón divino o gritaba: «¡La TORMENTA!», la mujer les hizo partícipes de sus recuerdos fragmentarios.

Cyprian no comprendía por qué el anciano se sentía responsable de la catástrofe, pero era innegable que lo hacía. Tampoco quedaba clara la relación entre la tormenta y la tumba de la que hablaba el monje, pero lo que el anciano balbuceó cuando la mujer terminó su relato hizo que el escalofrío que le había recorrido la espalda en el pasillo se redujera a un detalle mínimo.

La tormenta.

Una tormenta que se había anunciado durante todo el día: calor sofocante de mañana, agotadores trabajos en el campo, carros cargados de mercancías que se arrastraban por el camino desde Chrudim hacia el oeste, animales y personas presas de los nervios... Una nube de moscas obligó a las vacas a huir por el prado y los

caballos rechinaban los dientes y lanzaban coces. Después el valle —en cuyo centro se encontraban las ruinas de Podlaschitz— quedó sumido en la oscuridad. Las nubes de color índigo cubrían el firmamento.

—Como en aquel entonces —dijo Andrej.

—Perdonadnos, Señor, perdonadnos, Señor —susurraba el monje.

Al principio sólo fue un ventarrón, pero después se convirtió en un huracán. Los rayos relampagueaban entre las nubes sin tocar la tierra. Los truenos eran tan sonoros que los niños se dejaban caer al suelo y se cubrían los oídos, presas del llanto; los adultos se tapaban la nariz y resoplaban para aliviar la presión, pero en cuanto volvían a inspirar, ésta volvía a oprimirlos. No llovía. El Señor había convocado el castigo divino, como aquella vez en Sodoma y Gomorra, y manifestó su ira mediante el aullido del viento, prescindiendo de la lluvia. En Chrast una gran rama se desprendió del viejo tilo; en Rositz una racha repentina destrozó el cobertizo más grande del pueblo; en Horka volaron los techos de juncos de casi todas las casas y en Chacholitz una tormenta de polvo aterrorizó a una piara y los cerdos corrieron —chillando y cegados por el polvo— entre las casas hasta romperse el cráneo contra una pared. Podlaschitz aguantó: las torres gemelas temblaron y de los edificios en ruinas se desprendieron trozos de escombros y rodaron por el patio del convento, pero Podlaschitz aguantó.

—Hasta que la cola del dragón rozó la tierra —dijo la mujer, cuyas heridas abiertas rezumaban sangre y pus.

Poco antes de alcanzar Podlaschitz, la tormenta —que se dirigía de oeste a este— extendió un tentáculo, un gigante de polvo, viento, mugre y escombros que danzaba y pisoteaba y ascendía, y que se abalanzó sobre las ruinas del convento aullando como un millón de terneros hambrientos y chillando como todas las almas condenadas al fuego eterno...

—*¡Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa, domine Deus, miserere nobis, miserere nobis!*

Cyprian intentó sujetar al anciano que se retorecía en su lecho, pero el cuerpo casi momificado estaba poseído por la fuerza de la locura. Tambaleándose, el monje se puso de pie y lo agarró del cuello.

—¡Era una orden! —gritó—. *Regula Sancti Benedicti, Caput V: ¡De oboedientia! ¡OBOEDIENTIA!* ¡¡Eso significa OBEDIENCIA!! —sollozó, abrazándose a Cyprian—. ¿Por qué lo exigiste, Padre, por qué lo exigiste?

El tentáculo se introdujo a través de los techos medio descuajados y arrancó las vigas; se arrojó contra el arco ruinoso del portalón y lo demolió como si fuera de rocalla; bramó entre las torres gemelas lanzando piedras como si fueran proyectiles, aplastó la cúpula de una de las torres y destrozó la otra; penetró en la nave de la iglesia cuyas ripias y vigas salieron volando como impulsadas por una explosión;

avanzaba rodeado de una aureola de fragmentos arremolinados que golpeaba los muros y los edificios en pie como mil mazas blandidas por gigantes. Si alguna vez la ira de Dios había cobrado cuerpo, entonces era esa tromba diabólica que descendía de las nubes a la tierra; si alguna vez poseyó una voz, era ese bramido. Sodoma y Gomorra sucumbieron entre las llamas y las cenizas; Podlaschitz desapareció en medio de los aullidos, el polvo y los arremolinados trozos de escombros.

Cyprian sostuvo al anciano cuando éste empezó a desplomarse; era como sostener una figura de paja y de aire, e intentó volver a depositarlo en su lecho.

—Matad al niño —murmuró el anciano. Sus labios temblaban, la saliva y las lágrimas empapaban su rostro.

»Matad al niño. Es un recién nacido, es completamente inocente, pero ¡MATADLO! —gimió—. ¡OBOEDIENTIA! —bramó—. ¿Cuál es la quinta regla de la orden, hermano? ¡OBEDIENCIA!

Cyprian lo depositó en el suelo como si el cuerpo reseco ardiera. El espanto que lo embargaba se reflejaba en la mirada de Andrej y en la de la mujer leprosa.

—¡Obediencia! —gimió el anciano—. Obediencia... ¡Mata al niño, hermano Tomás!... ¡Obedezco, padre superior, obedezco!

Únicamente una estructura del convento fue respetada por el tentáculo, que convirtió la iglesia en el esqueleto de un monstruo muerto y todo el convento en un cementerio. Destruyó el viejo huerto de árboles frutales, aplastó los bancales de verduras, desguazó las conejeras y convirtió las gallinas en desmembradas bolas de plumas desparramadas por la comarca. Acabó con la vida de dos de los tres monjes que residían en el convento y después se deshizo en la ladera de la colina al este de Podlaschitz y desapareció como si jamás hubiera existido. Lo único que atestiguaba su existencia era un desgarró en la tierra de varios cientos de metros de largo. Una lluvia torrencial empezó a caer y formó pequeños charcos, estanques y lagos en aquella cicatriz y en el campo de escombros del convento, y si aquel tentáculo había sido la ira de Dios, entonces el diluvio era su pena y, fuera lo que fuese lo que hubiera despertado Su ira, Sus lágrimas lavaron lo que quedaba y salaron la tierra con su maldición.

—¿Por qué exigiste eso, Padre, por qué? ¡Apiádate de nosotros, Señor, apiádate dé nosotros! ¡Apiádate de nosotros!

* * *

—He oído hablar de esa vieja historia —dijo la mujer—. Un libro escrito por un monje maldito y con el que engañó al diablo. Esas historias existen en todas partes. No la relacioné con nuestra comarca, y si he de ser sincera, tampoco conozco a nadie que lo haya hecho.

Con la mano inmaculada, señaló el montón desordenado de papeles y pergaminos enmohecidos tirados en una esquina de la iglesia. Cyprian consideró que, más que el

crucifijo roto y el altar reventado, era ese montículo de papeles polvorientos y letras borrosas, de dorados apagados e índigos enmohecidos lo que anunciaba la muerte de la iglesia y del convento de Podlaschitz. Andrej suspiró.

—Si alguna vez existió un libro, esto es todo lo que queda.

Cyprian guardó silencio.

—Mi padre encontró la muerte por eso —dijo Andrej—. Por nada. Y vuestra misión también fue inútil —añadió, mirando a Cyprian—. Y yo, ¿para qué he venido?

Cyprian se encogió de hombros. La mujer miró a uno y después al otro.

—La incertidumbre supone una ventaja: permite seguir albergando esperanzas —dijo.

—Tenéis razón —dijo Andrej, con la vista fija en la lejanía—. Tenéis mucha razón.

—La vida regresa, querida mía.

—Sí.

—Mira hacia fuera y verás cómo han cambiado los árboles durante los últimos tres días. Ahora sé por qué dicen que retoñan.

—Sí.

—Mira por la ventana, el espectáculo es magnífico. Por fin ha llegado la primavera.

—En Viena hubiera llegado hace tiempo.

Sebastian Wilfing se volvió hacia su futura suegra, de pie en el umbral.

—Lleváis razón, señora madre. Pero algunas cosas son más bonitas cuanto más se hacen esperar, ¿verdad? ¿No te parece, Agnes?

—Sí.

Agnes percibía la desesperación cada vez mayor de su novio. Permaneció inmóvil, advirtiendo las oleadas de antipatía que irradiaba su madre y que ella notaba aunque las separara toda una sala y Agnes le diera la espalda. Nada lograba penetrar en la sima de rechazo en cuyas profundidades yacía Agnes Wiegant, devorada por los monstruos que habitaban allí abajo: el desprecio por sí misma, el arrepentimiento y la certeza de haber dilapidado su futuro.

—Como nuestra boda, por ejemplo. He esperado todo el invierno, y ahora por fin... Pascua cae dentro de cinco semanas...

La voz de Sebastian Wilfing se parecía cada vez más a la de su padre. Agnes se lo imaginó respondiendo a la pregunta del sacerdote:... «¿Y tú, Sebastian Wilfing, quieres tomar a la aquí presente Agnes Wiegant como legítima esposa, amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?» Y él contestaría con un chillido de cerdo. La idea le revolvió el estómago.

—¿Por qué no miras hacia fuera?, el mundo se ha vuelto muy bonito —dijo Sebastian Wilfing, y carraspeó.

Había rechazado a Cyprian. Había venido hasta Praga y ella reaccionó haciéndole reproches. No, no del todo. Su primera reacción fue echar a correr hacia él sólo vestida con su camisola. Pero entonces él empezó a hablar de su tío y del encargo que primero debía cumplir.

La cólera encendió una llamita en el cuerpo que yacía en el frío de la sima, pero esas llamitas se fueron apagando y ahora la cólera sólo le provocaban lágrimas que Agnes intentaba disimular. ¿Cuánto tiempo llevaba sufriendo desde que saltó del carruaje de Cyprian? ¿Una semana? Y desde entonces él no había dado señales de vida, ni siquiera había intentando comunicarse con su criada. Estaba harto de ella.

—Déjala en paz —oyó que decía su madre—. No sabe la suerte que tiene de que

quieras casarte con ella pese a todo, Sebastian. No te merece.

—No debéis decir semejante cosa, señora madre. Me considero dichoso de ser su felpudo. —Agnes oyó su voz sonriente y falsa.

¿Qué podía hacer?

El hombre que amaba había dado más importancia a su tío y a algún oscuro encargo que al amor por ella, e incluso suponiendo que eso ya no se interpusiera entre ambos, seguía existiendo el hecho de que ella le había demostrado la misma falta de amor, y lo había rechazado. Por lo visto, él había entendido tendido el mensaje. De lo contrario, ¿por qué no daba señales de vida?

El hombre con el que se casaría y compartiría su vida le resultaba insoportable. Sintiera lo que él sintiese, ella consideraba que todos sus sentimientos eran corruptos, y aunque no lo fueran, se habrían malogrado debido a la repugnancia que le provocaban. Sebastian había intentado que apalizaran a Cyprian y cuando salió perdiendo, se encargó de que Cyprian se pudriera en la cárcel con la ayuda de sus amigos. ¿Qué le haría a ella, la primera vez que se opusiera a sus planes? Si lo rechazaba durante la noche de bodas, por ejemplo, ¿le pegaría hasta que cediera? ¿O en ese caso también recurriría a la ayuda ajena? ¿Se retiraría con la obligada cortesía y dignidad que demostró desde que llegaron a Praga, y al día siguiente exigiría a sus suegros que hicieran entrar en razón a su hija?

—¿Tienes frío, querida mía? ¿Dónde están esos holgazanes? ¡Encended el fuego de la chimenea, maldita sea!

¿Qué podía hacer? Montar un escándalo en la iglesia contestando: «¡No, no quiero!» El resultado supondría volver a la casa de sus padres hasta que éstos decidieran quitársela de encima encerrándola en un convento. Dos prisiones una tras otra... y el corazón roto de su padre.

«¿Por qué no huiste conmigo, Cyprian? —pensó—. Aquel día, junto a la puerta de Kärntner, deberíamos habernos agarrado de la mano y abandonado la ciudad en vez de ser sensatos y postergar la huida hasta el día siguiente. Y si hubiéramos muerto de hambre en el camino, al menos habríamos muerto juntos. Aunque no llegáramos a nuestro destino, al menos lo habríamos intentado juntos. Teníamos una oportunidad, pero no la aprovechamos».

¿Qué podía hacer?

—Sí —dijo, Al percibir el desconcierto de los otros, se volvió. Sebastian y su madre intercambiaron una mirada significativa.

»¿Qué has dicho, Sebastian? —se obligó a preguntar.

—Nada, querida mía.

De repente se le ocurrió la solución. Clavó la mirada en los rostros de su novio y de su madre, y se preguntó cómo se las había arreglado para encontrar la solución en esos rostros. Pero a lo mejor no la encontró allí sino en su fuero interno; siempre

había estado a su alcance y, gracias a un pequeño desplazamiento interior, ahora la veía. O tal vez se debía a que de pronto había recordado la conversación sobre nuevos mercados entre su padre y ambos Wilfing.

—Perdonad, estaba pensando —dijo y sonrió con tanta dulzura que su novio automáticamente la imitó. Agnes se volvió hacia la ventana—. Es verdad, hace muy buen tiempo y es como si el mundo volviera a abrirse y uno tuviera ganas de salir..., de echar a correr y no detenerse hasta llegar al fin del mundo.

Sebastian Wilfing parecía la sorpresa personificada, embargado por el desconcierto y la esperanza.

—Sí —chilló, como un cerdito.

El hombre ardía, así como debió de haber ardido Judas Iscariote al correr hacia el templo con su saquito lleno de monedas de plata para reunirse con los saduceos, albergando la desesperada ilusión de anular lo que había hecho. Judas Iscariote había fracasado y Melchior Khlesl se preguntó si debería desear que el hombre que tenía ante sí también fracasara.

Este hablaba en español con un deje de latín que se evidenciaba en las duras consonantes. Sus anteojos estaban tan pringosos que sus ojos, agrandados por los cristales, parecían afectados de cataratas. El obispo sospechó que veía a través de ellos pese al pringue; una mirada como la suya era capaz de penetrar una pared.

—Padre Hernando de Guevara —dijo el obispo Melchior en su excelente latín apoyando las manos en la mesa—. He de confesar que no he comprendido ni una palabra de lo que ha dicho. —Su rostro no reveló que mentía; había comprendido perfectamente, y sobre todo una cosa: el hombre joven sentado en la silla de las visitas tenía la muerte de dos Papas sobre su conciencia.

Los ojos aumentados por las lentes parpadearon.

—No puedo enmendar lo que he hecho —gimió el padre Hernando—, pero puedo impedir que mi culpa sea aún mayor. Necesito vuestra ayuda, Ilustrísima.

—¿Por qué la mía, precisamente?

—Sois el hombre que vi cuando el Santo Padre entró en el colegio. Os saludé con la cabeza.

—¿El papa Inocencio? ¿El cardenal Facchinetti?

—Y vos le ayudasteis cuando él...

—Murió —dijo el obispo Khlesl, y nadie habría notado que hacía crujir los dientes.

—Hice averiguaciones y obtuve vuestro nombre, Ilustrísima.

—Y ahora estás aquí. De Roma a Viena en un par de días. Un viaje agotador, padre.

A principios de primavera, a lo largo de caminos que sólo se diferenciaban de los campos circundantes porque uno no se hundía en el fango más allá de los tobillos. Pero los dominicos disponían de una amplia red de conventos y claustros, y los miembros de la Orden que gozaban del permiso de desplazarse por el mundo se caracterizaban por ser capaces de soportar los viajes más agotadores sin pestañear, incluso sin desayunar y con una sola copa de agua caliente como único sustento.

—Sólo debo permanecer con vida hasta haber cumplido con mi misión.

—Ahora llegamos a la parte que no he comprendido —dijo el obispo.

—Por favor, Ilustrísima... —El desdichado monje alzó ambas manos—. Estoy seguro de que el Santo Padre os abrió su corazón.

El obispo Melchior guardó silencio.

—¡La quemaré! —exclamó el padre Hernando—. Si fuera necesario me lanzaré a las llamas junto con ella. Si fuera necesario, quemaré toda la comarca, sólo para asegurarme de que deje de existir.

—Hummm —musitó el obispo, con el corazón en un puño.

—Es la obra del diablo, y nadie puede enfrentarse a ella y salir airoso —dijo el padre Hernando—. Los planes de Dios no incluyen la derrota del diablo. Sólo podemos renunciar a él, eso es todo. El cardenal de Gaete y el cardenal Madruzzo... ya no sé si realmente quieren destruir el libro.

Se restregó la cara con ambas manos y los anteojos se deslizaron hacia abajo dejando dos marcas rojas en sus mejillas. Clavó la mirada en el obispo. Con sus gafas torcidas, la cara manchada de mugre, la tonsura erizada y el tufo a sudor, suciedad y ropa enmohecida que emanaba, parecía un preso enloquecido huido de las mazmorras del Vaticano.

—¡Perdóname, Dios mío, ya me he mezclado con el diablo! —gimió.

Tras el rostro impasible del obispo Melchior sus ideas se arremolinaban. ¿Acaso el destino le había enviado un cómplice? Pero un cómplice como éste era peor que mil enemigos. Podía seguir haciéndose el tonto y decirle al dominico que prosiguiese su camino, pero entonces, ¿qué haría el monje? No era ningún idiota, se las había arreglado para encontrarlo. Si hacía caso omiso de él, el dominico se limitaría a seguir adelante y se convertiría en una pieza imprevisible en esa diabólica partida. Sería mejor intentar dirigirlo, aunque sospechaba que eso equivaldría a conducir a un elefante enloquecido a través de la colección de porcelanas del emperador. Tenía que encargarle una tarea, una que lo mantuviera al margen de los acontecimientos.

—Bien —dijo el obispo—. He ideado algunas cosas, cosas en las que no creo, personalmente.

El monje dominico calló. Sus lentes lanzaban un brillo apagado. No trató de convencer al obispo de que cambiara de opinión y eso hizo que Melchior Khlesl comprendiera que había algo que el monje se tomaba en serio: no quería que la Biblia del Diablo cayera en manos de la humanidad.

—Tu hermano *in dominico*, ¿se encuentra en Praga? Me temo que está buscando en el sitio equivocado —dijo el obispo en tono mesurado.

—¿Cuál es el sitio correcto, Ilustrísima?

—Hay una historia. En una iglesia no lejos de aquí, antaño existió un lago subterráneo. Unas aguas oscuras llenas de rumores, luces fantasmales y extrañas criaturas. Dicen que en el centro del lago hay una isla. —El obispo avanzó a tientas a través de su versión personal de la vieja leyenda, inventándola a medida que hablaba—. En esa isla hay un cofre enterrado y quien lo encuentre...

La mirada del dominico era casi dolorosa. La locura y la esperanza llameaban en

ella como el fuego con el que estaba dispuesto a quemar la comarca sólo para acabar con la Biblia del Diablo. Con una frialdad que no sólo invadió su corazón, el obispo Melchior comprendió que la única manera fiable de alejar de todo el asunto al monje medio enloquecido sería asesinarlo. La frialdad aumentó cuando el obispo reconoció que sus ideas ya habían avanzado en esa dirección: empezaba a pensar en sus contactos: ¿a quién conocía que conociera a alguien cuya conciencia se podría aplacar con dinero por haberle destrozado la cabeza a otro con una piedra en una callejuela?

—... encontrará un tesoro —añadió el obispo, inclinándose hacia atrás y contemplando al dominico.

Éste lo miró fijamente.

—No comprendo —exclamó.

—Otra versión de la historia afirma que quien abra el cofre alcanzará la sabiduría del mundo.

Los ojos tras los lentes parpadearon.

—¿Dónde está esa iglesia?

—Espera, padre, espera. He de advertirte. Conozco esa iglesia y sé que por debajo se extiende un laberinto de antiguas cuevas. Pero...

—No me detendrán, ni siquiera si las vigila el cancerbero del infierno en persona.

—No hay tal cancerbero, padre. Pero hay toneladas de fango endurecido que ocupan todas las catacumbas desde la última inundación. Deberías abrirte paso con pico y pala. Si es verdad que el maldito libro reposa allí, puedes olvidarte de él. Nadie es capaz de llegar hasta él.

Bajando los párpados, el obispo contempló al padre Hernando y aguardó a que mordiera el anzuelo. Esperaba de todo corazón que lo hiciera. No quería ser el responsable de su muerte, porque eso habría supuesto que procuraba proteger al mundo de la Biblia del Diablo con los mismos métodos representados por la maldita obra.

—Debo aceptar ese riesgo, Ilustrísima —susurró el dominico—. Si debo excavar, excavaré. No descansaré hasta que vea cómo arde en llamas con mis propios ojos. ¡Excavaré, aunque me lleve cien años!

—Rezaré por ti.

—¿Dónde está esa iglesia?

El obispo Melchior plegó las manos y se permitió una sonrisa. Parecía expresar compasión, pero lo que realmente sentía era un profundo alivio. Empezó a describirle al dominico el camino a la iglesia de Heiligenstadt lo más detalladamente posible.

El padre Xavier percibía los acelerados latidos de su corazón bajo la palma de la mano. Le acarició la cabeza y el cuello con el pulgar en movimientos lentos y casi cariñosos. Devolvió la mirada de los temerosos ojos negros y sonrió. Percibía los huesos y éstos le revelaban que estaba acariciando un cuerpo que podría haber aplastado con la mano; reprimió la agitación que esa idea le provocó. Poco a poco, los latidos se tranquilizaron y el delicado cuerpo se relajó. La resistencia de las garras calientes y secas se aflojó. El padre Xavier volvió la paloma mensajera de espaldas y quitó el mensaje que llevaba enrollado en la pata. Después la soltó. La paloma agachó la cabeza pero entonces descubrió el montoncito de granos encima de la mesa y se acercó. El padre Xavier se dispuso a descifrar el mensaje.

Un poco después su mirada se perdió en el vacío mientras la paloma picoteaba. El rítmico golpeteo del pico del ave era como el tic tac de un reloj. Era contagioso. El padre Xavier se dio cuenta de que estaba tamborileando en el viejo pergamino — sobre el cual acababa de garabatear el mensaje descifrado— con los dedos. Acercó la vela, arrancó el texto y lo sostuvo sobre la llama. Antes de encenderse y de que las letras se convirtieran en humo, el pergamino se arrugó. El padre Xavier volvió a leerlas antes de que el fuego las consumiera.

«CK y AvL observados desde lejos. Misión en P fracasada. Ni rastro de T. Presencia probable en 1572; ¿¿¿ubicación actual??? ¿Cuándo veré a mi niño?»

El padre Xavier observó cómo la llama consumía la última letra del mensaje, una «Y». Dejó caer el último trozo del pergamino en la mesa y observó cómo se convertía en ceniza. «Y». Ella firmaba todos los mensajes con una «Y», como si él no supiera de quién provenían. Era como si quisiera indicarle que era un ser humano, no una herramienta, pero no podía sospechar que para el padre Xavier no existía una gran diferencia entre ambos.

La pregunta por su hijo siempre formaba parte de los informes de Yolanta Melnika. El padre Xavier sonrió. Mientras preguntara, seguiría teniendo esperanza. Mientras siguiera teniendo esperanza, haría todo lo que él quisiera.

Cogió algunos granos y la paloma se encaramó a su mano. Mientras continuaba picoteando, él le acarició las plumas grises y lisas. El único resultado del viaje atentamente vigilado de Cyprian Khlesl al sur de Bohemia había sido la certeza de que ahora al menos existía un lugar en el que ya no era necesario que él, el padre Xavier, siguiera buscando, además de incluir mucha información sobre los sentimientos de Andrej von Langenfels, que se había convertido en el acompañante de Cyprian de manera tan inesperada.

El padre Xavier llevó la paloma junto con las otras. Ahora volvían a estar todas. Yolanta ya no podría enviar más mensajes; ella se habría quedado con la última

paloma si no hubiera creído que esta misión en particular estaba concluida.

«¿Cuándo veré a mi hijo?»

El padre Xavier sonrió.

—Cuando ya no te necesite —susurró.

Si uno le preguntaba al párroco de la iglesia de Heiligenstadt cómo se encontraba, siempre contestaba que los años habían sido buenos con él; después plegaba las manos sobre el vientre y añadía:

—Demasiado buenos, hijo mío, demasiado buenos.

De muy joven, cuando era capellán, se lo había visto hacer al párroco de aquel entonces y le pareció una expresión de modestia, de alegría de vivir y de un dichoso sometimiento a las decisiones del Todopoderoso. Había olvidado que el vientre del párroco era lo bastante abultado para subrayar sus palabras y se le escapaba el involuntario sarcasmo de la contradicción de lo que decía con su enjuta figura. A veces lo desconcertaba la sonrisa cínica que recibía como respuesta de algún miembro de la parroquia, alguien tan flaco como él porque la última inundación lo había desprovisto de todo lo que poseía. Pero ahora su desconcierto era todavía mayor al contemplar al escuálido, andrajoso y apestoso monje dominico que de repente apareció en la nave de la iglesia y trataba de orientarse mirando a través de unas gafas tan sucias que podría haber contemplado el sol sin correr ningún peligro. El recién llegado no dio muestras de disponerse a preguntarle por su bienestar.

—¿Dónde está el lago subterráneo? —preguntó en vez de saludarlo. Las consonantes latinas rebotaron contra las paredes y volaron como proyectiles a través de la nave.

El párroco tardó unos minutos en comprender la pregunta.

—¿El lago subterráneo? —preguntó.

El dominico señaló la puerta detrás del altar.

—¿Adónde conduce?

El párroco recordó a la joven que había acudido el pasado otoño, y después de decir cosas enigmáticas había clavado la mirada en su despensa, como si hubiera esperado que allí realmente se encontrara una escalera que conducía a las profundidades y a un laberinto de catacumbas y fantásticas grutas. Su mente estrecha y tímida se preguntó si Dios o algún otro se divertía enviándole un loco cada tantos meses.

—A ninguna parte —dijo—. ¿Cómo puedo ayudarte, hermano?

El dominico echó un vistazo en torno. El párroco comprobó que la mirada borrosa tras las gafas le erizaba la piel.

—¿Hay otra puerta?

—¿Detrás del altar? No: ésta da a la sacristía y allí está la salida lateral, pero ninguna de las dos está detrás de...

El párroco corrió en pos de su huésped, que se dirigía hacia la condenada puerta.

—¿Cómo puedo ayudarte, hermano?

El dominico tiró del picaporte.

—Ábrela.

—Después de la última vez, hice instalar un cerrojo —explicó el párroco—. Solía despertarme de noche, creyendo que alguien pisoteaba mis provisiones mientras buscaba unas cuevas.

—¿Cuevas? —El dominico se volvió—. ¿Cuevas con un lago?

—Ésta es mi despensa —volvió a decir el párroco, porque le parecía que primero debía aclararle las cosas básicas a su huésped.

—¿Dónde está el cerrojo? ¡Abre de una vez!

—Ahí sólo está mi despensa, lo siento —dijo el párroco y después, considerando que había sido demasiado brusco, repitió—: Lo siento.

El dominico tiró del picaporte y le pegó una patada a la puerta.

—¡Cálmate, por favor! —El párroco sacó el manojó del cual colgaban tres llaves: la de la iglesia, la de la sacristía y la de la despensa. Primero intentó abrir con las dos llaves equivocadas y por fin lo logró con la tercera. La puerta se entreabrió; con gran impaciencia, el dominico la abrió del todo. La luz fría de la nave vacía se derramó por un par de peldaños, se arrastró por encima del suelo irregular de color fango e iluminó las verduras marchitas depositadas en un rincón.

—Ahí está —dijo el párroco, y después repitió—: Lo siento.

El dominico descendió los peldaños y pateó el suelo. El párroco lo oyó suspirar.

—Si allí abajo realmente hay algo —dijo el párroco, porque de pronto se le ocurrió que uno podía librarse de un demente siguiéndole la corriente—, está tan a buen recaudo como en los archivos secretos del Vaticano.

El dominico se sobresaltó.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Qué has dicho?

El párroco tragó saliva e intentó apaciguarlo mediante el silencio y una sonrisa confiada. El dominico se sentó en el último peldaño y apoyó la cabeza en la mano. Después de un rato, el párroco oyó un cloqueo: el monje se reía. Luego éste se giró y contempló al párroco; de pronto se quitó los lentes, los limpió con la punta de la sotana, volvió a ponérselos y dijo:

—Está a buen recaudo. Pasarán los años, y seguirá estando a buen recaudo. —El hombre parecía feliz.

—Además, tengo la llave —dijo el párroco, con la esperanza de acabar de convencer a su huésped de que lo que fuera que buscaba estaba a salvo.

El dominico guardó silencio. La sonrisa se desvaneció muy lentamente, hasta que los ojos inmensos y los lentes emborronados volvieron a ser los elementos predominantes en su rostro.

—¿Qué es lo que has dicho hace un momento? ¿«La última vez»?

—Sí —contestó el párroco, simulando indiferencia—. La última vez. Una joven

quería bajar las escaleras. Me preguntó lo mismo que tú. ¿Acaso la conoces? — preguntó, invadido por una repentina sospecha.

El dominico remontó los peldaños. El párroco no había visto que se ponía de pie. Cuando su mirada se cruzó con la del hombre desastrado, empezó a retroceder. El dominico lo siguió. El párroco chocó contra el altar con el trasero y se detuvo; su cuerpo se curvó hacia atrás y el dominico se inclinó por encima de él. Sus respectivas narices chocaron entre sí. El párroco oyó el crujido de su columna vertebral.

—¿Quién es ella? —susurró el monje.

El otro estaba convencido de que había llegado su hora. Se le quedó la mente en blanco y su vejiga se habría vaciado si hubiera contenido el líquido suficiente.

—¿Así que tú tampoco la conoces? —tartamudeó.

Pavel se quitó el manteo gris y lo plegó cuidadosamente; después ayudó a Buh, que siempre se quedaba enredado. Inspiró el aire frío y rancio del convento: una inspiración profunda como la de alguien que durante las últimas horas casi no había tomado aliento, al igual que Buh.

Se habían dirigido a la ciudad de madrugada, los negros hábitos ocultos bajo los manteos grises. De esta guisa a primera vista parecían dos monjes normales, dos cofrades que recorrían las callejuelas para comprobar si alguien requería ayuda. En esos días nadie miraba dos veces a nadie, porque de hacerlo quizá comprobaría que la persona con la que uno acababa de cruzarse estaba apestada y eso podría provocar una angustiosa pregunta: «¿Acaso me habré contagiado a través de ese contacto fugaz?», y encima uno tendría la certeza de que nadie estaba a salvo. Pero en tanto que uno se limitara a atravesar apresuradamente la ciudad y lograra evitar los carros de los enterradores, en tanto que ningún miembro de la familia más inmediata hubiera fallecido y uno hubiera eludido cualquier contacto con los demás para no tener que enfrentarse a la pena de sus conciudadanos..., resultaba posible conservar la ilusión de que a lo mejor uno se salvaría. Era evidente que la cifra de quienes mantenían esa actitud se reducía cotidianamente.

—Mal... mal... mal —tartamudeó Buh, mientras Pavel se ponía de puntillas y le alisaba la tonsura.

—Sí —dijo Pavel—. Malos tiempos.

El abad Martin se había negado a los ruegos de Pavel durante mucho tiempo, pero éste no había aflojado. Así que desde hacía poco una vez a la semana dos custodios, camuflados bajo sus manteos grises, abandonaban el convento durante un par de horas, recorrían la ciudad y después regresaban. Siempre eran dos. Se protegían mutuamente, de la misma manera en la que protegían el diabólico libro que otros habían dejado a su cuidado. Pavel estaba convencido de que, mediante esta medida, lograría evitar que volviera a ocurrir lo mismo que hacía veinte años. Cada dos semanas soñaba con el monje blandiendo el hacha, con las mujeres presas del pánico y los niños que gritaban, todos se le aparecían como fantasmas mientras él se revolcaba en su catre entre gemidos. Soñaba con la mujer del cráneo destrozado dando a luz al niño en su último estertor...

Esta vez descendieron por la ladera a lo largo de la cual la ciudad de Braunau se extendía desde el convento hasta el río, atravesaron la puerta de Nieder apenas vigilada y remontaron la empinada ladera opuesta hasta la iglesia de la Virgen María y su cementerio. Buh andaba con el ceño fruncido, pero sin decir nada. Si Pavel consideraba adecuado visitar una iglesia en la que desde hacía unos años los protestantes celebraban misa, tendría sus motivos.

Pavel no le daba mayor importancia a la enemistad entre las religiones. La tarea que él y los otros seis custodios debían llevar a cabo era independiente de la interpretación de la fe, y si fracasaban en su quehacer, tanto los miembros de la fe católica como los de la luterana sólo serían marionetas que el diablo podría aniquilar a placer. Desde la iglesia y su cementerio se gozaba de un excelente panorama de toda la ciudad. Permanecieron allí durante más de dos horas, observando la agonía de Braunau.

Al vagar por la iglesia de madera, Buh había encontrado una hilera de tablas votivas. Hechizado por aquellas letras ilegibles, se quedó de pie mirándolas fijamente, hasta que llegó Pavel y le leyó el texto, que trataba de las inundaciones de 1570, de las dos hambrunas ocurridas ese mismo año y un año después, de las epidemias de lepra de 1582 y 1586 que causaron más de mil muertos. Una de las tablas acababa con una oración: «El Dios eterno quiso apartar su ira de nosotros y protegernos del mismo golpe del destino y del castigo divino aún mayor». Lo mismo protestantes que católicos: en su angustia mortal, todos llamaban al mismo dios, y sus súplicas no se diferenciaban. Las tablas votivas de la iglesia parroquial católica no mencionaban que Dios estaba encolerizado porque muchos de los habitantes de la ciudad habían sucumbido a la herejía luterana y que por eso envió plagas bíblicas a Braunau; y allí, en la iglesia de la Virgen María, tampoco ponía que la culpa la tenían los católicos por aferrarse a las perversas prácticas papistas.

Tanto la fe verdadera como la falsa, tanto las tablas votivas como las súplicas grabadas en éstas resultaron inútiles. Braunau, la rica ciudad textil, la joya de Bohemia septentrional, la comunidad prácticamente autónoma de acaudalados burgueses, arrancada de las manos de reyes y príncipes por los abades, y de las de los abades por los burgueses, destruida por numerosas inundaciones y carcomida por la peste..., Braunau estaba acabada. Pavel sabía que el abad Martin se echaba la culpa a sí mismo en secreto, y eso le dolía. La culpa que agobiaba al abad casi lo había paralizado, había hecho que se retirara y dejara que las cosas siguieran su curso y le había proporcionado una fama tan catastrófica en la ciudad que Pavel a veces deseaba que la peste borrara a todos los habitantes de la faz de la tierra, para que la falsa deshonra quedara en el olvido y el nombre del abad no siguiera manchado para toda la eternidad.

Por fin regresaron a casa. Nadie les dirigió la palabra, nadie los maldijo ni les pidió ayuda. Los habitantes de la ciudad moribunda estaban más allá de semejantes emociones.

Pavel vio que uno de los monjes del convento estaba en el vestíbulo; Pavel le sonrió, aunque fue inútil; todos quienes tenían una relación con él o con los demás custodios adoptaban una expresión pétrea e irradiaban el deseo de encontrarse en el otro extremo del convento. La sonrisa resultaba inútil frente a ese estigma —el único

don que Dios le había otorgado a una criatura llamada Pavel— y que obligaba a casi todos a devolvérsela.

—El reverendo padre abad desea hablar contigo.

Pavel asintió con la cabeza y se dirigió a la escalera que conducía a las entrañas del convento.

—Ahora —dijo el monje.

—Debo informar a mis hermanos —dijo Pavel sin dejar de sonreír—. Los custodios siempre han de saber dónde se encuentran todos los miembros...

—AHORA —repitió el monje, con la voz enronquecida por la cólera ante el rechazo.

Pavel intercambió una mirada con Buh.

—A solas —dijo el monje.

—Informa a los hermanos —le indicó Pavel a Buh.

—B... b... bien —contestó éste.

Pavel se volvió hacia el monje enviado por el abad Martin, esforzándose por volver a sonreír.

—Después de ti, hermano —dijo.

El enviado del abad se alejó sin mirarlo; la sonrisa de Pavel se desvaneció. Siguió al cofrade y el corazón le latía dolorosamente con cada paso que daba.

* * *

El abad parecía estar a punto de desmayarse. El monje que lo había acompañado inclinó la cabeza y se alejó. El abad Martin disponía de la sala capitular, de una estancia confortable situada en la zona más exterior del convento destinada a recibir a los huéspedes seglares y de otra más pequeña para los miembros de la comunidad, situada junto a la entrada al refectorio. Sin embargo, hizo venir a Pavel a su propia celda. El abad estaba junto a la ventana, como si necesitara de la luz diurna para comprobar que la realidad seguía existiendo. Guardó silencio hasta que se encontraron a solas. El monje había cerrado la puerta. El silencio era de esos que provocan un zumbido en los oídos. Pavel sólo oía el latir de su corazón. Vio que el abad se disponía a hablar, pero luego volvió a enmudecer. El joven custodio percibía la conmoción de su superior como si fuera propia.

—Que la paz del Señor sea contigo, reverendo padre —musitó finalmente, y más que un saludo, suponía un deseo.

—¿Aún recuerdas al hermano Tomás? —preguntó el abad.

Estaban separados por la longitud de la celda. El abad Martin parecía una estatua gris y encorvada, iluminada por la luz que penetraba a través de la ventana. Pavel era una sombra junto a la puerta.

—¿Cómo podría haberlo olvidado, reverendo padre?

—Pequé contra Dios, contra él y contra el niño —dijo el abad; su voz parecía un

sollozo—. Hice lo correcto, y sin embargo fue un pecado.

—Hicisteis lo correcto, reverendo padre, y eso es lo que cuenta.

—No lo sé. ¿Crees que hice lo correcto? No lo sé, hermano Pavel.

Pavel titubeó, pero cuando se acercó al abad vio que tenía los ojos enrojecidos. Los dolorosos latidos de su corazón no habían cesado, pero ahora su temor y sus oscuros presentimientos se combinaron con una intensa compasión y ese sentimiento ahogó cualquier duda. Fuera cual fuese el deseo del abad, él lo cumpliría.

—Reverendo padre, ¿por qué lo recordáis precisamente ahora? Hace tiempo que el hermano Tomá está junto al Señor, y Éste le ha perdonado, así como nos perdonará a vos y a todos nosotros.

Las manos del abad surgieron del hábito debajo del cual las había ocultado y se aferraron a las muñecas de Pavel. Estaban heladas.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza como un orate—, no, no, ¡NO! El hermano Tomá está vivo. Está aquí. Ha venido a Braunau. Agoniza y desea mi absolución, ¡pero me falta valor para acudir junto a él y enfrentarme al pecado que yo mismo mandé cometer!

—¡Callad, reverendo padre, callad!

El grito del abad resonó en la celda y en los pasillos del convento. Las ideas se arremolinaban en la cabeza de Pavel y, antes de que su voluntad pudiera impedirlo, habló impulsado por sus sentimientos.

—Os acompañaré, reverendo padre —dijo—. Éste también es un asunto que concierne a los custodios.

Las lágrimas bañaban los ojos del abad. Pavel se arrodilló y apoyó la mano helada del abad en su cabeza. Sintió cómo temblaba y oyó su respiración entrecortada mientras el abad procuraba recuperar la serenidad. Las ideas de Pavel seguían arremolinándose, pero ahora sólo giraban en torno a una pregunta: ¿qué habría inducido al viejo Tomá a regresar a Braunau? Pavel tenía claro que no sólo se trataba de que se sintiera próximo a la muerte y no quisiera morir sin la absolución. «¿Por qué has venido, hermano Tomá, por qué?»

* * *

Al ver al anciano tendido en el lecho que le prepararon en un rincón del dormitorio, Pavel supo que lo único que mantenía con vida a ese cuerpo era la locura. Tomá había permanecido en Podlaschitz junto con otros dos hermanos. Estaba allí cuando Johannes, el abad de Braunau, murió y el prior Martin heredó su cargo. Se habían generado muchas discusiones cuando este último anunció que quería llevar la Biblia del Diablo a Braunau, pues tras la masacre, consideraba que en Podlaschitz ya no estaba segura. El superior de los custodios de aquel entonces intentó negarse a cumplir el deseo de Martin, pero el nuevo abad no cedió. Finalmente transportaron el pesado arcón atado con cadenas mediante dos mulos. El trayecto fue una pesadilla.

Sujetaron dos largos palos al correa de los mulos, y éstos arrastraron el arcón entre ambos. El mulo delantero intentaba galopar, como si quisiera huir del arcón, mientras que el trasero mantenía los cascos clavados en el suelo con el pelaje erizado. Tiraron de las riendas del mulo delantero hasta que el correa le provocó una herida en la piel y azotaron al mulo trasero hasta cubrirle los flancos de verdugones. Pavel vio el pánico reflejado en los ojos de los animales y la visión lo consternó, pero guardó silencio. Al final fue Buh quien, tras un prolongado monólogo de palabras entrecortadas e incomprensibles, encontró la solución. Se colocó entre los palos justo detrás del arcón y delante de la cabeza del mulo trasero, se volvió hacia éste y empezó a acariciarlo. Pavel lo imitó, y se colocó delante del arcón. El cuerpo inmenso de Buh impidió que el mulo trasero viera el arcón y, pese a la delgadez del cuerpo de Pavel, el animal delantero también se tranquilizó en cuanto éste se hubo interpuesto entre él y el arcón. Buh caminó de espaldas durante casi todo el trayecto y no se detuvieron, ni siquiera cuando se hizo de noche.

Dos días después, cuando llegaron a Braunau, de algún modo quedó claro que Pavel y Buh eran los principales responsables de que el arcón hubiera llegado a destino. Se detuvieron en la parte inferior de la ciudad, justo debajo de la empinada roca coronada por el convento, desensillaron los mulos —porque éstos preferían morir a golpes antes que dar un solo paso más—, cargaron con el arcón y lo transportaron a lo largo del sendero que ascendía entre los fosos naturales situados entre los jardines del convento y el edificio principal, pasaron por debajo del puente de madera y llegaron hasta la entrada. El abad Martin los hizo esperar ante el portalón mientras él entraba al convento. Cuando volvió a salir, el patio de entrada parecía vacío y muerto. Siguiendo las indicaciones de Martin, descendieron por una escalera con el arcón y fueron a parar a los antiguos pasadizos situados por debajo del convento. Después jamás volvieron a saber nada de Podlaschitz ni de los hermanos que permanecieron allí. Era como si una época hubiera llegado a su fin. Entretanto, Pavel había comprendido que para el abad Martin esa época nunca había acabado; Podlaschitz siguió supurando en su corazón, una herida que se pudría y no cicatrizaba.

Los ojos de Tomá estaban abiertos, su mirada estaba clavada en el abad esquivando a los hermanos que lo rodeaban.

—Diles que se marchen, reverendo padre —dijo a guisa de saludo. Su voz era como el susurro del viento entre la hierba seca.

Los hermanos murmuraron sorprendidos. Habían visto los suficientes moribundos como para saber que el hermano Tomá se moría y, ateniéndose tanto a las reglas del convento como a las de la humanidad, se habían reunido para acompañarlo en su último camino.

—Haced lo que ha dicho, hermanos —murmuró el abad.

Los monjes salieron con la dignidad de los ofendidos. Ciertas cosas provocaban la indignación, incluso cuando ante las murallas se amontonaban los cadáveres de los apestados. Pavel se quedó atrás. La mirada de Tomás se posó sobre él.

—También a esa burla para con san Benito —susurró Tomás, señalando a Pavel, que palideció.

—El hermano Pavel se queda —dijo el abad Martin; aunque intentaba hablar entono decidido, su voz parecía un gemido.

—Él y sus semejantes tienen la culpa... —empezó a decir Tomás, pero un ataque de tos lo interrumpió. Después volvió a caer en el lecho con los ojos y la boca abiertos, y no se movió.

Pavel dio un paso hacia delante para asegurarse de que el anciano realmente estaba muerto. El abad Martin se inclinó encima del lecho.

Tomás alzó la mano y aferró la casulla de Martin. El abad ahogó una exclamación. Tomás lo arrastró hacia sí. Pavel se acercó de un brinco para liberar al abad de la mano del moribundo, pero entonces oyó el susurro de una voz seca: «*Confiteor dei...*»

—Alivia tu alma, hermano mío —dijo el abad con voz temblorosa.

—Podlaschitz ha muerto —dijo el anciano. Hablaba en voz tan baja que el abad tuvo que acercar la oreja a su boca, pero en la cabeza de Pavel cada palabra resonaba como un grito—. Yo fui el último. Quienes aún están allí siguen vivos, pero están muertos.

Pavel dejó caer los hombros. La compasión que sintió por el abad de pronto incluyó a Tomás. El anciano no estaba en su sano juicio. Había superado el viaje desde Podlaschitz para no morir en pecado, y ahora su resistencia le hacía una jugarreta. Si ése era el tipo de broma amada por Dios, entonces su humor era negro. El abad le lanzó una mirada de soslayo. No sabía qué hacer.

—Los abandoné —susurró el anciano—. Se apoyaron en mí, pero yo los abandoné.

—Dios te perdonará —murmuró el abad—. Te marchaste con el fin de preparar tu alma para la eternidad. Ése es el santo deber de...

—Escúchame, reverendo padre —jadeó Tomás, incorporándose aferrado al hábito de Martin, pero volvió a caer de espaldas en el catre—. Ya he expiado la maldad que cometí con mis congéneres. He habitado entre las almas olvidadas por Dios.

—*Ego te absol...* —empezó a decir el abad.

—Pero cometí un pecado contra san Benito —musitó—. ¿Puedes absolverme también de eso, reverendo padre? ¿Puedes? ¿PUEDES?

—No lo sé —dijo Martin, a quien el último grito de Tomás había sobresaltado.

—Eres el único que puede hacerlo —susurró—. Sólo tú. ¡SÓLO TÚ! Sólo tú puedes hacerlo, reverendo padre, ¡PORQUE TÚ TIENES LA CULPA DE QUE LO HAYA COMETIDO!

El anciano se agarraba al hábito del abad, obligándolo a arrodillarse. Pavel se acercó, pero el abad le indicó que se alejara e intentó liberarse de la mano de Tomás, pero ésta era como una tenaza de hierro.

—¿Recuerdas lo que me ordenaste hacer allí? ¿En aquel entonces?

Martin bajó la cabeza. Presa del espanto, Pavel vio que el rostro del abad se descomponía.

—Sí —musitó el abad.

—*Oboedientia*. ¿Sabes qué significa, reverendo padre?

—No es culpa tuya, hermano Tomás. Sólo mía. Sólo yo soy responsable de derramar la sangre de ese inocente, no tú...

—¡*Oboedientia*! Yo la infringí, reverendo padre. ¡Tú me obligaste y yo infringí la obediencia!

Pavel tragó saliva y se llevó la mano a la garganta. El horror que lo invadía anuló el espanto que le provocaba por los cientos de muertos por la peste que llenaban las callejuelas.

—Dos hombres acudieron a Podlaschitz —dijo el anciano; su voz era casi inaudible—. Dos hombres. Preguntaron por el maldito libro. Sabían dónde había estado antes.

—¿Qué has hecho, hermano Tomás?

—¿Me has oído, reverendo padre? Dos hombres preguntaron por el libro. Todos tus esfuerzos fueron inútiles. No lograste borrar la huella de la Biblia del Diablo. Antes o después, alguien vendrá aquí y tendrás que volver a dar la orden de cometer asesinatos.

El abad Martin agarró la descarnada muñeca de Tomás. Sus nudillos estaban blancos.

—¿Qué has hecho, hermano? —gimió.

—¡*OBOEDIENTIA*! —rugió el anciano de repente—. ¡He infringido la orden! ¡Obediencia, hermano, obediencia! ¡No pude obedecer, reverendo padre! ¡Estoy condenado, y la culpa es tuya!

El abad le lanzó una mirada estremecedora a Pavel y éste deseó poder contradecir la comprensión reflejada en los ojos del superior del convento, deseó poder tranquilizarlo, decirle que había llegado a conclusiones falsas. Pero habría sido una mentira.

—No hizo matar al niño —dijo y su propia voz le pareció la de un extraño—. Lo dejó con vida. El niño es el único indicio de lo que ocurrió en aquel entonces, y por qué ocurrió, y ahora está allí fuera y busca la verdad.

—Es algo que no podemos saber —balbuceó el abad.

—La pregunta es —dijo Pavel y su voz le pareció todavía más extraña— si podemos arriesgarnos a no saberlo.

—Reverendo padre —musitó Tomá—. He infringido la quinta regla de san Benito, porque quisiste obligarme a infringir la quinta regla de Dios y en el instante en el que me lo encargaste, también me condenaste.

Martin clavó la mirada en el anciano monje.

—¿Acaso quisiste advertirme? —preguntó—. ¿Es por eso que has venido..., para advertirme? ¿Quiénes eran esos hombres?

—He venido para suplicar tu absolución, reverendo padre. He venido...

—¿QUIÉNES ERAN ESOS HOMBRES? —gritó el abad—, ¿quiénes eran? ¿De dónde venían? ¡HABLA! ¡Habla, habla, HABLA!

—Absuélveme, reverendo padre.

Pavel se puso al lado del abad y le apoyó una mano en el hombro. El abad se volvió. La mano del viejo Tomá casi le desgarraba el hábito. Martin tiraba de la delgada muñeca como un poseído.

—¡Diles la verdad a los custodios! —jadeó Martin—. El secreto ha dejado de serlo. Hemos de hacer algo. Ha llegado el momento. Dios mío, ha llegado el momento...

—Reverendo padre... —empezó a decir Pavel.

—¡Suéltame! —gimió Martin, tirando de la mano de Tomá. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo—. ¡Maldición, suéltame, SUÉLTAME!

—Absuélveme...

—¡SUÉLTAME! Tú y los demás debéis cumplir con vuestro deber, hermano Pavel. ¡Dios mío, si puedes, aleja de nosotros este cáliz!

Con un esfuerzo sobrehumano, el abad Martin logró zafarse de la mano del anciano. El cuello de su hábito se desgarró.

—Rápido, hermano Pavel, ¡no hay tiempo que perder!

Pavel calló y se persignó. El abad se detuvo y, aún aferrado a la muñeca del hermano Tomá, siguió su mirada. Éste mantenía la vista fija en el techo del dormitorio, pero Pavel sabía que miraba mucho más allá, a un ámbito situado más allá del límite. Le pareció oír el eco del último «Absuélveme». El viaje del anciano había sido inútil. Fuera donde fuese que estuviera su absolución, no era en Braunau.

El abad Martin siguió contemplando el cadáver durante interminables segundos. Después dejó junto al muerto la mano marchita que lo había atenazado. Se puso de pie y se volvió hacia Pavel. Cuando éste vio cuántos años había envejecido el abad durante los últimos minutos, apretó los dientes.

—Ésta es tu hora —dijo el superior—. Reúne a tus hermanos. —Después salió, erguido y rígido. A Pavel repentinamente se le apareció la imagen del abad en la iglesia de Podlaschitz, desplomado en el suelo tras haber mandado cometer el asesinato. Pero esto era peor. Era como si Martin sé hubiera congelado por dentro.

Pavel lo siguió lentamente. Antes de abandonar el dormitorio, se dio la vuelta. El hermano Tomá ya sólo era un montón de sombras en la oscuridad; alguien que ignorara dónde reposaba no lo habría visto. «Sólo es un olvidado bulto de tela basta», pensó Pavel y sin embargo, ese bulto acababa de destrozar su mundo.

Yolanta se sentó junto al fuego de la chimenea. Su acción se debía a la costumbre más que al frío, porque no acercó las manos y los pies a las llamas. Podría haber sido una muñeca de tamaño natural que alguien hubiese colocado allí. El padre Xavier la contemplaba sin inmutarse. No se había equivocado: gracias a algunos cuidados y a la buena comida, la delgada criatura se había convertido en una belleza. El padre Xavier había mandado disponer una jarra de vino y dos copas, que ya había llenado. No tenía intención de beber ni un solo trago, pero las personas bebían con mayor facilidad si creían tener compañía. El haber escanciado el vino no era un gesto amistoso sino un medio de eliminar su desconfianza. Con una mezcla de fastidio y secreta satisfacción, comprobó que ella no había caído en la trampa.

—¿Cuándo recuperaré a mi hijo? —preguntó la joven.

—¿Llamaste la atención de alguien?

Yolanta calló. El padre aguardó pacientemente.

—¿Quién me prestaría atención? —preguntó ella por fin en tono amargo—. ¿Cyprian Khlesl y sus compañeros de viaje? ¿Uno de los apestados, mientras permanecía tirada en su viejo granero en medio de la mugre y a punto de morir?

—¿En Chrast? ¿En Chrudim?

—No. La gente de allí creía haber comunicado por completo la comarca, pero hay tantos escondrijos que los apestados lograban escapar por docenas de su encierro con sólo proponérselo. Cyprian y Andrej no tuvieron que esforzarse para entrar y salir sin ser vistos, y yo tampoco.

—Asombroso —dijo el padre Xavier. Yolanta comprendió la insinuación.

—Esperanza —dijo—. Incluso en mi celda del convento tenía esperanza y la madre superiora no hablaba de otra cosa. Un apestado no tiene esperanza. ¿Qué podría esperar? A lo sumo la muerte... y la encontraría entre sus semejantes o en cualquier otra parte.

El padre Xavier reflexionó. Estaba seguro de que Podlaschitz era el convento al que hacían referencia los fragmentos de la Biblia del Diablo: el convento en el que un monje fue emparedado para que el mismísimo Satanás le dictara su testamento. El convento ya no existía. ¿Habría acabado con él una patada del diablo? Cuando los romanos quisieron arrasar Cartago derramaron sal en la tierra para destruirlo para siempre. Era muy posible que la peste y la podredumbre del diablo fueran los equivalentes de la sal.

El padre Xavier estaba convencido de que la Biblia del Diablo había estado allí, y ahora lo que era seguro es que ya no estaba. El viaje había sido tanto en vano como sumamente revelador.

—Lo has hecho muy bien —se oyó decir, y se asombró de sí mismo.

—¿Cuándo recuperaré a mi hijo?

—Las preguntas repetidas no mejoran el asunto.

Ella le lanzó una mirada en la que ardía la ira. Al principio siempre hubo lágrimas en sus ojos, pero habían sido reemplazadas por el odio y Yolanta no se molestaba en disimularlo. Durante unos instantes, el padre Xavier se dio el lujo de albergar un sueño: la llevaría a España, sería su propia agente joven y bonita que le serviría para enterarse de lo que tramaban los obispos, cardenales y ministros del rey, para volverlos dóciles y obligarlos a cumplir sus propios deseos. Pero sabía que la presión que ejercía sobre ella se reducía cada vez más, y en España perdería su efecto. Jamás aceptaría abandonar Praga sin su hijo. Claro que él podría hacerse con cualquier niño de la casa de expósitos y decirle que era el suyo; tenía la certeza de que ella no notaría la diferencia y aunque no fuera así, su amor de madre reprimiría toda desconfianza. Pero ¿cómo presionarla si recuperaba a su hijo? Podía volver a quitárselo una vez llegados a España. Durante un rato, el dominico dejó vía libre a su fantasía. Era perfectamente posible: depositar al niño como *puer oblatum* en un convento dominico de Castilla, ofrecerle días de visita como premio por servicios realizados y la gran esperanza de volver a recuperarlo y quedarse con él para siempre.

El padre Xavier negó con la cabeza. Era demasiado complicado. En España también había jóvenes perdidas; no era necesario arrastrar a Yolanta a su patria para proseguir con su trabajo. No, Yolanta volvería a reunirse con su hijo allí, en Praga, por más lamentable que fuera tener que destruir tan excelente herramienta.

—Después de llegar a Praga, lo primero que hizo Cyprian Khlesl fue visitar una casa que pertenece por partes iguales a dos mercaderes vieneses: Sebastian Wilfing y Niklas Wiegant —dijo el padre Xavier—. Niklas Wiegant tiene una hija llamada Agnes; Khlesl sólo acudió para verla a ella. Es verdad que es el enviado del obispo Melchior, pero sospecho que también persigue sus propios objetivos. Agnes es la clave para acercarse a él.

—Para vos, las personas sólo son herramientas —dijo Yolanta— y lo único que os preocupa es cómo utilizarlas.

—Por supuesto —dijo el padre Xavier—, y las personas me facilitan la tarea.

—Vuestra alma está condenada, padre.

—Pues entonces nos veremos en el infierno.

—¿Queréis que sonsaque a Agnes?

El padre Xavier asintió.

—Me temía que pretendíais que me arrojara en los brazos de Cyprian Khlesl.

—Si creyera que eso tendría efecto, hubiera insistido en ello. Lamento que el encargo no incluya el placer de entregarse a la lujuria con un hombre fuerte.

—Que el diablo os lleve, padre.

Sin dejar de sonreír, el padre Xavier se acomodó en el sillón.

—Más tarde o más temprano, siempre acaban por desearme lo mismo.

—Ésta es la última vez que seré vuestra esclava, ¿lo habéis comprendido?

—Eso no depende de ti.

—Decidme que es la última vez.

—¿Qué me impide decir que sí y después romper mi promesa? —preguntó el padre, pero su voz se endureció ligeramente—. ¿Qué impide que rompa todas mis promesas y le proporcione a la pecadora el premio que se merece: a saber, nada?

Yolanta palideció. El padre Xavier le lanzó una sonrisa tan amable como la de un tendero que acaba de decirle a su denta predilecta: «Habéis de elegir una tela, señora, ¿seda o brocado?»

—Ni siquiera vos sois tan perverso.

El padre Xavier no dejó de sonreír. Los ojos de Yolanta se llenaron de lágrimas. Él siguió hablando.

—No cabe duda de que el obispo Melchior habría acudido en persona si no hubiera considerado que enviaba a alguien aún más idóneo, y ése es Cyprian Khlesl. Puede que de momento el rastro que conduce a nuestra meta se haya enfriado, pero si hay alguien capaz de volver a encontrarlo es él. Andrej von Langenfels nos condujo hasta el lugar donde había estado la Biblia del Diablo. Antes o después, Cyprian Khlesl nos conducirá adonde se encuentra ahora. Agnes es su punto flaco.

—Obedeceré —dijo Yolanta con voz quebrada.

—He hecho algunas averiguaciones sobre los señores Wilfing y Wiegant —dijo el padre—. Llevan muchos años haciendo negocios en Praga y su generosidad es proverbial, tanto entre los aduaneros como entre los guardias, porque siempre han aflojado el dinero de los sobornos. Sobre todo Niklas: hace veinte años gastó media fortuna en una donación para una casa de expósitos.

Yolanta alzó la vista. El padre Xavier asintió con la cabeza.

—Exacto —dijo.

—¡Dios mío! —susurró Yolanta.

—El mundo es un pañuelo. Para mí supuso la respuesta a una pregunta interesante. Si él mismo hubiera engendrado un bastardo y hubiese querido protegerlo, podría haber invertido su dinero con mayor provecho que en las carmelitas. Si una de sus criadas hubiera dado a luz a un niño al que quería proteger, se habría encargado de que no acabara en la casa de expósitos. Lo sé, porque lo conozco bastante bien.

Cuando alzó la vista vio que Yolanta le lanzaba una mirada asesina.

—Wenzel se encuentra bien —añadió como de paso—. Sabes tan bien como yo que la casa de expósitos de las carmelitas es la antesala del infierno. Pero me he encargado de que cuidaran a tu hijo.

Decirle «gracias» le costó un gran esfuerzo a la joven. El padre Xavier renunció a

hacer uno de sus cínicos comentarios.

—Niklas Wiegant, tan bueno y tan bondadoso... —dijo—. De allí sacaste a tu hijo. Te lo habrían entregado gratis, de eso estoy seguro. ¿Por qué pagaste tanto dinero?

—Podría averiguarlo —dijo Yolanta lentamente—. Iré al convento de las carmelitas y sonsacaré a la superiora. Y aprovechando la oportunidad, podría... —Se interrumpió.

El padre Xavier unió las puntas de los dedos y la contempló.

—¿Una oportunidad como las otras dos anteriores?

—¿Lo sabéis?

—Dejé ciertas instrucciones en la casa de expósitos —dijo el dominico.

—¡Le supliqué a la superiora de rodillas! —siseó Yolanta.

—Eso fue lo que me dijeron.

—¿Por qué no me pedisteis cuentas?

—¿Para qué? ¿Por un intento inútil de engañarme? Los intentos no están prohibidos.

«Nada desmoraliza más que los intentos fracasados», pensó el dominico. Las prohibiciones estrictas hacen que uno reflexione acerca del modo de infringirlas. Pero si dejas que alguien fracase unas cuantas veces, acabará por rendirse.

—Antes de venir aquí, volví a hacer otro intento inútil —dijo ella en tono despectivo—. Sólo por si aún no habéis sido informado de ello.

—No te preocupes, lo harán. —La sonrisa del padre Xavier era paternal. «Pero es verdad que algunas personas tardan bastante en rendirse», pensó para sus adentros. Sentía respeto por la joven.

—¿De qué conocéis a Niklas Wiegant? —inquirió ella.

—De los viejos tiempos.

—Me pregunto si en aquel entonces erais su amigo. Estoy segura de que la amistad os es tan ajena como el amor.

El dominico se encogió de hombros. Había logrado disipar el malestar que siempre lo embargaba cuando ella le hacía esos alevosos comentarios.

—Si lo conocéis tan bien, ¿por qué no lo visitáis vos mismo?

—¿Para qué habría de hacerlo, si te tengo a ti?

—¿Cuándo recuperaré a mi hijo?

—Pronto —dijo el padre Xavier—. ¿Te he contado lo que dijo la superiora en sus últimas noticias? —Se había dejado llevar por un impulso espontáneo y ahora reflexionaba acerca de qué decirle. El niño estaba muerto y se pudría bajo la cal, y la superiora de las carmelitas sólo le enviaba noticias cuando Yolanta intentaba verlo. El padre Xavier había barruntado que ésta trataría de hacerlo. Pero había resultado sencillo poner a la superiora de su parte: le dijo que el niño muerto en realidad era el

hijo de un concejal importante y que Yolanta intentaría sacarlo de la casa de expósitos para extorsionar al progenitor. Según el padre Xavier, el dinero que le entregó a la superiora durante esa conversación provenía de aquel concejal, un buen católico preocupado por su reputación. En consecuencia, a partir de la primera visita de Yolanta y cuando dijo cómo se llamaba, no la dejaron entrar ni siquiera al patio exterior del convento. Durante un tiempo, el dinero sirvió para mejorar las condiciones de vida de los niños que seguían vivos; ¿quién se preocuparía por el destino de un niño muerto y por su madre, arrodillada en la nieve y llorando, esa pecadora ante los ojos del Señor? Era agradable saber en quién se podía confiar.

—Una de las hermanas se ha encariñado especialmente con... ejem... Wenzel. Quizás el niño crea que es su madre.

—¡Dios mío, padre! ¿Cuándo podré estar con él?

—Pronto —dijo el dominico con una sonrisa—. Pronto.

Un enviado del juez superior regional estaba esperando a Andrej en su pequeña choza. Cuando éste abrió la puerta, el emisario le lanzó una mirada aburrida.

—Esta choza es una mierda —dijo, soltando una risita—. Encaja con vos.

—¿Qué se os ha perdido por aquí?

—Nada, espero, pero si lo encontráis, devolvédmelo lavado, ¿de acuerdo?

Andrej suspiró y se sentó en la otra silla, contempló al joven pero no pudo atravesar su coraza de rechazo ni su arrogancia. Era la primera vez que lo veía.

—Deberíais reemplazar al enano como bufón de la corte, dado vuestro talento para la réplica —dijo Andrej.

—Su Excelencia desea veros, cuentacuentos. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Avisé que me marchaba y obtuve el permiso de Su Majestad...

—Ya, ya. Cualquier permiso de Su Majestad tiene el mismo valor que una cagada de mosca, porque para los postres ya no sabe qué comió de primer plato. Deberíais saberlo, vos que pasáis tanto tiempo junto a él...

«En la corte de cualquier soberano, la envidia es la única forma de reconocimiento», pensó Andrej; estaba cansado, pero no dejaba de preocuparse.

—¿Su Majestad me ha mandado llamar?

—Es de esperar.

—Iré a ver al juez superior regional Lobkowicz de inmediato.

—Tanto mejor. —El enviado se puso de pie y se limpió ostentosamente las manos en el pantalón—. Por eso he venido. Hace horas que os espero. Regresasteis a la ciudad entre la tercia y la sexta. Ahora ya ha pasado la nona. ¿Dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Aseándoos?

—¿Qué os importa? —contestó Andrej al salir de la choza.

—No seáis tímido, cuentacuentos. Yo también quiero oír una de vuestras historias. Últimamente se dicen toda clase de cosas sobre vos. Habrá sido un coño perfumado donde la metisteis, vos que sois el consuelo de las señoritas aristócratas. Venga, contad.

Andrej apretó los puños y procuró dejar atrás a su acompañante precipitando el paso; éste empezó a jadear. Era delgado y de hombros anchos, pero su elegante traje de estilo español convertía cualquier movimiento en un esfuerzo.

—¿Porqué no se lo contáis a Su Majestad? —siseó—. Quizá despertéis su apetito por su prometida y se case con ella de una buena vez, antes de que el reino se vaya al traste. ¿Qué opináis, cuentacuentos?

Andrej se apresuró y por fin logró dejarlo atrás. Se dirigió a la casa del juez a toda prisa, presa de la cólera y del temor. Claro que el enviado llevaba razón. El emperador Rodolfo le había dado vacaciones, pero ¿y si al día siguiente se lo había

pensado mejor y quiso tener a su *fabulator* a su lado? ¿Qué podía decir él?: «Majestad debe de haber olvidado que me concedió permiso para ausentarme». Había cosas que uno no le decía a Sus Majestades, y aparte de eso, ningún miembro de la corte habría salido en defensa de Andrej.

Corrió a través de la antecámara del juez como si fuera un soldado del emperador, abrió la puerta de su despacho y sintió una satisfacción perversa al descubrir al viejo hurgándose la nariz.

—¿Su Excelencia deseaba verme?

Lobkowicz se sobresaltó; cuando se sacó el dedo de la nariz, su codo golpeó contra el borde del escritorio y desparramó un montón de papeles en el suelo. Se frotó el codo y le lanzó una mirada furibunda a Andrej; éste procuró hacer caso omiso del moco que colgaba de la punta del dedo del juez.

—Estabais ausente —dijo Lobkowicz—. ¿Sabéis lo que hizo Su Majestad mientras estabais ausente?

El temor invadió al joven. Lobkowicz lo contemplaba en silencio. Los papeles desparramados en el suelo parecían acusarlo.

—Absolutamente nada —dijo el juez por fin—. Os había dado vacaciones y no dejó de recordarlo. Dijo que cuando hubierais descansado lo suficiente tras vuestro regreso, hicierais acto de presencia. —Andrej comprendió lentamente que Lobkowicz sólo quería fastidiarlo.

»Bienvenido —dijo el juez—. Quería evitar que os preocuparais por Su Majestad, je, je, je.

Andrej había regresado del país de los muertos vivientes al de los corazones muertos. Una vez que se hubo repuesto de la miserable venganza del juez superior y estuvo sentado a solas en su choza, comprendió que aún le esperaba lo peor de ese regreso al hogar.

* * *

Como siempre, el cascarrabias capellán de Jarka se quedó leyendo y esperando en el otro extremo de la larga mesa, pero los jóvenes enamorados, pese a su impaciencia y su pasión, tienen mucho aguante cuando se trata de aguardar que una molesta tercera persona los deje solos. Cuando por fin se marchó, Andrej se preguntó si el capellán era demasiado memo para darse cuenta de lo que hacían o demasiado listo para reconocer su fracaso como perro guardián. El flaco individuo les lanzó una última mirada penetrante, se aseguró de que Andrej vaciaría su copa de inmediato y después se marcharía, y salió con andares majestuosos.

Cuando desapareció, Andrej notó que en la sala reinaba un silencio que no había existido antes de su viaje a Podlaschitz. «No es ningún milagro —pensó— después de todo lo que he descubierto», pero no pudo dejar de pensar en el motivo por el cual también Jarka guardaba silencio. Tal vez se debía al coche de la tía abuela de ella, al

que tuvo que dejar en Chrudim. Después de que Andrej le pagara con una parte de su propio sueldo, el cochero aceptó conducirlo a Praga una vez que el carruaje hubiera sido reparado. Era de esperar que a la tía abuela de Jarka no se le ocurriera ir de excursión por el campo. Ambos habían regresado en el coche de Cyprian Khlesl.

—Me agrada ese muchacho —dijo Jarka de pronto, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí, fue muy amable al llevarnos.

—No me refiero a eso.

Tras guardar silencio durante unos instantes, Andrej dijo:

—Sí, a mí también me agrada. Tiene esa manera de ser...

—Se nota que está acostumbrado a ocuparse de sus asuntos él mismo, pero si uno quiere participar no lo rechaza.

—Sí —dijo Andrej.

—Sin embargo, me pareció que en su fuero interno está... ¿cómo decirlo?... triste.

—No lo sé. —Andrej no lograba concentrarse en la conversación. «Dilo», se dijo, «cada minuto que pasa prolonga la tortura». Pero al mismo tiempo agradecía cualquier postergación. ¿Cómo se le dice a la mujer amada que uno la considera una mentirosa?

—Creí que a lo mejor te había dicho algo cuando estuvisteis en el convento en ruinas:

—Recuerdo que me dijo que no me golpeara la cabeza. Lo dijo demasiado tarde —murmuró Andrej; pero la chanza quedó sin efecto.

—Quizás está enamorado y no es correspondido.

Andrej alzó la mirada. Jarka le sonreía, una sonrisa que expresaba: «Tan enamorada como yo, sólo que yo sí soy correspondida».

—Es un aventurero, Jarka, igual que mi padre.

—Sólo me refería a que tú y yo estamos tan solos... A lo mejor sería bueno tener un amigo.

—Las personas como él hoy están aquí y mañana en otra parte. No recuerdo que mi padre tuviera amigos. Claro que siempre hablaba de «mis amigos»; eran los que le revelaban algo a cambio de una copa de vino o unas monedas, algo que él después se dedicaba a perseguir.

«¿Adónde conduce esta conversación? —pensó—. No tengo ganas de hablar de Cyprian, ni de mi padre. Quiero hablar de ti y de mí, y de si el amor puede edificarse sobre una base de mentiras».

—Estoy segura de que en alguna parte tiene una chica. Quizá los padres de ella no lo aprueben porque él es pobre. Tal vez esté buscando la misma fortuna que tu padre.

—¿Has olvidado que su tío es el obispo? Sólo tiene que pedirle dinero. ¿Quién se negaría a casarse con un familiar del obispo?

—Sí, es una pregunta interesante —dijo ella, apoyando una mano sobre la de Andrej y apretándola.

El vio que tenía los ojos enrojecidos y consideró que estaba muy cansada o bien que había llorado. Se preguntó si las palabras de Jarka tendrían un significado más profundo. ¿Acaso intentaba comunicarle que su familia tenía planes para ella que no incluían un futuro común con Andrej von Langenfels? Aquella tarde había permanecido en el Hradschin el tiempo suficiente para que ella recibiera un mensaje. ¿Sería por eso que había llorado? Andrej comprendió que ése era el peor momento para enfrentarla a la verdad, y al mismo tiempo el más indicado. Si ese momento suponía una inesperada encrucijada en el camino mutuo, era mejor aclararlo.

—Tu madre... —empezó a decir él.

—No te preocupes. No creí que encontraras su rastro.

—Tu madre... ¿se llamaba Isabeau o Margot o algo por el estilo?

—Se llamaba Markéta, pero lo sabes, ¿verdad? —dijo Jarka en tono desconcertado.

—¿Y era católica?

Jarka calló. Su mirada expresaba inquietud. Andrej sintió que el corazón se le encogía. Lo único que quería ver en sus ojos era amor, y durante toda la vida, y ahora veía desconfianza y cierta dureza que le resultaban completamente desconocidas.

—Así que, en todo caso, tu madre no era una hugonote francesa —concluyó Andrej. Tuvo que obligarse a decirlo, y ya no había marcha atrás.

—¿A qué te refieres? —dijo ella, retirando la mano.

—No encontré ningún rastro de Markéta Andl; nada tangible ni ninguna historia. Y tampoco una historia acerca de un grupo de aristócratas bohemias que recorrieron la comarca para cumplir una misión caritativa.

—¿Con quién podrías haber hablado al respecto, allí en Podlaschitz? —preguntó. ¿Lo decía en tono despectivo?

—Hablé con alguien, Jarka. Hablé con una mujer que siempre vivió allí y me aseguró que ningún grupo de mujeres había aparecido nunca por allí, ninguno encabezado por una mujer como tu madre.

—Tal vez mi madre estuvo en otro lugar.

—La que sí existe es la historia de un grupo de fugitivos, mujeres y niños franceses, hugonotes que, huyendo de las masacres tras el baño de sangre parisino, llegaron hasta aquí.

Jarka no dijo nada, pero los nudillos de sus manos entrelazadas se volvieron blancos.

—He visto a esas mujeres y a esos niños —dijo Andrej, y no pudo impedir que le

temblara la voz—. Los vi caer bajo los hachazos del demente y también a mi madre. La historia que me contaste es verdadera, pero adolece de un error.

—Ya —dijo ella, pero él notó el esfuerzo que le costaba hablar.

—Me contaste mi propia historia, Jarka. Me contaste todo lo que yo ya sabía y nada más. Yo no sabía nada de unos fugitivos franceses, así que tú tampoco. Sólo vi mujeres y niños. Me contaste la historia tal como yo se la conté a Su Majestad, y le añadiste algunos detalles.

Jarka apretó los puños sin dejar de mirarlo. Tenía los ojos húmedos, pero contenía las lágrimas. Andrej sabía cuán sensible era y que ahora reprimiera las lágrimas lo entristecía y espantaba.

—Podría preguntarte quién te contó la historia que sólo le he relatado al emperador. Pero se la conté tantas veces que supongo que un montón de gente apretó la oreja contra la puerta y la escuchó. También podría preguntarte para quién trabajas, pero no quiero saber si se trata del miserable juez superior o del gordo Rozmberka, o de algún otro de los numerosos envidiosos que me aborrecen. Pero sí que he de preguntarte...

—No lo hagas —dijo ella—. No preguntes.

—... por qué lo has hecho, y...

—Te lo ruego.

—... si nuestro amor es una mentira tan grande como el cuento acerca de tu madre.

—Perdóname, Señor —susurró ella y se echó a llorar. Andrej sintió un nudo en la garganta.

—Quiero perdonarte, Jarka, pero también quiero comprender.

—Vete, Andrej. Vete. Él ya no te perseguirá. Has cumplido tu penitencia.

—¿Qué?

—Vete. No puedes ayudarme, sólo puedes ayudarte a ti mismo.

—¡Cuéntamelo, Jarka!

—Vete.

—Ni soñarlo.

Ella se puso de pie repentinamente. Andrej se asustó y empujó la silla hacia atrás. Jarka se apoyó en la mesa y se inclinó hacia él. Las mejillas le ardían y de sus ojos manaban lágrimas como la sangre que mana de dos heridas.

—¡Vete! —siseó—. ¿Quieres comprender? ¡Bien! Te ayudaré a comprender. Era todo mentira. El cuento de mi madre, el de mi tía abuela, ¡incluso mi nombre es una mentira! Y nuestro amor es la mentira más grande de todas. No te amo, jamás te he amado, y esa que tú amas es una persona inventada que nunca existió. Es un producto de las sombras y la niebla entre las cuales perecieron tu madre y las otras mujeres. Su función consistía en hacerte recordar y regresar al lugar donde ocurrió la masacre; al

lugar que buscaba tu padre porque había averiguado que allí se oculta un libro que supone la victoria o la derrota de la Iglesia. Esa persona podía hacer cualquier cosa para conseguir que confiaras en ella y la condujeras hasta allí. Has hecho lo esperado, Andrej, y que el libro ya no esté allí no es culpa tuya, y lo único que ocurrirá es que la búsqueda continuará, sólo que tú ya no desempeñarás ningún papel en ella. Tal vez jugaste un papel para Jarmila, pero Jarmila jamás existió.

—¿Eso es todo? —exclamó Andrej. Tenía la sensación de estar muerto. Ya no sentía las manos ni los pies.

—¡Sí! —dijo ella, todavía inclinada por encima de la mesa—. ¡Eso es todo! ¡Vete!

—¿Por qué lloras, si eso es todo lo que quieres decirme?

—¡No estoy llorando! —gritó—. Y si lloro, no es por ti.

—No —dijo él—, no por mí, sino por ti.

Ella hizo ademán de seguir hablando, pero calló. Sus ojos relampagueaban.

—¡Vete! —susurró—. Vete antes de que... antes de que te haga echar a patadas.

Andrej comprobó que podía ponerse de pie, pero era como si flotara. Jarka volvió a sentarse y lo miró.

—Te deseo suerte —dijo.

—Vuelves a mentir. Eso no es todo.

—Es todo lo que puedo decirte.

Andrej asintió con la cabeza.

—Bien —dijo, en tono apagado—. Bien. Eso es todo. Bien.

Andrej se alejó tambaleándose hasta la puerta. Al darse la vuelta se encontró con la mirada de ella, clavada en él. Andrej titubeó y la joven hizo un gesto con la cabeza, como diciendo: «¡La puerta está allí!» Salió de la sala, y aunque las piernas casi no lo sostenían, bajó por una escalera que creyó no haber visto nunca. Le zumbaban los oídos y sin embargo sintió que lo rodeaba un silencio estremecedor. El corazón debía de latirle, porque de lo contrario estaría muerto, pero no lo percibía. Observó cómo una mano, que surgía de un brazo que debía formar parte de su cuerpo, se apoyaba en la barandilla mientras él descendía un peldaño tras otro. La mano era insensible, pero no obstante cada irregularidad, cada muesca de la barandilla le arañaba la piel. Se detuvo en el descansillo y se giró. Vio una larga sucesión de peldaños que se extendían hacia arriba, y le pareció contemplar el interior de una interminable y oscura torre que jamás volvería a escalar. Oyó el gemido que resonó en medio del silencio y que surgió directamente de su alma. Quería desplomarse, pero no podía; quería vomitar, pero no podía; quería morir, pero no podía. Sólo podía llorar; en la oscuridad, la interminable escalera se volvió borrosa, Andrej se apretó los puños contra las sienes y lloró, como en aquel lejano día había llorado por sus padres.

Cyprian dejó la pluma a un lado y aguardó hasta que la tinta con la que había escrito en el rollito de papel se secara. Podría haberla secado con arena, pero agradeció la pausa que le concedía la espera. Le dolían los ojos. Se contempló las puntas de los dedos manchados de tinta. Llenar los diminutos rollos con letras aproximadamente legibles constituía una tarea de la que incluso Hércules hubiera sido incapaz.

No había encontrado la Biblia del Diablo. Según se mire, había fracasado o bien la búsqueda se había acabado, y punto. Recordó el montón de enmohecidos pergaminos tirados en una esquina de la iglesia en ruinas. Fuera como fuese, había cumplido con su deber. El obispo Melchior le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había prometido hacerlo. En lo que se refería a su tío, Cyprian era un hombre libre.

Podía dirigirse a la casa de los Wiegant, esta vez no disfrazado de sacerdote sino orgulloso y erguido, como él mismo, como Cyprian Khlesl, segundo hijo del maestro panadero de Kärntner Strasse, antiguo agente del obispo de Wiener Neustadt, un pobre diablo sin futuro, y apartar de un manotazo a quien se interpusiera entre Agnes y él. Estaba convencido de que sería capaz de enfrentarse a un ejército para llegar hasta ella. Pero ¿y después?

Tras su último encuentro, ella había salido huyendo. Lo había aborrecido, ¿qué podía hacer? ¿Hablar? Hablar ya no bastaba. ¿Escalar la fachada y raptarla? Agnes se negaría a acompañarlo. Virginia. Virginia estaba tan lejos como la luna, incluso si uno simulaba que podría pedirle un poco de dinero al tío Melchior y convencer al hermano mayor de que le pagara lo que le debía, aunque se arruinaría si lo hiciera. Virginia era la meta hasta la cual debería haberlos transportado su amor, pero por lo visto la nave se había hundido en el fondo de un océano cuyas aguas sabían a desencanto, distancia y confianza perdida.

La tinta estaba seca. Cyprian enrolló el papel y lo metió en el tubo, un tubo tan pequeño que tuvo que bizquear para introducirlo. Las palomas arrullaban dentro de la jaula; cuando agarró una, percibió los latidos de su corazón en la palma de la mano y las garras que se defendían. La llevó hasta la ventana y la abrió. El aire nocturno era frío y fresco. Al percibir la abertura, la paloma se balanceó y de pronto desapareció en medio de un batir de alas y un olor a plumas polvorientas. Un rastro blanco y negro brilló en la palma de la mano de Cyprian. La paloma era una vieja profesional y había soltado lastre antes de partir.

Un hombre libre, libre de toda obligación. Un prisionero a quien el amor le colgaba del cuello como una rueda de molino, porque era un amor desdichado. La Pascua estaba al caer y tendría que cometer un asesinato para conseguir a Agnes.

Cyprian soltó un bufido: ¿acaso no daba igual que lo aborreciera o perteneciera a otro?

De repente comprendió su error. Le había asegurado que la amaba, pero siempre le había dado más importancia a otras cosas que a su amor. Le había dicho que quería iniciar una nueva vida con ella, pero que antes debía encargarse de uno u otro asunto más importante. No había duda que tenía un compromiso con respecto a su tío, tanto moral como de otra clase, pero había olvidado que el amor posee sus propios compromisos. Lo importante eran la fe, la esperanza, el amor..., y el amor era lo más importante de todo. Sin embargo, había tratado el amor como algo secundario y se las había arreglado para que la mujer que amaba sintiera que ocupaba el último puesto entre todas esas insignificancias en torno a las que había construido su vida. Le había dicho a Agnes que la amaba y al mismo tiempo había dejado claro que ella tendría que esperar hasta que todo lo demás estuviera resuelto. Olvidó que el amor era lo más importante y que había que tratarlo como tal.

Salió del desván, bajó la escalera y buscó un trapo para limpiarse el excremento de paloma.

Jarka yacía en el suelo delante de la chimenea, estaba encogida como un recién nacido y gemía. Se había arañado la cara y no dejaba de golpearse la frente contra el suelo. Andrej se arrodilló junto a ella y deslizó una mano entre su frente y el suelo. Ella dejó de golpearse la cabeza y la apoyó en su mano.

—Volviste a mentir —dijo él— cuando me ordenaste que me marchara antes de que me echaras a patadas. Querías decir otra cosa.

—Quería decir antes de que se me rompiera el corazón —musitó en tono casi inaudible.

—Has roto el mío —dijo Andrej y sonrió entre lágrimas aunque ella no podía verlo—. Me lo rompiste la primera vez que te vi.

—Él tiene a mi hijo —susurró Jarka.

Andrej guardó silencio durante un buen rato.

—¿Cómo te llamas? —preguntó por fin.

—Yolanta.

—¡Qué pena! Jarmila me gustaba más.

Ella alzó la cabeza y lo miró con gran sorpresa. Tenía las mejillas cubiertas de verdugones, un chichón en la frente y la cara tan sucia que él casi no pudo reconocerla. El amor por ella lo asfixiaba.

—Pero por otra parte también te amaría si te llamaras Otákar.

Ella le sonrió, pero tras un intervalo tan largo que creyó haberla perdido.

—Algunos grandes hombres de mi pueblo se llamaban Otákar —dijo ella.

—Es de suponer que todos deseaban llamarse de otra manera.

—No todos pueden llamarse Andrej.

—No, gracias a Dios.

—Debo cumplir las órdenes que él me da. Sólo así volveré a ver a mi hijo.

—¿Quiénes «él»?

Yolanta se incorporó. Andrej hubiera querido abrazarla, pero de momento ya se sentía más próximo a ella que nunca. Ella señaló una silla en el extremo de la larga mesa, un poco apartada de ésta.

—No es el capellán de mi tía abuela. No sé quién es. Sólo sé cómo se llama: Xavier Espinosa, padre Xavier Espinosa y sé que es un dominico. Es lo único que me dijo. No tengo ni la menor idea de quién es en realidad, y tampoco quiero saberlo.

—¿Por qué te eligió a ti?

Yolanta se encogió de hombros.

—¿Por qué te cae un ladrillo en la cabeza? ¿Por qué enfermas y mueres? Acudió al hogar para jóvenes perdidas de Santa Agnes administrado por las clarisas. Ignoro lo que le contó a la superiora, pero ésta permitió que me marchara con él,

prácticamente me echó. Supongo que él le mintió. Dudo que hubiera dejado a una de sus discípulas en manos de ese monstruo a sabiendas.

—¿Monstruo? Pero si sólo es un individuo flaco y malhumorado que habla con un deje duro...

—Me extorsiona mediante mi hijo.

Andrej calló. Yolanta se restregó la cara con la manga y se sonó la nariz con un pañuelo, pero después sus fuerzas volvieron a abandonarla, dejó caer los brazos y empezó a llorar.

—No puedo más —musitó—, no puedo más...

—¿Qué edad tiene el niño?

—Casi seis meses —sollozó ella.

—¿Cómo se llama?

Ella hundió el rostro en las manos y siguió sollozando. Andrej tuvo que esforzarse por comprender lo que decía.

—Wenzel, en honor a san Wenceslao.

—¿Dónde está?

—En la casa de expósitos de las carmelitas. No me permiten verlo. Él dijo..., primero dijo que estaba enfermo, después que había sanado porque les recomendó a las hermanas que lo cuidaran especialmente bien. Y dijo que contrarrestar esa orden sería muy fácil. Wenzel es tan pequeño y débil... ¡Ayuda a mi hijo, Señor!

Su dolor le oprimía a Andrej el corazón. La agarró del hombro y ella se apoyó contra su pecho. El la abrazó y empezó a acunarla.

—Lo mataré —susurró Yolanta—. ¡En cuanto haya recuperado a Wenzel, lo mataré! ¡Lo mataré!

Andrej se sobresaltó. La última frase había sido un grito.

—Chitón —dijo—. ¿Quieres que te oiga?

—¿Acaso crees que duerme bajo este techo? —exclamó ella, soltando una carcajada cargada de odio—. Sólo lo parece. De noche se refugia en su condenada cueva y no me extrañaría que fuera un agujero en la tierra que conduce directamente al infierno. Estoy convencida de que me hace vigilar, pero no pasa la noche bajo el mismo techo que yo. Si fuera así, hace rato que lo hubiera matado.

—Jar... Yolanta —dijo él y le acarició la espalda; su odio asesino lo intimidaba y se maldijo por no pronunciar su auténtico nombre de entrada; sospechó que le costaría acostumbrarse a él—. Tranquilízate.

Ella se apretó contra él y durante un rato ambos permanecieron sentados ante el fuego en silencio. Andrej estaba incómodo, arrodillado sobre sus largas piernas, el suelo estaba frío pese al fuego que ardía en la chimenea y que le asaba un flanco, pero estar allí, acurrucado junto a Yolanta y descubrir la verdad era algo más dulce que el viaje a la lujuria que ambos emprendieron en su cama.

—Te eligió porque te podía extorsionar —dijo Andrej—. Pero ¿con qué fin? ¿Qué quiere de ti?

Yolanta no contestó.

—¡Dios mío! —exclamó Andrej, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Sólo te conté mentiras, Andrej —dijo ella; su voz era casi inaudible—. Nunca te dije la verdad. Te utilicé tanto como pude, te causé dolor y vendí tu alma.

—El libro —dijo él.

—Quiere hacerse con él.

Andrej procuró recuperar la serenidad, pero no lo logró.

—¡Maldito seas, padre! —susurró.

—Tu padre no tiene la culpa. Si lo que he deducido es verdad, ese libro existe desde hace cientos de años. Había caído en el olvido y...

—¡Mi padre volvió a sacarlo de él!

—No es un libro cualquiera, Andrej. ¡Él mismo elige el momento en el que vuelve a aparecer!

—Tonterías. Sólo es un libro y nada más. Si lo arrojas al fuego, arde. Si lo rompes, sólo quedarán fragmentos y algunas hojas que se pudren en el rincón de una iglesia en ruinas.

Yolanta negó con la cabeza.

—No. Él está convencido de que ya no se encuentra en Podlaschitz.

—Por eso tuvieron que ir allí, ¿verdad? Me manipulaste con la historia de tu madre hasta que yo mismo empecé a creer que quería volver a encontrar el lugar donde mis padres perdieron la vida.

—Lo siento —susurró ella.

—¡Pero no lo encontré!... —Andrej se interrumpió— y Cyprian Khlesl tampoco.

—Él también busca el libro, pero no para sí sino por encargo del obispo en cuyo coche viajaba.

—Él y el padre Xavier, ¿actúan juntos?

—No. El padre Xavier lo hizo espiar. Cuando Cyprian llegó aquí, empezó a preguntar por los conventos del sur de Bohemia, conventos que hace cientos de años eran importantes y célebres, y que ahora nadie recuerda. Cuando emprendió el viaje, el padre Xavier me ordenó que lo siguiera y que te llevara conmigo.

—¿Y el eje estropeado?

—El cochero estaba sobornado. Siempre nos mantuvimos detrás de Cyprian hasta que tras el cruce de Tschaslau sólo había un camino que podía tomar. Entonces le dimos alcance.

—No noté nada.

—Me esforcé por distraerte —dijo Yolanta con la cabeza gacha.

Andrej trató de sonreír, pero no lo logró. El balanceo del coche, el acolchado

interior..., le pareció que las agradables distracciones con las que amenizar el viaje se le habían ocurrido a él, pero ahora resultaba que no fue así.

—Estoy muy avergonzada.

—Las tres palomas tampoco llevaban mensajes para tu tía abuela.

—No.

Andrej calló. Sospechaba que si se dejaba llevar por la sensación que lo embargaba, olvidaría todos los días pasados junto a Yolanta, qué se convertirían en ceniza y ponzoña. Se dijo que la joven había actuado bajo las órdenes del padre Xavier, había actuado como una agente fría y calculadora, pero no lo había hecho por voluntad propia. La cólera provocada por el dominico le confundía las ideas, pero también la que le infundía Yolanta, y se esforzó por combatirla.

—No me merezco ninguno de los maravillosos momentos que me regalaste —dijo ella.

—Tonterías. —Pero Andrej oyó cuan huera sonaban sus palabras.

—Te he perdido —dijo Yolanta; su rostro se había vuelto pálido.

—¿Por qué no confiaste en mí?

—¿Al precio de la vida de Wenzel? No podía.

—Tal vez podría haberte ayudado. Podría haber hablado con alguien de la corte...

—¿Con quién? ¿Con el emperador Rodolfo? Tú mismo dijiste que allí no tienes amigos y que el emperador está loco.

—¿Qué he de pensar ahora, Jarka? —Andrej notó que volvía a equivocarse de nombre y sintió una satisfacción perversa, pero inmediatamente después se avergonzó.

Ella no tenía derecho a jugar con él, pero al pensarlo, se le apareció la imagen de la callejuela junto al retrete; del golfillo de más edad, el que casi lo violó, arrodillado en medio de la mierda, obligado a satisfacer al concejal con la boca. ¿Qué se podía aprender de ambas experiencias paralelas? El muchacho había sometido a los más débiles a la misma humillación sufrida por él, y Andrej era uno de aquéllos. Yolanta le había proporcionado amor, entrega y pasión, y la sensación de que ya no estaba solo en el mundo. Por supuesto que todo había sido por obligación, todo fue mentira, pero ella lo había tratado con mucha suavidad. Y pensara él lo que pensara o sintiera lo que sintiera ahora (¿Qué he de preguntarle a mi corazón en vista de esta historia, Jarka?), algo estaba claro: la amaba con todas las fibras de su ser. Podía apartarla de su lado, dejar que la bien fundada ira lo consumiera, pero lo que lo consumiría sería el amor insatisfecho por ella.

—¿Qué he de hacer ahora, Jar... Yolanta?

—Sigue llamándome Jarka —susurró ella—. A fin de cuentas sólo es un apodo cariñoso y no quiero que me llames de otra manera.

—¿Todo fue mentira? —preguntó, alzando las manos.

Ella se soltó de su abrazo y asintió. Andrej sintió una punzada en el corazón.

—Cada palabra.

Él no pudo responder. Una voz burlona en su interior preguntó: «Pero ¿qué pensabas? ¡El momento de creer en los cuentos de hadas se acabó cuando el monje loco se abalanzó sobre ti blandiendo el hacha!» Y otra contestó: «Y sin embargo ocurrió un milagro. Todavía estoy con vida». Sacudió la cabeza para acallar las voces.

—Cada palabra —dijo ella—. Cada palabra dicha antes, cuando grité que no te amaba, que nunca te había amado. Era todo mentira.

Andrej se sumió en la confusión.

—Sólo tengo tres deseos en la vida —dijo Yolanta—. Recuperar a mi hijo, estar contigo y matar al padre Xavier. Si los dos primeros se cumplen, renunciaré al tercero.

—Yo... —dijo Andrej, pero este sonido no estaba relacionado con una actividad cerebral. Seguía tratando de controlar sus ideas, sin prestarle atención a sus actos—. Yo...

—Yo te amo —dijo ella—. Me enamoré de ti cuando te vi acurrucado sobre la mesa en tu choza. Cuando te pusiste de pie de un brinco y te golpeaste la cabeza contra el techo, ya te amaba de todo corazón. Y cuando estábamos sentados en el carruaje y atravesábamos la noche entre risas, supe que nunca querría tener otro compañero que no fueras tu.

—El padre Xavier te lanzó en pos de mí a causa de mi historia...

—Sí. Quizá sea su única buena acción en la vida. Por ella le perdonaré la vida, aunque sea un monstruo. Dios quiso que de una acción malvada surgiera algo bueno.

De repente se le aclararon las ideas. Era como una revelación. ¿Una mala acción que se convertía en algo bueno? No estaba indefenso, al contrario.

—¿Qué ha de pasar ahora entre tú y el padre Xavier?

—Quiere encargarme una cosa más. Creo que es la última. Insinuó algo por el estilo.

—¿Adónde te llevará?

—He de sonsacar a una mujer, aquí en Praga. Es la mujer que ama Cyprian Khlesl. Quiere utilizarla para acercarse a él.

—¿Lo harás?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Cuánto tiempo se supone que te llevará?

—Debo hacerme amiga de ella, aunque ignoro cómo. Pero el padre Xavier es como una araña en su red: tiene tiempo.

—Nosotros no. Introdúctete en su casa a hurtadillas. Roba algo que le pertenezca, algo de valor. Inventaremos una historia que explique cómo nos hemos hecho con el

objeto y se lo devolveremos. Entonces habrás conquistado su confianza.

—¿Y después?

—Después la adviertes. Si te presentas en su casa como una perfecta extraña, no te escuchará, ¿verdad?

—¡No puedo advertirla! ¿Y si el padre Xavier lo descubre?

—Escúchame: si el padre Xavier pretende acercarse a Cyprian Khlesl a través de ella, pues buena suerte. No quisiera tener a Cyprian como enemigo, lo conozco demasiado bien. Parece un individuo muy tranquilo, pero estoy seguro de que si alguien se interpusiera en su camino, lo aplastaría. Ése no se deja manipular, sobre todo si sabe con quién se las tiene.

—¿Por qué arriesgarnos? Cyprian Khlesl no es amigo nuestro.

—Porque si el padre Xavier se enfrenta a él en estas circunstancias, o habrá perdido o bien estará muy ocupado y se olvidará de ti.

—Pero...

—Entonces te habrás librado de él. ¡Nosotros nos habremos librado de él! ¿Acaso no merece la pena correr ese riesgo?

—¿Y Wenzel? Basta una palabra de ese monstruo para... No puedo más, Andrej —dijo, volviendo a llorar—. ¡Estoy tan... exhausta!

Una llama ardía en el interior de Andrej y no prestó atención a sus palabras.

—He de hacer algunos preparativos. Me llevará dos o tres días. Tiene que salir bien. Te informaré cuando lo tenga todo organizado.

La joven lo miró fijamente. Hasta ahora él siempre se había sometido a ella y se había sentido desamparado, pero esa noche había supuesto una catarsis. Tenía un plan y estaba convencido de que funcionaría. Se inclinó y la besó en la boca con una seguridad en sí mismo y una pasión que le resultó extraña. Después se puso de pie.

—¡Hoy es el primer día de nuestra nueva vida! —exclamó.

* * *

Fuera, en la callejuela, seguía tan excitado que remontó el camino al Hradschin sin tomarse la molestia de avanzar sigilosamente para no llamar la atención de las patrullas nocturnas.

No notó la presencia de la harapienta figura con una venda en la frente que salió de las sombras y lo siguió con la mirada.

—Y encima esto —murmuró la figura—. ¿Por qué no la follas hasta perder el sentido, so idiota?

La figura se puso en movimiento con los pies doloridos y se detuvo tras unos metros.

—Además he de correr, maldita sea. Que te den...

El hombre siguió a Andrej con la mirada, mientras éste desaparecía rápidamente en la oscuridad.

—¿A qué viene tanta prisa, so memo? Hasta ahora siempre te arrastraste hasta tu casa. ¡Pero da igual! Sabes lo que has de hacer, escoria. Sí, padre: vigilar a la pequeña. ¿Acaso ya no confiáis en ella, padre? ¡Cierra el pico y no cometas errores, escoria! No os preocupéis, padre, cumpliré vuestras órdenes hasta que Jesús baje de la cruz y me ordene otra cosa. ¡Tienes suerte, escoria, tienes suerte! —masculló y volvió a ocultarse entre las sombras junto a la casa de Yolanta.

»No cometas errores —gruñó—, no cometas ningún error. Y sobre todo cierra el pico. ¡Vete al infierno, padre Xavier de mierda!

—O... o... otra vez, no —tartamudeó Buh.

—No —dijo Pavel y aplastó un terrón de musgo entre los dedos. De él brotó un líquido pardo que parecía sangre.

Desde su escondrijo, observaron la alquería al otro lado del camino. De las chimeneas surgían columnas de humo. La primavera le había ganado la batalla al invierno, pero en el interior de las casas aún reinaba el frío húmedo del deshielo. A lo lejos, entre las colinas bajas, Pavel creyó adivinar un centelleo grisáceo: Praga. También allí las chimeneas estarían echando humo.

Su viaje podría haber sido placentero; desde su partida el aire se había vuelto templado y habían logrado refugiarse de los ocasionales chaparrones y, debido al gran número de viajeros recorriendo el camino, siempre comieron bien: al principio de la estación de las peregrinaciones, los monjes siempre recibían limosnas con el fin de que Dios y los santos atendieran los ruegos de los particulares. Los cantos de las aves del bosque eran tan sonoros que siempre despertaban a Pavel y Buh de madrugada cuando acampaban al aire libre, pero eran preferibles al agudo tañido de las campanas que resonaba en las cuevas situadas por debajo del convento de Braunau. El agua de los arroyos era clara y fresca y aún sabía a nieve, una circunstancia muy apreciada cuando el sol primaveral les calentaba el hábito y el invierno sólo era un recuerdo. Y sin embargo... sin embargo cinco de los siete días de viaje supusieron un esfuerzo agotador a causa de Buh.

Él no tenía la culpa, más bien la tenía Pavel, y si uno realmente quería echarle la culpa a alguien había que echársela al diablo, que había dejado al mundo su testamento personal en herencia, para que el mundo se destruyera a sí mismo; pero como era imposible atrapar al diablo y Pavel tendía a tomarse las cosas de manera personal, al final el culpable resultó ser él.

Buh, que cazaba moscas con sus grandes manos y después las soltaba, que incluso apartaba las cochinillas que pululaban a miles en el calabozo debajo del convento en vez de catapultarlas al primer rincón con los dedos, Buh, que ahora se restregaba los nudillos donde la piel ya había cicatrizado... «Tenía la esperanza de alejarte de todos los pecados —pensó Pavel—, pero he fracasado». Él mismo había cargado con el peor de los pecados, como el abad Martin le ordenó, pero no logró mantener libre de pecado a Buh.

—Otra vez, no —repitió.

—¿L... lo... prometes?

—Esta vez no habrá problemas. Es una anciana. Veinte años es mucho tiempo. Nuestros hábitos negros no llamaban la atención de las personas que recorrían el camino, pero ella los reconocerá de inmediato y no se negará.

—E... el... lab... lab...

—Sí, el labrador los reconoció y no se dejó impresionar. Lo sé —dijo, suspirando—. Pero esta vez será diferente. Lo prometo.

—T... t... tal... vez... —Buh abandonó.

Pavel asintió con la cabeza. Como siempre, sabía lo que el gigante intentaba decir, «Tal vez la anciana no estaría en su casa. A lo mejor el viaje habría sido en vano y tendrían que regresar». Pavel resopló. No regresarían, porque no podían regresar. El tenebroso tesoro que vigilaban corría peligro mientras existiera la más mínima posibilidad de que el mundo volviera a enterarse de su existencia. Si el libro corría peligro, el convento y el abad Martin, también. Pavel sabía que se trataba de algo más que el peligro para su convento o para el padre abad, pero lo que lo impulsaba era la amenaza que se cernía sobre ambos.

Se puso en pie. Buh le lanzó una mirada de soslayo.

—Escúchame —dijo Pavel.

Buh no era duro de entendederas, sólo tenía dificultad para hablar, pero todos tendían a creer que un tartamudo pensaba con la misma lentitud con la que hablaba. Pavel sabía que no era así, pero a veces también él le hablaba como si Buh fuera incapaz de encontrar el camino a la letrina si quien le había precedido no había dejado la tapa abierta por error.

—Resultó más difícil encontrar al labrador porque tuvimos que recorrer el mismo camino que él recorrió en aquel entonces. Pero en este caso es diferente.

El labrador no había llegado muy lejos tras abandonar Podlaschitz junto con la mujer, la bendición del hermano Tomá y el dinero del prior Martin: sólo hasta Kolin. Seguir su rastro hasta allí fue bastante difícil; resultó más sencillo averiguar que la mujer había huido hasta los alrededores de Neuenburg. No: no fue más sencillo, sino más rápido. Le llevó dos horas, y puede que dos horas parezcan poco tiempo pero no fue así porque estuvieron acompañadas por el ruido de los golpes y de los gritos de dolor. Era asombroso hasta qué punto un hombre era capaz de aguantar la tortura para proteger a alguien a quien ni siquiera conocía bien, y después elegir el mismo lugar para instalarse en su nuevo hogar. Buh volvió a restregarse los nudillos de la mano derecha como si hubiera leído el pensamiento de Pavel; su expresión era adusta.

—Por otra parte, Colonia es más grande que Neuenburg y ella aún vive en las afueras de la ciudad, en esa granja situada allí delante. En Kolin logramos encontrar la casa, forzar la entrada y atrapar a ese individuo sin que los vecinos se percataran; aquí eso no funcionará, entre otras cosas porque ignoramos en cuál de las casas vive.

Buh asintió. Pavel no conocía la comarca, pero tenía claro que ambos fugitivos habían huido en dirección a Praga. ¿Acaso habían esperado ocultarse en esa ciudad más grande? ¿O sólo se trataba de que allí el anonimato sería mayor y resultaría más fácil borrar el rastro de un niño pequeño? Lo único seguro era que ambos optaron por

instalarse en lugares gobernados por los protestantes. Según parecía, no sólo quisieron alejarse de su antigua patria, sino también de su antigua fe.

—Hemos de lograr que salga de la casa —dijo Pavel.

—¿A... a... dón...?

—¿Adónde la llevaremos? —Pavel señaló una choza junto al linde del bosque: un techo cubierto de haces de heno, una puerta cuya parte inferior estaba abierta—. Las cabras están pastando en alguna parte. Nadie acudirá.

—¿C... có... cómo?

—¿Cómo lograremos que salga? —Pavel indicó una figura delgada que paseaba lentamente por el patio formado por los edificios de la alquería, luego desapareció tras los techos de las casas y volvió a aparecer en el sendero que recorría la linde del bosque hasta encontrar otro camino u otra casa de labranza.

—Él nos ayudará.

* * *

—De acuerdo, si para vosotros es tan importante... —dijo el muchacho, masticando una brizna de hierba y contemplando a ambos monjes con el ceño fruncido.

—Es importante —insistió Pavel.

—Bueno —dijo el muchacho—. Pero os digo que os equivocáis.

—¿De veras?

—Sí. Mi madre nació aquí. No vino de otro lugar. Siempre estuvo aquí.

—Hummm —murmuró Pavel—. Nos dijeron que se trataba de tu madre.

—No, no.

—Hemos hecho todo el camino en vano. Dios nos pone a prueba, ¿me oyes, hermano Petr?

Buh, que al principio no reconoció su propio nombre y cavilaba para sus adentros, se sobresaltó y asintió con la cabeza. El muchacho lo contempló como si fuera un oso, de esos que los prestímanos itinerantes arrastran a sus espaldas.

—A lo mejor os referís a la vieja Katka.

Pavel no parpadeó. El hermano Tomá no le había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían haber matado en vez de ponerlo a salvo. Pero el labrador había hablado... después de las dos horas en las que la estatura y la fuerza de Buh se convirtieron en una perversión de sí mismas. Katerina... Katka...

—Creí que tu madre se llamaba Katerina. —Pavel decidió proseguir con la charada hasta el final.

—¡No! —dijo el muchacho, riendo—. Mi madre se llama... —Se rascó la cabeza y reflexionó, intentando recordar el nombre poco utilizado—. Sé llama Barbora.

—Gracias por aclararnos nuestro error, hijo mío.

—¿Sí?

—Y vemos que eres un joven inteligente.

Buh gruñó y asintió con la cabeza. El muchacho le lanzó una mirada desconfiada y después se volvió hacia Pavel.

—Bien. No queremos levantar revuelo y alborotar tu tranquilo hogar —dijo Pavel—. Pero tenemos un mensaje importante para Katka y tú eres el más indicado para transmitírselo.

—Pero es que he de ir a...

—Claro que sí. Y la bendición de Dios te acompañará si antes les dedicas unos segundos a dos humildes siervos del Señor.

—¿Sí?

A Pavel le disgustaba abusar del muchacho. Se veía a sí mismo en la figura de ese adolescente delgado de pies sucios y cabellos revueltos. Era el mismo aspecto que él había tenido cuando emprendió el viaje que finalmente lo condujo hasta la puerta del convento de Braunau. Había partido de una alquería similar. La diferencia principal residía en que el adolescente Pavel había sido más rápido de entendederas... y que se había apresurado a prestarles un servicio a dos monjes; en todo caso, su mayor afán siempre consistió en llevar el hábito con humildad, modestia y fervor por el Señor.

—Sí.

—Pero es que debo ir...

—Y la bendición de Dios te acompañará.

El muchacho lo miró fijamente.

—¿Y eso también vale para mi hermanita? —preguntó.

Pavel se sintió confuso. El muchacho señaló algo a sus espaldas.

—Mi hermana pequeña. Sólo es así de grande —dijo, indicando algo que podría haber sido un cachorro—. Sólo tiene dos o tres días. Padre dice que no lo logrará, pero me da lástima. Quizá podríais suplicarle al Señor que la cuide un poco. Yo me las arreglaré.

—Oraremos por ella —dijo Pavel, y se sintió como un monstruo. El monstruo sabía lo que era necesario y esbozó una sonrisa en el rostro de Pavel, una sonrisa capaz de conmover a las piedras.

El muchacho le devolvió la sonrisa.

—¿Qué debo decirle?

—Que tenemos un mensaje para ella. De un joven de Praga.

—¡De Praga! —El muchacho estaba impresionado.

—Ha soñado con el paño en el que lo llevaron cuando era un lactante. Ha soñado con la mujer que lo llevaba. Quiere agradecerle el haberle salvado la vida.

—¿La vieja Katka tiene un hijo?

—No. Es una historia mucho más complicada.

Era evidente que el muchacho quería que le contara esa historia mucho más complicada.

—Si le dices eso a la vieja Katka, empezaremos a rezar por tu hermanita inmediatamente.

—¡Bien, de acuerdo! —dijo el muchacho y se dispuso a echar a correr.

—Un momento. ¿Recuerdas lo que has de decirle?

El muchacho repitió las palabras de Pavel con la precisión de alguien cuya fantasía está escasamente desarrollada para introducir variantes en un texto.

—Bien. Dile que la esperamos en el corral de las cabras junto a la linde del bosque. Ella sabrá por qué se trata de un asunto no apto para los oídos de los demás.

—¿Por qué?

—Ahora rezaremos por tu hermana.

—¡De acuerdo! —El muchacho echó a correr hacia los edificios.

—Venga, vamos —siseó Pavel—. Katka no debe vernos antes de entrar al corral, de lo contrario huirá en cuanto vea nuestros hábitos.

—¿Qué... qué... tie... tienen de malo? —tartamudeó Buh.

—¡Nada! —Pavel se obligó a sonreír. Buh se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa. Pavel lo agarró del brazo.

—¡Date prisa!

Katka apareció por fin —había tardado mucho más de lo calculado por Pavel— acercándose a toda prisa. Pavel había dispuesto del tiempo suficiente para orientarse en el pequeño corral y encontrar un sitio donde Buh pasara desapercibido. Como el corral estaba en ruinas, de lejos había parecido más pequeño de lo que era. Debía de albergar las cabras y las ovejas de todo el asentamiento y, a juzgar por el tufo, también cobijaba a los cerdos. Las gallinas, encerradas en un gallinero, observaban a los recién llegados con la desconfianza que, según Pavel, se merecían. Buh permanecía sentado a la sombra de una parva de heno, ojeando a las gallinas con la esperanza de que alguien hubiera pasado por alto algún huevo, mientras que a Pavel no le quedaba más remedio que esperar. Se había paseado nerviosamente de un lado a otro espionando hacia el exterior cada dos minutos; los rayos del sol atravesaban el agujereado techo, hacían brillar las motas de polvo que formaban columnas luminosas entre las que pasaba la sombra inquieta de Pavel. Le parecía deambular entre el cielo y el infierno y, en medio de la luz cambiante, recordó el largo viaje que al final lo había conducido hasta ese corral, albergando intenciones tanto más tenebrosas cuanto más clara era su motivación. Aquel viaje lo había conducido antaño siendo adolescente hasta la puerta del convento de Braunau.

Cuando hubo llegado allí, Pavel creyó haber alcanzado la meta deseada. Tras pasar cinco días delante de la puerta, comprendió lo que suponía la primera regla de los monjes para aceptar a nuevos hermanos: comprobar si sus almas pertenecían a

Dios.

Cuando llovía en el valle de Braunau, la lluvia era incesante. Las nubes se desplazaban desde el oeste, pasaban por encima del Riegel para luego sumergirse en la comarca de Braunau, donde las cimas boscosas de los montes Stern, los graneros y los montes Heidel impedían su avance hacia el sur y el este. Si querían pasar por encima de estos obstáculos debían soltar lastre, y eso llevaba un buen rato. Cuando llovía en la comarca de Braunau, siempre llovía durante unos cuantos días.

«Cinco días, para ser preciso», pensó Pavel, resignado. Durante las semanas anteriores había hecho buen tiempo, un veranillo de San Miguel que se convirtió en un otoño dorado: el heno se secaba solo en los campos y las poblaciones más grandes, como Braunau, Adersbach y Starkstadt, desaparecían bajo nubes de polvo mientras que los caminos que comunicaban los asentamientos y las numerosas aldeas entre sí ardían bajo el sol. Durante todo el viaje, el sudor había estado brotando de su cuerpo sin cesar, y junto con el sudor, Pavel se había deshecho de su vida anterior. En el molino de Liebenau, afirmó que provenía de Schönberg cuando le dieron un trago de agua y le preguntaron de dónde era oriundo. En Buchwaldsdorf afirmó ser el nuevo aprendiz del molinero de Liebenau; en Lochau provenía supuestamente de Buchwaldsdorf y en Weckersdorf, de Lochau, y lo que averiguó de la gente de cada pueblo anterior mientras bebía agua de la fuente bastó para legitimarlo en el siguiente.

Por fin llegó hasta el foso abrupto que separaba el convento y la parte principal de la ciudad textil del terreno circundante, atravesó el puente de madera y creyó encontrarse frente a la meta de su largo viaje, que por supuesto no había empezado en Schönberg. Hay destinos en los que ni siquiera las miles de gotas de sudor resultan suficientes para lavar la vida anterior de un muchacho de catorce años.

Ésa era la meta del viaje de Pavel, tanto física como psíquica: el convento de San Wenceslao, edificado sobre la roca de Braunau y que hasta cierto punto había identificado la ciudad con la mismísima roca gracias a sus murallas, torres y baluartes.

Pavel llamó a la puerta del convento y le dijo al viejo y arrugado rostro que se asomó a la pequeña mirilla que quería dejar atrás el mundo y dedicar su vida al servicio de Jesucristo y a alcanzar el conocimiento, lo que se correspondía con la verdad. Le dijo que tenía veinte años y que sus padres estaban de acuerdo con su elección —ambas mentiras—, que su hogar estaba muy lejos y que su familia era demasiado pobre para proporcionarle un estipendio que le permitiera ingresar en el convento —lo que volvía a ser verdad—, así que rogaba humildemente que le permitieran renunciar al mundo y entrar en el convento para realizar las tareas más bajas con el fin de demostrar su pureza. Todas esas declaraciones habían ido acompañadas por la sonrisa cuyo efecto Pavel había descubierto por primera vez a los

doce años cuando lo pillaron robando en la casa del terrateniente y, en vez de castigarlo, la gorda cocinera lo llevó al rincón más oscuro de la cocina donde obtuvo el perdón por su pecado entre los muslos de la maritornes y de paso perdió la virginidad; a los doce años parecía tener dieciséis. Igualmente ahora, a los catorce años podía hacerse pasar por un muchacho de veinte años, más pequeño y delgado que la mayoría, pero con un rostro más maduro que el que correspondía a su edad.

La sonrisa iluminó el rostro del monje asomado a la mirilla, rebotó y murió antes de que éste comprendiera qué había ocurrido.

—Comprueba si tu alma pertenece a Dios —había gruñido el monje, cerrando la mirilla. Y la puerta también se cerró.

Durante los cinco días siguientes, otros que compartían el mismo destino se unieron a Pavel. En otoño solían aparecer más postulantes que de costumbre ante las puertas del convento, rogando que los acogieran: el invierno se aproximaba, los terratenientes necesitaban un menor número de temporeros y sus arrendatarios se volvían más avaros al repartir sus provisiones con vagabundos y desarraigados. Desde que la cristiandad se había dividido en dos y ambos bandos guerreaban entre sí en nombre de Aquel que había muerto para llevar la paz a la tierra, las cifras de acogida habían aumentado, pero en otoño alcanzaba el nivel más bajo. Al igual que Pavel, los jóvenes se refugiaban bajo la escasa protección ofrecida por el arco de la puerta, realizaban pequeños servicios para los visitantes seculares y religiosos del convento, tomaban la sopa aguanosa que el hermano portero les llevaba dos veces diarias, escuchaban sus breves exhortaciones y examinaban su propia alma mientras los charcos alrededor de sus pies se volvían cada vez más profundos. Al final, todos excepto Pavel y otro muchacho llegaron a la conclusión de que su alma no pertenecía a Dios y se marcharon.

El otro muchacho se había mantenido alejado de los demás desde el principio. Con el tiempo, Pavel había descubierto que su inteligencia no mantenía ninguna relación con el tamaño de su cuerpo: parecía un oso que, incluso entre los osos, habría parecido enorme, pero si lo fastidiaban apenas reaccionaba y prácticamente no hablaba; los únicos sonidos que surgían de su boca eran los eructos tras beber la sopa y los ronquidos cuando dormía. En cierto momento, a uno le pareció divertido acercarse a él por detrás y gritarle «¡Buh!» al oído. El susto hizo que el muchacho diera un brinco y se golpeará contra la puerta del convento, que tembló pero no se rompió; después se deslizó al suelo y se echó a llorar. Los demás lo rodearon, riendo y gritando «¡Buh! ¡Buh! ¡Buh!» hasta que Pavel les dijo lo que opinaba de quienes se burlaban de una persona que se cubría la cabeza con los brazos y trataba de esconderse dentro de un charco de barro, llorando y moqueando. Pavel era más pequeño que los otros, pero sólo con ver la expresión de su rostro, cualquiera medianamente sensible a las señales mudas habría comprendido que, gracias a su

experiencia anterior, estaba acostumbrado a imponer sus opiniones. A partir de aquello, los demás dejaron tranquilo al muchacho pero siguieron llamándolo Buh. Como ignoraba cómo se llamaba, Pavel hizo lo mismo.

El quinto día, cuando sólo quedaban él y Buh, éste sufrió un ataque de tos que casi lo asfixia. Cuando por fin dejó de toser, el gigantesco muchacho permaneció tendido en el suelo tratando de recuperar el aliento; estaba pálido, tenía los labios azules, se encogía de frío y tiritaba... Entonces Pavel perdió la paciencia. Llamó a la puerta del convento y tras unos instantes la mirilla se abrió, apareció el rostro del viejo portero, que lo contempló con los ojos entrecerrados.

—Comprueba el estado de tu alma... —empezó a decir el monje, pero se interrumpió—. Te conozco —murmuró después—, qué bien que aún estés aquí. Tu corazón es muy humilde.

—Ruego que me dejéis pasar —dijo Pavel.

—Ya, ya —contestó el portero.

—Ruego que me dejéis pasar, no en mi nombre sino en nombre de la compasión. ¡Ruego que nos dejéis pasar a mi amigo y a mí, porque encontrará la muerte si la comunidad de Braunau no halla la manera de comprobar el estado de nuestras almas bajo techo!

El anciano se quedó de piedra. «Ya está —pensó Pavel—, mi esperanza acaba de desvanecerse gracias a dos frases airadas dichas en el momento equivocado», pero no obstante se sentía colérico, indignado y satisfecho. El portero cerró la mirilla.

Pavel se giró. Buh se había incorporado y apoyado contra el arco de la puerta. Sus ojos estaban en sombra y miraba el suelo con resignación.

La puerta del convento se abrió y salieron dos monjes. Llevaban mantas en las manos y el portero los seguía.

—Estamos para servir al Señor y a sus criaturas —dijo el portero—. Servimos con humildad. Pero la humildad no nos impide reconocer el valor de la vida y por eso hemos de actuar cuando ésta peligra y hacer cualquier esfuerzo para protegerla. Tu corazón es fuerte, hijo mío. Podéis entrar.

* * *

La figura se movía apresuradamente entre las chozas de la alquería. Pavel la observó recorrer el sendero que salía del asentamiento y se acercaba a la linde del bosque, inclinada hacia delante como si luchara contra una tormenta; después remontó la suave ladera. El sendero se bifurcaba al llegar junto a los primeros árboles; el tramo más ancho rodeaba el bosque y conducía a la ciudad, una senda más estrecha llevaba hasta el corral de las cabras. La figura se detuvo en la bifurcación para recuperar el aliento. La mancha clara de un rostro se volvió hacia el corral.

—Pronto estará aquí —siseó Pavel. Buh se encogió sobre sí mismo; Pavel notó su preocupación y procuró lanzarle una sonrisa confiada. Después volvió a asomarse por

encima de la mitad superior de la puerta y se apretó contra la jamba para no ser visto.

La figura ya había recorrido un buen trecho desde la bifurcación, pero corría en la dirección opuesta. Pavel la observó, incrédulo.

—Se larga —susurró, y después le gritó a Buh—: ¡Se larga! —Pero mientras gritaba ya había echado a correr hacia la bifurcación.

La figura rechoncha pertenecía a una mujer mayor, que al oír el grito se dio la vuelta; Pavel vio que hacía una mueca de horror y trataba de correr más rápido, pero trastabilló. Pavel se abalanzó hacia ella, el hábito ondeaba a sus espaldas. Si la mujer lograba llegar hasta el camino su plan habría fracasado porque dado el tráfico de los últimos días, alguien la oiría si pedía ayuda. No es que ese alguien fuera a intervenir al ver cómo dos monjes agarraban a una anciana y la arrastraban a la cuneta, pero ese alguien tendría mucho que contar cuando llegara al siguiente pueblo, y todo dependía de que la misión de Pavel y Buh permaneciera en secreto.

Pavel oyó los pasos de Buh a sus espaldas. En trechos largos el muchacho era invencible; sus piernas musculosas impulsaban su cuerpo y, una vez puesto en movimiento, el peso lo arrastraba hacia delante. Pavel era más menudo y ligero, y la sensación de no avanzar cuando corría formaba parte de su destino.

La mujer —no cabía duda de que era Katka— volvió a girarse. Pavel vio su rostro contraído por el odio y el temor. Katka intentó acelerar el paso, tropezó y cayó al suelo. Cuando trató de ponerse de pie, Pavel ya estaba a su lado.

—¡Suéltame! —chilló ella—. ¡Suéltame, diablo! ¡Suéltame!

—No te haremos daño —jadeó Pavel.

Ella se arrastró a cuatro patas, tratando de ocultarse entre los matorrales junto al sendero y lanzando patadas. El procuró agarrarla de un pie pero se le escapó y recibió un puntapié en el hombro y otro en la rodilla.

—¡Suéltame!

—Quédate quieta, sólo queremos...

—¡Diablo! ¡Diablo! ¡DIABLO!

Pavel volvió a agarrarla y trató de esquivar un pie calzado con un desgastado zapato de cuero. La patada le abrió una herida en el pómulo y los ojos le lagrimearon. Katka retrocedió entre los matorrales, chillando como una loca; tenía el rostro de color púrpura y la mirada perdida. En cualquier momento las personas que aún estaban en la alquería y no en los campos saldrían para ver qué eran esos gritos.

—¡Por san Wenceslao! —siseó Pavel y se abalanzó sobre ella para taparle la boca. La mujer pataleaba, la punta del zapato se clavó en sus partes y Pavel se desplomó lentamente. Soltó un gruñido y todo empezó a girar, se le nubló la vista y el dolor se concentró en sus testículos aplastados. Katka enmudeció; él oyó el crujido de las ramas rotas y el quejido victorioso cuando ella logró abrirse paso entre los matorrales y salió al otro lado, bajo los árboles.

Entonces Buh se arrojó a través de la maleza; allí donde el pataleo de Katka había dejado unas ramas rotas apareció una trocha sembrada de hojitas verdes. Pavel oyó el grito aterrado de Katka y el tartamudeo de Buh:

—¡P... p... por... favor!

Para Pavel ponerse de pie supuso una acción heroica. Trató de tomar aire y se tambaleó a lo largo del ancho rastro terroso dejado por Buh. Las náuseas recorrían su cuerpo en oleadas. Vio a Buh: estaba arrodillado junto a Katka y le apretaba los hombros contra el suelo. Ella lo miraba fijamente, enmudecida de terror. Pavel sabía que la suave presión de las manos de Buh no habría roto un huevo crudo. Oyó una voz que surgía del fondo de un pozo y se abría paso a través del fuego, del hielo y de afilados colmillos. Sólo se dio cuenta de que era la suya porque dijo lo que él quería decir.

—¡No te pasará nada, Katerina! ¡Sólo queremos hacerte una pregunta!

De repente fue como si lo embistiera un toro salvaje. Pavel cayó al suelo y creyó morir. El toro se abalanzó sobre él, golpeando y pateando. La herida de la mejilla se abrió, el toro le aplastó la oreja y el ariete de un ejército sitiador se le clavó en el estómago. Sólo entonces alzó los brazos y trató de protegerse.

—¡Largaos! —jadeó el toro—. ¡Panda de asesinos! ¡Largaos! ¡Dejadla en paz!

El peso se retiró, los insultos prosiguieron. Pavel procuró ver lo que ocurría. Vio una figura que pataleaba, insultaba y escupía, colgada de los brazos de Buh.

—¡Me cago en vuestras oraciones! —chilló—. ¿Qué queréis de Katka? ¡Dejadla en paz!

—No queremos hacerle daño, muchacho, sólo hacerle una pregunta —dijo Pavel, sintiendo al hablar la misma dificultad que debía de sentir Buh para pronunciar una palabra.

—¡Mierda! —gritó el muchacho, y le pegó un puntapié en la rodilla a Buh. Este abrió de par en par los ojos y se desplomó. El muchacho se soltó y echó a correr hacia el camino, pero Pavel logró agarrarlo del pie y lo hizo caer. Entonces Buh volvió a aferrarlo.

—¡Katka! ¿Te han hecho daño? Te seguí porque me diste con la puerta en las narices —dijo el muchacho.

—¡Está perfectamente! —dijo Pavel, irritado—. Cierra el pico, de lo contrario te lo cerrará Buh.

—¡P... p... por... favor!

—Soltad al muchacho —dijo Katka en tono apagado.

El chico parpadeó, pero Pavel también había oído las voces que provenían de la casa de labranza y sus ideas se arremolinaron.

—¡SOCORROOOO! —gritó el muchacho a voz en cuello, pataleando como un loco, pero la mano de Buh le tapó la boca. El muchacho se agitaba hasta tal punto que

hizo tropezar a Buh y éste cayó de rodillas. La mano que tapaba la boca se desplazó y el muchacho le hincó los dientes. Buh soltó un gemido, lo arrojó al suelo y volvió a taparle la boca. El muchacho chacho seguía debatiéndose, pero cuando Buh apoyó su peso sobre él, por fin se quedó quieto. El gigantesco monje parecía desesperado.

—¡Os atraparán! —siseó Katka—. ¡Y después os lapidarán!

Las voces de la alquería se acercaban. De pronto Pavel se vio a sí mismo en su vida anterior, con el magro botín de un robo en las manos, acurrucado en un rincón mientras fuera se aproximaba la jauría con porras, horcas y una cuerda, y se sintió embargado por el miedo. Con asombro, comprendió que temía por Buh. Él lo había involucrado en ese asunto; si algo le sucedía sólo sería culpa de Pavel.

—¡Sois unos contranaturales! —exclamó Katka. «Son las palabras del viejo Tomás», pensó Pavel sin que viniera a cuento.

—¡Gnnn... gnnn! —balbuceó Buh, que seguía aplastando al muchacho contra el suelo, casi como si lo abrazara.

—¿Hola? —dijo alguien en voz baja. La voz provenía del sendero. Sonó tan cerca de ellos que Pavel comprendió que no les daría tiempo a ocultarse en el bosque.

—Quedaos quietos —dijo Pavel—. ¡Quietos! Yo lo arreglaré.

—Sólo tengo que gritar... —dijo Katka.

—Y Buh sólo tiene que aumentar la presión. No queremos hacerle daño a nadie, ¿comprendes?

La vieja abrió la boca pero al mirar a Buh y al muchacho, apretó los dientes.

—¡Lo soltaréis! —susurró.

—Os soltaremos a ambos —dijo Pavel, traspasándola con la mirada. La mujer apartó la suya y bajó la cabeza.

—¡Buh!

El gigante alzó la vista; estaba pálido.

—No lo sueltes. Tenemos una oportunidad, pero no dejes que grite, ¿me oyes? ¡En ningún caso! Arrástrate detrás de ese árbol caído, ¡rápido!

Buh asintió con la cabeza; sus ojos llamearon y desvió la mirada. Algo en el interior de Pavel se contrajo. Buh arrastró al muchacho detrás del tronco y Katka los siguió a gatas.

Pavel se adentró en la trocha creada por la embestida de Buh y oyó el murmullo de las personas que se aproximaban. Miró en torno y vio que al borde de la trocha crecían un rosal silvestre y un endrino. Ambos se habían entrelazado de tal manera que las espinas del primero y las púas del segundo apuntaban hacia el exterior, como la formación defensiva de un ejército. Pavel tragó saliva, abrió los brazos, gritó «¡SOCORROOO!» a voz en cuello y se dejó caer contra las púas.

* * *

El hábito lo protegió un poco, pero su cabeza y sus manos se llevaron la peor

parte. Sintió cómo las púas se clavaban en su cuero cabelludo, allí donde —desde que partió del convento— una pelusilla empezaba a cubrir la tonsura. Una espina casi le arrancó una oreja, otras le arañaron la nuca y las mejillas. Una larga púa se le clavó en el dorso de la mano izquierda y se rompió. El dolor fue como una llamarada. Después quedó tendido entre las ramas, gimiendo. Trató de girar la mano izquierda para mirarse la herida pero estaba apresado entre las zarzas.

Tres rostros se asomaron por encima de él, contraídos por la sorpresa y después por la compasión.

—¡Ay! —exclamó uno.

—Hombre, hermano, ¿cómo te has metido ahí? —preguntó el segundo.

—¿Fuiste tú quien gritó? —preguntó el tercero.

Eran tres hombres mayores de rostros curtidos por el sol, arrugados y barbudos, cuyas bocas abiertas por el asombro albergaban algunos dientes en mal estado. A sus años los labradores ya no trabajaban la tierra, sino que se quedaban en el pueblo o en la alquería porque sus fuerzas aún les permitían ocuparse del fuego, los animales y los niños pequeños. A Buh no le hubiera resultado difícil dejarlos fuera de combate, pero para el gigante habría supuesto cargar con otro pecado que hubiera comprometido su misión aún más.

—Ayudadme —gimió Pavel.

Los hombres miraron en torno en busca de palos y cuando por fin los encontraron, apartaron con ellos las ramas cubiertas de púas y tendieron las manos para extraer a Pavel, que procuró no gritar, pero sin lograrlo. Cuando lo pusieron de pie, se le doblaron las rodillas. Le ardía la mano izquierda y la sangre le corría por la muñeca como en las imágenes del Crucificado. La púa había formado un alargado verdugón azul rojizo en el dorso de su mano y una punta de un centímetro de largo asomaba de la herida. A Pavel se le revolvió el estómago.

—¡Ay! —repitió uno de los viejos. Pequeños regueros de sangre manaban de la cabeza, el rostro y la nuca del monje.

—Debes quitártela, hermano.

—Eso parece —dijo Pavel en tono débil.

—¿Quieres que te ayudemos?

—Os lo ruego.

Los hombres intercambiaron una mirada, uno se encogió de hombros. Le dijeron a Pavel que se sentara en la linde del bosque; Pavel accedió: cualquier cosa menos volver a recorrer la trocha. El árbol caído se encontraba a menos de veinte pasos de distancia, medio escondido tras un seto. El corazón de Pavel latía apresuradamente. Uno de los hombres extrajo un cuchillo de hoja tan corta que resultaba evidente que había formado parte de un cuchillo más grande que habían dividido en tres o cuatro trozos. El acero era un metal valioso. La mirada del dueño del cuchillo osciló entre la

mano de Pavel y su instrumento. Pavel vio que éste estaba manchado de grasa; por lo visto acababan de emplearlo para cortar carne o tocino. El hombre lamió la hoja y después la secó debajo de su axila, colocó la mano izquierda de Pavel en su rodilla y la inmovilizó con la izquierda suya —la maniobra experta de un hombre acostumbrado a sostener animales jóvenes e incluso a machos cabríos— mientras con la derecha apoyaba con suavidad la punta del cuchillo en el dorso de la mano de Pavel. Éste apartó la vista y tensó los músculos.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó uno de los otros mientras extraía una espina del cuero cabelludo del monje. Éste se sobresaltó y aguardó a que el cuchillo abriera un corte en su mano para extraer la púa. Tirar de ella hubiera agrandado la herida; Pavel lo sabía pero sin embargo se sintió desfallecer.

—Un ciervo salió repentinamente del bosque y me vio —dijo, soltando una carcajada que sonaba falsa, pero que a los otros tres le pareció natural, dadas las circunstancias—. Se asustó, al igual que yo, y entonces se abrió paso por allí y me arrojó contra el endrino.

—¿Qué hacías tú ahí, hermano?

Pavel sospechó que, si pretendía que le creyeran, tenía que parecer sincero. Sólo veinte pasos los separaban de Buh y sus prisioneros, de una cuerda alrededor del cuello o de una lapidación.

—Acababa de agacharme para cagar —dijo.

Los tres hombres lo miraron desconcertados. Después se echaron a reír.

—¿Terminaste?

—Ni siquiera empecé —dijo Pavel.

Los tres viejos se partían de risa. Uno le golpeó el hombro y se clavó una púa —que había quedado atrapada en el hábito— en la mano.

—¡Ay! ¡Maldita sea! —exclamó. Después carraspeó—. Perdón, hermano.

—No, no, hijo mío —dijo Pavel, que era veinte años menor que el más joven de los tres—. Tienes razón: ¡maldita sea!

—¿Era un ciervo grande? —preguntó el hombre del cuchillo.

—Enorme.

—¿De gran cornamenta?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por la carne —contestó otro—. Un bicho tan enorme nos alimentaría a todos durante una semana, a condición de que el terrateniente no descubra que lo matamos.

El cuchillo seguía apoyado encima de la herida. La mano le ardía y palpitaba. En comparación, el dolor de las demás heridas se desvanecía. La mirada de Pavel no dejaba de regresar a la herida y al cuchillo inmóvil.

—En marzo —dijo Pavel lentamente—, los ciervos no tienen cornamenta, se desprenden de ella durante el otoño.

El hombre del cuchillo hizo un ligero movimiento con los dedos y, durante un instante, Pavel vio cómo la piel tensa del dorso de su mano se retiraba del cuerpo extraño, la púa se separaba de la carne y caía al suelo. El surco se llenó de sangre y ésta se derramó; sólo entonces llegó el dolor. Pavel había creído que no podría empeorar, pero se equivocó.

El hombre del cuchillo agarró la otra mano del monje y la apretó contra la herida para detener la sangre. Pavel se encogió de dolor.

—¿Conoces el llantén, hermano? —preguntó.

—Sí —gimió Pavel—. Es bueno para las heridas abiertas... Hay que masticar las hojas y aplicar el resultado en la herida..., pegar la compresa con hojas no masticadas... ¡Santo Cielo, cómo duele!

—Eres un hombre versado, hermano —dijo el hombre del cuchillo—. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy de peregrinaje.

—¿Franciscano? ¿Capuchino? —dijo, señalando el hábito desconocido con la punta del cuchillo.

«Entre todos estos campesinos ignorantes, tenía que toparme con el único que conoce un poco de mundo», pensó Pavel con amargura.

—Benedictino —dijo por fin, conforme a la verdad—. Hago penitencia, por eso el hábito es negro. —Lo segundo era mentira pero confió en que el hombre no lo supiera. Un monje benedictino que cumpliera una penitencia no viajaría por el mundo sino que realizaría modestos servicios en la comunidad hasta que, en su misericordia, el abad y los hermanos volvieran a acogerlo.

—¿Querrías albergarte entre nosotros?

—Sólo por una noche. Mi penitencia incluye realizar servicios.

—¿Qué harías por nosotros?

—¿Qué necesitáis?

—La hija de Barbora está agonizando, a lo mejor podrías hacer algo, hermano. —El campesino se encogió de hombros—. Porque con esa mano ni siquiera podrías ayudarnos a quitar la bosta.

—Os lo agradezco —dijo Pavel.

—Venga, te acompañaremos hasta la granja.

—No, no... Aún debo rezar. Dejad que rece mis oraciones y agradezca a Dios el haberme enviado el ciervo, aumentando mi penitencia, y a vosotros el haberme mostrado Su bondad. Iré a la alquería al caer la noche.

—¿Quieres que te traigamos algo de comer?

—No, ayunar forma parte de la penitencia. —Pavel se sentía incapaz de añadir una ofensa a la mentira aceptando el pan de los campesinos sin una compensación, o en todo caso sin ninguna que les pudiera satisfacer. Pensó en el muchacho y en la

vieja Katka detrás del árbol—. Pero muchas gracias.

—Cuídate, hermano —dijo uno.

—Y no olvides cagar. Ahora ya no vendrá ningún ciervo.

—No, creo que no —dijo Pavel.

—Y no olvides el llantén —dijo el hombre del cuchillo.

—Que Dios os proteja.

Los hombres regresaron lentamente a la alquería. Pavel los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en el interior de diversas chozas. Haciendo un esfuerzo, se puso de pie, fue a trompicones hasta el árbol caído y se desplomó en el suelo detrás del tronco. Como medida de seguridad, Buh seguía tapándole la boca al muchacho; éste se había sometido a la fuerza superior del monje y miraba al vacío. No se molestó siquiera en lanzarle una mirada de odio a Pavel, y Katka tampoco.

—Esto es lo que haremos —dijo Pavel, reprimiendo el cansancio que lo agobiaba—. Tú, Katka, contestas a nuestras preguntas, después te dejaremos en paz. El muchacho nos acompañará y, cuando hayamos recorrido un trecho suficiente, lo pondremos en libertad y podrá volver andando. Te doy mi palabra.

—¡Me cago en tu palabra! —exclamó Katka—. ¡Monstruo!

—No todo lo que te dijo el viejo Tomá en aquella ocasión es verdad.

—Vi lo que les ocurrió a las franchutas. Fue uno de vosotros.

Pavel no respondió. Katka luchó consigo misma y por fin suspiró.

—No le hagáis daño —rogó—. Es el hijo de mi hermana.

—¿Barbora es tu hermana?

—Por eso regresé aquí.

—¿Regresaste? ¿De dónde?

—De Praga.

—¿De Praga?

—Si os lo cuento todo, ¿no regresaréis jamás?

—Lo prometo, incluso si no le das ningún valor a mi palabra.

—Júramelo por san Benito.

—Lo juro —dijo Pavel, sin titubear.

—Dile al gigante que suelte al muchacho.

—No. Podría gritar. Cuenta lo que has de contar.

—Da igual —dijo Katka—, de todos modos, jamás la encontraréis.

—¿A quién?

—A la niña, la niña que el hermano Tomá debería haber hecho matar según las órdenes del abad, ese pedazo de monstruo.

—¿Era una niña?

—Pero ¿tú qué sabes exactamente, sotana negra? —dijo Katka en tono despectivo—. Tu ignorancia me demostró que tu historia era falsa, porque hablaste de un joven.

—Sé que llevo a cabo la tarea del Señor, aunque tú no lo creas.

—¡Bah! —Katka escupió.

—Habla —dijo Pavel y apretó la mano herida contra su cuerpo. Hubiera preferido acostarse y dormir. Buh tenía los ojos medio cerrados. La mirada inexpresiva del muchacho pareció atravesar a Pavel, que se estremeció.

—Habla —repitió—, terminemos ya con este asunto.

* * *

Este era el relato de Katka: el hermano Tomá había obedecido eligiendo a dos personas: una joven —Katka— y un hombre joven —el labrador—, les confió la niña y les entregó un talego con monedas. Después, infringiendo la orden que había recibido, les dijo que pusieran a salvo a la criatura.

«¿Dónde, hermano?»

«En Praga. Es una gran ciudad; allí su rastro se perderá».

«Haremos lo que podamos, hermano».

«Dios y san Benito os protegerán».

Katka se hizo cargo de la niña como si fuera hija suya; su propia hija había muerto después del parto, de modo que, a pesar de su dolor, tenía leche en abundancia. La niña mamaba como si supiera que le esperaba un arduo viaje. Lo demás no resultó tan sencillo. El labrador acompañó a Katka hasta más allá de Kolin; después desapareció una noche, junto con el dinero. Katka sabía que el hombre tenía parientes en la ciudad, así que seguirle los pasos no tenía sentido. Lo negaría todo, incluso el hecho de haberla visto y, aunque supieran la verdad, sus parientes lo apoyarían, porque lo que estaba en juego era el dinero. Pensó que tal vez no debería haberlo rechazado cada vez que trató de intimar con ella, pero también se preguntó qué habría sido peor: ¿dejarse montar por un hombre que se le había impuesto o perecer en la cuneta junto con la niña? Katka apretó los dientes; sabía que la alquería —donde vivía su hermana casada— se encontraba a uno o dos días de caminata. Las caminatas no tenían nada de especial y de hecho ni siquiera había salido del principado, pero aún estaba débil tras el parto y el miedo pasado. Estaban en noviembre, la lluvia era helada, el camino inseguro y ella era una mujer joven. Debería haberse dejado violar por su acompañante, al menos éste había demostrado interés por ella y no le había hecho daño a la niña. Pero para su propia sorpresa, logró llegar sana y salva hasta Neuenburg.

—Admiro tu fortaleza —dijo Pavel.

—Me cago en tu admiración —dijo Katka.

En Neuenburg las fuerzas la abandonaron. Casi no tenía leche y la niña estaba cada vez más silenciosa y pálida. No le había puesto un nombre, no tuvo valor para ello. Había querido ponerle Yolanta a su propia hija, el nombre de su abuela que era oriunda del ducado de Luxemburgo, pero que después emigró al este. Su abuela

siempre le contaba la historia de su santa patrona, la princesa Yolanta, que luchó por entrar en un convento. Pero por algún motivo Katka se negó a ponerle ese nombre a la huérfana que le había sido confiada. Claro que pensó en quedarse con la niña, pero a fuer de sincera, además de la pena, ¿acaso no había sentido cierto alivio cuando su propia hija murió? Hubo una época en la cual dos hombres jóvenes de Podlaschitz la pretendieron, durante las doce noches entre Navidad y Reyes, un período de tiempo en el que las personas se reunían en casas siempre diferentes, narraban historias mientras fuera merodeaban las fantasmagóricas figuras de la Nochevieja, bebían, intercambiaban sonrisas —los fuegos ardían en las chimeneas calentando al máximo las sencillas habitaciones de los campesinos— hasta que los jóvenes se armaban del suficiente valor para ocultarse en los corrales porque a lo mejor era verdad que durante esas noches los animales hablaban y predecían el futuro. Durante dos noches seguidas, Katka se había entregado, primero a uno de sus pretendientes, después al otro. Los animales no le predijeron que ello acabaría en que nueve meses más tarde recorrería la calle del pueblo cubierta de vergüenza, que poco después enterraría a su propia hija y que huiría de su patria con una niña ajena colgada de sus pechos.

En Neuenburg había superado la vergüenza y empezado a mendigar. El que quizá fuera el último transporte de mercaderías de ese año se había detenido allí y al verlo tan grande, Katka consideró que el dueño de tal carruaje era un hombre adinerado. El hombre no sólo resultó ser adinerado sino además generoso. Una vez oída su historia apenas modificada, invitó a Katka a sentarse a su mesa; ella afirmó que la niña ajena era su hija, pero no silenció la vergüenza de su nacimiento; el cobarde labrador era el padre, aunque Katka no le dijo al comerciante que sabía dónde estaba. El hombre sólo le echó un breve vistazo a la niña, acompañado de un comentario indiferente; Katka no se tomó a mal su desinterés.

El encuentro resultó afortunado para Katka. El hombre le ofreció llevarla a Praga bajo su protección.

—¿Y una vez allí? —preguntó Pavel.

Katka se encogió de hombros.

—Me ayudó a albergarla en una casa de expósitos y encima les dio dinero a las hermanas para que la trataran mejor que a los demás. Dijo que Dios amaba a una niña que había sobrevivido a todo lo que yo le había contado, y que él se encargaría de que la niña tuviera un futuro. Dijo que en el mundo hay muchas buenas personas que sacan niños de las casas de expósitos y los acogen en sus propias familias, y que tal vez eso sería lo que le ocurriría a ésta.

—¿Es eso lo que ocurrió?

—No lo sé. Le di las gracias, me despedí de la pequeña y me marché.

Pavel percibió el dolor que quizá la anciana se ocultaba a sí misma. Tenía un nudo en la propia garganta, pero no debía tenerlo en cuenta.

—¿Así que no sabes qué ocurrió con ella?

—Es lo que dije, ¿no?

Pavel sacudió la cabeza. No sabía qué contestar e intercambió una mirada con Buh, que permaneció en silencio.

—¿Qué casa de expósitos era? Seguro que en Praga hay varias.

—No lo sé. Recuerdo que estaba fuera de las murallas, junto al río. La dirigía una orden de monjas. El hombre dijo que las autoridades de Praga controlaban las otras casas de expósitos, pero que en aquélla nadie preguntaría por la niña y por qué no la conservábamos nosotros mismos y cosas así.

—Una casa para los hijos de las mujeres perdidas —dijo Pavel—. Sólo allí nadie hace preguntas. El mercader era un tipo listo.

Katka no reaccionó. Inspiró y volvió a escupir.

—Eso es todo —dijo—. Ahora quiero irme.

Pavel hizo caso omiso de ella.

—Hemos de ir a Praga —dijo—. Tenía la esperanza de que no fuera necesario, pero hemos de ir a Praga.

—Quiero irme.

Pavel se esforzó por prestarle atención. Comprender que seguían estando al principio lo había conmocionado. No debía desanimarse, había demasiado en juego.

—Bien —dijo—. Haremos lo siguiente: nos marcharemos con tu sobrino y lo dejaremos en libertad más adelante, tal como te lo prometí. Regresará a este escondite y después ambos podréis volver al cortijo. Quiero que tú no te muevas de aquí, ¿comprendido?

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—Hasta el anoecer. Depende de la velocidad con que avancemos y la rapidez con la que el muchacho regrese. —Pavel sonrió, pero Katka no le devolvió la sonrisa.

—Supongo que no tengo elección —gruñó ella.

—Si tras nuestra partida le das la voz de alarma a tu gente, el muchacho morirá.

—Ya lo sé, ¡cerdo!

Pavel se puso de pie.

—Llévate al muchacho, Buh, y no lo dejes escapar. Adiós, Katka. Quiero volver a decirte que mereces mi respeto.

—Métetelo donde te quepa —dijo Katka.

Los tres atravesaron el bosque en la dirección en la que Pavel supuso que estaba el camino. El muchacho no se resistió, entre otras cosas porque Buh seguía tapándole la boca. La expresión de Buh era sombría y pétrea, y no miraba a Pavel. Pavel trotaba delante de él; se sentía desdichado y no sabía qué harían una vez llegados a Praga. Se volvió varias veces y vio que Katka seguía sentada en el suelo, mirándolos. Por fin desapareció entre los árboles y Pavel se detuvo.

—Tendríamos que haberla maniatado —dijo.

Buh soltó un gruñido. Pavel cerró el puño sano.

—Como al labrador —dijo—. En aquella ocasión regresé y lo maniaté, por si acaso. Deberíamos haber hecho lo mismo. —Miró a Buh, pero no logró descifrar la mirada del otro.

—Regresaré —dijo—. Por si acaso. Espérame aquí.

Buh no respondió. Pavel volvió apresuradamente al escondite. Tenía la mano izquierda entumecida; no podía utilizarla como en Kolin, en la casa del antiguo labrador. Sólo le funcionaba la derecha. Agarró una rama rota del suelo sin detenerse y, al echar un vistazo por encima del hombro, comprobó que Buh ya no podía verlo. Blandió la rama. Era un leño duro y seco, grueso como un brazo, y unos restos de corteza revelaban que pertenecía a un roble.

Al verlo, Katka alzó la vista, sonriendo porque creía que era su sobrino. Después su rostro expresó sorpresa y luego espanto al ver quién había regresado. Intentó ponerse de pie y Pavel echó a correr. Esta vez fue más rápido que ella. Katka se encaramó por encima del tronco pero él la agarró y la hizo caer. Ella alzó la mirada y plegó las manos en actitud de súplica.

—¡Perdóname, Señor, soy tu siervo! —exclamó Pavel y alzó la rama.

Al regresar junto a Buh, los pensamientos de Pavel se arremolinaban desordenadamente y su inconsciente tomó el mando: se limpió la sangre que le manchaba el hábito y las manos con un puñado de tierra. Daba igual que no pudiera eliminar todas las manchas sanguinolentas, puesto que la herida de su mano izquierda había sangrado lo bastante como para justificar las que quedaban. Mientras tanto no dejaba de ver la figura fantasmagórica de una mujer más joven y bonita que en medio del frío invernal cargaba con una niña que debería haber muerto hace rato, mezclada con el rostro del labrador, ensangrentado por los golpes propinados por Buh y debidos a que aquél había roto un juramento anterior. Ahora el agricultor intentaba apartar las manos que le apretaban el cuello. Las advertencias del abad Martin eran claras: la niña suponía un peligro para el secreto que todos ellos vigilaban en las cuevas bajo el convento, al igual que las personas que se la llevaron.

«Pero guardaron silencio durante mucho tiempo», objetó Pavel.

«Debes asegurarte de que sigan guardándolo», había contestado el abad Martin.

Pavel percibió la agitación desesperada de los músculos del cuello de su víctima mientras la estrangulaba, como también había sentido cada golpe asestado sobre el cuerpo humano con una rama de roble que era como la prolongación de su propio brazo. Lloraba sin notarlo y susurraba oraciones sin oírlas.

De repente se encontró frente a Buh. El gigante lo contemplaba sin soltar al muchacho.

—Déjalo en el suelo, para que se marche —dijo Pavel.

Buh lo soltó. Las rodillas del muchacho se doblaron y cayó al suelo. Pavel comprendió que estaba muerto. La mirada de Pavel osciló entre los ojos abiertos del muchacho y Buh. El gigante temblaba.

—Gnnn... —balbuceó e hizo un movimiento como quien rompe un palo—. Gnnn... yo... no pude... gnnn...

«Claro que no», pensó Pavel. El muchacho se había defendido; Pavel le había ordenado que le mantuviera la boca tapada y el chico se había debatido y pataleado. Buh había seguido apretando para no dejarlo escapar; su fuerza era enorme, y en sus manos el muchacho sólo era un débil gorrión.

—No —dijo Pavel con mucha suavidad—. Tú no tienes la culpa.

En su interior, algo gritaba y lo condenaba. Se esforzó por no prestarle atención. Buh temblaba cada vez más; había aferrado el cadáver durante todo ese tiempo, para que Katka creyera que para salvarle la vida al muchacho valía la pena revelar un secreto guardado durante veinte años.

Buh se desplomó junto al muchacho al que había matado y empezó a sollozar. Pavel no pudo hacer nada. Si hubieran aparecido los campesinos de la granja con la

intención de matarlo, no se habría defendido. Recordó al abad Martin y el arcón y de pronto oyó el zumbido que surgía del interior del cofre, un cántico de energía maligna y total que hasta entonces sólo había oído el abad. Existía, era audible. Se manifestaba ante todos quienes se convertían en siervos del libro que aguardaba que llegara su turno encerrado en el arcón. Lo oían aquellos cuyas almas estaban condenadas.

Claro que para los mercaderes de Praga, la capital del Sacro Imperio Romano —del Sacro Católico Imperio Romano—, no cabía la más mínima duda de que era necesario tanto mantener relaciones comerciales con los súbditos de Su Majestad, la reina virgen de Inglaterra —la protestante Isabel— como contactos con el reino isleño de Albión. Agnes lo sabía, aún sin haber profundizado en el tema. Pese a todas las tácticas sensatas o paranoicas del emperador y los obstáculos interpuestos por su tío español y su prometida, él había sido educado en España, su carácter había dejado su impronta en la corte y era más fácil que se entendieran el fuego y el agua que el espíritu español y el inglés. Además, todos los ingleses eran herejes protestantes, sus capitanes eran piratas, sus mercaderes eran tramposos, su reina una puta, sus cocineros preparadores de venenos y toda la condenada isla una deshonra para todo el mar del Norte.

Eso dijo Boaventura Fernandes, y sonrió.

Agnes aún no había comprendido del todo cómo se ganaba el dinero el portugués. Se desconcertó al comprobar con cuánta rapidez uno se topaba con personajes poco claros al investigar las relaciones comerciales de la casa Wiegant & Wilfing. No le sirvió de nada decirse que en el caso de los otros mercaderes de éxito sucedía lo mismo. Se sentía manchada.

En determinado momento de los días pasados, Agnes había confiado sus planes a su criada. Era consciente de que todos los habitantes de la casa la vigilaban con el rabillo del ojo y que sopesaban cada una de sus palabras, así que resultó más fácil encargarle a la criada ciertas averiguaciones. Ésta puso una condición: fueran cuales fuesen los planes de Agnes, llevaba a la criada consigo. Y ahora Boaventura Fernandes estaba sentado en un arcón en la habitación de Agnes, vigilado por la criada, oliendo a rosas como si fuera una carta de amor de un metro cincuenta de altura y dos piernas, sonriendo como un pirata. Hablaba con un deje ronco pero sin cometer errores y su afirmación de que dominaba otros cuatro idiomas resultaba totalmente creíble. No parecía un mercader; parecía uno de esos piratas que maldecía con elocuencia y Agnes sospechó que su relación con algunos de ellos incluía golpecitos en los hombros, veladas bañadas en alcohol y oscuros arreglos comerciales en alguna tabernucha.

—Virrrginia —dijo Fernandes—. Virrrginia.

—¿Hay que ser inglés para ser acogido en la colonia situada allí?

—No —respondió Fernandes—. Hay que ser idiota.

—¿Qué quiere decir?

Fernandes agarró la copa de vino que había dejado sobre el arcón. Agnes lo ignoraba todo acerca del vino de buena o de mala calidad, pero por lo visto había

escogido bien al optar por el vino almacenado en una cara botella de vidrio y no en una ánfora de arcilla, y también al elegir el que reposaba en el rincón más polvoriento del sótano. Las mejillas de Fernandes ya estaban rojas y sus ojos, brillantes tras beber la primera copa. Agnes se habría sentido más inquieta si hubiera sospechado que la capacidad de cerrar un negocio ventajoso aunque uno estuviera borracho era una necesidad básica para un mercader que deseaba tener éxito en los negocios de ultramar.

—Escuchadme —dijo Fernandes, agitando la copa. Bebió un trago y después la depositó en el arcón—. Sois la hija de Niklas, mi amigo, y la prometida de Sebastian. Seré sincero con vos.

—Qué bien que todos ya se hayan enterado de mi compromiso.

—Los mercaderes son unos cotillas —dijo Fernandes con una sonrisa orgullosa.

—¿Cuál es el problema con Virginia?

—Señoras mías —exclamó Fernandes abriendo los brazos; era un seductor, incluso en el momento de la verdad—, Virginia está maldita.

Agnes y la criada intercambiaron una mirada. Agnes procuró ver el lado ridículo de la mímica de Fernandes, pero fracasó frente a la expresión seria del portugués.

—¿Me creeréis si os digo que uno de mis hermanos fue timonel en una nave inglesa?

Agnes se encogió de hombros.

—Es verdad. España e Inglaterra están en guerra, pero los mejores timoneles provienen del reino de Felipe, y eso ya era así en la época de Fernando e Isabel y del príncipe Enrique el Navegante. Ningún capitán inglés permitiría que un timonel español pisara su nave, pero nosotros los portugueses disfrutamos, ¿cómo decirlo?, de la ventaja de la confianza, porque en realidad somos un pueblo diferente. Claro que hay algún timonel que en realidad se llama Berenguer en vez de Berengario, o Jimeno en vez de Ximeno, pero ¿qué más da? A condición de que la nave llegue a donde ha de llegar...

—¿Adónde nos lleva esta historia? —lo interrumpió Agnes.

Fernandes arqueó las cejas (por lo visto, los hombres dedicaban más tiempo a la charla cuando hablaban de negocios), pero después recuperó la sonrisa.

—Mi hermano Simón fue timonel de una nave equipada por sir Walter Raleigh. De allí provienen mis buenos contactos con el comercio de ultramar, aunque aquí en Praga estoy alejado de cualquier océano...

—Raleigh es el inglés que fundó Virginia —dijo Agnes—. Eso también lo sé yo.

Boaventura Fernandes se había acostumbrado rápidamente a que Agnes llevara la conversación y su sonrisa no se desvaneció.

—Pero el capitán del barco no era Raleigh sino un hombre llamado White —dijo Fernandes—, un amigo de Raleigh. Navegaron hasta el Nuevo Mundo con más de

cien personas a bordo, hombres, mujeres y niños. Querían reunirse en Roanoke (una isla cercana a la costa) con los soldados que se habían quedado allí tras el primer intento de colonización ocurrido el año anterior.

Fernandes hizo una pausa para tomar otro trago de vino. Cuando se relamió los labios, éstos estaban oscuros, como si hubiera bebido sangre.

—Los soldados habían desaparecido —susurró—. Todos menos uno. Encontraron sus huesos en la entrada de una oscura cueva, tan profunda que parecía conducir al infierno. Intentaron encontrar a los demás, pero fue en vano.

—Podrían haberse marchado en otro barco —dijo Agnes, titubeando.

—Claro, claro que podrían haberse marchado en otro barco —dijo el portugués—. Dicho sea de paso, ¿sabe mi amigo Niklas que estamos conversando?

—Sí —contestó Agnes, tras hacer una pausa.

—Bien, Lo digo porque en ese caso tengo permiso para usar la entrada principal y no la de servicio. —La sonrisa de Fernandes podría haber servido de inspiración para la imagen de un ángel.

—Lo siento, cometí un error —dijo la criada de Agnes—, disculpadme, señor.

—No tiene importancia. ¡Catorce soldados bien armados desaparecieron sin dejar rastro! —exclamó. Agnes retrocedió, asustada—. Y el decimoquinto, muerto. Los nativos juraron que no sabían nada y hablaron del espíritu maligno que surge del bosque y emponzoña los corazones de los hombres. Pero también es posible que se marcharan en un barco —añadió, bebiendo otro trago.

—Seguid contando, por favor —dijo Agnes, irritada por su propia sorpresa.

—Eso ocurrió hace quince años. Sin embargo, los colonos se instalaron en la isla y construyeron casas. El año ya estaba muy avanzado, era junio, demasiado tarde para iniciar una cosecha. Los colonos planeaban negociar con los nativos, sin embargo de repente éstos se volvieron hostiles y temerosos. Nació un niño, pero al día siguiente encontraron a uno de los colonos muertos, flotando en las aguas poco profundas de la bahía. Había ido a cazar cangrejos y nadie sabe quién o qué acabó con su vida.

—Los nativos —sugirió Agnes.

Fernandes asintió con la cabeza.

—¿Los nativos de una tierra en la que pretendéis emprender una nueva vida? Os deseo mucha suerte.

Agnes calló. Empezó a sospechar que lo había subestimado y que debería alegrarse de que sus intenciones fueran buenas. Era evidente que el portugués se había dado cuenta de que sus planes no gozaban del beneplácito de sus padres. Deseó la presencia de Cyprian y su estilo imperturbable de enfrentarse a las cosas; después apartó esa idea de inmediato. El momento de apoyarse en los demás para hacer frente a las dificultades había pasado. No volvería a mirar a Cyprian a los ojos hasta poder

decirle: «Esto lo he logrado yo sola. Esta es mi vida. No necesito a nadie para gobernarla —para después añadir—: pero desearía que la compartieras conmigo».

—¿Qué habéis dicho? —preguntó al notar que Fernandes seguía hablando.

—Los colonos instaron a White a regresar a Inglaterra para pedir ayuda. Mi hermano consideró que era una locura, puesto que ya estaban en noviembre. Por fin zarparon y, tras muchas penurias, lograron llegar sanos y salvos a Inglaterra. Habían dejado a los colonos en la isla: ciento veinte hombres, mujeres y niños, y dos recién nacidos. Tanto White como mi hermano sabían que no podían arriesgarse a regresar en esa estación del año. Entonces llegó 1588...

—Dios mío —dijo Agnes—, creo que lo comprendo...

—La Armada —dijo Fernandes—. Todas las naves en buen estado fueron incautadas para la defensa. Y luego..., seré breve, señoras mías: White tardó tres años en regresar al Nuevo Mundo. Mi hermano volvía a ser el timonel. La colonia estaba intacta, en las casas encontraron muebles, en los talleres, trabajos empezados. No había indicios de peleas ni rastros de una batalla. Era como si los habitantes fueran a volver en cualquier momento, pero habían desaparecido. Más de noventa hombres, casi veinte mujeres, diez niños... desaparecidos. No quedaba nada, ni un resto, ni un jirón de tela. White los buscó, una de las mujeres era hija suya, uno de los niños, su nieto. No encontraron nada y nunca más se supo nada de los colonos.

—Desconocía esa historia por completo —dijo Agnes, tratando de desprenderse de la angustia.

—Me la contó mi hermano, que pasó un año encarcelado en Inglaterra porque quienes financiaron el segundo viaje de White lo acusaron de haber navegado demasiado despacio; además perdieron una nave y todo el equipaje durante una tormenta. No volví a ver a mi hermano hasta hace un par de meses, y creedme: no hay modo de impulsarlo a narrar esta historia.

—¿Por qué me la contáis a mí?

—Porque estáis dispuesta a cometer una estupidez, señorita Wiegant, y porque vuestro padre me ha hablado de su afecto por vos demasiadas veces como para quedarme de brazos cruzados, viendo cómo os ocurre alguna desgracia.

—Incluso si lo que me habéis contado fuera cierto... habrá otra colonia. Es el Nuevo Mundo. Es la oportunidad de iniciar una nueva vida. La gente siempre intentará llegar hasta allí.

Fernandes se puso de pie y le tendió la mano con una sonrisa.

—Que os vaya bien, señorita Wiegant. No os ayudaré en esta empresa que sólo os hará desdichada. Sé que habrá muchas maneras de embarcarse la próxima vez que zarpe una nave, también desde aquí, en Praga, y sé que no me habríais mandado llamar si vuestra decisión no fuera firme. Así que reflexionad si no sería mejor cambiar de planes, por más preciados que sean. Os concedo un par de días de plazo.

Si hasta entonces no he recibido un mensaje en el que me informáis de que habéis cambiado de opinión, le escribiré a vuestro padre.

Agnes le lanzó una mirada airada e hizo caso omiso de la mano tendida del portugués. Fernandes se encogió de hombros.

—Quizá no lo creáis así, pero soy vuestro amigo. A veces el diablo deja la marca de su pezuña en la tierra, y tropezar con ella no es aconsejable.

Andrej sólo tuvo que aguardar una hora; una buena señal. Después siguió al criado a través de otra antecámara y por fin se encontró en un gabinete. Había cuadros colgando de las paredes y apoyados sobre atriles. Olía a aceite y trementina. Las pinturas eran oscuras y mostraban escenas bíblicas, alegorías o retratos de desconocidos. En el centro colgaba uno de los inevitables Arcimboldos, un bodegón compuesto por cebollas, ajos, ciruelas pasas y haces de cereales secos que, colgado frente al retrato del juez regional superior Lobkowicz, parecía observarlo fijamente. Desde un rincón lo contemplaba otro rostro casi tan vacío de expresión como el bodegón de hortalizas: pertenecía a una criada que estaba allí para evitar que la señora de la casa y su visitante masculino estuvieran a solas.

—¿Qué puedo hacer por el primer cuentacuentos de la corte de Su Majestad? —preguntó la dama sentada en medio de las obras de arte de mayor o menor valor, instalada en una butaca como si ella misma fuera una obra de arte.

Resultaba difícil decidir dónde acababa el atuendo de lustroso brocado y empezaba el tapizado de la butaca. El cuello de puntillas del tamaño de una rueda separaba la cabeza del cuerpo, la cintura era la de una avispa, el rostro flaco, los ojos grandes y hambrientos. Delante de la butaca había un escabel. Ella lo señaló con gesto elegante en cuanto Andrej dejó de inclinarse; su reverencia había sido menos profunda de lo que correspondía y lo hizo adrede.

—Sentaos.

Andrej hizo caso omiso de la invitación y en cambio se dedicó a contemplar los cuadros como si estuviera a solas en el pequeño gabinete. Notó la expresión de asombro de la mujer pero, acostumbrada a circular a través de las aguas infestadas de tiburones de la corte, ella era demasiado profesional para dejar que notara su asombro.

—No hemos sido presentados —dijo la dama—. Pero me parecéis conocido. Quizá ya nos hayamos encontrado y lo haya olvidado. Perdonad la débil memoria de una mujer que todos los días debe recordar tantos rostros importantes...

—Ya nos hemos encontrado —dijo Andrej—, en dos oportunidades.

—Espero que en circunstancias agradables.

—Ésa fue mi impresión. —«La primera vez», se dijo él, «te abrí la puerta, y la segunda levantabas tu blanco trasero y gemías: "¡Oh sí, maese, metédmela allí donde los emperadores romanos se la metían a sus amantes!" Por desgracia fui testigo de esa escena porque regresé demasiado temprano, pero te diré una cosa: tú y el maese Scoto ni siquiera notasteis mi presencia y logré escabullirme en silencio».

—Veo que poseéis un Arcimboldo —añadió Andrej.

—Todo el mundo tiene uno desde que retrató a Su Majestad el emperador como

Vertumnus.

—El cuadro fue regalado a Su Majestad.

—En otros casos, *Messere* Arcimboldo no fue tan generoso.

—Me lo imagino.

—Si queréis hablar con mi esposo, lo encontraréis allí donde ambos cumplen con su deber todos los días: en el Hradschin —dijo madame Lobkowicz.

—No —contestó Andrej—, quería hablar con vos. Quiero pedir os ayuda.

—Ayudo siempre que puedo, querido mío —dijo la mujer del juez en un tono que significaba lo siguiente: «Por supuesto que le diré al criado al que le informaré de tu petición que la olvide de inmediato».

—Y quiero transmitir os el respeto y los mejores deseos de un conocido vuestro y mío.

—Eso es muy galante. Jamás habría imaginado que vos y yo tuviéramos un conocido común.

—Lo conocíais muy bien.

—¿De veras? —dijo madame Lobkowicz.

—A decir verdad: en un tiempo fui su criado.

—Ya. Eso es perfectamente posible, puesto que debéis de haber vivido otra vida antes de que Su Majestad decidiera que vuestras historias lo divertían.

—Sólo es una única historia, distinguida señora. Su Majestad siempre desea escuchar la misma.

—Qué pena, ¿verdad?

—Sí, una gran pena, sobre todo porque hay muchas historias que podría contar. De príncipes y héroes, de ladrones y caballeros, de amazonas y... alquimistas.

A ella no se le movió ni un pelo.

—Encantador. Una combinación muy prometedora.

—Se trata de lo siguiente —dijo Andrej—. Una conocida mía (en este caso no una conocida de ambos) tiene un hijo. Alguien que deseaba su mal se lo quitó y lo dejó en una casa de expósitos.

—En otras palabras, se trata de un bastardo —dijo madame Lobkowicz en tono sugestivo.

—Así es, en otras palabras. Muy acertado, señora.

—Supongo que vuestra «conocida» es una mujer de la calle que se ha enamorado de vos, ¿no?

—La señora sobreestima mi efecto sobre las mujeres.

Ella lo contempló durante un buen rato, jugueteando con un pañuelo.

—Ecurridizo como una anguila —murmuró sin desviar la mirada ni molestarse en hablar en voz baja.

—Suave como la seda, diría yo —comentó Andrej, indicando el pañuelo—. Si es

que hablamos del pañuelo, claro está.

—¿Qué pasa con el niño? ¿Ha muerto y alguien debe ocuparse del entierro?

Andrej luchó por conservar la sonrisa.

—No se trata de un asunto tan trágico, señora. Más bien de algo agradable. Mi amiga quiere sacar al niño de la casa de expósitos y acogerlo, pero el hombre que lo llevó allí lo impide.

—A lo mejor sabe lo que hace.

—Está convencido de controlarlo todo.

—¿Por qué no habláis con mi esposo? El es el juez; si la casa de expósitos se encuentra bajo su jurisdicción, puede tomar una disposición que anule todas las demás.

—Se encuentra bajo su jurisdicción.

—Pues entonces...

—No logro imaginar un motivo por el cual vuestro esposo, el muy honorable juez regional superior, no fuera a rechazar mi petición y estoy seguro de que al menos preguntaría al causante de toda esta desgracia por qué desea que el niño permanezca en la casa de expósitos. —Su capacidad para expresarse de manera tan elaborada lo asombró, aunque en realidad hubiera preferido escupirle a la cara a esa mujer vestida con su caro atuendo y sentada en medio de sus tesoros artísticos. Recordó verla arrodillada en el lecho de maese Scoto con las faldas levantadas, suplicando que la penetrara por detrás y el vocabulario que empleó mientras el alquimista intentaba satisfacer sus deseos, unas palabras que quizá se oyeron incluso en la calle.

—¿Acaso tengo algún motivo para ayudarte en este asunto obsceno?

—Digamos que espero que lo hagáis, por mor de los viejos tiempos y de nuestro conocido común.

Andrej se dio cuenta de que ella sospechaba de qué se trataba, pero quería estar segura.

—¿Quién es ese conocido que tenemos en común, vuestro antiguo amo?

—Giovanni Scoto —dijo Andrej, disfrutando del momento.

—Hummm —dijo ella por fin. Después le ordenó a la criada que abandonara la habitación.

Ésta salió arrastrando los pies y Andrej aprovechó la interrupción para reprimir su sonrisa; ya le dolían las comisuras de los labios.

—Un muchacho tan bonito y gentil —dijo madame Lobkowicz, volviendo a mirarlo—. Una larva tan simpática y un cuerpo tan joven y elegante; hasta ese traje de gallito español te queda bien, aunque estés podrido.

Andrej no contestó.

—Y encima ingenioso —prosiguió ella—. Ni una palabra sospechosa mientras estaba la criada. Ningún testigo de este condenado y miserable intento de extorsión

por parte de un sapo. Utilizaría otras palabras para describirte, don nadie, si no fuera una dama.

«No temas, conozco el pintoresquismo de tu lenguaje», pensó Andrej. Le devolvió la mirada y comprobó que su silencio la inquietaba. Ella se abanicó el rostro con la mano.

—Sólo he de limitarme a negarlo todo. ¿Quién te creerá, si se trata de tu palabra contra la mía?

—Todos saben que vuestra palabra vale más que la mía.

—¡Ya lo creo!

—Y por eso todos se preguntarán por qué me tomo la molestia de acusaros, si no dispongo de pruebas.

Ella apretó los labios.

—Pero tranquilizaos, señora. No os comprometeré decidáis lo que decidáis. Sólo he expresado un ruego.

—Así que no me comprometerás, ¿verdad? ¿Crees que no soy capaz de tranquilizar a mi esposo, aunque viertas tu ponzoña en sus oídos?

—Claro que sí.

Ella entrecerró los ojos. El desconcierto de pronto dio lugar al temor.

—¿Se lo dirías al emperador? —susurró.

Andrej guardó silencio.

—Típico de ti —jadeó madame Lobkowicz—. Por fin otra historia, ¿verdad? ¿Qué le contarás? ¿Que Margarete Lobkowicz ha acabado con el antiguo alquimista de Su Majestad y ahora arde en deseos de que Su Majestad se introduzca entre sus muslos? Lo harías, mamarracho, lo veo, te creo capaz. ¿Y el emperador? Todos saben que se folla a las criadas en la cocina y que su prometida ha de conformarse con su hermano, porque con una mujer de su misma posición no se le levanta.

Se llevó la mano a la garganta y su cara adoptó una expresión obstinada.

—Para él seré lo mismo que una criada. ¿Acaso podría negarme sin arriesgar mi ruina y la de mi esposo? Lo has urdido muy bien, piltrafa, al amenazarme con llamar la atención de ese... ese monstruo sobre mi persona, ¡para que me viole! Ojalá te veas obligado a contemplar cómo tu puta y su crío perecen, antes de que te quemen vivo.

De algún modo, Andrej logró conservar el oremus. Estaba sorprendido y al mismo tiempo espantado ante la eficacia de su silencio. Bien pensado, no la había amenazado ni presionado. Lo había hecho ella misma, había llegado a todas las funestas conclusiones por cuenta propia y a él nunca se le hubiera ocurrido la idea de incluir al emperador Rodolfo en el juego. Entonces, mientras observaba cómo ella recuperaba la calma lentamente, se preguntó en vano por qué la idea de que el emperador quisiera rondarla parecía serle tan próxima. Los ojos de madame

Lobkowicz lanzaban chispas.

—¿O acaso se trata de ti, hombrecillo? ¿Eres tú quien quiere algo de mí? ¿Qué viste cuando eras el criado de Giovanni Scoto? ¿Soñabas con mi culo cuando te la meneabas? ¿Te imaginabas mi coño cuando follabas a tu putita? ¿Sueñas conmigo y con el polvo de tu vida? ¿Acaso lo he adivinado, bonito?

Andrej podría haberle dicho que nada se hallaba más lejos de la realidad, pero comprendió que estaba a punto de darle la vuelta a la tortilla y su instinto le dictó la respuesta que más dolor le provocaría.

—Por desgracia, eso tampoco serviría para devolveros la juventud, señora.

La mirada de ella se volvió pétrea.

—Te maldigo —espetó.

—Me bastaría con que aceptaseis mi petición.

—Escúpela, so... so...

—Sí —dijo Andrej, en cuya boca acababa de surgir un sabor tan amargo que hubiera preferido escupirlo—. Sí, por supuesto, soy eso y mucho más, estoy seguro. Lo que quiero es lo siguiente, señora: quiero que toméis prestado el sello de vuestro esposo y hagáis que me lo lleven a casa mañana entre las campanadas de nonas y vísperas. Enviad a vuestra criada, ella ya me conoce. Puede esperar a que se lo devuelva. Sólo lo necesitaré durante cinco minutos.

—¿Qué harás con él?

—Una buena obra.

Ella frunció el gesto.

—¿Y si no logro hacerme con el sello?

—Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes.

Ella siseó como una pescadera.

—¿Y si lo echa en falta mientras está en tus manos?

—Entonces deberéis despistarle, señora. Ya se os ocurrirá algo.

Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, sería un gesto inútil.

—Bien-dijo.

Andrej la contempló durante tanto tiempo que ella empezó a removerse en su trono.

—¡He dicho «bien»! —exclamó—. ¿Qué más quieres?

Andrej hizo una reverencia tan profunda que podría haberse interpretado como una burla, pero no tenía ninguna intención de burlarse; sólo estaba tan aliviado que temió que su rostro lo delatara. Cuando se incorporó, ella ya tiraba de la cuerda de terciopelo para llamar a un miembro de la servidumbre.

—No os molestéis, conozco el camino —dijo Andrej.

—Si osas regresar aquí, te mataré con mis propias manos —dijo ella—. Antes que

volver a mezclarme contigo, prefiero que me ahoguen por asesina.

—Muchas gracias —dijo Andrej y, tras hacer otra reverencia, se marchó.

No se detuvo hasta encontrarse dos callejuelas más allá y oír el chapoteo de una fuente. Se apoyó contra la cabeza de león de la cual manaba el agua. En cierta oportunidad, había leído que la mejor manera de derrotar a un enemigo era emplear sus propias armas, y últimamente lo único que había hecho era lo mismo que el padre Xavier Espinosa para someter a Jark... a Yolanta. En el texto no ponía si uno debía sentirse bien tras emplear los métodos del enemigo.

Andrej se inclinó y dejó que el agua se derramara en su mano ahuecada. Estaba muy fría. Se enjuagó la boca. Era agua de río que había recorrido un largo trecho a través de tuberías forradas de musgo y sabía a podrido, pero el sabor no podía compararse con el que sus propias palabras le dejaron en la boca, y ése no se dejaba enjuagar.

Todo se aprende, incluso a ser un monstruo. La característica más destacada del padre Xavier consistía en no ensuciarse las manos. Yolanta Melnika se abrió paso a través del barullo que durante las semanas posteriores al invierno siempre era más sonoro, y observó la espalda del golfillo que había contratado. Por su parte, esperaba que el golfillo observara a Agnes Wiegant y a su criada. Habían acordado que le pagaría el doble del valor de cualquier objeto que lograra robar si participaba en su plan. Sospechó que después el muchacho intentaría pedirle el triple y ya había decidido que accedería. ¿Por qué no habría de hacerlo?: era el dinero del padre Xavier.

Aguardó a que el golfillo le hiciera la señal de que estaba preparado. El chico había adoptado un aire misterioso, pero Yolanta sabía que el momento indicado había llegado: cuando la víctima se detuviera y se concentrara en algo diferente, y en la callejuela hubiera tan pocos transeúntes que una pudiera deslizarse entre ellos, aunque por otra parte hacía falta que éstos fueran lo bastante numerosos para pasar desapercibida. Tal vez ocurrieran cambios sustanciales en el desarrollo de los acontecimientos, pero Yolanta estaba segura de que el golfillo se atendería al plan acordado.

La lenta persecución los condujo a las callejuelas entre los dos puentes que atravesaban el río Moldava. En la orilla se amontonaban numerosas balsas, botes y pequeñas chalupas. Allí se encontraban los escasos mercaderes dedicados a los negocios de ultramar: aunque el mar estuviera lejos, al menos estaban cerca del río y allí se podía aprender a hacer negocios transoceánicos. Claro que la mayor parte de lo necesario para la navegación se elaboraba cerca o en los puertos de la costa marítima, pero había ciertas cosas que quizá resultaban más fáciles de obtener en otra parte. Además, quien asumía el riesgo básicamente económico de equipar una flota estaba dispuesto a gastar más dinero o esperar más tiempo sólo porque los mercaderes de Praga, Viena o Budapest, o de otra ciudad alejada de la costa, proporcionaban artículos de máxima calidad. Y estos mercaderes también se prestaban a pagar un precio mayor por las mercancías importadas que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades.

El muchacho se detuvo; eso significaba que las dos mujeres que estaba vigilando también se habían detenido. Allí la multitud era menos densa; los tenderos de ese lugar no tenían nada que ofrecerles a las cocineras, criadas o amas de casa, a menos que las galletas marineras figuraran en el menú o que la última moda supusiera llevar cuerdas calafateadas alrededor del cuello. Entre ellos había algunos vendedores de hierbas pero ahora, a principios de la estación, los precios eran desorbitados. Yolanta se aproximó, preguntándose qué habría llevado hasta allí a Agnes y a su criada.

Esa zona de Praga le era completamente extraña. No conocía a ningún tendero y no podía comprobar si era cierto el rumor de que allí casi todos eran extranjeros y hablaban portugués, o portugués con acento español o inglés. El muchacho estaba apostado junto a la pared de una casa, lo bastante alejado de los zaguanes de las tiendas y de las mesas plegables para no despertar las sospechas de un vendedor. Si uno ignoraba que se encontraba allí, lo habría pasado por alto. Yolanta vio que Agnes se detenía ante el oscuro portal de una tienda y que su criada entraba. La joven parecía indecisa pero también tenía el aspecto de alguien que no veía otra manera de poner en práctica su plan.

A Yolanta, esa situación le resultaba absolutamente familiar. En la mesa plegable junto a la entrada de la tienda había pequeños tarros de arcilla, vigilados por un hombre adormilado que en una mano sostenía un bollo y en la otra un chorizo que iba comiendo por turno.

Agnes destapó uno de los tarros y despertó el interés del hombre, que se mostró servicial pero también agresivo. Yolanta sabía lo que ocurría: los tarritos contenían muestras de especias y, aunque las cantidades eran escasas, no dejaban de tener el suficiente valor para que alguien intentara robarlas. Observó la callejuela, frecuentada por escasos transeúntes que más bien parecían estar de paso. Un individuo flaco, hirsuto como un chucho y borracho como dos docenas de cosacos, subía dando traspiés desde la orilla del río; por lo visto era un peón cuyos servicios fueron pagados con copas de vino o que acababa de invertir el mísero puñado de monedas en alcohol. Yolanta le lanzó un vistazo al golfillo, que la miró y asintió con la cabeza. La oportunidad se había presentado. Yolanta sostuvo el aliento y le devolvió la señal..., pero en ese preciso instante la criada salió por la puerta arrastrando a un hombre pequeño de tez oscura. Un grupo de ociosos se interpuso ante la vista de Yolanta, y cuando volvió a ver a la criada, ésta y el hombrecillo ya estaban conversando con Agnes. El golfillo ya no disponía de la oportunidad de acercarse a Agnes sin ser visto, de modo que volvió a ocupar su lugar junto a la pared.

Yolanta vio que el hombre negaba con la cabeza. Agnes le habló con insistencia y el hombre volvió a negar. Entonces la criada probó suerte. Fuera lo que fuese lo que pretendían comprar o vender, el hombre no estaba interesado. Yolanta sólo veía de él su cabello oscuro y grasiento y un fardo que sostenía en brazos. Por lo visto, Agnes lo había interrumpido y él estaba enfadado. El hombrecillo se dirigió al tipo que vigilaba las muestras de especias y éste se puso de pie, dejó el bollo y el chorizo encima de la mesa y se puso a disposición de su amo. El chorizo empezó a rodar y cayó al suelo.

De pronto el caos irrumpió en la tienda de especias, bajo la forma del borracho hirsuto y de un chucho callejero no menos hirsuto y tal vez tan borracho como el otro. Además de su parecido exterior, ambos tenían algo más en común: un hambre de

lobo y un objetivo, el chorizo. El embutido era pesado y graso, y cayó al suelo como un saco, rodó hasta una grieta del empedrado y se detuvo.

El perro se abrió paso entre las piernas de los peatones y se abalanzó sobre el chorizo. El borracho no era tan ágil pero le llevaba ventaja porque se encontraba justo delante de la tienda y sólo tenía que agacharse. Cuando sus dedos tocaron el chorizo, los dientes del perro se hincaron en su mano.

El borracho se incorporó y giró sobre sí mismo agitando el brazo: de su mano, que aún sostenía el chorizo, colgaba el perrillo de hirsuta pelambreira que no aflojaba su mordisco. Al sentir el dolor de la mordedura, el borracho hizo una segunda pirueta destinada a sacudirse el chucho muerto de hambre que gruñía apretando las mandíbulas. Sin embargo, el perro no aflojó. El borracho iba de un lado a otro con el único objetivo de desprenderse del chucho, pero todo fue inútil. El borracho trastabilló y el cuerpo del perro fue a chocar contra un tarro de especias, arrojándolo al suelo. El borracho lo pisó y el tarro se partió en varios fragmentos desparramando un polvo amarillo.

—¡Ehhh! —gritó el hombre que vigilaba las especias.

El perro no pesaba mucho, tal vez menos que el chorizo, y parecía decidido a salir victorioso de la batalla por el chorizo y la mano o a perecer como un héroe. El borracho sacudió el brazo, las orejas del perro se agitaron pero no abrió las mandíbulas. El borracho le asestó un puñetazo en la cabeza con la otra mano.

—¡Ayyy!

Yolanta no vio cómo los dientes del perro se hincaban más profundamente en la mano del borracho, mientras éste iniciaba una especie de danza mora, con el perro colgado de la mano.

—¡VETE! —rugió el vigilante de las especias; su amo permanecía como paralizado junto a ambas mujeres.

El borracho golpeó la mano de la que colgaba el perro contra la mesa. Ésta constaba de tres piezas; la parte exterior salió volando y catapultó los tarros contra la pared de la tienda, donde dejaron un rastro rojo de un valor equivalente a varios jornales.

—¡Madre de Dios^[2]! —exclamó el hombre de tez oscura, que se apresuró a entregarle el bulto a Agnes y se abalanzó contra el borracho. Este ejecutó otra pirueta y a punto estaba de arrojar al perro contra el empedrado, y eso no lo aguanta ni siquiera un perro callejero de Praga, cuando el dueño de la tienda de especias, el hombre del cabello grasiento, se interpuso en su camino.

El perro impactó contra la cara del tendero. Aquel golpe propinado con un saco de harapos lleno de pulgas hizo que el hombre se tambaleara hacia atrás. Al ver que iba a chocar contra los restos de la mesa, trató de agarrarse al borracho, que también iba dando tumbos, pero éste cayó en sus brazos. Durante una fracción de segundo

todo pareció estar en equilibrio sin que ocurriera nada... hasta que se impusieron la gravedad y el impulso, y la escultura formada por dos hombres y un perro se desplomó con elegancia sobre la mesa.

Ésta se partió en dos y entonces dos proyectiles en forma de tarro salieron proyectados hacia arriba y un tercero pasó volando entre el empleado y las dos mujeres dejando una estela formada por especias secas. El dueño de la tienda y el borracho contuvieron el aliento y alzaron la vista. Los dos se arrojaron al suelo justo antes de que los tarros de especias se estrellarán en el pavimento junto a sus respectivas cabezas, estallando en aromáticos fragmentos. Silencio. Luego se oyó el estampido del tercer tarro de especias al hacerse añicos contra algo, y poco después el repiqueteo de unas patas veloces sobre el empedrado cuando el perro —sano y salvo— huyó para disfrutar del botín tan valientemente obtenido.

El hombre de tez oscura se puso en pie de un brinco y obligó al borracho a levantarse. Este se apretaba la muñeca y gemía. El otro le pegó una patada en el trasero y lo arrojó en la dirección en la que había huido el perro. Resonaron las primeras carcajadas. Los restos de la mesa crujieron y se desplomaron, desparramando las últimas muestras de especias...

Y Yolanta descubrió sorprendida que el golfillo le había arrancado el talego a Agnes y corría hacia ella.

Cuando hubo depositado su botín en las manos de Yolanta, el muchacho huyó en zigzag y desapareció por la siguiente callejuela. Esa noche se presentaría junto con un par de compinches ante la casa de Yolanta, con piedras preparadas en las manos por si el trato resultaba ser un engaño. Yolanta echó a correr hacia Agnes, que se había quedado paralizada siguiendo al muchacho con la mirada. Agnes todavía sostenía el bulto que el dueño de la tienda le había entregado.

—No te preocupes, lo tengo yo... —empezó a decir Yolanta, pero entonces se detuvo, completamente desconcertada. El bulto en brazos de Agnes se movía y soltaba gorgoritos. Era un niño.

Paradas a menos de cinco pasos de distancia la una de la otra, las dos jóvenes intercambiaron una mirada por encima del niño. Yolanta se había quedado sin habla. Inconscientemente, se había equiparado a Agnes, intentando establecer un contacto espiritual con la mujer a la que había vigilado durante medio día, porque sabía que compartían un mismo destino: el interés frío y asesino del padre Xavier.

Ver a Agnes con un niño en brazos le provocó un choque y dejó caer la mano con el talego. En ese instante eran camaradas, aliadas, hermanas, Agnes era la meta que impulsaba a Yolanta: volver a sostener un niño en brazos, sostener a su propio hijo en brazos.

Las pupilas de Agnes se dilataron, como si de verdad fuera posible transmitir ideas y sentimientos a través de la mirada.

Entonces se le acercó el hombre de tez oscura, oliendo a especias exóticas y con el cabello empolvado de rojo y amarillo. Agarró al niño y lo acunó.

—Ay, niño, ay, niño^[3] —dijo. El bebé empezó a chillar, ahora que se encontraba seguro entre los brazos de su padre.

—¿Quién sois? —musitó Agnes dirigiéndose a Yolanta.

—Debéis ponerlos a salvo —se oyó decir Yolanta—. El diablo intenta atraparlos.

—¿Qué haríais vos en mi lugar? —preguntó Agnes. Estaba de pie junto a la ventana de su habitación, contemplando la plaza que se desvanecía en la penumbra del ocaso. La jaula colgada por encima de la fuente parecía una confusa figura geométrica apenas iluminada.

Yolanta soltó un bufido. Tras su encuentro ante la tienda de Boaventura Fernandes se había llevado a la joven a casa, por una parte porque era evidente que la conversación no era apta para ser mantenida en público, y por la otra porque Agnes se sentía extrañamente atraída por Yolanta y quería saber más acerca de ella.

Y así era: había oído cosas que jamás quisiera haber oído y que le oprimieron el corazón como una fría y aterradora tenaza.

—En vuestro lugar —dijo Yolanta—, agarraría un cuchillo afilado con cada mano y otro con los dientes, me ocultaría debajo de la cama y le amputaría los dedos a cualquiera que se asomara allí debajo.

—¿Tan grave es? —susurró Agnes.

—Habéis despertado la atención de un monstruo.

—Conozco a ese monstruo. Mi padre cree que es su amigo.

—Vuestro padre se equivoca.

Agnes sacudió la cabeza.

—Antes tenía miedo —dijo, se volvió y contempló a la joven menuda y delicada sentada encima de uno de sus arcones. Cuando ambas estaban una junto a la otra, la cabeza de Yolanta sólo le rozaba la barbilla—. Ahora estoy aterrada.

—Confieso que yo también.

Las dos jóvenes se miraron.

—Me pregunto por qué esta confesión debería tranquilizarme —dijo Agnes.

—No quería tranquilizaros —dijo Yolanta, esbozando una sonrisa—. Quería compartir mi vida con vos.

—¿Os encontráis mejor ahora?

—No mucho.

Ambas siguieron mirándose. Agnes notó que la sonrisa de la otra se reflejaba en su propio rostro.

—Tenéis algo pegado en los cabellos —dijo Yolanta.

Agnes se tocó la cabeza y después se olisqueó la mano.

—Es cúrcuma —dijo, tratando de reprimir una risita—. Puesto que intentan darme caza, al menos dejaré un rastro agradable.

—No ese pestazo a sudor, como los hombres —contestó Yolanta, sonriendo.

—Los hombres son incapaces de hacer lo correcto —dijo Agnes—. Ni siquiera son una presa elegantemente perfumada.

Ambas estallaron en carcajadas y se cubrieron la boca. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no eran lágrimas de risa, y las carcajadas tampoco tenían ninguna relación con la alegría. Por fin se tranquilizaron. Durante un instante, Agnes vio un miedo tan intenso en el rostro de Yolanta —miedo por su hijo, por Andrej y por su amor— que le oprimió el corazón. Sin pensárselo dos veces, le tendió la mano y Yolanta la tomó.

—Me habría encantado conoceros hace un año —susurró.

—No os perdisteis gran cosa.

—¿Por qué todos aquellos con quienes me encontré aquí en vuestra casa me saludaron con tanta amabilidad? —preguntó Yolanta.

—¿Quiénes? ¿Mi padre, su socio Sebastian y mi prometido? Creo que creyeron que erais la modista.

—¿La modista?

—La que coserá el vestido de novia.

—Creí que no queríais casaros con él en ningún caso.

—Sí, pero anoche los convencí de lo contrario, para poder moverme con libertad..., ocuparme de los preparativos de boda, etcétera.

—¿Engañasteis a toda vuestra familia? —dijo Yolanta, volviendo a sonreír.

Agnes asintió con expresión grave, pero después le lanzó una sonrisa picara.

—¡Y me divirtió mucho!

—Si hubiera tenido fuerzas para mentirles a mis padres, ahora estaría con mi hijo.

La sonrisa de Agnes desapareció sin dejar rastro. Olvidar el presente durante unos minutos había sido agradable, pero como de costumbre, la realidad se imponía cuando uno no podía defenderse.

—Me dijisteis lo que haríais en mi lugar. ¿Qué he de hacer yo, Yolanta?

Esta le apretó la mano.

—Lo sabéis. Debéis hacer lo que salve vuestro amor por Cyprian. Da igual todo lo malo que pueda pasar, el amor lo hará soportable. Y aunque lo que pase sea bueno, sin amor no tendrá valor.

Pavel supuso que encontraría a Buh delante de la entrada de la casa de expósitos de las carmelitas y, al no verlo por ninguna parte, se asustó. Entonces oyó una especie de plañido y rodeó el edificio cuya pared trasera se apoyaba directamente contra la muralla. Un poco más allá, dos hombres excavaban un hoyo junto al pie del muro. Buh estaba arrodillado junto a ellos, balanceando el torso hacia delante y hacia atrás. Un lamento surgía de su boca como un cántico inarticulado; los hombres hacían caso omiso de él.

Pavel se acercó a ellos, tropezando con los guijarros de la orilla. Buh alzó la mirada y volvió a bajarla. En torno al lugar donde los hombres excavaban, el olor a cal no conseguía ocultar el hedor a putrefacción. En el suelo junto a Buh reposaba un bulto de cuyo extremo abierto asomaban un pequeño mentón y unos labios azules, pero el resto del cuerpo estaba cubierto por el paño. El bulto sólo medía unos noventa centímetros de largo.

—Apiádate de esta alma, Señor —exclamó Pavel.

El rostro de Buh era inexpresivo y su canturreo, monótono. «Lo estoy perdiendo —pensó Pavel—, si esta misión no acaba pronto, lo perderé». Echó un vistazo a los hombres que se habían cubierto la boca y la nariz con un paño y tosían. Después de unos segundos, Pavel se dio cuenta de que no estaban excavando sino removiendo el contenido de la tumba, y no sintió la tentación de acercarse. Uno de los hombres lo saludó con la cabeza y Pavel le devolvió el saludo.

Por fin los hombres se apartaron, dejaron las palas de madera en el suelo, se quitaron los paños de la cara y aguardaron a que Buh pusiera fin a su letanía. Después se santiguaron. Buh cerró la boca del saco, que ahora volvía a ser un simple bulto, pero para Pavel —que a la sazón sabía lo que contenía— suponía algo mucho más lamentable. «*Sic transit gloria mundi*», se había dicho a veces a sí mismo cuando él y Buh, siendo aún novicios, asistían en la ciudad a un entierro en el que uno podía deducir, gracias a los fastuosos atuendos de los deudos, que esa cosa que yacía en el suelo envuelta en una mortaja había sido un hombre rico e influyente. Pero ahora no había ningún despliegue, ni glorioso ni de otro tipo; allí un alma había sido desprovista de la oportunidad de laborar en la viña del Señor. El consuelo que suponía que un alma inocente ascendiera directamente al cielo se desvanecía ante aquel bulto tan pequeño que aguardaba su entierro en una fosa común.

Buh se puso de pie y recogió el fardo. Pavel se aproximó a él y le ayudó a acarrearlo, aunque su peso era mínimo. Se acercaron al foso donde, entre restos de cal, guijarros y arcilla, reposaban muchos otros bultos, impersonales y desprovistos de su humanidad. A Pavel le parecieron panes tumbados en medio de harina gris y blanca, y reprimió las náuseas.

Tras depositar el bulto en la fosa con suavidad y rezar una plegaria, ambos se apartaron. Con asombro, Pavel constató que los hombres no volvían a tapar la fosa, sino que se dirigían a un cobertizo de madera.

—¿No la tapáis? —preguntó.

Uno de los hombres se giró.

—¿Para qué, hermano? ¿Para volver a destaparla mañana?

Pavel condujo a Buh hasta la puerta de la ciudad. El gigante guardaba silencio.

—Descubrí su huella —dijo Pavel—, la encontré. Su huella.

—B... b... b... —balbuceó Buh.

—¿Bien?

Buh negó con la cabeza.

—V... v... ¡vamos... a... c... asa!

—Hemos de cumplir con nuestra misión.

Buh resopló despectivamente. No añadió nada, pero Pavel sabía qué hubiera respondido si no fuera tartamudo: ninguno de los dos creyó que su misión supondría amenazar, pegar y matar.

—¿Recuerdas que Katka dijo que había jugueteado con la idea de llamar Yolanta a la niña?

Buh se encogió de hombros.

—Las criaturas depositadas en la casa de expósitos sólo reciben un nombre si quien las dejó allí se lo pone. De lo contrario, reciben el nombre del día en el que llegaron.

Buh lo miró de soslayo e hizo una mueca. Pavel asintió con la cabeza.

—Cuando me lo dijeron, estaba seguro de que Katka había acabado por ponerle el nombre de su abuela a la niña. Estoy convencido de que le costó un esfuerzo separarse de ella. —Pavel trató de olvidar que había asesinado a la anciana detrás del tronco de árbol.

Buh soltó un gruñido.

—Exacto. Así que busqué una niña llamada Yolanta que fue depositada en la casa de expósitos a finales de noviembre o principios de diciembre de 1572. No la encontré, tampoco entre los niños sin nombre o entre los que recibieron otro.

El rostro de Buh expresó diversas emociones y, para angustia de Pavel, la última fue de alivio. Aborrecía lo que ese alivio significaba y aún más la circunstancia de que sus palabras siguientes acabarían con él.

—Entonces recordé que Katka dijo que a partir de Neuenburg había viajado en el coche del mercader. Y en efecto: un mercader depositó un niño en la casa de expósitos, el día de San Andrés. Y donó un generoso estipendio a la institución.

Buh lo contempló.

—El día de San Nicolás volvió a buscarlo y entregó más dinero.

Buh continuaba mirándolo.

—El hombre era de Viena, no de aquí.

Buh entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Sí, lo sé. ¿Cómo haremos para llegar a Viena? ¿Y para cumplir con nuestra misión? ¡Pero el Señor nos ayudará, Buh, el Señor nos ayudará!

Pavel recordó las columnas de cifras escritas con mano temblorosa que a lo largo de veinte años suponían una suma no exorbitante pero bastante considerable. Se podía colegir que la casa de expósitos subsistía en parte gracias a esas sumas, aunque tal vez no garantizaran la supervivencia de los niños.

—El mercader no dejó de aportar dinero. No lo enviaba desde Viena, lo traía cuando venía a Praga. Tiene una sucursal aquí y ¿sabes lo que es todavía mejor? La última suma fue aportada hace poco tiempo. Ahora él está en Praga y sé cómo encontrarlo. Hemos de darnos prisa: estos mercaderes emprenden viaje en cuanto los caminos lo permiten. Estoy convencido de que abandonará la ciudad antes o justo después de Pascua.

Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad, pero era como tirar de una torre. Buh no se movió y volvió a negar con la cabeza. Pavel sabía lo que procuraba decirle.

—No podemos saberlo, Buh. Ni siquiera sabemos cómo se llama el mercader. ¿Qué le habrá contado Katka durante el viaje a Praga? No podemos correr el riesgo de hacer caso omiso de él y de la niña.

Buh se restregó los dedos, gruñendo y gimiendo.

—Sí, tiene dinero. No mucho, a juzgar por sus estipendios, pero es bastante acaudalado. ¿Y qué? Si uno de sus negocios fracasara, entraría en bancarrota. ¿Acaso pretendes que entonces de repente aparezca en Braunau ante la puerta del convento y diga: «Sé lo que ocurrió en Podlaschitz hace veinte años y sé lo que ocultáis allí dentro. La prueba de ello vive en mi casa. ¿En cuánto valoráis mi silencio?»?

Buh cerró los ojos.

—O aún peor: intentará hacerse con la Biblia del Diablo. ¿Qué no habrán hecho los hombres impulsados por la codicia? Todos los esfuerzos del abad Martin habrían sido en vano. No, no podemos correr ese riesgo.

Buh soltó un suspiro abatido. Pavel le tiró de la manga.

—Acabemos con este asunto lo antes posible. Sé dónde vive ese hombre. Si estamos de suerte, su familia lo acompaña y los atraparemos a todos de una sola vez.

Melchior Khlesl garabateó apresuradamente las últimas palabras en la tira de papel. La tinta salpicó. Sin mirar, agarró el tarro que contenía la arena y lo invirtió, pero la tapa estaba suelta y, en vez de una delgada capa, un montón de arena se desparramó encima del mensaje. El obispo Melchior vio que aún asomaba un fragmento del mensaje, un nombre: ¡Hernando! El obispo se preguntó si alguien con un exquisito sentido de la ironía se había permitido esta broma y dirigió la mirada al cielo.

En el fondo, todo el mensaje consistía en un único grito: ¡Hernando! El padre Hernando de Guevara, que había aparecido en Viena tan inesperadamente con su propia misión de temor, locura y fuego. El padre Hernando, que en realidad debería estar abriéndose paso a través del fango seco de un metro de espesor que ocupaba las catacumbas bajo la iglesia de Heiligenstadt, y en vez de eso estaba siguiendo el rastro de un sacerdote abandonado por todos los buenos espíritus.

¡Un rastro que conducía a Praga! Un rastro que conducía a Agnes Wiegant, alguien que, según el obispo Melchior, era una de las claves que llevaba al escondite de la Biblia del Diablo.

El obispo se maldijo. El padre Hernando —a causa de quien el mismo obispo debía emprender viaje a Praga con la esperanza de llegar antes que él o, si tenía suerte, de darle alcance durante el camino—, el padre Hernando estaba dispuesto a prenderle fuego a un país entero con el fin de eliminar el legado de Satanás. En ese caso, ¿qué valor le adjudicaría a una vida humana cuya existencia estaba vinculada al legado?

Con la punta de los dedos, el obispo agarró el borde del mensaje dirigido a Cyprian Khlesl y lo extrajo de debajo del montón de arena. Aparte de los garabatos y las manchas de tinta, la letra era muy precisa. Empezó a enrollarlo, pero al tratar de meterlo en la funda que sujetaría a la pata de la paloma, el mensaje se le escapó, rodó por encima de la mesa y cayó al suelo. El obispo se inclinó y, cuando volvió a incorporarse vio, de pie ante la mesa, a un hombre que lo contemplaba en silencio, sonriendo.

—Ilustrísima —dijo éste.

—¿Qué?

—Su Ilustrísima ha llamado.

—No, no lo he hecho.

—Perdonadme, Ilustrísima.

El obispo, que recordaba vagamente haber tirado de la cuerda de terciopelo antes de derramar la arena, carraspeó y volvió a ocupar su asiento, se acomodó los ropajes y dirigió la mirada al rollo que sostenía en la mano.

Una vez más, intentó introducirlo en la funda, pero el temblor de sus dedos se lo impidió. Se contempló la mano, como si tratara de reprimir el temblor mediante su fuerza de voluntad, pero de pronto le arrojó la funda y el rollo a su secretario.

—¿Ilustrísima?

—El destino es Praga-dijo el obispo Melchior.

El secretario asintió con la cabeza, introdujo el rollo en el cilindro y lo cerró. El obispo se puso de pie.

—¿Mi coche está preparado?

—Como mandasteis, Ilustrísima.

—¿Has hecho enganchar a los mejores caballos?

—Los mejores caballos están enganchados al otro coche Ilustrísima.

—¡Santo Dios!

Su subordinado prefirió no contestar. El obispo torció el gesto.

—¿Y nuestro pasajero romano?

—Ya se encuentra en el coche.

—Bien. ¿He olvidado algo?

—El mensaje para la corte, Ilustrísima.

—Invéntate algo. Asuntos urgentes relacionados con la reunificación de la Iglesia cristiana, o algo por el estilo.

—Ya lo he hecho, Ilustrísima.

—¿Debo sellarlo?

—Sí, Ilustrísima —dijo el secretario señalando el montoncito de arena y adoptando la expresión de reproche adecuada.

Melchior Khlesl tiró de otro trozo de papel y entonces apareció el escrito redactado por su secretario. Como siempre, el mensaje oficial era inmaculado, el papel liso y sin salpicaduras. El obispo buscó el lacre.

—Aquí está, Ilustrísima —dijo el otro, tendiéndole una barrita rojinegra y una vela encendida. El obispo dejó caer unas gotas al pie del texto, cerró el puño y estampó el anillo sobre el lacre caliente que salpicó en todas direcciones.

—La firma, Ilustrísima.

El obispo Melchior garabateó «Melchior Khlesl *episcopus*» debajo del sello. El sonido de la pluma sobre el papel le erizó los pelillos del antebrazo.

—Encárgate de que ambos mensajes sean enviados hoy mismo.

—Bien, Ilustrísima.

El obispo Khlesl rodeó la mesa y se dispuso a abandonar la estancia. El secretario tomó el escrito y sopló sobre la firma del obispo. Melchior se detuvo junto a un globo terráqueo que había al lado de la puerta; había valido su peso en oro puesto que la fantasía del cartógrafo había obviado las leyes de la naturaleza al dibujar la fauna y la flora de los mares y de las regiones desconocidas del mundo.

—Y deshazte de estas porquerías —dijo el obispo, señalando el montón de arena.

—Por supuesto, Ilustrísima.

—La he derramado yo. Lo siento.

—No tiene importancia, Ilustrísima.

El obispo se giró, chocó contra el globo terráqueo y después de tambalearse se encontró a dos pasos de la puerta, frotándose la rodilla y aferrándose a un gobelino. El globo estaba hecho trizas, una cuarta parte de la superficie terrestre se había desprendido como la corteza de una naranja. Serpientes marinas, leviatanes y sirenas escasamente vestidas poblaban el estudio del obispo Melchior.

—Y también esta otra porquería —dijo el obispo.

—Sí, Ilustrísima.

* * *

El carruaje estaba en el patio del palacio obispal cargado con un arcón, y el cochero ocupaba el pescante aguardando las órdenes del obispo. Este aminoró el paso. Cuando llegó al coche, inspiró profundamente y abrió la portezuela.

El pasajero ocupaba un oscuro rincón del vehículo, envuelto en mantas.

—Ojalá jamás me hubiera encontrado contigo —dijo el obispo Khlesl.

El pasajero no dijo nada. El obispo montó en el coche, éste se puso en marcha y se internó en la noche.

—Podemos llevarte junto a él, querido amigo —dijo el papa Clemente.

El cardenal de Gaete contuvo el aliento.

—¿Se encuentra aquí, en el palacio Laterano?

—¿Dónde si no? No le permitimos ir a ninguna otra parte.

De Gaete intercambió una mirada con el cardenal Madruzzo. Como siempre, resultaba fácil adivinar los pensamientos del cardenal alemán, que ahora pensaba lo siguiente: «¡Señor, os doy gracias por la candidez del Santo Padre!»

—¿Desde cuándo?

—Exacto —dijo el Papa.

El cardenal de Gaete había insistido en hablar con el Santo Padre sin la presencia de los dos sacerdotes, de modo que ambos traductores estaban en un rincón de la sala con una expresión disgustada. De Gaete tomó aliento y rugió:

—¿¡DESDE CUÁNDO!?

—Desde que vino a Nos y se sincero con Nos.

El anciano cardenal se inclinó por encima del apoyabrazos del trono papal y besó el anillo del azorado pontífice. El papa Clemente arqueó las cejas, sorprendido y al mismo tiempo adulado.

—¿Podemos ir a verlo de inmediato?

—Inmediatamente después de vísperas.

El cardenal Madruzzo dirigió la mirada hacia una de las altas ventanas rematadas en un arco. Los rayos del sol matinal aún penetraban en el palacio. Apretó las mandíbulas. En cambio la actitud del cardenal de Gaete indicaba el más absoluto sosiego.

—Agradezco al Máximo Pontífice la oportunidad de demostrar nuestra humildad mediante nuestra paciencia —dijo, en tono marcadamente sarcástico, que constituyó un despilfarro de ironía totalmente inapreciable para el Papa.

De Gaete contó hasta diez en silencio.

—¿¡NO PODEMOS IR AHORA MISMO!?

—¡Oh!

El papa Clemente se puso de pie. Se oyó un frufrú de ropajes cuando todos los presentes se inclinaron ante el Papa, que miró en torno y saludó.

—Tu afán será recompensado, querido amigo —dijo el papa Clemente.

—Os lo agradezco de todo corazón, Santidad.

—Exacto —dijo el Papa con una amplia sonrisa.

El cardenal de Gaete apretó las mandíbulas y le correspondió con otra sonrisa que convertía su rostro de tortuga en el de un cocodrilo. Siguió al Papa unos pasos y después se detuvo. El cardenal Madruzzo se había inclinado junto con los demás y

mantenía la vista fija en el suelo de mosaicos.

—¡Chitón! —siseó de Gaete, y su voz resonó en toda la sala; sus ojos brillaban de ira.

Madruzzo se sobresaltó, se enderezó y siguió al Papa, que saludaba a todos con la cabeza, y a su colega cardenal, cuyo rostro estaba rojo de cólera, hasta las profundidades del castillo del Santo Ángel.

Tras pasar junto a una serie de cortesanos y monjas que hacían reverencias y atravesar varias salas de lustroso suelo de madera y frescos iluminados por el sol, ambos desorientados cardenales y el Papa, cada vez más amable y decidido, alcanzaron un recinto del que surgía una voz asfixiada que gemía.

De Gaete y Madruzzo intercambiaron una mirada esperanzada. Un hombre presa del dolor, un hombre que acababa de descubrir que siempre hay algo más que confesar cuando los tornillos que te atenazan los pulgares se ajustan un poco más. El papa Clemente abrió la puerta.

* * *

Fuera del palacio Laterano, el sol de mediodía era tan cálido y agobiante que uno hubiera podido creer que estaba en agosto y no a principios de marzo, pero a lo mejor sólo era una sensación. El hedor de la Ciudad Eterna hizo que el cardenal Madruzzo sacara un pañuelo de la sotana y se cubriera la boca y la nariz.

El cardenal de Gaete tenía la camisa pegada al cuerpo. Tras salir del palacio Laterano no había dicho ni una palabra y sudaba porque se había visto obligado a callar para no gritar.

—¿Crees que tal vez nos mostró a un castrado haciendo ejercicios vocales? —preguntó Madruzzo desde detrás del pañuelo.

El rostro del cardenal de Gaete estaba casi negro de ira.

—Enviaremos un mensaje al padre Xavier —dijo en tono ahogado—. Ha de saber que tenemos la mosca detrás de la oreja.

1592 - EL LEGADO DE SATANÁS

La ceniza lo iguala todo.

SÉNECA,

Cartas mortales a Lucilius, XIV, XCI, 16

La pequeña mirilla se abrió de golpe y dos ojos que brillaban en la oscuridad contemplaron a Andrej, que intentó esbozar una sonrisa bajo la capucha.

—¿Otra vez? —preguntó la voz al otro lado de la puerta del convento.

Andrej calló, desconcertado.

—He dicho ¿otra vez, hermano? ¿Has olvidado hacer alguna pregunta? Parece inimaginable.

La voz pertenecía a una anciana, su sequedad se debía al cinismo de alguien que nunca tuvo muchos motivos para conservar la fe en la bondad del ser humano. Andrej se quitó la capucha.

—No soy monje.

—Ya. —No parecía impresionada por su aspecto. Andrej volvió a sonreír.

—Quisiera hablar con la madre superiora.

—¿Por qué?

—Se trata de un niño.

—En efecto —dijo la vieja portera.

Andrej no sabía qué hacer. Su plan había funcionado... hasta ahora. En el bolsillo llevaba un pase redactado por el juez superior regional Lobkowicz, o mejor dicho, con el sello de Lobkowicz. El texto decía que el portador hacía lo que debía hacer por encargo de la corte del emperador y que quien se negara a cooperar se enfrentaría personalmente a las consecuencias. Y además añadía que el encargo incluía llevarse a un niño de la casa de expósitos. La corte imperial, el juez superior regional y el portador del escrito se comprometían a ocuparse de la futura seguridad y el bienestar del niño. Era impensable que las carmelitas estuvieran más dispuestas a obedecer las órdenes de un desconocido padre dominico que las de un enviado directo del juez regional superior. Y ahora resultaba que ni siquiera lograba mostrar el pase porque el dragón que custodiaba la puerta del convento era aún peor que el cancerbero del infierno.

—¿Por qué? ¿Lo encontraste en la calle? ¿Lo dejaron ante tu puerta? —El tono de voz podría haber perforado la pesada puerta de roble.

—¿Eh?

—¿Por qué quieres depositar a ese niño aquí? ¿Lo encontraste en...?

—No —le interrumpió Andrej—. No quiero depositar ningún niño. Quiero llevarme uno.

—¿Ah, sí? —Andrej creyó que la voz perdía cierta frialdad—. ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?

—¿Acaso crees que cualquier vago puede llevarse un niño de aquí porque le viene en gana? ¿Acaso sé quién eres? Pareces un joven guapo, pero tu alma podría

ser tan negra como la de un tratante de esclavos en busca de peones baratos para las minas de su amo.

—Un lactante. Como peón de mina.

Durante un rato, la portera guardó silencio.

—Es el hijo de mi mujer —dijo Andrej cuando el silencio se prolongó. Masculló esas palabras que le parecieron extrañas, pero que al mismo tiempo lo llenaron de orgullo. Mi mujer. Claro que Yolanta se convertiría en su mujer, pero no allí, en Praga, donde el padre Xavier ocupaba su cueva de dragón y ninguno de los tres estaría a salvo, sino que se convertiría en su mujer en cualquier otro lugar del mundo.

—¿Por qué dejasteis a vuestro hijo aquí?

—Cuando lo dejaron aquí, ella todavía no era mi mujer.

—¡Ya!

Andrej se hartó. No había acudido allí protegido por una capucha prestada para ser detenido por una vieja portera. Ni tampoco —dado que sospechaba que era la segunda vez que veía al ciego de la sucia venda— había invertido la mitad de su dinero en una cesta de huevos destinada al ciego. «Dadle los huevos a ése, el de los ojos vendados; tal vez se niegue a aceptarlos porque tiene su orgullo, pero hace rato que le doy limosna en secreto. Porque resulta que es mi hermano caído en desgracia, pero ¡es inocente! ¡Insistid en que los acepte, haréis una buena obra!» No se detuvo para comprobar si el ciego intentaba escapar de las manos que lo detenían, pretendiendo ayudarle..., pero al mismo tiempo experimentó la inquietante sensación de comprender lo que había impulsado a su padre: no había llegado hasta allí para fracasar ante la puerta del convento.

—¿Qué es eso? —preguntó la portera.

—Un escrito del juez regional superior Lobkowicz. Este es su sello, ¿lo veis? Por favor, dejadme pasar.

—Creí que se trataba del hijo de tu mujer. Aquí pone que es un asunto de la corte imperial.

—Yo soy un asunto de la corte imperial —dijo Andrej.

Lo que no logró la amabilidad, lo logró la arrogancia. La puerta se abrió y Andrej entró en una estrecha habitación revestida de madera. La portera volvió a cerrar la puerta con llave y salió sin decir palabra. El cerrojo de la otra puerta crujió y Andrej tiró del pomo con aire incrédulo: lo había encerrado.

Cuando empezó a considerar la posibilidad de derribarla a patadas, la mirilla de la segunda puerta se abrió. Los ojos podrían haber pertenecido a la portera, pero la voz era diferente.

—Tu historia es mentira —dijo la voz.

Al oírla, Andrej de repente pensó qué habría hecho Cyprian Khlesl en una situación semejante. Parecía un hombre dispuesto a abrirse paso a través de una pared

sólo con los puños, y después a agarrar a la superiora del cuello hasta que le entregara el niño y encima algo de dinero. Pero sólo lo parecía; su conducta había sido muy distinta.

—¿Sois la madre superiora? —preguntó Andrej.

—Ningún miembro de la corte se preocupa por los niños. Nadie en el mundo se preocupa por ellos. Si alguien se interesara por su suerte, nosotras no existiríamos.

—Cierta padre dominico se interesó por cierto niño.

La voz detrás de la mirilla enmudeció.

—¿Fue él quien os encargó que vinierais? —dijo por fin.

—Éste es el sello del juez superior regional Lobkowicz, no la de Domingo de Caluerga.

El silencio fue tan prolongado que podría haber significado tanto alivio como desaprobación. Si no fuera por la dura mirada de ave que lo contemplaba a través de la mirilla, podría haber estado a solas. Andrej procuró no oír los acelerados latidos de su corazón.

—He venido a buscar al hijo de Yolanta Melnika para llevarlo con su madre. Garantizo que el niño será criado en la fe católica y que se le prodigarán amor y cuidados, y...

—El nombre —dijo la voz.

—¿Qué?

—¿Cómo se llama el niño?

—Wenzel.

El silencio regresó, y se prolongó tanto que el corazón de Andrej empezó a latir más lentamente y el temor lo invadió.

—No —dijo finalmente la voz—. Le pusimos el nombre de Doce de noviembre. Andrej parpadeó, confuso.

—No sabíamos cómo se llamaba. Nadie nos lo dijo. No lo supe hasta que me lo dijo el padre Xavier.

—Sí —dijo Andrej. Le dolía la garganta—. Da igual. No se lo diré a su madre. Todo eso ya ha pasado.

La madre superiora resopló. No sonaba a desprecio sino a resignación.

—No sabes nada —dijo.

—Sé que...

—Está muerto.

—... amo a Yolanta y que no permitiré que alguien la...

—Está muerto. El niño está muerto.

—... extorsione, que la mantengan alejada de su hijo y que ella se preocupe por su salud... —La voz de Andrej se apagó—. ¿Qué habéis dicho?

—Está muerto —susurró la superiora—. Wenzel. Doce de noviembre o como se

llame. Ya estaba muerto antes de que el dominico apareciera por aquí.

Andrej no dijo nada. No podía pensar. Un frío que no tenía ninguna relación con la temperatura lo invadió.

—No comprendo... —tartamudeó.

—Era enfermo y débil. Esta casa fue fundada para que los hijos de las mujeres perdidas no mueran en el arroyo. En cambio mueren en nuestros brazos —dijo la superiora—. Gracias a ello, los donantes tienen la conciencia más limpia, que Dios los proteja.

—Eso no es posible.

—No se lo dijo a ella, ¿verdad?

Andrej se echó a llorar: era como si le hubieran anunciado la muerte de su propio hijo.

La superiora volvió a resoplar.

—El dominico no se lo dijo. Aunque sabía la verdad, dejó que conservara la esperanza. Que Dios se apiade de su alma. Y también de la tuya, hijo mío.

Andrej cayó de rodillas, sollozando. Lloraba por la vida de un niño que no pudo florecer porque nadie le dio la oportunidad, y por el corazón de Yolanta, que se rompería al saberlo. Lloraba por el amor que, sin saberlo, le había dedicado a un niño muerto y por todo el miedo y las humillaciones soportadas por ese niño. Quizá también lloraba porque por primera vez había echado mano del talento dormido de su padre, del legado de un aventurero, un seductor, un estafador y un falsificador, y no le había servido absolutamente de nada.

Su mano arrugó el pergamino que había falsificado, pero de pronto se detuvo. Como en trance, lo apoyó en una rodilla y lo alisó. El sello del juez estaba roto, pero no se había despegado. Leyó el texto que él mismo había escrito y alzó la vista. La superiora estaba a punto de cerrar la mirilla.

—Esperad —jadeó—. ¡Esperad!

Cuando Pavel se reunió con él, Buh volvía a estar sumido en sus rezos; esta vez no estaba arrodillado ante una fosa común sino en una capilla lateral de la iglesia de San Nicolás y tampoco cantaba, sino que mantenía las mandíbulas apretadas. Pavel dejó de preguntarse si la iglesia en la que se refugiaron durante todo el día era la de San Nicolás, el santo patrono de los niños, y la habían construido mercaderes alemanes. Si el santo se tomaba en serio su tarea, haría que ahora ambos fracasaran.

Pavel se arrodilló junto a Buh para rezar. Estaba confuso y a duras penas lograba concentrarse. Oía los latidos de su corazón, pero también otro ruido más sonoro: la paciente vibración de la Biblia del Diablo. Era como si estuviera oculta en su interior y las cadenas que rodeaban el arcón le quemaran las entrañas. Tomó conciencia de que durante todo el día no había probado bocado ni bebido un trago de agua. Lo que le oprimía el estómago no se lo permitía, aunque el abad Martin les había dado dinero suficiente para comprar zanahorias o remolachas en el mercado. Hasta ahora apenas habían echado mano de las monedas.

—Viajó hasta aquí con toda su familia y su socio. Tiene una hija... una sola. Quizá por eso se llevó la niña de la casa de expósitos: porque sus otros hijos murieron o su matrimonio era estéril. He averiguado que la hija dispone de una habitación propia.

Buh se persignó y se volvió hacia Pavel.

—V... v... vamos a casa —dijo.

Pavel negó con la cabeza y le apoyó una mano en el brazo. En general, Buh apoyaba la suya en la de Pavel, pero bajo el hábito éste percibió los músculos tensos del gigante, un gigante que en su fuero interno era un ser dulce y tímido. Buh no se movió hasta que Pavel retiró la mano.

—Esperaremos hasta un poco antes de que cierren las puertas, cuando anochezca. Ése es el mejor momento; la gente ya está en casa y los guardias nocturnos aún no han emprendido las rondas. La puerta de servicio suele permanecer abierta. Podremos entrar sin dificultad. He visto la ventana de la habitación: la encontraré una vez que hayamos entrado.

Buh se puso de pie.

—Será rápido y limpio. Y nadie más sufrirá ningún daño.

Buh se dirigió a la nave principal de la iglesia. Pavel lo siguió con la mirada. ¿Acaso pensaba que Buh era tan tonto como para creer que nadie más sufriría ningún daño? Si era necesario eliminar a la niña, entonces también había que acabar con el mercader que la sacó de la casa de expósitos y también con su mujer. E incluso en ese caso el riesgo era elevado; Pavel no tenía ni idea de cuántas personas más conocían las circunstancias. Buh se dirigió al otro lado de la nave, se arrodilló en una capilla

lateral vacía, se santiguó y volvió a rezar. Pavel lo miró fijamente, sin notar que tenía los ojos llenos de lágrimas.

* * *

La puerta de servicio se abrió con un leve crujido que nadie habría notado durante el día. Pavel sostuvo el aliento. La luz de la lámpara de aceite que coronaba la fuente coronada por una jaula decorativa iluminó un pasillo completamente oscuro. Hacía un rato, un criado había salido de la casa y se había dirigido a la pila cargado con una alcuza y una escalera de madera, después se encaramó y llenó la lámpara de aceite, volvió a bajar, dejó la alcuza en el suelo, prendió la mecha, volvió a subir y encendió la lámpara. Un párroco afectado de gota, hemorroides y medio ciego que intentara encender la vela superior del altar habría tardado menos tiempo. Por fin recogió la escalera y la alcuza y regresó a la casa. A esas alturas, Pavel estaba tan nervioso que podría haber gritado. Lo peor fue cuando el criado toqueteó la cerradura de la puerta de servicio. ¿La estaba cerrando con llave? Pero cuando Pavel y Buh por fin se encontraron ante la casa silenciosa, vieron que el criado se había limitado a pegar sus mocos en el picaporte. Pavel lo bajó, aunque la idea lo asqueaba.

Movió el batiente de la puerta hacia delante y hacia atrás, tomó aliento y lo empujó hasta la pared. El crujido fue casi imperceptible.

El pasillo era corto y pasaba junto a una escalera que conducía a la planta superior. En la planta baja había puertas que quizá daban a despensas y pequeños talleres. Al final del corredor se destacaba el contorno luminoso de otra puerta que permitía acceder al patio interior. Una luz tenue se derramaba desde la planta superior, quizá provenía de una vela en el descansillo. La casa crujía, al igual que cualquier otra que se asienta durante la noche, pero por lo demás reinaba el silencio. Un murmullo muy remoto, que a lo mejor provenía de una casa vecina, no lograba apagar la vibración de la Biblia del Diablo, que ahora Pavel percibía constantemente.

Pavel remontó sigilosamente los primeros peldaños y le indicó a Buh que cerrara la puerta. Al principio se quedaron a oscuras pero después la luz del descansillo iluminó el borde de los peldaños. Cuando Buh apoyó su peso en el primer peldaño, toda la escalera crujió con un ruido tan penetrante como el rebuzno de un asno.

Ambos custodios se quedaron paralizados, pero después comprobaron que nadie acudía a ver qué pasaba. Sin embargo...

Pavel tragó saliva. Era imposible que Buh remontara la escalera sin despertar a toda la casa y eso también despejaba el enigma de lo que haría Buh cuando Pavel cumpliera con su misión y acabara con la vida de su presa. Buh ignoraba que Pavel ya había matado al labrador y a Katka, y ni antes ni después había mencionado que era obvio que no podía dejarlos con vida. Pero ahora las circunstancias habían cambiado y de pronto Pavel comprendió que si Buh estaba presente, le impediría cumplir su cometido.

—Quédate aquí —le susurró al oído—. Debes encargarte de que la puerta permanezca abierta, de lo contrario no podremos huir.

Tras reflexionar unos instantes, Buh asintió, retiró el pie del peldaño y se apretó contra la pared junto a la puerta de servicio.

Pavel siguió ascendiendo. En el descansillo había una especie de farol que albergaba una lámpara de aceite y Pavel la recogió. Contó los pasos hasta la puerta tras la cual suponía que se encontraba su objetivo: la que tenía un contorno luminoso. Desde fuera había visto cómo corrían pesadas y oscuras cortinas y Pavel había confiado en que la ocupante de la habitación se fuera a dormir, pero por lo visto se había equivocado. Las cortinas evitaban que alguien viera lo que ocurría desde el exterior, pero aún había luz... y Pavel apretó las mandíbulas. En la habitación reinaba el silencio.

Lentamente tendió la mano para agarrar el picaporte; había dos posibilidades y Pavel descartó la primera: abrir la puerta de golpe y abalanzarse dentro de la habitación. Entreabrió los labios y sacó la lengua sin ser consciente de ello. El picaporte era frío y áspero, y lo bajó con mucha lentitud. La puerta cedió y Pavel se asomó a la abertura.

Vio una mesa, que antes tal vez había sido una mesa de comedor pero que ahora se había convertido en un escritorio, ante el que una mujer estaba sentada escribiendo. Pavel oyó el chirrido de la pluma sobre el papel. La mujer alzó la vista y Pavel vio su perfil: era joven. No se había equivocado: estaba ante su objetivo.

«Aún puedes desistir —dijo una voz en su interior—. No necesitas derramar más sangre».

Pavel hizo caso omiso de ella; tenía que cumplir con su deber. El abad Martin había confiado en él, lo había convertido en custodio y en el cabecilla del pequeño grupo y le había encomendado esa misión. Pavel no lo decepcionaría.

Se dio cuenta de que ya tenía medio cuerpo dentro de la habitación; era tan pequeño y delgado que no tuvo que abrir la puerta de par en par. Avanzó unos pasos; se trataba de acercarse con tanta rapidez que ella no tuviera tiempo de gritar. En cuanto lograra taparle la boca, habría triunfado. Con la otra le apretaría la garganta de la que ya no surgiría ningún sonido... El abad Martin había dicho que la muerte por asfixia era misericordiosa, la misericordia concedida por un juez indulgente a un hereje condenado a morir en la hoguera. Pavel, el misericordioso...

Como en sueños, Pavel vio que un mechón de pelo acariciaba la mejilla de la joven, impulsado por la corriente de aire que penetraba a través de la puerta abierta. La joven alzó la mano para apartar el mechón y después se giró.

Pavel le tapó la boca con la mano derecha y le rodeó el cuello con la izquierda... y a partir de entonces todo salió mal.

Cyprian se acercó al portalón del puente de Altstadt desde Kleinseite, donde se encontraba la casa puesta a su disposición por el obispo Melchior. Echó un vistazo al arcilloso tramo de orilla cubierto de guijarros que corría a lo largo de la muralla que rodeaba la ciudad antigua. La última crecida había ocurrido hacía tanto tiempo que se habían acumulado basuras, tocones y restos de balsas, aprovechados desde siempre por aquellos que vivían fuera de las murallas. Ante la mayoría de los montones de basura ardía una hoguera rodeada de figuras acurrucadas. La brisa impulsaba un humo húmedo —mezclado con el olor a pescados que ya no eran aptos para el consumo— hasta el puente de Praga.

Las puertas de la ciudad se cerrarían dentro de unos minutos y también todas las puertas situadas en el interior de la ciudad, impidiendo el paso desde Kleinseite al casco antiguo llamado Altstadt. Las calles estaban prácticamente vacías; bajo los grandes arcos de las puertas sólo se veían pequeños grupos de guardias. A través de la puerta del puente de la ciudad vieja, Cyprian vio la calle Königsweg que surgía entre fauces abiertas como una lengua luminosa y se abría paso en la oscuridad que rodeaba los edificios. Aunque el mensaje de su tío ardía en su bolsillo, Cyprian se detuvo: la solitaria figura que atravesó el asentamiento de los sin techo y que ahora se aproximaba lentamente al puente iluminado le resultó conocida y sus andares hicieron que se detuviera. En la cárcel había visto personas que caminaban así cuando regresaban de un interrogatorio que, en contra de lo esperado, no había incluido torturas y cuyos pasos vacilantes expresaban tanto incredulidad como la esperanza demencial de que todo aún podría salir bien.

La figura resultó ser la de Andrej von Langenfels. Cuando se acercó al puente iluminado, Cyprian vio que la cinta que le sujetaba el pelo se había soltado y que sus cabellos estaban revueltos. Su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. Entonces la luz iluminó su rostro y el extraño parecido desapareció. Andrej empezó a remontar el terraplén que conducía a la plaza del Puente y desapareció detrás del baluarte para aparecer de nuevo unos segundos después en medio del arco de la puerta, iluminado por las farolas y observado por los desconfiados guardias. Cyprian vio que Andrej cargaba con un paquete. Se encontraron a unos pasos de la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Cyprian antes de mirarlo a los ojos y enmudecer. El otro se estremeció.

—Ah —dijo en tono áspero—. Ah, Cyprian.

—¿Os encontráis bien?

—Sí... esto... sí. —Andrej desvió la mirada; Cyprian comprendió que el otro prefería estar solo, y fue a apartarse de su camino, pero Andrej parecía un cadáver

ambulante y no quiso dejarlo marchar.

—¿Qué lleváis ahí? Las puertas están a punto de cerrarse. Si aún tenéis algo que hacer debéis daros prisa.

—Sí... esto... lo sé... Que os vaya bien.

«Déjame en paz», expresaba el movimiento con el que Andrej intentó pasar junto a Cyprian. «Venga, pregúntame qué ocurre», chillaban los ojos como platos, incrustados en el pálido rostro, pero otros le arrebataron la pregunta.

—¡Eh, vosotros! ¡Bajad del puente! ¡Vamos a cerrar las puertas! —El capitán de la guardia apostado en medio del puente les hacía señales—. ¡De lo contrario pasaréis la noche aquí fuera!

Andrej se volvió. Un estruendo a sus espaldas informó a Cyprian de que el portalón del puente situado en la orilla de Kleinseite se había cerrado. Andrej hizo una mueca.

—¡No, maldita sea! —exclamó.

Del bulto que cargaba en brazos surgió un ruido ahogado y Andrej tironeó de la punta de la manta que lo envolvía.

—¿De quién es ese niño? —preguntó Cyprian.

—¡Bajad del puente de una buena vez, maldita sea!

—Venid —dijo Cyprian, que agarró a Andrej del brazo y lo arrastró a través de la puerta. Una hoja ya estaba cerrada, la otra se movía crujiendo.

El capitán de los guardias les lanzó una mirada colérica.

—¡Deprisa, deprisa! —exclamó, y le indicó a su colega apostado en el otro extremo del puente que la situación estaba controlada.

—¡Soltadme! —gimió Andrej—. He de ir a...

—¡No podéis regresar a la otra orilla!

Andrej se soltó y echó a correr hacia el capitán que los había seguido de cerca. El bulto que llevaba en brazos soltó un vagido.

—Si pretendes llevarlo con su mamá no estás de suerte —dijo el capitán en tono casi compasivo—. La puerta de la otra orilla ya está cerrada. ¿Hemos estado alardeando del primogénito en la taberna y perdimos la noción del tiempo?

—He de ir a...

—Sí, sí —dijo el capitán—. Mañana. ¡Tu vieja te echará la bronca, pero tú te lo has buscado!

Andrej parecía a punto de dejarse llevar por el pánico. Cyprian jamás lo había visto tan trastornado, ni siquiera entre los leprosos de Podlaschitz. Arrastrándolo de la manga lo hizo pasar a través de la estrecha portezuela engastada en el portalón, lo siguió y continuó empujándolo a través del círculo de guardias portadores de antorchas, que echaron el cerrojo de la puerta.

—¿Acaso no tenéis un hogar? —gruñó uno—. Nosotros también queremos irnos

a casa.

Cyprian echó una mirada por encima del hombro. El capitán estaba de pie ante un hombre que llevaba un uniforme parecido al suyo; después de entregarle una de las antorchas recién encendidas gritó:

—¡La puerta de Altstadt está cerrada! ¡El puente está seguro! ¡Relevo de guardia realizado!

—¿Acontecimientos?

—¡Dos idiotas en el puente! ¡Problema solucionado!

El capitán se golpeó el pecho, el otro lo imitó. La expresión de ambos era seria, pero de pronto intercambiaron una sonrisa, se dieron la mano según un complicado ritual y se propinaron un puñetazo en el estómago, lanzándoles miradas de desprecio a Cyprian y a Andrej.

Andrej avanzaba tropezando delante de Cyprian, sin despegar la vista del portalón cerrado. Cyprian lo obligó a agachar la cabeza, lo empujó a través de la portezuela, oyó cómo ésta se cerraba a sus espaldas y siguió empujando a su acompañante a lo largo de la Königsweg hasta que doblaron una esquina y los guardias dejaron de verlos.

—¡Debo reunirme con Yolanta! —siseó Andrej.

—¿De quién es ese niño? ¿Es hijo de Jarka?

El niño gemía y lloriqueaba. Andrej lo acunó como si fuera un saco de patatas y volvió a tirar de la manta que envolvía el pequeño rostro para que el niño pudiera respirar. Cyprian, víctima de un reflejo intemporal, apartó la manta con el dedo y le acarició la mejilla, dejando al descubierto el rostro de labios pálidos, diminuto y arrugado.

—¡Santo Cielo! —exclamó.

—Acabo de sacarlo de la casa de expósitos —dijo Andrej. Su voz parecía un sollozo.

Cyprian lo miró fijamente.

—Vos no podéis comprenderlo —dijo Andrej.

—De eso estoy seguro —contestó Cyprian.

—He de llevárselo a Yolanta... Debemos alimentarlo... Necesito una nodriza... ¿Dónde encontraré una nodriza? —Al acomodar al niño en sus brazos se le cayó el pergamino. Del pequeño bulto surgió el hedor a excrementos, a piel pálida y cubierta de costras, y se mezcló con el olor a leña quemada. Cyprian se agachó para recoger el documento.

»La nodriza nos dirá cómo cuidarlo. Wenzel. Se llama Wenzel. ¡Dios mío, deberíais ver qué aspecto tiene, pobrecito!

—¡Tranquilizaos! —gruñó Cyprian, leyendo el documento. No comprendía ni una palabra y el sello le era desconocido. Cuando quiso devolvérselo a Andrej, éste

no reaccionó y el pergamino cayó de nuevo al sucio aleteando como una polilla moribunda.

—¡He de reunirme con Yolanta!

—¿Quién es Yolanta? ¿La nodriza?

—No: Yolanta es Jarka.

Durante unos segundos, Cyprian guardó silencio. Andrej parecía escuchar sus propias palabras y su expresión de pánico se redujo.

—La vida de Yolanta parece bastante complicada —comentó Cyprian.

—Escuchadme... Vos sois el comisionado del obispo. ¿Podéis ayudarnos a pasar a Kleinseite? ¿Que Wenzel y yo pasemos a Kleinseite?

—Hay que darle de beber a Wenzel, bañarlo y acostarlo, por ese orden. Y lo antes posible.

—¡Por eso debo reunirme con Yolanta! —gritó Andrej.

—¡Hablad en voz baja!

—¿Por qué no habláis en voz baja vos mismo? ¡Se trata de la vida de un niño!

—Soy el comisionado del obispo de Wiener Neustadt —dijo Cyprian—. Aquí eso equivale a un pedo de liebre. No podéis pasar a Kleinseite antes de mañana por la mañana, pero tengo una idea: venid conmigo.

Andrej le lanzó un vistazo.

—¿A vuestra casa?

—No, yo también tengo mi domicilio en Kleinseite.

—¿Entonces adónde?

Cyprian palpó la pequeña cápsula con el mensaje del obispo Melchior que guardaba en su bolsillo.

—Mi intención era vigilar cierta casa —dijo—. Acompañado de vos y de... Wenzel... es posible que me dejen entrar.

Wenzel se atragantó y tosió débilmente. Después se echó a llorar. Cyprian contempló el rostro diminuto con expresión pétrea. El cráneo del niño se dibujaba bajo la piel. El recuerdo de su madre y sus hermanas menores lo impulsó a introducir el índice derecho en la boca del niño, que empezó a chuparlo. A Cyprian se le hizo un nudo en la garganta; cuando retiró el dedo, Wenzel empezó a llorar de nuevo.

—Venga, vamos —dijo Cyprian—. Sólo está a dos pasos. Disponéis de unos minutos para explicarme lo que ocurre.

Andrej suspiró, estaba agotado.

—Con eso no basta —murmuró—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Empezad diciendo: «Soy un imbécil» —propuso Cyprian—. ¡Y ahora en marcha, maldita sea!

—Soy un imbécil —dijo Andrej—. Pero da igual: vos también lo sois.

Cyprian se permitió una sonrisa, que Andrej no le devolvió.

En ese preciso momento, el techo de la casa Wiegant & Wilfing situada unos pasos más allá, se desplomó y una llamarada se elevó al cielo.

Cuando la joven trató de tomar aliento para gritar, Pavel le cubrió la boca con la mano derecha. Estaba atrapada entre la mesa y la silla, y no logró esquivarlo. Trató de apartar la mano que la ahogaba, pero Pavel le atenazaba la garganta con la izquierda. De repente un dolor intenso recorrió el brazo de Pavel: ¡la herida de la espina! Dejó caer el brazo, su táctica había fracasado.

La joven contraatacó golpeando el rostro magullado del monje, pero el dolor que éste sintió no superó el de la herida de la mano. Ella logró desprenderse de la mano que le cubría la boca, pero antes de que pudiera gritar Pavel se abalanzó sobre ella. La mujer y la silla se desplomaron al suelo.

Pavel cayó sobre la joven y el canto de la silla se le clavó en el costado. El estruendo resonó por toda la casa, el suelo tembló. A Pavel le entró pánico.

La mano de Pavel ya no le cubría la boca, pero el golpe la había dejado sin aliento; pataleó, trató de quitárselo de encima y arañarle los ojos, jadeando y tratando de recuperar el aliento. El intentó atraparla y agarró un mechón de su cabello; ella soltó un gemido que debería haber sido un alarido.

Pavel la aferró de los cabellos con la izquierda. El dolor en la mano era casi insoportable. Con la derecha la agarró del cuello y apretó. Ella abrió los ojos y la boca, pero no logró gritar. Su cara se enrojeció y sus ojos se clavaron en el rostro del monje, que vio cómo el terror se convertía en un odio que casi lo hizo retroceder. La joven se retorció, pero él la aplastaba con su propio cuerpo. El dolor hizo que Pavel aflojara la mano izquierda y se la apretara contra el cuerpo. Entonces vio que en los ojos lagrimeantes de la joven una venilla reventaba y le teñía el iris de rojo; murmuró una oración, pidiendo perdón, rogando que Dios acogiera a esa pobre alma, pidió misericordia por acabar con una vida inocente, para que ésta no cargara con el peor de los pecados: traicionar a Dios el Señor...

Ella lo abofeteó con ambas manos, lo arañó, aferró la tira de cuero que llevaba alrededor del cuello y se la arrancó, pero Pavel no percibió los golpes ni los arañazos ni el verdugón que la cinta le dejó en el cuello, sólo trató de protegerse la mano izquierda. Ella puso los ojos en blanco y eso estaba bien, porque Pavel también se había quedado sin fuerzas y en cualquier momento alguien entraría por la puerta, arrancado del sueño por el estrépito. ¿Cómo podría haber sabido Pavel que la cena en la sala acababa de convertirse en una alegre bacanal, puesto que el novio estaba convencido de que su prometida por fin se había sometido a su voluntad? Entonces ella clavó la vista en su mano izquierda, que él apretaba contra el pecho...

Antes de que el monje pudiera reaccionar, la joven le arrancó la venda de la mano y sus uñas se clavaron en la profunda herida —apenas cubierta por una costra— que le recorría el dorso de la mano.

Pavel se echó hacia atrás y cayó al suelo. El dolor no habría sido más intenso si alguien le hubiera arrancado la mano. La vista se le nubló. Estaba tumbado de espaldas y todo el brazo le ardía, y a duras penas logró reprimir un alarido de dolor. Se retorció en el suelo, aferrándose la mano izquierda con la derecha. La sangre se escurría entre sus dedos. No se dio cuenta de que se había mordido el labio y que la sangre también le manchaba las comisuras de la boca. Soltó un profundo gemido y vio que ella se incorporaba, jadeando y tosiendo, con los cabellos revueltos y la cara roja, encogida y tratando de vomitar, pero sin lograrlo. La joven abrió la boca, pero esta vez tampoco logró pedir socorro, sólo lanzó un graznido. Se tambaleó hacia él. Pavel comprendió que si lograba salir al pasillo y alarmar a los habitantes de la casa, él habría fracasado. Había cometido asesinatos, involucrado al único amigo que tenía en el mundo y al final había fracasado. Se dio cuenta de que se desmayaba...

Y entonces recuperó el conocimiento cuando ella le propinó una patada. Pavel abrió los ojos. Ella no había huido, estaba de pie junto a él, tambaleándose, incapaz de articular un sonido, protegiéndose la garganta con una mano y buscando un apoyo con la otra. La joven le propinó otra patada. Sus ojos ensangrentados expresaban un odio total, tenía el rostro contraído, como una Furia. Cada puntapié era como un puñal que se clavaba en su mano herida, aunque ninguno acertó a tocarla. El instinto de autoconservación lo hizo patalear para alejarse empujando con los talones. Ella lo siguió, tropezando... Era absurdo, lo mataría a patadas. La joven había estado a punto de morir y de alcanzar el paraíso como un alma inocente, y ahora era ella quien cargaría con un asesinato y la condena eterna...

Con el rabillo del ojo, Pavel vio que la puerta volvía a abrirse: eran los salvadores y si impedían que ella lo matara, sólo sería para que después lo ahorcaran a él...

La hoja de la puerta le golpeó la sien y lo arrojó al centro de la habitación; allí la realidad se desvaneció, no quedaron nombres ni misión, pero sí dolor. Y Pavel perdió el conocimiento en medio de ese dolor.

* * *

Lo recuperó con la aliviada certeza de que todo había sido un sueño. El tosco rostro de Buh flotaba por encima de él y lo contemplaba con preocupación; Buh lo había despertado para que iniciara otra guardia en la permanente oscuridad de las cuevas. Después empezó a percibir los detalles: la calidez del recinto, el aroma a hogar, la sensación del suelo de madera bajo el cuerpo y la de la mordedura de un perro cuyos dientes aún estaban clavados en su mano izquierda. El alivio de Pavel se desvaneció.

—¿Qué ha ocurrido? —trató de balbucear.

Buh frunció el ceño y Pavel desvió la mirada. En un rincón de la habitación envuelto en sombras, yacía una inmóvil figura encogida sobre sí misma, de largos cabellos y elegantemente vestida. Pavel alzó la mano dolorida, estaba cubierta de

sangre, ahora la herida parecía un estigma. Su desmayo sólo podía haber durado medio minuto. Tenía un sabor desagradable en la boca y estaba tan desorientado que hubiera preferido volver a apoyar la cabeza en el suelo.

Buh intentó pronunciar unas palabras y señaló la puerta, que había cerrado. Suponiendo que sus actividades no hubieran alarmado a nadie, habrían ganado algunos segundos para ponerse a salvo, pero no debían perder tiempo.

—Sí —gimió Pavel—. Sí, lo sé. No te preocupes. —Se giró, se incorporó a medias y, apoyándose en las rodillas y la mano derecha, se arrastró hacia la figura inmóvil. Gimiendo de dolor, la volvió cara arriba.

Tenía una mejilla magullada y ensangrentada. Los párpados se agitaron pero estaba inconsciente. Pavel sospechó lo que había ocurrido: su ángel de la guarda personal había intervenido. No osó imaginar cuánto debería pagar por ese nuevo pecado que Buh se había visto obligado a cometer. Debía de haber oído el barullo, subido la escalera y abierto la puerta haciendo que ésta impactase contra el cráneo de Pavel. Entonces, al comprender lo que había ocurrido, Buh golpeó a la joven. Pavel volvió a rodear el cuello de la mujer con los dedos, pero después apartó la mano. Necesitaba las dos para cometer el asesinato y la izquierda estaba inservible. Y encargárselo a Buh...

Se arrastró hasta él, que se había enderezado y lo observaba. Pavel levantó la cabeza y Buh le ayudó a ponerse de pie. Pavel trató de reflexionar; allí estaba el objetivo que los había llevada hasta ese lugar, inconsciente e indefenso: ni siquiera sentiría la muerte. Pero no pudo acabar con la vida de la joven. Se le doblaron las rodillas y Buh tuvo que sostenerlo para que no cayera. La certeza del fracaso definitivo dejó indiferente a Pavel: era demasiado intensa.

—¡V... v... vmn!

—Vayamos a casa —susurró Pavel—. Sí, vayamos a casa.

Una voz en su interior dijo: «Este es un asesinato que no cometí. Gracias, Señor», pero eso no le provocó ningún sentimiento.

Permaneció de pie, tambaleándose, mientras Buh abría la puerta, se asomaba y hacía un gesto con la cabeza. Pavel trató de dar un paso, pero fue inútil. Buh lo alzó como si fuera un niño, empujó la puerta con el pie y salió. Pavel notó que volvía a desmayarse y se palpó el hábito buscando el medallón, del que sólo existían siete ejemplares. Había desaparecido. Ella se lo había arrancado y la pérdida sólo suponía la confirmación de lo que sentía: que ya no era un custodio. Ya no merecía serlo. Podría describirle el aspecto de la joven al abad Martín, decirle cómo llegar hasta ella, y el abad enviaría dos nuevos custodios que cumplirían con la misión encargada a Pavel. Pero él no había estado a la altura.

Buh dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas y se deslizó hasta la escalera de servicio. La cabeza de Pavel colgaba, el pasillo parecía una cueva oscilante de

contornos dobles y triples. De repente vio algo que mereció su atención.

El farol que había depositado ante la habitación de Agnes Wiegant había caído al suelo y rodado hasta una esquina del pasillo. El aceite de la lámpara se había derramado y la mecha había encendido el charco de aceite. Pequeñas llamas azuladas ya lamían el revestimiento de madera. Si las velas de la habitación de Agnes Wiegant no se hubieran apagado durante la lucha llenando el ambiente de humo, quizá se habría percibido el olor a madera quemada.

Pese a todo, Dios lo acompañaba y le daba otra oportunidad.

Buh giró alrededor de la esquina sin ver nada. Cuando abrió la puerta de servicio y salió a la calle, donde la oscuridad empezaba a desvanecerse, Pavel inspiró el aire fresco y le rogó que se detuviera y lo dejara en el suelo. El cansancio le provocaba náuseas pero aún había algo que hacer. Acercó la cabeza de Buh a la suya, se dispuso a contarle una nueva mentira a su amigo y le susurró una petición al oído.

Atónitos, Cyprian y Andrej contemplaban las llamaradas que surgían por detrás de las fachadas de las casas de la Königsrieg. Entonces Cyprian echó a correr, seguido de Andrej, que apretaba la cabecita del niño contra su pecho.

Los primeros mirones empezaron a ocupar la pequeña plaza con una fuente en el centro, espantados por la injusticia de un acontecimiento que sólo suele ocurrirles a los demás, no a uno mismo. Con los ojos como platos, en camisón o completamente vestidos, observaban el remolino de chispas que se elevaba del techo medio derrumbado. Cyprian se abrió paso entre ellos embistiendo como un soldado lanzado al ataque, agarró al primero —un tipo gordo con una jarra de vino en la mano y en cuyas mejillas aún brillaba la grasa de la cena— y le gritó:

—¡La guardia! ¡Ve a buscar a la guardia!

No sabía si el hombre lo había comprendido, pero en todo caso éste echó a correr en dirección al puente de Praga. Cyprian se abalanzó entre la multitud señalando la fuente.

—¡Cubos! ¡Id a buscar cubos! —rugió, titubeando al ver la verja decorativa retorcida y medio arrancada. Después, voceando y empujando, instó a la multitud a seguir sus indicaciones. Lentamente comprendieron que se estaba quemando una casa vecina y que faltaba muy poco para que se convirtiera en un incendio que devoraría todo el barrio. Entre gritos y apresuradas carreras en busca de cubos, apartaron a Andrej de su camino. Éste seguía protegiendo al niño lo mejor que podía y de pronto Cyprian apareció a su lado.

—¡Organiza una cadena de cubos! —le gritó.

Andrej protestó, alzando al niño, pero Cyprian ya corría hacia la entrada de la casa en llamas; entonces en Andrej surgió el instinto de cualquier habitante de ciudad, a quien un incendio infunde mayor temor que un ejército atacante. Corrió hacia una mujer con aspecto de criada que contemplaba las llamas con la fascinación provocada por el horror.

—¡Toma el niño! —le gritó—. ¡TOMA EL NIÑO!

Wenzel soltó un grito agudo, la mujer tendió las manos, Andrej depositó el bulto en ellas y empujó a ambos contra la fuente.

—¡QUÉDATE AQUÍ! —chilló. Ella asintió con la cabeza. Andrej apartó los restos de la jaula decorativa y empezó a subir el cubo. La cadena fría y oxidada le lastimaba las manos.

Cyprian tiró de los trozos de hierro clavados en el suelo que bloqueaban la puerta principal y la de servicio; los restos de la jaula dorada impedían la salida de los habitantes de la casa. Cyprian jadeaba, las manos le sangraban; las puertas bloqueadas demostraban que se trataba de un incendio provocado, pero él estaba

concentrado en algo diferente. Se oyó a sí mismo gritar «¡Agnes! ¡AGNES!», pues ella era lo único que ocupaba sus pensamientos. ¿Dónde se había iniciado el fuego? ¿En la planta baja? Y el techo, ¿ya estaba ardiendo? Siguió tratando de quitar los hierros, pateándolos y tirando de los barrotes de la jaula.

De pronto apareció un hombre que introdujo una larga barra entre los barrotes; ambos la utilizaron para hacer palanca y quitar los trozos de hierro de delante de la puerta principal. Un chorro de agua helada empapó a Cyprian y a su ayudante. Ambos se volvieron y frente a ellos vieron a un hombre boquiabierto con un cubo vacío en la mano. Durante una fracción de segundo, Cyprian registró la escena: los vecinos que corrían hacia la fuente desde todas las direcciones; Andrej, que tiraba de la cadena como un poseso para subir el cubo con agua sin dejar de gritarle a una mujer acurrucada a su lado: «¿Se encuentra bien? ¿Se encuentra bien?»; los guardias, que se quitaban los cascos y se abalanzaban en medio del tumulto para poner orden en el caos; el acelerado tañido de la campana de alarma de la torre de Altstadt; el hombre del cubo, que lo había vaciado por encima de su cabeza, presa del pánico...

Después agarró el picaporte, ayudado por el otro hombre. Tiraron y oyeron cómo la madera se astillaba cuando la cerradura reventó. La puerta se abrió y un cuerpo cayó sobre ambos. Un humo negro como el carbón surgió de la abertura como un cañonazo y penetró en los ojos, la nariz y la boca de Cyprian, dejándolo sin aliento. El cuerpo se desplomó. Cyprian vio que quien le ayudaba era el capitán de la guardia, relevado de su puesto en el puente de Altstadt. Entre los dos arrastraron el cuerpo a un lado; dos guardias se acercaron a la carrera, ambos con cubos en las manos y los derramaron por encima del hombre medio desmayado como si ardiera en llamas. El hombre tendido en el suelo se agitó y escupió. Era Sebastian Wilfing hijo.

Cyprian no notó que había apartado a los guardias y agarrado a Sebastian del cuello de la camisa hasta que se oyó rugir:

—¿Dónde está Agnes? ¿Dónde están los demás?

Sebastian agitaba los brazos, tosiendo y escupiendo. Cyprian lo sacudió.

—¿Dónde están los demás?

Sebastian abrió la boca y graznó:

—¡Socorro!

De repente, el rostro sucio de su rival se convirtió en una mueca roja y una oleada de ira ciega invadió a Cyprian. Levantó el puño y soltó un grito inarticulado. Alguien trató de detenerlo; Cyprian se giró y le dio un empujón al capitán de la guardia que se había interpuesto entre él y su rival. El capitán cayó sentado. El vecino en camisón invirtió el cubo encima de la cabeza del capitán, pero el cubo seguía vacío.

—No lo sé... —graznó Sebastian—, ¿arriba? Bajé las escaleras..., todo estaba lleno de humo... —dijo, se giró y vomitó.

Cyprian se abalanzó hacia la puerta. El capitán lo agarró del brazo.

—¡No puedes entrar ahí! —gritó.

—¿Por qué no? Soy un imbécil, ¿verdad? —gritó Cyprian, y trató de soltarse, pero el capitán logró apartarlo de la puerta.

Por encima de sus cabezas resonó un trueno, sobresaltándolos. Un rayo de luz iluminó las fachadas de las casas vecinas. Los miembros de la cadena humana que transportaba los cubos al mando de Andrej, mojando las fachadas de las dos casas contiguas, soltaron un grito y se detuvieron. Cyprian vio una lluvia de cristales brillando a través de las llamas, seguidos de las persianas y los escombros de las ventanas de la planta superior. Sebastian se alejó a cuatro patas; los dos guardias lo agarraron y lo arrastraron consigo. El hombre en camisón permanecía en medio de la lluvia infernal y entre sus cabellos revueltos y encima de sus hombros relucían los trozos de cristal; un pedazo enorme le arrancó el cubo de la mano, una persiana cayó al suelo justo delante de él y se hizo añicos. El hombre abría unos ojos como platos y mantenía las manos medio cerradas como si aún sostuviera el cubo.

Cyprian atravesó la lluvia de escombros y de jirones de cortina que descendían como mariposas en llamas, acompañada por el repiqueteo de los cubiertos, los platos y las copas, alzó en brazos al hombre del camisón y lo alejó de la zona de peligro. Durante un instante, Cyprian vislumbró el rostro horrorizado y empapado de Andrej, después dejó al hombre junto a la cadena humana, alguien le alcanzó un cubo y el hombre se lo pasó al siguiente como si estuviera en trance. Cyprian se giró y vio las llamas que surgían de las ventanas completamente destruidas de la primera planta.

Los guardias entraban en las casas vecinas, armados de cubos, tablas remachadas de hierro, hachas y lanzas. El estruendo del trueno aún resonaba en los oídos de Cyprian. El techo ardía y también la primera planta; el terror lo invadió.

—¡Las habitaciones del servicio, a la izquierda, justo debajo del techo! —jadeó una voz: era la de Andrej. Cyprian lo miró fijamente. Andrej señalaba una parte del edificio—. ¡Ahí hay alguien!

Las ventanas eran diminutas; en el mejor de los casos habrían dejado pasar a un gato. Cyprian vio una mano que se agitaba. No sabía si el dueño de la mano estaba gritando y no lo reconoció.

—¡Tal vez Agnes y los demás se hayan refugiado allí! —gritó Andrej. «¿De dónde conoce a Agnes?», pensó Cyprian, pero ahora eso no tenía importancia y se dispuso a salir corriendo.

—¡Aguarda! —rugió Andrej y, con la fuerza de la desesperación, derramó el contenido del cubo encima de Cyprian, empapándolo de agua helada.

—¡Si pretendes entrar allí, debes estar mojado! —gritó y volvió a dejar caer el cubo al fondo de la fuente. Esa acción decidida y el chorro de agua helada hicieron que Cyprian recuperara el oremus. Agarró a Andrej del cuello y le dio un beso en la mejilla.

—¡Bésala a ella, no a mí! —chilló éste.

Cyprian sonrió, se giró y echó a correr hacia la casa en llamas. Entretanto, los guardias habían apartado los hierros de la puerta de servicio y la abrieron. Iluminaban el oscuro interior con sus antorchas, lo que parecía un disparate dadas las llamas que consumían la otra parte del edificio. Cyprian se abrió paso entre ellos, agarró una antorcha y, antes de que empezaran a gritar, logró llegar hasta la escalera. Hizo caso omiso de sus gritos.

El humo era graso y denso, y le arañó la garganta, obligándolo a toser, pero no era tan denso como en la planta principal: flotaba bajo el cielorraso como las nubes de tormenta. La antorcha iluminó los primeros peldaños. Un fulgor rojo brillaba en la oscuridad; se volvía más intenso cuanto más ascendía. Tuvo que detenerse en la mitad de la escalera, obligado por la tos y la asfixia. Allí arriba el humo era más espeso y pesado, y se derramaba por los peldaños como un líquido. Los ojos le lagrimeaban y por primera vez sintió la proximidad del fuego: le envolvía la cara como un hálito ardiente y mortífero.

En el descansillo se apoyó contra la pared; estaba sudando a chorros. Vio un tramo del pasillo que conducía al salón pasando junto a las habitaciones de la familia. Era como el primer círculo del infierno. Se arrastró junto a la pared y empezó a remontar la segunda escalera. Deseó que su disfraz de eclesiástico le hubiera permitido acceder a la casa la primera vez, porque entonces ahora se habría orientado mejor. Pero por otra parte, las viviendas de los patricios eran todas parecidas. Tras remontar unos escalones, el calor disminuyó. Allí el humo era más claro y menos denso, pero más acre y asfixiante. El fuego rugía en el hueco de la escalera como una fiera enjaulada. Inspiró profundamente, y fue como inspirar astillas de cristal. Avanzó tropezando, tosiendo y resollando. Los pulmones le ardían. Se quitó el jubón y tironeó de la manga de su camisa procurando no respirar. Una tos espasmódica le agitaba el cuerpo. Por fin logró arrancar la manga y se cubrió con ella la parte inferior de la cara. Los pulmones aún le dolían, pero respirar se había vuelto más fácil. Su pie chocó contra la antorcha que había dejado en el suelo, que rodó por la escalera y se apagó. Daba igual: allí había suficientes llamas.

Arriba se extendía un pasillo de techo tan bajo que tuvo que agacharse. Recorría todo el edificio y más allá ardía en llamas, pero ahí, junto a la escalera, estaba intacto. Una corriente de aire le agitó la manga con la que se protegía la cara; causada por el desplome del techo y de la fachada de la planta superior, la corriente avivaba las llamas en las entrañas de la casa, pero allí creaba una zona casi libre de humo. Cyprian se secó el sudor del rostro dejando una marca negra a través de la cual surgía el brillo de sus ojos. En medio del fulgor rojizo, vio unas puertas. Abrió la primera de una patada y entró a trompicones en una habitación vacía. Por encima del chisporroteo oyó gritos ahogados que provenían de la estancia contigua. Al ver una

puerta de comunicación, también la abrió de una patada, se golpeó la cabeza contra el techo y soltó una maldición. La docena de personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido.

—¡Agnes! —gritó Cyprian—. ¡Agnes! —Las personas retrocedieron, asustadas—. ¡AGNES!

Alguien se abrió paso entre el grupito. El agradecimiento hizo que Cyprian cayera de rodillas, pero en medio de las tinieblas de color anaranjado advirtió que se trataba de Niklas Wiegant.

—¿Cyprian?

—¿Dónde está Agnes? —Cyprian tosió y se quitó la protección de la cara.

—No lo sé —sollozó Niklas.

—¡Fuera! —graznó Cyprian—. Todos fuera. —Su corazón gritó: «¡No!»

—No podemos salir. ¡Todo está ardiendo!

Cyprian agarró al padre de Agnes de la camisa, lo arrastró a la otra habitación a través de la puerta de comunicación y lo sacó al pasillo. Al ver las llamas más allá, Niklas soltó un alarido y se protegió la cara con las manos, pero al darse cuenta de que él no estaba ardiendo las bajó. Los demás salieron detrás de él: los criados, Sebastian Wilfing padre, chillando de terror, y Theresia Wiegant, cuya arrogancia había desaparecido bajo el pánico. Cyprian los empujó hacia la escalera.

—¡Bajad, bajad! —gritó—. ¡Tened cuidado en la primera planta y lo lograréis! —Con voz enronquecida por el humo preguntó—: ¿Alguien ha visto a Agnes?

Una persona se debatía, negándose a dejarse arrastrar escaleras abajo por los demás. Cyprian reconoció la voz de la criada de Agnes.

—¡Tesoro mío! —aullaba—. ¡Tesoro mío!

Cyprian empujó a un lado a los que se interponían en su camino y agarró a la criada de los cabellos. Ella hizo una mueca de dolor, pero a él le daba igual.

—¿DÓNDE ESTÁ? —rugió.

—... habitación... no me dejaron bajar...

Cyprian se abrió paso junto al grupo que tropezaba escaleras abajo, tosiendo, llorando y lamentándose, encabezado por Niklas. Cyprian lo agarró y lo arrastró tras de sí; los demás aceleraron el paso. Al llegar a la primera planta Niklas soltó un grito y su espanto contagió a sus compañeros. Alguien quiso dar la vuelta y volver a subir, pero a Cyprian le quedaba una mano libre. Clavó la vista en los ojos desorbitados de Theresia Wiegant y a sus espaldas distinguió cómo Sebastian perdía el conocimiento y se desplomaba en brazos de dos criados que lo recogieron: el reflejo servil era más potente que el terror.

—¡Debéis bajar por allí! —gritó Cyprian. Theresia se resistía. El la sacudió.

—¿Dónde está tu hija, mala madre? —gritó, soltando a Niklas y cerrando el puño—. ¿Dónde está tu hija? ¿DÓNDE ESTA TU HIJA?

Theresia le arañó la cara y él le pegó una bofetada, haciendo que la cabeza de ella rebotara hacia atrás. Cuando la inclinó otra vez hacia delante, Cyprian vio que le lanzaba una mirada cargada de odio. Niklas se desplomó junto a la pared, tosiendo, y habría rodado por los restantes peldaños si Cyprian no lo hubiera atajado con un pie.

—¡Suéltame, bestia! —siseó Theresia.

—¡Saca a esta gente de la casa, hija de perra! —maldijo Cyprian—. Niklas y Sebastian están fuera de combate. ¡Sácalos!

Ella se irguió, Cyprian la hizo girar y le arrancó un trozo de tela del vestido. Ella gritó. Él le entregó el jirón que le había arrancado de la espalda y después se cubrió la boca con el trozo de su propia manga.

—¡Así! —dijo en tono iracundo—. ¡Así! —Ella asintió.

Después Cyprian se dio la vuelta y empezó a dar órdenes. Dos criados se acercaron trastabillando y ayudaron a Niklas a ponerse de pie. Cyprian alcanzó el descansillo de un brinco. El calor le quemaba la espalda. Su ropa estaba casi seca y a punto de arder. El tramo inferior de la escalera parecía un pozo tenebroso, el humo casi sólido. Niklas y los criados retrocedieron.

—¡Adelante, adelante!

Avanzaron unos pasos y el humo se los tragó. Después le tocó el turno a Sebastian Wilfing. Theresia, situada un par de peldaños más arriba, empujaba a los demás hacia abajo y Cyprian los obligaba a avanzar.

La criada de Agnes se debatía como una fiera, presionada por Theresia. Los que estaban detrás de ellas gritaban de miedo. Theresia le tiró del pelo para obligarla a moverse.

—¡La habitación, la habitación!

Cyprian se giró. En la incierta luz del pasillo distinguió dos puertas a la derecha. Una estaba entreabierta, la otra cerrada. La criada señalaba la puerta cerrada, chillando y llorando.

Cyprian y Theresia intercambiaron una mirada. Cyprian hizo un gesto afirmativo con la cabeza y echó a correr por el pasillo.

* * *

El calor era tan brutal que lo obligó a agacharse incluso antes de dar diez pasos. Allí también la corriente de aire apartaba el calor del hueco de la escalera, pero cuanto más avanzaba, más ardiente se hacía la atmósfera. Se arrastró hacia delante apoyado en las manos y las rodillas, tratando de protegerse el rostro. El rugido del fuego le zumbaba en los oídos, las orejas le ardían. ¿Cuánto faltaba? Alzó la cabeza y fue como si un dragón le lanzara el aliento al rostro.

La puerta estaba a un par de metros de distancia. Creyó que la piel se le desprendía de las mejillas y se dio la vuelta con los pies hacia delante. Presa del espanto, vio que el cuero de sus zapatos humeaba, pero ya había alcanzado la puerta,

que se abrió, se desprendió del gozne superior y quedó colgando. Haciendo un último esfuerzo, Cyprian se lanzó al interior de la habitación llena de humo que, en comparación con el pasillo, le pareció más fresca.

—¿Agnes? —Su voz era un mero graznido.

No hubo respuesta. Cerró los ojos y avanzó a gatas: una silla tumbada en el suelo. Siguió tanteando y su cabeza chocó contra el borde de una mesa. Soltó una maldición... y entonces tocó la tela de un vestido, y casi tropieza con un cuerpo tumbado en un rincón.

—¡Dios mío, Agnes, Agnes!... —Cyprian recorrió ese cuerpo con dedos presurosos hasta que tanteó su rostro, luego abrió de par en par los ojos irritados por el humo. Nada. Negrura total. Giró la cabeza y vio el contorno de la puerta. Si el humo se volvía más espeso, no encontraría la salida. Resollando de terror, procuró encontrar el pulso de Agnes. Nada. Le apoyó la mano en la boca y tocó algo húmedo: lágrimas o sangre. Sus manos rozaron el escote del vestido y después lo desgarraron de un tirón. Palpó su corazón con la mano, pero no percibió un latido.

—¡No! ¡NOOOOOO! —El grito le desgarró la garganta, tenía sangre en la boca. Abrazándola por la cintura, la arrastró hasta la puerta. Allí se la cargó encima del hombro y se lanzó hacia fuera como un loco, sin percibir el calor, sin percibir que se le quemaban las pestañas, las cejas y el pelo de la frente. Corrió a lo largo del corredor y el peso con el que cargaba le resultó ligero, más ligero que nunca; al llegar al descansillo vio el ardiente montón de escombros que antes había sido la escalera que daba a la planta baja. A la izquierda, donde había estado la pared que separaba el hueco de la escalera de los almacenes de abajo, había un agujero de bordes ígneos, y encima de los escombros reposaba una gran viga que había caído y derrumbado la pared. El camino hacia abajo estaba bloqueado.

Cyprian remontó la escalera, gimiendo y jadeando. La cabeza de Agnes golpeaba contra su espalda, completamente flácida. Allí la oscuridad era también casi total. La única iluminación provenía de las llamas que relumbraban entre el humo y no bastaban para ver dónde ponía los pies.

El fuego de la planta superior avanzaba, pero Cyprian lo esquivó. El pasillo continuaba a la izquierda y caminó con los ojos casi cerrados; ya no le servían de nada. Echó mano de sus otros sentidos para llegar al final del pasillo, como un murciélago que vuela de noche. Chocó contra una pared y casi deja caer el cuerpo inmóvil de Agnes. Era un callejón sin salida.

El pasillo al que daban las habitaciones de los criados recorría la planta superior del edificio. Al otro lado estaba el gran almacén destinado a secar mercaderías, coronado por la cumbrera. Debía poderse acceder a él desde las habitaciones de servicio. Cyprian retrocedió hacia las llamas, apoyado contra la pared. Tras dar unos pasos chocó contra una puerta y se abalanzó contra ésta; la puerta resistió. Cyprian la

pateaba escupiendo y maldiciendo, pero la puerta era sólida. Entonces sujetó las piernas de Agnes con una mano y con la otra tanteó la hoja, encontró un picaporte, lo bajó... y la puerta se abrió. Lo que se ocultaba detrás lo dejó sin aliento.

La parte central del tejado se había hundido. Una de las vertientes aún estaba casi intacta, aunque el hundimiento había arrancado gran parte de las tejas. Cyprian vio el cielo nocturno azul oscuro hacia el cual se elevaban las llamas desde el interior de la casa. El calor era igual de intenso, pero de pronto resultó más soportable. Cyprian distinguió una abertura en el muro exterior izquierdo, a sólo unos pasos de distancia, y trastabilló en esa dirección. Era el hueco a través del cual se introducían las mercaderías; por encima asomaba la viga con la polea. El aire fresco le golpeó la cara; sus ojos irritados por el humo sólo le permitían ver contornos borrosos. Oyó gritos y cayó de rodillas junto al hueco.

—¡Aquí! ¡Eh, aquí!

Cyprian abrió los ojos. La callejuela tenía sólo varios pies de ancho. En la casa de enfrente había otra abertura y junto a ésta unos hombres acurrucados, con y sin cascos. Le hicieron señales con la mano. Cyprian los miró fijamente; por fin comprendió y se dejó caer a un lado.

Los guardias lanzaron dos cuerdas terminadas en varios ganchos de hierro que se clavaron a derecha e izquierda del hueco, y después las tensaron. Una tabla con rieles de hierro a los lados surgió del hueco de la casa de enfrente, cayó sobre las cuerdas tensadas y los guardias la empujaron hasta que descansó en el borde del hueco de la casa de Agnes.

—¡Venid aquí!

—Hay una mujer herida —graznó Cyprian.

—¡Ella primero!

Uno de los guardias se arrastró cuidadosamente a lo largo de la tabla, que crujía y se combaba. Cyprian se acercó a él y se alegró de no ver el vacío que se abría a sus pies. El rostro del guardia era una mancha borrosa, el casco, un brillo rojizo. A espaldas de Cyprian, algo crujió y chisporroteó: el edificio tembló y una ola de calor avanzó desde atrás. La tabla osciló, y después volvió a estabilizarse.

—¡Date prisa!

Cyprian bajó a Agnes de su hombro y la depositó en brazos del hombre. Sólo entonces notó que éste llevaba una manta con la que envolvió a Agnes tratando de contener las lágrimas y echando un vistazo a su rostro ennegrecido por el hollín. El guardia retrocedió tirando de la manta que envolvía el cuerpo flácido de Agnes. Cyprian recordó el niño envuelto en una manta que Andrej había cargado en brazos.

El guardia desapareció junto con Agnes en el hueco de la casa de enfrente. Después volvió a salir.

—¡Ahora tú! ¿Necesitas ayuda?

Cyprian negó con la cabeza. Se aferró a los bordes de la tabla y atravesó el vacío impulsándose con las manos. Casi era un paseo, incluso para alguien medio cegado por el humo. Cuando bajó de la tabla, se le doblaron las rodillas. Los guardias lo sostuvieron.

—¿Dónde está Agnes?

—Abajo. Vete de aquí. ¿Puedes caminar sin ayuda?

—¿Adónde?

Del edificio de enfrente surgió un gran estruendo. Cyprian dirigió la mirada hacia allí. Los guardias se apresuraron a desenganchar las cuerdas y recuperar la tabla. Por encima del tejado de la casa de enfrente se elevó una llamarada que a Cyprian le pareció una enorme bola de fuego. Los guardias enrollaron las cuerdas con los ganchos, y retrocedieron jadeando. Después arrastraron a Cyprian, que se había quedado inmóvil. La bola de fuego se hinchó...

—¡Mierda! —exclamó uno de los guardias.

—Ya no lograremos dominarlo.

—¡La ciudad...!

... y desapareció.

La casa en la que estaban tembló como sacudida por un terremoto; el estruendo y el chisporroteo eran como la peor de las tormentas. El polvo penetró como un puño que atraviesa una pared. El resplandor rojizo que iluminaba el desván del edificio vecino se apagó. Los hombres empezaron a toser. Cyprian se soltó y, a tientas, buscó la escalera de la vivienda.

—¡Eh, dale las gracias a tu ángel de la guarda! —gritó uno de los guardias—. Un minuto más allí, al otro lado, y...

Cyprian no contestó. Su vista mejoraba poco a poco y, más que bajar la escalera, cayó por los peldaños. Hasta que no supiera que Agnes no estaba muerta, consideraría que su ángel de la guarda había fracasado.

* * *

Fuera el caos era total; Cyprian sólo percibía sombras confusas, gritos y traqueteos. Una nube de polvo descendió sobre la plaza envolviéndolos a todos. Las antorchas trataban de iluminar la asfixiante oscuridad, pero sólo eran puntos de luz. Allí el fulgor rojizo también se había apagado. El viejo edificio medio devorado por el fuego debía de haberse desplomado y la repentina nube de polvo había asfixiado las llamas. Habría que vigilar el montón de escombros durante días debido a los rescoldos que quizá volvieran a avivarse, pero de momento el barrio —y tal vez media ciudad— había escapado a una catástrofe. A Cyprian no podría haberle sido más indiferente. Se detuvo y procuró orientarse; desde la izquierda surgía el griterío de los hombres y el estruendo de las piedras y las vigas que alguien trataba de apartar. Creyó oír una voz que elevándose por encima del caos gritaba: «¡Él aún está allí

dentro. Él y mi hija!» Nevaba polvo y cenizas, el aire tenía un sabor amargo, como la cicuta. Cyprian se enderezó, cerró los ojos, hizo caso omiso de los sonidos y trató de escuchar con el corazón, pero no obtuvo respuesta.

Por fin la encontró donde siempre la había encontrado. Nadie, ni los guardias ni los demás, sabían quién era; los Wiegant y los Wilfing observaban el edificio en llamas y no la entrada de la casa vecina, de modo que no notaron que la habían llevado fuera. Estaba tendida a un lado, aún envuelta en la manta. Que nadie estuviera junto a ella y la cuidara fue suficiente para que Cyprian supiera que su esperanza era vana. Permaneció junto a su cuerpo medio envuelto mirándola fijamente; la imagen borrosa empezó a adquirir contornos precisos y él habría dado cualquier cosa por no verla. Volvió a sufrir otro ataque de tos. Ni siquiera sentía dolor, sentía un vacío, un hueco, un lugar que antes había estado ocupado; el hueco era tan enorme como si le hubieran arrancado medio cuerpo. El mundo carecía de sentido; daba igual que Praga se hubiera salvado del incendio, y también daría igual si toda la ciudad se hubiera quemado. Sus pensamientos eran jirones inconexos, flotaban como copos de ceniza que se agitaban en su cabeza, relacionados con la idea de que ahora el padre Hernando —de cuya llegada le había advertido el obispo Melchior— ya no tendría que molestarse en provocar un incendio. También recordó cómo en aquel lejano entonces había despegado la lengua congelada de Agnes mediante un jarro de agua tibia, hacía casi diez mil años. Intentaba no desplomarse sollozando junto al cuerpo de Agnes y con cada segundo que pasaba le costaba un esfuerzo mayor.

De repente notó una presencia junto a él y una mano que se aferraba a su antebrazo.

—No —susurró una voz doliente, y Cyprian reconoció la de Niklas Wiegant—. No, Cyprian, dime que no es verdad —dijo y se echó a llorar.

»¡Niñita mía! —sollozó—. ¡Niñita, niñita, Dios mío, mi niña!

Los ojos de Cyprian ardían. Niklas cayó de rodillas, se cubrió el rostro con las manos y sollozó. Cyprian vio que alguien se arrodillaba junto a él y lo agarraba del brazo: era Sebastian Wilfing padre. Su hijo, el novio y ahora futuro viudo, no aparecía por ninguna parte. Theresia Wiegant, una figura rígida, un fantasma de rostro tizado, permanecía a un lado. Sus ojos brillaban en el rostro casi irreconocible. Alguien se acercó apresuradamente y agarró a Cyprian del hombro.

—Creímos que estabas dentro del edificio —jadeó Andrej—. Después os vi aquí y... ¡Dios mío! ¿Ésa no es...?

Andrej apretaba al pequeño Wenzel entre sus brazos. El niño soltó un suave lamento. Andrej desplazó la mirada del cuerpo inmóvil que yacía en el suelo a Cyprian.

—¿Agnes? —exclamó—. ¡Dios mío, Cyprian!

Cyprian tendió una mano insensible que colgaba de un brazo insensible y rozó la

cabeza del niño. Después se apartó. La plaza oscilaba ante sus ojos. Cuando dejó de oscilar, Cyprian ya estaba junto a Theresia Wiegant. Sin mirarla, le rodeó la cintura con el brazo y la condujo hasta el grupo que formaban una muerta, dos ancianos que sollozaban, un niño medio muerto de hambre y un hombre joven sucio y empapado hasta los huesos de cuyos ojos también brotaban las lágrimas. Theresia no se resistió, pero permaneció rígida ante el cadáver de su hija. Cyprian se arrodilló y agarró la punta de la manta. La última vez que había sentido un terror semejante fue cuando su padre, medio desmayado por la explosión de polvo de harina, acabó tendido en el suelo con el polvo blanco manchándole el labio partido por el puñetazo de Cyprian. Hasta la escena era similar: una asfixiante capa blanca que lo cubría todo.

«Debo verte para poder despedirme de ti», pensó.

«No soporto ver tu rostro muerto, porque entonces no podré albergar ninguna duda», pensó al mismo tiempo.

«Te amo, Agnes», fue lo último que pensó.

Nunca había vuelto la mirada al pasado. Ahora lo hizo y, mientras retiraba la manta, deseó volver a ser el chico que acudía a salvarla con el agua tibia. No lo hizo para modificar las cosas, sólo para revivir cada instante pasado junto a Agnes.

* * *

Había empezado a lloviznar. Junto a la maltrecha fuente dorada se inició una celebración espontánea: vecinos que festejaban el fin del incendio, la intervención decidida de los guardias y sobre todo su propio heroísmo ante el fuego. Ardía una pequeña hoguera, alimentada con los restos aún incandescentes de la casa Wiegant & Wilfing: ¿por qué no aprovechar lo que la casualidad les deparaba y que de todos modos ya no servía para nada? Circulaban las copas de vino, los muslos de pollo, los bollos. El hombre del camisón —que entretanto había regresado a este mundo— estaba sentado junto al borde de la fuente repitiendo por tercera vez el relato de cómo había sobrevivido a la lluvia de cristales y escombros, tras el estallido de las ventanas de la sala de la primera planta. Todavía algunos fragmentos de cristal brillaban entre sus cabellos.

Varios concejales de la ciudad habían acudido al lugar, y después de reconocer que el peligro había pasado, habían considerado que unirse al festejo y participar de su improvisado banquete suponía un honor para los vecinos. La lluvia había eliminado el polvo y las cenizas de todas las superficies lisas y, allí donde no los había eliminado, los había convertido en una especie de mortero duro como la piedra. El capitán de la guardia del puente de Altstadt se dirigió al pequeño grupo que rodeaba a la muerta, presentó su pésame y les ofreció un jarro de vino que fue rechazado, pero el capitán no se lo tomó a mal. Aunque los celebrantes prorrumpían en frecuentes carcajadas —en algunos casos un tanto histéricas—, de vez en cuando lanzaban una mirada apenada a los dolientes, titubeando entre el propio alivio por que

el incendio se hubiera apagado y la conciencia de la tragedia sufrida por sus vecinos. Como contrapunto a las carcajadas, se oían esporádicos ataques de tos.

Cyprian tropezó al pasar por encima de los restos ardientes de la casa, apartó un escombros y tiró de una viga. Tenía las manos negras como el carbón, su rostro parecía una máscara de hollín. Una hora antes había escalado el montón de escombros como un loco, llamando a Agnes, maldiciendo y apartando los cascotes, y sólo debido a una suerte increíble no se había cortado con un cristal ni se había quemado con las vigas en llamas que colgaban del techo. Ahora estaba exhausto, vacío. Seguía tosiendo, aunque con menor intensidad. Durante un momento creyó que vomitaría, pero tenía el estómago vacío. Poco a poco, comprendió que o Agnes estaba enterrada bajo los escombros y tan muerta como la mujer que confundió con ella o bien no había estado en la casa y había desaparecido sin dejar rastro. Se aferraba a esta posibilidad sin ser consciente de ello. Entre los escombros del hogar de los Wiegant, Cyprian era el fantasma de un hombre que siempre creyó que lo controlaba todo, y que ahora —completamente desconcertado— se preguntaba si su vida se había convertido en una ruina o si aún quedaba algo por lo cual luchar. Le lanzó una mirada a Andrej von Langenfels.

Este había acomodado a la muerta en su regazo y sollozaba con el niño en brazos. El matrimonio Wiegant y Sebastian Wilfing padre permanecían a un lado; la expresión de sus rostros era la de unas personas encima de cuyas cabezas se había derrumbado una pared y que, una vez que el polvo se había asentado, descubrieron que habían estado justo debajo del hueco de una ventana. Sebastian hijo interrogaba a los criados y trataba de averiguar dónde había estado Agnes. Su criada era un tembloroso manojo de nervios, incapaz de articular palabra.

Cyprian vio cómo Andrej apartaba un mechón de cabello de la frente de la muerta. Aunque no la conocía muy bien, consideraba que había perdido a alguien que le era próximo. No se trataba sólo de que Cyprian hubiera arriesgado su vida por salvarla creyendo que era Agnes. Intentaba consolarse pensando que la muerta no era ella, pero sus sentimientos eran un remolino y, en vez de tranquilizarse, su alma herida tendía a compartir el dolor de Andrej.

—Ahora están juntos —sollozó Andrej antes de desmoronarse—. Ahora por fin ella ha encontrado la paz.

La lluvia repentina lavó el hollín del rostro de Yolanta y reveló la mejilla amoratada y el labio reventado; Cyprian seguía mirándola sin comprender. Alguien la había golpeado; alguien la había atacado. Mientras se encontraba en la habitación de Agnes alguien la había atacado. Cyprian aún estaba demasiado confuso para establecer la relación entre los hechos, pero empezó a armar el rompecabezas.

—¿Cyprian?

Niklas Wiegant estaba de pie junto al montón de escombros. Cyprian le devolvió

la mirada en silencio. Niklas se aproximó.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Cyprian? ¿Quién es el hombre con el niño en brazos? ¿Quién es la muerta? —preguntó. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Creí que era Agnes. Tú también lo creíste... Tú la... Regresaste a la casa y...

—Murió en lugar de Agnes —se oyó decir Cyprian. Sus palabras impresionaron a Niklas.

»Estaba en la habitación de Agnes —prosiguió Cyprian—. Recibió un golpe fuerte en la cabeza. Quienquiera que fuera su atacante, la dejó tendida en el suelo y prendió fuego a la casa. Quizás él o ellos se llevaron a Agnes y después prendieron el fuego. —Entonces la última pieza del rompecabezas ocupó el sitio correspondiente—. Todos debíais morir, Niklas. En el caso de Agnes, querían asegurarse por completo. ¿Cuál es el motivo, Niklas?

Este lo miró fijamente.

—¿Qué pecado cometiste, Niklas Wiegant, para que ahora alguien quiera pagarla con Agnes? —dijo Cyprian y, horrorizado, comprobó que la ira volvía a invadirlo. Ni siquiera sabía por qué estaba tan furioso, pero al ver que Niklas Wiegant protegía un secreto que ahora se volvía contra Agnes, la cólera le nubló la vista.

»Las palabras Biblia del Diablo ¿significan algo para ti, Niklas?

Éste sacudió la cabeza, sin despegar la vista de Cyprian, que comprendió que el padre de Agnes ansiaba desprenderse del secreto que durante todos estos años lo había asfixiado. Sólo necesitaba que lo animaran a hacerlo. Los pensamientos de Cyprian se arremolinaron. Vio que Andrej abrazaba a la muerta y al niño como si quisiera hacerlo por última vez.

Y entonces encontró la respuesta.

—Los monjes negros —dijo y, complacido, vio que Niklas palidecía aún más—, y una masacre de diez mujeres y niños franceses.

Con el rabillo del ojo, vio que Andrej le lanzaba una mirada lagrimeante, como si lo hubiera oído.

—Cuenta —le dijo a Niklas, sin mirarlo.

El último ejercicio comercial del año 1572: un año en el que la empresa Wiegant & Wilfing había salido definitivamente de los números rojos; un buen año, pese a las horrorosas noticias provenientes de Francia... o justo por eso, porque las masacres en los reinos vecinos no necesariamente amistosos solían suponer la prosperidad de los negocios de casa.

Un buen año, aunque todavía no habían encontrado un candidato para ocupar el obispado de Viena, vacante desde hacía cinco años, y la población católica tampoco encontraba el valor de celebrar ni una sola procesión para demostrarles a los luteranos sumidos en la herejía cómo se veneraba a Dios.

Un buen año, pese a las inundaciones estivales de Viena que anegaron las ciudades de Krems y Stein y los campos de March y de Tullner que rodeaban Viena, arruinando las cosechas hasta tal punto que los labradores le rogaron al emperador Maximiliano que bajara los impuestos. Cada mercader que dispusiera de víveres en sus almacenes recibía el equivalente de su peso en oro.

Un buen año... y Niklas Wiegant experimentaba un temor sordo ante la perspectiva de regresar a casa. Tras ese último viaje de negocios, ese año sólo haría uno más: a Viena, junto con su amigo y socio Sebastian y aquellos contables que quisieran celebrar las Navidades en Viena en vez de hacerlo en Praga. Y allí lo aguardaría el infortunio habitual.

Resultaba difícil abandonar a una mujer en primavera, una mujer asfixiada por la amargura, que se echaba la culpa de que el matrimonio fuera estéril y que todos los días visitaba la tumba excavada hacía muchos años para albergar un pequeño cadáver. Y era todavía más difícil regresar junto a esa mujer a finales de año para comprobar cómo, durante los meses transcurridos, ella había caído todavía más profundamente en la melancolía, el dolor y la frialdad. Y aún resultaba más difícil cuando uno amaba a esa mujer de todo corazón.

Y ahora... la niña. La vio por primera vez cuando la mendiga le dirigió la palabra: sólo tenía un par de días y estaba tan débil que parecía una anciana. Tenía los ojos abiertos, aunque Niklas no sabía si veía algo y en ese caso, qué. La mujer la amamantaba, pero estaba tan exhausta que sus pechos apenas contenían unas gotas de leche. La niña no había dejado de mirarlo con sus grandes ojos, sin parpadear. Incluso mientras mamaba.

Niklas se esforzó para que la mujer y la niña estuvieran cómodas. En uno de los carros cargados de tejidos —y por consiguiente provisto de un techo impermeable— incluso habían encontrado un poco de calor entre los rollos de tela. A cada paso que daba su caballo, sus pensamientos volvían a centrarse en ambas con una mezcla de esperanza y temor.

Por fin rogó a Dios que le ayudara. Si la niña moría antes de que llegaran a Praga, pagaría el entierro y le daría a la mujer una limosna que le permitiría sobrevivir durante el invierno. Si la criatura no moría, entonces... le rogaría a la mujer que le dejara adoptar a la niña. Ahora la decisión estaba en manos de Dios.

La niña prosperó. No murió, ni siquiera enfermó durante el viaje, que duró cuatro días debido a la lentitud de los Bueyes que arrastraban los carros; nunca incordiaba; en cuanto Niklas echaba un vistazo al carro, se limitaba a contemplarlo fijamente con sus grandes ojos. Niklas empezó a preguntarse si Dios el Señor habría vuelto a enviar al mundo el alma de su hijo primogénito muerto en el parto para darle una segunda oportunidad, y si los ángeles del Señor no se las habrían ingeniado para que se la encontrara camino de Praga. Era una niña; el hijo de Niklas había sido un varón. Nada podría haber sido menos importante.

Durante la última parada para descansar antes de llegar a Praga, Niklas llamó a la mujer a un lado y habló con ella.

—¿Sabías que no era su hija?

—No —dijo Niklas—. No podía imaginarme lo que significaría para una madre el que uno le propusiera quedarse con su hija: «Considerad que puedo cuidar de ella mejor que vos, querida mía».

Niklas sacudió la cabeza.

—Me alegro de que al menos no cometí ese pecado.

—Y al final te dijo que la niña era la única superviviente de una masacre de refugiados hugonotes franceses cometida por un monje enloquecido.

—Sí —contestó Niklas tras hacer una pausa.

Que no le preguntara cómo lo sabía demostraba la opinión que le merecía Cyprian y éste recordó lo que Niklas le dijo cuando lo echó de su casa: «Me caes bien», y se tragó la cólera que volvía a surgir en él. «No estaríamos aquí, ante el cadáver de la amada de un hombre que ha demostrado ser un amigo fiel, si tú no te hubieras aferrado tan tercamente a tus planes de casarla con Sebastian», pensó con amargura. Pero darle rienda suelta a su cólera no tenía ningún sentido. Cyprian había empezado a formular respuestas a la mayoría de las preguntas, pero no a la más importante: ¿dónde estaba Agnes?

—No me dio más detalles; sólo me dijo que sería mejor que no supiera quién era y que debía prometerle que la niña jamás entraría en contacto con los círculos eclesiásticos. Intenté encontrar una explicación y llegué a la conclusión siguiente: la niña era de origen hugonote y nadie debía enterarse jamás de que hubo una masacre. Los católicos y los protestantes de Bohemia se habrían atacado mutuamente, sumiendo toda la comarca en una guerra civil —dijo Niklas, apretando los puños—. Me resultaba totalmente indiferente que Agnes fuera la hija de un porquero nacida en medio de la mugre o la del rey de Francia. Pero tenía claro que un grupo de mujeres hugonotas que lograron llegar hasta Bohemia no podía haber estado formado por un montón de indigentes. Supuse que sería aún peor si se supiera que unas aristócratas francesas habían sido asesinadas durante su huida a Bohemia. ¡Hugonotas! Cuando una mitad de la aristocracia bohemia es protestante y la otra católica. ¡La política y la fe! Prometí mantener a Agnes alejada de ambas.

«Y por eso quisiste mantenerla alejada de mí —pensó Cyprian—. Porque soy el confidente de mi tío y porque en este mundo no hay nadie en quien la política y la fe católica estén más unidas».

—Agnes podría haber muerto —dijo, sacudiendo la cabeza—. En cambio el monje a quien le encargaron que la asesinara, la salvó. —«Hermano Tomás», pensó. «¿Aún yaces en el antiguo calabozo bajo las ruinas de Podlaschitz y te pudres vivo, porque tu humanidad era tan grande que, entre dos pecados, optaste por el peor: el de

desobedecer a tu fe? Le salvaste la vida a la persona que amo».

—En Praga resultó sencillo arreglarlo todo. Deposité a Agnes en una casa de expósitos no administrada por ninguna de las parroquias, hice una importante donación para que la cuidaran como es debido, organicé el viaje de regreso a Viena y fui a buscarla el día de la partida. Había contratado a dos nodrizas y una cocinera para proporcionarle la mejor oportunidad de sobrevivir durante el viaje. A partir de entonces, hice una donación a la casa de expósitos cada vez que viajaba a Praga. Lo consideré como un seguro. Si Dios sabía que yo seguía agradeciéndole el regalo que había recibido, entonces Él no le haría daño a Agnes..., no... —Niklas enmudeció.

—¿Dónde está Agnes ahora? Si lo sabes, dímelo, Niklas. ¡Su vida corre peligro!

Niklas parpadeó y se volvió hacia Andrej, que limpiaba los restos de hollín y ceniza del rostro de Yolanta. El niño que reposaba en su regazo lloriqueaba. Niklas sintió una profunda lástima. Cyprian notó que Theresia también observaba la escena y juraría que, si ella también hubiera escuchado la historia de Niklas, no habría captado todos los detalles. Niklas inició una segunda confesión.

—Tú tampoco crees que Agnes... que esté aquí... —Cyprian negó con la cabeza; ambos hombres albergaban la misma esperanza: que lo que más amaban en este mundo no estuviera enterrado allí, bajo toneladas de escombros.

—Yolanta murió porque la tomaron por Agnes, porque estaba en su habitación. Quizás Andrej sepa por qué. Pero lo más importante es que los autores del delito no sólo querían acabar con ella sino con todos vosotros e impedir que quedara cualquier indicio de que se trataba de un asesinato. Por eso incendiaron la casa. Escúchame, Niklas, da igual cómo encaja toda esta historia: las personas contra las que te advirtió la cuidadora de Agnes os han encontrado. ¡Es la única explicación posible!

—¿Ahora? ¿Después de todos estos años? ¿Qué importancia podría tener un grupo de francesas muertas y sus hijos?

«Ésa es precisamente la pregunta —pensó Cyprian—. Y la única respuesta que se me ocurre la formuló el obispo de Wiener Neustadt, mi venerable tío Melchior Khlesl: la Biblia del Diablo, querido mío. El legado de Satanás».

El rastro del Códice conducía a Podlaschitz. La conexión era tan evidente que brillaba en la oscuridad, pero no dejaba de resultar incomprensible.

«Y Agnes tampoco es la única superviviente —pensó, contemplando a Andrej, acurrucado junto a Yolanta—. ¿Por qué no lo persiguen a él? ¿Porque nadie sabe que existe?»

De repente se sintió tan inquieto que su agotamiento desapareció como por arte de magia. Bajó del montón de escombros dejando a Niklas Wiegant a sus espaldas. Éste seguía removiendo los cascotes, como si esperara que esos restos ennegrecidos le proporcionaran algo que le diera esperanza.

Antes de que llegara junto a Andrej, Theresia se le adelantó, señalando el bulto

que reposaba en el regazo del joven.

—Esto es intolerable —dijo—. Dadme el niño, necesita una nodriza cuanto antes. Yo le conseguiré una.

Andrej la miró y se encogió de hombros sin saber qué hacer. Theresia resopló, se agachó y recogió el bulto. Andrej la siguió con la mirada.

—No le haré daño —dijo ella en tono seco—. ¿Cómo se llama?

—Wenzel —susurró Andrej—. Wenzel von Langenfels.

Theresia apartó la manta para que el niño pudiera respirar y se dirigió hacia el grupo de vecinos que celebraban el fin del incendio. Pasó junto a Niklas, sentado encima de las ruinas de su casa. Theresia titubeó unos instantes con el niño en brazos. Ambos intercambiaron una mirada. Los ojos de Niklas se llenaron de lágrimas y esbozó una tímida sonrisa.

Cyprian se arrodilló junto a Andrej.

—La vida es una mierda —dijo.

Andrej asintió.

—Yo tengo la culpa —musitó—. Yo le aconsejé que fuera a casa de Agnes y la pusiera en guardia.

—¿Contra qué?

—Contra el padre Xavier.

Cyprian oyó la voz del cardenal Facchinetti desde más allá de la tumba. «El padre Xavier Espinosa. El dominico. Dispone de libertad para hacer lo que quiera».

—Escúchame, Andrej —dijo—. Si tu historia y la de Yolanta y de Agnes fuera un lago y me preguntaras cuánto he comprendido, te diría que dos gotas y media. Pero ahora eso da igual. Yolanta murió en lugar de Agnes y Agnes ha desaparecido. Si no quieres que el sacrificio de Yolanta resulte inútil, ayúdame a encontrar a Agnes.

Andrej se secó las lágrimas, pero siguió llorando.

—Déjame en paz —sollozó.

—Me encantaría. Tú perdiste a la mujer que significaba todo para ti. Pero hay una mujer que significa todo para mí y sólo sé que corre un gran peligro. Tu amor no recobraré la vida, aunque el mío muera.

—¡Cállate! —gritó Andrej—. ¿Pretendes hurgar en mi herida?

—No. Quiero que me ayudes.

—¡Vete! Si no fuera por ti... y por Agnes, Yolanta aún estaría viva.

—Entonces ayúdame a darle sentido a su muerte.

—¡Su muerte nunca tendrá sentido! —gritó Andrej—. ¿Qué sentido tiene que la gente muera aunque haya otra vida a su alcance? ¿Qué sentido tiene que muera una persona que lo significa todo para otra? ¡La muerte no tiene sentido, sólo supone el condenado fin de la vida para los que han muerto, al igual que para los que han dejado atrás! —exclamó, poniéndose de pie y agarrando a Cyprian del cuello—.

¡Desaparece, Cyprian Khlesl! ¡Ojalá nunca te hubiera visto! ¡Desaparece, déjame en paz y al menos ten la decencia de respetar mi dolor!

Cyprian lo dejó hacer. La pena duplicaba la fuerza del joven delgado y Cyprian retrocedió tropezando. Las voces y las risas junto a la hoguera enmudecieron. Algunos rostros se volvieron hacia ellos, después las conversaciones prosiguieron en un tono más bajo.

Cyprian no sabía qué más decirle. Quería echar a correr en cualquier dirección y llamar a Agnes, pero sabía que sería un grave error. Entonces una mano lo agarró del brazo.

—No puede ayudarte —dijo Niklas Wiegant—. Y lo comprendo. ¿Qué puede importarle Agnes? Pero a lo mejor nos pueden ayudar los guardias. —Señaló un grupo de tres guardias que rodeaban a un cuarto sentado en el suelo. Cyprian reconoció al capitán de la guardia nocturna, que volvía a pasarle el relevo al de la guardia diurna.

—¿Por qué? —gruñó Cyprian.

—Porque han atrapado al incendiario.

* * *

—No, no, no, Vuestra Excelencia, no he hecho nada. —El hombre hablaba en tono tranquilo, pero como no dejaba de sacudir la cabeza Cyprian notó que estaba a punto de perder los nervios.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a uno de los dos capitanes.

—Que es inocente.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—Estaba merodeando delante de una de las puertas. Es un completo idiota. Si nos hubiera ayudado a apagar el incendio, no habría llamado la atención de nadie. Pero no lo hizo, y además lleva esa cosa... —El capitán sostenía la venda embadurnada con un líquido rojo y que parecía pertenecer a un ciego inválido. La mirada del prisionero se desplazó entre Cyprian y el capitán.

—Una solución más sencilla que cortarse un pie —dijo Cyprian—. ¿Podéis traducirme sus palabras?

El capitán asintió con la cabeza, indicó al prisionero con el mentón y los demás lo obligaron a ponerse de pie. Cyprian vio su respiración agitada y su terror.

—¿Le prendiste fuego a la casa?

El capitán tradujo sus palabras.

—No. Literalmente: jamás en la vida, Vuestra Excelencia, no he sido yo. Soy un pobre cie...

—¿Qué ha dicho?

—Se ha interrumpido a media explicación.

—¿Le creéis?

El capitán contempló a Cyprian; por fin se encogió de hombros.

—Ha respondido sin pensárselo demasiado —dijo, se giró y asestó un puñetazo en el estómago del prisionero. Cuando éste se encogió con los ojos desorbitados, le golpeó con el puño en la cabeza. El hombre cayó de rodillas soltando un gruñido. La vista se le nubló pero los guardias volvieron a enderezarlo. Cyprian agarró al capitán del brazo.

—Nada de falsa moderación —siseó el capitán—. Si por él fuera, se podría haber quemado media ciudad.

El prisionero graznó y lloriqueó esforzándose por permanecer en pie. Cyprian lo agarró de los cabellos y le levantó la cabeza. El hombre gimió y entornó los ojos.

—Hay dos posibilidades —dijo Cyprian—. O te adjudican el incendio y te asarán vivo o bien me dices lo que has visto.

El hombre bizqueó. Los labios le temblaban.

—Me comprendes, ¿verdad? Alguien como tú siempre comprende todas las lenguas.

El puño del capitán pasó raudo junto a Cyprian y a éste se le escurrieron entre los dedos los cabellos del prisionero, cuya cabeza se ladeó violentamente. Las rodillas de éste se le doblaron y cayó sentado. El capitán se frotó los nudillos.

—Si le aflojamos unos cuantos dientes más, tal vez logremos que abra la boca —gruñó.

Cyprian se acuclilló junto al hombre que se palpaba los labios, gimiendo. El lesionado se sacó el dedo de la boca y escupió un hilillo de sangre y saliva.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Cyprian. El hombre lo miró fijamente—. Espiaste la casa, ¿verdad? ¿Para quién trabajas?

—¿Espiar? —dijo el capitán y se dispuso a propinarle una patada. El prisionero soltó un lamento y se apartó. Cyprian se interpuso entre él y el capitán.

—¿Para el padre Xavier? —aventuró Cyprian.

El prisionero se quedó de piedra.

—Padre cabronazo Xavier —dijo con un deje duro, en un tono cargado de odio—. Yo para padre cabronazo Xavier. Todo mierda. ¿Comprendes?

—No comprendo nada —dijo Cyprian—. Explícamelo.

El hombre negó con la cabeza.

—Dejad que se lo pregunte yo —dijo el capitán.

Cyprian no se movió; el capitán soltó un bufido de desprecio. Cyprian se volvió, le quitó la venda al capitán y la arrojó al regazo del prisionero. Este trató de no mirarla.

—Esos acabarán contigo —dijo Cyprian, señalando a los guardias—. Te adjudicarán el incendio, el asesinato de Yolanta y la mendicidad con engaños. Tu muerte supondrá el infierno, porque el purgatorio no puede ser peor que la muerte

que te espera. ¿Acaso el padre Xavier resulta más temible que eso?

Cyprian vio la respuesta reflejada en los ojos del prisionero: «Sí». Pero el hombre tragó saliva.

—Ya basta —dijo el capitán en tono servicial—. Muchachos, dadme un cuchillo. Uno poco afilado.

—¡Sólo hablo contigo! —jadeó el hombre y le lanzó una mirada suplicante a Cyprian—. ¡Sólo contigo!

—Soy todo oídos.

—Yo seguirla —susurró el hombre señalando el cuerpo inmóvil de Yolanta—. Yo seguir, porque padre Xavier decir. Ella venir aquí. Yo seguir. Ella ir a casa.

—¿Por qué quería el dominico que la siguieras?

El hombre señaló a Andrej.

—Él —dijo.

—¿Por Andrej?

—¿Qué saber yo? No decirme nada. Sólo: haz esto, haz lo otro.

—De acuerdo. ¿Y después qué pasó?

—Yo esperar. Mujer salir de casa..., otra. Irse. Yo esperar. Entonces venir... —dijo, alzando dos dedos—. ¿Dos?

—Dos recién llegados. ¿Hombres o mujeres?

El hombre indicó una altura mayor y una menor.

—Uno pequeño y uno grande, sí. ¿Una mujer y un hombre?

El hombre negó con la cabeza, buscando las palabras y suspirando. Después alzó las manos simulando taparse la cabeza y las plegó, como si rezara.

—¿Capuchas? ¿Piadosos? ¿Rezar? ¡Monjes!

El prisionero hizo un gesto afirmativo.

—Ellos entrar. Mucho tiempo no pasar nada. Después vuelven a salir. El más grande cargar con el más pequeño. Pequeño está... —El prisionero hizo una pantomima convincente de un hombre medio muerto colgando de los brazos de otro—. Después... agua —indicó la fuente, cerró los puños y los agitó.

—¿Rompieron la jaula de la fuente?

—Sí. Y después hacer... —Otra pantomima: alguien tratando de abrir una puerta.

—Atascaron la puerta —dijo Cyprian—. Sí, lo sé.

—Después... irse.

Cyprian asintió lentamente.

—¿No le creeréis, verdad? —preguntó el capitán.

Cyprian lo llevó a un lado.

—¿Un cuento tan abstruso? No le hubiera creído ninguno que fuera más sencillo y lógico. Además sé que ese dominico del que habló existe de verdad.

El capitán gruñó unas palabras.

—Puede que los acontecimientos se hayan desarrollado de un modo muy diferente —dijo Cyprian—. Puede que los monjes raptaran a Agnes y que Yolanta quisiera impedirlo. Él sólo vio dos figuras, pero una de ellas podría haber sido Agnes y tal vez el segundo monje se escabullera por otra parte.

Recordó la pantomima y el desconcierto hizo que hablara con voz entrecortada.

—No, él ha dicho que ella abandonó la casa antes. ¿La habrán atrapado y dejado maniatada en alguna parte? Pero en ese caso, ¿por qué mataron a Yolanta? Sea como fuere, es una pista. Os agradezco vuestra ayuda. El sistema del «Inquisidor bueno» «Inquisidor malo» siempre funciona.

—¿Eh? —preguntó el capitán.

—¿Podéis detenerlo? Quizá lo vuelva a necesitar.

—Lo meteremos en el calabozo de todas maneras —dijo el capitán—. No es necesario que nos lo mandéis.

—Quizá quiera hacerle más preguntas; no acabéis con él.

El capitán le lanzó una mirada y Cyprian notó que empezaba a perder su simpatía.

—Los monjes —dijo, dirigiéndose al prisionero—, ¿se destacaban por algo en especial, además de la diferencia de estatura?

Tras unos momentos, el prisionero restregó las palmas de las manos en el suelo y después se las mostró: estaban negras de hollín y de mugre.

—¿Hábitos negros? —Entonces recordó la figura desharrapada encima del muro en ruinas de Podlaschitz, que no había sido un monje pero que había encontrado un hábito viejo y desgastado con el cual se había vestido.

—¿Los monjes llevaban hábitos negros?

El prisionero asintió y Cyprian se apartó.

Andrej estaba ante él, contemplando al prisionero con ojos desorbitados. Cyprian recordó la conversación mantenida con él ante las murallas de Podlaschitz. Era como si las imágenes proyectadas por esa conversación se reflejaran en los ojos de Andrej: sombras huyendo presas del pánico, un monje negro con las manos manchadas de sangre, un hacha blandida.

—Monjes de hábitos negros —dijo en voz baja—. Tienen a tus padres y a diez inocentes mujeres y niños sobre su conciencia, asesinaron a Yolanta, casi incendian toda la ciudad y son la única pista que conduce hasta Agnes. El círculo se cierra, Andrej.

Andrej alzó una mano de la que colgaba algo que parecía una moneda.

—Es la segunda vez que encuentro algo semejante —musitó—. La primera vez cayó a mis pies cuando un hombre se desplomó, muerto, ante mi vista. Esta vez se lo quité de la mano a una mujer muerta. Debe de habérsela arrancado a uno de esos individuos.

Cyprian clavó la mirada en el medallón que giraba lentamente con un brillo

apagado.

—El sello de una hermandad —dijo.

—Iré contigo —dijo Andrej.

—En algún momento tenía que ocurrir —dijo el padre Xavier—. La imprudencia es una maldición.

—En todo caso, a mí no me descubrieron, padre —dijo el muchacho en tono orgulloso, corriendo detrás del dominico. Este parecía remontar lentamente la escalera, pero cuando llegó a la primera planta, el muchacho comprobó que él mismo estaba jadeando.

—¿Oíste lo que les dijo a los guardias y a Cyprian Khlesl?

—No todo, padre. Como me mezclé con la gente alrededor de la hoguera no logré escucharlo todo. Pero yo también vi los monjes negros, al igual que él.

—Cyprian y Andrej, ¿emprendieron la persecución?

—Así parece, padre.

—¿Y Yolanta está muerta?

—Ni idea, padre. Dijisteis que no me contre... contran... en nada más.

—Concentrara. Sí. Vale.

El padre Xavier se acercó a una de las dos casetas. Olía a mierda de paloma. El dominico metió la mano y extrajo un puñado de plumas grises. El muchacho observó, fascinado, cómo el padre se sentaba ante una mesita, abría un estuche fijado a la pata de la paloma e introducía un mensaje que por lo visto había escrito con anterioridad. Cuando abrió el cobertizo de madera y el aire fresco penetró en su interior se oyó un arrullo agitado. El muchacho se volvió a mirar al sacerdote y vio que éste lo contemplaba con expresión divertida.

—Ésas —dijo el dominico, señalando la caseta cerrada— me comunican con Roma. —Alzó la paloma que sostenía en la mano, la acercó a la ventana y la soltó. La paloma emprendió el vuelo agitando las alas—. Ésta, no.

El muchacho creyó ver una sonrisa despectiva, pero después la delgada cara del monje recuperó su habitual indiferencia.

Ambos bajaron a la pequeña celda y el padre Xavier empezó a guardar su Biblia y sus utensilios de escritura en un hatillo.

—En realidad debería haber soltado una de las palomas que me comunican con Roma, por supuesto que con otro mensaje que el que acabo de enviar. Pero tengo la sensación de que ha llegado el momento de desentenderme de mis compromisos. ¿Lo has comprendido?

—No —dijo el muchacho, considerando que ésa era la respuesta correcta, incluso si era mentira.

El padre Xavier asintió con la cabeza y cerró el hatillo.

—¿Adónde vais, padre?

—La caza ha empezado, hijo mío —dijo, arrojando una moneda en la mesa. Era

de un valor considerable. El muchacho la recogió.

»Puedes seguir tu camino. Fue una suerte disponer de un espía para espiar al otro espía.

—Una buena elección, padre. Podéis confiar en mí.

—Siempre resulta provechoso poder confiar en mis ayudantes —dijo el padre Xavier, sonriéndole por primera vez.

El muchacho tomó conciencia del doble sentido de sus palabras, y su expresión satisfecha se desvaneció cuando la sonrisa lobuna del dominico le heló el corazón. Éste recordó cómo se había hecho con su segundo espía. El muchacho lo había seguido hasta una solitaria callejuela para ofrecerle a su hermana mayor; cuando el padre Xavier rechazó su oferta, le ofreció a la menor y cuando ésta tampoco despertó el interés del sacerdote, se ofreció a sí mismo, todo en escasos segundos y sin dejar de esbozar una sonrisa confianzuda. Impresionado por semejante falta de escrúpulos, el padre Xavier le encargó un servicio diferente.

El muchacho tragó saliva.

—Os doy las gracias humildemente, por todo, Excelencia.

El padre Xavier abandonó la celda sin darse la vuelta. El muchacho permaneció allí, temblando. Al oír el aleteo ante la ventana se sobresaltó: una paloma había aterrizado con una pequeña funda fijada a la pata.

El muchacho echó a correr hacia la callejuela, pero el padre Xavier había desaparecido.

—¿Has vuelto al infierno? —musitó el muchacho.

Durante unos segundos, se preguntó si debería regresar en busca de la paloma: le habría supuesto una comida. Pero comprendió que, tras contemplar la sonrisa de despedida del padre Xavier, le faltaba valor. Tenía la moneda, ¿no? Le echó un vistazo para comprobar que no se había convertido en latón, pero ahí estaba, brillante, pesada y generosa. Echó a correr y de repente dio un brinco: se le había ocurrido que aún estaba vivo.

* * *

La paloma agitó la cabeza y dio unos pasitos. Nadie le hizo caso, nadie le quitó el mensaje, nadie le dio de comer. Soltó un arrullo. Eso no era lo previsto. Sus ojos negros brillaban y golpeó el alféizar con el pico, como si dijera: «¿Eh? ¿Qué pasa?»

La funda contenía el mensaje no leído del cardenal de Gaete, que decía que el padre Hernando había estado en Viena un par de días atrás y que, cuando este mensaje llegara a destino, el padre Hernando quizá ya habría llegado a Praga; y que el padre Xavier, su hermano *in dominico*, era libre de tomar las disposiciones que creyera necesarias en bien de la Iglesia.

Ni la paloma ni el remitente del mensaje sabían que el padre Xavier acababa de tomarse toda la libertad del mundo para hacer lo que él consideraba correcto.

Pavel abrió los ojos. Había soñado que bajaba una escalera parecida a la que conducía al escondite de la Biblia del Diablo bajo el convento de Braunau. Pero en dos de los peldaños había alguien que lo miraba fijamente. En el primero estaba Agnes Wiegant, la joven que hacía unas horas había abandonado en Praga, entre las llamas; en el segundo, casi al pie de la escalera, entre sombras, había otra mujer. Ignoraba su nombre y jamás lo sabría. Él le había ayudado a dar a luz a un niño antes de morir. Así se cerraba el círculo. Recordó que en el sueño se había preguntado: «¿Ese fue el principio?» El sueño se desvaneció pero la pregunta permanecía, como un mal sabor de boca. «¿Ese fue el principio? ¿Una acción misericordiosa que supuso que ahora yaciera junto al camino en algún lugar al este de Praga, agonizando? ¿Y que entre aquel entonces y el ahora hubiera cometido varios asesinatos?» Pavel se estremeció. «Con cada paso que damos en esta vida, iniciamos un camino cuyo final no podemos prever», pensó.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Parpadeó y creyó vislumbrar el vago resplandor del amanecer hacia el este. La llovizna relumbraba ante sus ojos. ¿Cuánto tiempo...? El suficiente para que Buh siguiera su camino y lo dejara en la estacada.

Sólo se había limitado a cumplir el ruego de Pavel. Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, Pavel dejó a un lado el sueño y recordó los instantes anteriores al desmayo. Le había rogado a Buh que lo abandonara. Sus argumentos fueron irrefutables: Pavel era incapaz de soportar el viaje de regreso y no haría más que retrasar a Buh. Y por otra parte, el abad Martin debía saber que habían cumplido su encargo.

Pavel se volvió soltando un gemido y trató de ver el resplandor del fuego que había encendido. No vio nada, ni siquiera la mancha clara que podría ser el reflejo de las luces de Praga contra el cielo. ¿Quién sabía qué distancia habían recorrido durante esas primeras aterradoras horas?

Buh había satisfecho su petición. No podía tomárselo a mal. Aunque no mencionó el farol volcado, el gigante parecía estar al tanto del infierno que dejaron a sus espaldas. Pavel debía de infundirle pavor. Cuando le rogó que siguiera solo y que lo dejara ahí para que muriera, Buh le había obedecido: tal vez fuera, en muchos días, la primera petición que el gigante había cumplido con gusto.

Entonces Pavel sintió el dolor. No provenía de sus moretones, sus costillas aplastadas ni sus otras heridas, sino de su corazón. Casi con sorpresa, comprendió el lugar que la amistad de Buh había ocupado en su corazón. Nunca se había dado cuenta de cuán profunda era. De pronto sólo deseó que al menos hubiera podido decirle que lo sentía.

Buh lo había ocultado debajo de unos matorrales. En verano habría sido un buen escondite, pero ahora, pocos días antes de Pascua, apenas servían para protegerlo de

la lluvia. El hábito aún no estaba tan empapado como debería estar si hubieran transcurrido varias horas, ¿acaso significaba que su desmayo había sido breve?

Si fuera así, posiblemente Buh aún lo oiría si lo llamaba. Era de noche, y ellos serían los únicos que estarían a la intemperie. Si lo llamaba, Buh lo oiría.

Pavel se dio cuenta de que se había puesto en pie. El mareo hizo que se tambaleara. El camino era una cinta clara que se perdía en la oscuridad. No vio a nadie. Tomó aliento... pero entonces se impuso la sensatez.

¿Qué pretendía hacer? ¿Llamar a Buh para que regresara? Debería agradecerle a Dios que lo dejara en la estacada... por mor del éxito de la misión, pero sobre todo por mor del alma de Buh. No cabía duda de que Pavel estaba condenado, pese a que todo lo que había hecho sólo se debía a su amor por el abad Martin, a la obediencia con respecto a su juramento y a la salvación de la cristiandad.

Entonces oyó unas recias pisadas y una respiración entrecortada. Alguien se aproximaba. Teniendo en cuenta la hora, no podía tratarse de una persona decente: salteadores de caminos, fugitivos de la justicia, desesperados. Pavel debía de haber llamado su atención al arrastrarse fuera del matorral. Para gente como ésa, un hábito de monje en más o menos buenas condiciones supondría un tesoro. Lo matarían y Pavel estaba convencido que no se merecía nada mejor. Cerró los ojos, extendió los brazos y empezó a rezar en voz baja. Las pisadas se acercaron y se detuvieron junto a él. Oyó el resoplido de un animal y después una voz.

—¡Gnnnn!

Cuando abrió los ojos vio a Buh. El gigante no sonrió, sino que señalando el burro que estaba a su lado, provisto de riendas confeccionadas con cuerdas, lo invitó a montar en el animal.

Pavel se encaramó al lomo del asno como si estuviera en trance. Buh lo había robado de una dehesa cercana para asegurarse de que pudieran seguir viaje. Ahora Pavel recordó que, tras la huida de Praga, Buh lo había llevado en brazos durante casi todo el tiempo. Se agarró de las cortas crines del burro y procuró ceñirle los flancos con las piernas. Buh tomó las riendas y empezó a caminar. El pollino, que se dio cuenta de quién era el más listo, cedió y lo siguió. Ambos monjes prosiguieron el viaje en medio de la noche mientras las lágrimas bañaban el rostro de Pavel.

Era un viaje desde la noche al día y, aunque eso no fuera exacto, fue así como lo percibió Cyprian. Por fin podía emprender algo. Como ni él ni Andrej eran jinetes avezados, hizo caso omiso de su prisa por partir de inmediato y se resignó a ordenar que engancharan los caballos al coche. El viejo lobo de mar no aparecía por ninguna parte, así que él y Andrej se sentaron en el pescante y condujeron el coche fuera de la ciudad. Habían perdido un tiempo precioso: regresando al domicilio de Cyprian, preparando el carruaje, enganchando los caballos, pero sobre todo recorriendo todas las puertas que conducían fuera de la ciudad en dirección al este hasta que encontraron aquella cuya guarnición recordaba haber visto pasar a dos monjes. Sin consultarse, ambos llegaron a la misma conclusión: que los monjes habían llegado desde el este y regresarían en esa misma dirección. Podlaschitz se encontraba al este.

El carruaje avanzaba más despacio que dos jinetes y Cyprian también había contado con ello. Consideró que hacer planes por anticipado suponía una victoria sobre su impaciencia. El coche era lento, pero dos jinetes cojos, magullados y tal vez derribados habrían tardado más. La seguridad era más importante que la rapidez. Sin embargo, superar su impaciencia le supuso un esfuerzo considerable.

Percibió la mirada de soslayo de Andrej.

—El pequeño se encuentra bien —dijo por centésima vez—. La madre de Agnes es una bruja, pero cuando se propone algo, lo lleva a cabo Cueste lo que cueste.

El amanecer teñía las nubes de un rosa brillante. El juego de colores anunciaba la continuación del mal tiempo, pero el espectáculo era bonito. Andrej se repantigó en el pescante; Cyprian vio que una lágrima le recorría la mejilla y adivinó que su compañero pensaba en que su amada ya no vería ese amanecer. Hizo chasquear las riendas con la esperanza de animar a los caballos a acelerar el paso.

—Deberíamos estar llegando a Neuenburg —dijo Andrej.

Como si los hubieran estado esperando, un grupo de hombres apareció en el camino y les hizo señales. Cyprian vio los blusones color tierra de los campesinos y los uniformes más vistosos de los soldados. Esos hombres habían atravesado una cadena en el camino impidiendo el paso. Cyprian y Andrej intercambiaron una mirada; Andrej se encogió de hombros, Cyprian tiró de las riendas.

Andrej entabló una conversación bastante larga con uno de los soldados. Cyprian ardía de impaciencia. Cuando Andrej se volvió hacia él, Cyprian notó que su acompañante apenas lograba reprimir su inquietud. Los soldados abrieron la portezuela, echaron un vistazo al interior del coche y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se topó con la de uno de los campesinos. Este tenía los ojos enrojecidos por el llanto. En las manos sostenía un garrote con el que podría haber matado a un

rinoceronte.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Cyprian.

Los soldados se pusieron de pie y le indicaron que podía seguir adelante. Cyprian azuzó a los caballos y saludó con la mano, pero sólo encontró miradas torvas. Nadie le devolvió el saludo.

—Seguimos la pista correcta —dijo Andrej.

—¿Fue eso lo que te dijeron esos individuos?

Andrej giró la cabeza y atisbo por encima del techo del coche. Cyprian lo imitó. Los hombres habían desaparecido como si jamás hubieran existido.

—¿A quién están acechando?

—¿Viste al hombre del garrote?

Cyprian asintió con la cabeza.

—Anteanoche su mujer murió en el parto y ayer por la mañana murió el niño al que dio a luz. Unas horas antes encontraron a su cuñada en el bosque que rodea su cortijo, la habían asesinado. Y mientras la llevaban a casa unos viajeros llegaron con otro cadáver con el que se tropezaron junto al camino, el de su hijo mayor.

Cyprian lo miró fijamente. Andrej apretó las mandíbulas y prosiguió:

—Hace unos días, tres ancianos de la granja ayudaron a un monje que estaba atascado en un endrino —dijo—. Estaba herido y habló de un ciervo que lo había embestido. Encontraron el cadáver de la cuñada junto a un árbol, justo detrás del lugar donde hallaron al extraño monje.

Cyprian siguió mirándolo fijamente.

—El monje llevaba un hábito negro y era menudo y delgado—añadió Andrej.

—Estamos siguiendo la pista equivocada —dijo Cyprian—. Si esos desgraciados hubieran pasado por aquí con Agnes, se habrían topado con el bloqueo.

—No. Sólo han bloqueado el camino hoy, de madrugada. Hemos sido su primera presa. El consejo de Neuenburg reaccionó con rapidez y envió soldados para ayudar a los campesinos, pero no han logrado organizarse hasta esta mañana.

—Pero los monjes pasaron por aquí cuando aún era de noche —objetó Cyprian.

Andrej asintió.

—¿Se trata de una teoría o estás seguro?

—Estoy dispuesto a escuchar cualquier sugerencia mejor. —Cyprian volvió a girar la cabeza, observando el camino. Después hizo chasquear las riendas y gritó—: ¡Arre, malditos caracoles!

Antes de llegar a Kolin cayó un chaparrón. El aguacero fue acompañado de lentos y rítmicos golpes de tambor. A un lado del camino se elevaba una horca. Encima de la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera, lo sostenía como para que éste no cayera a destiempo. La lluvia empapaba los rostros crispados, tanto el del delincuente como el del párroco, que estaba de pie junto a la horca y leía la Biblia en voz alta, y también los de los espectadores. Parecía que toda la ciudad había acudido para verlo morir. Un adolescente tocaba el tambor. Cuando Cyprian acercó el carruaje, un hombre se separó del grupo de espectadores y echó a correr a su encuentro. Estuvo conversando un rato con Andrej.

—El condenado ha cometido un asesinato —explicó Andrej.

—Un forastero —dijo el hombre en perfecto alemán, aunque antes había hablado en su lengua materna—. Asfixió al zapatero, hace dos días. Lo descubrimos en la casa, cuando pretendía vaciarla.

Cyprian asintió con la cabeza. El hombre aferraba las riendas del caballo de la derecha, señalando la horca e invitándolos a presenciar el espectáculo. El condenado gritaba, un sonido débil e inarticulado. Aunque tenía las manos maniatadas a la espalda y las piernas atadas, pataleaba y se debatía. El verdugo tuvo que agarrarse de la escalera para no ser arrastrado.

—Dijo que no había sido él, por supuesto —dijo el hombre, contemplando el espectáculo.

—Ya —comentó Cyprian, que alzó las riendas—. Hemos de proseguir nuestro camino.

—Los fantasmas negros —dijo el hombre en tono burlón—. Los monjes fantasmas. Según el condenado, fueron ellos quienes cometieron el asesinato. Es un pretexto tan estúpido que casi parece cierto.

—En efecto —dijo Cyprian, y bajó la mano que sostenía las riendas—. ¿Cómo dices? ¿Que fueron unos monjes negros?

—Si sigue pataleando, acabará por caer antes de que el párroco haya acabado el sermón. Es un tonto. Si yo estuviera ahí arriba, trataría de permanecer allí el mayor tiempo posible. Sí, monjes negros. —Y simulando un llanto y cambiando el tono de voz añadió—: «¡Sólo entré en la casa porque tenía hambre y la puerta estaba abierta, Excelencia! ¡Lo juro! Cuando entré, dos monjes negros me atropellaron. Tenían ojos ardientes y patas de macho cabrío, ¡Excelencia, lo juro!»

—¿Dos? —preguntó Cyprian.

—Sí. Creo que será mejor que me vaya. El verdugo casi no puede sujetarlo y no quiero perderme lo mejor.

—Esperad. ¿Por qué habéis hablado de monjes fantasmas?

El hombre, que ya se había dispuesto a marchar, se volvió.

—Sois nuevos en esta comarca, ¿verdad? Un poco más allá solía haber un convento enorme. Primero fue destruido durante la guerra con los hussitas, y los monjes lo abandonaron y se dirigieron a Braunau, porque allí habían fundado un priorato. Qué suerte, ¿verdad? Dejaron un par de hermanos como custodios. Después hubo esa espantosa tormenta, hace unos veinte años, que acabó por convertir el convento en una ruina. A partir de entonces, dicen que los monjes que mueren en Braunau regresan al viejo convento bajo la forma de espíritus negros, para lamentarse de su pérdida. ¡No! —exclamó el hombre, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Mierda!

La escalera se había separado de la horca y el condenado había quedado oscilando. El verdugo cayó al suelo como una fruta madura. Pero la soga había impedido la caída del condenado, que permanecía colgado de la cuerda y balanceándose de un lado a otro. El público rechifló. El verdugo intentó recuperar un resto de dignidad levantándose del fango, agarrando los pies del ahorcado y tirando de ellos, pero el muerto seguía tan muerto como antes. Estallaron aplausos. El hombre que se había acercado al coche puso cara larga. Cyprian habría querido decirle que el ahorcado era inocente, pero se tragó su comentario. Sospechó que Andrej casi habría dicho lo mismo. El hombre plantado junto al coche pateó el suelo: estaba decepcionado.

—Mierda —dijo—. Nuestro verdugo es demasiado gordo. Es hora de conseguir uno nuevo, uno un poco más ágil.

—¿Ese convento lleno de fantasmas...? —preguntó Cyprian en tono cauteloso.

El hombre indicó hacia el sudeste.

—Sólo es un montón de piedras en medio del paisaje. Dicen que allí hay lepra. En ese caso no se trataría de fantasmas, ¿no? ¿A que nunca habéis visto un fantasma al que le falta la nariz?

—Sólo uno, y ése llevaba la cabeza bajo el brazo —dijo Cyprian.

El hombre lo miró, desconcertado. Después soltó una carcajada.

—¿La cabeza debajo del brazo? ¡Magnífico! —exclamó, golpeándose los muslos. Cyprian trató de sonreír.

—Estáis muy bien informado —dijo.

El hombre se restregó las lágrimas provocadas por la risa.

—Soy el escribano. Si vais a la ciudad, os recomendaré un albergue.

—No, hemos de seguir.

—Ya. No os preocupéis. Hoy no colgaremos a ningún otro forastero.

—Procuraremos no estar aquí mañana —dijo Cyprian.

El hombre volvió a reír: una naturaleza alegre. Cyprian y Andrej intercambiaron

una mirada con disimulo.

—¿Por qué los monjes que se trasladaron a Braunau no volvieron a construir su viejo convento? —preguntó Andrej.

—¡Porque está demasiado lejos! ¡Al menos a tres días de marcha para uno de esos que caminan arrastrando las sandalias! Desde Podlaschitz. Desde aquí está a alrededor de un día y medio. Los caminos son mejores.

—¿Y todos emigraron a Braunau?

—Eso es lo que dicen. Se llevaron todo, incluso el tesoro, sea lo que sea. En fin, dicen que antaño el convento era bastante grande. Quizá se trataba de una reliquia. Dicho sea de paso, en nuestra iglesia conservamos la piel de san Bartolomé. Me han dicho que sus huesos están en Roma y su cráneo en Frankfurt, pero la piel que le arrancaron la tenemos nosotros. Deberíais verla. Aunque si he de ser sincero, tiene un aspecto repugnante.

—La tentación es grande —dijo Cyprian—. Muchas gracias.

—¿Seguro que no queréis quedaros? La familia del zapatero ha preparado comida. Yo respondería por vosotros.

—Muy amable de vuestra parte.

El hombre los saludó con la mano y se alejó, tropezando y resbalando en el barro en dirección a la horca, en torno a la cual los espectadores empezaban a escasear. Algunos regresaban a la ciudad. Cyprian se secó las gotas de lluvia de la cara y echó un vistazo a Andrej. Este había adoptado una expresión inescrutable.

—Según tu opinión, ¿cuánta ventaja nos llevan esos individuos?

—Si viajan a pie, medio día. Si lograron hacerse con un caballo o un burro, o un coche como nosotros, un día entero.

—Tú recorriste muchos lugares con tu padre, ¿verdad? —preguntó Cyprian—. ¿También llegasteis a Braunau?

Andrej asintió vigorosamente.

El obispo Melchior hizo detener el coche en la entrada de la estrecha plaza. El olor a humo mojado penetraba por la ventanilla. El hueco antes ocupado por la empresa Wiegant & Wilfing parecía una encía podrida de la que acababan de extraer una muela. El obispo contempló la escena con mucha tranquilidad. Empezaba a anochecer, faltaba poco para las campanadas de vísperas y numerosos curiosos se apiñaban delante del montón de escombros. Los afectados y los no afectados estaban rodeados de curiosos que escuchaban la narración de los acontecimientos; los últimos sólo se diferenciaban de los primeros debido a sus gestos más insistentes. Por lo demás, tanto la fantasía de los unos como los otros era equivalente. Melchior Khlesl escuchaba los fragmentos de palabras del narrador más próximo. Nadie lo habría dicho, pero estaba muy asustado. ¿Dónde estaban los Wiegant? ¿Y los Wilfing? Le lanzó un vistazo a su mudo acompañante y sacudió la cabeza con expresión desconcertada.

Entonces oyó el llanto de un niño y vio a una mujer con un bulto en brazos que atravesaba apresuradamente la multitud. Le seguía una segunda mujer con la cariznada de hollín y un vestido totalmente arruinado que le daba indicaciones como si fuera un sargento mayor antes de una carga de infantería. Melchior abrió la portezuela y bajó del coche.

Cuando se acercó a ella, Theresia Wiegant se detuvo. Sin mirarla, el obispo tendió la mano hacia la mujer que llevaba el fardo y la agarró del hombro. Del envoltorio surgían vagidos de niño pequeño y un puño diminuto que se agitaba.

Theresia lo saludó con la cabeza.

—Ilustrísima —dijo.

A diferencia de Cyprian, Melchior nunca se había dejado irritar por los abruptos modales de Theresia. Reconocía sus indudables cualidades y lo que ella pensara de su familia le resultaba indiferente.

—Señora Wiegant.

Ambos se miraron fijamente. Podrían haber preguntado cosas como «¿Qué hacéis aquí?» y «¿Qué ocurrió con vuestra casa?», pero su relación no incluía hacer preguntas. Melchior lo aceptaba sin inmutarse. Entonces descubrió a Niklas Wiegant y a ambos Wilfing, que, sin dejar de gesticular, negociaban con un hombre que quizá disponía de una casa para alquilar. La pregunta acerca del bienestar de la familia también pareció superflua.

—Estoy buscando a Cyprian.

Para sorpresa de Melchior, la expresión pétrea de Theresia se dulcificó.

—Ha ido en busca de Agnes —dijo con voz enronquecida.

El obispo la contempló en silencio.

—Agnes ha desaparecido. Tras el incendio de anoche —añadió Theresia.

Melchior asintió. Ya había estado en el domicilio de Cyprian. Todo parecía indicar una partida apresurada. El coche no estaba; en cambio se encontró con un hombre indignado, con prótesis de madera en brazos y piernas, que le dijo que no era de recibo que el bote zarpara sin el timonel, *baas*, ¡voto a bríos! Por si acaso, Melchior le dio la razón y se marchó.

¿Y ahora? Había un guión al cual el obispo Melchior podría haberse atendido tras abandonar Viena. Cyprian formaba parte de éste, pero Cyprian no estaba y no tenía ni idea de cómo ponerse en contacto con él. Podía seguirlo, claro está. A fin de cuentas, sólo había cuatro direcciones que podría haber tomado, aunque el obispo sospechó que se había dirigido al este.

¿Debería cambiar de plan? Se apartó de Theresia y regresó al coche.

—El siguiente paso consiste en llamar la atención de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan.

Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de un plan, era aconsejable seguirlo hasta encontrar uno mejor.

Con la sensación de estar cometiendo un error, el obispo Melchior indicó al cochero que siguiera.

Cyprian se pasó la mano por el rostro sin afeitarse. La barba y la mugre acumulada tras dos días y dos noches le daban un aire tan tenebroso como el de un salteador de caminos. Echó un vistazo a las rocas detrás de las que se ocultaba Andrej, pero no pudo verlo. Bien.

Calculó que hacía media hora que observaba a los dos durmientes; un tiempo suficiente para comprobar que no simulaban dormir.

Tras seguir la pista cada vez más clara de dos monjes que viajaban en compañía de una figura camuflada, por fin, a la luz de la primera claridad del amanecer, penetraron en un extraño paisaje poblado de grandes rocas y figuras de piedra atravesado por el camino que conducía a Braunau. Cyprian recobró la tranquilidad. Presentía que su presa estaba muy próxima. Tras abandonar el coche siguieron a pie a través de un bosque de árboles centenarios, acompañados por el chillido ensordecedor de las aves, y llegaron a una fantasmagórica ciudad formada por enormes rocas que surgían de la tierra como las torres de una iglesia. El olor de una hoguera apagada no sorprendió a Cyprian y, cuando casi tropezaron con las figuras envueltas en mantas junto a los rescoldos, le dijo a Andrej que se ocultara al otro lado del pequeño campamento y que aguardara su señal. No veía a Agnes, pero el paraje era tan abrupto que ésta podría estar oculta a pocos pasos dentro de una grieta entre las rocas. Después ya tendría tiempo de buscarla.

¿Cuál sería la señal? ¿El chillido de un ave? ¿Una piedra arrojada? ¿Una voz que parecía surgir de las nubes que decía...?

—Maldición —susurró Cyprian—. ¿Qué más da?

Se enderezó, salió de su escondite, dio unas palmadas y dijo:

—¡Hora de levantarse, hermanos!

Una de las figuras se sobresaltó y soltó un gemido. La otra permaneció inmóvil. Andrej salió apresuradamente de su escondite. Cyprian le indicó el hombre medio despierto debajo de la manta y se arrojó sobre el otro, le arrancó la manta y lo agarró por la garganta. Oyó los movimientos de Andrej un poco más lejos, mientras todavía intentaba comprender lo que veía.

—Alguien ha hecho el trabajo por nosotros —dijo Andrej.

Fueran quienes fuesen, habían maniatado a ambos monjes y los habían obligado a ponerse de rodillas. Después los apalizaron y les rompieron el cráneo. El monje más robusto estaba muerto, con los ojos desorbitados clavados en Cyprian, que procuró apartar la vista del cráneo hundido. Se puso de pie y volvió a cubrirle el rostro con la manta.

Andrej había apartado la manta de la otra figura y trataba de desatarla. El monje respiraba agitadamente. Tenía los ojos cerrados. De vez en cuando se estremecía; de

su nariz, sus orejas y sus ojos manaba sangre: era como si hubiera derramado lágrimas sangrientas. Su rostro era un mapa de hilillos de sangre. Andrej maldecía, tratando de soltar las cuerdas que le envolvían el torso y las piernas. El monje hizo una profunda y ronca inspiración.

—Déjalo ya —dijo Cyprian.

—Al menos quiero soltar las cuerdas, para aliviarlo.

—Demasiado tarde —dijo Cyprian.

El aliento del monje se desvaneció y fue como si su cuerpo se aplanara, como si se confundiera con la tierra. Mientras Cyprian lo contemplaba, dejó de respirar.

—Como no supongo que esto sea obra de Dios, otro debe de haber impartido justicia —dijo en tono áspero—. ¿Dónde está Agnes?

Los dos muertos no respondieron. Cyprian se imaginó pegando patadas a los cuerpos inmóviles y gritando de frustración, y tuvo que esforzarse por no convertir la imagen en realidad.

Andrej se puso de pie, quitó la manta del cuerpo del primer monje y lo contempló con aire pensativo. Después hizo lo mismo con el segundo.

Los polvorientos hábitos negros convertían los cadáveres en sombras. Cyprian apretó las mandíbulas y echó un vistazo en torno. Las aves chillaban como si hubiera algo que celebrar y, al igual que antes, cuando reprimió el deseo de patear a los muertos, ahora reprimió el impulso de mesarse los cabellos. ¿Qué había creído hacía un rato? ¿Que Agnes podría estar oculta en alguna grieta? Tal vez fuera así, y estaría tan muerta como sus dos secuestradores. Y si no fuera así, quizá se encontrara a quinientos metros, en manos de los salteadores de caminos que asesinaron a los monjes y que ahora estarían a punto de violarla. En ese laberinto de rocas, quinientos metros equivalían a quinientos kilómetros. En el último pueblo les advirtieron que todo tipo de maleantes se ocultaban entre las peñas. Cyprian giró sobre sí mismo; el chillido de las aves lo aturdía.

Andrej examinó un peñasco redondeado que se hallaba próximo, después se dirigió allí, se agachó y tironeó de algo atascado bajo la roca. Era un bulto de tela sucia y blanca; después apareció otro más y regresó con ambos junto a los muertos.

—Éstos no son los sujetos que perseguíamos —dijo.

Cyprian trató de comprender lo que decía.

—La gente a la que le preguntamos siempre habló de tres monjes —dijo Andrej.

—El tercer monje era Agnes. —La voz de Cyprian era amenazadora.

—No, los indicios que señalaban la presencia de Agnes se referían a una figura camuflada. Además, mira las manos y los pies de los monjes: es imposible que hayan viajado durante días.

Cyprian y Andrej intercambiaron una mirada. Por fin éste desplegó el rebuso de tela y lo extendió por encima del cadáver del monje más robusto, como una mortaja.

—Un hábito blanco —dijo Cyprian.

Andrej desató las cuerdas que sujetaban el otro cadáver. Después apartó el hábito negro, revelando un cuerpo desnudo, de un blanco amarillento y delgado. Por fin lo cubrió con el hábito blanco.

—Eran dominicos —dijo—. Los obligaron a quitarse los hábitos blancos y a ponerse los negros. Después los ataron con cuerdas. Estos no son los monjes negros que buscamos.

La oscuridad y el frescor eran agradables... aunque Pavel se estremecía por dentro. Pero su cuerpo ardía y además la oscuridad y el frescor le resultaban familiares, como un aroma conocido, una textura hogareña. Inspiró profundamente y trató de calmarse.

Por fin notó que no estaba solo.

—Misión cumplida —dijo y, más que verlo, percibió que el abad Martin alzaba la cabeza—. Perdonadme, padre, porque he pecado.

—*Ego te absolvo*, hermano Pavel.

—Vuelve a estar a buen recaudo, reverendo padre. He cometido actos atroces, pero vuelve a estar a buen recaudo.

El abad Martin no contestó. Pavel, que entretanto había comprendido que se encontraba tendido en su catre en la celda bajo el convento, se incorporó. El movimiento le provocó un mareo. Parecía imposible que lograra conservar esa posición, pero incluso logró apoyar los pies en el suelo. Le zumbaban los oídos pero a pesar del zumbido percibió el dolor que vibraba a través de todo su cuerpo cubierto de moretones verdosos y azulados. Otra vibración, mucho más profunda e intensa, le agitó las entrañas. Nunca lograría ponerse de pie en ese estado. Procuró sacar fuerzas de la cercana fuente de energía, pero sintió que el zumbido susurrante lo privaba de las escasas fuerzas que aún le quedaban.

—¿La oyes? —preguntó la voz lejana del abad Martin.

Pavel asintió.

—¿La percibes?

—En la sangre, en la carne, en el alma —musitó Pavel.

—Has hecho lo correcto, hermano.

—Vuelve a estar a buen recaudo.

El abad Martin negó con la cabeza.

—Sí, reverendo padre. La niña se convirtió en una joven adoptada por un mercader. Está muerta. El mercader y su familia también. Atravesaron el fuego purificador y si cometieron pecados, que Dios el Señor se los perdone.

El abad lo miró. Su rostro parecía flotar en la oscuridad, el rostro demacrado y gris de un anciano.

—El labrador y la mujer que antaño ayudaron a Tomá a cometer su traición también están muertos. Nadie excepto vos y los custodios saben qué ocurrió y no hay alma alguna que logre encontrar el camino hasta aquí.

—No está a buen recaudo, hermano Pavel.

—¿Cómo he llegado hasta aquí, reverendo padre? No recuerdo nada.

—Atado al lomo de un burro.

—Buh —dijo Pavel, tratando de sonreír, pero el dolor le crispó los rasgos. Se puso de pie, sin embargo sus rodillas se doblaron y volvió a sentarse. Logró levantarse tras hacer un segundo intento. El dolor le martilleaba la cabeza, pero él hizo caso omiso de ello.

»Todos los custodios vuelven a estar presentes, reverendo padre —dijo, arriesgando una nueva sonrisa—. ¿Dónde está Buh? Cumplió con su deber como ninguno. Sin él, habría fracasado desde un principio. Es gracias a él que el Códice vuelve a estar a buen recaudo, no a mí.

—No es así, hermano Pavel —el abad se restregó el rostro—. Y no todos los custodios vuelven a estar presentes.

Pavel no comprendía.

—Te encontramos ante la puerta del convento, atado al lomo de un burro, hermano Pavel. Estabas solo.

—¿Solo? Pero ¿dónde estaba...?

—No regresó contigo. Sólo quedan seis custodios y, pasara lo que pasase, el círculo no se ha cerrado y el mundo ha quedado desprotegido frente a la Biblia del Diablo.

El padre Xavier se detuvo detrás de la puerta del convento e inspiró profundamente. El portero consideró que se trataba de una señal de alivio y dijo:

—Volved a ser bienvenido, padre, entre nosotros. Dios ha bendecido nuestro convento y lo ha protegido frente a la enfermedad que nos ronda.

Al padre Xavier no se le ocurrió ningún motivo para informarlo de lo contrario. Asintió con la cabeza con aire jovial. Lo que realmente lo llenaba de satisfacción era la presencia de la Biblia del Diablo. Sabía que estaba allí. La percibía. Percibía la vibración, el sordo coro de poder y de infinita paciencia. Ya lo había percibido al atravesar la ciudad en la que nadie se encargaba de recoger los bultos grises de los cadáveres tirados en las callejuelas y las esquinas. La ciudad era una ciudad apestada, su aspecto parecido al del último círculo del infierno, diabólicamente iluminado por la luz rojiza del amanecer, al igual que las grandes pilas de leña apresuradamente amontonadas en el patio del convento. Los benedictinos ya se preparaban para quemar las víctimas de la lepra en vez de esperar a que las enterraran.

Pese a todo ese horror, el padre Xavier había sentido un gran entusiasmo. Cuanto más se acercaba al centro alrededor del cual se agrupaba el convento, tanto más intensa se hacía la llamada. Esa intensidad no lo asombró; lo único que lo asombró fue comprender que jamás había albergado la intención de entregar la Biblia del Diablo a sus superiores. La comprensión le hizo soltar una suave carcajada. Era lo previsto desde el principio. Irónicamente, el mensaje que había enviado antes de abandonar Praga sería el último que mandaría al cardenal de Gaete y a su círculo, aunque el mensaje no estuviera dirigido a éste. Su contenido no podría haber sido más adecuado.

El padre Xavier absorbió la sensación de poder que lo invadía. Ahora ya no había prisa. Había llegado a la meta a la que se había encauzado toda su existencia. Nada podría haberlo detenido, ni siquiera la sorpresa de último momento que supuso encontrarse con el padre Hernando en Adersbach. Su hermano *in dominico* no lo había visto. Estaba acompañado por dos monjes y una figura camuflada que el padre Xavier identificó como la de una joven, y algo le dijo que sabía cómo se llamaba: Agnes Wiegant.

Xavier siempre había considerado que el padre Hernando era un tipo listo, así que no se asombró de que Agnes también hubiera llamado su atención. Y ni siquiera se asombró ante la conclusión a la que llegó tras notar la presencia del padre Hernando: que lo habían enviado los conjurados porque a fin de cuentas no se fiaban de él, el padre Xavier. Habían valorado la situación correctamente. El padre Xavier esbozó una sonrisa: lo habían subestimado y la suerte estaba de su parte, como siempre cuando el hombre indicado se encontraba en el lugar indicado.

La suerte incluso le sirvió para ahorrarse el dinero de los asesinos contratados en Adersbach. Los sujetos acabaron con los dos dominicos que acompañaban al padre Hernando; encontrar su campamento resultó sencillo y el padre Xavier barruntó que no era la primera vez que sus ayudantes asaltaban a viajeros en medio del laberinto de rocas. Pero cuando los asesinos llegaron a Braunau junto con el padre Xavier y descubrieron que allí reinaba la peste, huyeron sin despedirse. Dadas las circunstancias, daba igual que el padre Hernando y Agnes Wiegant no se hubieran encontrado en el campamento durante el ataque. Incluso si Hernando lograba llegar a Braunau, ya no podría hacer nada. El padre Xavier había vencido. Ató su caballo en un establo abandonado detrás de la muralla de la ciudad y siguió el susurro de la Biblia del Diablo.

Braunau. La solución había estado tan cerca que ni siquiera él, el padre Xavier, la había visto. Cuando Yolanta le habló de Podlaschitz, no tuvo que indagar mucho para establecer el vínculo con Braunau. Pero ¿por qué lamentarse por las oportunidades perdidas cuando éstas ya no tenían importancia? Ambos hermanos *in dominico* a los que habían atacado se fueron de la lengua, porque creyeron que un cofrade no suponía una amenaza. El padre Xavier se preguntó ociosamente si el padre Hernando se habría oído algo y por eso abandonó a sus dos compañeros en medio de la noche, o si acordaron que ellos se quedarían en el laberinto de rocas hasta que él hubiera cumplido su misión. Bien, los dos dominicos del bosque ya nunca podrían contestar a esa pregunta y, como todo lo demás, ellos tampoco tenían la menor importancia.

Lo que sí la tenía era el libro, cuya energía parecía hacer vibrar toda la roca sobre la que se apoyaba el convento bajo los pies del padre Xavier. La razón le decía que muy pocos percibían ese temblor, pero el corazón le decía que era increíble que ese poder no le pusiera los pelos de punta a todos los que se encontraran próximos. Le hubiera gustado quitarse las sandalias para absorber a través de sus pies descalzos el poder que emanaba de la roca.

El padre Xavier se sentía feliz.

Se separaron cuando la estrecha grieta se abrió ante ellos: un corte en forma de embudo entre las rocas negro grisáceas, cuyos surcos y motivos se dirigían a la abertura de la grieta, como si trataran de absorberlos. De su interior surgía un hálito helado. Era como si un hacha inmensa hubiera hendido una roca compacta del tamaño de una pequeña aldea. De la grieta no surgía ningún sonido, ni siquiera el canto omnipresente de las aves. Un tufo a moho y podredumbre ahogaba el aroma a resina y a pinocha.

—Yo entraré, tú darás un rodeo —dijo Cyprian.

—¿Y si se trata del escondrijo de unos salteadores?

—Si tienen a Agnes, que Dios se apiade de ellos.

Andrej asintió. Hablaban en susurros. Cyprian albergaba la esperanza de oír algún ruido en ese laberinto. Los delincuentes que se ocultaban allí, que asesinaron a ambos monjes y se llevaron a Agnes, se sentirían seguros y estarían celebrando la presa que cobraron. Se oirían risas y gritos. Cyprian trató de no pensar en que quizá la celebración ya habría acabado y que ahora habría llegado el momento de disfrutar de la presa, y en ese caso, qué sonidos acompañarían ese disfrute. Sin más trámite, Cyprian se introdujo en la grieta.

Allí la luz diurna sólo era un tímido resplandor. El suelo estaba cubierto de arena fina y húmeda y desprovisto de vegetación. Más arriba, donde aún penetraba la luz, crecía musgo, que colgaba en forma de barbas largas y pálidas a través de las cuales Cyprian se abría paso. Caían gotas de agua que alimentaban dos arroyuelos que fluían a derecha e izquierda de las paredes, atravesaban el sendero y lo inundaban, de modo que Cyprian renunció a mantener secos los pies. Mantenía la vista clavada en el suelo, pero el agua había borrado cualquier huella que alguien podría haber dejado. Le pareció que era la primera persona que penetraba allí. Cuanto más avanzaba, tanto más frío hacía. Al echar un vistazo por encima del hombro, la claridad de la entrada ya había desaparecido. Tuvo que avanzar de costado, porque sus hombros rozaban las paredes. Tenía presente que ofrecía un blanco excelente para un arquero, pero también que éste a duras penas podría tensar el arco y que las numerosas curvas trazadas por el sendero hacían que dar en el blanco fuera más bien una casualidad. Avanzó con la espalda pegada a la pared derecha, el puño dispuesto a asestar un golpe antes de que cualquiera lograra sorprenderlo. En caso de que alguien decidiera atacarlo en medio de ese estrecho pasadizo, le demostraría cuán grande era su error.

Aunque aguzó los oídos, seguía sin oír nada. Apenas osaba tomar aliento. Estaba separado de cualquier acontecimiento del mundo exterior, del sol y de la tibieza de la primavera. Algo crujió suavemente bajo sus pies, algo frío y húmedo; al bajar la vista, vio que era nieve. Allí el invierno aún se batía en retirada; podría haber sido el

lugar donde el invierno libraba su última batalla, donde se retiraba para reunir fuerzas para la próxima estación, en esa fortaleza de roca y hielo donde jamás resultaba derrotado. De los extremos del musgo colgaban largos carámbanos: parecían cuchillos de hielo. Cyprian se estremeció. Tenía la camisa y las botas empapadas y veía su aliento en el aire gélido. De repente los latidos de su corazón se aceleraron: en la nieve se veían huellas. Se agachó cuanto pudo y midió las huellas con la mano. Eran pisadas, dejadas por alguien que había tratado de brincar por encima de la nieve. Intentó medir la distancia entre una huella y la siguiente: era bastante amplia. Durante unos segundos permaneció inmóvil, intentando percibir lo que se ocultaba al otro lado de la curva que trazaba el camino nevado. Por fin volvió a agacharse para examinar otra pisada.

Cuando divisó por el rabillo del ojo la figura que apareció por detrás del recodo, ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera enderezarse, la bota le golpeó la mejilla y Cyprian cayó sentado, se deslizó por encima de la nieve y se golpeó la cabeza contra las rocas. Durante un instante creyó perder el conocimiento, después llegó el dolor y lo despertó por completo. Mientras volvía a ponerse de pie, el atacante ya había desaparecido al otro lado de la curva. Cyprian oyó sus pasos apresurados sobre la nieve.

Lo persiguió, tambaleándose. Se había mordido el labio y la sangre le manchaba la boca. Su cabeza era un único chichón y palpitaba dolorosamente con cada paso que daba. Cyprian dobló el recodo, pegó un brinco hacia delante, dio una voltereta, volvió a ponerse de pie y se agarró a la pared que se curvaba de nuevo hacia el otro lado. Pero nadie lo estaba esperando. Los pasos del fugitivo resonaban más allá del siguiente recodo.

—¡Maldita sea! —jadeó Cyprian y siguió corriendo, resbalando y tropezando en la nieve. Inmediatamente después, los rayos del sol lo deslumbraron. Entrecerró los ojos y vislumbró una especie de arena natural casi circular, rodeada de paredes verticales. Se detuvo, resollando.

—No soy muy buena con la ballesta —dijo una voz rebosante de odio a sus espaldas—, pero a cinco pasos le acertaría a algo tan pequeño como una manzana. Sólo te encuentras a cuatro pasos de mí, así que..., así que... —La voz enmudeció.

Las campanadas resonaban en la cabeza de Cyprian. Por encima de éstas, oyó otra voz. Tardó unos segundos en comprender lo que decía, porque el que hablaba lo hacía en latín.

—Aquí hay más grietas en las rocas que cámaras secretas en el palacio Laterano. A diferencia de la señorita, dispongo de una ballesta y el primero de vosotros dos que cometa una estupidez está muerto. Daos la vuelta lentamente.

Cyprian giró sobre su propio eje y vio a la joven que primero lo había golpeado y después amenazado, y a otra figura alta y robusta envuelta en un mugriento y oscuro

manteo provisto de una capucha. Las manos de la joven colgaban, desarmadas, y lo único que la delataba eran sus puños apretados. Cyprian sintió una oleada de admiración y amor por ella, y al mismo tiempo una extrañeza tan repentina y fascinante frente a una persona que había creído conocer perfectamente que ambos sentimientos no dejaron espacio para el alivio: Agnes seguía con vida y por lo visto estaba sana y salva. También le tenía anonadado el hecho de que ambos estuvieran amenazados por el monje dominico, cuyos ojos los contemplaban a través de unos anteojos muy gruesos por encima de la ballesta.

Cyprian se giró del todo. La única ventaja de la que disponían era que el dominico ignoraba que ante sí tenía a dos aliados. Por consiguiente, la ballesta iba apuntándoles a uno y a otro por turno.

—Juntaos más los dos —ordenó el dominico.

Cyprian alzó las manos indicando que no suponía un peligro. Después se aproximó al lugar desde el que Agnes lo había acechado, procurando no mirarla porque no estaba seguro de qué sentimientos expresaría su rostro. Agnes mantenía la vista baja. Cyprian creyó ver que le temblaban los hombros.

—¿Comprendes el latín? —preguntó el monje.

—¿Eh? —exclamó Cyprian con aire desconcertado.

El dominico soltó un bufido y le lanzó una mirada a Agnes.

—Sé que tú lo comprendes. ¿Comprendes lo que dice este campesino? Pregúntale qué se le ha perdido por aquí.

—No hablo su idioma —dijo Agnes.

—Si te hubieras quedado fuera, en el bosque, habrías conseguido seguido librarte de mí —dijo el dominico—. Ocultarte aquí fue un error. Vi tus huellas en la nieve y fue sencillo seguirlas.

—La modestia es una virtud —dijo Agnes.

Para sorpresa de Cyprian, el monje suspiró. Fiel al papel que le tocaba jugar, Cyprian miró a uno y a otro soltando un gruñido de incompreensión. Había descubierto que el monje le lanzaba una mirada nerviosa cada vez que se movía o profería un sonido. Merecía la pena ponerlo aún más nervioso. Cyprian procuró desprenderse del torbellino emocional que lo trastornaba.

—Tu huida fue una insensatez —dijo el monje—. Lo único que me importa es el libro. No tendrás que arder con él, salvo que sea necesario, pero si sigues deteniéndome, acabaré contigo aquí y ahora.

Agnes no contestó. El monje hizo un gesto con la mano, invitándola a acompañarlo.

—Ven conmigo. Ya he perdido demasiado tiempo recorriendo este laberinto y buscándote durante casi toda la noche. Mis hermanos ya habrán levantado el campamento.

Cyprian se esforzó por no mirar hacia la grieta de la que había surgido el dominico. En vez de eso alzó los brazos y empezó a lamentarse en voz alta. El monje se sobresaltó y volvió a apuntarle con la ballesta.

—¡Cuando llegue el momento, escóndete detrás de mí! —exclamó Cyprian, en el tono de alguien que se lamentara diciendo: «¿Qué está pasando aquí? ¡Yo no he hecho nada! ¡Dejad que me marche a casa!», con la esperanza de que el dominico realmente no comprendiera su lengua.

—¡No temas, es un amigo! —añadió.

Agnes tardó unos segundos en reaccionar, unos segundos que se prolongaron hasta el infinito y durante los cuales la ballesta volvió a apuntarle y el pulgar se acercó al gatillo, unos segundos en que Cyprian creyó que Agnes jamás lograría guarecerse detrás de él, mientras una vocecita interior preguntaba: «¿Estás dispuesto a morir por ella?», y una voz mucho más sonora contestaba. «¡SÍ!» Entonces todo se detuvo. El dominico levantó el pulgar del gatillo, con los ojos desorbitados tras los anteojos.

—Tus hermanos —dijo Andrej al oído del monje en tono amistoso— no sólo han abandonado el campamento, están negociando con el diablo en qué círculo del infierno serán acogidos. Por otra parte, esto que te aprieta la garganta es un cuchillo.

Cyprian mantenía la vista clavada en el brillante cuchillo apoyado contra la garganta del dominico.

—No te entiende —dijo Cyprian—. Intenta hablarle en latín.

—Lo intentaré con esto —contestó Andrej, presionando la garganta con el cuchillo hasta que el monje bajó la ballesta.

Cyprian dio un paso hacia delante y se la quitó de las manos. Después levantó el arma y apuntó al monje, que entrecerró los ojos. Cyprian temblaba, recordando el instante en el que creyó que la ballesta se dispararía y le daría a Agnes o a él. Recordó que el monje había dicho que la mataría ahí mismo y de pronto se imaginó lo que hubiera sentido al inclinarse sobre Agnes y escuchar su respiración entrecortada mientras el proyectil de la ballesta permanecía clavado en su corazón.

Entonces apretó el gatillo.

* * *

—En cierta ocasión, alguien me dijo que quien lleva un arma acaba por utilizarla —dijo Andrej en medio del silencio en el que se sumió la plazoleta tras el disparo, aunque aún resonaba el latigazo del arco de la ballesta.

El dominico bajó la vista. Después alzó la cabeza y miró fijamente a Cyprian. Tenía los ojos casi en blanco y exhaló un profundo suspiro.

Andrej retiró el cuchillo y dio un paso atrás. Sólo se trataba de un carámbano, nada más. Andrej lo rompió entre los dedos y lo arrojó al suelo. Las rodillas del dominico temblaban y empezaron a doblarse. Cyprian bajó la ballesta. Aún veía las

chispas que la punta de hierro del proyectil había hecho saltar de las rocas. Tras rebotar contra las paredes la flecha había caído al suelo, allá en las profundidades del estrecho pasadizo del que habían surgido tanto el dominico como Andrej.

Cyprian se volvió y retiró la capucha que cubría el rostro de Agnes. Ésta tenía la cara sucia, los ojos muy abiertos y los labios pálidos. Cyprian se inclinó, la abrazó y la besó en la boca sin decir ni una palabra.

—Están celebrando su reencuentro —le dijo Andrej al dominico; hablaba en latín—. Démosles unos momentos y pongámonos cómodos.

Recogió la ballesta y la cargó con una de las flechas que el monje guardaba bajo su hábito; también se había apoderado de las demás. Después lo invitó a sentarse. El monje, que aún parecía no comprender que Cyprian no le había disparado, tomó asiento. Andrej se acucilló a su lado. Allí, donde casi no había nieve, la hierba estaba seca.

—¿Quiénes sois? —preguntó el monje, que dominaba el latín como si fuera su lengua materna. Aunque no era el caso de Andrej, lo comprendió perfectamente.

—Pues imagínate que yo te planteara la misma pregunta —contestó.

El dominico guardó silencio. Andrej se volvió de espaldas a Agnes y Cyprian. El llanto de la primera y el rostro mudo y pálido de Cyprian, pero aún más el abrazo de ambos, le rompían el corazón. Recordó el rostro de Yolanta y supo que no debía dejarse apabullar por la pena. Había hablado en tono agobiado y comprendió que el monje lo había notado. Los ojos que lo contemplaban a través de los lentes estaban acostumbrados a ver el interior de las personas y adivinar su estado de ánimo, sobre todo si estaban atados al potro de tortura tura y aullaban de dolor. Tuvo que esforzarse por no desviar la mirada.

—Tus hermanos están muertos —dijo Andrej.

—¿Muertos? —No preguntó qué les había causado la muerte, era evidente que sólo podía haber sido violenta.

—Supongo que tú no los mataste, y sé que nosotros tampoco, así que me pregunto quién más anda por aquí en el bosque albergando negras intenciones. No he visto ni rastro de esos célebres salteadores que habitan este laberinto de rocas. ¿Y si los asesinos fueran dos colegas tuyos, monjes de hábitos negros?

Fue una pregunta al azar, y no obtuvo respuesta.

—Ése es el padre Hernando de Guevara —dijo Agnes a espaldas de Andrej. Éste le lanzó una mirada por encima del hombro. Ella estaba justo detrás de él y Cyprian la rodeaba con el brazo. Agnes tenía las mejillas y la nariz rojas por el llanto. De pronto Andrej descubrió que, pese a la desesperación por la muerte de Yolanta, se sentía atraído por Agnes. La miró con desconcierto y se olvidó del dominico.

—Acudió aquí para eliminar un libro —dijo Agnes, señalándolo con la barbilla—. Dice que es el legado de Satanás, y que si alguien lo abre, sobre él recaerá la culpa.

—La Biblia del Diablo —dijo Andrej. El dominico se sobresaltó y se removió, inquieto. Andrej le apuntó con el arma, pero de mala gana. No lograba desprender la vista de Agnes.

—Cree que yo tengo alguna clase de vínculo con el libro. Dice que en Viena descubrió un indicio que lo condujo hasta mí.

Cyprian no logró disimular su consternación. Andrej recordó que Cyprian era el agente del obispo Melchior Khlesl y observó que su amigo luchaba con la sospecha de que su tío jugaba un doble papel. Durante el viaje que ambos habían hecho desde Praga hasta allí había logrado sonsacarlo y hacerse una idea de sus intenciones y de las del obispo. Éstas también incluían la eliminación de la Biblia del Diablo. ¿Acaso había aceptado poner en peligro a Agnes para alcanzar ese objetivo?

—Tú eres Andrej von Langenfels —dijo Agnes.

Él asintió.

—Yolanta me habló de ti. Me proporcionó el valor suficiente para poner en claro mis sentimientos por Cyprian, y atenerme a ello. Me dio...

—Está muerta —dijo Andrej, y se sorprendió cuando ella se acercó a él, lo abrazó y se echó a llorar.

Las lágrimas bañaron el rostro de Andrej. Aunque la ballesta ya no apuntaba al dominico, el padre Hernando no aprovechó la circunstancia para darse a la fuga. Andrej sintió el fuerte abrazo de Agnes, el aroma de su pelo y la suavidad de su mejilla, y tuvo que esforzarse por no echarse a aullar como un lobo moribundo.

—Lo sé —sollozó ella—. Cyprian me lo ha dicho. Lo siento muchísimo.

—No es culpa tuya.

—La culpa la tiene ese maldito libro.

—El libro sólo es un arma. Los hombres las emplean. Sólo que la mera existencia de ésta ya ha producido desgracias y quien la utiliza se convierte en su víctima, al igual que los que son su objetivo.

—Esa es la naturaleza del demonio —dijo el padre Hernando inesperadamente y se puso de pie. Andrej trató de apuntarlo con la ballesta, pero las lágrimas lo cegaban. El padre Hernando extendió los brazos.

—Nuestra meta es la misma —dijo—. No hemos de ser enemigos.

Andrej notó que Agnes se erguía.

—Tú y tus dos hermanos me raptasteis delante de mi casa, justo en el momento en el que me dirigía a la tienda de Boaventura Fernandes para recuperar el dinero que le entregué a fin de que organizara nuestro viaje al Nuevo Mundo. Me arrastraste hasta aquí. Me perseguiste a través del bosque durante toda la noche. Eres mi enemigo.

—Tenemos un enemigo común.

—¿Quién?

—La Biblia del Diablo y todos quienes intentan hacerse con ella.

—¿Por ejemplo aquellos que tienen sobre su conciencia la muerte de tus dos cofrades? —preguntó Cyprian.

—Sí, por ejemplo —contestó el padre Hernando tras reflexionar un buen rato.

—Pero albergas una sospecha.

—Sí. Y si no me equivoco, se trata del hombre al que elegí para que buscara la Biblia del Diablo.

—¿Un hombre malvado? —preguntó Agnes.

El padre Hernando sacudió la cabeza.

—No puedes juzgarlo como a los demás. Es un hombre que carece de cualquier sentimiento para con su prójimo.

Andrej lo miró fijamente. Un frío glacial le invadió las entrañas y se derramó por sus piernas.

—El padre Xavier —dijo.

—Sí.

—¿Y ahora nos persigue?

—Eso no sería lo peor. Me temo que ya nos ha dado alcance.

—Bien —dijo Cyprian—. De momento parece que somos aliados.

El padre Hernando sonrió.

—El fuego nos aguarda a todos —susurró—. Pero nos llevaremos el legado del demonio con nosotros.

Andrej y Cyprian intercambiaron una mirada. «Nos hemos hecho con un demente como compañero», indicaban los ojos de Cyprian. Andrej se esforzó por adoptar una expresión neutral.

—Iré a buscar el coche —dijo. Miró a Agnes y oyó los latidos de su propio corazón. La mirada de la joven le confirmó que emprendían el camino correcto.

—Te ayudaré —dijo Cyprian.

—No —contestó Andrej, sin hacer uso de sus conocimientos de latín—. ¿Acaso pretendes dejar sola a Agnes en compañía de nuestro amigo de los lentes? Él me acompañará. Nos encontraremos en su campamento. Vosotros podéis empezar a enterrar a esos dos pobres diablos que encontramos.

Cyprian lo contempló. Andrej intentó sonreír, pero las palabras de Cyprian se lo impidieron.

—Cuídate. Pese a todo, en Praga hay alguien que te espera.

—No lo he olvidado —dijo Andrej, haciendo un gran esfuerzo—. *Comitare mihi velociter* —añadió, dirigiéndose al dominico. Como siempre, consideró que su latín no era perfecto, pero el monje lo siguió, y de eso se trataba.

Una vez que Cyprian hubo tendido ambos muertos uno junto al otro y les hubo devuelto cierta dignidad con la ayuda de los hábitos negros, Agnes los rodeó con todas las piedras que logró encontrar. Las piedras impedirían que los hábitos se desplazaran. Enterrarlos era impensable: donde el suelo no estaba cubierto por una delgada capa de tierra estaba tan lleno de raíces que no podrían haber excavado una tumba, ni siquiera con una pala. Concluida su tarea, ambos se miraron. Cyprian temió haber cometido un error al haberle contado durante el regreso todo lo que había averiguado acerca de los orígenes de ella. Agnes había asentido sin parecer demasiado sorprendida, pero frente a esta Agnes desconocida, a la que había visto por primera vez en la arena entre las rocas, él ya no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto.

Cyprian ya había sentido temor con anterioridad, pero ahora éste podría aumentar. La búsqueda de Agnes, que lo había conducido hasta allí, también había sido el resultado del temor, pero era un temor contra el cual podía luchar manteniéndose activo: conduciendo el coche, interrogando a la gente, consultando con Andrej. Ahora sentía un miedo completamente diferente. Ignoraba cómo denominarlo, sólo sabía que no podía combatirlo mediante la actividad. No tenía nada que hacer. Había venido en busca de Agnes, la había encontrado y ahora sería ella quien decidiría lo que ocurriría en el futuro. Su última decisión consistió en no dispararle al dominico, ¡y estuvo en un tris de hacerlo! Durante un segundo estuvo a punto de convertirse en un asesino. La decisión fue la correcta, pero a partir de entonces el temor lo invadió.

—El camino sólo está a cien pasos de distancia —dijo—. Dejamos el coche junto a las primeras peñas. Andrej debe de estar a punto de llegar.

Agnes asintió con la cabeza. Cyprian barruntó que había miles de cosas que podría haber dicho para aclarar la situación. De pronto se sorprendió por haberla besado, así sin más. Ella le había correspondido pero después no volvió a dirigirle la palabra. ¿Habría aclarado sus sentimientos con respecto a él? ¿Cómo debía interpretar su silencio?

Entonces deseó poder dar marcha atrás. ¿Qué diablos lo había impulsado a aceptar la sugerencia demencial del padre Hernando? Para Agnes, Andrej y Cyprian, el asunto había acabado. ¿La Biblia del Diablo? ¡Que la busque el tío Melchior! Si había recibido su último mensaje, el obispo ya estaría en Praga. ¿Y si el padre Hernando se hacía con ella antes que su tío? ¡Bien! ¡Que se queme con ella, que se ahogue, que se arroje a la grieta más profunda de la Tierra, lo principal era que la Biblia desapareciera y el dominico con ella!

¿Y si el padre Xavier se apoderaba de la Biblia?

—Oigo el coche —dijo Agnes.

El la miró de soslayo. Ella le devolvió la mirada y Cyprian estuvo a punto de decirle «¡No te preocupes, todo saldrá bien!», pero en el último instante se tragó sus palabras.

—Agnes... —empezó a decir, recordando el monólogo interior que mantuvo al regresar de Podlaschitz a Praga. ¿Cómo transmitirle lo que había sentido allí? ¿Acaso debería limitarse a decirle: «Agnes..., siempre fuiste lo más importante para mí, pero a veces me comporté como si eso no fuera verdad. Consideré que se sobreentendía que me amabas. Ahora sé que no es así y también que todos los días que dos personas que se aman pasan juntas supone un regalo de Dios. Por favor, perdóname».?

Tal vez debería decirle eso, precisamente. Tomó aliento... y entonces vio que el coche se acercaba entre los árboles y las rocas.

—El muy tonto conduce demasiado rápido —dijo.

El rostro de Agnes expresaba un torbellino de sentimientos y el que más le dolió fue el desencanto. Después ella desvió la cabeza y frunció el ceño. Cyprian oyó los gritos de Andrej azuzando a los caballos y actuó instintivamente.

Agarró a Agnes del brazo y la apartó del camino. Los caballos pasaron junto a ellos como un trueno, sus cascos golpeaban el suelo como el redoble de un tambor. El coche traqueteaba al pasar por encima de las raíces. Cyprian vio a Andrej sentado en el pescante, blandiendo el látigo. Las lentes del padre Hernando brillaban. Andrej mantenía la vista clavada en el camino. El coche pasó junto a ellos como alma que lleva el diablo, un vehículo pequeño y oscuro con el escudo del obispo de Wiener Neustadt. Cyprian soltó el brazo de Agnes y corrió detrás del coche.

—¡Ehhh! —gritó—, ¡ALTOOO!

Corrió a toda velocidad y casi parecía que alcanzaría el carruaje; durante unos segundos estuvo justo detrás, preparado para dar un brinco. Después la distancia se agrandó, la pinocha, el musgo seco y el polvo le golpearon la cara y casi lo asfixiaron. El coche se alejaba cada vez más y de pronto Cyprian tropezó con una raíz y cayó al suelo; estaba completamente sin aliento. Se incorporó, tosiendo y escupiendo. El coche desapareció entre dos rocas inmensas, envuelto en una nube de polvo, ruidos de cascos y latigazos.

Agnes le dio alcance cuando ya había logrado ponerse de rodillas y recuperar el aliento. Si hubiera calculado la distancia recorrida se habría sorprendido, pero no pensó en ello. Agnes cayó de rodillas junto a él, jadeando.

—Sé qué se propone —gimió Cyprian—. Le conté que el tío Melchior y yo... —Presa de la frustración, alzó los brazos y gritó tras el coche que se había perdido de vista hace rato.

—¡IDIOOOTA!

Se puso de pie haciendo un esfuerzo. Los pulmones le ardían, unas punzadas le atravesaban las entrañas. Dio unos pasos y su rostro se crispó de rabia.

—Cyprian —dijo Agnes en tono tranquilo.

—Debo...

—¿Adónde quieres ir?

—Debo seguirlo. No tiene ni idea de lo que...

—¿Piensas dejarme aquí? ¿Sola?

Cyprian parpadeó. Estaba confuso. La miró fijamente. Ella seguía de rodillas en el camino, las mejillas arreboladas, la oscura melena aún más revuelta que antes.

—¿Acaso pretendes correr hasta Braunau y abandonarme en este bosque, en compañía de dos monjes muertos y de Dios sabe qué gentuza que merodea por aquí?

—¡No! —exclamó él.

—Entonces me llevarás contigo a Braunau, ¿no?

—¿A la guarida del león? ¿En estas circunstancias? ¿Estás loca?

Ella se puso de pie y se sacudió el polvo del vestido.

—Entonces regresemos, ¿de acuerdo?

Cyprian calló. Esta vez no se trataba de controlar la conversación, sino de que ignoraba qué debía hacer.

—No puedo dejarlo solo —dijo, señalando en la dirección que había tomado el coche.

—Bien, ¿y entonces?

De repente no pudo seguir callando.

—Prefiero morir a dejarte aquí y correr el riesgo de que te ocurra algo. Todo lo que alguna vez quise lograr, quise lograrlo por ti. Todo lo que he hecho, lo hice por ti. Ningún tesoro de este mundo significaría algo para mí si no pudiera compartirlo contigo. Ninguna belleza me bastaría si no pudiera mostrártela. Te amo, Agnes. Sabes que te amo. Yo...

—¡Entonces actúa como si fuera así! —gritó ella—. ¡Demuéstrame que me amas, que te importo más que el deber, una promesa no cumplida, una misión! ¡Me amas, pero hay diez mil cosas más importantes que tu amor!

—¡Eso no es verdad! —gritó Cyprian, aunque sabía que era más que verdad.

—¿Qué harás? ¿Me abandonarás aquí? ¿Me arrastrarás a Braunau? ¿O regresarás conmigo?

—Pero...

—¿Qué harás? —gritó Agnes—. ¿Qué te dice tu amor por mí que hagas?

Cyprian apretó los puños, pero no de ira sino porque trataba de aferrarse a algo. Era como si le arrancaran el corazón y soltó un gemido.

—Yo... yo...

—Escucha al amor. ¿Qué te dice?

—... no regresaré —dijo, con la sensación de que jamás había dicho nada tan cobarde.

Agnes dio un paso hacia él, acercó su rostro al suyo y gritó:

—¡NOOOOOO!

Cyprian retrocedió.

—¡Me amas, pero no me comprendes! —vociferó—. ¿Regresar? ¿Qué significa para ti eso que se oculta del mundo en el convento de Braunau? ¿La meta de los esfuerzos de tu tío, a quien todavía crees que le debes algo sólo porque siempre te trató con afecto pese a que cometiste un gran error? ¿O quizá se trata de algo abstracto del que todos quieren apoderarse y en esta carrera quieres ser el primero, por una parte porque sospechas que sería lo mejor, por la otra porque hasta ahora nadie jamás osó hacer fracasar uno de tus planes?

—Agnes...

—¿Sabes qué significa para mí eso que ocultan allí? Un símbolo de que mi auténtica madre fue asesinada en un lugar donde esperaba encontrar protección y asilo tras una huida de mil millas. Un símbolo de todo lo que me quitaron y que nunca volví a recibir de corazón: ¡el amor de mi madre! ¡El poder que impulsó a mi padre a aplastar mi amor por ti, porque tuvo que prometer que jamás dejaría que me acercara a la Iglesia católica! La pulsión del diablo, que hizo que dos orates prendieran fuego a la casa de mis padres, aceptaran su muerte y el riesgo de quemar media ciudad y que asesinaron a una mujer que podría haber sido mi amiga, ¡sólo porque la confundieron conmigo!

—Yo...

—¡El objetivo de otros dos orates, uno de los cuales me raptó de mi hogar y me obligó a huir de día y de noche camuflada bajo una capucha mientras el otro loco trazaba una huella de traición, maldad y asesinatos a través del reino!

—Pero...

—¿No lo comprendes? ¡Eso es lo que la Biblia del Diablo significa para mí! ¡Ha definido toda mi vida! Me quitó todo lo que me pertenecía y amargó lo que recibí a cambio. Quiero verla arder, Cyprian, ¡ARDER! ¡Y si pretendes impedir que me dirija a Braunau, tendrás que atarme a un árbol! —dijo, clavándole la mirada.

Cyprian percibió el ardor que irradiaba su cuerpo. Su exabrupto lo trastornó hasta tal punto que no pudo seguir pensando. Le devolvió la mirada y de pronto la imagen de la joven se volvió borrosa y comprendió con espanto que tenía los ojos llenos de lágrimas. Intentó reprimirlas, pero no lo logró. Ahora sabía qué era aquel miedo que lo había atenazado durante todo ese tiempo: el miedo a tener que volver a reflexionar si una vida sin Agnes resultaba imaginable. Los minutos durante los que arrastró un cuerpo sin vida a través de la oscuridad de un infierno ígneo, deseando que su flaccidez no fuera un indicio de lo que temía más que cualquier otra cosa...

—¡Dios mío! —dijo Agnes, y de sus ojos también brotaron las lágrimas—. ¿Qué he hecho?

Cyprian agachó la cabeza y un gemido se abrió paso en su garganta. Lo reprimió, pero casi lo asfixió. Y entonces supo lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que era más importante para él, incluso si eso le infundía pánico y aunque estuviera seguro de perder lo que más apreciaba en esta vida.

—Tú me mostraste lo que realmente siento por ti —dijo Cyprian, con las mejillas bañadas en lágrimas. Se avergonzó y al mismo tiempo se sintió orgulloso de que ella las viera. Ella le acarició la cara y le secó las lágrimas. Lo abrazó y durante un instante Cyprian recordó que solía ocurrir al revés, antes de entregarse a la abrumadora sensación de ser él el consolado.

Necesitaba el consuelo, porque estaba absolutamente convencido de que Agnes y él encontrarían la muerte en Braunau.

—Eso de allí fuera es una ciudad apestada. Acudir aquí fue una gran insensatez —dijo el abad Martin.

—¿Entonces por qué nos obligasteis a aguardar delante de la puerta del convento durante tanto tiempo? No nos abrieron hasta caer la noche.

—Fue un malentendido. Una pequeña colisión con nuestras medidas de seguridad pensadas para evitar que la peste penetre. Lo siento de verdad. —Sin embargo, el rostro del abad expresaba cualquier cosa menos arrepentimiento. Parecía prematuramente envejecido, agotado y agobiado; sonreía, pero su sonrisa no expresaba alegría. El monje apostado detrás de la silla del abad, cubierto por un manto gris pardusco encima del hábito y tocado con una capucha, no dijo ni una sola palabra. Mantenía la cabeza gacha, y sus rasgos permanecían ocultos. Había entrado junto con el abad y se había apostado detrás de la silla, convertido en una especie de estatua viviente.

—Comprendo que nuestra aparición resulta un tanto extraña.

El abad asintió lentamente y contempló a ambos visitantes.

—Por favor, volved a explicarme qué os condujo hasta aquí. Me temo que no lo he comprendido.

—Me llamo Cyprian Khlesl. He venido por encargo de mi tío, el obispo de Wiener Neustadt. Y mi tío actúa por encargo de Su Majestad el emperador.

—Matthias de Habsburgo —dijo el abad.

—Rodolfo de Habsburgo.

—Ya, claro —dijo el abad.

—El emperador, conocido por su coleccionismo, desea incorporar un objeto conservado aquí, en vuestro convento, a su colección. Su Majestad comprende que sólo puede rogar que se lo entreguéis y lo hace en nombre de la unidad de la Iglesia católica y espera obtener la indulgencia del abad, quien en el pasado también se destacó por su comprensión y su tolerancia frente a los deseos de los protestantes.

El abad parecía decidido a hacer caso omiso de la amenaza.

—¿Conocéis la colección del emperador, señor Khlesl?

—Sí, pude contemplarla varias veces.

—¿Es bonita?

—Es única. Le proporciona mucha alegría al emperador.

—¿No sois un hombre de Iglesia, señor Khlesl?

—Soy laico, si es que os referís a eso.

—No es necesario ser un miembro del clero para prestarle servicio a la Iglesia.

—Opino lo mismo.

—Lo cual queda demostrado por la confianza que vuestro tío ha depositado en

vos. Pero vuestro... ejem... acompañante...

—En este caso, el padre Hernando representa tanto la Santa Inquisición como las buenas intenciones de su Santísima Alteza Católica, Felipe, rey de España, el tío de nuestro emperador.

El padre Hernando asintió con la cabeza. Andrej siguió sonriendo. Esperaba que la presencia del dominico y sobre todo la mención de la Santa Inquisición provocaran la cooperación del abad. El padre Hernando, y lo que representaba, era el punto a favor para poner en marcha el plan ideado por Cyprian y el obispo Melchior. «Al menos un punto a favor», se dijo Andrej, tratando de no pensar en uno de los numerosos puntos en contra, a saber, la ausencia de los soldados imperiales, que habían formado parte del plan de Cyprian y de los que Andrej no disponía. Estaba seguro que dentro de poco se vería obligado a incluirlos en el juego.

—Lamento tener que confesar que no tengo ni idea del tesoro que podría haber merecido el beneplácito del emperador —dijo el abad.

—Su Majestad está completamente seguro de que se encuentra aquí.

—No lo comprendo. Estaría encantado de sugerirle que revisemos todo el convento para encontrar eso que busca.

Andrej se esforzó por percibir algún indicio de la presencia del libro. Se encontraba en el sitio donde estaba oculta la Biblia del Diablo, el libro que había determinado todo el destino de su familia, causado la muerte de su padre y su madre, y convertido su vida en una tragedia. A lo mejor estaba a sólo dos habitaciones más allá, bajo llave, pero no percibió nada. Podría hallarse en cualquier parte. Sin embargo, él había estado convencido de que se percataría de su presencia si estaba próximo. Le habría gustado preguntarle al padre Hernando, que parecía inquieto y no dejaba de mover la cabeza hacia un lado y hacia otro, como si escuchara una canción inaudible. Las llamas de las velas se reflejaban en sus lentes, volviendo sus ojos invisibles.

—Confiado en vuestra comprensión, el emperador me hizo acompañar por cien soldados, que acampan delante de la ciudad. Puedo ordenarles que os ayuden a buscar, evitando que vos y toda la comunidad del convento os veáis incordiados durante el registro.

—Una medida sabia y previsor.

—Claro que preferiría no tener que molestar a los soldados. Dada la peste y todo lo demás... —dijo Andrej, señalando la puerta.

—Por supuesto.

Andrej casi no había intercambiado una palabra con el padre Hernando mientras se apresuraban por llegar al coche. La idea de partir a solas con el dominico se le había ocurrido de repente, y enseguida supo que era lo correcto. Una vez que se hiciera con ella, Hernando quemaría la Biblia del Diablo. Un hombre que había

llegado tan lejos como él, y cuyos ojos revelaban la más absoluta determinación de llegar a morir o a matar con el fin de acabar con el legado de Satanás, alcanzaría su objetivo si recibía alguna ayuda. ¿Qué sentido tenía poner en peligro a Cyprian y a Agnes? Este se había convertido en un amigo —el amigo que jamás tuvo— y Agnes..., pero Andrej no quería pensar en ella. Al mirarla, tuvo la sensación de ver su propio corazón. El amor por Yolanta y el dolor por su muerte seguían siendo los sentimientos más intensos que lo embargaban, pero... Agnes había tocado algo en su interior. No sólo era mejor acudir allí sin ella en su propio bien, sino en bien de todos. Quizás Andrej moriría en el intento y eso era mejor que ensuciar el recuerdo de Yolanta, la amistad con Cyprian y lo poco que quedaba de su honor.

—Sin embargo, me extraña que el emperador o vuestro tío no os hayan dado un documento que os legitime —dijo el abad.

«Eso se debe a que el plan suponía que el auténtico Cyprian Khlesl y el mismísimo obispo ocuparan este lugar —pensó Andrej—. En todo caso, eso fue lo que yo comprendí». Sospechó que Cyprian no le había contado todo.

—¿Visteis el escudo de mi tío en el coche?

—Sí, pero si me lo permitís, señor Khlesl, cualquiera puede robar un coche y decir que le pertenece.

Andrej no se inmutó.

—¿Quién osaría robarle el coche a un obispo?

—Hay obispos a quienes les robaron los caballos y los devoraron ante sus ojos.

El padre Hernando volvió a removerse en la silla. Cuando Andrej comprendió lo que le ocurría —¡percibía la Biblia del Diablo!— un escalofrío le recorrió la espalda. Como si le leyera los pensamientos, el monje giró la cabeza y lo miró fijamente. Andrej se desconcertó. ¿Por qué él no advertía nada cuando el dominico, cuya vida no había sido determinada por el maldito Códice, podía notar su proximidad?

—Además —argumentó Andrej, tratando de hablar en tono sosegado—, sería vergonzoso que hubiera un documento que atestiguara que el emperador del Sacro Imperio Romano rogaba que le entregaran una gema, como si fuera un tendero, cuando lo lógico sería que su propietario se sintiera honrado de poder entregársela.

El abad sonrió y se repantigó en su asiento.

—Comprendo lo que intentáis decirme.

—Por desgracia, yo no comprendo vuestras insinuaciones, reverendo padre.

—Debéis saber que Dios no me hizo ducho en las sutilezas del lenguaje. Por eso confío en los símbolos —dijo haciéndole una señal al monje apostado detrás de su silla. Este entreabrió su manteo. Andrej vio el hábito negro antes de ver la ballesta que le apuntaba a él y a Hernando. Durante unos instantes fue presa del desconcierto. Después tuvo el mismo reflejo que lo había acompañado desde que, a través de la tormenta de granizo, había visto cómo un demente envuelto en un hábito negro

asesinaba a mujeres y niños: el espanto le oprimió la garganta. El padre Hernando permaneció completamente inmóvil.

Andrej no logró despegar la mirada de la ballesta. Hacía veinte años, un disparo de ballesta había impedido que un monje de hábito negro lo matara; ahora otro le apuntaba con una ballesta. Andrej sabía que el abad no los haría conducir al patio para obligarlos a montar en el coche y partir. La ballesta estaba tensada con el fin de matar, no de amenazar.

—Veo que habéis comprendido mi lenguaje simbólico —dijo el abad.

De pronto un haz de luz iluminó la pequeña celda en la que el abad los había recibido. Penetraba a través de la ventana situada a espaldas del abad y le confería un contorno rosado a su figura. Después proyectó una larga sombra encima de la mesa, que alcanzó a Andrej y al padre Hernando. Gracias a la expresión de sorpresa del abad, Andrej comprendió que la luz también se reflejaba en su propio rostro. El abad se volvió.

—¿Qué ocurre?

El monje negro se deslizó hasta la ventana sin dejar de apuntar a Andrej y a Hernando, y echó un vistazo al exterior. La luz dibujaba sombras rojas en los pliegues de su atuendo. La celda se llenó de un fulgor rojizo.

—Uno de los dos montones de leña está en llamas, reverendo padre.

—No he dado orden de que lo encendieran.

—Tampoco parece haber sido prendido por uno de los hermanos. —El monje negro se apartó de la ventana sin dejar de apuntarles—. Varias personas están tratando de apagar el fuego.

Andrej vio las manos magulladas y cubiertas de heridas del monje, la cicatriz purulenta en el dorso de la mano izquierda y, cuando el abad se puso de pie, vio también que el monje era un hombre muy pequeño. Una oleada de recuerdos confusos hizo que Andrej sospechara que se trataba de uno de los dos monjes que habían estado en Praga y cuyo rastro habían seguido hasta allí. Uno de los asesinos de Yolanta. Sin darse cuenta, se puso en pie, pero al momento notó que la mano fría del padre Hernando se apoyaba en la suya y advirtió que el pulgar del monje negro tocaba el gatillo. Volvió a tomar asiento lentamente. Le ardían las mejillas y su desconcierto se disipó, dejando sólo el aborrecimiento y la furia asesina. Supo que fuera cual fuese su objetivo, la muerte del pequeño monje se había convertido en una meta principal. Se sintió invadido por una palpitación y una vibración que eran como el cántico de un coro invisible, como el zumbido de un inmenso enjambre de avispas todavía no visible que provoca una reacción correspondiente a un antiquísimo instinto humano: el de echar a correr a toda velocidad. Espantado, cruzó una mirada con el padre Hernando y vio la confirmación de sus temores: lo que oía era la Biblia del Diablo.

—Iré a buscar a los centinelas apostados ante la puerta —le dijo el abad al monje negro—. Debo saber qué significa el fuego. Volveré de inmediato.

Abrió la puerta y gritó:

—¡Custodios! Ayudad al hermano Pavel. ¡Nadie debe abandonar esta celda!

Cuando Andrej se dio la vuelta, vio que el abad retrocedía, seguido de otros dos monjes negros. El primero aferraba con una mano el cuello del abad y con la otra le sujetaba el hábito. El segundo sostenía una ballesta similar a la del hermano Pavel. La dirigió hacia éste y durante un instante, el pequeño monje pareció tan desconcertado que se tambaleó. Después volvió a apuntar a Andrej.

—Error —dijo el primer monje negro—. Todos abandonaremos esta celda de inmediato.

—¡Dispara! —graznó el abad, pero el hermano Pavel permaneció inmóvil.

—Somos cuatro —dijo el monje que aferraba al abad por la garganta—. Sólo podrás dispararle a uno de nosotros. Y pase lo que pase contigo después, puedes estar seguro de una cosa: el abad tampoco sobrevivirá.

Andrej despegó la vista del monje que le apuntaba. El monje que sujetaba al abad se volvió, su capucha cayó hacia atrás y Andrej vio el rostro sonriente de Cyprian. Este se desprendió de su disfraz, que resultó ser un hábito dominico embadurnado de sangre y tierra.

—Lamentablemente, dejamos escapar el coche —dijo Cyprian.

El segundo monje era Agnes. Apuntaba con el arma al hermano Pavel, que, solo detrás de la mesa del abad, de pronto provocaba más pena que temor. El abad soltó un graznido y trató de repetir la orden, pero Cyprian le apretó el cuello aún más. La cara del abad se volvió de color rojo oscuro.

—No lo soportará mucho tiempo más —le dijo Cyprian al hermano Pavel—. Suelta el arma.

—¿Es ése uno de los monjes negros? —preguntó Agnes—. ¿Es uno de los que le prendieron fuego a mi casa?

El hermano Pavel giró la cabeza y la capucha se deslizó hacia atrás, revelando el rostro magullado, arañado y pálido de un hombre apalizado. Al ver a Agnes y comprender lo que significaban sus palabras, sus ojos se desorbitaron.

—¡Asesinaste a la mujer equivocada, imbécil! —dijo Agnes. Su voz rebosaba odio.

Pavel trató de apuntarle con la ballesta. Andrej lanzó las piernas hacia delante y empujó con fuerza la mesa, que fue a chocar contra el cuerpo del pequeño monje, y éste se desplomó. El proyectil se disparó y se clavó en el tablero de la mesa. El abad se debatía, tratando de soltarse. Cyprian le dio la vuelta y le dobló el brazo en la espalda. El abad colgaba de la mano de Cyprian, casi como si fuera un niño.

De repente resonaron gritos en el patio.

—¡Atrapa a ese sujeto! —ordenó Cyprian, y Andrej se abalanzó sobre Pavel, que intentaba ponerse de pie.

De no haber sido por la tonsura, Andrej lo habría levantado asiéndole de los cabellos, pero tuvo que agarrarlo por debajo de los sobacos, y cuando le rozó las costillas, el monje soltó un alarido y su furia asesina se desvaneció. Atrapándolo por el cuello, Andrej lo arrastró tras de sí. Un escalofrío lo recorrió al pensar que era un ser igual al que tenía la muerte de sus padres sobre la conciencia.

—¡Vamos, padre Hernando! —exclamó Cyprian—. ¡Tú primero! ¡Salgamos de aquí!

El dominico corrió hacia la puerta, seguido de Cyprian, que remolcaba al abad. Agnes intercambió una mirada con Andrej. Después atravesó la puerta; su amplia capa y su cabellera revuelta le daban el aspecto de una amazona que saliendo del mito hubiera ido a parar a la realidad. Andrej agarró al monje que pataleaba y fue tropezando tras ella. En el suelo del pasillo yacían dos figuras negras e inmóviles: los centinelas llamados por el abad. Debían de haber ocupado sus puestos después de que Andrej y Hernando entraran en la celda, lo que significaba que el abad había decidido por anticipado que no los dejaría marchar. Junto a los dos monjes había otros tres cofrades que quisieron pedir ayuda, pero cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, desistieron. Cyprian le pegó un empujón a uno y lo arrojó al suelo y los dos restantes huyeron al interior del convento, chillando. Cyprian condujo a los demás en dirección opuesta.

El pasillo desembocaba en el exterior a través de una escalera y una puerta en forma de arco; ésta daba paso al patio delantero del convento y a la puerta principal que conducía a la ciudad. Andrej remontó los escalones de dos en dos; casi llevaba al monje en brazos mientras éste intentaba liberarse desesperadamente. Alcanzó la puerta al mismo tiempo que Cyprian, y vio que éste agachaba la cabeza al mismo tiempo que varias flechas de ballesta se incrustaban en las paredes. Cyprian soltó una maldición. Andrej vio que unos peones del convento, atrincherados junto a la puerta principal, volvían a tensar las ballestas; vio que otro de ellos se asomaba por encima del muro del jardín y apoyaba en lo alto del muro un largo palo que al instante vomitó fuego y humo. Junto a Andrej, un proyectil del tamaño de un puño explotó contra la hoja de la puerta y lanzó astillas en todas direcciones. El estallido reverberó entre los edificios. Los monjes que corrían alrededor de la hoguera tratando de apagarla proyectaban sombras gigantescas y demoníacas sobre las paredes laterales del convento.

—¡Atrás! —gritó Cyprian, arrastrando al abad detrás de la puerta. Andrej se ocultó al otro lado del marco, donde volvió a encontrarse con Agnes. El hermano Pavel gruñía y trataba de soltarse golpeando con los codos. Andrej le estrelló la frente contra el batiente y el monje se quedó quieto. Los proyectiles de las ballestas

impactaban a ambos costados de la puerta despidiendo chispas. El único fusil del peón del convento volvió a rugir. La bala destrozó uno de los oxidados goznes que aún colgaban del arco de la puerta.

—¡Es más fácil entrar que salir! —rugió Cyprian.

Andrej se encogió de hombros. Le lanzó una sonrisa a Agnes y ella se la devolvió.

—¡Eh! —gritó Cyprian en dirección al portón principal—. ¡Tenemos al abad! ¡Basta de tonterías o le retuerzo el cuello!

La respuesta fue una lluvia de proyectiles. El fusil ya no disparaba: al tirador le habían reventado los tímpanos o estaba esperando que alguien se mostrara para no malgastar la preciosa pólvora. Andrej volvió la cabeza.

—¿Dónde está el padre Hernando? —gritó.

Con el rostro crispado, Cyprian señaló la entrada del convento.

—Le han dado —dijo.

El dominico yacía semioculto tras el arco de la puerta de entrada del convento. Tenía un proyectil clavado en el costado. Andrej no pudo ver si todavía respiraba. En todo caso, ya no se movía. Andrej reprimió una maldición.

Agnes agarró al monje negro medio desmayado y le giró el rostro. El monje la contempló, parpadeando.

—¡Soy Agnes Wiegant! —siseó—. ¡Soy la hija de una protestante francesa que buscó refugio entre vosotros! ¡Vosotros asesinasteis a mi madre, me robasteis la vida y ahora queréis acabar conmigo! ¡Mírame y dime que lo sientes!

—¿Qué queréis? —gritó una voz que provenía de la puerta principal.

Andrej comprobó que las andanadas habían cesado. El crepitar de las llamas casi ahogaba los demás sonidos, pues como los monjes ya no trataban de apagar el fuego, éste había alcanzado su máxima intensidad. Las chispas se arremolinaban hasta el tejado, las llamas iluminaban el edificio del convento enviando humo y oleadas de calor. Según todas las apariencias, ya se encontraban en el umbral del infierno. Andrej vio que el padre Hernando seguía con vida, porque intentaba arrastrarse hacia el interior del zaguán. Reflexionó si merecía la pena arriesgarse a llevarlo a cubierto, pero la única que podría hacerlo era Agnes, porque tanto Cyprian como él debían ocuparse de sus respectivos rehenes. Andrej soltó una maldición.

De pronto el hermano Pavel sacudió la cabeza. Andrej, que se había tendido medio de espaldas para sujetarlo mejor, vio que el rostro de Agnes reflejaba cada una de sus propias expresiones.

—¡La Biblia del Diablo! —rugió Cyprian como si fuera algo que se le acabara de ocurrir—. ¡Y que nos dejéis marchar!

—¿Qué te hace pensar que tu madre era una de aquellas francesas? —preguntó el monje negro en tono sosegado.

Cyprian no recibió respuesta a sus exigencias y entonces el abad habló por primera vez tras el intento de huida del edificio. Cyprian estaba medio tendido encima de él, pero ya no le aferraba el cuello ni le retorció el brazo.

—Es inútil —dijo—. No intercambiaré mi vida por el libro. He prestado un juramento.

—A lo mejor estaríais dispuesto a intercambiar la suya —gruñó Cyprian, señalando a Agnes, Andrej y el otro monje.

—Pavel es un custodio. Morir para proteger la Biblia del Diablo es lo mínimo que puede hacer.

—¿Sacrificaríais su vida?

—El mismo la sacrificaría.

Cyprian se incorporó a medias y atisbo hacia el exterior.

—¡No esperaré mucho más! —gritó. Un proyectil rebotó contra el sitio que hacía un segundo ocupaba su cabeza—. ¿Eso es todo lo que tenéis para ofrecerme? —chilló.

—La mujer —dijo el abad, indicando a Agnes con la cabeza— aún está viva. Pavel me dijo que había muerto. ¿Qué ocurrió?

—El hermano Pavel se equivocó de víctima.

—Una inocente: que descansa en paz.

—Agnes también es inocente.

—No comprendéis lo que está en juego aquí. Ni siquiera lo puede comprender el enviado del obispo de Viena.

—Yo soy su enviado.

El abad calló. Después de una pausa, dijo:

—Esta finta tampoco os servirá de mucho.

—Deberíamos dejar claro que nosotros somos los buenos —dijo Cyprian—. No queremos poseer el libro. Queremos retirarlo de la circulación.

—Nadie puede acabar con el legado de Satanás. La Biblia del Diablo es más poderosa que vosotros. Os hechizaría.

—Existe más de una solución para ese problema.

—¡La Biblia del Diablo se quedará aquí! —resonó la voz del peón que dirigía las negociaciones al portalón—. Podemos hablar de dejaros marchar.

—Por fin —gruñó Cyprian; y gritó—: ¡Idead algo mejor!

Con el rabillo del ojo vio un movimiento junto a la entrada. El padre Hernando había logrado ponerse de rodillas. Las plumas de la saeta sobresalían de su costado, debajo del corazón, y su cabeza colgaba, casi sin vida.

—¡Salid, así podremos hablar mejor!

Cyprian no se dignó contestar.

—¡Sólo son tres! —gritó de pronto el abad en dirección a los peones—. ¡Atacadlos! ¡Olvidaos de nosotros! ¡Matadlos!

Cyprian se volvió y le asestó un puñetazo en la cabeza, que fue a chocar contra un peldaño; el abad se desplomó.

—¡Imbécil! —susurró Cyprian en tono airado.

Entonces oyó que daban órdenes de volver a atacar y los proyectiles volvieron a llover sobre ellos. Debían de ser al menos una docena de peones del convento, armados para proteger a la comunidad. El fusil volvió a disparar y arrancó otro trozo de mampostería del arco. Si disponían de suficiente pólvora, los peones podrían hacer caer el dintel encima de la cabeza de Cyprian y de los demás. Cyprian empezó a sudar. No sabía cómo salir de la situación. Habían tardado un par de segundos de más.

Desde la entrada principal resonó un ruido, como de algo que rodaba. Cyprian se estremeció: parecía el sonido de las ruedas de un cañón. ¿Sería un disparo de cañón lo que había destrozado la puerta? Cyprian soltó un agudo silbido, llamando la atención de Andrej y Agnes. Intentó indicarles lo ocurrido mediante gestos, pero entonces resonó el cañonazo.

Retumbó por todo el patio como si el convento se derrumbara. Cyprian oyó un estruendo de maderas rotas y gritos de espanto. Trozos de mampostería rodaron por el suelo o chocaron contra los muros y se partieron. Una nube de un blanco amarillento llenó el arco; olía a pólvora y azufre. Grandes fragmentos del portón principal se deslizaron sobre el empedrado hasta detenerse al pie de la escalera. Durante unos instantes Cyprian no pudo ver a los demás; al oírlos toser se armó de valor y atisbo hacia el exterior.

Era un cañón, en efecto, situado fuera del convento ante lo que había sido la puerta principal. Las grandes hojas del portón habían estado cerradas, pero eso no había servido de nada. Una había saltado de los goznes yendo a parar al huerto, la otra colgaba del marco y a través de un enorme agujero dejaba ver la plaza del mercado de Braunau. Junto con los restos de la nube de polvo, unas figuras vestidas con ropas coloridas penetraron en el recinto, armadas de alabardas, picos y fusiles, y se apostaron entre las ruinas del portalón. Alguien voceó unas órdenes. Cyprian observó cómo sacaban a unos hombres cubiertos de sangre y polvo de sus escondrijos y los reunían en un rincón del patio. Se oyó otro traqueteo y dos carruajes entraron al patio, rodeados de más soldados imperiales. Al quitarse el polvo de los ojos, Cyprian vio que se abría la portezuela de uno de los coches y bajaba un hombre flaco modestamente vestido que miró en torno, se sacudió el polvo de la ropa y tosió.

—Mientes —dijo Agnes, pero sabía que el pequeño monje decía la verdad. Se sintió mareada. El rostro de Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

—¿Por qué habría de mentir? —preguntó el monje.

—Es imposible... eso... es imposible —sollozó Andrej—. Y yo que creía que... creía...

—Basta con veros juntos para saber la verdad —dijo el monje.

—¡Sólo son tres! —Agnes oyó el grito del abad—. ¡Atacadlos! ¡Olvidaos de nosotros! ¡Matadlos!

Alzó la vista y consideró que su situación parecía menos irreal que lo que acababa de oír. Cyprian hizo callar al abad de un puñetazo. Los proyectiles de ballesta volvieron a llover sobre la puerta. El fusil disparó, los fragmentos de escombros volaron por todas partes, Agnes agachó la cabeza. El pequeño monje parecía estar completamente tranquilo. Ella intentó aborrecerlo, pero de repente no pudo, no después de ver su cuerpo magullado, no tras lo que acababa de contarle. Andrej sacudía la cabeza, incapaz de recobrar la serenidad.

La joven oyó un ruido atronador y el silbido de Cyprian, que gesticulaba como indicándoles que se pusieran de pie y escaparan, después todo se sumió en un estruendo total y una nube caliente y ponzoñosa la envolvió. Agnes tosió, el humo le escocía la garganta. Después oyó un golpeteo de cascos de caballos, órdenes, el chirrido de ruedas y por fin reinó esa especie de silencio que se produce cuando una situación que parecía segura se modifica de pronto.

—Madre, madre —sollozaba Andrej—. Mi padre... ¡ese necio deslumbrado! Pensar que en tu situación aún intentó ese viejo truco... y yo no sabía... ¿cómo podría saberlo?

Agnes le apoyó la mano en el hombro. Hacía rato que Andrej ya no aferraba al pequeño monje, pero en vez de huir, éste sólo se apoyó contra la jamba de la puerta. Tal vez estaba demasiado agotado para seguir luchando. En todo caso, para Andrej fue suficiente; y Agnes..., la Agnes de antaño habría gemido, tirada en el suelo, esperando que alguien hiciera algo. La nueva lo abrazó, lo besó y lo apretó contra su pecho y, aunque de sus ojos también brotaban lágrimas, en ningún momento demostró tener pánico.

Vio que Cyprian levantaba al abad, se lo cargaba encima del hombro y se ponía de pie.

—¡Quedaos donde estáis! —les dijo, sin mirarlos. Salió de su escondite y Agnes se asustó, pero entonces vio que sonreía.

—¡Esto ha llevado más tiempo que la liberación de la cárcel de Viena! —exclamó

Cyprian.

Agnes no oyó la respuesta a esta exclamación, pero sabía quién había llegado: Melchior Khlesl, y sintió un gran alivio. Miró al pequeño monje.

—Aquí se acaban los asesinatos —susurró—. Acaban con un fuego en el que arde un libro maldito.

—No —dijo el pequeño monje, sacudiendo la cabeza. Su certeza la hizo titubear y desvió la mirada.

—¡Agnes, Andrej! —exclamó Cyprian—. Todo está perfectamente; el tío Melchior ha llegado junto con media guardia de Corps del emperador. ¡Salid y traed al condenado monje!

—Pero sólo unos pasos —dijo otra voz.

Agnes y Andrej se volvieron. El pequeño monje entrecerró los ojos. Detrás de él, en la escalera, había un hombre —y sólo el diablo podía saber cuánto tiempo hacía que estaba allí—, un hombre delgado envuelto en el hábito de los dominicos. Durante unos segundos Agnes creyó que era el padre Hernando, pero no llevaba lentes y era bastante más viejo. Además, el padre Hernando no habría podido sostener dos ballestas cargadas y tensadas, que los apuntaban a ambos sin temblar. El dominico esbozó una sonrisa.

—A veces debe hacerlo uno mismo —dijo—. El hombre indicado en el lugar indicado.

—Por supuesto que no puedo dejar la Biblia en vuestras manos, Ilustrísima —dijo el padre Xavier—. Y no tratéis de convencerme, porque supondría que le dais más valor a la Biblia que a vuestros amigos. De eso lo habría creído capaz al abad, pero no a vos.

—No se trata del valor del libro, sino de la continuación de la existencia de la cristiandad —dijo el tío Melchior—. Se trata de cientos de miles de vidas.

El padre Xavier alzó una de las ballestas y simuló apuntar a Agnes con mayor precisión.

—¿Sopesáis su vida, o la de él? —preguntó, apuntando la segunda ballesta contra Andrej.

Cyprian permanecía inmóvil junto al obispo. Había dejado al abad en el suelo; éste se apoyaba contra él, todavía medio desmayado. La sangre se le congeló en las venas y comprendió que estaba en un considerable aprieto. El dominico había obligado a Agnes, Andrej y el hermano Pavel a salir de su escondrijo y ahora permanecía con ellos bajo el arco. Incluso si alguien hubiera osado apuntarle con un fusil o una ballesta, podría retroceder fácilmente hasta el escondrijo y desde allí dispararle a Agnes y a Andrej. Cyprian intercambió una mirada con ambos; quería tranquilizarlos, pero entonces vio que se agarraban de la mano. Agnes clavó su mirada en él, pero Cyprian no comprendió su mudo mensaje y se sobrecogió todavía más.

El obispo Melchior guardó silencio. El padre Xavier bajó las armas.

—Nos comprendemos —dijo—. Id a buscar el libro.

—No sé dónde está.

El padre Xavier señaló hacia atrás sin dejar de mirarlo.

—Bajo el convento hay una inmensa bóveda. Buscad allí.

—¿Creéis que es tan sencillo?

—Siete custodios vigilan la Biblia del Diablo. Incluyendo este de aquí, ya habéis eliminado a tres de ellos. Os acompaña medio regimiento..., ¿pretendéis decirme que no os basta para encontrarla?

El obispo Melchior aún dudaba. De repente las ideas de Cyprian se aclararon. Vio que el hermano Pavel no se había rendido, sino que se concentraba. Había asesinado para proteger la Biblia del Diablo, así que no se dejaría impresionar por un dominico armado con un par de ballestas. Sólo aguardaba a que se presentara la oportunidad de cumplir con su misión.

—Déjalo, tío Melchior —dijo Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej.

—Aquí hay más en juego, Cyprian.

—¡Para mí todo está en juego, majadero! —gritó su sobrino; el pánico le agudizaba la voz. Melchior se volvió hacia él, estupefacto. Cyprian tenía la esperanza de que su tío comprendiera el mensaje. Nunca le había gritado, ni siquiera cuando entre ellos se daban las mayores diferencias de opinión, y jamás lo había insultado. Y también sabía que Melchior nunca lo había visto presa del pánico.

—¡Si no lo haces tú, seré yo quien vaya a buscar el maldito libro!

El desconcierto del obispo no era simulado.

—¡Cyprian! —exclamó éste, en tono espantado.

—¡Maldita sea! —rugió Cyprian, acercándose a su tío—. Montaremos en el coche, entraremos en el patio y buscaremos esa condenada cosa.

El obispo Melchior contuvo el aliento. Cyprian veía que trataba de encontrar una solución.

—¡Víbora! —siseó.

—Vuestro sobrino irá junto al coche —dijo el padre Xavier—, y los soldados también.

—¡No necesito soldados! —rugió el obispo, apretando los puños—. Sé dónde está. Idos al infierno, condenado traidor a la Iglesia, y ¡lleaos a este Judas con vos! —dijo, escupiendo a los pies de Cyprian.

El padre Xavier calló con expresión amable. Después de un instante, dijo:

—¿Aún estáis aquí?

El obispo Melchior trepó al pescante del coche gruñendo maldiciones. Cyprian le lanzó una mirada asesina al padre Xavier, sin tener que simular.

—¿Para qué queréis el coche? —preguntó el dominico, volviendo a levantar la ballesta. El proyectil apuntaba a la sien de Agnes.

—¿Tenéis algún concepto de lo que estáis buscando? —siseó el obispo—. El peso de la Biblia del Diablo equivale al de un hombre adulto. ¿Pretendéis que la carguemos sobre nuestras espaldas?

El dominico hizo un gesto con la cabeza. El carruaje recorrió el camino que pasaba junto al huerto de verduras hasta una entrada al convento situada más allá, lo bastante amplia para dejarlo pasar. Cyprian le lanzó una última mirada a Agnes, que seguía agarrando a Andrej de la mano, después corrió tras su tío procurando concentrarse en los pasos siguientes, pero la repentina intimidación entre ambos jóvenes lo perturbaba.

El obispo Melchior bajó del coche.

—No sabe nada al respecto, ¿verdad? —preguntó jadeando.

—En todo caso, no sospecha que la has traído contigo —dijo Cyprian.

—¿Estás seguro de que nuestro plan sigue funcionando?

—¿Lo has preparado todo?

—Sí.

—¿Adónde hemos de ir?

—Según los planos que vi en Brevnov (antaoño tanto Brevnov, como Podlaschitz y Braunau formaban un todo), ¡la puerta está aquí!

Junto a la entrada de la cochera, una estrecha escalera conducía hacia abajo. La puerta no estaba cerrada con llave y ambos descendieron unos pocos peldaños. El frío y algo más envolvieron a Cyprian y lo hicieron resollar. Era como despertar en una habitación completamente a oscuras y saber que había un monstruo junto a la cama.

—Ya hemos descendido lo suficiente —dijo Melchior.

Se dieron la vuelta y remontaron la escalera a toda prisa. El obispo jadeaba. Cyprian lo agarró del brazo, pero el otro se soltó.

—No permito que me llamen majadero y encima pretendan cargar conmigo escaleras arriba —exclamó, pero esbozó una sonrisa.

Cyprian abrió la portezuela del coche. Melchior sacudió la cabeza y se puso de rodillas, señalando debajo del coche.

—Demasiado... peligroso —dijo con voz entrecortada—. Alguien podría haber echado un vistazo al interior. Hasta Praga lo llevé como si fuera un pasajero, pero después... ¿ves el cajón de madera?

Cyprian se arrastró debajo del carruaje y abrió la trampilla, que contenía un enorme bulto envuelto en cuero. Tiró de él y sus músculos se tensaron al retirarlo de debajo del vehículo. Entre ambos lograron meterlo en el interior, hicieron dar la vuelta al coche y regresaron. Cyprian se sentía mareado. Todo fue obra de unos minutos.

Fuera nada había cambiado. Ciertamente era que los soldados formaban un gran círculo alrededor del padre Xavier, pero eso era todo. El fuego había alcanzado su punto máximo. Cyprian recordó la casa en llamas de Praga y apretó las mandíbulas. Bajó del pescante y trepó al interior del coche; se oyeron unos ruidos y después Cyprian se asomó a la ventanilla.

—¿Estáis preparado?

El padre Xavier dudó unos instantes, después le pegó una patada en la rodilla al hermano Pavel, que exhaló un suspiro y cayó al suelo. El padre le propinó otra patada en la cabeza y Pavel quedó tendido como un montón de harapos. El primero hizo un gesto con las ballestas y Agnes y Andrej avanzaron de mala gana en dirección al carruaje.

—Ahora estoy preparado —dijo el padre Xavier, siguiendo a sus rehenes con las ballestas en posición de tiro.

Con los ojos casi cerrados, Pavel vio que Cyprian apoyaba un objeto grande e informe en el peldaño inferior de la escalerilla del coche y después lo soltaba. El objeto cayó al suelo lenta y majestuosamente, como la torre de una iglesia o un árbol grande y viejo, y levantó una nube de polvo. El estruendo le causó un impacto a Pavel; resonaba como un único tañido inmenso y terrible.

—¿No la vigilaba nadie? —oyó preguntar al dominico.

Cyprian se pasó un dedo por la garganta. Pavel reprimió el espanto que lo embargaba. Le dolía la cabeza, debía de tener medio rota la rodilla, pero tensó todos los tendones y músculos que aún funcionaban. El calor de la hoguera lo envolvía y le facilitaba los movimientos.

—Retroceded —ordenó el dominico. Agnes Wiegant y Andrej le obedecieron. El dominico titubeó.

—Abridlo —dijo por fin.

Cyprian tiró de la envoltura de cuero, revelando otra de lana gruesa. Pavel pensó en el tesoro invisible guardado en el arcón y asegurado con cadenas de hierro: así siempre se había imaginado la Biblia del Diablo. Consideró que las maniobras de Cyprian eran un sacrilegio y sospechó que resonaría un trueno cuando el libro quedara completamente al descubierto. Pero nada ocurrió. Cyprian arrancó la última envoltura de tela, se agachó y alzó un libro forrado de cuero y de un tamaño considerable. Un segundo coche había entrado en el patio del convento. Mientras nadie lo vigilaba, la portezuela se abrió.

El dominico no bajó las ballestas, pero se inclinó hacia delante.

Como impulsado por un resorte, Pavel ya había recorrido la mitad de la distancia que los separaba.

El padre Xavier se giró. El hermano Pavel corría hacia él con la rodilla izquierda vuelta hacia fuera, pero sin aminorar la carrera. El dominico le apuntó con una de las ballestas. Desde el exterior del convento resonó un alarido: parecía el bramido de un toro. Los soldados se sobresaltaron.

—¡Necio! —dijo el padre Xavier, y disparó.

El proyectil hizo girar el cuerpo del pequeño monje como una peonza; más allá, junto al portalón de entrada, un par de soldados salieron volando como si alguien les hubiera arrojado una bomba. Pavel cayó al suelo y se deslizó por encima del empedrado. Debía de estar muerto antes de tocar el suelo. El padre Xavier se volvió hacia sus rehenes...

Y se vio frente a Cyprian, que le asestó un puñetazo en la frente que le hizo trastabillar. Percibió que sus pies se despegaban del suelo y cayó sentado dos pasos más atrás, mordiéndose la lengua. Medio cegado y aturdido, alzó la ballesta y apuntó a Cyprian..., pero en el último instante la hizo girar, apuntó a los ojos horrorizados de Agnes, torció el gesto despectivamente y disparó.

Entonces el bramido se aproximó y comprendió que era el rugido enfurecido de un hombre. Dos brazos lo levantaron y lo oprimieron, percibió que se le rompían varias costillas y soltó un grito de sorpresa y de dolor. Quiso alzar los puños y golpear el rostro airado que flotaba ante sus ojos, pero tenía los brazos aprisionados. Lo cargaron como a un niño en brazos de un padre brutal y aulló de dolor cuando su portador echó a correr sacudiéndole todo el cuerpo.

Voló por el aire y aterrizó sobre algo que se agitaba, algo vivo que danzaba por encima de unos bordes duros que se desplazaron y se desplomaron sobre él, unas brasas ardientes lo envolvieron y si antes creyó sentir dolor y espanto, ahora comprendió que existía un espanto imposible de describir y un dolor que acallaba incluso los alaridos más desesperados.

* * *

—¡No! —gritó el obispo Melchior y los soldados bajaron las armas con las que pretendían dispararle al gigante vestido con un hábito negro y hacerle pedazos.

Junto a la hoguera, uno de cuyos lados se había desmoronado, el gigante bramaba con la cabeza echada hacia atrás. Melchior vio que los pies del padre Xavier pataleaban entre las llamas, mientras que el resto del cuerpo estaba enterrado bajo los leños ardientes. Sintió náuseas. Los soldados, a quienes la desenfrenada carrera del gigante había arrojado a un lado como si fueran muñecas de trapo, volvieron a ponerse de pie. Cuando el ocupante del segundo coche se apeó, el vehículo se inclinó a un lado.

El obispo Melchior contempló la Biblia del Diablo, que yacía en el suelo envuelta

en sus desgarradas envolturas de cuero y tela. Cyprian estaba acurrucado junto al libro. Con un brazo sostenía a Agnes, agitada por los sollozos, y con el otro a Andrej, que se debatía con el proyectil disparado por el padre Xavier clavado en el pecho. El obispo comprendió que Andrej se había arrojado delante de Agnes para protegerla.

El gigante se alejó de la hoguera y se acercó al cuerpo inmóvil del pequeño monje tendido en el suelo en medio de un charco de sangre cada vez mayor.

Los alaridos retumbaban en el patio. No parecían humanos. Así gritarían los árboles ardiendo en un bosque incendiado, si los árboles tuvieran voz. El padre Xavier ardía de pies a cabeza. Corría sobre piernas en llamas y aullaba con la boca en llamas. Sus rasgos se habían vuelto irreconocibles. Corría... pero más bien era el dolor lo que le hacía mover los miembros. A sus espaldas ondeaba una cortina de llamas que despedía jirones ardientes y chispas. Corría. Tal vez recordaba los sonidos que lograba ahogar con tanto éxito cuando presenciaba un Auto de fe; quizás oía los gritos de una joven llamando a su madre mientras las llamas devoraban su cuerpo. Corría...

Corría directamente hacia el segundo coche. Horrorizado, su ocupante contemplaba el demonio en llamas que se aproximaba. Los soldados, aún paralizados por el espanto, alzaron las armas... demasiado lentamente.

Un estampido apagó los alaridos. La cabeza en llamas del padre Xavier estalló. Las piernas avanzaron unos pasos y después el cuerpo se desplomó a los pies del ocupante del coche. Junto al hueco del portal que había protegido a Cyprian y sus amigos, el padre Hernando bajó el fusil que había arrancado de las manos de un soldado. La pólvora le había quemado el lado derecho del rostro, los lentes se habían hecho añicos. Cayó lentamente hacia delante y la flecha de la ballesta se clavó profundamente en su cuerpo.

El ocupante del segundo coche contempló el bulto en llamas tendido a sus pies. Después dio un paso hacia atrás. Su rostro desagradable tenía la palidez de la muerte. Los soldados que lo rodeaban se persignaron, pero no por miedo ante él sino porque su previsión lo había salvado.

Junto al lugar donde había muerto Pavel se oía el llanto áspero de un hombre. Buh había acomodado el cadáver en su regazo y lo acunaba.

El emperador Rodolfo de Habsburgo contempló la escena iluminada por las grandes llamas de la hoguera, después se dirigió con paso inseguro al coche del obispo Melchior.

Agnes estaba medio enloquecida de desesperación.

—¡Haz algo por él, Cyprian! ¡Sálvalo!

—Se ha sacrificado... —dijo Cyprian con labios temblorosos—. Se ha interpuesto entre tú y el proyectil...

Andrej soltó un quejido. Su mirada fue de uno a otro. Agnes sintió que una mano

le trituraba las entrañas. Andrej palidecía con tanta rapidez que era como si le cubrieran la cara con un paño blanco. Agnes sollozó y le agitó todo el cuerpo.

—Haz algo. Lo necesito, ¡lo amo!

Cyprian, que intentaba sostener el cuerpo tembloroso de Andrej, le lanzó una mirada. Sintió una punzada en el corazón. De pronto una mano lo agarró del cuello de la camisa y tiró de él hacia abajo.

—¡Soy su... hermano! —jadeó Andrej—. Ella es... ella es... mi hermana. No dejo de ver a mi madre... a mi madre... entre todas esas delgadas francesas..., tan sólida..., tan gorda..., y yo... recuerdo que... pensé... Sentía envidia, porque quería que mi madre fuera tan... tan bonita como... y ella estaba embarazada... muy embarazada... llevaba a mi hermana en su seno. Agnes... yo no sabía...

La voz de Andrej se quebró. Luego tomó aliento y prosiguió, sin soltar la camisa de Cyprian.

—Madre... —susurró—. Estaba casi muerta, pero ya moribunda dio a luz... dio a luz a Agnes. Los monjes... los monjes cortaron el cordón... Pavel... él mató a Yolanta..., pero en aquel entonces también ayudó a Agnes a nacer... Él... él no es..., el malvado tiene otro... aspecto...

Una sombra cayó sobre ellos. Agnes alzó la vista. Había visto retratos del emperador Rodolfo, había oído las historias que contaban acerca de él y lo reconoció de inmediato, pero no podía resultarle más indiferente. La monstruosa figura se volvió borrosa.

—Dejadme ir —dijo Andrej, y le ofreció la sombra de una sonrisa a su hermana—. Ha sido bonito... verte..., hermanita. Ahora deja que me vaya. Yolanta me está esperando.

—Quienes te esperan son los vivos, no los muertos —dijo Cyprian en tono áspero.

—Ése es nuestro cuentacuentos —dijo el emperador—. ¿Qué hace aquí?

—¡Se está muriendo! —gritó Agnes—. ¿Queréis oír esta historia? —Que le cortaran la cabeza por su falta de respeto le daba igual—. ¡Se está muriendo!

—No, si no lo permitimos. —El emperador se volvió y rugió:

—¡Doctor Guarinoni!

Un hombre calvo de larga barba gris, vestido de oscuro y con un aire tan circunspecto como el de una cigüeña, bajó del coche del emperador, rodeó el cadáver en llamas y se aproximó. El emperador Rodolfo señaló a Andrej.

—Es nuestro cuentacuentos —dijo el emperador—. Salvadlo o colgaréis de la horca.

Cyprian miró al obispo Melchior, que permanecía sentado en el pescante del carruaje. Melchior hizo un gesto afirmativo con la cabeza, acompañado de una sonrisa exhausta. Cyprian le devolvió el saludo. El asunto todavía no se había

acabado.

1592 - LA MAYOR DE LAS TRES

Y ahora permanecen la fe, la esperanza, el amor, estas tres.

CORINTIOS I, 13,13

El abad Martin presenci  la escena con expresión estupefacta: el emperador Rodolfo se hacía cargo de la Biblia del Diablo. Cyprian, de pie a su lado, lo sujetaba disimuladamente de la casaca. Poco antes le había susurrado lo siguiente al oído:

—Si queréis salvarlo todo, cerrad el pico.

Martin, que aún intentaba recuperarse del puñetazo de Cyprian, observaba la escena que se desarrollaba en el patio de su convento: la hoguera, el bulto humano humeante delante del coche imperial, Buh, que lloraba, el médico, que con la ayuda de Agnes procuraba no ser ahorcado por la muerte de un hombre a quien aborrecía tanto como el resto de la corte imperial, y el obispo Melchior, que pasaba las inmensas páginas junto al emperador arrodillado en el suelo. Las iluminaciones rojas, azules, amarillas, verdes y doradas se arremolinaban ante su vista, al igual que los márgenes de las páginas, formados por espirales, círculos, cruces celtas... Nunca había visto el libro que había vigilado durante todos esos años y no sabía si la copia —que el emperador contemplaba como si fuera una reliquia— se parecía al original, pero no cabía duda de que se trataba de una copia. El abad Martin no sentía la vibración ni el zumbido de la energía que de vez en cuando había percibido a través de varios metros de piedra y que el original —desprovisto de su envoltura protectora — había irradiado con tanta intensidad que lo hubiera obligado a caer de rodillas.

El emperador detuvo la mano del obispo cuando éste quiso pasar una página. El abad se persignó: la imagen del demonio, que desplegaba una sonrisa maligna, ocupaba casi todo el espacio. La página estaba medio carbonizada, medio podrida, como si la mera representación del Maligno hubiera bastado para descomponerla.

El obispo Melchior cerró el libro y, ayudado por el emperador, volvió a dejarlo en el suelo; después lo envolvieron en la tela que lo protegía. Se acercaron dos soldados y, con un esfuerzo considerable, llevaron el libro al coche del emperador, lo depositaron en su interior y cerraron la portezuela. El abad Martin aguard  a que el mundo se hundiera o que el cielo se abriera, pero no pasó nada.

El emperador se aproximó al abad con paso inseguro.

—No dej is de sonreír —masculló Cyprian.

—Os damos las gracias —dijo el emperador y le tendió la mano. El abad la tomó como en sueños y la estrech .

—Para mí es un honor saber que el santo artefacto queda al cuidado de Su Majestad —graznó.

El emperador asintió con la cabeza y se dirigió a su coche. Le lanzó una mirada a su médico de cabecera. El hombre de la barba alzó un pulgar y con la otra mano se secó el sudor de la frente. El abad oyó que el obispo Melchior, que acompañaba al emperador, le decía:

—Si Su Majestad lo permite, yo acompañaré al doctor Guarinoni a Praga.

—Se lleva la copia —dijo el abad mirando a Cyprian. Sus propias palabras le parecieron ajenas.

—Sí, pero no lo sabe —dijo Cyprian—. Pronto todo el mundo creerá que él posee el original. Y ya no habrá más aventureros que crean haber oído una historia o que crean que la cristiandad se salvará mediante la astucia del diablo o mediante un arma. Y si hubiera alguno, tendrá que ingeniárselas para obtener el permiso del emperador para rebuscar en su colección particular.

—Pero la copia es inútil. Le falta la clave del Códice.

—¡Qué mala suerte! —dijo Cyprian.

El abad Martin agachó la cabeza.

—He fracasado —confesó, después de un rato.

—¿Por qué? El original sigue estando bajo vuestro cuidado, en algún lugar allí abajo. Seguid conservándolo a buen recaudo.

—No. Intenté proteger al mundo de la Biblia del Diablo, pero en realidad lo que protegí fue el libro. Y ni siquiera lo habría logrado si no fuera por vos y por el emperador. Traté de proteger el libro sacrificando a mis amigos —dijo, señalando a Buh y al cadáver de Pavel—. Vos y el obispo procurasteis proteger a vuestros amigos... y con ellos a toda la cristiandad. Yo he fracasado.

Alzó la mirada, buscó la de Cyprian y vio cómo éste ordenaba en su mente los acontecimientos de los que él, el abad Martin, era responsable: la masacre de veinte años atrás, los asesinatos cometidos por Pavel por orden suya, la casa incendiada, la muerte de Pavel...

—Sí —dijo Cyprian, sin desviar la mirada.

—Os agradezco todo lo que habéis hecho.

De repente, Cyprian metió la mano en su camisa y extrajo dos monedas. Se las tendió al abad y éste vio que eran dos de los medallones que llevaban los custodios.

—Os pertenecen. Uno era de Pavel. El otro... —dijo Cyprian forzando una sonrisa— lo perdió un loco que hace veinte años asesinó a diez mujeres y niños. Cuando quiso acabar con la vida de la undécima víctima, uno de sus cofrades lo mató de un disparo de ballesta. Vos conocéis la historia, desde luego...

El abad clavó la mirada en Cyprian, y fue cómo mirar a través de un túnel en cuyo extremo apareció la imagen fugaz de un niño pequeño que inmediatamente después desapareció en medio de una tormenta de granizo.

—Aunque parezca que ocurrió en otro país y en otra época. Conservadlo bien. Todo se inició con ese medallón —agregó Cyprian.

—¿De dónde...? —balbuceó el abad.

—Allí viene el obispo —dijo Cyprian alzando la vista—. Creo que hay un par de asuntos que habréis de consultar. Que Dios os perdone.

—Sí —musitó el abad, con la sensación de que alguien lo asfixiaba. Los medallones le escocían las manos como un fuego helado—. Porque yo mismo no podré hacerlo.

La interrupción irritó al Gran Inquisidor de Quiroga. La vida de un hombre era demasiado breve para cumplir todos los deberes que Dios le imponía, y aún más para ocuparse de asuntos para los cuales uno disponía de subordinados. Pero cuando se enteró del motivo de la interrupción, su irritación aumentó.

—Una paloma mensajera, Eminencia.

—¿Y qué?

—Ha llegado hasta nosotros a través de la cadena gregoriana.

La cadena gregoriana era una telaraña de puestos de palomas mensajeras mediante las cuales el Santo Oficio se mantenía en contacto con medio mundo. Debía su nombre al papa Gregorio IX, el primero que impuso la creación de una comisión permanente para combatir la herejía. El papa Gregorio fue quien le confió al dominico la vigilancia y el cuidado de la organización mensajeril. Sólo los miembros de la orden tenían derecho de utilizar la cadena gregoriana.

—¿Y qué?

—El mensaje proviene de Praga.

—¿A quién tenemos en Praga?

—A nadie, Eminencia.

—¡Dámelo!

El Gran Inquisidor leyó el mensaje; no necesitaba el pergamino que su ayudante pretendía tenderle; todos los códigos empleados por el Santo Oficio para su correspondencia los tenía grabados en el cerebro, al igual que cualquier comentario inocente emitido casualmente por uno de sus coetáneos y que podría indicar una herejía oculta. El rostro alargado y de nariz ganchuda del cardenal de Quiroga siempre parecía cansado y, debido a sus párpados caídos, casi un poco débil de mollera, un excelente camuflaje para un espíritu inquieto y agudo. Por fin alzó la vista. Su ayudante se puso derecho.

—¿Dónde reina la peor herejía, hijo mío? —preguntó el Gran Inquisidor.

—¡En todas partes, Eminencia!

—Correcto. ¿Has leído los nombres mencionados en este mensaje?

El ayudante hizo un gesto afirmativo.

—Cardenal Cervantes de Gaete. Cardenal Ludovico Madrizzo —enumeró el Gran Inquisidor, que después hizo una pausa—. Hernando Niño de Guevara.

El ayudante aguardó.

—Absolutamente infundado —dijo el cardenal de Quiroga.

—Eso fue lo que pensé. Unos hombres tan importantes y poderosos como esos...

—Absolutamente infundado, ¡solamente en el caso del padre Hernando!

—... están tan expuestos a la herejía como cualquiera —añadió el ayudante.

—El padre Hernando es mi siervo fiel. Está más allá de cualquier sospecha. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Ni idea, Eminencia.

—No tiene importancia. ¿Disponemos de algún otro monje para misiones delicadas?

El ayudante reflexionó. Después asintió con la cabeza.

—Ve a buscarlo.

La puerta, que el ayudante no había cerrado del todo, se abrió y una figura oscura se deslizó dentro de la habitación e hizo una breve reverencia.

—Ya estoy aquí, Eminencia —dijo—. Vuestro ayudante tuvo la amabilidad de decirme que acudiera tras la llegada de ese curioso mensaje de Praga.

Siempre que le ahorraran tiempo y desplazamientos, el Gran Inquisidor apreciaba la iniciativa de sus colaboradores. Esbozó una sonrisa y garabateó unas palabras en un trozo de papel.

—Bien. Aquí figuran dos nombres. Existen indicios de herejía, traición y conspiración. Id a buscar a esos hombres y traedlos aquí, a Toledo.

El ayudante le entregó el papel al hombre de oscuro, que lo leyó y arqueó una ceja.

—¿Hay algo que os moleste? También los cardenales son simples pecadores. En todo caso, algunos de ellos.

—Ningún problema, Eminencia.

—Tened en cuenta el alboroto que se armará si hombres tan conocidos e influyentes son acusados de herejía. Eso no supone precisamente una propaganda para la Iglesia católica, y aún menos en esta época de reformismo.

—A veces el camino a Toledo puede resultar peligroso. Accidentes, salteadores de caminos, uno se pierde y nunca más lo encuentran, las personas no prestan atención y se caen por la ventana...

El Gran Inquisidor no sonreía.

—Os deseo mucho éxito, don Manuel.

Cyprian se había apartado. Estaba entre su tío y el abad, que hablaban en susurros, el gigante que lloraba con el cadáver de Pavel en el regazo y el pequeño grupo formado por Agnes, Andrej y el médico. Durante un instante, se sintió completamente perdido. El montón de leña al que él y Agnes habían prendido fuego para causar confusión empezaba a apagarse. Aunque ello no aumentó el frío, se estremeció. Entonces recordó que había un cómplice del que debía despedirse.

El padre Hernando estaba tendido en el suelo, encogido como un recién nacido. La punta de la saeta asomaba en su espalda, entre las costillas de la izquierda, y las plumas asomaban en el pecho. Sus lentes estaban rotos. Sin ellos, su rostro ennegrecido por la pólvora parecía el de un muchacho. Cyprian se acuclilló a su lado y le quitó la montura retorcida de los anteojos.

Una mano aferró su muñeca. El dominico abrió los ojos y lo miró fijamente, tratando de pronunciar unas palabras.

—Un disparo excelente, padre —se oyó decir Cyprian.

—Acércate —susurró el padre Hernando en latín. Cyprian se inclinó sobre él, mientras la mirada del padre trataba de enfocararlo. Éste le soltó la muñeca y tanteó, buscando los lentes. Cyprian le dio la montura. El padre Hernando trató de ver a través de los cristales inexistentes y lanzó un suspiro.

—El padre Xavier ha muerto —dijo Cyprian. Hernando parpadeó; tenía los labios azules—. Has cumplido tu misión.

El dominico movió los labios y trató de girarse. Cyprian le apoyó una mano en el hombro. El padre Hernando se quedó quieto.

—¿El... libro?

—A buen recaudo.

—¿Quién lo tiene?

—Nadie.

El padre Hernando asintió con la cabeza y después sus ojos se cerraron lentamente. Su mano apretó la montura de los lentes y la rompió. Cyprian se puso de pie y lo contempló. Después se aproximó a Agnes.

Cuando Cyprian llegó a su lado, Agnes alzó la mirada. El doctor Guarinoni había agrandado la herida provocada por la flecha de la ballesta mediante un par de cortes y había extraído la punta. Por suerte, Andrej se había desmayado durante la operación. Luego el médico dejó caer unas gotas en la herida, Andrej se recuperó del desmayo y el galeno le vendó el torso.

—Se salvará —dijo Agnes—. El doctor dice que ha sido una suerte que el disparo se realizara desde una distancia tan escasa. Los proyectiles de ballesta adquieren una velocidad mortífera tras sólo unos pasos.

—El doctor también dice que aún no está dicho que la herida no se infecte —gruñó el médico—, que no se haya contagiado de la peste en este agujero infernal o que mañana no le caiga un ladrillo en la cabeza.

—Puedes perder la vida todos los días —dijo Cyprian—. Ahora que habéis obrado este milagro, doctor, ocupaos de alguien tendido junto a la entrada del convento. Es un hombre a quien su ángel de la guarda protegió en el último instante, cuando él mismo se disparó un proyectil de ballesta en el cuerpo. Es un dominico, pero salvarle la vida a uno de esos sujetos podría ser una buena obra.

Agnes lo miró. Se sentía más exhausta y más feliz que nunca. La cabeza de Andrej reposaba en su regazo; ella le había apoyado la mano en la venda y sentía su respiración lenta y sosegada. Tenía un hermano. No sabía cómo era eso de tener hermanos, pero sospechó que lo aprendería. Siempre creyó estar sola en el mundo, una soledad que ni siquiera el amor de Cyprian habría cambiado, pero íntimamente comprendió que esa idea ya sólo era un recuerdo. Cyprian sonrió y la sonrisa la hizo estremecer. Nunca había estado tan exhausta y tan feliz..., y nunca lo había amado tanto como en ese instante.

—No sólo te has hecho con un hermano —dijo Cyprian.

—¿Ah, no?

—También te has convertido en tía.

—¿Qué dices? ¿Andrej tiene un hijo?

—Bueno, la verdad es que es un poco más complicado.

—¿Cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene?

—Tu madre te lo contará todo cuando regresemos a Praga. Estoy convencido de que entretanto ella ha vuelto locas a media docena de nodrizas y que como mínimo ha devorado a un dragón que se acercó demasiado al pequeño.

—¿¡Mi madre!? ¿Te refieres a Theresia Wiegant?

—Te dije que era complicado.

—Cuéntame la historia.

—Agnes, querida mía —suspiró, pero sin dejar de sonreír—, mírate al espejo y

verás la historia ante ti.

La joven lo miró sin comprender, pero él se inclinó y la besó, y en ese momento ese beso era lo único que ella quería.

Epílogo

En realidad, mi intención era la de narrar la historia del emperador Rodolfo de Habsburgo, del alquimista sentado en el trono imperial, del coleccionista de arte y neurótico instalado en el corazón del reino alemán, cuya crasa incompetencia para ocupar el trono allanó el camino de la indecible desgracia que supuso la Guerra de los Treinta Años. La Biblia del Diablo sólo debía suponer una parte del argumento de esta historia.

Quien haya practicado el oficio de escribir durante el tiempo suficiente, comprende que las historias mismas son las que saben cómo quieren ser narradas. En relación con esto, poseen el mismo poder que le adjudiqué a la Biblia del Diablo en mi novela: hacen todo lo posible por volverse públicas. Por eso, se podría decir que mi relato sufrió una modificación, una transmutación que estableció una relación con la alquimia, pero que redujo la figura del Gran Alquimista Rodolfo, el emperador, y lo convirtió en una viñeta, aunque conservó cierta importancia.

Lo que quedó fue un grupo de personajes históricos que no dejaron de insistir en jugar un papel en mi relato.

No cabe duda de que quien ocupa más espacio es Melchior Khlesl, cardenal, obispo de Wiener Neustadt y hacedor de emperadores. Y el reino alemán ha de agradecer sus esfuerzos, pues a ellos se deben que el emperador Rodolfo fuera depuesto en 1612 y reemplazado por el archiduque Matthias. Por desgracia, éste era tan poco idóneo para ocupar el trono como su hermano mayor, pero queremos suponer que Melchior Khlesl no tuvo la culpa. En la obra dramática de Franz Grillparzer *Ein Bruderzwist im Hause Habsburg*, el obispo juega un papel decididamente mefistofélico; me tomé la libertad de retratarlo de un modo más positivo. Mientras que su historia personal, su conversión a la fe católica, la conversión de su familia y su lucha contra la corte del emperador Rodolfo están confirmadas por la historia, está claro que me tomé una libertad dramática mucho mayor en cuanto a su participación en la búsqueda de la Biblia del Diablo.

Es verdad que los cardenales de Gaete y Madruzzo existieron, pero no planearon una conspiración —en todo caso, ninguna que yo conozca— y tampoco mandaron asesinar a dos Papas, dado que el auténtico cardenal de Gaete ya había muerto hacía unos cuantos años en el momento histórico en el que se desarrolla la novela. Hernando de Guevara, cuya figura delgada y cuyos lentes redondos de aspecto bastante moderno fueron retratados por El Greco en 1600 (el cuadro está en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, e ignoro si está en venta), también tiene dos Papas sobre la conciencia; durante un tiempo fue el ayudante del Gran Inquisidor cardenal de Quiroga y más adelante ocupó su puesto. Según mis investigaciones, el buen hombre realmente se llamaba Hernando y no Fernando, aunque aquél sea el

nombre que aparece en el título del cuadro. Por otra parte, el Gran Inquisidor cardenal de Quiroga también se mantuvo alejado de los cónclaves descritos en el libro, porque los herejes españoles se negaban a reducir su número.

Para la descripción del Auto de fe de Toledo, me dejé guiar por la historiadora Jacqueline Dauxois. Al describir la escena, suprimí la situación política que condujo a que el Vicario General Loayasa (otro personaje histórico, junto con sus hijas) reemplazara al arzobispo, porque aquella situación era bastante compleja; aquí también me limitaré a decir que en aquel momento otro hermano del emperador Rodolfo, a saber, Albrecht von Habsburg, era arzobispo de Toledo y que siempre se mantuvo apartado de los terroríficos espectáculos de la quema de herejes.

En caso de que el lector haya creído que me limité a inventar la situación dramática que supone la muerte de tres Papas en sólo pocos meses, debo decepcionarlo; esta fluctuación letal en el trono papal se corresponde con la realidad histórica (excepto el motivo, véase arriba). Y si el lector se pregunta por el motivo novelístico que hizo que el comandante de la guardia suiza y su reemplazante sean padre e hijo, le ruego que me permita informarle de que, en este caso, también se trata de una realidad histórica. ¡Ojalá fuéramos capaces de inventar todas las biografías que la vida escribe por casualidad!

En la corte del emperador Rodolfo, además de él mismo y sus neurosis confirmadas por la Historia, se destaca el doblete formado por el barón Rozmberka y el juez superior regional Lobkowicz. Con ellos me tomé la máxima libertad. Quiero suponer que en la realidad, su profesionalidad era mayor. Tampoco hay garantías de que Giovanni Scoto sedujera a la mujer del juez superior regional, aunque en ese caso hubiera sido la única de todo Praga que no sucumbió a sus encantos. Aquí también puedo revelar el secreto acerca de adónde huyó maese Scoto después de que los señores Dee y Kelley le amargaran la vida en Praga: se instaló en la corte del duque Johann von Coburg, donde unos años después sedujo a la duquesa y provocó una historia trágica.

Los custodios son un invento, pero no el abad Martin Korytko, el muy discutido abad de Braunau (Broumov). Según dicen, su tolerancia frente a los protestantes condujo a la construcción de la iglesia de San Wenceslao en el Niedertor de Braunau, cuya proyectada demolición en el año 1618 provocó la Defenestración de Praga y con ésta la Guerra de los Treinta Años. Una figura que de algún modo tuvo la culpa de esa espantosa guerra debía ocupar un lugar importante en la novela.

El doctor Guarinoni también existió de verdad, era el médico de cabecera del emperador Rodolfo. Evidentemente, el único personaje inventado de toda la corte del emperador es el enano que se despide de Andrej de un modo tan indiferente tras el primer encuentro de éste con el emperador. Pero quizás existió un enano como ése, y una vez más, las fuentes históricas silencian a las personas realmente interesantes.

El padre Xavier es una figura inventada, pero su evolución encajaría perfectamente con un personaje histórico auténtico perteneciente a la orden de los dominicos de aquella época.

Hay un paisaje que visité durante mis investigaciones y que me produjo tanta fascinación que decidí incluirlo en la novela, aunque en realidad los protagonistas, en su viaje de Praga a Braunau, no podrían haberlo atravesado sin dar un rodeo totalmente inútil: las ciudades de rocas de Teplitz y Adersbach. Se encuentran al noroeste de Braunau y forman un fantástico panorama de torres rocosas, figuras mitológicas, gigantes convertidos en piedra y otras cosas más. Están atravesadas por senderos y rutas para escaladores. En tiempos pasados fueron escondrijos para contrabandistas, salteadores de caminos y otros delincuentes, algo que he descrito brevemente en la novela. Hoy en día, el intento de comprar un recuerdo para los niños en medio de una horda de adolescentes chillones sigue siendo muy peligroso.

En la época en la cual transcurre la novela, la lucha entre la Reforma y la Contrarreforma estaba en pleno apogeo y aunque muchos coetáneos reconocían que acabaría en catástrofe, nadie parece haber sido capaz de detenerla, sobre todo los cabecillas (el Papa y el emperador de aquella época). Los grandes políticos, como el obispo Melchior Khlesl, intentaron tomar las riendas, pero los políticos mezquinos —tan frecuentes en aquel entonces como en el presente e igual de numerosos— estaban ocupados en hacer su agosto. El tremendo accidente, que ellos no impidieron y que asoló Europa entre 1618 y 1648, devoró tanto a unos como a otros. Pero eso vuelve a ser otra historia.

La situación en Viena —desde el enfado de los mercaderes debido a la competencia extranjera y los desastres causados por las inundaciones, hasta las procesiones católicas no celebradas— proviene de la historia de Viena, muy meticulosa y de varios volúmenes, obra de Peter Csendes y Ferdinand Opll; hoy en día la situación en la casa de expósitos de las carmelitas sigue siendo la misma que en los asilos, como podrá comprobar el lector que se aleje lo bastante de los rincones lustrosos de la civilización humana (y eso no supone emprender un largo viaje). Es verdad que a fines del siglo XVI, Braunau, hoy Broumov, se vio asolada por diversas epidemias de peste y muchas inundaciones, lo que me llevó a suponer que todos los lugares en los que la Biblia del Diablo permaneció durante cierto tiempo fueron víctimas de la ira del Señor. En Broumov existen réplicas y exvotos que dan fe de ello.

La historia del fantasmagórico lago debajo de la iglesia de Heiligenstadt pertenece, con algunas variaciones, a las leyendas de la capital austríaca, como también la leyenda de la hilandera al pie de la cruz que Cyprian le narra a su amada Agnes.

¿Y la Biblia del Diablo?

Bien... Antes de hablar de ella, ¡recomiendo al lector que la visite! Según cuándo lea este epílogo, el libro se encontrará en Praga formando parte de una exposición que recorrerá todo Chequia (de septiembre a diciembre de 2007) o en la Biblioteca Real de Estocolmo. Que el lector sepa que quedará impresionado.

La Biblia del Diablo o Codex Gigas (del griego *gigas*: gigantesco) es el manuscrito medieval más voluminoso del mundo. Se necesitan dos hombre fuertes para levantarla, mide unos 100 x 50 centímetros y contiene más de 600 páginas manuscritas en pergamino de piel de asno y su realización supuso que 160 burros pasaran a mejor vida. El Códice fue creado a principios del siglo XIII en el convento benedictino de Podlaice, en el sur de Bohemia. El nombre «Biblia del Diablo» se debe a un dibujo a toda página del Señor de patas de macho cabrío que figura en una de las 600 páginas; pero también está relacionado con el hecho de que el autor trató de incorporar todo el saber del mundo en su obra... y desde aquel asunto con la serpiente y el fruto con pepitas del género *malus domestica*, detrás del intento de alcanzar todo el saber del mundo se encuentran los insistentes susurros del diablo.

El ejemplar de la Biblia del Diablo al que invité al lector a visitar más arriba —opto por la palabra «ejemplar» puesto que tras leer la novela, el lector y yo sabemos que no puede tratarse del original, ¿verdad?— pasó de estar al cuidado de los benedictinos de Podlaice al de los cistercienses de Sedlec, los benedictinos de Brevnov, los benedictinos de Broumov, el emperador Rodolfo II y por fin, a partir de 1648, al cuidado de los suecos. A finales de la Guerra de los Treinta Años, las tropas suecas la robaron del Hradschin. Hoy está —no sin alguna controversia— en poder de la Biblioteca Real de Estocolmo, que, tras una prolongada lucha interna, otorgó el permiso para que figurara en la exposición de tres meses en Praga.

Estos son los hechos. La leyenda es aún más interesante.

Dicen que un monje cargaba con un gran pecado. Como penitencia, se dejó emparedar y prometió que mientras moría lentamente de hambre y de sed escribiría un libro que contuviera toda la sabiduría del mundo. En medio del proyecto, comprendió que no podría acabarlo y le pidió ayuda al diablo. A cambio le ofreció su alma. Lucifer, que frente a transacciones similares ya había sido engañado con anterioridad (como en el caso del puente de piedra de Regensburg), creyó que un monje emparedado no podría engañarlo y se puso manos a la obra. Parece que tras escribir aproximadamente la mitad fue víctima de la habitual vanidad del autor e incluyó un autorretrato para que la posteridad supiera quién había sido el autor de la obra, pero eso ya es mi propia interpretación de los hechos. Y el lector ya ha descubierto la manera en la que interpreté el resto de esta leyenda en la novela.

Por otra parte, el que falten tres páginas de la Biblia del Diablo es un hecho histórico y sólo podemos especular acerca de su contenido y de adonde fueron a parar...

Agradecimientos

Ante todo, y de todo corazón, doy las gracias a mi agente Anke Vogel, que en este caso no lo tuvo fácil porque me llevó bastante tiempo encontrar el núcleo de la historia.

A mis lectoras Sabine Cramer y Martina Sahler y a todos los y las colegas del grupo editorial Lübbe que, contra viento y marea, crearon un libro maravilloso a partir de un grueso fajo de páginas manuscritas.

(¡Me han descubierto! Claro que hoy en día la comunicación entre la editorial y el autor se realiza mediante el intercambio de datos y no mediante un fajo de papel escrito, pero la otra fórmula suena mejor.)

A mis lectores de pruebas Sabine Stangl, Angela Seidl y Thomas Schuster, a quienes sumí en la confusión con cientos de páginas antes de caer en la cuenta de que quería escribir una historia completamente diferente.

A Josef Kindl, del seminario del convento benedictino de Broumov situado en el norte de Bohemia, que me ayudó durante mi investigación en Chequia.

Al doctor Jan Frolik, que no tuvo inconveniente en que incorporara a mi novela sus misteriosos descubrimientos en Podlaice.

A Christopher Kiel, que se aseguró de que yo tuviera presente el enigma de las páginas que faltaban de la Biblia del Diablo.

A Josef Staudinger, que me explicó algunas cosas acerca del desarrollo del humo durante un incendio, lo que a su vez permitió que Cyprian lograra salir más o menos indemne del incendio de la sucursal praguense de la empresa Wiegant & Wilfing.

Y por supuesto —casi al final pero no en último lugar— doy las gracias a mi mujer, Micaela, y a mis hijos Mario y Raphael, y no porque como autor también hay que agradecer amablemente a la familia, ¡sino porque os amo!

Este libro fue creado en una especie de clausura autoimpuesta, ya que sólo disponía de diez meses para dedicarle y que para ser contada la historia necesitaba numerosas páginas. Es verdad que para terminarlo no me hice emparedar como aquel monje de la leyenda de la Biblia del Diablo y es evidente que he sobrevivido al proceso de la realización, pero mientras tanto no mantuve contactos sociales. También quiero expresar mi agradecimiento a todos los amigos que ofrecieron asilo a mi familia los domingos por la tarde cuando yo me atrincheraba detrás del teclado, y que no me tomaron a mal que durante casi un año entero fuese un corresponsal y un interlocutor muy escasamente fiable.

Para mí, la historia de la Biblia del Diablo supone un mundo nuevo poco literario, que sólo he pisado de un modo similar en la novela *Der Jahrtausendkaiser*. Ahora, querido lector, querida lectora, usted podrá juzgar los resultados de este viaje (si primero leyó los Agradecimientos pese a que yo intenté ocultarlos aquí, en la parte de

atrás del libro, aún le falta evaluarlo después de lo que esperemos que sea una lectura interesante). Le agradezco que haya compartido este viaje conmigo.

Notas

[1] Melnik significa «molinerero» en los idiomas eslavos. (N. de la T.) <<

[2] En español en el original. (N. de la T.) <<

[2] En español en el original (N. de la T.) <<